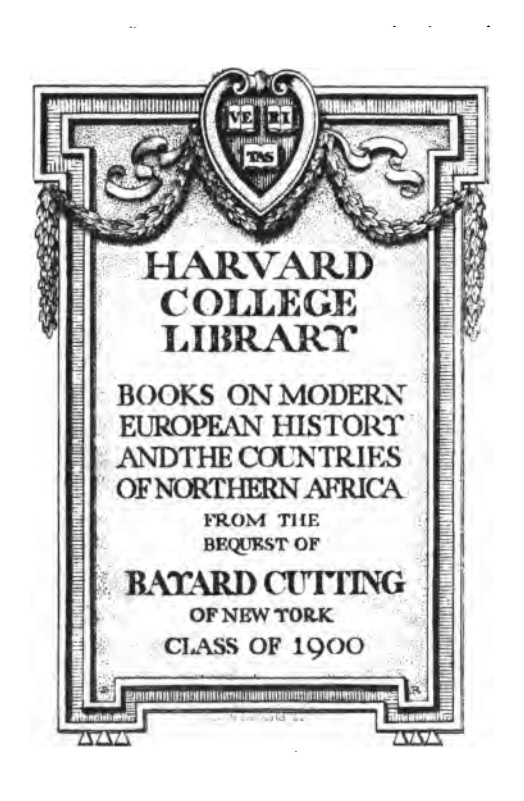



VE RI TAS
HARVARD
COLLEGE
LIBRARY
BOOKS ON MODERN
EUROPEAN HISTORY
AND THE COUNTRIES
OF NORTHERN AFRICA
FROM THE
BEQUEST OF
BAYARD CUTTING
OF NEW YORK
CLASS OF 1900

HISTORIA

DEL JÓVEN REY

D. FRANCISCO II

DE NÁPOLES.



Lit. Vazquez R 31.

S. M. FRANCISCO II,
Rey de las Dos Sicilias.

HISTORIA

DEL JÓVEN REY

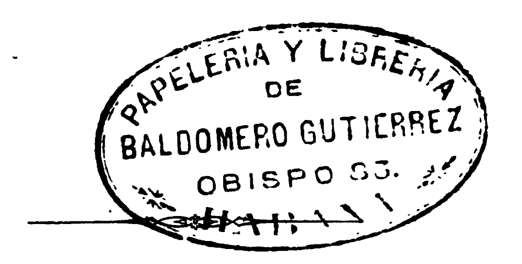
D. FRANCISCO II

DE NÁPOLES,

Y SU NOBLE ABNEGACION Y HERÓICO VALOR
ANTE LA EUROPA EN MEDIO DE SUS RECIENTES DESGRACIAS,

escrita por

D. ROMUALDO M. DE VELAZQUEZ.



MADRID:
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle Relatores, 14.

BARCELONA:
LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, 15.

1861.

Barcelona: Imp. de LUIS TASSO, calle de Guardia, núm. 15 —1861.

ADVERTENCIA.

Los autores de la presente obrita no participan de la opinion que parece haberse acreditado entre algunos, esto es que es posible y conveniente escribir la historia contemporánea á medida que los sucesos se producen, sin mas guia que las incompletas noticias de los periódicos y de apasionados corresponsales. Creen por el contrario en la imposibilidad de hacer en tales condiciones un trabajo completo, una obra literaria que merezca llamarse tal, y ahí están para darnos la razon las infinitas publicaciones que sobre los acontecimientos ocurridos en Europa de algunos años acá han inundado esta capital, patrocinadas por editores afanosos de lucro satisfaciendo y excitando la curiosidad y las pasiones del momento. ¿Por qué incurren pues en la misma falta que en otros reprueban? ¿Por qué se proponen referir el odioso atentado que han sufrido y sufren aun en Nápoles, la justicia y el buen derecho? ¿Por qué contar las torpezas de los unos y las hazañas de los otros cuando aun se hallan envueltas en el misterio muchas de las causas, muchas de las circunstancias que las han producido y acompañado? ¿Por qué este crímen literario?—Porque los intereses de las letras, por caros y elevados que sean, no lo son tanto como los intereses de la moralidad, de la justicia; porque los fueros del sentido comun protestan contra la torcida direccion que se pretende imprimir á las ideas de las masas, á quienes principalmente van dirigidas las publicaciones de que nos hemos lamentado; porque en fin

entre tantas *vidas de Garibaldi*, entre tantas *historias de los sucesos de Italia*, importa que aparezca una que, aun cuando adolezca de iguales defectos literarios que las demás, haga á lo menos oir la voz de la verdad, se constituya en defensora de la justicia contra la arbitrariedad y la fuerza.

Esto explica nuestra conducta; si erramos, la intencion es buena, y esperamos que en gracia de ella ha de perdonársenos descender á un palenque que habria de estar vedado á todos, si las reglas del gusto, de la razon y del sentido comun no estuvieren por desgracia generalmente olvidadas.

HISTORIA

DEL JÓVEN REY

D. FRANCISCO II

DE NÁPOLES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Muerte de D. Fernando II de Borbon.—Proclamacion de su hijo D. Francisco II.—Estado político de Italia en aquella época.—Paso del Tessino por los Piamonteses y Franceses.—Batallas de Magenta y Solferino.—Paso del Mincio.

En 22 de mayo de 1859, pocos dias despues de haber resonado el cañon en las alturas de Montebello, murió en Caserta á los 49 años de edad y 19 de reinado D. Fernando II de Borbon, rey de las Dos Sicilias, como si la Providencia hubiese querido privar al reino de Nápoles, en las terribles pruebas que le reservaba, del esforzado monarca que sin duda habria sido bastante animoso para conjurarlas. D. Fernando II de Borbon, tan calumniado, tan vilipendiado por los hombres de ciertas ideas, fué un gran rey, y es probable que no se hallase la Europa en el estado de descomposicion en que hoy se encuentra, que no hubiesen llegado á tanto poder los enemigos de lo que se ha dado en llamar derecho antiguo, á ser él rey de Francia ó emperador de Austria en vez de soberano de las Dos Sicilias. Las conmociones de 1848 no lograron arrancarle de su trono, y su pueblo

veia en él al animoso guardador de su honra contra las pretensiones del extranjero, y al celoso defensor de su tranquilidad y reposo contra las utopias de los innovadores. Al morir tuvo el consuelo de dejar su reino en estado próspero y feliz; con un ejército disciplinado, con una marina numerosa, con la hacienda mas acreditada de Europa, con una administracion modelo, ¿quien habia de decirle que un año despues nada de eso existiria, que su pueblo seria regido por un gobierno estranjero y su hijo obligado á encerrarse con un puñado de valientes en una fortaleza?—Infamen en buen hora su memoria los hombres á quienes venció, propálense acerca de él ridículas calumnias; la historia le hará justicia.

La muerte del monarca dió lugar á extraños rumores; díjose que un veneno lento habia puesto fin á sus dias; que sus enemigos, que eran muchos, á causa de lo tormentoso de los tiempos, habian querido librarse de tan gran obstáculo; y si bien nada de eso se ha confirmado, es seguro, como antes hemos dicho, que el reino de las Dos Sicilias, que la Italia perdian un ilustre y esforzado campeon cuando mas necesitaban de él. Su hijo primogénito Francisco II, nacido de su enlace con la venerable María Cristina de Saboya, le sucedió en el trono á la edad de 21 años, y su encumbramiento alentó muchas esperanzas y suscitó vivísimos temores. Unos y otros se han confirmado en parte; la traicion de unos, la debilidad de otros, la felonía de todos han sido causa de que él perdiera su trono, y sus pueblos la independencia; mas ni el abandono, ni los reveses, ni sus pocos años han podido debilitar en él los grandes instintos de su raza, y ha ofrecido al mundo un magnífico espectáculo.

Véamos cual era el estado político de Italia á la muerte de Fernando II.

En aquella época Napoleon III, valiéndose de la histórica ambicion de la casa de Saboya y de los hechos anómalos que la misma política revolucionaria habia producido en la Península, habia planteado en las llanuras que riega el Tessino el problema de la Revolucion. En ello no cabe ya la duda; acreditado está que no ha de achacarse al Austria la sangrienta guerra de 1859, sino al Emperador de los Franceses. A él se debia la conducta agresiva del Piamonte contra sus vecinos desde la guerra de Crimea; á él la inesperada y ultra-

jante solucion que se dió al congreso de París que, reunido para proteger al Turco contra el Czar, acabó sin haber oido á las partes por dirigirse contra otros soberanos, débiles tambien é independientes, el Papa y el rey de Nápoles; él suscitó la cuestion, él neutralizó los esfuerzos de lord Cowley cuando el buen éxito iba á coronarles; de él nació la idea de un congreso que sabia no habia de reunirse; él rechazó en el último momento las proposiciones inglesas que el Austria habia ya aceptado; él en fin, segun confesion propia, hizo la guerra contra la voluntad de la Europa.

Que la situacion de Italia era crítica, que la Península era presa de horrible malestar, que sus gobiernos, excepto el de Nápoles, el del Emperador y el de Cerdeña, necesitaban del auxilio extranjero para subsistir, son hechos que todos hemos presenciado, que nadie puede poner en duda. ¿Pero cual era la causa que los producia? ¿A qué debian su orígen?—Al espíritu revolucionario, únicamente á él, y es por cierto insensata locura buscar el remedio del mal fomentando y comunicando poderosos bríos á la misma causa que lo ha engendrado. Mírese sino á la Italia á fines del pasado siglo, antes de la revolucion francesa, que el genio de un hombre, de Napoleon I, hizo europea: los gobiernos de la Península independientes de toda sugecion extraña; en Italia no habia mas que Italianos; las luchas de los pasados tiempos que llevaron allí á los ejércitos de todas las naciones, conjuradas casi para siempre, pues habia desaparecido una de las principales causas de las antiguas contiendas: el reino de Nápoles y la Sicilia eran regidos por una dinastía propia reconocida y amada por sus pueblos; los Duques y el Papa no necesitaban del auxilio extraño; la república de Venecia era independiente y libre, y si bien el Milanesado pertenecia aun á la casa Imperial, era esto mas de nombre que de hecho. La Lombardía tenia una existencia del todo distinta del Imperio, se regia por sus instituciones locales, gozaba de una completa libertad en el manejo de sus intereses, y seguramente no estaba lejano el dia en que bajo el gobierno de un archiduque de la casa austriaca recibiese la Lombardía su independencia de derecho como la tenia ya de hecho, idea que aun en nuestros dias hemos visto agitarse varias veces. Ocurrió empero la revolucion francesa, y en su fuerza de expansion, en las ambiciosas miras de que se mos-

traba animado el nuevo gobierno revolucionario, conquistó y destruyó la república de Venecia; el general Bonaparte cedióla él mismo al Emperador en cambio de la Lombardía, y convirtió á esta y á la mayor parte de Italia en un feudo de la Francia, haciendo que contribuyese al sosten de la pesada carga del primer imperio. Destronado el Papa, despojado el rey de Nápoles, desposeidos los duques, destruida la libertad de Venecia, trocada la casi independencia de la Lombardía por la férula rigurosa y vejatoria del nuevo gobierno, la Italia entró en una existencia distinta cuyas conmociones duran todavía, habiendo sido ineficaces cuantos esfuerzos se emplearon pasada la tempestad para cicatrizar las heridas que los rayos abrieron en su seno. La restauracion de 1815, además de cometer el error de transigir con el gran crímen consumado por la Revolucion en Venecia, no pudo menos de conservarse armada para mantener á raya los elementos desorganizadores que en el gran trastorno por qué habia pasado la sociedad europea habian llegado hasta su superficie, y en Italia, lo mismo que en los demás Estados de Europa, restablecióse por mas ó menos tiempo el órden material, pero no el moral.

Habia además en la Península una causa de perturbacion que no se encontraba en otro país alguno; sin contar con las nuevas teorías sobre el poder, fatal legado de la Revolucion, que traian agitados á los innovadores, volvió á fermentar en algunos cerebros italianos, como ha sucedido siempre en los cataclismos por qué ha pasado la Península, así en los siglos medios como en los posteriores, el pensamiento de la unidad nacional. Los recuerdos de la antigua Roma, el poderío de sus hijos, la universal dominacion de la ciudad eterna han trastornado siempre en Italia los entendimientos de algunos jefes de escuela, é influido poderosamente en los destinos del país; la ilusion de convertir á la Italia en lo que en otro tiempo fué Roma, hizo que en la edad media se arrojaran muchos en el partido de los Emperadores cuando los Pontífices pugnaban por expulsar á los extranjeros de la Península; pero cosa extraña, y que demuestra toda la vanidad de aquella utopia! Una idea que cuenta siglos de existencia jamás ha podido infiltrarse en el sentimiento popular; patrimonio siempre de algunos hombres políticos, nunca ha sido adoptada por las masas, y aun hoy solo es defendida por algunos utopistas, por muchos ambi-

ciosos y por otros que esperan llegar por ella á sus fines particulares.

Luego de la Restauracion, decimos, esa idea volvió á aparecer mezclada con las nuevas teorías, é hízose un arma de estas para realizar aquella y de aquella para conseguir el triunfo de estas. Los gobiernos italianos, amenazados por los innovadores, no en esta ó en la otra forma, sino hasta en su existencia, tuvieron por deber que emplear severos medios de represion, y los mas débiles se ampararon con el mas fuerte, que era en Italia el emperador de Austria. Desde aquel momento los revolucionarios reclutaron numerosos prosélitos; á sus declamaciones sobre sistemas de gobierno y á sus teorías unitarias que nunca habian logrado interesar al pueblo, pudieron añadir la queja que hace vibrar siempre las fibras mas recónditas del corazon de los hombres; clamaron contra la opresion estranjera, y no hubo pecho generoso que no la deplorase; sin ver muchos de ellos que no era justo achacarla á los gobiernos, cuando la única causa que la motivaba era la actitud en todas partes agresiva de los revolucionarios, reforzados con las influencias ya de esta, ya de la otra nacion extranjera.

El Piamonte, cuya ambicion á ensanchar sus fronteras es un hecho constante en la historia, parecia resuelto desde 1849 á aprovechar en beneficio propio y en perjuicio de todos los demás gobiernos é intereses conservadores de la Península, los elementos disolventes que, escudados con la noble enseña del patriotismo ultrajado, pretendian plantear en Italia sus principios de gobierno, análogos á los que predican en Europa las escuelas que se titulan avanzadas, y sus soñadas ideas de unidad. En la corte de Turin hallaban asilo cuantos profesaban las nuevas doctrinas, y no tardó en ser el foco de donde irradiaban por la Península entera los destellos de la rebelion. No satisfecho aun el rey de Cerdeña que habia olvidado la verdadera causa de sus pueblos para convertirse en abogado de lo que se llamaba la Italia oprimida, envió una division á Crimea para combatir en union con los Anglo-Franceses, solo con el objeto de poder elevar su voz en las conferencias que para la paz se abrieren. Así sucedió en efecto; y con escándalo de los hombres sensatos de Europa, las conferencias abiertas para poner un dique al emperador moscovita

que pretendia, apoyado en su fuerza, ejercer derechos incompatibles con la soberanía del Sultan, terminaron con un ridículo alarde por parte de la Gran Bretaña y de la Francia, á excitacion de la Cerdeña, contra los *poderosísimos* monarcas Pio IX y Fernando II. Desde entonces Napoleon III fué el único y verdadero director de lo que se conoció con el nombre de cuestion italiana, ya preparando la opinion pública por medio de sus periódicos, ya dirigiendo al Papa impertinentes é imperiosos consejos, ya suspendiendo toda relacion diplomática con el soberano de las Dos Sicilias, cuyo único delito era no querer en su reino lo que Luis Napoleon habia destruido en el suyo. Entonces se vió á Victor Manuel dar principio á la série de sus humillaciones ante su poderoso aliado, y á los liberales y unitarios de Turin, á los hombres de las nuevas ideas, á los defensores de todos los derechos del ciudadano, deshacerse en elogios del nuevo César, de aquel que los habia conculcado todos.

Así las cosas llegó el dia 1.° de enero de 1859, y la escena ocurrida en el palacio de las Tullerías anunció á la Europa que, preparados ya los actores y el teatro, iba á darse principio al espectáculo. Este empezó con algunos sinceros esfuerzos por parte del gabinete tory, que dirigia entonces la política inglesa, á fin de conservar la paz, y es casi seguro que habrian conseguido su objeto. El Austria no deseaba otra cosa que evitar la guerra, mas no era esto lo que por algunos se queria, y así es que se encontró medio de aplazar el desenlace, de ponerlo otra vez todo en cuestion por medio de un proyecto de congreso que la Rusia, deseosa de hacer pagar al Austria su conducta en 1853, se encargó de presentar. Lo que con ello se pretendia era evidente; la diplomacia jamás ha sido inventora, ni creadora; los congresos siguen y ratifican las combinaciones que los acontecimientos han realizado en las cosas sin que tengan la iniciativa, ni precedan á estas mismas combinaciones; su celebracion es retardada por mil extipulaciones prévias; en las negociaciones que es preciso seguir antes de llegar á un comun acuerdo es facil suscitar mil dificultades, y en todo esto esperaban, así es de creer á lo menos, los autores de la proposicion. El Austria aceptó las bases para el futuro congreso propuestas por la Inglaterra, y al hacerlo manifestaba estar pronta á satisfacer cuantas reclamaciones se le habian dirigido

hasta entonces, en cuanto, como es regular, no eran aquellas bases mas que la expresion de estas. Sin embargo, deseosa de evitar la guerra, de cesar en los inmensos gastos que la actitud de Francia y de Cerdeña le imponia, de dar á la paz una prenda sólida y estable, y en todo caso de ver hasta donde llegaba la buena fe de sus enemigos, presentó como otra base la obligacion de un desarme general antes de la apertura del congreso. La Inglaterra, sincera amante de la paz, acogió con favor la idea, como garantía de que no habia de llegarse á un rompimiento de hostilidades; pero no sucedió así con la Francia y la Cerdeña. Esta nacion, sugeta enteramente á la voluntad de Napoleon III, negóse á desarmarse, lo cual si bien era poner en evidencia á los ojos de la historia el objeto que se proponia, era el mejor medio para conseguirlo. Y lo consiguió en efecto; el Austria, perdida toda paciencia, convencida de que tarde ó temprano habria de llegar á las manos con enemigos que tanto lo deseaban y que así lo habian resuelto, dirigió un ultimatum á la Cerdeña para que se desarmara, y en vista de la negativa dada en Turin, comunicó á las tropas reunidas en la Lombardía la órden de penetrar en el Piamonte. La Gran Bretaña, que tan constantes y leales esfuerzos hiciera en favor de la paz, que se habia convertido en representante de la opinion pública europea por la aversion que manifestara á la guerra, no dió la partida por perdida aun, y descartando la malhadada proposicion rusa, ofreció tomar de nuevo bajo su mediacion las negociaciones en el punto en que las dejara lord Cowley, bajo la condicion de un desarme inmediato, absoluto y simultáneo. El Austria aceptó esta proposicion á pesar de hallarse ya los exploradores de su ejército en territorio enemigo, pero esto le hizo perder sin fruto alguno un tiempo precioso. Napoleon III, que habia visto tan cercano el cumplimiento de su deseo, esto es la guerra, no quiso renunciar á él; rechazó la mediacion, y la lucha empezó con toda su devastacion y sus horrores.

Nos hemos detenido á propósito en esa narracion para que se vea la verdad de lo que hemos dicho al principio, esto es, que la Cerdeña, dócil instrumento de Napoleon, ó por mejor decir este, es el único responsable de la guerra de 1859 y de las calamidades que la han seguido. Así queda acreditado y conviene no perderlo de vista.

¿Mas porque Napoleon III, que habia destruido en Francia la liber-

tad política, porqué él, nuevo César, se mostraba tan obstinado en favorecer las ideas de libertad en la nacion vecina? ¿Porqué él, descendiente y continuador de la política de Napoleon I, se manifestaba tan celoso por la independencia de la Lombardía y de Venecia, cuando á la desastrosa política imperial se debia la destruccion y esclavitud de la antigua república del Adriático? Como él, enemigo de la prensa, de la tribuna; cuyo gobierno se basaba en la compresion de todas las aspiraciones, queria favorecer una causa que, si bien para cautivar á los pechos generosos, se escudaba con el patriotismo ultrajado, no era en el fondo, y él no podia ignorarlo, más que la causa de la Revolucion con todos sus desenfrenos, con todas sus injusticias, con todas sus irrealizables teorías, como por desgracia la experiencia ha acreditado?—Muchos móviles impulsaron al emperador francés á convertirse en patrono y director del movimiento italiano, y aunque no todos ellos han sido aun apreciados y estudiados por la historia, esta puede ya señalar algunos. El primero, el principal, es que Napoleon III, producto como su tio de la Revolucion, de la Revolucion en su faz mas repugnante, pues se elevó haciendo traicion á sus mismos encumbradores, hollando todos los juramentos, es y ha de ser precisamente por su misma naturaleza enemigo de cuantos poderes reconozcan un orígen distinto del suyo. Los gobiernos europeos, desconociendo esta verdad, cometieron en 1852 el grave error de reconocer el nuevo imperio, siendo así que ni ellos pueden vivir en paz con él, ni él con ellos. El poder que se funde en los buenos principios, el pueblo que no admita que el capricho y la audacia de unos pocos, ó de muchos, que poco importa para el caso, sea bastante título para gobernar á los hombres, será siempre un peligro constante para aquel gobierno que no pueda manifestar otro, y este á su vez lo será para el primero. El uno será una perpétua protesta contra el otro en cuanto parten de principios enteramente opuestos, y así el partidario del *derecho antiguo* como el que profese el *derecho moderno*, y mas este, en cuanto los principios conservadores carecen de la fuerza de expansion que tienen los disolventes, procurará cautivar al otro. Todo gobierno que no se funde en el sufragio universal es un peligro para Napoleon y para su cesarismo democrático, y por esto ha empezado su obra vistiendo á Victor Manuel la púrpura popular. Además, con

ello conseguia romper los tratados de 1815 que tanto lastimaban el amor propio de la Francia, y aparecer así á los ojos de su pueblo como el continuador glorioso de sus tradiciones militares; sin contar que con un aliado tan débil y dócil como el Piamonte podia ganar mucho y perder poco. El engrandecimiento de la Francia, las *fronteras naturales* podian ser por aquella parte reclamadas sin peligro, y así ha sucedido: al emancipar una provincia del yugo extranjero podíase conquistar otra, y al propio tiempo que la Lombardía dejase de ser austriaca para ser piamontesa, Saboya y Niza podian dejar de ser italianas para convertirse en francesas.

Téngase en cuenta además que aun cuando nada de eso fuese cierto, aun cuando Napoleon III no fuera enemigo por precision de cuantos gobiernos se fundan en algo mas digno, estable y lógico que el sufragio universal, la índole misma de su poder y la del pueblo francés le obligarian sin cesar á promover perturbaciones en el mundo á fin de que la Francia llevara su vista á otras partes y apartara los ojos de su persona. Con un gobierno que nada significa á no ser un peligro conjurado, sin vida las municipalidades, sin vida los departamentos, sin vida los altos cuerpos del Estado, la Francia se asemejaria á un cadáver entre las naciones europeas á no tener sus soldados en China, en Siria y en Italia. ¿Qué seria de Napoleon el dia en que replegándose en sí misma la nacion francesa conociere que esa febril agitacion que comunican las cuestiones exteriores empobrece, debilita, y atrae enemigos que tarde ó temprano vencen? La contestacion está en la conciencia de toda la Europa.

Así pues, el segundo Bonaparte, lo mismo que el primero, representaba en Italia la Revolucion. Así lo pensaron muchos luego que los Franceses atravesaron los Alpes en 1859, y así lo han hecho evidente ahora los sucesos posteriores. La cuestion de patriotismo que por un momento pudo cegar á los hombres generosos, ha desaparecido por completo; y en la cuestion italiana solo es dable ver ya, como sus mismos partidarios lo pregonan, la causa de la arbitrariedad y la fuerza contra la justicia y el derecho; la causa de la *idea que nace*, segun dicen en su altisonante lenguaje los innovadores, contra la *idea que muere*. ¡Muera en buen hora! la libertad del mundo morirá con ella.

El dia 29 de abril los austriacos pasaron el Tessino é invadieron el territorio piamontés, mientras que el ejército sardo, esperando á sus aliados, se fortificaba en la línea del Dora-Baltea. Hasta el 19 de mayo permanecieron los imperiales haciendo inútiles correrías por la llanura limitada casi paralelamente por el Tessino y el Sesia y cerrada al mediodía por el Po; y replegándose por último, esperaron en actitud defensiva el ataque de los Franco-Sardos. El dia 20 las hostilidades tomaron en Montebello un carácter mas decidido; los aliados avanzaron, y los combates de Palestro dados en los dias 30 y 31 de mayo favorecieron la atrevida marcha de flanco operada por el grueso del ejército francés para pasar á la orilla izquierda del Tessino. El general Giulay dió pruebas en aquellos dias de entendido y esforzado militar, y sin desalentarse por la infructuosidad de sus anteriores ataques, intentó su gran movimiento contra el flanco del ejército francés, logrando por medio de una sangrienta lucha detener por algunas horas sus colunas en Buffalora y en Magenta.

El dia 4 de junio trabóse la sangrienta batalla á la que dió su nombre el pueblecillo citado, y perdida por los imperiales, debieron estos cambiar su sistema de guerra. La evacuacion de Milan y de toda la Lombardía fué el resultado inmediato de aquel acontecimiento, y el dia 8 de junio entraron los soberanos aliados en la capital de la Lombardía, mientras los austriacos se retiraban en perfecto órden, sin haber perdido su disciplinado ejército nada de la primitiva energía.

Los Franco-Sardos pasaron sucesivamente el Adda, el Oglio y el Chiesa y las colunas austriacas, efectuando por todas partes un rápido movimiento de concentracion, se replegaron á la orilla izquierda del Mincio. En 24 de junio pasaron otra vez á la orilla derecha, y dióse la mas gran batalla que hubiese presenciado aquella tierra regada con sangre de todas las naciones. En ella tomaron parte 400 mil hombres, y el número de combatientes muertos y heridos subió á mas de 30 mil. Los austriacos perdieron sus posiciones, y se retiraron otra vez á la orilla izquierda del Mincio, donde los vencedores les siguieron, sin ser inquietados, el dia 29 de junio.



CAPITULO II.

Resultado de los anteriores sucesos en los ducados de Toscana, de Parma y de Módena, y en las Romanias.—Paz de Villafranca.—Consecuencias de la paz.

Imposible era que tan importantes sucesos no despertaran inmenso eco en los Estados de la Italia meridional donde la Cerdeña habia preparado tantos elementos de revolucion. El gran ducado de Toscana fué el primer punto elegido para el cumplimiento de sus inicuos fines, y la presentacion del ultimatum austriaco á la corte de Turin, en los últimos dias de abril, fué la señal del destronamiento del duque Leopoldo. Los anales diplomáticos registran ya la série de documentos que prueban hasta la evidencia las sordas intrigas y maquinaciones puestas en juego por el gabinete sardo para revolucionar el país, y como otro de los repugnantes espectáculos que la Europa ha presenciado en Italia de algun tiempo acá, vióse al embajador Buoncompagni, acreditado en Florencia, en una corte amiga, convertirse en jefe y director de los conjurados contra el legítimo gobierno. El gran duque Leopoldo que, por la leccion recibida en 1848, sabia no ser en Italia la cuestion de patriotismo sino el escudo, la pantalla con que se encubrian quiméricos y criminales planes, se negaba á tomar parte en una guerra en que no se hallaba directamente interesado; pero al ver la actitud de una parte de la poblacion, creyendo en la buena fé del partido que tomaba el nombre de liberal moderado, resolvió en 27 de abril emprender la senda de las concesiones, fatal camino que con-

duce siempre á la ruina y casi siempre á la deshonra. Encargó al marqués de Lajatico, jefe de aquella fraccion é íntimamente relacionado con el embajador sardo, la formacion de un nuevo gabinete; manifestó estar dispuesto á acceder á la alianza piamontesa y á la guerra contra el Austria, y prometió dar una constitucion á su pueblo. Sin embargo, todo fué en vano; no era eso lo que se queria, y sin desalentarse, los revolucionarios corrieron al palacio del embajador sardo para que formulara nuevas pretensiones que pusieran al gran duque, á pesar de sus disposiciones conciliadoras, en la necesidad de resistir. Aquellas fueron muy explícitas; exigióse á Leopoldo la abdicacion en su hijo, imponíasele la obligacion de dar inmediatamente el mando de las tropas al general Ulloa, y despojábase á su sucesor de toda soberanía estableciendo que la organizacion del país deberia conformarse con la general de la Italia. Esta vez el partido piamontés logró su objeto sin tener que acudir á nuevas exigencias; el gran duque negóse á firmar su propia deshonra; protestó ante el cuerpo diplomático contra la violencia de que era objeto, y abandonó sus Estados. En tanto izábase en Florecia el pabellon de Cerdeña; aclamábase á Victor Manuel dictador y protector del país; el embajador Buoncompagni dirigia alocuciones y proclamas á los amotinados, reunidos al pié de sus balcones, y el gobierno sardo le investia de omnímodos poderes para dirigir los asuntos del ducado. Inaudito escándalo que inició los vergonzosos actos de que ha sido hasta hoy teatro la Península italiana. La conquista á mansalva, con medios rastreros, sin la audacia de salir al campo, de retar al enemigo, de exponerse á los azares de una lucha! La vileza del ratero sustituida á los peligros del conquistador!

Si fuese este nuestro objeto podríamos llenar muchas páginas con la relacion de las maquinaciones, de las intrigas de que se valió el Piamonte para arrebatar su corona al gran duque Leopoldo y su independencia á la Toscana; las comunicaciones que mediaron entre la corte de Turin y el embajador Buoncompagni, convertido en jefe de conspiradores, no han de ser envidiadas por nacion alguna que aspire al nombre de civilizada. Sin embargo, no pueden tener aquí un lugar; hartas veces tendremos motivos para avergonzarnos de que en nuestra época se hayan permitido y aun aplaudido tantas iniquidades, y la

presente relacion no es mas que una reseña previa á fin de que puedan comprenderse los sucesos posteriores.

Proclamada en Florencia la dictadura de Victor Manuel, este soberano no se atrevió aun á poner de manifiesto sus planes á la faz de Europa; y si bien todas sus proclamas al ejército y al pueblo respiran un sentimiento unitario, si bien en ellas dice que su deber le impone *organizar y dirigir las fuerzas de la nacion*, que ha de constituirse un ejército *italiano*, hace todavía la solemne promesa, que habia de ser desmentida tan pronto, de que al terminar la guerra devolveria como un sagrado depósito el Estado que se le confiaba.

Las ideas unitarias de Turin hallaban apoyo en algunos hombres exaltados, mas por de pronto el partido liberal moderado, secundado por la inmensa mayoría de la opinion pública, que si veia con pesar perdida la paz, con mayor sentimiento rechazaba la pérdida de su nacionalidad, logró tener á raya los elementos anexionistas: y hasta el príncipe Napoleon, que por aquel entonces desembarcó en Liorna como jefe del 5.° cuerpo de ejército que se trataba de organizar en Toscana, hubo de moderar la impaciencia de los primeros para no perder todo el favor de los segundos, y no descubrir en una época, no propicia aun, los planes formados contra la independencia del ducado.

El 5.° cuerpo de ejército, organizado con tropas francesas y toscanas y una division de voluntarios de la Romanía, púsose en marcha hácia el teatro de la guerra, el dia 12 de junio. El papel que desempeñó en la campaña no ha de ser á buen seguro título de gloria para los militares que de él formaron parte, pues volvieron á sus hogares sin haber visto al enemigo. Sin embargo, á él debe mas Victor Manuel que á los que combatieron en Magenta y Solferino; merced á él pudo dominar en Toscana, merced á él revolucionó los Estados de Parma y de Módena, merced á él, en fin, dióse principio al movimiento anexionista que habia de ceñirle la corona de Italia.

Parma, otro Estado independiente, regido por la duquesa Luisa de Borbon en nombre de su hijo de menor edad el duque Roberto I, fué tambien objeto de las sordas maquinaciones piamontesas; un motin preparado de mucho tiempo obligó á la duquesa á abandonar su territorio el dia 30 de abril, mas las tropas parmesanas, que se habian

conservado fieles, lograron sofocarlo en cuanto lo habian promovido únicamente unos pocos hombres asalariados, y el dia 5 de mayo volvió la duquesa á su capital entre las aclamaciones del pueblo y del ejército. Pocos dias empero pudo permanecer allí; la derrota de los Imperiales en Magenta, la evacuacion por los mismos del territorio inmediato al ducado, los progresos de los aliados, y la intencion manifestada por el Piamonte de no respetar su neutralidad, obligaron á D.ª Luisa de Borbon á buscar un asilo en Suiza.

Entonces vióse en Parma una reproduccion de lo sucedido en Florencia; protectorado de Víctor Manuel, nombramiento de un comisario, excesos del populacho, lucha entre los unitarios de Turin, que no se atrevian á manifestar aun sus proyectos y los habitantes del ducado, á quienes no bastaba á cegar la causa patriótica que sin cesar se invocaba.

En Módena fué mayor aun el escándalo: el Piamonte, sin preceder hostilidad, ni declaracion de guerra, sin haber cometido el duque Francisco V acto alguno contrario á sus vecinos, declaró anexionadas á su territorio las ciudades de Massa y Carrara, y las tropas toscanas del general Ulloa hicieron fuego contra las de Este que querian someterlas de nuevo á la dominacion ducal. La retirada de los Austríacos despues de Magenta, la progresiva marcha de los aliados y la amenazadora actitud del 5.º cuerpo de ejército, convencieron al gran duque de que le seria imposible resistir lo mismo que conservarse neutral, y con su ejército de 4000 hombres abandonó el ducado y se retiró al campamento austriaco.

Los Sardos ocuparon el ducado al cabo de pocas horas, como habian ocupado el de Parma; Víctor Manuel se declaró su protector, y nombró un comisario que lo gobernase en su nombre.

Todos estos sucesos se verificaron en nombre del patriotismo; la guerra á los extrangeros era el pretexto con que se pretendia justificarlos, y fuerza es convenir en que se logró alucinar á muchos hombres de buena fé, que no veian ser este un principio con que podian legitimarse todos los despojos. Las voces que ahora se han levantado en defensa de la Santa Sede, y de la monarquía napolitana, enmudecieron entonces; hasta llegaron quizás á celebrar los triunfos de los Franco-Sardos; la expulsion de los grandes duques fué considerada

si no como un acto de justicia, como un hecho necesario, cuyas consecuencias no habian de ser el trastorno del mundo y el triunfo momentáneo de la Revolucion.

Entonces empezó tambien en Roma la farsa que de buen grado llamaríamos ridícula á no estar comprometidos en ella los mas íntimos sentimientos, las mas hondas convicciones de todos los católicos; farsa que dura aun, y que acabará, si Dios no lo remedia, con el poder temporal de la Santa Sede. Entonces se vió á un Emperador de los Franceses ser pródigo de promesas en cartas y en discursos al Papa, al clero, á todo el mundo. El poder temporal del Sumo Pontífice, decia, no peligra; la Francia le defiende, la Francia le garantiza, la Francia se opondrá con la fuerza á cuanto tienda á destruirle, y en efecto el general Goyon, jefe de las tropas francesas en la capital del orbe católico, amenazaba con rigurosas penas á los trastornadores del órden, á los que pretendiesen imitar el ejemplo de Toscana, Parma y Módena. Absurdo! vileza! el príncipe Napoleon en la Italia central, Napoleon III en Milan arrojaban combustibles al fuego, ponderaban el patriotismo de aquellos que habian despojado á sus legítimos gobiernos, que habian entregado al rey del Piamonte su independencia, fomentaban el movimiento unitario de Turin, y sus generales amenazaban en Roma con duros castigos á los que quisiesen merecer sus elogios. Cosa rara! semejante conducta no despertó la indignacion de nadie, como si á apesar de la inmensa perturbacion que en el mundo católico habia de causar y ha causado todo ataque contra los derechos del Pontífice, fuese este mas legítimo rey que los duques de Toscana y de Módena y que la duquesa de Parma.

Sin embargo, no fué esto lo peor; puédese ser inconsecuente y abrigar buena fé; puédense contraer compromisos contrarios á otros actos verificados, es cierto; pero hacer promesas sin intencion de cumplirlas, solo para adormecer las fuerzas de aquel cuya ruina se pretende, hasta el momento favorable; olvidarlas luego sin tomarse siquiera el trabajo de justificarse; achacarlo todo á las circunstancias, á la casualidad, y descargar el golpe de gracia cuando todo peligro ha pasado, tiene en todas las lenguas mil calificaciones, á cual mas expresiva, que no emplearemos aquí. Esto es lo que ha hecho el hombre que rige los destinos de la Francia.

Perdida por los Austríacos la batalla de Magenta y abandonada la Lombardía, hubieron de evacuar tambien los puntos que en la Romanía ocupaban, de cuyo hecho nació la peregrina idea, emitida por un ministro de Napoleon, de que solo ellos eran responsables de los atentados cometidos contra el Papa. La guarnicion de Bolonia salió de la ciudad el dia 12 de junio, y los agentes piamonteses al frente de algunos amotinados, expulsaron al cardenal-legado, quitaron las armas pontificias de los edificios públicos, izaron la bandera sarda, y proclamaron la dictadura de Víctor Manuel. Las demás ciudades de las legaciones, minadas por las mismas influencias, imitaron su ejemplo, pero con sorpresa oyeron que el rey-dictador de Toscana, de Parma y de Módena, no queria serlo de las Romanías. «En las actuales circunstancias, dijo, toda resolucion inconsiderada podria comprometer la causa de la independencia. Su Santidad, el verdadero jefe de los fieles, permanece al frente de su pueblo, y no solo debemos respetar, sino consolidar su autoridad temporal.»

Era natural hablar así; la lucha duraba aun; la victoria era dudosa. Cuando se habrá hecho la paz por medio de tratados que serán ó no cumplidos, segun nos convenga, cuando nada importe sublevar las conciencias católicas, entonces será otra cosa, entonces diremos que sí.

Para todo se encuentra medio cuando el honor y la conciencia enmudecen. El rey se habia negado á aceptar la dictadura, pero el ministro podia aceptar, si bien protestando de su respeto hácia Su Santidad, la direccion de las fuerzas que en el pais se organizaban para cooperar á la guerra de la independencia (1), nombrar un comisario extraordinario que se encargase del gobierno del territorio y disponer que los bersaglieri piamonteses lo ocupasen militarmente; y así se hizo.

Nunca como ahora pueden citarse, para confusion de los vencedores, y consuelo de los vencidos aquellas palabras de Manin: «Medios que el sentido moral reprueba aun cuando materialmente fueren útiles, matan moralmente: ninguna victoria merece ser puesta en la balanza con el desprecio de sí propio.»

Pio IX no podia guardar silencio ante el movimiento sedicioso que

(1) Carta del conde Cavour de 28 de junio de 1859 á los comisionados de Bolonia.

sustraia de su obediencia y autoridad parte del patrimonio eclesiástico, y levantó su voz poseida de las santas iras de la Iglesia contra los hombres que eran causa del escándalo que sufria la cristiandad; fulminó la excomunion mayor contra los que por obras, por consejos, por aquiescencia ó de cualquier otro modo habian usurpado su poder y jurisdiccion temporal, y excitó á los príncipes de Europa á que, como en otras épocas, acudiesen en auxilio de la Santa Sede (1). Por desgracia, su voz, si ha despertado un eco en todos los corazones católicos, ha encontrado sordos á todos los reyes!

Semejantes cambios, semejantes anexiones no podian tener lugar sin mediar notas por parte de las potencias europeas, interesadas en las distribuciones de territorio capaces de alterar el equilibrio establecido. La Gran Bretaña manifestó (2) no poder considerar sino como provisionales aquellas anexiones de territorio, y el gobierno de Napoleon III, dócil siempre ante las palabras venidas de Lóndres, se apresuró á hacer una manifestacion igual (3).

Pasado el Mincio por los ejércitos aliados, los Sardos que formaban el ala derecha recibieron órden de atacar á Peschiera, y los Franceses ocuparon Monzambano, Valeggio y Goyto, mientras que los Austriacos, encerrados en sus fortalezas, tenian sus avanzadas á dos kilómetros escasos de Villafranca. ¿Esperaban á que se les atacase en Verona ó querian probar la suerte de una nueva batalla? Durante la mañana del 7 de julio creyóse por un momento que habian adoptado el último partido; el dia anterior sus guerrillas se extendieron por la llanura como una dilatada línea blanca, pero al dia siguiente todo habia desaparecido.

En aquel momento un inesperado suceso, que debia ir seguido de otro mas inesperado aun, fué anunciado por Napoleon III á la Europa en los siguientes términos:

«El emperador á la emperatriz.

»Entre el emperador de Austria y yo se ha convenido en una suspension de armas.

(1) Alocucion pronunciada por Su Santidad en el consistorio de 20 de junio de 1859.

(2) Nota de lord Jhon Russell de 21 de junio de 1859.

(3) *Monitor* de 1.º de julio.

»Se nombrarán comisarios para establecer sus cláusulas y su duracion.»

El dia 12 del mismo mes anuncióse la celebracion de la paz en Villafranca bajo las siguientes bases:

»Confederacion italiana bajo la presidencia del Papa.

»Cesion por el Austria de la Lombardía.

»Restablecimiento de los duques.»

Muda de asombro quedó la Europa ante tan imprevisto acontecimiento, y como sucede siempre en lo obrado por Napoleon III, nadie quedó al pronto satisfecho del resultado obtenido.

Seria apartarnos mucho de nuestro propósito, y por otra parte seria decir lo que sabe ya todo el mundo, referir los sucesos que acompañaron á la paz de Villafranca. Nadie ignora la iniciativa que tomó el emperador francés, su insistencia para que Francisco José consintiera en el armisticio, la entrevista de los dos soberanos y el desairado papel, por no decir nulo, que en todo ello desempeñó el *futuro rey* de Italia. Aquello de que *Italia habia de ser libre hasta el Adriático* quedaba olvidado. Napoleon III habia de olvidar otras muchas cosas.

Palabras que lleva el viento.....

En Venecia se habia mostrado el sobrino digno de su tio.

Veamos como anunció Napoleon III á su ejército lo que acababa de suceder.

«Soldados! les dijo. Con el emperador de Austria hemos convenido en las bases de la paz; alcanzado el objeto principal de la guerra, la Italia va á convertirse por primera vez en una nacion. Una confederacion de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honoraria de Su Santidad, reunirá á los miembros de una misma familia; es cierto que el Estado de Venecia permanece bajo el cetro del Austria, pero será á pesar de esto una provincia italiana formando parte de la confederacion.

«La reunion de la Lombardía al Piamonte nos crea en esta parte de los Alpes un aliado poderoso que nos deberá su independencia; los gobiernos que han permanecido agenos al movimiento y que son restablecidos en sus posesiones, comprenderán la necesidad de saludables reformas. Una amnistía general borrará las huellas de las dis-

cordias civiles, y la Italia, dueña en adelante de sus destinos, solo á ella podrá culparse si no progresa regularmente en la via del órden y de la libertad.

«En breve regresareis á Francia, y la patria reconocida acogerá con transporte á los soldados que tanto han enaltecido la gloria de nuestras armas en Montebello, en Palestro, en Turbigo, en Magenta, en Marignan y en Solferino; que en dos meses han libertado al Piamonte y á la Lombardía, y que solo se han detenido porque la lucha iba á tomar proporciones que no se hallaban ya en relacion con los intereses que tenia la Francia en esta guerra formidable.

«Enorgulleceos, pues, con vuestros triunfos, con los resultados obtenidos; enorgulleceos sobre todo por ser los hijos queridos de esa Francia, que será siempre el gran pueblo, mientras tenga un corazon para comprender las nobles causas, y hombres como vosotros para defenderlas.»

Así pues lo que parece haber movido á Napoleon á celebrar la paz fué «ir á tomar la lucha proporciones que no se hallaban ya en relacion con los intereses que tenia la Francia en aquella guerra formidable,» con lo cual se alude á la Alemania; y como si todo hubiese de ser raro, por no darle otro nombre, en aquellos acontecimientos, vemos que Francisco José justifica su conducta con el aislamiento en que le dejaban sus aliados. Como descubrir la verdad entre los dichos contradictorios de ambos emperadores? Iba ó no la Alemania á tomar parte en la contienda? Era inminente la intervencion de la Alemania en la guerra que sostenian la Francia y la Cerdeña? No vacilamos en decir que nó, á pesar de las últimas medidas militares tomadas por la Dieta, y mas que nosotros lo dicen las comunicaciones diplomáticas que en aquel tiempo mediaron entre los gabinetes de Viena, de Berlin, de Lóndres y de San Petersburgo.

Si pues la razon alegada por Napoleon III no es exacta, si es casi seguro, que al paso que llevaban las cosas, Venecia habria sido to-

4

mada y forzado el cuadrilátero antes que los gobiernos de Alemania, divididos en sus miras, formularios y lentos como siempre, hubiesen resuelto salirle al encuentro, ¿porqué hizo la paz? Porque su obra estaba sino consumada, preparada á lo menos; porque sabia que una vez dado el impulso á la Revolucion, ella sola llegaria al punto que él en su interior le tenia designado; porque convenia plantear otras cuestiones en la Italia central, en Nápoles y en Roma, y para ello le interesaba la paz material; porque poco le importaba firmar un tratado que no habia de cumplirse en ninguna de sus partes sino en la que á él aprovechaba; porque al dar las grandes batallas que meditaba contra el derecho de gentes, contra todo lo establecido y respetado en el mundo, al atacar las conciencias, los fueros de la justicia, deseaba no tener delante de sí á 200 mil combatientes. Por esto se hizo la paz de Villafranca; porque la trama de Roma no podia contenerse por mas tiempo, porque la Italia central estaba sumida en la anarquía, porque habia de realizarse al momento el plan de las anexiones, y para esto era necesario que el Austria depusiera las armas. Así se hizo; Napoleon III prometió cuanto se quiso, Francisco José pensó haber reportado de la guerra ventajas de que antes no gozaba, y la paz se firmó. Si los hombres sin honor pueden ensalzar á aquel que sabe realizar sus planes por semejantes medios, entre el burlador y el burlado la eleccion no es dudosa para los hombres de corazon.

Generalmente se cree que Napoleon III ha obrado siempre en Italia esclavo de las circunstancias; que hizo la guerra en 1859 provocado por el Austria, que celebró luego la paz amenazado por la Alemania; que á pesar suyo se realizaron las anexiones de los ducados, haciéndole aparecer ante la Europa como perjuro á los pactos celebrados; que contra lo que él deseaba fueron invadidas las Marcas, la Umbria, y el reino de Nápoles; que su mas íntimo deseo era la conservacion del poder temporal del Papa; en una palabra que no dirige nada, pero que se adapta á todo; y es lo mas singular que los hombres que así piensan de Luis Napoleon le conceden un gran talento, le llaman un genio, olvidando que si fuera verdad lo que suponen, si pudiese creerse de buena fé lo que Napoleon dice y promete, seria el emperador de los Franceses el hombre mas vulgar é inepto que pudiera imaginarse. El talento, el genio no es esclavo de las circunstancias, estas

son esclavas suyas.—No es esta la opinion que de Napoleon III tenemos formada nosotros. Luis Napoleon se propone un fin y á él marcha sin desviarse en lo mas mínimo favorecido por la ceguedad ó impotencia de los gobiernos europeos, si bien es cierto que tiene la habilidad, ó llámese como se quiera, de proclamar otro distinto, y de no reparar en los medios. En 1859 queria la guerra, y decia desear la paz; queria despues las anexiones de la Italia central al Piamonte, y celebró el tratado de Villafranca estipulando una confederacion y prometiendo la restauracion de los archiduques; queria que los Piamonteses invadiesen las Marcas y la Umbría, y dió el golpe de teatro de retirar su embajador de Turin; queria en fin cuanto ha sucedido en Italia y para todo ha tenido palabras, pero nada mas que palabras de censura. Lo repetimos, Napoleon queria destruir en Italia para destruirlo luego en toda Europa si posible fuere, los principios constituidos, el derecho tradicional, las monarquías que son algo mas que tiranías democráticas, y á ello lo sacrifica todo, todo, hasta la política francesa; para él no hay otra política que la de su dinastía.

Pero apartemos la vista de esos acontecimientos; olvidemos si es posible la ridícula historia de las proposiciones que por conducto de la Inglaterra habia dirigido al Austria el gobierno francés, las notas de la Prusia, mas preocupada de un falso interés propio que de las grandes cuestiones que habria debido hacer suyas; no recordemos las incalificables confesiones de Napoleon á los altos cuerpos del Estado y los absurdos cuanto falaces artículos del *Monitor*; no agriemos nuestro corazon y el de nuestros lectores con hechos que no tienen inmediata relacion con nuestro objeto. Hartas veces, al referir lo que sucedió despues en Italia, habremos de apartar de allí, segun expresion de Donoso Cortés, los ojos con horror y el estómago con asco.

Hecha la paz y retiradas las fuerzas militares pensóse en todo por parte del Piamonte menos en cumplir lo prometido. En la caballerosidad del rey caballero, en la lealtad del *galantuomo* no entra el cumplimiento de la palabra dada; es una *caballerosidad*, una *lealtad* especial, distinta de cuanto se ha conocido hasta aquí con iguales nombres.

Para dar á la farsa cierta apariencia de realidad, el conde de Cavour abandonó por algun tiempo la presidencia del consejo de ministros, y nombróse otro ministerio que, si bien se calificó de mas mode-

rado que su antecesor, tuvo buen cuidado de manifestar que «continuaria favoreciendo el progreso de los grandes principios que son la base del derecho público entre los pueblos piamonteses.» En tanto y én el preciso momento de terminar la guerra, Garibaldi se despedia de sus voluntarios prometiéndoles próximos combates é inauguraba en Italia una suscricion para la compra de un millon de fusiles.

Los archiduques y la duquesa de Parma habian de ser restablecidos en sus gobiernos; así se pactó respeto de los primeros en Villafranca y de la segunda en Zurich á instancias del gobierno español; pero léjos de dejar el Piamonte libre el campo para que así se hiciera, redobló sus intrigas y maquinaciones; dejó que los comisarios que para aquellos puntos nombrara al principiar la guerra se convirtiesen en dictadores que, auxiliados por tropas piamontesas, tiranizaran el país y comprimieran las manifestaciones á las que se dió el nombre de conspiraciones, en favor de sus legítimos soberanos. Napoleon, que se fingia muy acongojado de lo que allí sucedia, envió á varios comisarios para que preparasen el camino al restablecimiento de los duques; pero en vano, el *sentimiento público* fué mas fuerte que Napoleon, que el héroe de Palestro y San Martino, y á ambos les fué *imposible* cumplir lo prometido. Los directores de la funcion organizaron la portentosa y segura máquina del sufragio universal, verificáronse unas elecciones que dieron, como siempre, el resultado que el gobierno quiso, y las asambleas, producto de ellas, decretaron la anexion al Piamonte y enviaron diputaciones á Victor Manuel. Este, empero, que no gusta de tomar resoluciones prontas allí donde anda la mano de la Francia, llevó su candor hasta negarse á aceptar lo que se le *daba*, y habló de un congreso, de su aliado el Emperador á quienes tocaba decidir en último resultado de la suerte de la Italia. Ya se comprende que esto no fueron mas que palabras y que desde aquel momento ejerció en la Italia central un poder soberano; mandó desaparecer la línea de aduanas, encabezáronse todos los decretos con la fórmula de *Reinando Victor Manuel*, acuñóse moneda con su busto y nombre etc. etc.

En tanto volvió al poder el conde de Cavour, pues se trataba de dar el último golpe, y Garibaldi se retiró á la vida privada para meditar y organizar la expedicion siciliana. De confederacion no se ha-

blaba ni una palabra, y todo ello quedó limitado á preguntar Napoleon á Pio IX si aceptaria la presidencia honoraria de la misma á lo que el Pontífice, como era natural, contestó que esto se trataria cuando hubiese otra vez príncipes para confederarse.

Habia llegado la época de pagar á Napoleon lo que habia hecho y lo que le quedaba que hacer, y aplicando la misma máquina que sirviera para adquirir la Italia central al ducado de Saboya y al territorio de Niza, quísose que produjese un resultado diametralmente opuesto. Y cosa admirable! lo produjo. La Italia iba á ser feliz, para ella empezaba una época de regeneracion, los pueblos centrales acudian á agruparse bajo su bandera, y por un contrasentido imposible de explicar, á no ser por la excelencia de aquella máquina que así sirve para un fregado como para un barrido, los pueblos de Saboya y Niza se separaron *voluntaria* y *espontáneamente* de la nacion llamada á tan próspero porvenir. Milagrosos efectos de la soberanía nacional!

Victor Manuel de Saboya vendió su casa solariega y los descendientes de los pobres, pero esforzados montañeses que dieron á su nombre, antes que él viviera, un lugar entre los mas preclaros de Europa. Los Amadeos, los Filibertos hubieron de temblar de ira y de vergüenza en sus nevados sepulcros.

Pagados á la Francia sus treinta dineros, cesó en sus consejos, y en la especie de resentimiento que en apariencia, y solo en apariencia fingia abrigar contra su fiel aliado. No volvió á hablarse de congreso é hizo su reunion imposible por medio del famoso folleto *El Papa y el Congreso;* envió varios regalos de armas y municiones al Piamonte para la organizacion de su ejército, y nada dijo cuando disueltas las asambleas de la Italia central, tratóse de recurrir otra vez al sufragio universal para decidir definitivamente si los pueblos querian ó nó perder su nacionalidad. Como no habian de quererlo? Una *imponente* mayoría opinó por la afirmativa, Victor Manuel no *pudo* ya negarse á las aspiraciones populares y la monarquía piamontesa contó á Florencia, á Parma, á Módena y á Bolonia entre sus capitales de provincia.

El tratado de Villafranca, celebrado cuando «las probabilidades de triunfo eran casi iguales por ambas partes (1)» quedaba rasgado. Y

(1) Monitor de 9 de setiembre de 1859.

que hizo el Austria? Lejos de precipitarse al campo con los 200 mil soldados que en el cuadrilátero tenia, léjos de pensar en tomar satisfaccion del ultraje que sus *leales* enemigos le inferian, quedó á la defensiva, quizás por impotencia, quizás por falta de fé en la mision reparadora que entonces le tocaba cumplir; y cuando para poner coto á tanta audacia necesitábanse armas y soldados, solo se dejaron oir en Europa lamentaciones y débiles protestas.

CAPÍTULO III.

Estado del reino de Nápoles al ceñir la corona Francisco II.—Fermentacion en Sicilia.—Esfuerzos de los comités revolucionarios.—Llamamiento á los pueblos.—Levantamiento contra el gobierno.—Su ningun resultado.—Expedicion de Garibaldi.—Felonía de la Inglaterra.

Antes de entrar definitivamente en nuestro asunto nos proponemos decir unas pocas palabras acerca del estado del reino de Nápoles al ceñir la corona el último monarca, como tributo de respeto á la clásica tierra

D'ogni alta cosa insegnatrice altrui.

Queremos hacer constar aquí que el pueblo napolitano no se halla aun embrutecido hasta el punto de sufrir treinta años de tiranía, como suponen aquellos que, falsos amigos y enaltecedores de las masas, han arrojado á su rostro tan sangriento insulto.

El único cargo que puede dirigir la Europa á Fernando II, de gloriosa memoria, consiste en haber dejado ignorar la prosperidad interior de su reino, los resultados de su admirable administracion, el espíritu paternal que presidia en la reparticion de las contribuciones, la proteccion concedida á la industria nacional, y su clemencia hácia los culpables dignos de perdon. El gobierno de Nápoles, enemigo de los pomposos programas, de los altisonantes manifiestos, dejó decir á sus enemigos; y la habilidad de estos, ó la torpeza y credulidad de las naciones europeas fué causa de que se extraviase la opinion pú-

blica hasta el punto de adquirir crédito las absurdas fábulas propaladas acerca de la situacion del reino, hasta el punto de creerse que sus pueblos estaban descontentos, que el país contaba tantos conspiradores como habitantes, siendo así que los mal contentos que allí como en casi todas partes, especulaban con el desórden, formaban una minoría insignificante.

Imposible es dirigir una mirada retrospectiva al reinado de Fernando II sin admirarse del contraste que ofrece la situacion en que respecto de algunas potencias europeas se encontraba al tiempo de su muerte con la de 1830 y 1831. En aquella época el jóven soberano acababa de sentarse en el trono, y las potencias todas de Europa se hallaban alarmadas por lo que se llamaba *el liberalismo* de Fernando II. El gabinete de las Tullerías fué el primero en reprobar las medidas tomadas por el rey de Nápoles, y la diplomacia europea se apresuró á dirigir á S. M. Siciliana consejos que contrastan de un modo extraño con los que recibió en 1856.

El jóven rey los escuchó con deferencia, pero no se apartó ni un paso de la senda que se propusiera; concedió amnistías, llamó á su corte á hombres que, como Filangieri é Ischitella, fueron elevados despues á los mas altos cargos del Estado, y estas medidas y otras semejantes no hicieron mas que redoblar los temores y las amonestaciones.

¿Quién habia de decir á Fernando II que despues de veinte y seis años de reinado, cuando se hallaria próximo á ser el decano de los soberanos de Europa, la diplomacia habia de ocuparse otra vez en sus actos para dirigirle consejos sobre el modo de gobernar sus Estados y excitarle á adoptar una política mas liberal?

Si fijamos la vista en la administracion interior que regia en el país, imposible es descubrir los vicios que han dado orígen á tan generales clamores.

La hacienda se encontraba en muy próspero estado, y aquel gobierno era el único que desde 1849 no hubiese recurrido á empréstitos. Su escasa deuda nacional estaba en su mayor parte en poder de sus propios súbditos, y los fondos napolitanos eran muy solicitados por los extrangeros, á pesar de no ser negociables fuera del reino, cotizándose á una prima de 8 ó 9 por 100. Y esta elevacion de los

fondos no podia atribuirse al agio, pues desde 1842 estaban prohibidas las especulaciones ficticias é ilusorias.

Si los aficionados á los estudios estadísticos publicasen las bases de la reparticion de los tributos en las varias naciones, habrian de convenir en que el súbdito napolitano era el que menos pagaba entre todos los pueblos de Europa. Y esto no obstante, las rentas públicas iban en aumento; los recursos del presupuesto bastaban para cubrir las atenciones todas del Estado, para mantener un ejército de cien mil hombres, para los considerables armamentos que han debido hacer en estos últimos tiempos las naciones, y para obras de utilidad pública y de ornato que importaban 16 millones anuales. El presupuesto de ingresos anuales era para los dominios continentales del Estado de 27.662,342 ducados (cada ducado vales unos 16 reales), procedentes 1.º de rentas del Estado 11.750,409 ducados, y 2.º de contribuciones ordinarias 15.911,933. Los tributos se dividian del modo siguiente:

Contribucion territorial.	8.091,933	ducados.
Aduanas y derechos de consumos. .	6.620,000	»
Registro y timbre..	1.200,000	»
Total.	15.911,933	ducados.

La poblacion de los Estados continentales es de siete millones de habitantes, de modo que resultaban 2 ducados 28 g. por cada habitante.

El presupuesto de los Estados napolitanos era el mas reducido de Europa, teniendo en cuenta la poblacion y sobre todo la riqueza nacional del reino, pues con una poblacion doble apenas llegaba á igualar el de los Estados sardos que desde 1848 se ha elevado de 70 á 142 millones de francos.

Fernando II consagró sus particulares esfuerzos á favorecer y protejer la industria y el comercio; tratados firmados con muchas potencias europeas habian aumentado la marina mercante en importantes proporciones. Así en 1818 el número de buques mercantes era en la parte continental del reino de 3587; en 1830 de 4918; en 1840 de 6803; en 1850 de 7669 y en 1855 de 8874, formando un total de 207,805 toneladas.

Segun los mas recientes datos estadísticos, los diversos ramos de la industria tomaron, como la marina mercante, considerable vuelo. Los establecimientos industriales estaban casi del todo libres de contribucion, y merced á las franquicias de que gozaban habíanse planteado gran número de fundiciones y de fábricas de tejidos, de productos químicos, etc. La industria se hallaba perfeccionada hasta tal punto que los Napolitanos casi se bastaban á sí propios y podian prescindir de los extranjeros, lo cual, como se comprenderá, era uno de los mayores agravios cuya venganza deseaba la Inglaterra.

La proteccion concedida á la agricultura hacia afluir los capitales necesarios para su progreso; los productos eran abundantes, y los artículos alimenticios mas baratos que en cualquier otro país de Europa.

Las bellas artes no olvidarán jamás en Nápoles el preclaro nombre de Fernando II; á él se deben las numerosas escuelas de música, de dibujo, de pintura, de escultura y de arquitectura que pueblan aquellas ciudades, y la institucion que enviaba á Roma á los jóvenes así del continente como de Sicilia para estudiar las obras maestras del genio italiano; á él las acertadas providencias para dar cima á la obra de descubrir las maravillas y preciosidades artísticas que yacian bajo las ruinas de Pompeya y de Erculano; á él en fin el primer museo que admira la Europa; bajo su favor y proteccion crecian y aumentaban los cultivadores de las artes y de las ciencias.

Fernando II era un *tirano* de un género especial; varios dias de la semana abria al público las puertas de su palacio, é invadian las salas diez ó doce mil personas que iban unas á felicitarle y las mas á solicitar de él gracias y favores.

La administracion de justicia estaba en Nápoles revestida de todas las precauciones de acierto que han dado á conocer los modernos estudios y observaciones; el código penal y el de procedimientos criminales eran la gran obra de la dinastía borbónica. Allí no se conocian los estados de sitio, ni los consejos de guerra, y la justicia era siempre administrada de un modo regular y con arreglo al código. Los juicios eran públicos, y es necesaria mucha maldad por una parte y gran obcecacion por otra para zurcir cuentos y fábulas sobre lo que pasa á la vista de seis millones de habitantes, en un país situado en el litoral de nuestro Mediterráneo.

Nada diremos de lo de las mazmorras é instrumentos de tortura inventados por los carceleros napolitanos. Tales absurdos pueden encontrar cabida en periodiquillos que han de llenar cada dia sus columnas de insulceces por no alcanzar á mas el meollo de sus redactores, y en escritos dictados por la mala fé ó las miras interesadas. Mister Gladstone que ha pregonado en Europa las *atrocidades* del gobierno napolitano, se encuentra ya harto desacreditado; los *maschios* que el *filántropo* inglés convertia en subterráneos son, segun todos los diccionarios italianos, el piso mas alto de un edificio. Su conocimiento de la lengua italiana es segura prenda de la exactitud de su relato.

¿Como ninguno de aquellos infelices mutilados protestó contra la iniquidad de que habia sido objeto al comparecer ante el tribunal? Será, segun aquellos detractores, porque todos morian en la carcel, y á renglon seguido añaden que los presos ascendian á treinta mil! Los hombres de buen criterio no querrán otra refutacion; pero atiéndase á que á ser esto verdad, á ser ciertos esos tormentos, esos asesinatos, las primeras víctimas habrian sido á buen seguro aquellos hombres que, como Poerio, Setembrini y otros, por su talento, por la importancia que en el partido revolucionario habian adquirido, debian de infundir al gobierno mayores recelos. Pues no sucedió así; lo mismo los sujetos expresados que todos aquellos cuyo nombre es conocido, nada han padecido en la prolongada prision que sufrieron únicamente por negarse á solicitar la gracia del rey, y ninguno de ellos ha dicho hasta ahora que hubiese sido aplicado al tormento, ni que se le privase de cosa alguna necesaria á la vida, ni aun á la comodidad, á no ser de la libertad de traspasar los umbrales de una cárcel ó de una fortaleza.

La conducta del rey en la calamitosa época de 1848 no desmintió sus humanos antecedentes. La Sicilia habia organizado un gobierno independiente y ofrecido la corona á un príncipe extranjero; el número de los comprometidos en la revolucion era inmenso; pero esto no impidió que el rey, luego de restablecida su autoridad, concediese una amnistía general, exceptuando únicamente á *cuarenta y tres personas* muchas de las cuales recibieron luego gracia individual. En los Estados napolitanos propiamente dichos, siguióse la misma paternal

conducta con los revolucionarios que tomaron parte en los acontecimientos de aquel año, y no sin sorpresa sabrán muchas personas que el soberano á quien se aconsejaba la clemencia como una virtud agena á su caracter, no firmó por aquellos acontecimientos ni una sola sentencia de muerte, y perdonó desde 1849 hasta 1856 á unos 3000 condenados por delitos políticos.

Por mas que lo contario se diga, las estadísticas judiciales permiten precisar los hechos. Desde 1849 hasta el 31 de diciembre de 1856 otorgó el rey los siguientes indultos : En 1849, 11 ; en 1850, 1987 ; en 1851, 296 ; en 1852, 188; en 1853, 119; en 1854, 6 ; en 1855, 8; en 1856, 71; es decir 2.686 individuos á quienes hizo gracia completa de las diferentes penas á que habian sido condenados por delitos políticos.

Desde 1850 hasta 1856 el rey concedió además 317 *conmutaciones* de pena, y redujo la que sufrian 357 personas. En el mismo intérvalo de tiempo dió autorizacion para volver á sus hogares á 49 desterrados, sin que en este número se comprendan los Sicilianos que volvieron á su país á consecuencia de la amnistía general publicada en Sicilia.

Semejantes actos que en los demás países habrian sido publicados por los periódicos oficiales, fueron así en Nápoles como en Europa casi ignorados por el público, pues Fernando II no gustaba de que se publicasen sus beneficios. Constan únicamente en los estados judiciales de donde los hemos tomado nosotros, imitando á algunos escritores celosos de los fueros de la verdad.

El número total de encausados políticos solo ascendia en 1857 á 648 en todo el reino; y para que se vea cuanto distan de la exactitud las declamaciones contra el rigor que en el gobierno borbónico se suponia, diremos que desde 1830, época en que ciñó la corona Fernando II, hasta 1857, el número de ejecuciones capitales que por todos conceptos se verificaron en el reino no pasó de setenta.

Queda en pié el gran cargo que los mal llamados liberales europeos dirigen siempre contra Fernando II y que fué causa de que los gobiernos de Francia é Inglaterra suspendiesen con él las relaciones diplomáticas, esto es su sistema de gobierno. ¿Porqué no habia de dar

una constitucion á su pueblo? Porqué no dotarle de lo que se conoce con el nombre de libertad política? Porqué no hacerle partícipe de los *inefables* goces del régimen parlamentario?—Parcos nos toca ser en esta materia por razones que todos comprenderán. Aquel sistema es el vigente en nuestra patria, y esto basta para que nos inspire si no amor, respeto; pero séanos lícito preguntar á los hombres de buena fé, si puesta la mano en su corazon, se atreverian á hacer un crímen á un rey bueno, sabio, generoso y padre de sus súbditos de no haberles dado el gobierno que ha llevado á la Francia al estado en que hoy se encuentra; si creen indispensables para la felicidad del pueblo las luchas de la tribuna, las luchas electorales, las luchas periodísticas, en una palabra las instituciones que en España rigen. En la Francia imperial, en la España que se agita aun en las convulsiones que le ha ocasionado el planteamiento del sistema parlamentario, sienta muy mal ese odio contra un hombre solo porque no era partidario de aquella forma de gobierno, cuya excelencia no es tan patente que no haya ojos que no la vean, entendimientos que la desconozcan. Lo repetimos; con la mano en el corazon, condenen si pueden á Fernando II los hombres todos de buena fe. El difunto rey de Nápoles quizás no acertó en la mejor fórmula para gobernar á los hombres, pero es casi seguro que no es ella el régimen parlamentario; no aceptándolo no hizo mas que no buscar el remedio en aquello que no habia de dárselo.

Véase pues, atendiendo á todo lo que antecede, si con razon hemos dicho al principio de esta obra que al morir Fernando II tuvo el consuelo de dejar su reino en estado próspero y feliz, y esto explica la impotencia de los esfuerzos empleados para alterar el público reposo. El pueblo napolitano sabia, y ahora sabrá mejor aun, que las revoluciones cuestan muy caras; que las cargas que las mismas imponen no se desvanecen en un dia; y si se mostraba indiferente á las provocaciones revolucionarias, si miraba con desconfianza las maravillas que la Inglaterra le hacia entrever á través del prisma constitucional, era porque temia derrocar una situacion que llenaba sus aspiraciones, perder un bienestar que le satisfacia por un porvenir lleno de dudas, que podian ser muy bien, como serán, otras tantas decepciones. Para revolucionar al reino de Nápoles ha sido necesario una gran con-

mocion en la Península, la felonía de un gobierno vecino y amigo, la traicion de parte de su propio ejército y de sus altos dignatarios, torrentes de oro extranjero, la declarada proteccion de la Gran Bretaña y la conducta incalificable de la Francia. ¿Que nacion por bien organizada que estuviese resistiria á semejantes enemigos?

Francisco II pareció resuelto desde los primeros dias de su reinado, á seguir las huellas de su glorioso padre. El advenimiento del nuevo soberano fué anunciado á los pueblos de Nápoles en los siguientes términos:

Francisco II, etc., etc.

«Por el triste acontecimiento de la muerte de nuestro augusto y amado padre, Fernando II, nos llama Dios á ocupar el trono de nuestros ilustres antepasados; acatando profundamente sus impenetrables designios, confiamos con firmeza é imploramos su misericordia para que nos conceda especial ayuda y constante asistencia, á fin de cumplir los nuevos deberes que nos impone, tanto mas graves y difíciles, en cuanto sucedemos á un monarca grande y piadoso, cuyas heróicas virtudes y sublimes méritos no serán jamás harto enaltecidos.

«Protegido por el Todopoderoso, procuraremos mantener el respeto debido á nuestra religion, la observancia de las leyes, la administracion recta é imparcial de justicia y la prosperidad del Estado, á fin de que, segun los decretos de la Providencia, quede asegurado el bienestar de todos nuestros súbditos.

«Y queriendo que el despacho de los negocios públicos no sufra delacion alguna,

«Hemos resuelto y decretamos que continuen en sus puestos las autoridades todas del reino de las Dos Sicilias.

«Caserta, 22 de mayo de 1859.»

El nuevo rey llamó al poder al ilustre general Filangieri, y de tan magnánimo y generoso corazon como su padre, publicó una amnistía general para los delitos políticos. Las córtes de Francia y de Inglaterra reanudaron con la de Nápoles sus relaciones diplomáticas.

La agitacion de que habia sido y era aun presa gran parte de la Italia, la lucha de que fueran teatro las llanuras piamontesas y lombardas, y mas que todo las esperanzas que infundia á los revolucionarios la actitud de la Cerdeña, no podian menos de causar en Ná-

poles cierta sensacion. Despues de la batalla de Magenta intentáronse algunas demostraciones delante de la embajada sarda, mas la presencia de las tropas, las enérgicas medidas tomadas por la autoridad y la sensatez de la mayoría de los habitantes, hicieron que el órden no fuese turbado, atravesando el reino de Nápoles la crísis explicada sin conmocion ni violencia alguna.

Por desgracia, no sucedió lo propio en Sicilia.

Esta isla, no obstante de ser uno de los puntos de Italia que mas se dejó siempre halagar por las mentidas promesas de libertad é independencia, permanecia tranquila observando los graves acontecimientos que se estaban operando en la península, apesar de las continuas escitaciones de los que tanto deseaban turbar su reposo. De seguro que aquellos crédulos isleños se habrian limitado á hacer el papel de meros espectadores de los sucesos que acontecian, á no haber sido los comités revolucionarios de Palermo, Catania y Messina, que recibiendo las inspiraciones de los clubs de París, Londres, Génova y Turin, les comunicaban cada dia alarmantes noticias, ora anunciándoles como reales peligros verdaderamente imaginarios; ora amenazándoles con que Maniscalco y los suyos les harian morir en medio de los mas *horrorosos tormentos*, en los que no creian mas que nosotros los Poherio, los Roccaforte, los Stabiles, los Torrearsa y demás proscritos que no se habian atrevido á regresar á sus hogares, cuando luego de su advenimiento al trono les abrió el Rey Francisco II las puertas de la patria. Nada importaba que los tormentos de Sicilia no fuesen mas que de nombre, una pura invencion, una farsa, si esa invencion y esa farsa debian contribuir á tener á los crédulos en contínua alarma y á desacreditar el gobierno del Rey. ¿Por ventura no han sido siempre la falsedad y el engaño las armas que ha esgrimido en todas partes la revolucion con mejor écsito?

He aquí la principal causa de la fermentacion que se notaba particularmente en Sicilia en la época de que vamos á ocuparnos. Constantes los comités de Palermo y Messina en su propósito de difundir en el ánimo de los sicilianos la confusion y la alarma, hicieron correr la voz de que en la noche del tres de abril de 1860 habian de hacerse en Palermo muchas prisiones, y que ya de antemano estaba resuelta la muerte de cuantos cayesen aquella noche fatal en

poder de la policía. Esta noticia, seguida de un llamamiento al pueblo para que se sublevára al toque de rebato, procuró á los jefes del movimiento el placer de arrastrar un gran número de incautos.

Dió en efecto á las tres de la mañana del 4 de abril de 1860 la campana del convento de Carmelitas la señal convenida, y solo un grito de exterminio y de muerte se oyó desde entonces en las plazas y principales calles de la capital de Sicilia. La tropa, que en vista de las alarmantes noticias, estaba sobre las armas desde la víspera, acudió inmediatamente á los puntos donde estalló el desórden, logrando despues de cuatro horas de sangriento combate dispersar y vencer á los sublevados en todos los puntos donde se empeñó la lucha. Resueltos los insurrectos, apesar de esta derrota, á probar nuevamente fortuna, volvieron al dia siguiente á las andadas en los arrabales de Palermo; pero no mas afortunados que la víspera, tuvieron que retirarse y ocultar su derrota en los montes vecinos, despues de haber sufrido pérdidas inmensas.

Apesar de estos reveses, y de haber tenido que rendirse los mas de los ilusos que tomaron parte en aquel movimiento, encontró la rebelion prosélitos en diferentes poblaciones de Sicilia, que no tardaron en ser sucesivamente tomadas por las tropas reales. Por mas que el ciego espíritu de partido haya querido suponer que fué bárbara la conducta que observó entonces el ejército, dista mucho de ser así; pero no debe estrañarse que las tropas desplegáran algun rigor en una ó dos poblaciones, en cuanto la mayor parte de ellas fueron tomadas á viva fuerza, como sucedió con las de San Lorenzo, Trápani y Marsala. De seguro que, si los insurrectos hubiesen entrado por asalto en una plaza defendida por la tropa, habrian pasado á cuchillo toda la guarnicion, creyendo, al obrar así, cumplir con su deber, escudados con las leyes de la guerra. No se crea sin embargo que no reprobamos con todas nuestras fuerzas los excesos á que tal vez se entregaron alguno de esos hombres crueles que por desgracia nunca faltan en todos los partidos; solo nos proponemos demostrar que no cometió el ejército real en Sicilia las atrocidades que sus enemigos han querido suponer, y que en las tristes circunstancias que pesaban sobre aquel desgraciado país, era de todo punto imposible tener siempre á raya el furor del soldado.

Vencidos y arrollados los insurrectos en todas partes, tuvieron que rendirse é implorar la clemencia del vencedor que, estuvo muy léjos de abusar de su victoria. Si de algo pueden quejarse los realistas napolitanos del gobierno de Francisco II, es, sin duda, de la generosidad que mostró en aquellos críticos momentos; con todo, no seremos nunca nosotros los que reprobaremos semejante proceder, por estar convencidos de que es siempre preferible la clemencia á la crueldad; aunque deba esta asegurar el triunfo. Reducida pues la insurreccion siciliana á sus propias fuerzas, solo pudo resistir durante algunos dias, viéndose al fin casi obligada á rendirse á discrecion hasta en los puntos donde se alzara con mas brios.

En tan crítica situacion, resolvieron algunos jefes de la sublevacion siciliana dirigirse al Piamonte para implorar de aquel gobierno, cuya ambicion les era bien conocida, que les tendiera una mano protectora, siendo el revolucionario Crispi el encargado de hacer al gobierno piamontés y á Garibaldi todas las proposiciones que creyese conducentes para decidirles á abrazar su perdida causa.

El Piamonte que veia hasta cierto punto escapársele la presa que en su ciega ambicion consideraba ya como segura, acogió con entusiasmo á Crispi, Bixio y Bertani, encargándoles que se dirigiesen á Garibaldi, quien, de acuerdo con el gobierno, tomaria las disposiciones necesarias para llevar á cabo la expedicion contra Sicilia, que fué ya en la primera entrevista propuesta y decidida.

Garibaldi, ese dócil instrumento de la ambicion piamontesa que cruzado de brazos habia visto pasar Niza, su patria, á la dominacion de la Francia, concibió desde luego el proyecto de ponerse al frente de la expedicion, por mas que debiese dar á la faz del mundo una prueba de su servilismo y de su inconsecuencia. Aquel hombre que, al decir de sus partidarios, ha consagrado toda su vida á la unidad italiana, sueño irrealizable que solo puede halagar á algunas imaginaciones delirantes, no titubeó en lanzarse á la lid y usurpar una posesion extranjera á nombre de la independencia de Italia, en el momento mismo que acababa de consentir en que su propio país fuese anexado á la Francia.

Una vez resuelta la expedicion, tropezóse con la falta de medios para realizarla; pero el oro de Inglaterra y mil carabinas Minié, proce-

dentes de una ó dos plazas fuertes del Piamonte, allanaron todas las dificultades, y pusieron á Garibaldi y Bixio en el caso de poder acometer su empresa. Para evitar, en apariencia al menos, la responsabilidad que iba el gobierno de Victor Manuel á contraer ante la Europa, se manifestó el conde de Cavour contrario á los planes de Garibaldi, y acérrimo partidario de la Confederacion italiana: sin embargo, la expedicion se formó, segun los deseos del gobierno sardo, quedando patentizada tan solo la política rastrera y cobarde del presidente Cavour.

Despues de haberse procurado Garibaldi todo lo necesario para realizar sus proyectos, dió á los suyos la órden de reunirse en Spinola en la noche del 5 de mayo; y entre tres y cuatro de la madrugada siguiente, se embarcó aquella cohorte aventurera en los vapores *Lombardo* y *Piamonte*. Al recibirse la noticia de lo ocurrido en las playas de Génova la mañana del 6 de mayo de 1860, casi toda la prensa europea reprobó aquel acto, calificándole como se debia; solo el *Times*, que insiguiendo la funesta política de su nacion, se propone sacar siempre partido de todas las injusticias, dejó de censurar al afortunado aventurero. Por su parte, la *Gaceta oficial* de Turin, se limitó á rechazar debilmente las fundadas acusaciones que se dirigian contra el gobierno de Victor Manuel, protestando de que habia hecho este cuanto estaba á su alcance para impedir que se realizara aquella expedicion, en la que tenia tan activa parte.

Tocó la espedicion el dia 7 en el puerto de Talamona, sito en los confines de Toscana, al objeto de hacer algunos acopios, logrando apoderarse de una ó dos piezas de artillería por no haber encontrado resistencia; y al anochecer del dia siguiente volvió á hacerse á la vela, pudiendo en la noche del 9 doblar el cabo que hay entre el Oeste-Sudoeste de Cerdeña y Sicilia.

En la mañana del 11 dirigió Garibaldi su rumbo hácia Marsala, sin duda por saber ya de antemano que habria allí dos buques ingleses dispuestos á protejer su desembarque. Además, contaba en aquella poblacion con numerosos prosélitos que podrian protejerle luego de haber logrado tomar tierra. Si bien le habria sido mucho mas fácil verificar su desembarque durante la noche en una playa, como se exponia de este modo á verse hostilizado por los cruceros napolita-

nos que guardaban la costa, prefirió dirigirse á Marsala, donde sabia poder realizar sus proyectos sin exponerse á ningun peligro.

Serian como las diez de la mañana del dia 11 de mayo, cuando se presentaron los dos vapores piamonteses delante de Marsala, y como recibiesen aviso de las dos fragatas inglesas que les estaban aguardando para protejerles, de que solo habia dos buques de guerra napolitanos que pudiesen hostilizarles, por hallarse el resto de la escuadra vigilando las costas, entraron los garibaldinos rápidamente en el puerto, merced á aquel aviso, sin tener que vencer dificultad alguna.

A pesar de haberse dirigido inmediatamente los dos buques napolitanos en persecucion de los dos vapores para evitar el desembarco que se disponian á hacer, vieron de repente interponerse entre ellos y los buques sardos que perseguian á los dos vapores ingleses que, á aquel solo objeto, habian permanecido hasta entonces en las aguas de Marsala, so pretesto de tomar á bordo á sus oficiales que se hallaban en tierra. Que apesar de las numerosas relaciones en que estaba Garibaldi con todos los revolucionarios de Sicilia, que no obstante el por algunos tan ponderado acierto con que dirigió su expedicion el antiguo marino de Niza, habrian caido los vapores *Piamonte* y *Lombardo*, sin la proteccion inglesa, en poder de los cruceros napolitanos, es una verdad palmaria que no se atreverán á poner en duda ni aun los partidarios mas ardientes de la Revolucion. Sin la intervencion directa de las tres potencias que ahora son las primeras en proclamar el principio de *no intervencion*, Garibaldi y los suyos habrian hallado su tumba en el puerto de Marsala; el reino de Nápoles no habria sido teatro de sangrientos horrores; el Vicario de Jesucristo no seria el blanco de los tiros de la impiedad, y la paz de Europa no se veria tan seriamente amenazada.

En vista de las injusticias que se están cometiendo en Italia á nombre de su unidad, la paz de Europa debe ser mas ó menos próximamente turbada, porque al fin las grandes potencias de Rusia, Austria y Prusia sabrán anteponer á rivalidades mezquinas y á intereses del momento, el interés general de todos los pueblos, y aplastar para siempre la hidra revolucionaria, si no quieren exponerse á ser en breve víctimas de ella. Un sacrificio no mas, y podrá atajarse aun el mal que nos amenaza tan de cerca. Aunque la revolucion cuente hoy

con poderosos protectores, no es tan temible como á primera vista parece; porque, cual Saturno, devora á sus propios hijos, y el temor de muchos de estos que al presente la protegen por convenir así á sus ambiciosas miras, le volverá la espalda al ver la resolucion enérgica de los que deben combatirla, por no ocultárseles que serian ellos las primeras víctimas que sacrificaria para complacer á sus bárbaros dioses. Un sacrificio, pues, y á la agitacion sucederá la calma, y á ese malestar general que se nota en todas partes, la seguridad y la paz de que tanto necesitan los pueblos para el mayor desenvolvimiento de sus intereses.

Se nos dirá tal vez que para llegar á tan apetecido resultado, se necesita ahora derramar mucha sangre: derrámese en buen hora; antes de perecer el cuerpo social, perezcan de una vez sus corrompidos miembros.

Hé aquí el extremo á que nos ha conducido el acto vandálico á que se entregaron Garibaldi y los suyos al invadir los Estados del Rey Francisco II, el dia 11 de mayo de 1860, merced á la proteccion oculta de la Francia y del Piamonte, y á la decidida que les dispensó Inglaterra. Esta última potencia, cuya política egoista justifica la historia de todos los tiempos, no se contentó con procurar á los revolucionarios el dinero necesario para llevar á efecto sus planes, sino que quiso además protejerles á la luz del dia, ó mejor, darles la última mano, sin lo cual les hubiera sido imposible dar cima á su obra de iniquidad. A nuestro modo de ver, dos fueron los objetos que les propuso Inglaterra al obrar de este modo; á saber: el de destruir la influencia que habia adquirido la Francia con sus armas en la guerra de Italia, y el de preparar á Roma, y por lo mismo al catolicismo, objeto principal de su odio, los dias de amargura que le rodean. Poco nos importaria el que saliese con la suya respecto de lo primero, porque al fin y al cabo el triunfo de cualquiera de las dos influencias que se disputan la supremacia en Italia ha de ser igualmente funesto al sosiego público; pero sentiríamos en el alma, y con nosotros todo el orbe católico, que lograse Inglaterra prolongar por mas tiempo el triste estado en que se ve hoy el Pontífice romano.

Tales fueron en nuestro concepto, las causas que decidieron al gobierno inglés á proteger tan descaradamente la invasion de un Estado

con el que estaba en buenas relaciones, á pesar de no haberle perdonado nunca el sentimiento de dignidad que le obligó un dia á rechazar su influencia.

Como para acabar de manifestar mas su felonía, tan pronto como hubo saltado á tierra el último voluntario de Garibaldi, dispuso el capitan de la fragata inglesa, que acababa de proteger el desembarco, que se dirigiese á Malta el pequeño vapor que formaba parte de la flotilla de su mando, á fin de que enterase á su gobierno del buen éxito de la expedicion y de la exactitud con que se habia dado cumplimiento á sus órdenes. ¡Véase, pues, los que aun hoy dia quieren suponer que la Inglaterra no prestó su apoyo á Garibaldi en Sicilia, y que sin este habria logrado el caudillo revolucionario desembarcar en Marsala, con cuanto descaro pretenden engañarnos!

No diremos que los buques de la marina real napolitana, el *Stramboli* y el *Capri* dejasen de faltar á su deber abandonando el puerto de Marsala en la mañana del mismo dia en que tuvo lugar el desembarco, puesto que solo así puede esplicarse el que abandonasen su puesto en el momento en que mas necesario era conservarle; tampoco seremos nosotros los que supongamos que no tuvieron gran parte en el primer triunfo de los aventureros la traicion y el perjurio; pero siempre será de todo punto innegable que, á no haber impedido la fragata inglesa los fuegos de los otros dos buques napolitanos, caian los dos vapores expedicionarios en su poder antes de saltar á tierra la gente que llevaban á su bordo, así como solo logró apoderarse de uno de ellos y echar el otro á pique despues de haberse verificado el desembarco. De este modo dieron comienzo la injusticia y la cobardía en Sicilia á su funesta obra.

CAPÍTULO IV.

Garibaldi en Marsala.—Dirijese el dia siguiente á Salemi.—Proclámase dictador.—Accion de Calatafimi.—Combate de Parto.—Táctica de los invasores.—Entrada de Garibaldi en Palermo.—Situacion de esta ciudad.—Armisticio.

El primer cuidado de Garibaldi fué penetrar en la ciudad, á fin de apoderarse de los fondos públicos. El intendente de la poblacion, hombre indefenso, y por lo mismo incapaz de oponer la menor resistencia, fué bárbaramente asesinado por aquellos regeneradores que, como en todas partes, empezaban por regenerar la Sicilia con el robo y el asesinato. Despues de haber dejado exhaustas las arcas, operacion verificada por los expedicionarios con asombrosa rapidez, se esparramaron por las calles lanzando furiosos gritos.

Dirigióse á la catedral una banda de aquellos *patriotas* para exigir al párroco que hiciese cantar el *Te Deum*; pero como no quisiere este acceder á sus exigencias, se contentaron con maltratar de palabra al digno cura y á algunos pacíficos habitantes que habian tomado su defensa, y con dar algunos vivas á la libertad y á la independencia italiana. Nunca por lo regular, se dan tantos vivas á la libertad, como cuando reinan el despotismo y la anarquía.

La actitud de la mayor parte de los habitantes de Marsala indicaba claramente cuan poco grato les era la visita de sus libertadores, puesto que casi todas las casas estaban cerradas, y sus moradores

aguardando inquietos en el fondo de ellas el resultado de aquella triste escena. En medio de la inquietud general que se notaba en la poblacion, inquietud que han querido atribuir algunos al fuego que hizo el buque de la marina real de Nápoles en el momento del desembarco, y que en realidad era producido tan solo por la conducta que observaban los espedicionarios, dió Garibaldi para calmarla la siguiente proclama.

«Sicilianos:

«Al frente de un puñado de valientes, presuroso acudo al grito heroico de Sicilia. Despues de haber logrado sobrevivir á las batallas dadas en la Lombardía. Aquí nos teneis á vuestro lado.

«¡Union, y será nuestra empresa breve y fácil! A las armas: el que no empuñe un fusil, no podrá menos de ser un cobarde, ó un traidor á la patria.

«En vano, se pretextará que carecemos de armas. No han de faltar fusiles, y si faltaran, cualquiera arma en estos momentos es buena en manos de un valiente. Quedarán las municipalidades encargadas de los niños, de las mujeres y de los ancianos sin apoyo.

»A las armas todos. Sicilia patentizará una vez mas al mundo como sabe un pais sacudir el yugo de sus opresores por la firme voluntad de un pueblo unido.

«J. GARIBALDI.»

El pueblo, sin embargo, continuó en el mismo abatimiento; solo algunos jóvenes inexpertos de Marsala y sus alrededores se dejaron fascinar por el llamamiento que hizo á las armas el caudillo de la Revolucion. Al ver los pocos marsaleses que se le unian, á pesar de sus constantes esfuerzos en probar que no era otro su deseo que el de hacer á la Italia independiente y libre, salió á la mañana siguiente de la ciudad en que se le habia recibido tan friamente para dirigirse á Salemi.

Por otra parte, consistia el plan de Garibaldi en apoderarse lo mas pronto posible de Calatafimi, tanto por ser esta una posicion magnífica para dejar incomunicado el Noroeste de la isla, como por poder mas facilmente desde ella comunicarse con sus amigos de Palermo. Estaba además seguro de que sus alturas no serian defendidas por las tropas napolitanas con la decision debida; así que, la certeza de

apoderarse sin ningun sacrificio de un punto que le era tan necesario, le decidió á emprender la marcha hácia aquella parte. Para evitar todo encuentro con alguna partida del ejército real, se apoderó Garibaldi de la administracion de telégrafos antes de salir de Marsala, y amenazando de muerte al jefe de ella, le obligó á comunicar por telégrafo, que habian desembarcado en varios puntos de la isla mas de ocho mil hombres, y que todos los pueblos se habian levantado en masa aclamando á la Italia y á sus libertadores. Como se ve, ya desde un principio esa causa revolucionaria que con tanta impudencia han dado algunos en llamar santa, tuvo que apoyarse en la falsedad y el engaño. A los que esto les admire, les dirémos que en todas partes ha apelado la revolucion á los mismos medios.

Sin percance alguno llegaron los aventureros á Salemi, donde no fueron mejor recibidos que en Marsala, no obstante de habérseles unido algunos ilusos mas del país durante su primera jornada. De seguro que, á no haber sido la actividad que desplegaron los comités revolucionarios de todas las provincias de Sicilia, al recibir la noticia del desembarco de Garibaldi, aquel país que habia empezado por ser indiferente se habria convertido en hostil, y habria sabido cumplir su deber mucho mejor de lo que le cumplió una gran parte del ejército.

Tan pronto como se supo en Salemi la proximidad de los expedicionarios, salieron de la ciudad los jesuitas y un gran número de personas notables que no sin razon consideraban comprometidas su fortuna y hasta sus vidas.

Al dia siguiente de su llegada á Salemi, quiso dar Garibaldi una prueba de su *abnegacion* y *desprendimiento*, proclamándose él mismo dictador de Sicilia en estos términos:

«José Garibaldi, general en jefe del ejército nacional de Sicilia;

«Accediendo á los deseos de los principales ciudadanos, y á la declaracion hecha por los municipios libres de la isla;

«Considerando que en tiempo de guerra es indispensable que los poderes civil y militar estén concentrados en la misma persona,

«Decreta: que toma la dictadura en Sicilia, á nombre de Víctor Manuel, rey de Italia.

«Salemi, 14 de mayo de 1860.

«J. Garibaldi.»

¿A quién no se le ocurre que los principales ciudadanos que tanto se interesaban en que tomase Garibaldi la dictadura, eran Turr, Bixio, Orsini y demás satélites del condescendiente dictador? Muy *patriota* seria necesario ser para no comprenderlo así.

Despues de dos dias de permanencia en Salemi salió el nuevo dictador con direccion á Vita, pequeña aldea situada á corta distancia de Calatafimi.

Dejemos entre tanto al dictador dirigiendo proclamas al clero, al ejército y al pueblo prometiéndoles á todos una libertad y una dicha sin límites, á fin de hacer suyo aquel desgraciado país; y veamos lo que hizo el gobierno del Rey Francisco II al recibir la noticia del desembarque de Garibaldi en Sicilia.

Su primer cuidado fué dar conocimiento del acto que acababa de verificarse en las costas de Sicilia. Hé aquí la nota que con este motivo dirigió el ministro de negocios extranjeros de Nápoles á los representantes de las potencias en aquella córte:

Nápoles, 12 de mayo de 1860.

«Acaba de ser cometido un acto de salvaje piratería por una horda de foragidos públicamente alistados, organizados y armados en un Estado no enemigo, á la vista del gobierno de ese Estado, á pesar de la formal promesa que habia hecho de impedirlo.

«El gobierno del Rey, avisado de los preparativos que se hacian con la mas desenfrenada impudencia en Génova, Turin, Milan, Liorna y Sienna, para una expedicion destinada contra los Estados reales, no tardó en reclamar sobre ese atentado contra el derecho de gentes y las obligaciones internacionales, la atencion del gobierno piamontés, cuyas respuestas en un principio evasivas, y cuyas promesas posteriores de impedir la expedicion, habian debido autorizar al gobierno real á no dudar de la sinceridad de las seguridades y de los asertos que venian á afirmar las relaciones de buena armonía y de no ingerencia recíproca, que jamás hemos pensado interrumpir.

«No por eso dejó el gobierno del Rey de vigilar las maquinaciones de los facciosos que se reunian en Génova y en Liorna con un objeto bien conocido, y ha seguido su marcha, cuya historia se resume en la memoria adjunta.

«Lisonjeábase, pues, de ver impedida la salida de esos piratas; sin

embargo, despues de su embarque en Génova y en Liorna en tres buques de comercio, dos piamonteses y uno inglés, los primeros de esos buques, salidos de Liorna, se dirigieron hácia el puerto de Marsala, donde llegados ayer sin ningun pabellon; empezaron á efectuar el desembarque de las bandas que llevaban á bordo, cuando dos buques reales del crucero inmediato rompieron contra los agresores el fuego de su artillería. Ese fuego, sin embargo, tuvo que suspenderse para dar tiempo á que dos vapores ingleses, que habian llegado pocas horas antes, tomasen á bordo sus oficiales que se hallaban en tierra. Esos vapores, despues de haberlos embarcado, se hicieron á la mar, pudiéndose tan solo entonces continuar el fuego contra aquellos piratas, sin lograr no obstante impedir su desembarque en Marsala, ciudad de la provincia de Trápani.

«Con esta simple indicacion del escandaloso atentado, cuyos resultados en la isla donde la insurreccion acababa de ser reprimida, la brevedad del tiempo no permite prever, el infrascrito, encargado de la cartera del ministerio de negocios extranjeros, tiene el honor de dar á conocer á V. E. la historia de los sucesos, á fin de que tenga á bien informar á su gobierno, y para que, cualesquiera que puedan ser las consecuencias de un atentado cometido contra toda especie de derecho que viola las leyes internacionales, y por el cual puede la Italia verse envuelta en la mas sangrienta anarquía, comprometiendo tambien á la Europa entera, no recaiga su responsabilidad mas que sobre los autores, fautores y cómplices de la bárbara invasion cometida.

«Tengo el honor, etc.

«Carafa.»

En seguida dictó el gobierno del rey algunas medidas que, si bien no eran tan enérgicas como exigian que lo fuesen las circumstancias que se atravesaban, habrian dado el apetecido resultado, á no estar enteramente extinguido el amor á la patria en el corazon de algunos de los que debian ejecutarlas. Fueron fletados por el gobierno napolitano cinco de los mejores buques mercantes para el transporte de tropas y de municiones, recibiendo en breve el ejército real en Sicilia un refuerzo de cuatro mil hombres. Pero no debia ya tratarse del número de soldados que podia oponerse á los invasores, sino de co-

nocer á fondo á los jefes que estaban á su frente: una tercera parte de las fuerzas realistas mandadas por jefes leales, el coronel Bosco solo á la cabeza de cuatro ó seis batallones habria podido sufocar la insurreccion y hacer lo que no hizo un poderoso ejército.

Seguia entre tanto Garibaldi avanzando hácia Calatafimi. En la mañana del 15 de mayo salió de Vita, pudiendo en breve divisar las fuerzas realistas que ocupaban las alturas de que debia apoderarse para continuar su marcha, resueltas al parecer á defenderlas encarnizadamente. No tardó en trabarse el combate. Seguros los garibaldinos, ó al menos algunos de sus jefes, de alcanzar una victoria fácil, se arrojaron con ímpetu sobre sus enemigos; pero léjos de dispersarse estos resistieron con heroico valor aquel primer ataque, y cargando á su vez á los contrarios, no pararon hasta ponerles en vergonzosa fuga. Perdieron los invasores en aquel primer encuentro mas de ciento cincuenta hombres, ochenta carabinas y su mejor bandera que decian ellos mismos haber sido bordada por algunas señoras italianas.

Cosa extraña: los garibaldinos que la primera vez fueron batidos completamente en las alturas de Calatafimi por un solo batallon de línea, dejaron de ser perseguidos por órden de Landi, y volviendo á la carga despues de habérselès dado el tiempo necesario para rehacerse de su derrota, lograron apoderarse de la primera posicion, en la que poco antes habian sido rechazados con tanta pérdida. Mientras tuvieron los garibaldinos que habérselas con un solo batallon napolitano, ó mejor, mientras fué la posicion defendida con menos tropas, léjos de avanzar tuvieron que retirarse en desórden; al paso que, despues de haber llegado refuerzos á los realistas, pudieron adelantar casi sin verse hostilizados, por haberse retirado cobardemente el jefe napolitano que mandaba aquella division, en el momento mismo en que debia alcanzar la mas señalada victoria.

En vano despues de haberse dejado libre á los invasores la principal posicion, trataron de oponerles algunas tropas reales la mas obstinada resistencia: se les habia permitido reorganizarse, cuando continuando en un principio la persecucion se habria podido acabar con todos ellos, y luego no pudo la decision de unos cuantos valientes impedirles el paso, por mas que les fuese tenazmente disputado.

Obligadas al fin las escasas fuerzas realistas á ceder el campo, por haberse visto abandonadas, se retiraron á Calatafimi en el mayor órden, sin que siquiera se atreviesen sus enemigos á hostilizarlas. Así terminó aquella primera accion que habria sido probablemente la última á haber cumplido con su deber todos los jefes napolitanos que tomaron mas ó menos parte en ella. Las pérdidas fueron inmensas, atendido el escaso número de los combatientes; mas de seiscientos hombres quedaron fuera de combate: por una y otra parte se hicieron actos de valor. Las últimas tropas realistas que sostuvieron el combate pernoctaron en Calatafimi, teniendo sus enemigos que quedarse acampados; esto demuestra claramente que si hubiese sido aquella victoria tan señalada como se quiso suponer, habrian logrado los garibaldinos, si no apoderarse de la poblacion, adelantar al menos un tanto hácia ella, y no verse obligados á vivaquear en el mismo campo de batalla.

Si el general Landi despues de la accion del 15 de mayo hubiese conservado la posicion de Calatafimi en lugar de marchar directamente á Palermo, ni habrian podido los expedicionarios avanzar, ni mucho menos entrar en la ciudad que les abandonó aquel jefe; entonces el combate de Calatafimi léjos de procurarles todas las ventajas de una victoria, les habria causado todos los reveses de una derrota, por hacerles perder un tiempo precioso que difícilmente habrian podido recuperar.

Obligados los revolucionarios á guardar sus posiciones, no habria tardado en cundir el desaliento en sus filas; los incautos que debian unírseles se habrian quedado en expectacion; el corto país que habian recorrido y que tan indiferente se mostrara á su paso, se les habria declarado hostil; y como toda revolucion naciente que no puede vencer el primer obstáculo que se opone á sus progresos, habria sido prontamente sofocada.

La Providencia empero lo habia dispuesto de otro modo. Aquel país que por su desgracia habia acogido con cierto entusiasmo todas las utopias de los modernos autónomos, que merced á su credulidad, cifraba sus mas caras esperanzas en el triunfo de la revolucion, y que, por lo mismo, léjos de rechazar indignado la injusta agresion de que era víctima, la apoyaba ó toleraba, debia necesariamente sufrir

las tristes consecuencias de su proceder, habia de verse envuelto en la mas sangrienta anarquía.

El cuerpo garibaldino entró en Alcamo el 17 de mayo; hállase esta poblacion situada en el golfo de Castellamare y dista de Palermo 36 kilómetros. A los dos dias, ó sea el 19, salieron de Alcamo los invasores para dirigirse á Monreale; pero se vieron obligados á acampar en el paso de Benna, á consecuencia del mal tiempo; solo al dia siguiente les fué posible llegar á la poblacion de Pioppo.

En el mismo dia hubo una escaramuza entre algunas partidas de insurrectos del país y dos compañías del ejército real en San Martino: murió en ella uno de los mas exaltados jefes de los *patriotas*.

Garibaldi entretanto marchaba sobre Monreale, ciudad situada en el monte Caputo, que tendrá como unos diez mil habitantes. Sin verse en lo mas mínimo hostilizado en su marcha por las tropas del Rey, iba el aventurero acercándose á la capital á pequeñas jornadas, como si no hubiese ni un solo enemigo en toda la isla. Sus encomiadores, que tanta gloria quieren atribuirle por su expedicion contra Palermo, quisiéramos que nos dijesen ¡en qué consiste esta gloria, y si conquista un héroe tan fácilmente sus laureles!..

Cuando el 21 de mayo llegaron las avanzadas invasoras á las inmediaciones de Monreale, hubo entre estas y una pequeña partida de las tropas reales un corto tiroteo en el que solo hubo algunos heridos de una y otra parte; sabedor empero el jefe revolucionario, de que se hallaba ocupada aquella ciudad por el coronel Bosco, y de que no era este del número de los cobardes que iban á vender su patria, no quiso empeñar el combate, por saber ya de antemano el resultado que este tendria, no habiéndoselas con un traidor. Dirigióse, pues, á la poblacion de Parco, por considerar su posicion como una de las mejores, sobre todo, pudiéndose apoderar de la casi inaccesible montaña que la domina.

Apenas el valiente coronel tuvo noticia de la contramarcha que acababa de ordenar Garibaldi para evitar el combate, salió en su persecucion con el regimiento de su mando, y á las pocas horas logró ya divisar al enemigo posesionado en el monte que domina á Parco. Sin considerar lo ventajoso de la posicion de Garibaldi, dió el jefe realista la órden de ataque; á la cabeza de sus fuerzas arrostró

casi mil veces una muerte segura, antes de serle posible desalojar á los rebeldes de las inexpugnables posiciones que ocupaban. En vano algunos oficiales revolucionarios trataron de contener á los voluntarios en la precipitada fuga emprendida desde el momento de verse arrojados de sus parapetos por la bravura de las tropas reales; en vano el mismo Garibaldi les llamó mas de una vez cobardes, particularmente á los italianos que fueron los primeros en desbandarse: nada pudo evitar la dispersion de aquellos hombres que algunos han dado en llamar héroes, como si consistiese el heroismo de un ejército en apoderarse de una plaza, de una isla, de un reino, cuando esa plaza, esa isla y ese reino han sido cobardemente entregados.

La derrota que sufrieron los invasores en Parto fué completa, pero no reportó de ella la causa del Rey todas las ventajas que eran de esperar, por haberse mandado al leal Bosco, cuando estaba á punto de acabar con todos ellos, merced á su incansable persecucion, que marchara hácia Corleone. Inútil parece advertir que solo podia darse aquella órden al objeto de que lograsen los garibaldinos rehacerse del golpe que acababan de recibir, y á fin de que les quedase libre y expedito el camino de Palermo. Bien sabemos que los partidarios de la Revolucion italiana han querido suponer que habia motivado aquella órden la noticia de que Garibaldi se habia dirigido hácia aquel punto con el grueso de sus fuerzas, y que era aquel rumor procedente de un plan estratégico concebido por el caudillo demagogo; pero aunque en realidad Garibaldi hubiese concebido aquel plan, ¿habria logrado con él engañar al entendido jefe que acababa de vencerle en Parto, y que sin perderle de vista ni un momento siquiera habia cesado en su persecucion? Los que tal digan, ni idea se habrán formado de lo que es el arte militar.

Si Bosco despues de su señalada victoria se dirigió á Corleone, fué porque recibió la órden de obrar de aquel modo y porque como verdadero militar solo debia obedecer, por mas que le pareciese contraria la órden recibida.

Libre Garibaldi de su incansable perseguidor, se dirigió á Misilmeri, de donde salió al dia siguiente para ir á acampar á corta distancia, al efecto de celebrar un consejo de guerra para decidir retirarse al interior, ó bien continuar marchando hácia Palermo, caso de

no verse hostilizado y de ser satisfactorias las noticias que se recibiesen de la capital de Sicilia.

Hora nos parece ya de dar á nuestros lectores algunas noticias acerca del país que acababa de ser teatro de la injusta invasion hecha á nombre de la independencia italiana, tanto para hacerles conocer la verdadera posicion de los dos cuerpos beligerantes, como para ponerles de manifiesto los obstáculos que se oponian á la realizacion de los planes que uno y otro se proponian llevar á feliz término.

Por mas que el ejército napolitano hubiese alcanzado inmensas ventajas sobre sus contrarios, favorecidos estos por lo escabroso del país que ocupaban, ni podia dárseles una accion decisiva, ni mucho menos obligárseles á salir de sus guaridas, en las que lograban casi siempre rehacerse, para volver á presentarse á los pocos dias con nuevos brios. Desde el delicioso valle de Palermo hasta Calatafimi, ó mejor, hasta Marsala, hay una cordillera de altas montañas que solo ofrecen en todas partes un verdadero laberinto; de aquí las numerosas dificultades que tuvieron que vencer de contínuo las tropas reales para dar alcance á los invasores, y la imposibilidad material en que se vieron ya desde el primer dia de empezar y seguir una lucha regular. A cada combate seguia la dispersion de los invasores que, antes de desbandarse, se señalaban ya el punto en que habian de volverse á reunir. Solo así se explica el que Bosco, á pesar de su intrepidez y de su celo infatigable, no lograse mas que una vez darles alcance.

El general Lanza, que mandaba en jefe el ejército real de Sicilia, léjos de dictar providencias enérgicas para reprimir la insurreccion, y salir á la cabeza de una parte de sus tropas en persecucion de los expedicionarios, se quedó en Palermo con un ejército de mas de 18,000 hombres, dejando libre el campo á los demagogos de dentro y de fuera. Por apático, cobarde y hasta traidor que hubiese sido el príncipe de Castelcicala, á quien sucedió Lanza en el mando de Sicilia, de seguro no lo habria sido tanto como demostró serlo su sucesor. Pronto tendremos ocasion de hablar nuevamente de ese miserable que, sin atender á los juramentos prestados, sacrificó en Palermo su honor y la suerte de su patria y de su soberano.

En vista, pues, de las favorables noticias que recibió de Palermo

el caudillo revolucionario, y de que no se exponia por lo mismo á grandes peligros, por saber ya de antemano el éxito completo que habia de coronar su empresa, se dirigió en la noche del 26 de mayo á la capital de Sicilia, en donde le estaban ya aguardando con la mayor impaciencia todos los *hombres libres*, que iban á sacrificarse por la libertad de su patria entregándola á la ambicion de una potencia extranjera.

Durante la madrugada del 27 llegaron los garibaldinos al puente del Amiraglia y sorprendiendo á la guardia encargada de su defensa, dieron una nueva prueba de su valor y arrojo dando muerte á algunos soldados napolitanos, entregados al mas profundo sueño, mientras se replegaban los demás tras las barricadas que se habian levantado para defender la puerta de Termini. Trabóse entonces una lucha encarnizada que duró mas de una hora entre todas las fuerzas garibaldinas y las dos guardias citadas; pero al fin tuvieron estas que ceder ante el excesivo número de sus enemigos, y retirarse hácia el interior de la ciudad.

Numerosos grupos armados se lanzaron á las calles desde que se oyeron los primeros tiros en las afueras de la ciudad de Palermo: eran los patriotas palermitanos que volaban al socorro de sus desinteresados hermanos que querian arrancarles de la esclavitud, y ofrecerles en cambio la libertad y la dicha.

Las tropas reales entre tanto permanecian encerradas en sus fuertes casi sin hostilizar en lo mas mínimo á los facciosos; así que, en breve quedaron estos dueños de una gran parte de la capital. Al recibir el esforzado Bosco la noticia de la entrada de Garibaldi en Palermo, se dirigió desde Corleone hácia la capital con todas las fuerzas de que podia disponer, y no obstante de ser estas infinitamente menores en número á las que acaudillaba el titulado dictador, logró penetrar en la ciudad, arrollar á los rebeldes y desalojarles de las principales posiciones que ocupaban, sembrando por doquiera el espanto y la muerte en sus filas.

En el momento mismo en que los invasores acababan de alcanzar en Palermo un triunfo señalado, merced á la ninguna oposicion que encontraron, apesar de haber en la ciudad y sus fuertes mas de veintidos mil soldados para rechazarles, bastó la presencia de Bosco á la

cabeza de su regimiento para desconcertar completamente á los rebeldes y arrebatarles en parte una victoria que solo debian á la cobardía, á la traicion, y á la infamia.

Ya que los generales Lanza y Salzano habian permanecido en la inaccion mas cobarde mientras sin grande esfuerzo podian no solo rechazar, sí que tambien perseguir y vencer á Garibaldi y á sus huestes al presentarse en Palermo, hubiesen al menos dejado obrar al héroe del Parco, al jefe valiente y leal cuyo solo nombre aterraba á los rebeldes, al entendido Bosco que acababa de llegar y de obtener la victoria. Pero ¡cosa extraña! Aquellos generales que ninguna resolucion tomaron cuando era tiempo de conjurar el peligro, quisieron de repente adoptar enérgicas medidas para acabar de comprometer la causa del rey; y sobre todo, para impedir á Bosco que alcanzase un triunfo completo.

Despues de haber permitido á Garibaldi que se apoderase de toda la parte baja de la ciudad sin oponerle resistencia alguna, y que se sublevase el populacho para secundarle en el ataque, amenazó Lanza á los rebeldes con un bombardeo que, sobre ser en aquellas circunstancias de todo punto inútil, era altamente injusto, y solo podia por lo mismo excitar la indignacion entre los habitantes de Palermo.

Para que se convenzan mas nuestros lectores de que solo á la culpable apatía, cuando nó á la traicion de los generales Lanza y Salzano, debió Garibaldi la toma de Palermo, daremos aquí algunos pormenores acerca de la posicion topográfica de aquella ciudad y de las obras de defensa que podian ponerla al abrigo de todo ataque en aquellas circunstancias.

Hállase Palermo situada al Norte de la Sicilia en medio de un golfo que tomó su nombre, y en la embocadura de un riachuelo llamado el Oseto. Rodea á la ciudad antigua un circuito bastionado que está casi en estado de completo abandono, y cuya periferie podrá tener á lo mas unos cinco kilómetros. La ciudad moderna se extiende fuera de las fortificaciones hácia el camino de Monreale, quedando por aquella parte interrumpida la línea de defensa en un inmenso trecho. Las verdaderas fortificaciones de Palermo están en la parte del mar, siendo las principales de ellas el fuerte de Castel-Lucio, situado en la extremidad del puerto, y el de Castellamare. que se encuentra en el mejor

estado de defensa; su forma es rectangular, tiene un doble circuito y está perfectamente armado. El puerto se halla cerrado por un muelle de cuatrocientos metros de longitud y termina por una fuerte batería.

Hay en la ciudad dos calles principales que la cortan transversalmente dividiéndola en casi cuatro partes iguales; á saber: la calle de Cassaro, y la de Maqueda ó Contrada-Nuova, que tiene 1400 metros de extension y unos quince de ancho. Ascenderá la poblacion de Palermo á unas 180,000 almas.

Tan pronto como Garibaldi se hubo apoderado el 27 de mayo de la ciudad nueva, léjos de continuar el general Lanza la defensa de la parte meridional de la plaza, y de intentar un último esfuerzo, como lo hizo mas tarde Bosco, para arrojar al caudillo revolucionario de las nuevas posiciones de que habia logrado apoderarse por un golpe de mano, se replegó sobre el fuerte de Castellamare, so protesto de que así no le quedarian interrumpidas sus comunicaciones con los fuertes del Norte. No fué esto todo: despues de haberse retirado tan cobardemente en presencia de un enemigo cuatro veces inferior en número; despues de haber carecido hasta del valor necesario para resistir á á ese mismo enemigo que, nunca se habria atrevido á atacarle en sus fuertes, se replegó Lanza, como hemos visto, sobre Castellamare, no por el temor de que le fuesen interrumpidas sus comunicaciones con los fuertes del Norte, sino para dejar libre el campo á los insurrectos cuyo número, en vista de la indecision de las tropas, iba siempre en aumento; y solo cuando vió que el heroismo de Bosco iba á hacer fracasar todos sus planes, arrojando de la parte baja de la ciudad á los rebeldes, firmó con estos á toda prisa un armisticio que les aseguró por de pronto en las posiciones que iban á perder.

Ya desde el primer dia que tomó Lanza el mando en jefe de Sicilia, demostró claramente, á pesar de todas las protestas de fidelidad á su Rey y á su patria contenidas en la órden del dia que dirigió á las tropas, sus vivas simpatías por la causa de la Revolucion; puesto que, á no ser así de ningun modo habria hecho retirar los retenes y patrullas que á todas horas recorrian la ciudad para impedir que se turbara el órden; ni mucho menos habria permitido que se reunieran libremente los habitantes de la ciudad baja para conspirar, cuando sabia no podian tener otro objeto sus reuniones, atendi-

dos los principios revolucionarios que profesaban la mayor parte de ellos.

De este modo toleró el general napolitano que se formaran libremente en Palermo los comités revolucionarios; que se comunicasen con Garibaldi hasta el punto de poder darle noticia á todas horas de los progresos que hacia la insurreccion; y por último, que le advirtiesen el dia y la hora en que debia presentarse para que estallase el movimiento con mas éxito; ¡y todo esto fué hecho á la luz del dia y con la aquiescencia de las autoridades de Palermo!

Cuando Garibaldi se hubo apoderado de la ciudad nueva; cuando una gran parte del populacho palermitano hubo engrosado sus filas; cuando el triunfo de la causa del Rey era casi ya de todo punto imposible, por mas que se derramasen torrentes de sangre, intentó Lanza oponer una resistencia tardía que acabó de probar mas y mas su traicion y su perfidia.

Arrojadas al fin las tropas reales de casi todas las posiciones que ocupaban en el interior de la ciudad, y obligado á replegarse el mismo Lanza sobre el Palacio Real, trató de apelar al último medio por mas inútil, injusto y repugnante que fuese, para lograr el fin propuesto: se mandó á la escuadra napolitana y al fuerte de Castellamare que empezáran inmediatamente el bombardeo contra la ciudad.

Tres dias duró el bombardeo, y ¡cosa rara! ni un solo proyectil cayó en el palacio senatorial, donde se hallaban reunidos Garibaldi y todos los demás jefes de la insurreccion siciliana! Unicamente fueron víctimas de aquella injusta medida los habitantas pacíficos, conforme lo previeran sus autores.

En virtud de la mediacion interpuesta por el almirante inglés, al tercer dia del bombardeo de Palermo se mandó suspender el fuego, y empezaron las negociaciones para firmarse un armistico, á cuyo objeto pasó el general Lanza á bordo de un buque inglés, en el que estaba ya aguardándole Garibaldi, para ponerse de acuerdo acerca de las condiciones ó bases del tratado. Fueron empero tantas las exigencias del llamado dictador, que no fué posible á Lanza aceptarlas. Sin embargo, se convino en prolongar la tregua hasta la tarde del 31 de mayo, á fin de que se pudiesen sepultar los cadáveres y dar el tiempo necesario para salir de la ciudad á todas las personas que

quisiesen abandonarla, en vista de los nuevos horrores y peligros que la amenazaban.

Fueron empero tantos los esfuerzos que hicieron el contra-almirante inglés Jhon Mandy y el cuerpo consular para que no empezáran de nuevo las hostilidades, que antes de espirar la tregua, propuso el general Lanza á Garibaldi un nuevo armisticio de tres dias, durante los cuales pasaria el general Letizia á Nápoles, para informar al rey de cuanto ocurria, y á fin de que S. M. se dignase autorizar al comisario régio en Palermo para obrar en vista de las circunstancias.

Garibaldi, cuyo solo deseo era ganar tiempo para activar las obras de defensa y aumentar el número de sus prosélitos, acogió con entusiasmo la proposicion de Lanza, quedando en consecuencia aplazada por tres dias mas la tregua que tanto le interesaba prolongar.

Si en lugar de proponer aquel nuevo armisticio, hubiese resuelto el general Lanza atacar simultáneamente todos los puntos ocupados por los insurrectos, de seguro habria logrado arrojarles de sus posiciones, y léjos de dar como dió al mundo un triste ejemplo de defeccion y merecer que fuese generalmente reprobada su conducta, se habria conquistado una gloria imperecedera y merecido bien de la patria.

CAPÍTULO V.

Los insurrectos en Catania.—Decretos de Garibaldi.—Nuevo mensaje de Leticia.—Capitulacion de Palermo.—Evacuacion de Palermo por las tropas.—Expedicion de Medici.—Triste situacion de Palermo.—Acontecimientos de Siria.—Concesiones hechas por el rey de Nápoles.

Resueltos los invasores á sacar todo el partido posible de las ventajas que acababan de alcanzar en Palermo, dispusieron la organizacion de algunas fuerzas para recorrer la isla al objeto de fomentar el movimiento revolucionario, y á fin de apoderarse de las principales plazas que estaban aun en poder del gobierno legítimo. Catania fué la primera que vió marchar contra ella las nuevas fuerzas de la Revolucion.

Presentáronse el dia primero de junio frente á sus muros unos cuatro mil insurgentes con su correspondiente artillería, y despues de haber intimado inútilmente la rendicion á los valientes defensores de la plaza, rompieron el fuego contra la ciudad, que atacaron á la vez por diferentes puntos. Animada empero la escasa guarnicion de Catania por el noble ejemplo de sus leales jefes, lanzóse sobre los garibaldinos con la mayor intrepidez y arrojo, pudiendo al fin lograr á las ocho horas de un combate terrible, rechazar á los sitiadores despues de haberles hecho sufrir pérdidas inmensas, y de haberles tomado dos banderas y tres piezas de artillería. Aquellos hombres libres, que no han titubeado algunos en calificar de invencibles, se vieron obligados á desbandarse en Catania ante un puñado de solda-

dos resueltos á morir por su patria y su rey, sufriendo, como en Parco y en todos los demás puntos donde la cobardía y la traicion no tuvieron parte en sus triunfos, la mas completa derrota.

Durante el armisticio, disponia Garibaldi en el interior de Palermo la construccion de diferentes obras de defensa, para continuar el ataque de los fuertes y del Palacio Real, caso de que, faltándosele á secretas promesas, dejase de rendirse la plaza dentro de un breve término. Dió además el nuevo dictador diferentes decretos, disponiendo la formacion de la guardia nacional, único elemento de desórden que faltaba para completar la anarquía que reinaba ya en toda la isla; mandando que se abrieran suscriciones para hacer frente á los gastos de la guerra; ordenando el secuestro de todos los bienes pertenecientes al clero regular y al gobierno, é instituyendo por último en Palermo una comision ó junta de defensa, para que procediese sin descanso al levantamiento de las obras de fortificacion necesarias para poder resistir mas fácilmente á cualquier ataque que intentasen dar las tropas reales.

Tambien ordenó el caudillo revolucionario el reclutamiento de todos los hombres desde diez y siete hasta cincuenta años de edad, á fin de poder formar un cuerpo respetable que hiciese frente al ejército real, en el caso de que intentase este tomar la ofensiva, nueva medida que, mucho mas aun que las anteriores, debia manifestar lo dispuesto que estaba Garibaldi á respetar la autonomía de los sicilianos, y, sobre todo, á hacer su felicidad.

Aguardábase entretanto con la mayor impaciencia en uno y otro campo la llegada del general Leticia que, se presentó el 3 de junio, ó sea el mismo dia en que espiraba el armisticio, siendo su llegada objeto á la vez de muchos temores y de no pocas esperanzas. Unos creian que seria portador de órdenes terminantes que mandarian á Lanza atacar las posiciones que ocupaban Garibaldi y los suyos, ó al menos que se le prevendria conservarse á la defensiva, interin se enviasen nuevas tropas en su auxilio; otros empero, creian ser ya imposible toda resistencia por parte de las tropas, atendidos los numerosos refuerzos que á cada instante recibian los insurjentes de todos los puntos de la isla, y la actitud cada vez mas decidida que tomaba el pueblo bajo de Palermo en favor de la Revolucion.

Por mas tristes y exageradas que fuesen las noticias dadas por el comisionado regio, ó sea, por Lanza á su soberano, no bastaron á extinguir en el corazon del monarca aquel noble ardor del que en breve debia dar tantas pruebas; antes por el contrario, como todas las almas verdaderamente grandes, encontró Francisco II ya en sus primeras desgracias nuevas fuerzas para hacer frente con nobleza y dignidad á todos los reveses y peligros que le reservaba el porvenir. Los que tanto empeño tienen en nuestros dias en desacreditar á los Borbones, solo porque representan en Europa el órden y el derecho, han llevado su injusticia hasta el punto de calificar de imprudente y temeraria la noble conducta observada por el jóven monarca de Nápoles en los momentos de mayor peligro. Sin embargo, no nos causa esto asombro: conocemos por desgracia lo bastante á los revolucionarios, para admirarnos de que en su ciego furor contra todo poder constituido, llamen pequeño, bajo é injusto á todo lo grande, digno y legítimo, siempre que lo que intentan derrocar tenga por base la grandeza, la dignidad y la justicia. Continuen en buen hora dando á las cosas nombres opuestos, que no por ello han de lograr desviar la opinion pública, escarmentada en todas partes, y particularmente en Italia, por los sangrientos desórdenes que han sucedido á las falaces promesas de libertad y bienandanza.

Tan pronto como se supo en Palermo la llegada del general Letizia, portador de las órdenes del rey de Nápoles, apoderóse la impaciencia de todos los ánimos: los realistas fieles deseaban que mandase el rey continuar la resistencia, al paso que el general Lanza y los revolucionarios querian por el contrario, que accediese el Soberano á la capitulacion que le habia sido propuesta.

Francisco II, como era de esperar, mandaba á su general que, no solo se abstuviese de entrar en negociaciones con Garibaldi, sino que empezase contra él nuevamente el ataque, y que defendiese con obstinacion la plaza hasta el último extremo. Al saber los revolucionarios la digna contestacion que habia dado el monarca á la comunicacion en que su general le hacia presente las inaceptables proposiciones que por ellos le habian sido hechas, se exaltaron hasta el punto de entregarse á todos los excesos.

Uno de los primeros actos debidos á su ciego furor, fué la completa

destruccion del colegio de los Jesuitas, á la que no tardó en seguir la de la biblioteca pública, entregada á las llamas por aquellos nuevos propagadores de las luces y de la civilizacion.

El general Lanza, empero, so pretexto de poner término á los conflictos que amenazaban, ó mejor, de que era ya víctima la ciudad de Palermo, propuso á Garibaldi un nuevo armistico, faltando de este modo abiertamente á las órdenes que poco antes recibiera de su Soberano, al que gustoso accedió el llamado dictador, por prometérsele que volveria á partir el general Letizia con un segundo mensaje, á fin de ver si se podria hacer inclinar esta vez la firme voluntad del Rey.

Partió en efecto Letizia para Nápoles con las nuevas instrucciones de su jefe, en las que pintaba este con tan tristes colores la situacion de Palermo, que por mas fundados motivos de queja que tuviese el rey contra un gran número de habitantes desleales, no quiso que se viese por mas tiempo expuesta aquella plaza á los sangrientos horrores de que por su culpa era víctima. Rasgo sublime de magnanimidad que no ha imitado ninguno de los tan ponderados héroes de la Revolucion italiana.

El primer cuidado del general Lanza al verse revestido de las amplias facultades que le confirió su generoso soberano, fué poner lo mas pronto posible en ejecucion sus planes, consistentes en dejar dueño á Garibaldi de la capital de Sicilia. Así que, al dia siguiente de la llegada del general Letizia, redactaron Lanza y Garibaldi la capitulacion, en virtud de la cual debian las tropas reales abandonar á Palermo, dejando la plaza y todos sus fuertes en poder de los invasores. Hé ahí los términos en que estaba la capitulacion concebida:

«Convenio celebrado al objeto de evitar en Palermo la efusion de sangre.

1.° Todos los enfermos de los hospitales deberán ser embarcados con la mayor seguridad siempre que su estado lo permita.

2.° Podrá el ejército de Palermo embarcarse libremente ó bien partir por tierra, caso de preferirlo así el general Lanza, con todos los equipajes, material, artillería, caballos, bagajes, y además con todo el material que contiene el fuerte de Castellamare.

3.° Si prefiere el general Lanza embarcarse, deberá preceder al

embarque de la tropa, el del material de guerra, de los equipajes y de casi todas las acémilas.

4.° El embarque de la tropa deberá efectuarse en el muelle, á cuyo fin se transportará todo á Quatro-Venti.

5.° Tanto el fuerte Castellucio, como el muelle y la batería Lanterna, serán inmediatamente evacuados por el general Lanza.

6.° El general Garibaldi presentará una relacion de todos los enfermos y heridos que estén en su poder.

7.° Se procederá al cange de los prisioneros, conforme se estipulará, esto es, singular ó colectivamente.

8.° Los siete detenidos en el fuerte de Castellamare, serán entregados por la guarnicion de aquel punto cuando se embarque, despues de haberlo efectuado ya el resto de las tropas. Su entrega tendrá efecto en el muelle, antes de embarcarse la referida guarnicion.—Palermo 6 de junio de 1860.—Firmado: coronel Bonpane; general Leticia, José Garibaldi.»

El 19 de junio se embarcaron en Palermo las últimas tropas napolitanas que juntas ascendian á mas de veintidós mil hombres, dejando en poder de los insurrectos, no solo la capital y sus fuertes, sí que tambien casi toda la isla de Sicilia. Con un ejército numeroso y aguerrido, con un inmenso material y un gran acopio de municiones de boca y guerra, capituló cobardemente Lanza ante un enemigo inferior en número y desorganizado, sin contar que inflexible la historia ha de juzgarle un dia en menoscabo de su reputacion y de su nombre.

El primer cuidado de Garibaldi luego de haberse firmado las bases de la capitulacion, fué expedir un decreto formando un ministerio que, como comprenderán nuestros lectores, era en un todo su propia hechura; hé aquí los nombres de los nuevos ministros: Orsini, hermano del regicida, para guerra y marina; Crispi, para interior y hacienda; Guarneri, para justicia; Ugdulena, para instruccion pública y cultos: era este último sacerdote, y debió á su apostasía ser nombrado ministro de Garibaldi. Las carteras de negocios extranjeros, comercio y obras públicas, fueron confiadas á Pisani y Raffaele, quienes eran, como todos sus demás compañeros de gabinete, furiosos revolucionarios que, despues de haber sido la causa de todos los ma-

les que pesaron sobre Sicilia en las diferentes revoluciones que ellos dirigieron, acabaron por venderla á la codicia del Piamonte por una miserable cartera que fué la irrision de todos los partidos. Inútil nos parece advertir que fueron los nuevos ministros dóciles instrumentos del llamado dictador que, solo para hacer mas fácil la realizacion de sus planes, determinó jugarles la treta, ó mejor, la antigua farsa del niño obispo, cuyo risible poder solo duraba veinticuatro horas, ó sea, el dia mas bullicioso del carnaval.

No se descuidaba el nuevo ministerio en cuanto á promesas, porque como no debia cumplir ni una sola, queria, como todo revolucionario, quedar bien á poca costa. Así que, dió á nombre de Italia y de Victor Manuel diferentes decretos, señalando pensiones vitalicias á los parientes mas próximos de los que directa ó indirectamente hubiesen contribuido á lo que ellos llamaban independencia de su pátria. ¡Felices los sicilianos que al fin lograron un gobierno verdaderamente liberal, que concedió pensiones á los mas de ellos!

Mandóse que todos los decretos y demás actos públicos fuesen encabezados en nombre de Victor Manuel, rey de Italia, así como tambien que Sicilia adoptase las armas de Saboya. Esta medida, que disgustó en gran manera á los *patriotas* exaltados, porque la misma guerra tienen jurada á Victor Manuel que á Francisco II, fué bien recibida por la parte sensata que, creyó entrever desde entonces menos trastornos de los que experimentaba á la sazon aquel pueblo crédulo y débil que con tan ciega confianza se echó en brazos de sus opresores. ¡Nueva ilusion, que como tantas otras, debia en breve quedar desvanecida!

Todos estos decretos, y particularmente aquel en que se señalaban pensiones á casi todos los que de un modo ú otro se hubiesen mostrado partidarios de la unidad, contribuyeron en gran manera á fomentar el movimiento revolucionario en las provincias de Noto, Caltanisetta, Jirgenti y Trápani, las cuales creian, merced á las promesas hechas por sus *regeneradores*, que iban á vivir desde entonces á expensas del reino de las Dos Sicilias. Entretanto disponia Garibaldi que recorriesen columnas de voluntarios aquellas provincias, á fin de alentar mas en ellas el espíritu revolucionario de que estaban en parte dominadas, y sobre todo, al objeto de tener á raya

á los hombres mas influyentes del país que preveian ya todos los males que iba á ocasionar á su patria el despotismo revolucionario.

Los excesos de toda clase á que se entregaron los invasores durante sus expediciones á las diferentes provincias sicilianas, valieron á su caudillo la reprobacion de casi toda la prensa europea, si bien tampoco faltaron algunos periódicos exaltados que salieron á su defensa, porque nunca como en los tiempos presentes, han tenido por desgracia la injusticia y el desórden tan celosos defensores. Hé ahí los distintos modos con que calificaba á Garibaldi la prensa extranjera:

Gazetta di Nápoli.—El mónstruo en forma humana, el llamado Garibaldi, ha tenido la audacia de atacar los dominios del rey de Nápoles, á la cabeza de una cuadrilla de asesinos. Inútil es añadir que el gobierno ha tomado medidas para hacerle prisionero, y que en caso de lograrlo, sabrá castigarle como se merece por semejante acto de piratería.

Gazetta di Roma.—El Antecristo, pues es imposible nombrar de otro modo á una persona poseida del diablo, se ha atrevido á acercarse á la costa de Sicilia, donde ha efectuado un desembarque, protegido por los malvados y hereges ingleses.

Munich Volksblalt.—El bandido Garibaldi está prosiguiendo su oficio malvado y sangriento de asesino humano en la isla feliz y pacífica de Sicilia: pero la divina venganza no dejará de alcanzarle pronto.

Wiener Zeitung.—El rebelde de profesion espera continuar en Sicilia su triste carrera; pero le aguarda un cruel desengaño, pues su vergonzoso atentado será reprimido por el valor y lealtad de las esforzadas tropas del rey de las Dos Sicilias.

Leipziger Zeitung.—No cabe duda en que el pirata Garibaldi obra de acuerdo con el rey de Cerdeña.—Este lo acertaba mas que ninguno.

Berlin Kreuz Zeitung.—El aventurero Garibaldi encontrará pronto un fin prematuro á su carrera de foragido.

Gassel Zeitung.—El advenedizo Garibaldi poco satisfecho de haber encendido las llamas de la revolucion en su patria, trata ahora de levantar el estandarte de la rebelion en el reino feliz de Nápoles.

Hamburger Nachrichten.—El general Garibaldi progresa firmemente en su carrera atrevida y peligrosa.

Gazetta di Bologna.—El hijo heróico de Italia, cuyo nombre ningun italiano verdadero puede pronunciar sin la admiracion y el entusiasmo mas profundo, ha emprendido actualmente la campaña mas peligrosa de su azarosa vida.

Gazetta di Firenza.—El redentor de Italia ha emprendido el ataque contra la fortaleza de la tiranía. Todos los corazones verdaderamente italianos laten con la dulce esperanza de ver coronada con un éxito feliz su expedicion sublime.

Giornale di Milano.—El genio de Italia al fin desenvainó su espada para redimir á su país de los últimos restos de tiranía.

Gazetta di Torino.—El Arcangel Gabriel ha aparecido en forma humana sobre la tierra, en la persona de Garibaldi, para exterminar á los últimos enemigos de la libertad italiana y aplicarles el justo castigo que merecen.

¡Imposible parece ya llevar mas léjos el sarcasmo y la impiedad.

Por mas que viese el gobierno de Turin los progresos que estaba haciendo Garibaldi en Sicilia, se guardó muy bien de arrojar aun su máscara hipócrita, y prohijar, como lo hizo mas tarde, aquella revolucion que concibió, dispuso y llevó á cabo con escándalo de Europa; al contrario, continuó entonces mas que nunca cerca del jóven rey Francisco II los pérfidos consejos, llevando su bajeza hasta el extremo de prometer al monarca napolitano toda la proteccion necesaria, si consentia en abandonar la Sicilia á su suerte, ya que á todo trance queria emanciparse.

Como por otra parte el general Lanza no cesaba de insistir cada dia en que era inútil toda resistencia en Sicilia, remitiendo á Nápoles partes alarmantes acerca de los progresos del movimiento revolucionario, creyó Francisco II no deber disgustar al Piamonte, ni desechar la alianza que este le ofrecia, sin imponerle mas condicion que el renunciar á la resistencia de una posesion que debia considerar ya como enteramente perdida. Véase, en confirmacion de lo que dejamos dicho, la nota que dirigia algun tiempo despues el embajador inglés á su gobierno:

«Nápoles, 22 de julio.

«Milord. Cuando fuí ayer á visitar al señor di Martino, me indicó haber tomado el gobierno la resolucion de abandonar enteramente á la

Sicilia, cuya determinacion habia sido notificada por telégrafo á los gobiernos de Lóndres, París y Turin.

«No me ocultó la humillacion que habia experimentado el gobierno napolitano al consentir en aquel desmembramiento del reino; pero la conviccion en que estamos, añadió, de que una nueva ruptura de hostilidades ha de arrebatarnos toda esperanza de estrechar nuestras relaciones con la Cerdeña, nos ha obligado á mí y á todos los demás compañeros de gabinete á presentar al rey aquella proposicion, que al fin S. M. se ha dignado aceptar.

«Tal es la condicion que, segun el señor de Martino, ha impuesto el conde Cavour para estrechar mas la alianza que reina entre los gobiernos de Cerdeña y Nápoles. Me pide encarecidamente el señor de Martino que interceda acerca del gobierno de la reina, á fin de que se digne emplear toda su autoridad para obtener de la córte de Turin aquel resultado.

«Reconoce el ministro napolitano que está una parte de la opinion pública en favor de la anexion, pero añade que está íntimamente convencido de que, á haberse dado mas tiempo al gobierno para demostrar la sinceridad con que ha adoptado el nuevo sistema de administracion, se habria calmado la impaciencia pública, sin que nadie hubiese pensado en pedir nuevos cambios.

«Soy, etc.

ENRIQUE ELLIOT.»

Hé aquí la conducta que siguió el Piamonte en aquellas circunstancias.

Imposible parece que una nacion que se precia de civilizada y que tiene á su frente á un rey que, no sabemos con que objeto, se han empeñado algunos en llamar caballero, pueda aspirar á la conquista de otro reino por tales medios, pueda faltar tan abiertamente á la faz de Europa á todas las leyes de la justicia y del honor, y sin que nadie le pida cuenta de sus actos incalificables, ni mucho menos piense ella en dársela á sí misma, siga constante en su marcha de invasion y conquista echando mano para lograrlo, de los únicos medios que le presentan el perjurio, la traicion y la bajeza. Una conquista empero apoyada en tales bases, todo el mundo sabe que, cualesquiera que

sean los acontecimientos que se sucedan en aquel desgraciado país, no puede ser duradera.»

Llegó entretanto el plazo fijado para la evácuacion de Palermo; las tropas reales mandadas por el general Lanza tuvieron que abandonar la capital, y la Sicilia toda fué desde aquel dia el vasto campo de las operaciones de Garibaldi, quien solo pensó en organizar nuevas fuerzas para dirigirse á Messina. Los Sicilianos pudieron convencerse de la felicidad que iba á procurarles el nuevo órden de cosas, puesto que lo primero que hizo el dictador, ó el nuevo ministerio por él formado, luego del embarque del ejército real, fué disponer una quinta en toda la isla para dar nuevo impulso á la guerra. Asimismo se ordenó que los municipios procurasen á los invasores los caballos necesarios al mismo objeto, y que los pueblos aprontasen todo el lienzo de que podian disponer para el equipo del nuevo ejército, teniendo por de pronto que contribuir tan solo la Sicilia al triunfo de la unidad piamontesa con hombres, efectos y dinero. ¡Que modo tan particular tienen los revolucionarios de hacer la felicidad de los pueblos!

El emperador de los Franceses tuvo una entrevista en Baden con el príncipe regente de Prusia y con otros soberanos alemanes, sin poder lograr apesar de todas las promesas, atraerlos á su política. Tambien el padre del rey de Baviera en sus deseos de llevar á feliz término la reconciliacion entre Austria y Prusia, se dirigió á Viena con motivo de la creacion de un monumento al archiduque Carlos, dando su viaje por resultado la seguridad de la paz interior de Alemania.

Justamente alarmado el rey de Nápoles al ver los progresos que la Revolucion estaba haciendo en Sicilia, encargó al comendador Martino una mision cerca de las córtes de París y Lóndres, al objeto de que asegurasen la conservacion de su dinastía; pero como ya de antemano habian resuelto estas dos potencias inmolar Francisco II á las auras revolucionarias, no dió la mision del señor di Martino resultado alguno. Fué tal la frialdad con que recibió Napoleon III al enviado napolitano, que, ni siquiera pensó este despues en dirigirse á Inglaterra, por no ocultársele que serian igualmente desatendidas allí sus justas reclamaciones. La constitucion que ofrecia dar Francisco II á su pueblo no mereció la aprobacion del emperador de los Franceses, y eso que era la misma que regia á la sazon en Francia; ¿si

consideraria Napoleon III á los Franceses menos dignos que á los napolitanos de gozar de toda la libertad posible? Para que acaben de convencerse nuestros lectores del interés que tenian las dos grandes potencias occidentales en sostener la revolucion en Sicilia, les diremos que ni aun pudo lograr del emperador el baron di Martino la promesa de que la Francia y su aliada observasen en los asuntos de aquella isla una estricta neutralidad. ¡Increible parece esta conducta en un soberano que tantas veces ha dicho: «Donde haya un derecho amenazado, allí estará mi espada para defenderle.»

Las escasas fuerzas realistas que habian quedado en la isla desde el embarque del general Lanza estaban al parecer resueltas á defender el honor de las armas napolitanas, y continuaban ocupando las posiciones estratégicas de Messina, Melazzo, Agosta, Siracusa y Licota. El coronel Medici, que desembarcó en Palermo el 20 de junio al frente de unos tres mil hombres, fué ascendido á general por Garibaldi aquel mimso dia, y se le destinó para operar contra Messina. Esta segunda expedicion se embarcó tambien libremente en Génova y Liorna el 10 de junio, sin que tuviese que vencer oposicion ni obstáculos de ninguna clase.

Partió el general Medici de Palermo el 28 de junio en direccion á Messina, de cuya plaza, en virtud de lo decidido por el consejo de guerra que reunió Garibaldi, debia el jefe expedicionario apoderarse á todo trance. Dejemos á Medici interin dá cumplimiento á las órdenes que recibió, y veamos lo que estaba pasando en Palermo desde el dia en que se declaró la Revolucion triunfante en la ciudad.

A la venganza popular que por muchos dias convirtió á Palermo en teatro de sangrientos horrores, sucedió una desconfianza general que acabó de infundir la alarma en el seno de todas las familias: muchas eran las personas de quienes se sospechaba que conspiraban para derrocar el nuevo órden de cosas, siendo siempre el asesinato ó el destierro el único medio empleado para tener á raya á los supuestos conspiradores. El príncipe de Manganelli fué uno de los primeros en recibir la órden de destierro, el cual lograron evitar muchos otros, apelando á una fuga anticipada.

Nombró el gobierno del dictador en cada distrito, por medio de un decreto, una junta ó comision especial para juzgar con arreglo á

sean los acontecimientos que se sucedan en aquel desgraciado país, no puede ser duradera.

Llegó entretanto el plazo fijado para la evacuacion de Palermo; las tropas reales mandadas por el general Lanza tuvieron que abandonar la capital, y la Sicilia toda fué desde aquel dia el vasto campo de las operaciones de Garibaldi, quien solo pensó en organizar nuevas fuerzas para dirigirse á Messina. Los Sicilianos pudieron convencerse de la felicidad que iba á procurarles el nuevo órden de cosas, puesto que lo primero que hizo el dictador, ó el nuevo ministerio por él formado, luego del embarque del ejército real, fué disponer una quinta en toda la isla para dar nuevo impulso á la guerra. Asimismo se ordenó que los municipios procurasen á los invasores los caballos necesarios al mismo objeto, y que los pueblos aprontasen todo el lienzo de que podian disponer para el equipo del nuevo ejército, teniendo por de pronto que contribuir tan sólo la Sicilia al triunfo de la unidad piamontesa con hombres, efectos y dinero. ¡Que modo tan particular tienen los revolucionarios de hacer la felicidad de los pueblos!

El emperador de los Franceses tuvo una entrevista en Baden con el príncipe regente de Prusia y con otros soberanos alemanes, sin poder lograr apesar de todas las promesas, atraerlos á su política. Tambien el padre del rey de Baviera en sus deseos de llevar á feliz término la reconciliacion entre Austria y Prusia, se dirigió á Viena con motivo de la creacion de un monumento al archiduque Carlos, dando su viaje por resultado la seguridad de la paz interior de Alemania.

Justamente alarmado el rey de Nápoles al ver los progresos que la Revolucion estaba haciendo en Sicilia, encargó al comendador Martino una mision cerca de las córtes de París y Lóndres, al objeto de que asegurasen la conservacion de su dinastía; pero como ya de antemano habian resuelto estas dos potencias inmolar Francisco II á las auras revolucionarias, no dió la mision del señor di Martino resultado alguno. Fué tal la frialdad con que recibió Napoleon III al enviado napolitano, que, ni siquiera pensó este despues en dirigirse á Inglaterra, por no ocultársele que serian igualmente desatendidas allí sus justas reclamaciones. La constitucion que ofrecia dar Francisco II á su pueblo no mereció la aprobacion del emperador de los Franceses, y eso que era la misma que regia á la sazon en Francia; ¿si

vicciones mas íntimas, tuvo á su pesar que abalanzarse Francisco II á la funesta pendiente de las concesiones, ahogando por no ahogar en sangre á sus súbditos, la voz de su dignidad.

Un grito de indignacion resonó de repente de uno á otro confin de Europa; una nueva iniquidad, mayor aun que la que acabamos de presenciar en Sicilia, se consumaba en las regiones de Oriente: el fanatismo de los Drusos hacia correr á torrentes la sangre cristiana en los montes del Líbano, y la cruz que tan rudos embates venia sufriendo en Europa, se veia con indignacion hollada en Siria por el furor musulman.

Si bien todas las potencias europeas dictaron medidas mas ó menos enérgicas y enviaron sus buques de guerra á Beyruth para hacer cesar aquella horrible carnicería, continuó esta aun por espacio de muchos dias, merced á las mezquinas rivalidades é infundados temores de la diplomacia, siempre dispuesta por lo regular á sacrificar los mas caros intereses á sus ambiciosas miras. Inglaterra, cuya filantropía tanto ponderan algunos, fué la que mas dificultades suscitó para impedir que se llevase á efecto la enérgica resolucion que debia poner fin á tantos desastres. No nos admiró semejante conducta: y ¿cómo habia de admirarnos cuando todas las víctimas sacrificadas por los Drusos pertenecian á la comunion católica, y cuando eran los cónsules ingleses, los únicos entre todos los demás, que nada habian tenido que temer durante el desórden? Muy distinta fué por cierto la conducta que observó la Puerta, puesto que, mandó á su ministro Fuad-Bajá que pasase á Siria al frente de un numeroso ejército para reprimir los desórdenes y castigar á sus autores.

Por fin accediendo el rey Francisco II á los consejos de sus ministros y á las insinuaciones de la Francia, se decidió á dar á su reino el dia primero de julio la constitucion de 10 de febrero de 1848; las cámaras fueron convocadas para el 10 de setiembre, y se promulgó una ley que disponia la formacion de la guardia nacional. Aquel rey, cuyo advenimiento al trono habia sido objeto de tantos temores y esperanzas, iba por último, arrastrado por las circunstancias, á realizar unos y otros, y á demostrar cuán fundadamente temian y esperaban los que creian que iba á inaugurar su reinado con una política distinta de la de su augusto padre.

Las concesiones hechas por el rey de Nápoles, á pesar de haber sido tan vivamente deseadas por los revolucionarios de aquel país, fueron calificadas de tardías; así que, conforme lo previera Francisco II, y hasta los mismos que se las habian aconsejado, solo contribuyeron á excitar mas la impaciencia de los demagogos. La Revolucion, ingrata como siempre, dijo que aquellas concesiones habian sido arrancadas por la violencia, y así fué que, léjos de contenerse en su marcha, se presentó desde aquel dia cada vez más osada, y haciendo mas cruda guerra al monarca que las dispensara. Entiéndanlo los reyes de una vez por todas: la Revolucion, reducida á sus propias fuerzas, es siempre impotente; solo debe ser temible y considerada como verdaderamente fuerte cuando se tiene la debilidad de halagarla. ¿Qué es lo que ha hecho hasta en esta misma Italia, donde tan orgullosa la hemos visto levantar la cabeza? Explotar hábilmente la ambicion de un monarca, y hacer en su nombre, y en el de la unidad italiana, lo que nunca habria intentado realizar por sí sola, no obstante de verse protejida por las dos primeras naciones de Occidente.

Para que vean nuestros lectores si tenian los revolucionarios napolitanos ningun motivo de desconfianza ni recelo, insertarémos á continuacion el preámbulo del ministerio y los reales decretos que pusieron en vigor la Constitucion de 1848:

«Señor:

«Por el memorable acto soberano de 25 de junio, anunciaba V. M. á los pueblos dos grandes ideas, á saber: la de poner en vigor en sus Estados el régimen constitucional, y la de estrechar la amistad con el rey Victor Manuel, para la mayor ventaja de las dos coronas.

«Estas sublimes palabras que marcan el principio de una nueva y gloriosa era para V. M. y su reino, han resonado en toda Europa y colmado de alegría los corazones de vuestros vasallos, que esperan de la virtud y lealtad de su monarca el cumplimiento de la grande obra. V. M. se ha dignado llamar al poder al mismo tiempo á los infrascritos para componer su consejo de ministros, en el cual confia para ejecutar su voluntad, habiéndole encargado la redaccion del estatuto que ha de regir á esta parte del reino.

«Pero, señor, nuestro consejo, consagrándose á cumplimentar esta órden de su soberano, ha considerado que existe un estatuto consti-

tucional en el derecho público del reino, el que fué otorgado por Fernando II, vuestro augusto padre. Si este estatuto se halla desde hace tiempo suspendido, á consecuencia del deplorable acontecimiento que no es del caso recordar ahora, no ha sido jamás derogado, como sucedió en otros Estados europeos. Los infrascritos creen que es á la vez sencillo y lógico restablecer este estatuto y ponerlo en vigor.

«Hecho esto, encontrará V. M. tan bella como fácil la obra, cuyos beneficios desea que recojan sus Estados. Los extranjeros apreciarán la sabiduría del soberano en esta elevada disposicion, y vuestros pueblos, sin necesidad de esperar una nueva compilacion, sabrán cuales son las franquicias que se les conceden, y recibirán con agradecimiento esta nueva prenda de su rey, para la inauguracion del sistema constitucional.

«Nápoles 1.° de julio de 1860.

«Firmado: G. de Martino, Príncipe de Torella, Francisco Saverio, Garófalo, G. Rituggi, Federico del Re, G. Morelli, Marqués Augusta La Gresa, A. Spinelli.»

«Francisco II, por la gracia de Dios, rey de las Dos Sicilias, etc. Visto nuestro acto soberano de 25 de junio, y vista la exposicion de nuestros ministros secretarios de Estado, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° Es puesta en vigor la Constitucion de 1848, otorgada por nuestro augusto padre.

Art. 2.° Las disposiciones que contiene el art. 88, relativas al estado escepcional y á los antiguos poderes del gobierno, para proveer por medidas extraordinarias, á necesidades muy complicadas y urgentes del Estado, son restablecidas en todo su vigor, en tanto que el gobierno no pueda obrar con arreglo á la forma constitucional.

Art. 3.° Nuestros ministros, secretarios de Estado, quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

(*Siguen las firmas.*)

Francisco II, etc. Visto el decreto de 1.° de julio que restablece la Constitucion de 10 de febrero de 1848.

Queriendo rodearnos cuanto antes de las luces y del apoyo de la

nacion legítimamente representada en el Parlamento, para asegurar con la promulgacion de las leyes orgánicas, los derechos garantidos por la Constitucion, hemos resuelto, oido el parecer de nuestro consejo de ministros, decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° El Parlamento nacional queda convocado en Nápoles para el 10 de setiembre de 1860.

Art. 2.° Son convocados los colegios electorales, para que procedan el 10 de agosto á la eleccion de diputados.

Art. 3.° A falta de una ley electoral definitiva, tendrán lugar las elecciones conforme á la ley provisional de 29 de febrero de 1848 y el decreto de 24 de mayo del mismo año.

Art. 4.° Nuestro ministro de la Gobernacion queda encargado de la ejecucion de este decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

Firmado FRACISCO.»

(Siguen las firmas de los ministros.)

«Francisco II, etc: Atendiendo á la proposicion de los ministros de Gracia y Justicia, Gobernacion é Instruccion pública, y oido el parecer de los demás secretarios de Estado:

Queriendo proveer al ejercicio del derecho de la prensa, y evitar los inconvenientes que resultarian de la falta de reglamentos idóneos para reprimir los abusos, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente.

Artículo 1.° En tanto que no haya sido sancionada y publicada la ley definitiva sobre imprenta, serán observadas provisionalmente las disposiciones contenidas en los decretos de 25 de mayo de 1848, 27 de marzo de 1849 y 6 de noviembre del propio año.

Art. 2.° Nuestros ministros de Gracia y Justicia, Gobernacion é Instruccion pública, quedan encargados en la parte que concierne á cada uno de ellos de la ejecucion del presente decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860

Firmado FRANCISCO.»

(Siguen las firmas de los ministros.)

«Francisco II, etc.

Vistos los dos decretos de esta fecha para poner en vigor la Constitucion y para la convocacion del parlamento, queriendo proveer

con anticipacion á la preparacion de las leyes orgánicas constitucionales que deberá notar las córtes.

Oido el parecer de nuestro Consejo de ministros, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° Se instituye una comision de cuatro miembros bajo la dependencia del ministro de la Gobernacion y bajo su presidencia, para preparar los proyectos: 1.° de la ley electoral; 2.° de la ley sobre la milicia nacional; 3.° de la ley sobre organizacion administrativa; 4.° de la ley sobre el consejo de Estado; 5.° de la ley sobre responsabilidad ministerial.

Art. 2.° Se crea una comision semejante bajo la dependencia y presidencia del ministerio de Instruccion pública, para preparar el proyecto de ley sobre la prensa.

Art. 3.° Quedan autorizados los ministros respectivos para escoger y nombrar los miembros de dichas comisiones, que desempeñarán su cargo gratuitamente.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

Firmado, FRANCISCO.»

(*Siguen las firmas de los ministros.*)

Los gabinetes de San James, París y Turin habian logrado al fin su objeto: el rey acababa de dar la Constitucion, y el pueblo de Nápoles iba á entrar en la nueva era política que al decir de los revolucionarios, era tan ardientemente deseada. Desde aquel dia, segun ellos, iba á gozar el reino de las Dos Sicilias de una paz y una dicha envidiables; puesto que, satisfechas todas sus legítimas aspiraciones, no debia pensar ya mas que en sostener al jóven monarca que con tanta confianza habia entrado en la senda del progreso y las reformas. Tales eran al menos las ilusiones en que se mecian algunos, y en que aparentaban mecerse los mas, para continuar estos últimos como hasta allí, engañando á los crédulos. No tardaron empero los acontecimientos en arrancar la máscara á los traidores que solo se escudaban con el nuevo sistema constitucional para poder labrar mas facilmente la ruina de su patria.

Recordemos sino cuan pronto quedaron desmentidas estas falaces palabras, con que encabezaban su exposicion los nuevos hombres llamados por el rey á los consejos de la corona. «Por el memorable

nacion legítimamente representada en el Parlamento, para asegurar con la promulgacion de las leyes orgánicas, los derechos garantidos por la Constitucion, hemos resuelto, oido el parecer de nuestro consejo de ministros, decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° El Parlamento nacional queda convocado en Nápoles para el 10 de setiembre de 1860.

Art. 2.° Son convocados los colegios electorales, para que procedan el 10 de agosto á la eleccion de diputados.

Art. 3.° A falta de una ley electoral definitiva, tendrán lugar las elecciones conforme á la ley provisional de 29 de febrero de 1848 y el decreto de 24 de mayo del mismo año.

Art. 4.° Nuestro ministro de la Gobernacion queda encargado de la ejecucion de este decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

Firmado Fracisco.»

(*Siguen las firmas de los ministros.*)

«Francisco II, etc: Atendiendo á la proposicion de los ministros de Gracia y Justicia, Gobernacion é Instruccion pública, y oido el parecer de los demás secretarios de Estado:

Queriendo proveer al ejercicio del derecho de la prensa, y evitar los inconvenientes que resultarian de la falta de reglamentos idóneos para reprimir los abusos, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente.

Artículo 1.° En tanto que no haya sido sancionada y publicada la ley definitiva sobre imprenta, serán observadas provisionalmente las disposiciones contenidas en los decretos de 25 de mayo de 1848, 27 de marzo de 1849 y 6 de noviembre del propio año.

Art. 2.° Nuestros ministros de Gracia y Justicia, Gobernacion é Instruccion pública, quedan encargados en la parte que concierne á cada uno de ellos de la ejecucion del presente decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860

Firmado Francisco.»

(*Siguen las firmas de los ministros.*)

«Francisco II, etc.

Vistos los dos decretos de esta fecha para poner en vigor la Constitucion y para la convocacion del parlamento, queriendo proveer

CAPÍTULO VI.

Situacion de Sicilia.— Garibaldi y la Farina.— Combate de Melazzo.— Rendicion de esta plaza.— Capitulacion de Messina.—Decretos del gobierno dictatorial.— Nuevos proyectos de Garibaldi. — Su embarque para Calabria.

Era cada dia mas triste la suerte de Sicilia, desde que en mal hora acogió como libertadores á los que acababan de dirigirse á sus plazas al único objeto de imponerla un nuevo yugo, mucho mas insoportable que el que sobre ella antes pesara. A las magníficas promesas hechas en nombre de la Revolucion, solo habian sucedido amargos desengaños, causados por las quintas numerosas, por las exorbitantes contribuciones, por los crecidos empréstitos, y sobre todo por los robos, prisiones y asesinatos, que estaban á la órden del dia en aquel desgraciado país. No faltaba mas que el hambre para que esperimentára la Sicilia el peso de todos los infortunios, y por desgracia no tardó en presentarse y hacerse sentir con todos sus horrores este nuevo azote.

Los revolucionarios entretanto continuaban su obra regeneradora á nombre de la libertad, avanzando á pequeñas jornadas hácia la poblacion de Melazzo, donde habia acantonadas algunas fuerzas realistas. Ocupaba el general Medici á Barcelona, esperando la llegada de nuevos voluntarios, mientras recorria Zeutrac con algunas fuerzas las alturas de Messina y de Melazzo, cuya última plaza parecian estar decididos á atacar los invasores, tan pronto como hubiesen recibido

Gazetta di Bologna.—El hijo heróico de Italia, cuyo nombre ningun italiano verdadero puede pronunciar sin la admiracion y el entusiasmo mas profundo, ha emprendido actualmente la campaña mas peligrosa de su azarosa vida.

Gazetta di Firenza.—El redentor de Italia ha emprendido el ataque contra la fortaleza de la tiranía. Todos los corazones verdaderamente italianos laten con la dulce esperanza de ver coronada con un éxito feliz su expedicion sublime.

Giornale di Milano.—El genio de Italia al fin desenvainó su espada para redimir á su país de los últimos restos de tiranía.

Gazetta di Torino.—El Arcangel Gabriel ha aparecido en forma humana sobre la tierra, en la persona de Garibaldi, para exterminar á los últimos enemigos de la libertad italiana y aplicarles el justo castigo que merecen.

¡Imposible parece ya llevar mas léjos el sarcasmo y la impiedad.

Por mas que viese el gobierno de Turin los progresos que estaba haciendo Garibaldi en Sicilia, se guardó muy bien de arrojar aun su máscara hipócrita, y prohijar, como lo hizo mas tarde, aquella revolucion que concibió, dispuso y llevó á cabo con escándalo de Europa; al contrario, continuó entonces mas que nunca cerca del jóven rey Francisco II los pérfidos consejos, llevando su bajeza hasta el extremo de prometer al monarca napolitano toda la proteccion necesaria, si consentia en abandonar la Sicilia á su suerte, ya que á todo trance queria emanciparse.

Como por otra parte el general Lanza no cesaba de insistir cada dia en que era inútil toda resistencia en Sicilia, remitiendo á Nápoles partes alarmantes acerca de los progresos del movimiento revolucionario, creyó Francisco II no deber disgustar al Piamonte, ni desechar la alianza que este le ofrecia, sin imponerle mas condicion que el renunciar á la resistencia de una posesion que debia considerar ya como enteramente perdida. Véase, en confirmacion de lo que dejámos dicho, la nota que dirigia algun tiempo despues el embajador inglés á su gobierno:

«Nápoles, 22 de julio.

«Milord. Cuando fuí ayer á visitar al señor di Martino, me indicó haber tomado el gobierno la resolucion de abandonar enteramente á la

Sicilia, cuya determinacion habia sido notificada por telégrafo á los gobiernos de Lóndres, París y Turin.

«No me ocultó la humillacion que habia experimentado el gobierno napolitano al consentir en aquel desmembramiento del reino; pero la conviccion en que estamos, añadió, de que una nueva ruptura de hostilidades ha de arrebatarnos toda esperanza de estrechar nuestras relaciones con la Cerdeña, nos ha obligado á mí y á todos los demás compañeros de gabinete á presentar al rey aquella proposicion, que al fin S. M. se ha dignado aceptar.

«Tal es la condicion que, segun el señor de Martino, ha impuesto el conde Cavour para estrechar mas la alianza que reina entre los gobiernos de Cerdeña y Nápoles. Me pide encarecidamente el señor de Martino que interceda acerca del gobierno de la reina, á fin de que se digne emplear toda su autoridad para obtener de la córte de Turin aquel resultado.

«Reconoce el ministro napolitano que está una parte de la opinion pública en favor de la anexion, pero añade que está íntimamente convencido de que, á haberse dado mas tiempo al gobierno para demostrar la sinceridad con que ha adoptado el nuevo sistema de administracion, se habria calmado la impaciencia pública, sin que nadie hubiese pensado en pedir nuevos cambios.

«Soy, etc.

ENRIQUE ELLIOT.»

Hé aquí la conducta que siguió el Piamonte en aquellas circunstancias.

Imposible parece que una nacion que se precia de civilizada y que tiene á su frente á un rey que, no sabemos con que objeto, se han empeñado algunos en llamar caballero, pueda aspirar á la conquista de otro reino por tales medios, pueda faltar tan abiertamente á la faz de Europa á todas las leyes de la justicia y del honor, y sin que nadie le pida cuenta de sus actos incalificables, ni mucho menos piense ella en dársela á sí misma, siga constante en su marcha de invasion y conquista echando mano para lograrlo, de los únicos medios que le presentan el perjurio, la traicion y la bajeza. Una conquista empero apoyada en tales bases, todo el mundo sabe que, cualesquiera que

sean los acontecimientos que se sucedan en aquel desgraciado país, no puede ser duradera.»

Llegó entretanto el plazo fijado para la evácuacion de Palermo; las tropas reales mandadas por el general Lanza tuvieron que abandonar la capital, y la Sicilia toda fué desde aquel dia el vasto campo de las operaciones de Garibaldi, quien solo pensó en organizar nuevas fuerzas para dirigirse á Messina. Los Sicilianos pudieron convencerse de la felicidad que iba á procurarles el nuevo órden de cosas, puesto que lo primero que hizo el dictador, ó el nuevo ministerio por él formado, luego del embarque del ejército real, fué disponer una quinta en toda la isla para dar nuevo impulso á la guerra. Asimismo se ordenó que los municipios procurasen á los invasores los caballos necesarios al mismo objeto, y que los pueblos aprontasen todo el lienzo de que podian disponer para el equipo del nuevo ejército, teniendo por de pronto que contribuir tan sólo la Sicilia al triunfo de la unidad piamontesa con hombres, efectos y dinero. ¡Que modo tan particular tienen los revolucionarios de hacer la felicidad de los pueblos!

El emperador de los Franceses tuvo una entrevista en Baden con el príncipe regente de Prusia y con otros soberanos alemànes, sin poder lograr apesar de todas las promesas, atraerlos á su política. Tambien el padre del rey de Baviera en sus deseos de llevar á feliz término la reconciliacion entre Austria y Prusia, se dirigió á Viena con motivo de la creacion de un monumento al archiduque Carlos, dando su viaje por resultado la seguridad de la paz interior de Alemania.

Justamente alarmado el rey de Nápoles al ver los progresos que la Revolucion estaba haciendo en Sicilia, encargó al comendador Martino una mision cerca de las córtes de París y Lóndres, al objeto de que asegurasen la conservacion de su dinastía; pero como ya de antemano habian resuelto estas dos potencias inmolar Francisco II á las auras revolucionarias, no dió la mision del señor di Martino resultado alguno. Fué tal la frialdad con que recibió Napoleon III al enviado napolitano, que, ni siquiera pensó este despues en dirigirse á Inglaterra, por no ocultársele que serian igualmente desatendidas allí sus justas reclamaciones. La constitucion que ofrecia dar Francisco II á su pueblo no mereció la aprobacion del emperador de los Franceses, y eso que era la misma que regia á la sazon en Francia; ¿si

consideraria Napoleon III á los Franceses menos dignos que á los napolitanos de gozar de toda la libertad posible? Para que acaben de convencerse nuestros lectores del interés que tenian las dos grandes potencias occidentales en sostener la revolucion en Sicilia, les diremos que ni aun pudo lograr del emperador el baron di Martino la promesa de que la Francia y su aliada observasen en los asuntos de aquella isla una estricta neutralidad. ¡Increible parece esta conducta en un soberano que tantas veces ha dicho: «Donde haya un derecho amenazado, allí estará mi espada para defenderle.»

Las escasas fuerzas realistas que habian quedado en la isla desde el embarque del general Lanza estaban al parecer resueltas á defender el honor de las armas napolitanas, y continuaban ocupando las posiciones estratégicas de Messina, Melazzo, Agosta, Siracusa y Licota. El coronel Medici, que desembarcó en Palermo el 20 de junio al frente de unos tres mil hombres, fué ascendido á general por Garibaldi aquel mimso dia, y se le destinó para operar contra Messina. Esta segunda expedicion se embarcó tambien libremente en Génova y Liorna el 10 de junio, sin que tuviese que vencer oposicion ni obstáculos de ninguna clase.

Partió el general Medici de Palermo el 28 de junio en direccion á Messina, de cuya plaza, en virtud de lo decidido por el consejo de guerra que reunió Garibaldi, debia el jefe expedicionario apoderarse á todo trance. Dejemos á Medici interin dá cumplimiento á las órdenes que recibió, y veamos lo que estaba pasando en Palermo desde el dia en que se declaró la Revolución triunfante en la ciudad.

A la venganza popular que por muchos dias convirtió á Palermo en teatro de sangrientos horrores, sucedió una desconfianza general que acabó de infundir la alarma en el seno de todas las familias: muchas eran las personas de quienes se sospechaba que conspiraban para derrocar el nuevo órden de cosas, siendo siempre el asesinato ó el destierro el único medio empleado para tener á raya á los supuestos conspiradores. El príncipe de Manganelli fué uno de los primeros en recibir la órden de destierro, el cual lograron evitar muchos otros, apelando á una fuga anticipada.

Nombró el gobierno del dictador en cada distrito, por medio de un decreto, una junta ó comision especial para juzgar con arreglo á

ordenanza todos los delitos cometidos durante la guerra que acababa de empezar; y como no era posible nombrar oficiales que las presidiesen en todas las cabezas de partido, se decidió que fuesen presididas por particulares, cuyas ideas revolucionarias fuesen bien conocidas. Inútil nos parece advertir que cuantos infelices tenian la desgracia de ser juzgados por aquellos tribunales especiales, eran en su mayor parte condenados á deportacion ó á la última pena. Solo faltaba el hambre para acabar de hacer mas desesperada la situacion de los Sicilianos pacíficos, y no tardó por desgracia en presentarse aquel nuevo azote, contra el cual no tomó el gobierno del dictador ninguna providencia para atajarle en su orígen. La persecucion y el hambre; he aquí los dos primeros beneficios que procuró á la Sicilia la nueva dominacion que antes le hiciera tantas promesas; he aquí el fruto que reportó la Sicilia de su deslealtad ó de la cobarde apatía con que contempló los progresos de un puñado de hombres que debia arrebatarle aquella misma independencia que, á su decir, iban á darle para siempre! ¡Triste cosa es por cierto que siempre sea víctima el pobre pueblo de su ciega credulidad! ¡Casi llegamos á convencernos de que á fuerza de desengaños lograrán los innovadores su propósito de ilustrarle un tanto!

Al ver el gobierno de Nápoles los fáciles triunfos que iba alcanzando Garibaldi en Sicilia, procuró influir en el ánimo de Francisco II, á fin de que hiciese este monarca algunas concesiones, esperando que se lograria por aquel medio contener al elemento revolucionario; y si bien el jóven rey desechó al principio semejante proposicion diciendo: «Antes que rey constitucional, prefiero ser coronel austríaco,» acabó al fin por acceder á las reiteradas instancias de sus ministros, no porque cifrase ninguna esperanza en aquel nuevo paso, sino porque no se dijese que no habia hecho todo lo posible para conservar la paz en sus Estados.

Bien conocia el jóven Francisco II que hay circunstancias en que es imposible retroceder, por mas que un rey se arriesgue á perderlo todo siguiendo adelante, y por esto estaba decidido á no hacer concesion alguna, cualquiera que fuese el desenlace de los graves acontecimientos que le amenazaban; pero como no pocas veces tiene que sacrificar un rey á los inmensos deberes que pesan sobre él sus con-

vicciones mas íntimas, tuvo á su pesar que abalanzarse Francisco II á la funesta pendiente de las concesiones, ahogando por no ahogar en sangre á sus súbditos, la voz de su dignidad.

Un grito de indignacion resonó de repente de uno á otro confin de Europa; una nueva iniquidad, mayor aun que la que acabamos de presenciar en Sicilia, se consumaba en las regiones de Oriente: el fanatismo de los Drusos hacia correr á torrentes la sangre cristiana en los montes del Líbano, y la cruz que tan rudos embates venia sufriendo en Europa, se veia con indignacion hollada en Siria por el furor musulman.

Si bien todas las potencias europeas dictaron medidas mas ó menos enérgicas y enviaron sus buques de guerra á Beyruth para hacer cesar aquella horrible carnicería, continuó esta aun por espacio de muchos dias, merced á las mezquinas rivalidades é infundados temores de la diplomacia, siempre dispuesta por lo regular á sacrificar los mas caros intereses á sus ambiciosas miras. Inglaterra, cuya filantropía tanto ponderan algunos, fué la que mas dificultades suscitó para impedir que se llevase á efecto la enérgica resolucion que debia poner fin á tantos desastres. No nos admiró semejante conducta: y ¿cómo habia de admirarnos cuando todas las víctimas sacrificadas por los Drusos pertenecian á la comunion católica, y cuando eran los cónsules ingleses, los únicos entre todos los demás, que nada habian tenido que temer durante el desórden? Muy distinta fué por cierto la conducta que observó la Puerta, puesto que, mandó á su ministro Fuad-Bajá que pasase á Siria al frente de un numeroso ejército para reprimir los desórdenes y castigar á sus autores.

Por fin accediendo el rey Francisco II á los consejos de sus ministros y á las insinuaciones de la Francia, se decidió á dar á su reino el dia primero de julio la constitucion de 10 de febrero de 1848; las cámaras fueron convocadas para el 10 de setiembre, y se promulgó una ley que disponia la formacion de la guardia nacional. Aquel rey, cuyo advenimiento al trono habia sido objeto de tantos temores y esperanzas, iba por último, arrastrado por las circunstancias, á realizar unos y otros, y á demostrar cuán fundadamente temian y esperaban los que creian que iba á inaugurar su reinado con una política distinta de la de su augusto padre.

10

Las concesiones hechas por el rey de Nápoles, á pesar de haber sido tan vivamente deseadas por los revolucionarios de aquel país, fueron calificadas de tardías; así que, conforme lo previera Francisco II, y hasta los mismos que se las habian aconsejado, solo contribuyeron á excitar mas la impaciencia de los demagogos. La Revolucion, ingrata como siempre, dijo que aquellas concesiones habian sido arrancadas por la violencia, y así fué que, léjos de contenerse en su marcha, se presentó desde aquel dia cada vez màs osada, y haciendo mas cruda guerra al monarca que las dispensara. Entiéndanlo los reyes de una vez por todas: la Revolucion, reducida á sus propias fuerzas, es siempre impotente; solo debe ser temible y considerada como verdaderamente fuerte cuando se tiene la debilidad de halagarla. ¿Qué es lo que ha hecho hasta en esta misma Italia, donde tan orgullosa la hemos visto levantar la cabeza? Explotar hábilmente la ambicion de un monarca, y hacer en su nombre, y en el de la unidad italiana, lo que nunca habria intentado realizar por sí sola, no obstante de verse protejida por las dos primeras naciones de Occidente.

Para que vean nuestros lectores si tenian los revolucionarios napolitanos ningun motivo de desconfianza ni recelo, insertarémos á continuacion el preámbulo del ministerio y los reales decretos que pusieron en vigor la Constitucion de 1848:

«Señor:

«Por el memorable acto soberano de 25 de junio, anunciaba V. M. á los pueblos dos grandes ideas, á saber: la de poner en vigor en sus Estados el régimen constitucional, y la de estrechar la amistad con el rey Victor Manuel, para la mayor ventaja de las dos coronas.

«Estas sublimes palabras que marcan el principio de una nueva y gloriosa era para V. M. y su reino, han resonado en toda Europa y colmado de alegría los corazones de vuestros vasallos, que esperan de la virtud y lealtad de su monarca el cumplimiento de la grande obra. V. M. se ha dignado llamar al poder al mismo tiempo á los infrascritos para componer su consejo de ministros, en el cual confia para ejecutar su voluntad, habiéndole encargado la redaccion del estatuto que ha de regir á esta parte del reino.

«Pero, señor, nuestro consejo, consagrándose á cumplimentar esta órden de su soberano, ha considerado que existe un estatuto consti-

tucional en el derecho público del reino, el que fué otorgado por Fernando II, vuestro augusto padre. Si este estatuto se halla desde hace tiempo suspendido, á consecuencia del deplorable acontecimiento que no es del caso recordar ahora, no ha sido jamás derogado, como sucedió en otros Estados europeos. Los infrascritos creen que es á la vez sencillo y lógico restablecer este estatuto y ponerlo en vigor.

«Hecho esto, encontrará V. M. tan bella como fácil la obra, cuyos beneficios desea que recojan sus Estados. Los extranjeros apreciarán la sabiduría del soberano en esta elevada disposicion, y vuestros pueblos, sin necesidad de esperar una nueva compilacion, sabrán cuales son las franquicias que se les conceden, y recibirán con agradecimiento esta nueva prenda de su rey, para la inauguracion del sistema constitucional.

«Nápoles 1.° de julio de 1860.

«Firmado: G. de Martino, Príncipe de Torella, Francisco Saverio, Garófalo, G. Rituggi, Federico del Re, G. Morelli, Marqués Augusta La Gresa, A. Spinelli.»

«Francisco II, por la gracia de Dios, rey de las Dos Sicilias, etc. Visto nuestro acto soberano de 25 de junio, y vista la exposicion de nuestros ministros secretarios de Estado, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° Es puesta en vigor la Constitucion de 1848, otorgada por nuestro augusto padre.

Art. 2.° Las disposiciones que contiene el art. 88, relativas al estado escepcional y á los antiguos poderes del gobierno, para proveer por medidas extraordinarias, á necesidades muy complicadas y urgentes del Estado, son restablecidas en todo su vigor, en tanto que el gobierno no pueda obrar con arreglo á la forma constitucional.

Art. 3.° Nuestros ministros, secretarios de Estado, quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

(*Siguen las firmas.*)

Francisco II, etc. Visto el decreto de 1.° de julio que restablece la Constitucion de 10 de febrero de 1848.

Queriendo rodearnos cuanto antes de las luces y del apoyo de la

nacion legítimamente representada en el Parlamento, para asegurar con la promulgacion de las leyes orgánicas, los derechos garantidos por la Constitucion, hemos resuelto, oido el parecer de nuestro consejo de ministros, decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° El Parlamento nacional queda convocado en Nápoles para el 10 de setiembre de 1860.

Art. 2.° Son convocados los colegios electorales, para que procedan el 10 de agosto á la eleccion de diputados.

Art. 3.° A falta de una ley electoral definitiva, tendrán lugar las elecciones conforme á la ley provisional de 29 de febrero de 1848 y el decreto de 24 de mayo del mismo año.

Art. 4.° Nuestro ministro de la Gobernacion queda encargado de la ejecucion de este decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

Firmado Fracisco.»

(*Siguen las firmas de los ministros.*)

«Francisco II, etc: Atendiendo á la proposicion de los ministros de Gracia y Justicia, Gobernacion é Instruccion pública, y oido el parecer de los demás secretarios de Estado:

Queriendo proveer al ejercicio del derecho de la prensa, y evitar los inconvenientes que resultarian de la falta de reglamentos idóneos para reprimir los abusos, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente.

Artículo 1.° En tanto que no haya sido sancionada y publicada la ley definitiva sobre imprenta, serán observadas provisionalmente las disposiciones contenidas en los decretos de 25 de mayo de 1848, 27 de marzo de 1849 y 6 de noviembre del propio año.

Art. 2.° Nuestros ministros de Gracia y Justicia, Gobernacion é Instruccion pública, quedan encargados en la parte que concierne á cada uno de ellos de la ejecucion del presente decreto.

Nápoles 1.° de julio de 1860

Firmado Francisco.»

(*Siguen las firmas de los ministros.*)

«Francisco II, etc.

Vistos los dos decretos de esta fecha para poner en vigor la Constitucion y para la convocacion del parlamento, queriendo proveer

con anticipacion á la preparacion de las leyes orgánicas constitucionales que deberá notar las córtes.

Oido el parecer de nuestro Consejo de ministros, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° Se instituye una comision de cuatro miembros bajo la dependencia del ministro de la Gobernacion y bajo su presidencia, para preparar los proyectos: 1.° de la ley electoral; 2.° de la ley sobre la milicia nacional; 3.° de la ley sobre organizacion administrativa; 4.° de la ley sobre el consejo de Estado; 5.° de la ley sobre responsabilidad ministerial.

Art. 2.° Se crea una comision semejante bajo la dependencia y presidencia del ministerio de Instruccion pública, para preparar el proyecto de ley sobre la prensa.

Art. 3.° Quedan autorizados los ministros respectivos para escoger y nombrar los miembros de dichas comisiones, que desempeñarán su cargo gratuitamente.

Nápoles 1.° de julio de 1860.

Firmado, FRANCISCO.»

(*Siguen las firmas de los ministros.*)

Los gabinetes de San James, París y Turin habian logrado al fin su objeto: el rey acababa de dar la Constitucion, y el pueblo de Nápoles iba á entrar en la nueva era política que al decir de los revolucionarios, era tan ardientemente deseada. Desde aquel dia, segun ellos, iba á gozar el reino de las Dos Sicilias de una paz y una dicha envidiables; puesto que, satisfechas todas sus legítimas aspiraciones, no debia pensar ya mas que en sostener al jóven monarca que con tanta confianza habia entrado en la senda del progreso y las reformas. Tales eran al menos las ilusiones en que se mecian algunos, y en que aparentaban mecerse los mas, para continuar estos últimos como hasta allí, engañando á los crédulos. No tardaron empero los acontecimientos en arrancar la máscara á los traidores que solo se escudaban con el nuevo sistema constitucional para poder labrar mas facilmente la ruina de su patria.

Recordemos sino cuan pronto quedaron desmentidas estas falaces palabras, con que encabezaban su exposicion los nuevos hombres llamados por el rey á los consejos de la corona. «Por el memorable

acto soberano de 25 de junio, anunciaba V. M. á los pueblos dos grandes ideas, á saber: la de poner en vigor en sus estados el régimen constitucional, y la de estrechar mas y mas la amistad con el rey Victor Manuel, para mayor ventaja de las dos coronas.» Imposible era ya llevar mas léjos el descaro, la traicion y la bajeza.

Aquellos consejeros, vendidos en su mayor parte al Piamonte, y que por lo tanto sabian de antemano la triste suerte que estaba reservada á su país y á su rey, llevaban su cobardía hasta el punto de encomiarles como medio de salvacion, aquello mismo que sólo podia causar la desgracia de uno y otro.

La conducta de los ministros fué la que observaron tambien en Nápoles todos los que se mostraron mas ardientes partidarios del sistema constitucional.

CAPÍTULO VI.

Situacion de Sicilia.— Garibaldi y la Farina.— Combate de Melazzo.— Rendicion de esta plaza.— Capitulacion de Messina.—Decretos del gobierno dictatorial.—Nuevos proyectos de Garibaldi.— Su embarque para Calabria.

Era cada dia mas triste la suerte de Sicilia, desde que en mal hora acogió como libertadores á los que acababan de dirigirse á sus plazas al único objeto de imponerla un nuevo yugo, mucho mas insoportable que el que sobre ella antes pesara. A las magníficas promesas hechas en nombre de la Revolucion, solo habian sucedido amargos desengaños, causados por las quintas numerosas, por las exorbitantes contribuciones, por los crecidos empréstitos, y sobre todo por los robos, prisiones y asesinatos, que estaban á la órden del dia en aquel desgraciado país. No faltaba mas que el hambre para que esperimentára la Sicilia el peso de todos los infortunios, y por desgracia no tardó en presentarse y hacerse sentir con todos sus horrores este nuevo azote.

Los revolucionarios entretanto continuaban su obra regeneradora á nombre de la libertad, avanzando á pequeñas jornadas hácia la poblacion de Melazzo, donde habia acantonadas algunas fuerzas realistas. Ocupaba el general Medici á Barcelona, esperando la llegada de nuevos voluntarios, mientras recorria Zeutrac con algunas fuerzas las alturas de Messina y de Melazzo, cuya última plaza parecian estar decididos á atacar los invasores, tan pronto como hubiesen recibido

los refuerzos necesarios. Así debió hacerlo presente Medici al dictador Garibaldi, puesto que el 18 de julio salió este de Palermo con direccion al campo de Meri, en el que habia tenido Medici dos dias antes algunos encuentros que, aunque parciales, no habian dejado de costarle grandes pérdidas.

Como ya nada impedia á Garibaldi el entrar en campaña, despues de haber formado el nuevo gabinete, compuesto de Amari, Interdonato y Erranti, para protestar enérgicamente contra el supuesto proyecto de avenencia entre las córtes de Turin y Nápoles, acudió solícito al teatro de operaciones, luego de haber recibido la invitacion de Medici.

Por mas que algunos se hayan obstinado en negar que no existió á la sazon entre los gabinetes de Turin y Nápoles relacion de ninguna clase, queda fuera de toda duda que habia formulado el conde Cavour una alianza entre Victor Manuel y Francisco II, cuyas principales bases eran las siguientes: Sancion de la Constitucion napolitana por el sufragio universal; independencia de la Sicilia; expulsion de los Austriacos, y gestionar con la Santa Sede para la ratificacion de la anexion de las Romanías. Pero como todas estas bases eran inadmisibles para el rey de Nápoles, solo fueron propuestas por el Piamonte para ocultar sus planes.

La Farina, que representaba en Palermo la política del Piamonte ó mejor del conde de Cavour, fué arrestado y expulsado de la isla de órden de Garibaldi á consecuencia del rompimiento que tuvo lugar entre ambos patriotas. Inútil nos parece advertir que el desacuerdo habido entre aquellos dos prohombres de la Revolucion, procedió en gran parte del desinterés con que uno y otro procuraban servir á la causa italiana; puesto que La Farina habia sido nombrado comisario regio para cuando se votara la anexion; pero Garibaldi que vió herida de muerte su dictadura con tal nombramiento, trató de librarse de su importuno huesped, obligándolo á restituirse al Piamonte.

Continuaba el coronel Medici el 19 de julio en Santa Lucía, aguardando posesionado á que le atacase el coronel Bosco, que se dirigia hácia aquel punto con unos dos mil hombres; pero como recibiese el primero refuerzos considerables, tuvo que abstenerse Bosco de

tomar la ofensiva. Garibaldi en persona mandaba las tropas de refresco que acababan de llegar al campo de Meri. Luego fué á revistar la division que mandaba Medici, y á las primeras horas de la mañana siguiente emprendieron la marcha todas las fuerzas revolucionarias mandadas por Garibaldi, Medici y Corentz en número de ocho mil hombres, al objeto de atacar á las tropas napolitanas que ocupaban las inmediaciones de Melazzo.

Habrian andado los invasores como cosa de dos horas, cuando divisaron ya á las avanzadas de las tropas que mandaba Bosco, dispuestas al parecer á disputarles el paso. Dada por Garibaldi la órden de ataque, se empeñó inmediatamente el combate por una y otra parte con sin igual bravura. Por tres veces cargaron á la bayoneta los garibaldinos, y otras tantas fueron rechazados por aquellos valientes soldados de Bosco, que ni una sola vez habian tenido que retirarse delante del enemigo. Por último, haciendo Garibaldi un supremo esfuerzo mandó reunir sus batallones, y despues de haberles arengado en nombre de Italia, dispuso que se lanzaran al paso de carga sobre los heróicos soldados de Francisco II, que continuaban oponiendo cada vez mas obstinada resistencia; terrible fué desde entonces la lucha, puesto que casi todos los combatientes se vieron obligados á batirse á brazo partido, cuerpo á cuerpo, sin hacer uso mas que de las bayonetas. En el momento mismo en que, apesar de su valor, iban los soldados de Francisco II á verse obligados á ceder ante un enemigo infinitamente mayor en número, acudió en su auxilio el esforzado Bosco, cuyo solo nombre aterraba á los rebeldes, el cual cargó á los invasores con su acostumbrada intrepidéz, logrando en breves instantes hacerles desbandar enteramente. Ni las súplicas, ni las quejas, ni las amenazas de Garibaldi bastaron para contener á los dispersos en su impetuosa fuga; todos los batallones de voluntarios italianos, todos aquellos héroes que al decir de su caudillo, habian decidido la victoria en Palestro, San Martino y Como, huian entonces despavoridos ante las bayonetas de un solo regimiento de las tropas reales.

En vano por ocultar su deshonra, quisieron los garibaldinos suponer que se habian visto arrastrados ó dispersados por los sicilianos que mandaba Donon, los cuales fueron los primeros en emprender la

fuga; en vano se dijo tambien que no podian de modo alguno conservar las posiciones que se les estaba aun disputando por un puñado de valientes cuando llegaron los refuerzos de Bosco; una division ó un ejército que sabe batirse no se dispersa nunca; lo mas que puede hacer, cuando es imposible la resistencia, es retirarse en buen órden. El campo de batalla quedó en un instante cubierto de cadáveres.

Mas de dos horas hacia que duraba la accion, siendo el fuego de artillería y fusilería cada vez mas nutrido: esto fué cabalmente lo que salvó á Garibaldi y á los suyos, por haber tenido tiempo suficiente las fuerzas que estaban en los pueblos inmediatos para acudir al lugar del combate.

Cuando la victoria mas completa y señalada iba á coronar las armas reales, se presentaron al combate las fuerzas de Malenchini y Corentz que, reanimando el valor decaido de sus compañeros, lograron contenerles en su fuga y obligarles á batirse de nuevo. Entonces fué cuando se hizo la accion mas general y sangrienta; hubo posicion que fué ganada once veces seguidas á la bayoneta. Por último, lo que no logró el valor, pudo lograrlo el número de los voluntarios italianos.

Atacadas en todas direcciones las tropas reales por triplicadas fuerzas enemigas que iban siempre en aumento, se vieron al fin obligadas á retirarse hácia Melazzo, no sin dejar antes bien sentado el honor de sus armas. Las pérdidas que se experimentaron por una y otra parte en aquella sangrienta jornada, fueron casi iguales; puesto que las tropas napolitanas tuvieron 876 hombres fuera de combate, y pasaban tambien de 800 las bajas que sufrió el ejército de Garibaldi; este y su hijo fueron gravemente heridos. Tuvieron sin embargo los revolucionarios la ventaja de quedar dueños del campo, lo que no debe extrañarse, si se atiende á que constaba su ejército de mas de doce mil hombres, y que no llegaban á cuatro mil los soldados del rey de Nápoles.

Reinaba entretanto en Sicilia la mas completa anarquía; solo se oian en todos los puntos donde imperaba la revolucion estas fatídicas palabras: *¡Dagli ammazzole il reazionario, il codino!*—*¡Muera el aristócrata! Matemos al reaccionario!* Véase si podia ser la libertad mas ámplia.

Hé ahí la carta que insertaba de su corresponsal en aquella época el *Diario* de Génova: «Voy á abandonar cuanto antes á Sicilia, pues me es imposible continuar por mas tiempo mi correspondencia. En estos momentos, el saqueo y el asesinato están organizados por miserables contra los cuales es Garibaldi impotente. Yo le he hablado. Yo le he mostrado una pobre mujer que los soldados habian robado en mi presencia. El á su vez me miró, y sin poder contener dos lágrimas rebeldes que bañaron sus mejillas, me dijo en francés:

«Yo no puedo hacer nada; esta gente va mucho mas léjos de lo que yo quisiera; imposible me es poner el órden que deseo.»

Luego me pidió mi nombre, y me aconsejó que volviese á Turin. «Vuestro lugar, me dijo, no es este; *el tiempo de los periodistas no ha llegado aun.*»

En efecto, con las medidas que adoptára Garibaldi desde que se habia apoderado de Palermo y de una gran parte de Sicilia, era imposible restablecer el órden que se habia alterado desde el dia de su desembarque en la isla. El decreto del dictador disponiendo que los bienes de la corona, del Estado y hasta de propios, fueran repartidos entre sus voluntarios; los diferentes empréstitos forzosos que impuso al pobre pueblo que tuvo la necedad de creerle su libertador; las quintas que ordenó para poder hacer frente á todas las eventualidades de la guerra; el decreto en que se mandaba proceder desde luego á la venta de todos los bienes y establecimientos de beneficencia, eran otras tantas disposiciones mucho mas á propósito para fomentar el desórden, que para hacer renacer en aquel infortunado país la confianza y la calma. Como todo pueblo que careció de valor para rechazar á una invasion injusta, tenia que sufrir la Sicilia el ominoso yugo impuesto por sus nuevos dominadores. ¡Que leccion para los pueblos que aun tienen la candidez de creer en las mentidas promesas de la Revolucion!

Y sin embargo, continuaba la fortuna siendo próspera á Garibaldi y sus huestes.

Encerrado el coronel Bosco en el fuerte de Melazzo con unos mil quinientos hombres, veíase en la imposibilidad de continuar su resistencia, tanto por carecer de víveres y municiones como por no poderse prometer socorro alguno si persistia en su heróica resolucion

de morir antes que rendirse. En tal situacion, dirigieron los garibaldinos diferentes ataques contra Melazzo, ataques que fueron rechazados con la mayor intrepidez por sus habitantes, que llevaron su heroismo hasta el punto de arrojar tejas y aceite hirviendo sobre los invasores. Sin embargo, los contínuos refuerzos que estos recibieron diariamente de casi todos los puntos de la isla, por ser frecuentes los desembarques de voluntarios que, procedentes del Piamonte acudian á Sicilia atraidos por la esperanza del botin, les decidieron á dar contra Melazzo el último golpe.

Despues de haber causado la numerosa artillería de Garibaldi grandes estragos en la poblacion de Melazzo, lograron los sitiadores apoderarse de ella, haciendo sufrir á sus habitantes, por la decision con que habian sabido defender á su patria y á su Rey, todas las vejaciones, todos los insultos, todas las desgracias que pueden pesar sobre un pueblo en tales casos.

Al dia siguiente el capitan del *Protis*, uno de los buques franceses anclados en el puerto, hizo de acuerdo con Garibaldi, proposiciones á Bosco, para que entregase el fuerte que no podia sostener por mas tiempo, ofreciéndole que se permitiria salir á las tropas reales con los honores de la guerra. En la imposibilidad de continuar la resistencia, aceptó el caudillo realista las proposiciones hechas por el capitan francés á nombre de Garibaldi, y se procedió desde luego á redactar los artículos de la capitulacion que debia hacer á los invasores dueños del fuerte de Melazzo.

Nuestros lectores, que saben ya cual era la lealtad y la bravura de aquel pundonoroso militar, comprenderán, como nosotros, cuan apurada debia ser su situacion, cuando se vió obligado á aceptar las proposiciones que le fueron hechas por aquel mismo enemigo que habia logrado vencer en el Parco y arrollar en Palermo, y al que tan cara habia hecho pagar su audacia pocos dias antes. Por triste empero que fuese la situacion de Bosco, podia al menos retirarse con la frente erguida, seguro de que hasta entre sus mismos enemigos seria objeto de la admiracion y simpatía que inspiran siempre la lealtad y el valor desgraciados.

Dueños ya los garibaldinos de la poblacion y fuerte de Melazzo, fijaron con avidez sus miradas en la plaza de Messina, que entonces,

como en 1848, habia de ser el baluarte mas inexpugnable de la monarquía napolitana. Esta ciudad, capital de la provincia que lleva su nombre, cuya remota fundacion se pierde en la noche de los tiempos fué reconstruida á fines del siglo pasado por haber sido destruida de resultas del espantoso terremoto que sufrió en 1783, sin que aun hoy dia haya podido recobrar enteramente su primitiva importancia. Al ver la magestad con que se levanta la ciudad moderna junto con la estensa cordillera de montañas que en parte la circundan, diríase no solo que ha olvidado ya del todo la catástrofe de que fué víctima una vez, sino que tambien desafía impávida todos los contratiempos que pueden aun sobrevenirla: sus edificios mas notables son el palacio *Senatorio* y la catedral, ambos de un estraordinario mérito arquitectónico, aunque de orden distinto.

Es Messina una importante plaza marítima, aunque no tan fuerte como algunos han querido suponer: su puerto está al abrigo de los vientos, tanto por la cordillera de montañas antes citada, como por la vasta dársena debida á su posicion topográfica. Hé aquí la situacion de la plaza que tanto anhelaba poseer Garibaldi.

Tan pronto como el gobierno de Nápoles tuvo noticia de la capitulacion de Melazzo, envió algunos buques al general Clary, que estaba á la sazon mandando en Messina, mas bien que como refuerzo, para que pudiese retirarse tan pronto como se viese en el caso de no poder continuar la resistencia en la plaza que le estaba confiada. En manera alguna debemos extrañar esta conducta del gobierno, puesto que le hemos visto ya dispuesto á abandonar la Sicilia, circunstancia indispensable impuesta por Cavour, para formar una alianza entre los dos gobiernos del Piamonte y de Nápoles.

Garibaldi, entretanto, seguro del éxito de su empresa, iba avanzando hácia Messina, sin verse hostilizado en lo mas mínimo, por seguir en un todo el general Clary la misma política de inaccion que antes observara Lanza, y que tan funesta habia sido á la causa del rey Francisco II. Si en lugar de perder Clary un tiempo precioso en levantar obras de fortificacion que de ningun provecho habian de servirle cuando llegase el caso de defender la plaza, hubiese salido á campaña, y tentado la suerte de las armas en dos ó tres batallas, habria logrado al menos reanimar el ardor del soldado y del país, contener

á sus enemigos, cuando no derrotarles enteramente, y dejar en buen puesto su reputacion y su nombre.

Y en tanto debia el general Clary obrar de este modo, cuanto que, tenia fuerzas bastantes y tiempo de sobra para ocupar todos los desfiladeros de las montañas que habian de pasar los invasores, y empeñar en cada uno de ellos un combate, cuyo éxito no podia de modo alguno ser dudoso. Con solo salir de Messina y ocupar las alturas que la dominan, podian las tropas reales impedir un sitio formal, y hacer ineficaces todos los esfuerzos que hiciese Garibaldi para tomar la plaza; pero como Clary era al parecer en un todo digno sucesor de Lanza, dejó á los insurrectos el cuidado de ir á sitiarle, por mas que debiese dar con ello una prueba evidente de su traicion ó cobardía.

Tan pronto como tuvo noticia el general napolitano de que marchaban sobre Messina las fuerzas invasoras, hizo presente á los cónsules extranjeros que mandasen á los súbditos de sus respectivas naciones evacuar la plaza, así como tambien que se hiciesen á la mar todos los buques extranjeros, porque estaba resuelto á defenderse hasta el último apuro.

Por fin se presentaron los garibaldinos delante de Messina el 25 de julio, y todas las inmensas obras de fortificacion exterior y la supuesta resolucion de Clary de defenderse tenazmente, solo dieron por resultado una capitulacion deshonrosa é incomprensible por lo contradictoria, que dejaba á los insurrectos dueños de una parte de la ciudad y de los fuertes de Gonzaga y Castellaccio, al paso que, permitia á las tropas continuar ocupando la ciudad restante, junto con la ciudadela y los fuertes de don Blasco, Lanterna y San Salvador.

Garibaldi, que no podia menos de ver ya asegurado su triunfo, dió, ó mejor, transmitió sus instrucciones á los príncipes de San Giuseppe y de Cataldo, para que le representasen cerca de las córtes de París y Lóndres. ¡Garibaldi nombrando á dos príncipes para que le representaran en Francia é Inglaterra! ¡Solo podia suceder esto en los tiempos presentes.

No queremos privar á nuestros lectores de este documento, que tan claramente revela las intenciones de Garibaldi con respecto á Sicilia, así como tambien el perfecto acuerdo que reinaba entre el cau-

dillo revolucionario y el rey Victor Manuel. Hé aquí sus principales párrafos.

«Al sacudir la Sicilia el yugo militar que pesaba sobre ella once años ha, vuelve á esa plena soberanía de sí propia en que la constituia la revolucion de 1848, cuando despues de haber proclamado la caida de la dinastía de los Borbones, llamaba á un nuevo príncipe al trono, cuyos comisarios eran recibidos cerca de los gobiernos de Francia, Inglaterra y Cerdeña, y su bandera saludada por las dos marinas mas poderosas del Mediterráneo.

«Ya que el pais recobra hoy por una legítima reivindicacion el derecho y la facultad de arreglar sus propios destinos, que solo la violencia habia podido arrebatarle, es evidente que si desea y quiere la Italia una existencia libre é independiente en medio de las naciones modernas, no tiene ya mas que un solo camino de salvacion; agruparse en derredor de esa gloriosa monarquía de Saboya que ha personificado en sí la vida, la fuerza y la dignidad nacionales. Fuera de esa senda única, no se hallaria mas que la dominacion renaciente del Austria, la barbarie de ciegos y crueles gobiernos, la discordia y debilidad de pequeños pueblos abandonados á sus divisiones intestinas, á las intrigas y á la influencia del estranjero.

«El mismo sentimiento que ha impulsado á la Lombardía á saludar con júbilo el triunfo de los ejércitos aliados, que la ha arrojado en los brazos del rey Victor Manuel, que ha arrastrado á la Toscana, á las Legaciones y á los Ducados á votar espontáneamente la union bajo el cetro de aquel príncipe magnánimo, ese sentimiento que inflama hoy los corazones de un gran pueblo desde los Alpes hasta el Lylibeo, es el mismo que anima á Sicilia.

«Sicilia, dueña hoy de sí misma, desea y quiere, como siempre, ser italiana; y por eso, apartando toda idea de separacion política é individual que estuviese en desacuerdo con la época y las nuevas necesidades, aspira á formar parte de esa gloriosa monarquía nacional que la Europa civilizada realiza hoy, y que saluda con júbilo como un nuevo cimiento del órden y equilibrio, del reposo y progreso del mundo.

«Sicilia, puesta de nuevo por la violencia bajo el yugo del gobierno napolitano, no podria ser en lo futuro como en lo pasado, mas que un peligro para la paz de la Italia y de la Europa.

«Sicilia, aisladamente constituida, seria un contra sentido patente en el actual movimiento de aglomeracion y de asimilacion que arrastra á todo el resto de Italia. Seria demasiado débil para resistir por sí misma el ataque de cualquier grande Estado, y se veria expuesta á ser presa de dominadores extrangeros. Además, la eleccion de un rey que la gobernara separadamente, seria un gérmen de dificultades y complicaciones infinitas, atendido el odio popular invencible contra la casa reinante de Nápoles, y los celos y desconfianzas que la eleccion de un príncipe de otra raza crearia entre las grandes potencias europeas.

«Con el voto nacional hoy tan latamente expresado por las poblaciones de la isla, se hallan, pues, de acuerdo todas las consideraciones que la diplomacia acostumbra respetar, á fin de que dé satisfaccion á la Sicilia con el pronto reconocimiento de la anexion que ella ha proclamado á las demás partes de la Italia reunidas bajo la casa de Saboya.

«Este voto, que fué el primer grito de la revolucion iniciada en Palermo el 4 de abril, ha sido tambien el grito de guerra de las partidas sicilianas que resistieron durante dos meses á las tropas reales en las montañas de la isla; este voto ha resonado durante los cuatro dias en que las bombas, la metralla y el incendio devastaban y devoraban á Palermo; este voto es la única consecuencia de los contínuos, uniformes y ardientes mensajes que llegan á Palermo de todos los puntos de la isla.

«Cuidaréis de desvanecer todos los cargos que pueda hacer el gobierno napolitano contra Sicilia para desnaturalizar los hechos de que ha sido y continua siendo teatro; procurando presentarlos bajo su verdadero punto de vista, á fin de desvanecer todas las secretas intrigas que ponga en práctica aquel gobierno corrompido y desleal.

«Con estas instrucciones recibireis los números del *Diario oficial*, que contienen los actos de la dictadura del general Garibaldi desde su llegada á la isla. Haréis notar en caso necesario las necesidades extremas que acompañan á una revolucion sangrienta en un país entregado por espacio de muchos años á una tiranía bárbara y corruptora; en un país en que todo el antiguo edificio acaba de derrum-

barse de repente, y en vista de esas necesidades, hareis observar tambien la urgencia de prontos y enérgicos remedios.

«Es inútil recomendaros que informeis exactamente á nuestro gobierno de las disposiciones que encontreis respecto á la causa italiana, así en las esferas oficiales como en la opinion pública.»

¿Quién no adivinará fácilmente al leer el documento transcrito que, mas bien que del antiguo marino de Niza, fué aquel obra del conde de Cavour, entonces y ahora su supuesto enemigo? ¿Quién no verá en cada una de sus frases, de sus líneas, de sus palabras, una inspiracion, un deseo, una órden de la córte de Turin, para que fuese inmediatamente la Sicilia anexada al Piamonte? ¿Puede ponerse mas en claro la trama urdida por Victor Manuel, Garibaldi y Cavour para arrebatar á Francisco II, en nombre de la unidad italiana, el floreciente reino de Nápoles?

Por mas partidarios que hubiésemos sido de la causa de la Revolucion, habríamos llegado á odiarla al ver que nunca ha podido infundir suficiente valor á sus defensores para decir francamente lo que pretenden, lo que quieren. Ya que sobra descaro á los revolucionarios para dar cima á cualquiera obra de iniquidad, no carezcan al menos de la franqueza que se necesita para confesarla.

El general Clary, que habia carecido del valor necesario para defender la plaza importante que se le confiara, no quiso limitarse al tratado por el cual dejaba en poder de los enemigos de su patria la capital de Messina, sino que quiso acabar de poner el sello á su deshonra mandando á las guarniciones de Acosta y Siracusa, que siguiesen el triste ejemplo de impericia y cobardía, que le valió á él la reprobacion de Europa. ¡Por tortuosa que sea la senda que el hombre se propone seguir, siempre intenta arrastrar en pos de sí á cuantos le rodean, como si esta conducta lejos de disminuir, no contribuyera, por el contrario, á aumentar mas su falta!

Puede decirse que la Sicilia toda quedó desde entonces en poder de Garibaldi, al que no iban á faltarle sin embargo nuevos enemigos que vencer, mucho mas temibles que los pocos que hasta entonces se le presentaran en el campo, puesto que formaban en sus mismas filas, y que iban á emplear contra él las mismas armas vedadas que hasta al fin empleara el dictador contra el gobierno de Nápoles. En

vano el caudillo revolucionario habia expulsado de la isla á La Farina, Criscelli y Pascual Totti, por conspirar abiertamente en Palermo, segun decia, contra el nuevo orden de cosas; en vano hacia todos los esfuerzos imaginables para frustrar las esperanzas de los mazinianos que tan ardorosamente se agitaban para impedir que se llevase á efecto la anexion de Sicilia al Piamonte; en vano procuraba conciliar los diferentes partidos que cada vez con mas audacia se disputaban el poder en su derredor; la Revolucion habia triunfado, y nada mas natural que se disputasen sus soldados con encarnizamiento el botin que les procuraba su victoria. Los aventureros de todos los paises que acudieron á Sicilia al grito de unidad italiana, iban á dar el primer ejemplo de su desprendimiento, arrebatándose entre sí, cual hambrientos lobos, la codiciada presa que tanto inflamara su ardor patriótico.

Hé aquí la conducta que observaron despues del triunfo aquellos cosmopolitas que, á su decir, solo se lanzaron al combate para librar del yugo á los sicilianos, y procurarles un gobierno protector, independiente y libre. Nadie extrañará por lo tanto que fuesen cada dia mayores los apuros en que se veia el gobierno del dictador, para seguir una marcha política que pudiese satisfacer todas las ambiciones, calmar todos los recelos y acallar las exigencias todas.

El Piamonte, que en apariencia se oponia á los nuevos proyectos que abrigaba Garibaldi respecto del reino de Nápoles, tanto para abrir un nuevo campo á su propia ambicion y á la de los demás que, aunque figuraban como súbditos pretendian ser sus iguales, como por acabar de llevar á término los planes anteriormente concebidos por Victor Manuel, y Cavour, protestaba contra toda invasion á Nápoles por parte del caudillo revolucionario, al paso que disponia la formacion de cinco grandes campamentos en Turin, Alejandría, Milan, Florencia y Bolonia. Y á pesar de esa actitud destinada á manifestar los belicosos proyectos del Piamonte, y su firme resolucion de apoyar abiertamente en el reino de las Dos Sicilias la injusta invasion que se preparaba, quiso el rey Victor Manuel dar una nueva prueba de su política rastrera y cobarde, suplicando á Garibaldi que se abstuviera de atacar á Nápoles, mientras disponia la reunion de las fuerzas que debian apoyarle en caso necesario, tan pronto como se hubiese dirigi-

do al continente para continuar su obra de robo y de exterminio. Véase, pues, la carta que Victor Manuel escribió á Garibaldi en aquel sentido:

«General: Bien sabeis que desaprobé vuestra expedicion y que fué para mí aquella empresa enteramente extraña. Hoy, empero, me obligan los graves acontecimientos de Italia, á entrar con vos en comunicacion directa.

«Si el rey de Nápoles consiente en evacuar la Sicilia y en no ejercer presion alguna sobre los sicilianos, de modo que puedan estos manifestar con toda libertad sus deseos y elegir el gobierno que les parezca preferible, creo que seria prudente que renunciaseis á toda empresa ulterior contra el rey de Nápoles.

«Pero en el caso de que no fuese esto así, me reservo la completa libertad de accion, y me dispenso de haceros observacion alguna, respecto de vuestros proyectos.»

Contestacion de Garibaldi:

«V. M. conoce el profundo respeto y la adhesion que le tengo; siento en extremo no poder acceder á su ruego por no permitírmelo el estado actual de la Italia. Llamado por los pueblos, he procurado contenerles en lo posible; pero las cosas han llegado á un punto tal, que si ahora vacilase, faltaria á mi deber y comprometeria gravemente la causa italiana. Así pues, permitidme, Señor, que por esta vez deje de obedeceros. Cuando haya llevado á cima mi empresa y libertado á los pueblos del yugo odioso que les oprime, pondré mi espada á vuestros piés y os obedeceré durante el resto de mi vida.»

Aun cuando los sucesos posteriores no hubiesen venido por desgracia á confirmar lo que hemos dicho antes, ¿no bastaria la simple lectura de las dos anteriores cartas para demostrar á cualquiera la completa armonía y perfecto acuerdo que reinaba entre los dos tan tristemente célebres autores de ellas? ¿Como podria comprenderse el empeño de un revolucionario en ensanchar los dominios de un rey, sin que ese rey se hubiese puesto antes de acuerdo con él para fomentar y sostener á la Revolucion que debia procurarle la posesion de los nuevos dominios que tanto ambicionaba? Continuen en buen hora los autores de la desgracia de Italia la farsa empezada, que no encontrarán ya un solo hombre en Europa que dé crédito á sus falsas palabras.

Mayores eran cada dia los obstáculos que tenia que vencer en Sicilia el gobierno provisional, merced á la impaciencia de algunos, á la exaltacion de muchos y á la ambicion desmedida de todos los que debian sostenerle. Hubo en Palermo algunos síntomas de desórden que si bien fueron reprimidos por la guardia nacional, no dejaron de causar grandes desgracias. La administracion pública se veia en el mas triste estado, y los tribunales no habian podido restablecerse, despues de cuatro meses de haber cesado en el importante ejercicio de sus funciones.

Garibaldi, como para contentar á todos los que directa ó indirectamente habian contribuido al triunfo de su *obra regeneradora*, se entretenia en formar nuevos ministerios, á fin de que, al menos por veinticuatro horas pudiesen ver realizados todos los patriotas el hermoso sueño que les impulsara á lanzarse á la defensa de la unidad de Italia. ¡Y cosa rara, llegó aquella ocupacion, ó medida, si se quiere, á calmar bastante los ánimos de los unitarios!

El 3 de agosto decretóse en Palermo que el Estatuto constitucional piamontés del año 1848, seria considerado como ley fundamental de Sicilia, si bien no empezaria á regir como tal hasta la época que designase el decreto del dictador. En vano el gobierno de Nápoles intentó oponerse á aquel nuevo acto atentatorio por medio de una enérgica protesta: la Revolucion empero, firme en sus resoluciones, en vista de la culpable apatía de la Europa, no debia contenerse por tan poca cosa, sino continuar con mas audacia su camino hasta llegar al término de sus aspiraciones, ó lo que es lo mismo, al término de todas las injusticias.

Otros eran sin embargo los proyectos que abrigaba Garibaldi mientras se ocupaba el prodictador Depretis en dar los decretos que disponian elevar á ley fundamental en Sicilia al Estatuto constitucional del Piamonte. Cansado al fin el antiguo marino niceño de las disensiones que de ningun modo podia sofocar con su extremada condescendencia, y seguro por otra parte del buen resultado de la nueva expedicion que proyectaba, atendidos los poderosos elementos en que podia contar, y los graves apuros en que se veia el rey Francisco II desde que habia adoptado el sistema constitucional que tanto debia anticipar su caida, resolvió dirigirse á Calabria.

No se ocultaba á Garibaldi la excrupulosidad con que eran guardadas las costas por la marina real napolitana; pero como contaba con poderosos auxiliares en el reino de Nápoles, y como estos le habian dado además la seguridad de que casi todo el gobierno del rey iba á secundarle poderosamente en su empresa; que el ejército estaba contaminado, puesto que casi todos los jefes eran por lo ménos partidarios del sistema constitucional, y que por lo tanto no seria difícil atraérselos; que los cuerpos que, como el de la guardia real, podian oponerle resistencia, habian sido alejados por órden del gobierno, y que lo propio se habia hecho con todos los hombres de influencia que pertenecian al partido realista, no titubeó el dictador en aprestarse para dirigirse al continente, donde iba á abrirse á su ambicion un nuevo campo de fáciles laureles.

Dejémoslo por ahora entregado á sus públicos aprestos, y veamos lo que ocurria interin en el país que acababa de pasar á su feliz dominacion. Sicilia, que como Toscana y todos los demás ducados, consideraba ya como un hecho consumado su anexion al Piamonte, sobre todo desde que vió establecida como ley fundamental en la isla el estatuto sardo de 1848, no pudo menos de demostrar públicamente su descontento al ver perdida su nacionalidad, pero todo fué en vano; al igual que aquellos ducados no quiso reconocer la anexion sin la unidad italiana, desde el momento en que acababa de serle impuesta por sus dominadores; con todo, mal que le pesara, tuvo que conformarse, como las demás, con el humilde título de provincia piamontesa. Tal es por lo regular el yugo que se impone siempre á los pueblos cobardes ó crédulos que no saben defender su honra nacional ante un enemigo extranjero astuto ó fuerte.

Ningun pueblo italiano queria ser súbdito del Piamonte; todos aspiraban á ver á la Italia una, grande y poderosa; todos soñaban en aquella pasada época gloriosa de su poder y su pujanza, sin pensar que se habian hecho indignos de ella, y que mal podian dominar á los demás, los que ni fuerza ni dignidad tenian para rechazar la invasion que iba á convertirles en pueblos dominados.

No se crea, sin embargo, que al decir que los pueblos italianos aspiraban á formar una Italia grande y feliz, sea nuestra intencion dejar consignado que, la mayor parte de las poblaciones deseasen en

efecto la realizacion de aquella idea, que harto sabian era irrealizable; sino que imitando en esto á los revolucionarios, solo por complacerles, damos el nombre de pueblo á los diez ó doce ilusos que podia haber en cada uno de ellos, que creian posible la unidad, y que se echaron en brazos de los aventureros que se la ofrecieron, solo por lograr la dominacion de su patria. Bien sabia el pueblo sensato italiano que nada iba á ganar en las innovaciones, y que en cambio se esponia á perderlo todo; pero indeciso, como siempre, cuando llegó el momento de obrar, retrocedió ante la audacia de unos pocos, é inclinó cobarde la cerviz para que se le impusiera el vergonzoso yugo. Triste suerte á que están condenados todos los pueblos que, al ver amenazada su nacionalidad, carecen de valor para defender su independencia y todos los intereses que les son mas caros: ¡Pobre Italia! cuán próxima y terrible ha sido la hora de tu expiacion!

Aquellos mismos palermitanos que poco antes estaban aguardando á Garibaldi con la mayor impaciencia, y á quien en su loco desvarío daban el título de libertador, se vieron despues perseguidos cruelmente por el mismo que les debia su triunfo, y hasta fusilados con la mayor crueldad, cuantas veces trataron de oponerse al nuevo órden de cosas que tanto habian contribuido á instituir. La irrision y el desprecio, cuando no el rigor, hé aquí las consideraciones que valieron á los sicilianos su credulidad y su cobardía.

Como lo previera el Rey Francisco II, cada dia iban las cosas en Nápoles de mal en peor, desde que, accediendo á las proposiciones de pérfidos consejeros, dió á sus pueblos la Constitucion que iba á procurar el triunfo á los enemigos de su dinastía. Mas ecsigentes estos á medida que mas dispuesto veian al soberano á complacerles, no pararon hasta hacer salir de la capital á todas las tropas reales, y hasta lograr que fuesen estrañados del reino todos los altos personajes adictos á la causa realista; todo á fin de poder conspirar abiertamente los traidores para derrumbar el nuevo trono constitucional que en voz tan alta poco antes juraran defender.

El comité unitario distribuia alarmantes proclamas, en las que se decia que Francisco II iba á descender del trono por no poder ya satisfacer las legítimas aspiraciones de un pueblo libre y grande que estaba destinado á reconquistar su primitiva gloria, y despues de otras

mil sandeces expresadas en el acostumbrado altisonante lenguaje revolucionario, acababan los miembros del comité unitario por asegurar la felicidad del país, desde el momento en que pasase este á formar parte de los estados del rey *Galantuomo*, único capaz de labrar la ventura de Italia.

Vendíanse además públicamente en las calles de Nápoles diferentes biografías de Garibaldi, segun las cuales superaban sus hazañas á las de los héroes de todas las edades, atribuyéndosele en las mas de ellas el poder de conquistar el mundo con la sola fuerza de su voluntad y de su brazo. Todas aquellas exageraciones del ciego espíritu de partido, que en cualquiera otro país habrian sido acogidas con desprecio, produjeron en Nápoles en el ánimo de muchos el deseado efecto.

Aunque el pueblo por lo general oyó con indiferencia las magníficas promesas que se le hacian, no faltaron por desgracia maliciosos ó ilusos que aparentaron creer, ó creyeron frenéticamente en ellas, y que previendo el buen éxito que les ofrecia la cooperacion de los traidores que formaban parte del gobierno, precipitaron los acontecimientos, declarándose en favor de la Revolucion; de aquí la continua alarma y los diferentes trastornos que sufrió la capital de Nápoles durante aquella época azarosa de confusion y de incertidumbre. De aquí el que el pueblo pacífico y sensato, aun que en mayor número, careciese de la decision necesaria para salvar al trono y salvarse á sí mismo.

Vencidos de este modo por los revolucionarios cuantos obstáculos podian oponerse á la realizacion de sus planes, merced al apoyo de algunos, á la traicion de muchos, á la apatía de todos, dieron la señal al titulado dictador de Sicilia de que se dirigiese á las costas de Calabria, donde acabaria de hacérsele la entrega de todo el reino de Nápoles. Y en efecto, aparentando Garibaldi toda la intrepidéz de un héroe que emprende una lucha titánica, se lanzó con *la mayor confianza* al nuevo campo de sus intrigas.

CAPÍTULO VII.

Actitud de las potencias europeas ante los anteriores acontecimientos.— Desembarco de Garibaldi en las costas de Calabria.—Sus fáciles triunfos.—Medidas tomadas en Nápoles por el gobierno del Rey.—Traiciones. — El rey abandona su capital.—Invaden los piamonteses las Marcas y la Umbria.—Batalla de Castelfidardo.—Toma de Ancona.

Curiosa por demás era la actitud de Europa ante tales acontecimientos; en una época en que tanto se abusa del nombre de fraternidad parecia haberse dado al olvido que los reyes, que las naciones son una familia de hermanos; que las injusticias, los atropellos permitidos en una, amenguan la honra cuando no el bienestar material de todas, y proclamóse la política llamada de *no intervencion*, que consiste en tolerarlo todo en la casa del vecino mientras no se atente á la propia; política egoista muy propia del utilitario siglo XIX con sus *intereses materiales*, con su contabilidad elevada á manía, con su desprecio por las cosas del espíritu, pero indigna de pueblos cristianos y de hombres generosos. Los fuertes podian en Italia oprimir sin piedad á los débiles, la justicia podia ser atropellada, el honor pisoteado, y las víctimas podian estar seguras de que sus voces de auxilio se estrellarian en el muro de bronce, en la especie de entredicho que lanzara sobre la Italia el egoismo de los gobiernos europeos. Luis XVI arrastró en su caida á todos los monarcas de Europa; quiera Dios que el despojo de los príncipes italianos, aunque

soberanos no tan poderosos como el francés, que la humillacion del poder que ha de regularlos á todos en la tierra, no produzcan ahora un resultado igual! Entonces como ahora, la prudencia, el deseo de contemporizar fué el consejero de las naciones, y cuando se lanzaron al campo era ya tarde. La prudencia es muchas veces muy fatal consejero.

Entiéndase empero que los gobiernos á quienes su interés ponia al lado del rey de Nápoles, único defensor del honor europeo, fueron tan ciegos que no vieron que el principio de no intervencion se proclamaba y aplicaba únicamente contra ellos, de ningun modo á aquellas potencias que, como la Cerdeña, la Inglaterra y la Francia, deseaban la destruccion de la monarquía napolitana y la favorecian con medios mas ó menos embozados. La España, el Austria, la Baviera, no podian intervenir en Italia; esto habria sido conculcar el principio de no intervencion, y lo mismo habria sucedido si, como se dijo por algunos momentos, los soldados pontificios hubiesen atravesado las fronteras de Nápoles; pero la Cerdeña podia enviar sus tropas para decidir la partida viendo que habia calculado mal al creer que los aventureros de Garibaldi bastarian para derrotar al ejército borbónico; la Inglaterra podia suministrar dinero, armas y legiones, y favorecer desembarcos; la Francia podia apoyar eficazmente en Turin lo que parecia reprobar despues en Gaeta, sus buques podian ser los primeros en saludar con sus cañones al rey usurpador. No se faltaba con ello al principio de no intervencion en favor del rey de Nápoles; entiéndase empero que el derecho de intervenir en contra quedaba expedito para cualquiera que pretendiese aprovecharlo. La Europa es ciega ó impotente.

Como hemos visto, la Cerdeña continuaba su comedia de alianza con el reino de Nápoles, y mientras el embajador napolitano se afanaba de buena fé en Turin proponiendo planes y combinaciones, el sardo en Nápoles urdia conspiraciones y preparaba el terreno para los próximos acontecimientos. Victor Manuel escribia á Francisco II llamándole: «Mi querido primo,» y tenia ya señaladas las divisiones que habian de consumar la obra en caso de que el *gran genio militar* de nuestros dias, Garibaldi, no fuese bastante para alcanzar la victoria. Cavour mentia descaradamente á todos los gabinetes europeos,

protestando una y otra vez de que el Piamonte no era cómplice en lo que sucedia, y los alistamientos se hacian públicamente, y los embarcos se verificaban á la luz del dia en todos los pueblos piamonteses, y en tanto no hubo un gobierno, una nacion europea que se atreviese á arrojar un mentís á su rostro deshonrado.

Sabida es la conducta observada por la Gran Bretaña en los últimos tiempos. Defensora de los tratados de 1815 en 1859, dijeron sus ministros en el Parlamento que se opondrian á todo cambio en el litoral italiano. Aunque no partidaria de la causa austriaca, tuvo la Inglaterra palabras muy duras para Victor Manuel que alteraba la paz del continente y para Napoleon III que se lanzaba á la guerra sin causa ni motivo alguno de justicia. ¿Como pues es ahora la gran aliada del rey del Piamonte, como ha olvidado tan pronto la veneracion que los tratados de 1815 le infundian? ¿Cómo consiente, mas, como proteje la idea de la unidad italiana? ¿Cómo ella que siempre tiene en boca el *antiguo honor británico* puede ser la íntima aliada del pirata, del ministro sin fé y del soberano sin palabra?

Para aclarar estas dudas preciso es tener en cuenta que la Gran Bretaña, especialmente en la última época de su historia, se distingue sobre todo por una política que en el objeto final podrá ser á veces buena y beneficiosa para la libertad del mundo, pero que nunca repara en los medios. La Inglaterra ha hecho suya la antigua máxima de Maquiavelo «el fin justifica los medios,» y la dominadora de la India ha probado en muchas ocasiones saber practicarla de un modo que habria satisfecho al mismo filósofo italiano. En época en que el poder marítimo de la España amenguaba y en que crecia el de la Francia, conoció que si el Mediterráneo se convertia en un lago francés, habria de renunciar á su influencia en Europa, y apoderóse por traicion de Gibraltar sin derecho ni título alguno, solo porque le convenia. En 1807, la Dinamarca parecia estar próxima á celebrar alianza con Napoleon I, y esto le habria dado el precioso y eficaz refuerzo de una marina de la cual carecia el tirano de Europa; la Gran Bretaña emperó envia una armada á Copenhague, y sin declaracion de guerra, violando todo derecho, bombardea á la ciudad indefensa hasta que le hace entrega de todos sus buques y de todo el material. Esta es la moderna Inglaterra; los pueblos cristianos puéden sentir

de vez en cuando buenos efectos de semejante política, pero nunca podrá merecer otra cosa que su execracion.

Al estallar la guerra en 1859 y aun algun tiempo despues, la Inglaterra no creia en la unidad italiana; las notas de sus ministros y los discursos de sus hombres de Estado prueban que esta idea no les habia acudido todavía, y creyendo que los resultados de la guerra se habian de limitar á hacer dominante en Italia la influencia francesa y quizás á ceñir alguna corona á un miembro de la familia imperial de Francia, mostrábanse recelosos y nada favorables al Piamonte. Ocurrieron empero los movimientos de la Italia central, las maquinaciones unitarias de Turin empezaron á tomar forma, y desde aquel momento vió la Inglaterra á la Italia con muy distintos ojos. Aquello mismo en que parecia no haber de ganar nada y que podia ser causa de que perdiese mucho, se le aparecia bajo un aspecto que prometia ser fecundo en pingües resultados, y desde entonces se declaró ardiente abogada de la unidad italiana. Los medios que ella misma hubiese de emplear y los que empleasen para conseguirla sus partidarios en la Península impórtábanle muy poco; ya hemos visto que jamás se para en semejante cosa. La unidad de Italia es conveniente, dijo, realícese de cualquier modo que sea.

Y en efecto la unidad de la Península italiana es hoy conveniente para la Inglaterra; con ella satisface dos antiguas y profundas aspiraciones suyas: despojar al pontificado de su poder temporal y por lo mismo hacer correr graves azares y persecuciones á su poder espiritual, y privar á la Francia del predominio que en el continente viene ejerciendo desde Luis XIV. La política francesa desde Richelieu hasta Napoleon I, ha sido siempre dividir la Península como ha sido dividir la Alemania; el dia en que una ú otra nacion no formasen mas que un solo cuerpo compacto, la Francia dejaria de ser la primera potencia continental para tener rivales ó quizás dominadores. En las actuales condiciones del mundo esto es evidente y fuera de toda cuestion. La Inglaterra lo comprende asimismo y aunque no muy convencida de la posibilidad de realizar la union de la Península para lanzarse abiertamente al campo, la favorece por todos los medios que su política especial consiente. Lo mas sorprendente en todo esto es que la Francia de Luis XIV y de Napoleon I, la Francia cristianísima se encuen-

tra querer lo mismo que la Inglaterra de Pitt, que la Inglaterra protestante; ambas naciones por una rara anomalía desean la unidad de la Península italiana y la humillacion del Pontificado; pero no, decimos mal. Deséanlo la Inglaterra y Napoleon III, no la nacion francesa.

Napoleon III ha sustituido á la política de la Francia su política propia, y hemos apuntado ya algunas de las causas que le han impulsado á obrar así. Napoleon III ha hecho por la Gran Bretaña mas de lo que podian hacer diez batallas de Waterloo. Ay de él el dia en que la Francia le pida cuenta de su porvenir inmolado en aras de su ambicion personal!

La política de Napoleon mientras Garibaldi y la traicion triunfaban en Sicilia fué como siempre rastrera y falaz. Sus periódicos oficiales prodigaron al aventurero los mas infamantes dicterios, mientras fué dudoso el éxito; pero cuando hubo triunfado, cuando se disponia á pasar al continente, el furor se convirtió en admiracion, las injurias en elogios. Hemos visto ya la acogida que dispensó Napoleon al enviado del rey de Nápoles, y en tanto continuaban íntimas como nunca sus relaciones con la corte de Turin; negar la mano á la víctima y tenderla al criminal se llama complicidad en todas las lenguas del mundo. Además ¿á que hombre de buena fé se persuadirá de que haya podido hacerse algo en Italia contra la voluntad de la Francia? ¿Quién creerá que aquel rey que no era nada antes de que se vertiera por él sangre francesa, ha tenido libertad un solo dia siquiera para desobedecer á la Francia? Si pues su satélite invadió la Sicilia, si marchó luego á Nápoles, á la Francia se debe, á la Francia que lo paga todo con su sangre y su dinero sin ver que la Inglaterra y la política imperial, que no es la suya, se aprovechan de ello.

Las demás naciones europeas permanecieron impasibles, como ya hemos dicho, ante aquellos sucesos; protestas, representaciones, hé aquí lo único con que combatian. Hasta el Austria, presa de intestinas contiendas y luchando con la escasez de sus recursos, continuaba en su política expectante, dejando que se le prodigaran amenazas, que sus enemigos se robustecieran, que sus amigos quedasen sin brios. No falta quien supone que el Austria no se lanzará á la lucha hasta que se vea atacada, hasta que la Revolu-

cion se vea ya casi vencida por sus propios excesos, á fin de presentarse á los ojos de la Europa con todo el derecho de su parte, con la razon sobrada. Pero si esto puede ser útil á sus intereses particulares, si merced á semejante conducta le será mas fácil quizás recobrar en la Península la influencia que ha perdido, en una palabra, si á ella le conviene así, no vacilamos en decir que para la causa de la justicia, hollada, pisoteada y escarnecida, será ya tarde. El Austria podrá combatir entonces con mas ventajas quizás para ella, pero su bandera no será como habria sido ahora la del derecho y del honor europeo.

Conquistada la isla de Sicilia por la traicion de los principales generales del rey, aterrorizados sus habitantes con los fusilamientos de Melazzo, mandados por Garibaldi para dar «un saludable ejemplo,» proclamada en todas partes la soberanía del rey del Piamonte, y entregada la isla á la mas espantosa anarquía, y al mas escandaloso desgobierno, Garibaldi pensó haber concluido ya en ella su mision, y *á pesar de las súplicas*, y hasta *órdenes* de su amado monarca, se preparó para continuar en el continente su obra devastadora. Como militar quedó su fama *muy alta* en Sicilia, y habia de quedarlo aun mas en el Volturno y en Capua; como hombre de gobierno la isla de Sicilia no dejaba asomo de duda acerca de sus relevantes dotes: la ley agraria, los bienes de propios y de beneficencia repartidos entre «sus voluntarios y las víctimas de la antigua tiranía,» los fusilamientos, el desórden, la anarquía, todo ello forma un magnífico pedestal al *primer hombre* de Italia.

Las hostilidades habian cesado en Sicilia; el general Clary y Garibaldi así lo convinieron, incluyendo en el convenio á Messina, único punto que quedaba á las tropas reales. Establecióse la igualdad para ambos pabellones napolitano y siciliano, y quedó libre la navegacion bajo el faro de Messina.

Los habitantes empero no tenian tanta resignacion como el mayor número de los jefes militares, y varios pueblos á pesar de la opresion en que les tenian las huestes garibaldinas, intentaron sacudir el yugo. El castigo que los invasores les impusieron fué terrible, y las víctimas inmoladas fueron muchas. Como testimonio del terror

que pesaba sobre la Sicilia véase á continuacion el decreto que publicó el titulado general Bixio contra el distrito de Bronta, uno de los que habian intentado defender sus vidas amenazadas y sus propiedades robadas. Dice así:

«El distrito de Bronta, culpable de lesa humanidad queda puesto en estado de sitio.

«En el término de tres horas los habitantes entregarán sus armas blancas y de fuego bajo pena de ser inmediatamente fusilados.

«Queda disuelto el cuerpo municipal.

«Queda disuelta la milicia nacional.

«Se impone al país una contribucion de diez onzas por hora á contar desde la vigésima segunda del 4 del corriente hasta que se consiga la organizacion regular del país.

«El presente decreto será fijado y publicado.

«Bronta 6 de agosto de 1860.

«El mayor general
«BIXIO.»

El primer desembarco de garibaldinos en el continente se verificó el dia 10 de agosto entre Altafuime y Candritello en las Calabrias. La marina real napolitana, que ya en la expedicion á Sicilia diera repetidas muestras de tibieza por no decir de traicion, arrojó la máscara, y manifestó abiertamente con su vil conducta hallarse vendida á los enemigos de su patria. Ni un buque se presentó para impedir el desembarco, y esto que los cruceros eran numerosos.

Las tropas de la costa no imitaron tan infame ejemplo y lanzándose contra los invasores que eran en número de 1200 les obligaron á reembarcarse con gran pérdida; solo 200 lograron internarse á favor de lo quebrado del terreno, y sufriendo una activa persecucion.

Desde aquel dia fueron frecuentes, gracias á la traicion de la marina, los desembarcos de pequeñas partidas, á las cuales era fácil burlar por su escaso número, la vigilancia de las tropas que guarnecian las costas, hasta que el dia 20 de agosto tomó tierra Garibaldi en Baguara en las Calabrias al frente de 6000 hombres. Su primer cuidado fué interceptar el telégrafo entre Reggio y Palmi; al

tiempo que se establecia en Potenza, poblacion abierta é indefensa, un gobierno provisional.

La traicion que fué causa de la pérdida de la Sicilia habia de serlo tambien de la del reino de Nápoles. Garibaldi, segun feliz expresion de uno de los mas elocuentes partidarios de la justicia en la cuestion de Italia, hubo de sostener una guerra sin batallas, hubo de conquistar un país sin defensores. El general Briganti, encargado del mando de una division, vendió por treinta mil ducados la fortaleza de Scillo en la Calabria, y á los gritos de Viva el rey! que proferian sus soldados, contestó con el de Viva Garibaldi! Indignada la tropa quiso apoderarse de su persona, y un tiro salido de entre el tumulto le dejó sin vida. Garibaldi empero consiguió su objeto; las tropas al verse sin jefe se desbandaron y dejaron sin defensa la plaza de Reggio, que fué invadida el dia 21 de agosto.

Dos brigadas napolitanas, vilmente engañadas por sus generales, que les dijeron haber marchado el rey al extranjero, se rindieron á discrecion al general Cosenz, dejando en poder de los garibaldinos su artillería y armamento; el fuerte de Pizzo rindióse tambien sin disparar un tiro, y todo hacia presagiar que la campaña de Nápoles seria tan gloriosa para Garibaldi como la de Sicilia.

Las escasas fuerzas reales que ocupaban á Piale fueron las primeras en dejar bien puesto el honor de su bandera, y no abandonaron su posicion hasta despues de sostener por espacio de dos dias los repetidos ataques de fuerzas diez veces superiores.

Desde Reggio, ciudad de unas 15000 almas, donde habia establecido Garibaldi su cuartel general, se va á Nápoles por un camino regular en once ó doce jornadas. Monteleone es la cuarta, y allí se concentraron durante algunos momentos las tropas reales. La plaza de Cosenza, situada un poco mas al Norte, se encuentra á mitad del camino de la capital del reino.

En tanto los elementos de insurreccion que amontonara el Piamonte en la provincia de la Basilicata dieron el apetecido resultado; las autoridades fueron las primeras en dar el grito de rebelion que secundaron algunos amotinados asalariados; enviáronseles armas, y con cierto número de garibaldinos que se habian trasladado allí, formóse una division que se dirigió tambien hácia Nápoles.

Difícil por no decir imposible de explicar es lo que ocurrió entonces en el reino de Nápoles; divisiones que se desbandan y que desaparecen; magníficas posiciones abandonadas sin combatir, generales que se venden, un ejército que se aumenta cada dia con los descontentos, con los ilusos, con los amigos de novedades, que son siempre muchos; los pueblos aterrorizados al encontrarse sin defensores, los soldados indecisos al encontrarse sin jefes, y todos marchando hácia la capital, unos para invadirla, y otros para defenderla si era posible ó á lo menos para recibir órdenes y morir en servicio del rey.

El dia 27 se hallaba Garibaldi en Monteleone, abandonada por las tropas reales; el movimiento de insurreccion se extendia á varias provincias y el Aventurero, que habia tomado el título de dictador de las Dos Sicilias se dirigia á Salerno, á pocas horas de Nápoles, aclamando á Victor Manuel, mientras que el general Turr desembarcaba en Sapri al frente de 4000 hombres.

Y en tanto que esto sucedia ¿que hacia el gobierno, que hacia el Rey? Vacilar, fiarse hoy en todos para ser mañana vendido. Sus pocos años, su irresolucion le perdieron; si en vez de otorgar una constitucion que le enagenó la voluntad de sus partidarios sin conquistarle la de los liberales, hubiese armado al partido realista de la capital, y poniéndose al frente de su ejército, hubiese marchado al encuentro de las huestes de Garibaldi, es casi seguro que habria salvado su corona. Pero no, olvidó que no eran reformas lo que los revolucionarios querian, sino su ruina, olvidó el ejemplo del gran duque Leopoldo á quien no salvó la constitucion ni la alianza piamontesa, y tendió la mano á sus enemigos que la rechazaron y apartó de sí á aquellos que le habrian defendido. Creyó en la buena fé del emperador Napoleon III, y el emperador Napoleon III le contestó con el desprecio y el abandono; creyó en la amistad de su tio Victor Manuel, y Victor Manuel descargó sobre él el golpe de gracia.

Al entrar el rey en la nueva senda constitucional, llamó á sí á los hombres conocidos por sus ideas liberales, y ellos le perdieron. Los mas le vendian al recibir sus favores, y los que nó aconsejábanle medidas suaves, medio término incompatible con el estado extremo á que las cosas habian llegado. El ministerio compuesto de Spinelli,

Martino, Saveris, Garofaló, Príncipe de Torella, general Pianelli, el tristemente célebre Liborio Romano y Lanzilli, inauguró su elevacion al poder con el siguiente programa:

«Uno de los primeros cuidados del ministerio, convencido como está de que solo puede haber prosperidad en la nacion sobre las bases inquebrantables de la Religion y la moral, será protejer con firmeza el culto de nuestros padres, expresion grande, solemne, imperecedera del Evangelio que proclamó por primera vez la fraternidad de los hombres, la emancipacion de los pueblos.

«Despues, la aplicacion completa y entera de la Constitucion de 30 de febrero de 1848 y la fuerte y legal represion de todo esfuerzo contrario, formarán la marcha invariable del ministerio. En el bautismo saludable de los derechos y de los deberes consagrados nuevamente, debe hallarse la regeneracion política del país, que espera justamente ver reapetecer la virtud regeneradora en todas las partes del organismo gubernativo, á lo cual se atendrá el ministerio.

«Al empezar las reformas fundamentales de los principios legislativos, el gobierno prepara, para someterlos al Parlamento, proyectos análogos en los diferentes ramos de los intereses públicos, y principalmente para fundar en la municipalidad una nueva vida que responda mejor á las instituciones políticas, para recobrar el beneficio de una administracion mejor, y al mismo tiempo para atender á las clases verdaderamente miserables, ayudándolas á desarrollar los sentimientos morales, y sustrayéndolas á la pereza y á la inmoralidad; para fomentar las obras públicas en la medida que el estado de los fondos provinciales y de la hacienda permita, con métodos sencillos y rápidos; para libertar á la enseñanza pública de los lazos que la encadenan, dándola la alta mision de elevar á la juventud con arreglo á las nuevas instituciones y de una manera igual para todas las condiciones sociales; para establecer las formas genéricas de un encadenamiento mas provechoso de todos los intereses materiales, que consistirán por una parte en restaurar la Hacienda con métodos mas útiles al estado y menos onerosas para el público; y por otra parte, en facilitar todo lo posible el comercio, la industria, las empresas importantes, especialmente de ferro-carriles, productores de las inmensas ventajas que todos saben.

En el exterior, la conducta del gobierno está trazada con claridad. Está decidido á toda costa á mantener alta y firme la bandera italiana que el jóven príncipe confió al patriotismo y á la adhesion del valiente y nacional ejército. Una mision del gobierno está en Turin para negociar la alianza con Piamonte, y el ministerio la proseguirá con todas sus fuerzas, con la doble mira de reunir pronto con lazos indisolubles la suerte de la grande Italia, y ver á esta noble region abandonarse tranquila, confiada y sin obstáculo de parte de las pasiones enemigas, al cumplimiento de sus nuevos destinos.

«La lealtad del gobierno es igual á su voluntad constante de vencer las dificultades de los tiempos, de fundar y consumar los destinos de la patria comun sobre las bases de libertad, y mas aun, de nacional independencia, pensamiento supremo de todas las almas italianas. Tambien el ministerio está dispuesto á emprender, á hacerlo todo para realizar la gran idea de la consolidacion de la monarquía constitucional y de la independencia italiana.

«Apoyado, pues en la conciencia de sus deberes, espera que tendrá el apoyo de la confianza pública y del órden, y que en las próximas elecciones, una noble y viva rivalidad se producirá entre todas las clases de los electores para que salga de la representacion nacional la opinion legal de la verdadera mayoría, á quien solamente es dado disipar definitivamente las incertidumbres, anular el eco importuno del pasado, y ser la guia de aspiraciones justas y legales.— Nápoles 4 de agosto de 1860.»

El rey lleno de confianza en sus nuevos consejeros, creia ciegamente que ellos habian de conducirle al puerto de salvacion, y así es que seguia en todo sus inspiraciones. Traidores, vendian á su rey mientras se llamaban sus ministros, mientras recibian sus favores! Entre ellos descuella un Liborio Romano que acepta de Francisco II el ministerio del interior para organizar toda la traicion; que proclama á Francisco II de «augusto señor,» y luego despues felicita «al muy invencible Garibaldi, redentor de la Italia.»

Fácil es conocer las medidas que adoptaria el ministerio; alejó de Nápoles á cuantas personas se habian distinguido por su fidelidad á la dinastía y amor á la patria, repartió armas á los hombres cono-

cidos por sus ideas revolucionarias, mandó salir de la ciudad á la Guardia Real en cuyas filas no habia podido introducirse la traicion, cubrió con un manto protector á los comités organizados para promover la anexion, aconsejó al rey que abandonara la corte, en una palabra hizo que fuese posible lo que en los tiempos venideros se leerá con sorpresa: un reino conquistado por un puñado de hombres.

Si la traicion se ocultaba aun en las esferas del gobierno, arrojaba abiertamente la máscara y se presentaba en toda su asquerosa desnudez en los mas elevados personajes. Las traiciones piamontesas habíanlo minado todo: la escuadra que ya no obedecia, el ejército que se desbandaba, el gobierno y hasta la familia del rey.

Vemos á un conde de Siracusa que acusa á su sobrino ante la Italia y se pasa á los enemigos de su nombre.

A un general Nunziante que marcha á las filas enemigas é insta á los soldados para que hagan lo propio.

En tanto crecia en la capital la miseria y la afliccion; la prensa licenciosa se hacia eco y propalaba las mas alarmantes noticias, predicaba doctrinas terroríficas, y hacíase apologista de los asesinos de Luis XVI. El rey parecia haber caido en un estado de doloroso estupor y no sabia qué mano estrechar que no correspondiera á su confianza con la traicion.

El Piamonte llevó tan léjos su audacia que envió á Nápoles dos mil soldados desarmados y disfrazados para que promovieran agitacion y fueran los primeros en aclamar á Garibaldi al acercarse este á la ciudad.

Por fin el rey, cansado de semejante situacion, quiso emprender el camino de la energía que jamás habria debido haber abandonado, y disolvió los comités revolucionarios, mandó suspender tres periódicos avanzados, desterró á su tio, el conde de Aquila, por sus tendencias revolucionarias, y mandó formar campamentos de observacion en Puzzole, Posilippe, Portici y Torre del Greco.

El ministerio que sin duda creyó ya terminada su obra de destruccion, presentó su dimision, siendo su último consejo al rey que convenia abandonar toda idea de resistencia; en aquellas circunstancias era difícil por no decir imposible constituir otro, y Francisco II, rey constitucional, se encontró solo, abandonado de todos.

En semejante situacion, sintiendo renacer en él el valor, los grandes instintos militares de su familia; convencido de que un rey ha de morir si es preciso en defensa de sus súbditos, y no queriendo al propio tiempo exponer las haciendas y vidas de los pacíficos ciudadanos á los azares de un sitio con un enemigo que tantas pruebas habia dado y tantas habia de dar de inhumanidad y barbarie, resolvió reunir las tropas que permanecian fieles y, reunidas en número de unos veinte mil hombres, marchar á Capua, posicion estratégica situada en el camino de Gaeta.

El dia 6 de setiembre abandonó el rey su capital dejándola encomendada á la custodia de la guardia nacional, de un batallon de marina y del regimiento 9.° de línea, dirigiendo su voz á sus pueblos en los siguientes términos:

«Entre los deberes prescritos á los reyes, los dias de desgracia son los mas grandes y solemnes, y yo quiero cumplirlos con resignacion y sin debilidad, con ánimo sereno y confiado, como conviene al descendiente de tantos monarcas.

«Con tal objeto dirijo aun otra vez mi voz al pueblo de esta metrópoli de la cual debo ahora alejarme con dolor.

«Una guerra injusta y contra la razon de gentes ha invadido mis Estados, no obstante que yo esté en paz con todas las potencias europeas.

«El cambio de órdenes gubernativas, mi adhesion á los grandes principios nacionales é italianos, no bastaron á alejarla; y cuando tuve precision de defender la integridad del Estado, ocurriéron con este motivo sucesos que he deplorado siempre. Por tanto, protésto solemnemente contra estas incalificables hostilidades, sobre las cuales pronunciará su severo juicio la edad presente y la futura.

«El cuerpo diplomático residente cerca de mi persona, supo desde el principio de esta inaudita invasion, de qué sentimientos estaba poseido mi ánimo por todos mis pueblos, y por esta ilustre ciudad, esto es, garantirla de las ruinas y de la guerra, salvar sus habitantes y sus propiedades, los templos sagrados, los monumentos, los establecimientos públicos, las colecciones artísticas, y todo aquello que forma el patrimonio de su civilizacion y de su grandeza, y que perteneciendo á las generaciones futuras es superior á las pasiones del momento.

«Ha llegado ya la hora de cumplir esta palabra. La guerra se avecina á los muros de esta ciudad, y con indecible dolor yo me alejo con una parte del ejército, trasportándome allí donde la defensa de mis derechos me llama. La otra parte del mismo ejército queda para contribuir en concurso con la benemérita guardia nacional, á la inviolabilidad é incolumidad de la capital, que como un objeto sagrado recomiendo al celo del ministerio. Y pido al honor y al civismo del Síndico de Nápoles y del comandante de la referida guardia ciudadana, libren á esta patria carísima de los horrores de los desórdenes internos y de los desastres de la guerra vecina; con cuyo objeto concedo á estos últimos todas las necesarias y mas estensas facultades.

«Descendiente de una dinastía que por 126 años reinó en estas comarcas continentales, despues de haberlas salvado de los horrores de un largo gobierno vice-reinal, mis afecciones quedan aquí. Yo soy napolitano, y no puedo sin grave detrimento de mi corazon dirigir palabras de adios á mis amadísimos pueblos y á mis compatriotas.

«Cualquiera que sea mi destino, próspero ó adverso, conservaré siempre por ellos los mas tiernos recuerdos. Recomiendo á los mismos la concordia, la paz, la santidad de los deberes ciudadanos. Que un extremado celo por mi corona no sea causa de turbulencias. Ya sea que la suerte de la presente guerra me haga volver pronto entre vosotros, ó en otros tiempos en que plazca á la justicia de Dios restituirme el trono de mis mayores, mas espléndido por las libres instituciones de que irrevocablemente le he circundado, lo que imploro desde ahora es ver de nuevo á mis pueblos unidos, fuertes y dichosos.

«Nápoles 6 de setiembre de 1860.

FRANCISCO.»

Al mismo tiempo comunicó el rey á la Europa la siguiente protesta:

«Desde que un atrevido jefe, con todas las fuerzas revolucionarias de que dispone Europa, ha invadido nuestros dominios invocando el nombre de un soberano de Italia, pariente y amigo, Nos hemos empleado todos nuestros medios para combatir durante cinco meses por

la sagrada independencia de nuestros Estados. La suerte de las armas nos ha sido contraria. La atrevida empresa que aquel soberano del modo mas formal protestaba desconocer, y que sin embargo mientras se trataba de las bases de un íntimo acuerdo, recibia principalmente en sus Estados ayuda y apoyo, aquella empresa, á la que toda Europa asiste indiferente despues de haber proclamado el principio de no intervencion, dejándonos solos luchar contra el enemigo de todos, está á punto de extender sus tristes efectos hasta nuestra capital. Las fuerzas enemigas se adelantan sobre estas cercanías.

«Por otra parte la Sicilia y las provincias del continente, hace ya tiempo minadas por la revolucion, insurreccionadas por la misma, han formado gobiernos provisionales con el título y bajo la proteccion nominal de aquel soberano, y han confiado á un pretendido dictador la autoridad y el pleno arbitrio de sus destinos.

«Fuertes con nuestros derechos, fundados en la historia, en los pactos internacionales y en el derecho público europeo, mientras Nos contamos prolongar hasta lo posible nuestra defensa, no estamos menos decididos á cualquier sacrificio para evitar los horrores de una lucha y de la anarquía á esta extensa metrópoli, centro glorioso de las antiguas memorias y cuna de las artes y de la civilizacion del reino.

«En su consecuencia marcharemos con nuestro ejército fuera de sus muros, confiados en la lealtad y en el cariño de nuestros súbditos para el sostenimiento del órden y respeto á la autoridad.

«Al tomar esta determinacion Nos vemos al mismo tiempo en el deber, que nos dictan nuestros antiguos derechos, nuestro honor, el interés de nuestros herederos y sucesores, y mas aun el de nuestros queridos súbditos, y altamente protestamos contra todos los actos consumados hasta ahora y contra los sucesos realizados ó que se realizarán en lo sucesivo. Reservamos todos nuestros títulos y razones, orígen de sagrados é incontestables derechos de sucesion y de los tratados; y declaramos solemnemente todos los mencionados acontecimientos y hechos, nulos, violentos y de ningun valor, dejando en manos del Todopoderoso nuestra causa y la de nuestros pueblos, en la firme creencia de no haber tenido en el breve tiempo

de nuestro reinado un solo pensamiento que no haya sido consagrado á su bien y á su felicidad. Las instituciones que hemos irrevocablemente concedido son una prueba de ello.

«Esta nuestra protesta será transmitida por nosotros á todas las córtes, y queremos que rubricada y acompañada con el sello de nuestras armas reales, y refrendada por nuestro ministro de los negocios extranjeros, de la presidencia del consejo de ministros y de Gracia y Justicia, como un monumento de nuestra constante voluntad de oponer siempre la razon y el derecho á la violencia y á la usurpacion.

«Nápoles 6 de setiembre de 1860. (Firmado), FRANCISCO.—(Firmado), Santiago de Martino.»

Apartemos la vista por algunos momentos de tan desgarrador espectáculo, para fijarlos en otro teatro donde se representaba una farsa mas inmunda aun, farsa que si llenará de vergüenza á los ojos de la historia á los viles que la prepararon y consumaron, proporcionará otra página de gloria á los anales del catolicismo.

Otro de los cargos que desde mucho tiempo acá se hacia al gobierno pontificio era su impotencia para defenderse por sí propio, la necesidad en que estaba para subsistir de tener guarniciones extranjeras en sus principales plazas. El gobierno pontificio aplicóse pues á formar un ejército proporcionado á sus necesidades y á su territorio, y en 1859, antes de que se rompieran las hostilidades en las llanuras piamontesas, pudo el cardenal Antonelli dirigir una nota á los gobiernos de Francia y de Austria, suplicándoles que retirasen sus tropas de los Estados pontificios, en cuanto el Papa era ya bastante fuerte para atender á su defensa. El Austria accedió á estos deseos poco despues, obligado á ello por los lances de la guerra; pero Napoleon hizo caso omiso de aquella demanda, y continuó ocupando la estratégica posicion de Roma. El gobierno pontificio no cejó empero en la obra de organizar sus fuerzas; alistó voluntarios, pues entre aquellos *infelices* pueblos no se conocen las quintas, confió el mando en jefe al ilustre y esforzado general Lamoricière, y en la época en que ocurrian los sucesos que hasta ahora hemos venido relatando, contaba con 24,000 hombres de buenas tropas, bien ar-

mados en su mayor parte, y dispuestos á defender la integridad de los Estados que al Papa habian quedado contra cualquier tentativa interior ó exterior. El Piamonte, que deseaba reproducir en las Marcas y en la Umbría las escenas de Sicilia y Nápoles, no vió con buenos ojos aquella firme actitud; conoció que el *gran guerrero* italiano y sus invencibles huestes se estrellarian contra los soldados de Lamoricière, que no podria mandarles allí como á Sicilia, minada por la traicion, y resolvió arrojar completamente la máscara. Sin embargo para ello se necesitaba el permiso del director del movimiento italiano, y Farini y Cialdini, provistos de una carta autógrafa de su rey, fueron los encargados de impetrarle. Avistáronse en Chamberi con el emperador francés, y este no tuvo inconveniente alguno en conceder el *pase* á los soldados que habian de invadir los Estados defendidos por la cacareada espada de la Francia. Como ha sucedido siempre en todo lo obrado por Cavour y Napoleon, no faltaron esplicaciones muy satisfactorias de lo que en Chamberi habia pasado, si bien el resultado fué enteramente distinto de lo que se dice haber sucedido.

Oigamos á M. Thouvenel, ministro de negocios extranjeros del emperador; en la nota dirigida á los agentes diplomáticos de la Francia, el ministro dice:

«Garibaldi se disponia á continuar libremente su carrera por territorio de los Estados romanos, y una vez hecha esta última jornada, habia de ser totalmente imposible conjurar un ataque contra el Véneto. El gabinete de Turin no ve mas que un medio para conjurar el peligro, y este medio consiste en que luego de aproximarse Garibaldi provocando desórdenes en las Marcas y en la Umbría, se entre en estas provincias para restablecer en ellas sin tocar á la autoridad del Papa; se dé batalla en caso necesario á la revolucion en el territorio napolitano, y se confie inmediatamente despues á un congreso la idea de señalar los destinos de Italia.»

De modo es que Napoleon, que tiene sus soldados en Roma, creyó de buena fé que serian impotentes para rechazar á Garibaldi, pensó que la bandera francesa no era bastante para protejer el territorio en que ondeaba, y confió á los piamonteses el atajar los pasos del Aventurero; la *espada* de la Francia no defendia nada; así re-

sulta á lo menos de la nota de M. Thouvenel. Sin embargo uno es lo que se dice y otro lo que se hace; los Piamonteses pudieron penetrar en los Estados Pontificios, y en vez de rechazar de allí á Garibaldi, en vez de dar batalla á la revolucion en territorio napolitano, todo ello *sin tocar á la autoridad del Papa*, atacan y dispersan al ejército pontificio, apodéranse de varias ciudades, destituyen á las autoridades y acaban por hacer suyo el país en que penetraron para dar batalla á la Revolucion. Magnífico papel para la Francia!

Seguro el Piamonte del consentimiento de Napoleon III, puso sin tardar manos á la obra. Se consumó el atentado! Desenmascaróse por fin el sacrílego engaño! Victor Mannel arrojó los vanos disfraces con que antes tratara de cubrir sus maquinaciones mas odiosas y sus mas vergonzosos despojos, y conquistó sin provocacion, sin sombra siquiera de pretexto las últimas posesiones que su impune rapacidad habia dejado á la Santa Sede.

Gran esfuerzo necesita el hombre honrado para referir tales acontecimientos sin conmoverse, sin abandonarse á la legítima cólera que inspiran la conciencia y el honor ultrajados. Pasemos pronto por ese mar de cieno; por fortuna la distancia es corta. El asesino no dió á su víctima ni el tiempo necesario para pensar en la defensa.

Nada faltó á la traicion; ni la mentira, ni el triple número, ni la felonía en el ataque.

En 7 de setiembre el duque de Granmont embajador de Francia en Roma escribia al general Lamoricière:

«Os advierto por órden del emperador que los Piamonteses no entrarán en los Estados romanos, y que veinte mil Franceses van á ocupar las diferentes plazas de dichos Estados. Tomad por lo tanto vuestras precauciones contra Garibaldi.»

Para dar á estas palabras cierta apariencia de verdad, desembarcaron en aquel entonces fuerzas francesas en Civita-Vecchia. El mismo embajador escribia al vice cónsul francés en Ancona:

«El emperador ha escrito desde Marsella al rey de Cerdeña que si las tropas piamontesas entran en territorio pontificio se verá obligado á oponerse á ello. Se han dado ya órdenes para embarcar tropas en Tolon y van á llegar cuanto antes esos refuerzos. El gobierno del emperador no tolerará la culpable agresion del gobierno sardo. Como

vice-cónsul de Francia debeis obrar en conformidad á estas disposiciones.»

Esto no obstante el dia 10 de setiembre Victor Manuel intima al Papa que licencie sus voluntarios, calificándoles de mercenarios extranjeros, y el mismo dia el general Fanti envia al general Lamoricière un ayudante de campo para manifestarle en nombre del rey del Piamonte que sus tropas ocuparán las Marcas y la Umbría en los siguientes casos:

1.° Si las tropas que estaban á sus órdenes, encontrándose en una poblacion de dichas provincias, hubiesen de hacer uso de la fuerza para reprimir una manifestacion cualquiera;

2.° Si se diese órden á dichas tropas para marchar contra una poblacion sublevada;

3.° Si realizándose una manifestacion en un pueblo y siendo reprimida por las tropas, no se diese á estas la órden inmediata de retirarse dejando en plena libertad á aquel para manifestar sus deseos.

El ayudante de campo partió sin esperar contestacion alguna.

El gobierno pontificio dió á tan singular pretension la única respuesta posible. «La Santa Sede, dice el cardenal Antonelli en un despacho de 11 de setiembre, no puede menos de rechazarla con indignacion, apoyada en su legítimo derecho; y cualesquiera que sean las violencias á que pueda encontrarse expuesta sin haberlas provocado, protesta desde este momento contra ellas bajo la égida que hasta ahóra ha protegido á la Europa.»

El dia 10 de setiembre dirigió Victor Manuel al Papa la indicada intimacion, y el dia 11 invadieron sus tropas los Estados Pontificios. Los hombres honrados de todas épocas, de todos los países, de todos los partidos, calificarán de felonía semejante conducta. Cosas hay que solo un nombre tienen para cuantos conservan un resto de conciencia y de pudor.

No insistiremos en demostrar lo vano del pretexto, el atropello que en él mismo se envuelve. No podrá una nacion libre é independiente constituir su ejército del modo que mejor le cuadre? Las naciones todas han tenido ó tienen legiones extranjeras, y para el Papa, cabeza del catolicismo, no es extranjero ningun hombre que sea ca-

tólico. Pero ¡oh impudencia! ¡oh descaro! El mismo rey que exigia la disolucion del ejército pontificio, que calificaba de mercenarios á los guerreros del Papa, sin contar que la injuria habia de recaer sobre él, mercenario de la Revolucion, habia formado sus legiones de Franceses, Ingleses, Húngaros, de cuantos hombres en fin suspiran por un trastorno europeo.

A pesar de la desproporcion de fuerzas, Lamoricière «se preparó, dice en la admirable relacion que hace de aquellos sucesos, para la lucha desigual que iba á empeñarse, cuyos resultados, cualesquiera que fueren, estábamos resueltos á aceptar.» La rapidez de la invasion no dió al ilustre general tiempo suficiente para reunir sus soldados, diseminados en diferentes puntos de las provincias romanas, y así fué como Cialdini pudo apoderarse con tanta facilidad de las escasas guarniciones de Pésaro, Fano y demas ciudades de la costa del Adriático, y Fanti de las de Perusa y Espoleto, mientras que Lamoricière concentrando los restos de su ejército, reducido á unos 8000 hombres, marchaba contra fuerzas triplicadas á fin de abrirse paso á través de la línea enemiga.

Las colinas de Castelfidardo presenciaron el combate de los dos ejércitos; durante la noche del 16 al 17 de setiembre las tropas pontificias ocuparon á Loreto, y el 18 emprendieron la marcha hácia Ancona. «Hijos mios, habia dicho Pimodan á sus soldados, mañana será un dia terrible, muchos de nosotros no verán ponerse el sol; disponedlo todo, como yo lo he dispuesto.» Y en efecto, los soldados comulgaron aquella mañana y marcharon luego hácia el enemigo. Lamoricière montaba un caballo blanco y vestia su uniforme de gran gala; despues de confiar el mando de la vanguardia y coluna de ataque al general Pimodan, conservó para sí el de las tropas de reserva. Los soldados pontificios toman á la bayoneta, á pesar de un nutrido fuego, las primeras posiciones; los Piamonteses huyen dejando algunos centenares de prisioneros. Un rayo de esperanza reanima á las tropas de Lamoricière, pero la artillería rayada piamontesa vomita la muerte por todas partes, y los enemigos vuelven á la carga en compactas masas. La posicion se pierde, pero el bravo Pimodan se pone al frente de las tropas y otra vez la conquista; allí recibe la herida que causó su muerte pocos momentos despues. La co-

luna de ataque precedida de algunos tambores que batian marcha, arrojó de nuevo á los Piamonteses de las dos aldeas que ocupaban, pero al fin hubo de ceder ante fuerzas que sin cesar se renovaban, mientras que las reservas escalonadas por Lamoricière en el llano se habian desbandado á los primeros tiros. Así duró la batalla con diversas alternativas toda la mañana, hasta que desalojados los soldados pontificios de las posiciones que con tanta sangre conquistaran, y viendo el general Lamoricière la imposibilidad de restablecer la accion contra un enemigo tan superior en fuerza, en artillería y caballería, pasó á vanguardia para estrechar por última vez la mano al general Pimodan, y enseguida, con un supremo esfuerzo, se abrió paso á través de la línea enemiga, y con 45 caballos y 350 infantes tomó el camino de Ancona, á cuyas puertas llegó á las cinco y media de la tarde. Solo ellos quedaban del ejército que entrara en batalla aquella mañana; el resto se habia desbandado, ó se hallaba muerto ó prisionero. El enemigo satisfecho de su triunfo, y creyendo sin duda que en los viñedos y jardines situados entre el rio Musone y Loreto habia una reserva compuesta de tropas tan escogidas como las que le habian arrollado tantas veces, se detuvo al otro lado del rio y no persiguió á la coluna que se retiraba.

Al entrar en Ancona el general Lamoricière habia empezado ya el bombardeo de la ciudad por la parte del mar, continuando toda aquella noche y Cialdini, á quien no habia causado poca ni mucha sensacion el parte del duque de Granmont que se le habia comunicado, en cuanto él que habia estado en Chamberi sabia mejor que el embajador las intenciones de Napoleon, habia destacado ya algunos cuerpos que ocupaban las inmediaciones de la plaza. El bombardeo habia causado mas averías en el interior de la ciudad que en las obras defensivas; habíanse hundido varias casas; habian muerto dos niños y una mujer; un hombre habia perdido un brazo, y la guarnicion solo contaba cinco hombres fuera de combate. La artillería pontificia contestó con vigor al fuego del enemigo y sus proyectiles alcanzaron á algunos buques que se aproximaron á las baterías.

Las fortificaciones por la parte de tierra eran mucho mas sólidas que las obras de defensa por la parte del mar, en las cuales solo habian podido colocarse 25 piezas de calibre y alcance muy inferiores

á las del enemigo. En las primeras hallábanse en batería 194 cañones, 18 de los cuales eran de 36.

La escuadra continuaba el bombardeo causando grandes estragos en la poblacion, y los blancos del cordon de sitio llenáronse el dia 10 con la llegada de las columnas que habian combatido en Loreto. El dia 23 en especial fueron muchos habitantes víctimas de las bombas, pues coincidia en domingo y los sitiadores parecian dirigir su fuego contra las iglesias, atestadas de gente á causa de la solemnidad del dia.

El dia 24 empezó el fuego por la parte de tierra á unos 3000 metros de las murallas, sin resultados notables; algunos tiros bien dirigidos por los artilleros pontificios desmontaron las piezas de los sitiadores.

La guarnicion de la plaza contaba 4200 hombres, y ocupando la ciudad un perímetro de mas de 7000 metros, se comprenderá cuan insuficiente era para prolongar la resistencia luego que el ataque adquiriese formales proporciones.

«Notóse, dice con razon sobrada en su parte el general Lamoricière, que el prolongado bombardeo de Ancona no tenia siquiera el privilegio de atraer á los buques de las grandes potencias neutrales que de ordinario acuden en circunstancias como estas para protejer á los cónsules y á los súbditos de sus respectivos países, y tambien para ofrecer sus servicios á los habitantes que quieran apartarse de un campo de batalla en que la muerte les alcanza aunque sean espectadores inofensivos. Ocho dias hacia que se hacia fuego contra Ancona; los cañonazos se oian desde Venecia, la costa de Dalmacia y aun se dice que de Trieste; el telégrafo no permanecia inactivo; la Europa sabia lo que pasaba en nuestras murallas, y no vimos siquiera un buque neutral ó amigo que manifestase intenciones de comunicarse con nosotros.

Despues de haber tratado el ejército piamontés de establecer las trincheras á 300 metros de la plaza, de donde fué expulsado por la artillería de la guarnicion; despues de haber intentado sin mejor éxito la misma operacion á 600 metros, retiróse á una distancia de 1500, y dió principio á abrir la primera paralela á fin de emprender un sitio regular. El dia 28 de setiembre á pesar de un cañoneo y de

un bombardeo no interrumpidos durante diez dias, los Piamonteses no habian podido conseguir ventaja alguna, y ni una sola piedra habia caido de las fortificaciones.

El dia indicado, la escuadra enemiga compuesta de diez fragatas armadas con cañones rayados de 120 y de 80 tomó por fin el partido de acoderarse delante del puerto; el combate de artillería sostenido entre las 400 piezas de la escuadra y las 25 de la ciudad es una bella página de gloria para los artilleros pontificios. Solo dos cañones podian hacer fuego y aun continuaba la lucha; de los 200 artilleros apenas quedaban los suficientes para servirlos, y los heridos llevaban municiones. El teniente Wesmenthal, jefe de la última batería que aun hacia fuego, queria sepultarse bajo sus ruinas con el puñado de hombres que le quedaba, y cumplió su heróico propósito: la metralla enemiga le hirió mortalmente mientras apuntaba una pieza. Aquella desigual y gloriosa lucha duró mas de hora y media. Pronto empero habia de concluir: una granada enemiga penetró en la batería por una tronera, ensanchada por las balas, y explotando en un almacen de pólvora, hizo volar las obras de defensa; el muelle sufrió considerables averias, y habiendo venido abajo los muros que sostenian la cadena que cerraba el puerto, hallóse este completamente indefenso.

Además en el cuerpo de la plaza se habia abierto una brecha de 500 metros de anchura, de modo que por aquel lado no ofrecia la muralla obstáculo alguno al enemigo, quien podia desembarcar en el puerto y tomar la ciudad sin que bastase á impedirlo todo el valor de los sitiados. En semejante situacion el general Lamoricière mandó izar bandera blanca en la ciudadela y todos los fuertes hicieron lo mismo. Un oficial se dirigió al buque almirante para negociar la capitulacion y el fuego cesó por ambas partes.

Tocaba empero al Piamonte cuyo gobierno parece resuelto á abandonar la comunion de las naciones civilizadas, dar una nueva prueba de la barbarie, de la falta de fe y de honor con que se porta en sus operaciones de guerra. En tanto que se discutian las condiciones de la capitulacion, el ejército de tierra, resentido de que se le hubiese desalojado de las posiciones que habia querido ocupar, y de no haber hecho nada en cierto modo para contribuir á la toma

de la ciudad, volvió á romper el fuego en toda la línea. El bombardeo y los disparos de artillería duraron, desde las siete de la tarde del 28 hasta las ocho de la mañana siguiente, á pesar de haberse enviado parlamentarios, á pesar de los toques de alto el fuego, á pesar de haber saltado á tierra oficiales de la marina piamontesa, á pesar de la órden de volver á bordo dada por el almirante á sus marineros que habian desembarcado para servir una batería; á pesar en fin de un enérgico mensaje del almirante que no queria transigir con semejante infamia.

En todo aquel tiempo la plaza no disparó un solo cañonazo.

Por espacio de doce horas el ejército piamontés bombardeó á una ciudad indefensa que se habia ya rendido.

El dia siguiente 29, el general Lamoricière con su estado mayor se embarcó á bordo del buque almirante, y los Piamonteses entraron en Ancona.

CAPÍTULO VIII.

Garibaldi en Nápoles.—Formacion de un nuevo ministerio.—Excesos de los revolucionarios. —Llamamiento del rey á las armas.—Insurreccion realista.—Confusion entre los hombres del nuevo poder.—Garibaldi y el gobernador de Cápua.

Grande era la animacion que reinaba entre ciertas gentes el dia 7 de setiembre en la capital del reino de las Dos Sicilias. Todos los que hasta entonces se mostráran en ella mas ardientes *patriotas*, batian palmas por estar herida de muerte la santa independencia de su patria, y anhelaban tan solo el momento en que, apesar de su dictado de *hombres libres*, podrian pasar, como viles esclavos, á la dominacion de un príncipe extranjero.

Apenas el rey Francisco II habria dirigido su última mirada triste y benévola hácia aquella capital querida que las circunstancias le obligaban á abandonar, cuando el mas degradado de los Napolitanos, Liborio Romano, á la sazon ministro del interior, escribia á Garibaldi que la ciudad de Nápoles ardia en deseos de saludar al redentor de Italia, de confiarle las riendas del Estado, y con ellas, la direccion de sus propios destinos. Advertíale además que tenia á sus órdenes la guardia nacional, y que por lo mismo podia verificar su entrada en Nápoles, sin temor de que el órden fuese alterado en lo mas mínimo. Y como no desconocia aquel judas de la monarquía cuan efímero era su poder para asegurar que no se turbaria la tranquilidad al presentarse Garibaldi á las puertas de Nápoles, dió un ban-

do, en el que despues de hacer mil promesas al pueblo, acababa por suplicarle con su acostumbrado servilismo y bajeza, que se mostrase adicto y respetuoso con el libertador de Italia, en el momento de verificar este su entrada en la capital.

Garibaldi, que solo aguardaba la salida del rey Francisco II y la noticia de que podia sin peligro dirigirse á Nápoles, se dispuso á levantar sus tiendas tan pronto como recibió la carta de Liborio Romano y el aviso de los demás traidores que le prevenian haberse vencido ya todos los obstáculos que podian oponerse á la realizacion de sus deseos. Así las cosas, se dirigió el caudillo revolucionario con ánimo resuelto hácia la capital, donde sabia que en lugar del combate que precede siempre al triunfo de todo afortunado invasor, le aguardaba una semi-ovacion dispuesta ya de antemano por los miserables que, no contentos con vender á su rey y su patria, habrian vendido tambien su propia honra á haberla tenido. Al fin quedaron satisfechas por un dia todas las aspiraciones de los revolucionarios en Nápoles, por haber podido recibir en sus brazos al que en sus delirios patrióticos llamaban el héroe inmortal de Laresse, Palermo, Reggio, Calatafimi, Monteleone y Melazzo, al patriota ilustre y desinteresado, al intrépido Garibaldi, que á costa de los mas grandes sacrificios iba á procurar á la Italia su unidad y su dicha: tal fué el 7 de setiembre de 1860, triste dia de eterna memoria para los Napolitanos de todos los partidos.

Para atraerse Garibaldi parte del pueblo bajo napolitano, por lo general inclinado á la piedad, aparentó sentimientos religiosos, que ya antes, y sobre todo mas tarde, ha demostrado estar muy lejos de tener; hizo el mayor elogio de todo el clero napolitano, particularmente de los frailes y de algunos curas que dijo haber visto muchas veces á la cabeza de sus voluntarios en los momentos de mayor peligro; y se dirigió al templo de San Genaro, acompañado del ex-fraile Pantaleon Gavazzi, notable entre todos los garibaldinos por sus excesos y por su impiedad, á fin de dar gracias al Eterno por el señalado triunfo que habia concedido á las armas de la Revolucion. ¡Véase como tambien supo el neo-protestante imitar á los héroes católicos cuando lo creyó conveniente á sus fines!

Despues de haber proclamado Garibaldi en Nápoles *padre de la pa-*

tria al rey Victor Manuel, como verán luego nuestros lectores, se apoderó en su nombre de los ochenta y cinco millones de francos que dejó el rey Francisco II al partir en las arcas del tesoro. Ya verémos mas tarde en qué empleó el regenerador aquella enorme cantidad, y cuales fueron las ventajas que reportó su inversion al país que á tanta costa acababa de adquirir un nuevo padre.

Garibaldi, que por experiencia propia, es uno de los hombres que mas debe conocer á los traidores, separó inmediatamente á todos los ministros constitucionales de Francisco II; únicamente Liborio, que lo era del interior, fué exceptuado de aquella disposicion por sus *relevantes servicios*. Hé aquí los nombres de los que formaron el nuevo gabinete que iba á presidir los destinos de aquella nacion sin ventura: Liborio Romano, para el interior; Enrique Cosentz, para guerra; José Pisanelli, para justicia; Carlos de Cesare, para hacienda y José Arditi, para policía. Fué nombrado además subsecretario del ministerio de la guerra, el teniente coronel Guillermo De Sauget.

Nada importaba que los hombres que formaban aquel ministerio, fuesen en su mayor parte oscuros y de ningun conocimiento, si se habian entregado al usurpador en cuerpo y alma, y debian por lo tanto ser en todo sus dóciles instrumentos. Además, habian combatido por la causa de la Revolucion, y nada mas justo que pagarles con una cartera sus heroicos servicios despues del triunfo. Dificilmente, para dicha de la humanidad, volverá á ofrecer la historia el escándalo de ver con tanta rapidez á miserables aventureros convertidos en ministros.

La misma conducta observó el lugar-teniente de Victor Manuel con todos los empleos de los demás ramos; nada le importaba que los Napolitanos que estaban á su frente los hubiesen desempeñado bien y fielmente durante muchos años; nada que faltando á su deber, hubiesen contribuido con mas ó menos empeño al triunfo del nuevo órden de cosas: lo mismo que en Sicilia, debian verse separados de sus destinos para que pasasen á ocupar sus puestos los Piamonteses que acudian á aquel objeto en tropel, y los hombres de todos los países que habian formado parte de la expedicion cosmopolita que queria á todo trance regenerar á la Italia meridional. ¡Qué ejemplo para

los pueblos que creen aun en el desinterés y en el amor fraternal que les profesan los revolucionarios!

Las únicas tropas reales que habian quedado en Nápoles, eran el regimiento de marina, encargado de la custodia del Palacio Real, y el noveno de línea para guardar los fuertes de la plaza. A las pocas horas de su llegada á Nápoles, tuvo Garibaldi una entrevista con los jefes del rejimiento de marina, que no tardaron en ponerse de acuerdo con él, merced á las anteriores relaciones que habian mediado entre ellos y los emisarios que trabajaban en Nápoles por cuenta del usurpador. Aquellos jefes y oficiales eran ya de los que se reunian mucho tiempo antes cada noche en la embajada sarda, teniendo por objeto sus reuniones, presididas por el general Nunciante, ponerse de acuerdo con el marqués de Villamarina, embajador del Piamonte, acerca de los medios que debian emplearse para asegurar el éxito de la usurpacion que ya entonces se fraguaba, y que tantas desgracias habia de costar al infeliz reino de las Dos Sicilias. Nada pues mas natural que léjos de sellar con su sangre los juramentos prestados, se entregasen aquellos jefes cobardemente al invasor, y llevasen su impudencia hasta el punto de proponer á sus soldados que abrazasen el partido de los enemigos de su patria. Pero los soldados, que no participaban de los bajos sentimientos de sus indignos jefes, por no haberse extinguido en su pecho el amor que profesaban á su país y á su monarca, prefirieron volverse á sus casas antes que unirse á las turbas miserables que iban á arrebatarles tan caros objetos.

La tropa de línea que defendia la fortaleza se negó á entregarla al jefe invasor, y solo consintió en cederla á la guardia nacional, cuando vió que era imposible toda resistencia; cumpliendo de este modo la órden que habia recibido anteriormente del gobierno del Rey. Por último, se permitió á la guarnicion de la fortaleza salir con armas y bagajes para dirigirse á Cápua. En aquel mismo dia empezó ya á ondear la bandera piamontesa en el puerto y en las fortalezas.

Al ver Garibaldi el entusiasmo con que era recibido por los *camorristi*, creyó sin duda que iban á unírsele todos los Napolitanos, y no pudiendo contener por mas tiempo el patriótico ardor que le abrasaba, dirigió al pueblo la siguiente proclama:

«Con el respeto y el amor mas profundos me presento á ese noble é imponente centro de los pueblos italianos, al que muchos siglos de tiranía no han podido humillar ni reducir á que suplique de rodillas ante el despotismo.

«La primera necesidad de la Italia era la concordia para lograr la unidad de la gran familia italiana; hoy ha hecho la Providencia que se lleve á cabo la concordia con la sublime unanimidad de todas las provincias en favor de la reconstitucion nacional; para esa unidad apeló nuestro país á Victor Manuel, á quien desde este momento podemos llamar el verdadero padre de la patria italiana.

«Victor Manuel, modelo de soberanos, inculcará á sus descendientes su deber para la prosperidad de un pueblo que le eligió con frenética adhesion para capitanearlo.

«Los sacerdotes italianos, convencidos de su mision, como garantía del respeto con que serán tratados, tienen el arrojo, el patriotismo, el continente verdaderamente cristiano de sus numerosos hermanos, á quienes, desde los beneméritos monges de la Guancia hasta los generosos sacerdotes del continente napolitano, hemos visto á la cabeza de nuestros soldados, desafiando los mayores peligros de las batallas. Lo repito, la concordia es la primera necesidad de la Italia. Así pues, á los disidentes de otros tiempos que ahora quieran sinceramente llevar su piedra al edificio patrio, les acojeremos como hermanos.

«En fin, respetando la casa agena, queremos ser dueños en la nuestra, ya sea que plazca ó no á los tiranos de la tierra.

«J. Garibaldi.»

Luego dió el dictador general un decreto, mandando que todos los buques de guerra y mercantes que perteneciesen al reino de las Dos Sicilias, arsenales, y material de marina, quedasen agregados á la escuadra del rey de Italia, Victor Manuel, mandada por el almirante Persano.

La Revolucion empezaba á cumplir ya sus promesas en la capital del reino de las Dos Sicilias: véase de que modo trataban los aventureros al pueblo que con tan ciega confianza acababa de abrirles sus puertas. Para darle una prueba de la libertad completa que

intentaban procurarle, obligaban los garibaldinos, ó lo que es lo mismo, todos los hombres perdidos de Nápoles, á dar vivas á su caudillo á cuantas personas recorrian las calles, distribuyendo en abundancia los palos entre las que no se resolvian en seguida á satisfacer su exigencia. Dos ó tres hombres de corazon que se negaron resueltamente á gritar: ¡Viva Garibaldi! ¡Muera Francisco II! fueron bárbaramente asesinados por aquellos *regeneradores* de la Italia meridional. ¡Que dicha y que libertad ofrecen siempre á los pueblos esos hombres de *ideas avanzadas*, que pretenden sacarles de su esclavitud, ignorancia y miseria!

Aquellos desahogos patrióticos, unidos á las disposiciones poco tranquilizadoras de Garibaldi, promovieron en Nápoles una emigracion espantosa que desde entonces ha ido cada dia en aumento. Casi todas las familias ricas salieron de Nápoles y de los demás pueblos de la Península para dirigirse á Viena, París y particularmente á Roma, por mas que no se las ocultase cual seria la suerte de las propiedades y las rentas que se veian obligadas á abandonar para poner en salvo sus vidas.

Despues de haber adoptado Garibaldi todas las medidas que creyó oportunas para asegurar el nuevo gobierno que acababa de constituir en Nápoles, se dirigió á Palermo para destituir al prodictador Depretis, partidario ardiente de Cavour, y nombrar á Mordini que era en un todo su hechura, con lo que logró calmar un tanto la agitacion y rivalidad que reinaban entre sus partidarios y los cavouristas. Al propio tiempo escribia el titulado dictador al abogado Brusco, residente en Génova, que no solo no estaba de acuerdo con Cavour, sino que prometia bajo su palabra no reconciliarse nunca con el hombre funesto que habia humillado la dignidad nacional y vendido una provincia italiana. Semejante promesa, como todas las que antes y despues ha hecho el *inmortal caudillo*, hizo asomar en nuestros lábios la sonrisa del desprecio, porque ya sabíamos el modo con que la habia de cumplir. Asimismo ofreció entonces no proclamar la union del reino itálico hasta que hubiese logrado apoderarse de la ciudad de Roma, y todo el mundo sabe cual fué despues su conducta.

Los contínuos excesos de los revolucionarios, excitaron al pueblo napolitano hasta el punto de obligarle, no obstante su apatía, á le-

vantarse en algunos puntos en defensa de su soberano y de su independencia; tambien los soldados que se habian visto entregados al enemigo por sus pérfidos jefes, empezaron á desertar de las filas de Garibaldi para ir á agruparse de nuevo bajo la bandera verdaderamente nacional, que con ánimo resuelto acababa el jóven Rey de desplegar al viento en Gaeta. Hé aquí la proclama que dirigió llamando á las armas al pueblo y al ejército el intrépido monarca que en su desgracia supo demostrar al mundo que aun corria por sus venas la noble y generosa sangre de Enrique IV.

«Soldados: Tiempo es ya de que se oiga en vuestras filas la voz de vuestro soberano, de este soberano que ha crecido en medio de vosotros, y que despues de haberos consagrado todos sus cuidados, concluye por compartir vuestros peligros y vuestras desgracias.

«Los que, ilusos ó seducidos, han sumido el reino en las calamidades y el duelo, no están ya entre nosotros. Yo soy quien viene á hacer un llamamiento á vuestro honor, á vuestra fidelidad, para que borreis la afrenta de la cobardía, la infamia de la traicion, por una serie de gloriosos combates y de nobles empresas.

«Somos todavía en bastante número para contrarestar y acometer á un enemigo que no combate con otras armas que con las de la seduccion y del engaño. Hasta ahora he querido ahorrar á muchas ciudades, y sobre todo á la capital, la efusion de sangre y los horrores del combate; mas traidos ahora á las riberas del Volturno y del Garellano, ¿querríamos añadir nuevas humillaciones á nuestra condicion de soldados? ¿Permitiréis que vuestro soberano caiga de su trono por culpa vuestra, y os abandone á una eterna infamia? ¡No, no, jamás!

«En este momento supremo, nos agruparemos todos en derredor de nuestras banderas para defender nuestros derechos, nuestro honor y el nombre napolitano, harto envilecido ya; y si todavía hay seductores que os vuelvan á enseñar el ejemplo de los desgraciados que se pasaron vilmente al enemigo, vosotros no seguireis mas que el de los valientes y animosos soldados que se adhirieron y siguieron la fortuna de su rey Fernando III, mereciendo los elogios de todos, y los beneficios y la gratitud del mismo monarca.

«Que este bello ejemplo de lealtad sea para vosotros un motivo de

generosa emulacion; y si el Dios de los ejércitos protege nuestra causa, podeis tambien esperar lo que por una conducta diferente nunca podríais obtener.

«Gaeta 8 de setiembre de 1860.»

«Hasta ahora he querido ahorrar á muchas ciudades, y sobre todo á la capital la efusion de sangre y los horrores del combate;» hé ahí palabras que no eran falaces como las de Garibaldi, palabras que habian sido justificadas por los hechos que las precedieron, y que solo pueden ser cumplidas, segun la experiencia ha demostrado siempre, por el soberano que ame á sus pueblos como un verdadero padre.

El jóven Francisco II, que al decir de sus enemigos era un odioso tirano , y que llegó á ser considerado por sus mismos partidarios como un monarca débil y cobarde que se arredraba ante la tempestad revolucionaria formada sobre su cabeza, fué, conforme lo acreditó despues, un *tirano* que prefirió descender del trono antes que hacer derramar la sangre de sus súbditos, un rey *cobarde* que expuso gloriosamente su vida en la línea de batalla, sin que le excediere en valor ninguno de sus soldados. Hemos alcanzado desgraciadamente unos tiempos en que se dá el nombre de debilidad ó de torpeza á la bondad del corazon: por esto se vió el rey Francisco II calumniado con tanta injusticia por sus mismos partidarios, por esto hemos visto casi desiertos los palacios de los Borbones cuando ha llamado á sus puertas el hacha de la Revolucion.

Cada dia, desde el llamamiento del rey, se mostró el pueblo napolitano mas dispuesto y resuelto á sacudir el yugo despótico y brutal impuesto por sus bárbaros opresores. La ciudad de Caserta quedó casi enteramente desierta, pasando casi todos sus moradores á refugiarse en la de Cápua; cada vez eran mas numerosas las insurrecciones que se verificaban al grito de ¡Viva el Rey! A este grito mágico se alzó tambien en gran parte la provincia de Avelino, á la que en vano mandó Garibaldi algunas fuerzas para sofocar el movimiento realista: fueron sus batallones derrotados en todos los encuentros; todos los habitantes de Ariana se sublevaron tambien como un solo hombre, y estaban dispuestos á defender hasta la muerte al gobierno legítimo de

sus antiguos reyes y su nacionalidad tan traidoramente hollada. El pueblo de San Antonio, y otras dos poblaciones situadas á corta distancia de Nápoles, atacaron á la guardia nacional, logrando apoderarse de casi todas sus armas; y hasta en la misma capital, eran pocas las noches en que no fuesen algunos garibaldinos muertos por el pueblo, que se exasperaba hasta al furor en vista de sus excesos. Todo el ejército real iba reuniéndose entre Cápua, Gaeta y Aresa donde seguia reorganizándose, y ascendia ya á mas de cuarenta mil hombres.

El fraile apóstata Pantaleon Gavazzi, seguia entretanto predicando al pueblo en la plaza real de Nápoles, vistiendo el orador blusa encarnada enteramente igual á la de Garibaldi y sus voluntarios: en todos sus sermones empezaba casi siempre el orador *patriota* por maldecir á los Borbones, al Papa y al arzobispo de Nápoles; luego aseguraba que la Italia daria la libertad al mundo oprimido; felicitaba á los traidores por el *noble empeño* con que habian sabido llevar á cabo su *obra regeneradora*; acusaba al clero de haber abusado horriblemente del confesonario, y despues de haber apostrofado á los que pasaban el tiempo orando, aconsejaba á las madres que en lugar de instruir á sus hijos en los principios de nuestra religion, les enseñasen á manejar un fusil, para que pudiesen defender en breve lo que él llamaba la unidad santa de la Italia. Excitados de este modo los malos instintos del populacho por aquel apostol de la impiedad, no es extraño se entregára cada dia á los mas grandes excesos; ni aun las armas de la legacion sajona fueron respetadas, por no haber parado la chusma hasta derribarlas á los gritos de ¡Mueran los Tudescos! Aquel insulto, que en otras circunstancias habria producido quizás un conflicto, por el agravio inferido á una parte de la Confederacion germánica, pasó entonces desapercibido, por no haber salido aun la Europa del estupor incomprensible en que la tiene sumida tanta barbarie.

La actividad de Francisco II aumentaba en proporcion del peligro; así que, no es extraño que fuese tambien mayor el entusiasmo que se notaba en el campo realista; se habia logrado ya contener el ímpetu de los revolucionarios, y aunque distaba mucho de ser esto un triunfo, permitia sin embargo augurar que podian las armas reales hasta to-

mar la ofensiva con probabilidades de buen éxito. Dió el rey una segunda proclama, en la que despues de encargar al ejército una ciega obediencia á sus jefes, y recordarle la gloria inmarcesible que habia conquistado la guarnicion de Mesina con su valor y heroica constancia, le comunicaba que se habia puesto á su frente, y que estaba resuelto á morir en defensa de sus sagrados derechos y de la patria comun.

Todo iba entretanto en Nápoles de mal en peor, puesto que el desórden y la anarquía iban siempre en aumento. Tres eran los gobiernos revolucionarios que imperaban á la vez en aquel desgraciado país, á saber: el del dictador, el de los gobernadores de las provincias y el del ministerio. Habia además tres clases de empleados: los creados por Bertani, los conservadores que lo eran por el pérfido Liborio Romano y los nombrados por los otros pro-dictadores. Por su parte el gobierno de la Basilicata nombraba á su antojo numerosos magistrados que enviaba de contínuo al ministerio de justicia, diciendo: «Ved si podeis utilizarlos, que aquí no sirven para nada; os los mando despues de haber elegido otros que me parecen mas á propósito para desempeñar los cargos que ellos desempeñaban.» Tambien el gobernador de Reggio destituyó á todos los empleados nombrados por los mismos prodictadores, escribiendo al ministerio: «Acabo de proveer todos los empleos que esos hombres habian desempeñado hasta aquí.» Lo propio hacian todos los gobernadores de las demás provincias. ¿Habráse visto nunca mayor autonomía que la que reinaba entre los desunidos *unitarios* que acababan de apoderarse en Nápoles de las riendas del gobierno?

Fijas tenia Garibaldi sus miradas en la plaza fuerte de Cápua, pero como no carecia esta de todas las municiones necesarias de boca y guerra, contaba con una guarnicion regular, y podia ser además fácilmente socorrida por el ejército real que se hallaba en sus inmediaciones, conoció el dictador que le era de todo punto imposible el tomarla á viva fuerza. Y como por otra parte le exigian tambien sus *sentimientos humanitarios* evitar en cuanto le fuese dable la efusion de sangre, puso en juego á este laudable objeto su acostumbrada táctica, consistente, como saben ya nuestros lectores, en apelar á la traicion y á la perfidia de los cobardes que no se atrevia á vencer en

franca lucha. A este fin hizo proposiciones tan ventajosas al gobernador de Cápua, que no creyó este, como buen patriota y partidario ardiente de la unidad italiana, deber despreciarlas, sobre todo cuando ya tantos otros le habian precedido en el triste camino de la deshonra y de la deslealtad.

Convinieron pues Garibaldi y el gobernador de la plaza en que al presentarse las fuerzas revolucionarias delante de Cápua, la atacasen por el punto que indicó el traidor, seguros de que no serian hostilizadas por la artillería, por haberlo prometido así bajo su palabra los que servian las piezas que debian defenderle. Con esta seguridad, dispuso Garibaldi que marchase la division del general Liber sobre Cápua, cuya plaza debia atacar inmediatamente por el punto que le indicaba con todo el arrojo y bizarría que habian demostrado siempre las valientes tropas de su mando.

El dictador, que tan afortunado habia sido hasta allí en esta clase de empresas, para él, segun algunos, tan gloriosas, ni una sola vez siquiera sospechó que pudiesen entonces fracasar sus planes; así que, se contaba ya dueño de la fortaleza que tanto necesitaba para llevar la guerra á las orillas del Volturno. Pero hubo un soldado fiel que fué iniciado en el secreto, y que reveló á los jefes la traicion infame, urdida por Garibaldi y el gobernador de la plaza. Dióse parte inmediatamente al rey que no habia salido aun de Gaeta, y que se dirigió á Cápua aquel mismo dia; pero temiendo el traidor que se hubiese descubierto su infamia, se pasó al campo enemigo.

El 19 de setiembre se presentó Liber con dos divisiones frente á Cápua, cuya plaza atacó desde luego con una decision que habria sido verdaderamente heróica, á no estar antes seguro de que no se le habia de oponer gran resistencia. Tal era la certeza que tenian los garibaldinos de no verse hostilizados, sobre todo por la artillería, que era la que mas estragos podia causar en sus filas, que formados en masa se lanzaron al asalto, siendo el punto de ataque el que les indicara su caudillo.

Léjos empero de dejar de ofenderles la artillería y de desbandarse las tropas de la guarnicion, conforme lo prometiera el cobarde que vendió por treinta mil ducados la plaza que le fué confiada, se les recibió con una lluvia de metralla que diezmó en pocos momentos

sus fuerzas. El desórden mas completo cundió desde luego entre aquellos batallones, vencedores tan solo mientras pelearon con cobardes ó traidores que no quisieron oponerles resistencia, vencidos siempre que tuvieron que habérselas con tropas que no faltasen al cumplimiento de su deber. Habia á la sazon en Cápua los generales Cutrofiano, Bosco y el conde de Caserta, todos ellos jefes entendidos honrados y valientes, en los que nada podia la seduccion para hacerles faltar al juramento que prestaran de defender hasta la muerte á su país y á su legítimo soberano; no podia por lo tanto ser dudosa la victoria.

Al ver el estrago espantoso que causó entre los garibaldinos el fuego mortífero de la plaza, y sobre todo, el desórden completo que empezó luego á cundir en sus filas, hicieron las tropas reales, protegidas por artillería y caballería una salida impetuosa que acabó de desbandar enteramente los batallones enemigos. Horrorosa fué entonces la carnicería: todo el campo quedó en un instante cubierto de cadáveres; vencedores y vencidos en confusion terrible fueron hasta muy léjos de la ciudad, sin duda para no ofrecer á su vista todo el horror de aquel sangriento espectáculo. Perdieron los garibaldinos aquel dia mas de tres mil quinientos hombres entre muertos y heridos, sin contar los cuatrocientos prisioneros que les hicieron las tropas reales.

Es innegable que las fuerzas de Liber no habrian sufrido tan completa derrota á haber podido al principio luchar como lucharon despues en el campo con las tropas reales, porque eran infinitamente superiores en número; pero como ya les habia hecho el fuego de la plaza sufrir grandes pérdidas, y estaban dispersos muchos de sus batallones cuando las tropas napolitanas verificaron su salida, no pudieron resistir el ímpetu de su ataque y acabaron de dispersarse enteramente.

¡Bien podian los garibaldinos consolarse de aquella derrota por mas completa que fuese, cuando fué causada por la traicion que les valió la conquista de un reino!

CAPITULO IX.

Sale Garibaldi de Nápoles.—Empieza la guerra con ardor en el Volturno.—Combate y toma de Cajazzio.—Nuevo ataque contra Cápua.—Batalla de Caserta.—Situacion de Nápoles.—Proyectos del gobierno sardo.

Furioso Garibaldi al recibir la noticia del descalabro que habian sufrido sus batallones junto á Cápua, salió de Nápoles el 22 de setiembre con todas las fuerzas que pudo reunir, dirigiéndose hácia aquella ciudad, que pocas horas antes contaba habria caido ya en poder de sus tropas. Las fuerzas de que podia disponer al llegar á las inmediaciones de Cápua, ascendian á unos veinte mil hombres: era su intencion dar nuevo impulso á la guerra en las orillas del Volturno.

Despues de la señalada victoria que alcanzaron las tropas reales frente á los muros de Cápua, resolvió tambien el rey de Nápoles por su parte atacar á los invasores, cualquiera que fuese la posicion que ocupasen; así es que, no podian de modo alguno tardar los dos ejércitos en hallarse frente á frente. Las tropas napolitanas habian abandonado casi del todo la línea del Volturno por acudir á la defensa de Cápua tan pronto como recibieron la noticia de que iba aquella plaza á verse atacada; lo que hizo que las huestes del dictador pudiesen apoderarse sin experimentar resistencia alguna, de la ventajosísima posicion de Cajazzio, que debia hacerles dueños de la orilla derecha del rio, caso de que lograsen conservarla.

El primer cuidado del rey Francisco II fué recobrar la poblacion de Cajazzio que ocupaban los garibaldinos desde el dia anterior, á cuyo objeto se puso al frente de su ejército, y marchó contra la ciudad que tan en breve iba á pasar otra vez al dominio de su soberano. Los que en nuestros dias tanto se empeñan en desacreditar á los Borbones, que en su ciega parcialidad llegan hasta el punto de negar que sean hombres de accion, habrian podido ver aquel dia á un rey jóven de esa ilustre familia tan injustamente odiada, por los revolucionarios de todas las naciones, como guiaba al combate á sus soldados con todo el acierto, prudencia y serenidad del mas acreditado general. Sin embargo, no somos nosotros de los que creemos que hubiese podido aquel acto de Francisco II interesar á su favor en lo mas mínimo á los enemigos irreconciliables de su dinastía y de su nombre; al contrario, creemos que solo habria contribuido á excitar mas su furor contra él. Véase sino, el modo con que supieron los revolucionarios respetar su desgracia durante la injusta lucha que le obligó á descender del trono: mientras siguió el rey Francisco II los pérfidos consejos del Piamonte, mas bien para evitar los horrores de la guerra, que por la confianza que le inspirase su cobarde aliado, fué un rey débil; cuando trató de defender sus sagrados derechos y los intereses y la paz de sus súbditos, fué, al decir de los autónomos, un déspota que sacrificaba inutilmente sus tropas en aras de su ambicion desmedida. Nosotros empero, que no sentimos odio por Francisco II, y sí únicamente la simpatía que inspira la desgracia, diremos que fué un gran rey antes y despues de desenvainar su espada.

Las tropas, que por primera vez veian al monarca á su frente, dispuesto á compartir con ellas la gloria y los peligros, marchaban al combate con un ardor no visto; no habia soldado en el ejército realista que no hubiese derramado gustoso su sangre en defensa de la noble causa que iba á defender.

Al llegar el pequeño ejército real á la vista de la poblacion de Cajazzio, dispuso el rey fuese esta atacada por las tropas del general Ritucci, las cuales en medio de un nutrido fuego de artillería y fusilería, lograron desalojar á los rebeldes de la posicion que ocupaban, causándoles pérdidas enormes.

Las nuevas fuerzas con que se presentó Garibaldi en los alrededores de Cápua, hicieron que se empeñase la lucha con nuevo encarnizamiento; el mismo dia en que tomaron los realistas á Cajazzo, posicion importantísima, sin la cual les era imposible tomar la ofensiva, hubo tambien otro reñido encuentro en el monte de San Angelo, que dió por resultado la completa derrota de los batallones garibaldinos que le defendian. Al objeto de enterrar los muertos pidieron los invasores al rey tres dias de armisticio; pero como conociese Francisco II, que solo trataban sus enemigos de parapetarse en toda la línea que ocupaban durante aquel plazo, no quiso concederles mas que 24 horas, tiempo suficiente para dar sepultura á los que habian perecido.

El caudillo revolucionario, que no habia podido olvidar la derrota que sufrieron sus tropas delante de Cápua, cuando tan facilmente creia apoderarse de ella, trató de tomarla á viva fuerza ya que le habia sido imposible hacerlo por medio de la traicion y la perfidia. A este fin dispuso la reunion de todas sus fuerzas, é intentó dar un nuevo asalto á la plaza, no sin arengar antes á sus voluntarios, encargándoles que procurasen vengar á aquellos de sus hermanos que habian perecido pocos dias antes junto á sus muros en defensa de la nacionalidad y la dicha de Italia. Dióse despues la órden de ataque, pero apenas se disponian á cumplirla los voluntarios, rompió la plaza contra ellos un fuego tan certero y vivo, que obligó á retirar á las primeras columnas que marchaban al asalto. La desesperacion de Garibaldi al ver la fuga de sus voluntarios pasó todos los límites; llamóles miserables, cobardes, indignos de pertenecer al partido *noble y leal que tan generosamente se sacrificaba por la suerte de sus hermanos*; pero como viese que ni aun esto bastaba á contener la dispersion, dió órden á la retaguardia de dar muerte á cuantos volviesen la espalda.

Todas las fuerzas á la vez marcharon entonces contra la plaza que redobló sus fuegos: por tres veces se vieron los garibaldinos obligados á retirar, y otras tantas volvieron, despues de haber logrado rehacerse un tanto, á emprender el ataque; por último, no pudiendo resistir ya mas el estrago que hacia en sus filas la artillería de los sitiados, se desbandaron las columnas de voluntarios, sin que bas-

tasen ya á contenerlas ni los gritos ni las amenazas de sus jefes. La mortandad fué horrible, el número de los heridos incalculable; preciso fué en Nápoles echar mano de todos los coches particulares y de alquiler para que pudiesen ser trasladados á aquella capital; todos los hospitales y muchísimas casas de la ciudad quedaron en dos dias atestados de heridos.

Hubo luego en la línea del Volturno otros varios combates durante los últimos dias del mes de setiembre, en los que fué la suerte de las armas igualmente contraria á los invasores. Todo indicaba que la causa de la justicia iba á triunfar al fin de sus enemigos, por mas que contasen estos con la proteccion de las diferentes naciones interesadas en sostener la rebelion en Italia.

Ya no se contentaban los revolucionarios en Nápoles con entregarse en el misterio y la sombra á los actos mas vandálicos; ya no bastaba que fuesen los hombres oscuros y perdidos los únicos que se dedicasen impunemente al crímen, sino que convenia á sus miras hacer la apoteósis de ese mismo crímen endiosando al criminal, para que pudiese encontrar imitadores en todas las clases de la sociedad napolitana. Entonces, como ahora, creíamos que podian los revolucionarios en las Dos Sicilias entregarse libremente á todos los excesos; pero nunca habríamos creido que su caudillo, el *inmortal* Garibaldi, ese *patricio ilustre*, á quien algunos impíos delirantes han llegado á comparar con Jesucristo y con el arcangel Gabriel, llevase su horroroso cinismo hasta el punto de declarar mártir glorioso de la patria al miserable Agesilao Milano, solo por haber osado atentar contra la vida de su rey Fernando II. Para que no crean nuestros lectores que llevados de la justa indignacion que nos causan los hechos que venimos narrando, hayamos tratado de aumentarlos, lean el siguiente

DECRETO.

«ITALIA Y VICTOR MANUEL.

Garibaldi, dictador de la Italia meridional:

Considerando que el país tiene por SAGRADA LA MEMORIA de Agesilao Milano, que con UN HEROISMO SIN IGUAL se inmoló en el altar de la patria, para libertarla del TIRANO que la oprimia.

Decreto:

Artículo 1.° Se concede una pension de treinta ducados mensuales á Magdalena Russo, madre de Milano, durante toda su vida, y á contar desde el 1.° de octubre próximo.

Art. 2.° Se concede una dote de 2000 ducados á cada una de las hermanas de Milano.»

Todo indicaba que no tardaria en darse una batalla decisiva; los dos ejércitos estaban frente á frente, y animados del mismo deseo de medir sus armas; por mas que hubiesen perdido los garibaldinos los últimos combates, y particularmente el de Santa María, habian recibido considerables refuerzos que les ponian en el caso de tentar nuevamente fortuna. Por último, las tropas Reales tomaron la ofensiva, alentadas por la presencia de su soberano y por los continuos triunfos obtenidos en la línea del Volturno.

Mandó el Rey al general Ritucci que practicase un reconocimiento hácia Santa María, San Angelo y Maddaloni, tanto para poder juzgar de las fuerzas garibaldinas que ocupaban aquellas fuertes posiciones, como para apoderarse de ellas en el caso de que no encontrase obstinada resistencia. Hé ahí el modo con que dispuso Francisco II las tropas que debian secundar á su general durante el reconocimiento: formó tres columnas, la primera mandada por el general Won-Mechel, compuesta de tres batallones de carabineros, y de algunos mas de infantería de línea, con su correspondiente artillería y caballería, y debia formar el ala dizquierda del ejército, y dirigirse hácia Dugento y Maddaloni, á fin de observar al enemigo por aquella parte.

Formaban la segunda columna los batallones de cazadores mandados por el mariscal de campo Afan de Rivera, y las dos brigadas que mandaban el general Barbalonga y el coronel Polizzi, la cual debia reconocer el pueblo de San Angelo. Y por último, los regimientos de la Guardia, los batallones de tiradores y algunas compañías de los regimientos 9.° y 10.° de línea, mandados por el general Tabachi; componian la tercera columna que debia marchar de frente sobre Santa María á fin de impedir que el ejército contrario hostilizára al general Won-Mechel.

Al poco tiempo de haber emprendido las tropas Reales su marcha en el órden expuesto en la mañana del dia 1.° de octubre, se rompió el fuego en toda la línea que intentaban reconocer; sobre todo en el

ala izquierda del ejército Real, era aquel cada vez mas nutrido por estar los garibaldinos parapetados en todas las principales posiciones de la extensa línea de montaña que debió reconocer. Nada empero bastó á contener el arrojo de la columna de cazadores que habia en aquel flanco, la cual cargando bizarramente á la bayoneta no paró hasta ocupar la inexpugnable posicion de San Angelo, apoderándose de las cuatro ó seis piezas de artillería que la defendian, y haciendo mas de seiscientos prisioneros. Elogiar debidamente el valor de aquellas tropas que en menos de media hora habian logrado arrojar de sus ventajosas posiciones á un enemigo tenaz y superior en número, es de todo punto imposible; solo podemos decir que jefes y oficiales, sargentos y soldados de todas armas nada dejaron que desear, todos se portaron como bravos en presencia del jóven rey, que acababa de compartir con ellos los peligros y la gloria.

La columna destinada á marchar sobre Santa María emprendió asimismo el ataque, durante el cual algunas compañías de tiradores y del 9.° y 10.° de línea, se apoderaron con un arrojo imponderable de los primeros parapetos enemigos, apesar del fuego de muchas baterías. SS. AA. RR. los condes de Caserta y de Trápani marchaban al frente de esta columna, reanimando con su ejemplo el valor de las tropas en todas las ocasiones de mayor peligro. En el ala derecha de la línea, cargó el brigadier Sergardi con dos escuadrones de lanceros, algunas compañías de zapadores y una batería, con cuyas solas fuerzas desalojó al enemigo de sus posiciones sin parar hasta arrojarle del pueblo fortificado de San Támaro, despues de haberle hecho muchos prisioneros y tomádole una bandera.

Posesionado el general Colonna de la orilla derecha del Volturno, impidió al enemigo el paso del rio en Trifrisco, donde se presentó con fuerzas imponentes que fueron rechazadas hasta el bosque de San Vito, logrando los valientes cazadores napolitanos dispersar algunas veces parte de la retaguardia garibaldina en su retirada. Serian como las tres de la tarde cuando se acabó de reconocer la extensa línea de defensa que ocupaban las fuerzas revolucionarias; como las tropas reales creian haber logrado ya el objeto que se proponian, dióse la órden de que volviesen á entrar nuevamente en la plaza, lo que verificaron sin verse hostilizados mas que por algunas guerrillas

que fueron en su mayor parte acuchilladas por un escuadron de carabineros de á caballo, mandado por el coronel Puzzo.

Veamos ahora lo que hizo el grueso del ejército napolitano mientras las tres columnas antes citadas reconocian la línea enemiga y tomaban á viva fuerza las ventajosas posiciones de San Angelo, Santa María y San Támaro. Ocupaba Sirtori la ciudad de Caserta, posicion importantísima que era considerada como la principal base de operaciones, conforme lo demuestra el haber dirigido contra ella el ejército real sus principales fuerzas. Fué tal el ímpetu con que se arrojaron las tropas napolitanas sobre aquella ciudad defendida por Sirtori, que no pudiendo ese jefe garibaldino resistirlas, se vió obligado á abandonarla, por no caer prisionero con toda la division de su mando. El desórden y la confusion cundieron de tal modo en las filas de los voluntarios italianos al verse atacados, que se dispersaron sus batallones completamente, pudiéndose calificar su retirada de vergonzosa fuga. Particularmente los calabreses se desbandaron ya á los primeros tiros, sin que fuese posible á sus jefes reorganizarles ni mucho menos hacerles volver al combate en todo el dia. Solo á mucha distancia de la ciudad, logró Sirtori poder formar parte de sus tropas en batalla y sostenerse por algun tiempo en la nueva posicion que ocupara.

En su apurada situacion, pidió refuerzos á Garibaldi y á Cosenz; pero ninguno de ellos pudo procurárselos porque á su vez se veian tambien atacados y vencidos: la suerte de las armas se mostraba contraria á los revolucionarios en todos los puntos de la línea. No debia sin embargo Sirtori perder aun la esperanza, sobre todo habiendo en Nápoles la division piamontesa que, en vista de los acontecimientos habia mandado allí el gobierno sardo *para que protegiese los intereses de sus súbditos residentes en aquella capital*, y teniendo á su disposicion los artilleros del navío inglés *Renown* para servir sus piezas de artillería durante la batalla. Con efecto ¿podia el conspirador Villamarina, digno representante del usurpador en Nápoles, contemplar indiferente la derrota de los aventureros que por medio del engaño, la traicion y la vileza iban á conquistar un trono para el Rey su amo? ¿Y podia Inglaterra dejar de observar á su modo el principio de *no intervencion*, cuando de no hacerlo iba á perder para siempre las

inmensas ventajas que debia aquél reportarle? ¿Qué era una iniquidad mas ó menos cuando se habian cometido ya tantas?

Arrojado Sirtori de las diferentes posiciones que ocupara, á pesar del poderoso auxilio prestado en las dos últimas por la marina Real británica, no le quedaba otro medio que el de entregarse á discrecion ó morir combatiendo, cuando la repentina llegada de la division piamontesa reanimó el valor de sus voluntarios y le permitió tomar la ofensiva. Todas sus cargas empero fueron rechazadas; llegó la noche, sin que las tropas napolitanas hubiesen perdido ni un solo palmo de terreno; solo entonces se retiraron estas á Caserta. La pérdida que experimentaron los garibaldinos segun su propia confesion, pasó de 3600 hombres.

Como lo hemos dicho ya, completa fué la victoria que alcanzaron aquel dia las armas Reales en los campos de Caserta, San Angelo, Santa María y San Támaro: sentimos únicamente que no sacase de ella el ejército napolitano todo el partido posible. Veamos las nobles palabras que dirigió Francisco II á sus soldados antes de la anterior batalla, y que tan bien revelan la magnanimidad de su corazon.

«Como Rey y como soldado os digo que el valor y el arrojo degeneran casi siempre esa feroz brutalidad, cuando no las guia la virtud y el sentimiento religioso. Sed pues todos generosos despues de la victoria; respetad á los heridos y prisioneros que no pueden combatir, imitando así el noble ejemplo que hoy os ha dado el 14.° de cazadores. Recordad que las casas y propiedades que ocupeis militarmente son el hogar y el apoyo de muchos de los que combaten en vuestras filas, y que debeis ser además compasivos para con sus infelices y pacíficos habitantes, que ninguna culpa tienen en la presente calamidad. Obrad de este modo si quereis que desde lo alto bendiga Dios nuestras armas, y sea nuestra la victoria.» ¡Hé ahí el lenguaje de aquel á quién se obstinan los revolucionarios en pintarnos como el mayor de todos los tiranos!

Diose el 29 de octubre una nueva batalla que dió por resultado el tener que abandonar los realistas la ciudad de Caserta, por no haber podido fortificarse en ella durante la sola noche, que lograron ocuparla; esta gran ventaja alcanzada por los revolucionarios fué debida á

los ocho mil piamonteses que tomaron parte en la lucha conculcando así abiertamente por órden de su Rey todos los derechos conocidos, y faltando á todas las leyes de la justicia y del honor.

Era tan importante para los realistas la posesion de Caserta, que habrian logrado á poder conservarla impedir la reunion de las fuerzas garibaldinas, en cuyo caso habria sido inevitable su derrota. Pero el Piamonte, que previó la triste suerte que esperaba á Garibaldi desde el momento en que tuviese que medir sus armas con las de un ejército valiente y leal, prefirió arrojar su máscara á renunciar á un trono tan alevosamente usurpado.

Los temores de que el Rey volveria á apoderarse de su capital, llevaba á los revolucionarios desconcertados; todos los partidarios del antiguo sistema se veian públicamente insultados, sin que ni hasta en sus propias casas se viesen libres de la persecucion de los demagogos, cuyo brutal furor subiera de punto desde que dió Garibaldi sus funestos decretos. Véase el despacho que en vista de los mismos dirigió el Rey Francisco II á los representantes de las potencias estrangeras por conducto de su ministro Casella:

«Continuando el curso de sus usurpaciones inauditas, el general Garibaldi, despues de su entrada en la ciudad de Nápoles, ha publicado entre otras disposiciones, tres decretos sobre los cuales el infrascrito ministro de la guerra, encargado interinamente de la cartera de negocios extranjeros, tiene el honor de llamar, por órden de su augusto soberano, la atencion de V. E. enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de S. M.

«Uno de esos decretos, fecha de 7 de setiembre, contiene testualmente las siguientes palabras: «Todos los buques de guerra ó mercantes, pertenecientes al Estado de las Dos Sicilias, los arsenales y el material de guerra quedan agregados á la escuadra del Rey de Italia, Victor Manuel, mandada por el almirante Persano.»

«Los otros dos decretos, fecha del 9, están concebidos en estos términos: «Todos los actos de la autoridad pública y de la administracion de justicia serán emanados é intitulados en nombre de S. M. Victor Manuel Rey de Italia. Los sellos del Estado en las administraciones públicas y sobre los negocios públicos llevarán las armas de la casa real de Saboya con la inscripcion de Victor Manuel, Rey de Italia.»

«Cuando al principiar la expedicion que hace cuatro meses contempla la Europa, estupefacta pero impasible, pedia el gabinete de Nápoles explicaciones al gobierno piamontés, el conde de Cavour respondia á nomdre de S. M. sarda, que esos atentados contra el derecho de gentes se cometian contra sus órdenes, y declaraba expresamente que el general Garibaldi, al usurpar el pabellon de Cerdeña y el nombre de Victor Manuel, cometia un acto de manifiesta usurpacion.

«A pesar de estas declaraciones explícitas, las empresas de piratería continuaban preparándose en el territorio piamontés. Desde el 6 de mayo hasta el presente, mas de 25000 hombres, buques, vapores y hasta artillería, han salido públicamente de los puertos de Génova, Liorna y Cagliari. Oficiales del ejército sardo, miembros del parlamento de Turin venian á dirigir las operaciones militares y políticas del *condottiero* de la invasion. Numerosos comités obraban sin misterio, así en Turin como en Génova, para provocar y sostener la insurreccion en nuestro territorio.

«La fuerza extrangera se combinaba con la revolucion interior, excitada poderosamente por aquel apoyo. La ocupacion de Sicilia y la invasion de una parte del continente napolitano, fueron las consecuencias forzosas de la inconcebible tolerancia del Piamonte, sobre todo despues de la declaracion de 26 de mayo del conde de Cavour.

«En tanto que los puertos sardos servian de asilo inviolable á esa escandalosa piratería; en tanto que la bandera del Piamonte cubria expedicionarios, fortalezas y buques, las relaciones de los gabinetes de Turin y Nápoles eran pacíficas, y un ministro del Rey de Cerdeña acreditado cerca de S. M. aseguraba todos los dias y hasta el último momento al soberano de las Dos Sicilias, de las disposiciones amistosas de su Rey. Conciliador el Rey mi amo hasta el último momento, deseoso de evitar nuevos conflictos á la Italia y apoyándose en su derecho incontestable esperaba rechazar la invasion y terminar la guerra, sin añadir á las dificultades interiores las cuestiones internacionales. Pero las cosas han llegado á tal punto, que es preciso apelar á la razon, á la justicia y al interés mas legítimo de Europa.

«Las bandas organizadas en los puertos de un Estado amigo han ocupado una parte considerable de este reino y la capital.

«La Revolucion no precedia á su marcha, pero la secundaba y la

seguia. El jefe de la invasion, asumiendo la dictadura, regala la armada napolitana á aquel soberano, la pone bajo las órdenes de su almirante, manda que se administre justicia en su nombre, y se atribuye todos los títulos de la soberanía en una antigua monarquía, que constituida por tratados solemnes, forma parte de los Estados independientes de Europa.

«El infrascrito, protestando de la manera mas formal y mas explícita en nombre de su augusto amo contra esos actos de usurpacion y violencia, cree de su deber llamar la atencion de S. E... sobre el nuevo derecho público, que semejantes actos tienden á establecer en la Europa civilizada. El gobierno de S. M. espera todavía que el Rey de Cerdeña se apresurará á rechazar con la indignacion que conviene á su lealtad, el donativo, ofensivo para su honor, de la armada y del territorio de un soberano amigo, donativo hecho por un hombre á quien él mismo ha tratado de usurpador.

«El gobierno de S. M. cree que en vista de los desastres y de los males causados por la excesiva é inexplicable tolerancia del gobierno sardo, no permitirá ya el Rey de Cerdeña que su nombre y su pabellon sirvan á la invasion de un Estado pacífico, á la efusion de sangre inocente y á la violacion de los tratados que constituyen el derecho público europeo.

«Tampoco dejará de protestar contra ese nuevo título de Rey de Italia, proclamado por el general Garibaldi, título que hace suponer la destruccion de todo derecho reconocido y la completa absorcion de los Estados independientes que quedan todavía en la península.

«En todo caso, el gobierno de S. M. siciliana protesta de nuevo contra los decretos del general Garibaldi, declarándoles nulos, de ningun efecto, é ilegítimos; nulas é ilegítimas sus consecuencias, apelando á la justicia de Europa contra una conducta que trasforma el Mediterráneo, mar de la civilizacion y del comercio, en un campo abierto á la piratería, y deja á una nacion todo el provecho de una conquista sin la responsabilidad y los peligros de la guerra.

«El infrascrito ruega á V. E. que ponga esta comunicacion en conocimiento de su gobierno, y aprovecha con placer esta ocasion de renovarle la seguridad de su consideracion mas distinguida.

«FRANCISCO CASELLA.»

Y no obstante el despacho trascrito, en el que se revela en toda la relacion de los hechos y sus apreciaciones la verdad, tan clara como la luz del dia, continuaron las potencias en su funesta impasibilidad, y permitió Victor Manuel que le ciñera aquel á quien el mismo daba el nombre de usurpador, una corona que solo podia aceptar, faltando á todos los deberes como Rey y como hombre!

Mazzini, el jefe de los autónomos italianos, aquel, á cuya voz se levantan mil puñales para dar muerte alevosa á cuantos le sirvan de obstàculo, ya ocupen un trono, ya pertenezcan á la mas ínfima clase, quiso ir á aumentar con su presencia la *dicha* de que gozaba el pueblo de Nápoles, y á dar las instrucciones necesarias á sus adeptos para que pudiesen dar mas pronto cima á la *regeneracion* de la patria comun. Como Garibaldi pertenecia tambien á aquel número antes de que se convirtiese en dispensador de coronas, ahogó Mazzini todo resentimiento que pudiese haber causado en él aquella transformacion, y solo vió en el dictador al antiguo amigo que habia jurado odio eterno á los tronos, á la propiedad, al órden, y como tal, fué á estrecharle la mano.

No podia ser mas oportuna la ocasion para la entrevista de los dos amigos: acababa de recibir Garibaldi una carta de Victor Manuel, en que le decia que en vista de los últimos acontecimientos creia necesario hacer ocupar por sus tropas el reino de las Dos Sicilias, encargándole al propio tiempo que hiciese todo lo posible para que pudiese él cuanto antes realizar su proyecto. Los apuros en que se veia Garibaldi, desde que tomó el ejército Real la ofensiva, hicieron que acogiese al principio con entusiasmo la resolucion de Victor Manuel; pero vió despues á Mazzini, y pensó ya de distinto modo. Así que, limitóse Garibaldi a contestar á su Rey, que consideraba aun prematura la ocupacion del reino, y que con tal que se le mandasen algunas nuevas fuerzas podria continuar ventajosamente la guerra. Los dos antiguos camaradas se habian puesto de acuerdo.

Alentados los demagogos napolitanos por la presencia de Mazzini, se entregaron con nuevo furor á sus actos vandálicos contra todas las personas conocidas por sus opiniones realistas; los robos y los asesinatos fueron mas frecuentes á medida que iban aumentando los *vivas á la libertad* y á la *independencia italiana*; hasta el mismo go-

bierno, si así puede llamarse, llegó á temblar ante aquellás furiosas bandas de asesinos.

Al ministerio de que formaba parte el indigno Romano, habia sucedido otro, presidido por Conforti, quien, como todos sus demás compañeros de gabinete, pertenecia al partido maziniano; y sin embargo hasta el nuevo presidente llegó á verse amenazado por el puñal de sus mismos partidarios, el dia en que aparentó querer reprimir el furor brutal de los que solo llevaban por lema en su bandera el esterminio y la muerte: ¡quien hubiera dicho algunos meses antes que habia de ser la hermosa ciudad de Nápoles teatro de tan sangrientas escenas! ¡Hé ahí lo que produjo en aquel infortunado reino la caida de un Borbon! ¡Quiera Dios que escarmentando con su ejemplo, sepan los demás pueblos respetar á los pocos Borbones que les quedan!

No habia ya ningun peligro y por esto se mostraba orgulloso el Piamonte con sus injustas invasiones. Véase, sino la proclama que dirigió el Rey Victor Manuel á su escuadra despues de los tristes acontecimientos ocurridos en Ancona.

«Soldados de la marina: Habeis merecido bien del Rey de la patria. Vuestras proezas ante los muros de Ancona son dignos de los herederos de las glorias de Pisa, de Venecia y de Génova.

Soldados: La nacion os contempla con orgullo, y vuestro Rey os dá las gracias. Son grandes los destinos de la marina napolitana.

VICTOR MANUEL.»

Insiguiendo tambien el ministerio piamontés el triste ejemplo de su Rey, presentó al parlamento un proyecto de ley al objeto de que las Cámaras autorizaran al gobierno para aceptar la anexion de las provincias italianas emancipadas que, interrogadas por el sufragio universal, declarasen su voluntad de formar parte de la gran familia de pueblos ya reunidos bajo el cetro de Victor Manuel. Añadia luego el gobierno que para que no fuese objeto de discusion la forma del voto, seria la misma que se habia adoptado ya en la Emilia y la Toscana. Nada mas natural: ya que eran iguales esas usurpaciones, iguales debian ser tambien los medios empleados para llevarlas á cabo. Tambien proponia el gobierno piamontés que debian ser la anexiones

incondicionales, so pretesto de que á no ser así, podrian algunas provincias italianas imponer su voluntad á otras provincias ya constituidas, creando de este modo obstáculos á la organizacion futura de la gran nacion italiana, sin lograr mas que introducir un funesto gérmen de antagonismo y de discordia. Hay algunos, se decia, cuyo amor á la patria y adhesion al Rey no son dudosos, que creen que no debia verificarse la anexion hasta que se hubiese resuelto del todo la cuestion de Roma y de Venecia; pero, en concepto de Cavour, podia producir aquella opinion, funestísimas consecuencias. ¿Porque, decia, tener á Nápoles y Sicilia en una situacion anormal? Solo un motivo puede alegarse en pro de esta opinion: el de ayudar á la Revolucion á completar la emancipacion de Italia.

Tampoco, segun aquel proyecto de ley, podian la Revolucion y el gobierno constitucional coexistir por mucho tiempo en Italia, sin que produjera su dualismo un conflicto que podia ser muy funesto á la causa piamontesa. Y finalmente, despues de un larguísimo preámbulo, en el que hacia gala el ministerio sardo de servir con el mayor desinterés á un príncipe *generoso* y *sin ambicion*, acababa por decir á las Cámaras que, cualquiera que fuese su deliberacion, la aceptaria con espíritu tranquilo, por haber dedicado constantemente todos sus esfuerzos á la gran obra de convertir á la Italia en una monarquia constitucional bajo el cetro de Victor Manuel.

Imposible parece que haya hombres que lleven su descaro hasta el punto de gloriarse de una falta que será siempre su eterno baldon. Contaba aun la causa de la justicia en Nápoles con numerosos y ardientes defensores que tenian á su frente un Rey valiente y decidido á morir, si preciso era, en defensa de sus sagrados derechos; empezaba el pueblo napolitano á salir de su estupor y á disponerse á reparar una falta que le costaba su dicha, su reposo; y sin embargo habia ya unos cuantos hombres funestos que trataban de *anexarse*, como se dice hoy dia que muchas cosas han cambiado su nombre, aquel trabajado país de las Dos Sicilias, por estar convencidos de la ineficacia de los nobles esfuerzos que se hacian por conservarle su honor y su independencia.

CAPITULO X.

Último acto de la farsa representada en Turin.—Comunicacion del conde de Cavour al embajador napolitano.—Nuevos principios de derecho público.—Protesta del embajador.—Manifiesto del rey de Cerdeña.—Reaccion en las Dos Sicilias.—Anarquia en el reino.—Mazzini y Pallavicino.

La farsa tocaba á su término y habia llegado el momento en que habia de arrojarse completamente la máscara. El conde de Cavour, hombre que para todo encuentra medio y el único quizás en Europa que puede imperturbable apoyar con su firma las mayores infamias, dirigió al embajador napolitano, el baron Winspeare, que continuaba aun en Turin, la siguiente comunicacion:

«Señor baron: Los acontecimientos que han tenido lugar en Nápoles durante estos últimos meses han determinado ya al gobierno del Rey á enviar allí buques de guerra para la proteccion de los súbditos sardos. Desde entonces acá la situacion ha venido empeorando. Francisco II ha abandonado su capital, con lo cual, á los ojos de la poblacion, ha abdicado su trono. La guerra civil que devora á los Estados napolitanos y la falta de un gobierno regular ponen en gran peligro los principios sobre los cuales está basado el órden social.

«En esta coyuntura, los ciudadanos y las autoridades del reino de Nápoles han dirigido á S. M. el Rey Victor Manuel peticiones apoyadas por numerosas firmas, implorando el auxilio del Soberano al

cual la Providencia ha confiado la tarea de pacificar la Italia y de reconstituirla.

«Como consecuencia de los deberes que le impone esta mision, el Rey, mi augusto señor, ha ordenado que vaya á Nápoles un cuerpo de ejército. Esta medida que pondrá fin á un estado de cosas que podria degenerar en anarquía, será beneficiosa á la Italia y á la Europa, evitando el que haya mayor efusion de sangre.

«Aprovecho esta ocasion para ofrecer á V. E., etc.

«Cavour.»

Soberbio derecho público era el proclamado en Turin! Se promueve una sedicion en la capital de un Estado cualquiera; por medio de un soberano extranjero se ruega y aconseja al infortunado príncipe que no se obstine en defender con la fuerza sus derechos, que mejor serán conservados íntegros é ilesos por otros medios, y luego se declara que habiendo salido el príncipe de su capital y habiendo abandonado así su reino á la anarquía, el Estado se hace *nullius*, ó por mejor decir de quien sepa hacerse con un centenar de perdidos que vociferen y decreten en nombre del pueblo. Quien sienta horror por semejante teoría, oiga al célebre Cavour decir en pleno parlamento, aludiendo á la villanía cometida contra las tropas de la Santa Sede: «Convengo en que los medios empleados no fueron los regulares; mas la santidad de la empresa lo justifica todo!»

Recibido aquel singular documento, otra prueba del cinismo de los prohombres de la Revolucion, el baron Winspeare habia de contestar algo y partir, é hizo lo primero el dia 7 de octubre con la siguiente carta:

«Exmo. Sr.:

«La ocupacion del reino de las Dos Sicilias por las tropas piamontesas, de la cual tuve noticia por la comunicacion de V. E. de fecha de ayer, constituye un hecho tan abiertamente contrario á los principios todos de derecho y de justicia, que creo inútil detenerme en demostrar su ilegalidad. Los acontecimientos que han precedido á la invasion y los vínculos de amistad y parentesco, tan íntimos como antiguos, que existian entre las dos coronas, la hacen tan extraordi-

naria y nueva en la historia de las naciones modernas, que el ánimo generoso del rey, mi augusto señor, no acertaba á creerla posible. En efecto, en la protesta que el general Casella, su ministro de negocios extranjeros, dirigia en 16 del pasado desde Gaeta á los representantes de las potencias amigas, se dice terminantemente que S. M. estaba convencido de que S. M. sarda no daria jamás su sancion á los actos usurpadores verificados en la capital de las Dos Sicilias bajo la égida de su real nombre. Considero tambien como supérfluo manifestar á V. E. que esta solemne protesta, unida á las distintas proclamas de mi augusto soberano y á los heróicos esfuerzos hechos bajo los muros de Cápua y de Gaeta, destruyen de un modo incontestable el singular argumento de la abdicacion de hecho de S. M. que con gran sorpresa leí en la mencionada comunicacion de V. E.

«La anarquía ha triunfado en los Estados de S. M. siciliana á consecuencia de una revolucion invasora, cuyos desórdenes fueron por todos previstos desde el primer momento, y á la cual el rey, mi señor, proponia hace mucho tiempo aunque en vano á S. M. el rey de Cerdeña, oponer un dique de comun acuerdo á fin de que no llegase con sus excesos á poner en peligro la verdadera libertad é independencia de la Italia. En esta hora suprema, en que un Estado que cuenta 10 millones de almas defiende con las armas en la mano los últimos baluartes de su histórica autonomía, seria empresa vana investigar quien ha fomentado esta revolucion hasta convertirla en coloso y hacerle fácil la realizacion de cuantos trastornos proyectara. La Providencia divina, cuyo santo nombre ha invocado V. E., pronunciará dentro de poco su decision en el combate supremo, pero sea esta cual fuere, es seguro que la bendicion del cielo no descenderá sobre aquellos que están prontos á violar los grandes principios de todo órden social y moral, presentándose como ejecutores de un mandato divino.

«La conciencia pública al verse libre del tiránico yugo de las pasiones políticas, determinará la verdadera índole de una empresa usurpadora inaugurada con la astucia y terminada con la violencia. La benévola acogida que he merecido de este pueblo generoso y leal, y de la cual conservaré siempre un recuerdo vivo en mi corazon,

me impide extenderme mas en la severa reprobacion de los actos realizados por el gobierno de S. M. sarda: pero V. E. comprenderá las razones que hacen ya incompatible mi permanencia en Turin con la dignidad del rey, mi augusto señor, y con los usos internacionales. Por lo tanto, protestando solemnemente contra la ocupacion militar indicada y contra cualquiera usurpacion de los sagrados derechos de S. M. el rey de las Dos Sicilias, emprendida ó que se emprenda; reservando además al rey Francisco II, mi augusto señor, el libre ejercicio del poder soberano que le corresponde para oponerse con cuantos medios crea oportunos á tan injustas agresiones y usurpaciones, lo mismo que para verificar los actos públicos y solemnes que estime mas útiles á la defensa de su real corona, me dispongo á abandonar esta capital, luego que haya puesto en órden algunos asuntos particulares de S. M. relativos á la herencia de su augusta madre de santa memoria. Antes de partir, tendré el honor de presentar á V. E. el señor De Martini, quien quedará meramente encargado de trasmitir las comunicaciones que el gobierno del rey, mi señor, creyese mas tarde conveniente dirigir al gobierno de S. M. sarda.

«Permitidme, señor conde, despedirme de V. E. dándole gracias por los actos de deferencia que ha tenido á bien usar conmigo en nuestras relaciones personales, y reciba etc.

«Baron WINSPEARE.»

La farsa, repetimos, llegaba á su término. Garibaldi podia estar plenamente convencido por argumentos que no admitian réplica de que jamás llegaria por sí solo á apoderarse de Cápua y de Gaeta, y por otra parte Cavour y Farini comprendian á las mil maravillas que dilatando sus planes algunos dias mas podia la empresa comun sufrir un golpe fatal. En efecto, alentadas las tropas con las victorias alcanzadas y con la presencia del rey, podian de un momento á otro hacer un supremo esfuerzo, dispersar á la canalla que les impedia el paso y volver á Nápoles donde sin duda habrian sido recibidas con transportes de entusiasmo por la mayoría de los habitantes. Por esto el *invencible caudillo* aceptó de buen grado el ofrecimiento fraternal de Cialdini de pasar las fronteras napolitanas con 25 mil hombres,

y Cavour que se apuraba en vano para encontrar un pretexto que dar á la empresa, acudió á la razon que todo lo salva y justifica de algun tiempo á esta parte; dijo que lo hacia porque contaba con fuerza para ello, y presentó á la firma de su *galantuomo* el siguiente manifiesto.

«En este momento solemne para la historia nacional y para los destinos de los italianos, me dirijo á vosotros, pueblos de la Italia meridional, quienes despues de haber cambiado en mi nombre vuestro estado de cosas, me enviais vuestras diputaciones compuestas de hombres procedentes de todas las clases de la sociedad, magistrados, diputados de los consejos municipales, para pedirme el restablecimiento del órden, de la libertad entre vosotros y vuestra union á mi reino.

«Quiero haceros conocer cual es el pensamiento que me guia y cuales son los deberes que me impone mi conciencia si la Providencia me coloca en el trono de Italia. He subido al trono despues de grandes desastres. Mi padre me dió un bello ejemplo renunciando á la corona para salvar su dignidad y la libertad de sus pueblos. Carlos Alberto cayó con las armas en la mano y murió en el destierro. Su muerte ha ligado cada dia mas los destinos de mi familia á los del pueblo italiano, que hace muchos siglos deja en todos los países extranjeros las cenizas de sus desterrados queriendo reivindicar la herencia que ha dado Dios á las naciones á quienes ha colocado dentro de unas mismas fronteras y que hablan una misma lengua. En cuanto á mí, he seguido este ejemplo, y el recuerdo de mi padre fué siempre mi estrella tutelar.

«Entre la corona y la palabra empeñada, la eleccion no era dudosa para mí. He asegurado la libertad en tiempos poco favorables para ella, y al obrar así he querido que la libertad echase profundas raices en las costumbres de los pueblos; no he vacilado en hacerlo porque era una cosa grata á la nacion. A pesar de la libertad dada al Piamonte, la herencia que mi augusto padre ha legado á todos los italianos, ha sido respetada religiosamente. Con la libertad en la representacion, con la instruccion del pueblo y con las grandes obras públicas, con la libertad de la industria y del comercio, he procurado acrecentar el bienestar de mi pueblo.

«Quiero que se respete la religion católica, al mismo tiempo que se deje á cada cual la libertad de conciencia, y que la autoridad civil resista abiertamente á esa faccion obstinada y provocadora que se dice la sola amiga y tutora de los tronos, pero que pretende en nombre de Dios mandar á los reyes é interponer entre el príncipe y el pueblo la barrera de su intolerancia apasionada. Este sistema de gobierno debia producir su efecto en el resto de Italia.

«La concordia entre el príncipe y el pueblo, la independencia nacional, la libertad civil y política, la libertad de la tribuna y de la prensa, y el ejército que acaba de resucitar las tradiciones militares de la Italia bajo la bandera tricolor, han hecho del Piamonte el porta estandarte y el brazo de la Península.

«La fuerza de mi gobierno no es resultado de una política encubierta, sino de la influencia de las ideas y de la opinion pública. De esta manera he podido mantener en la parte del pueblo italiano reunido bajo mi cetro, el pensamiento de una hegemonía nacional de donde debia nacer la union para las provincias divididas en una sola nacion.

«La Italia se ha manifestado á la altura de mi pensamiento cuando ha visto marchar á mis soldados á los campos de Crimea al lado de los soldados de las dos grandes potencias occidentales. He querido adquirir para la Italia el derecho de tomar parte en los actos y en todo lo que concierne á los intereses de la Europa.

«En el congreso de París, mis enviados pudieron hacer oir por la primera vez vuestros gritos de dolor á la Europa, y se demostró que la preponderancia del Austria en Italia era perjudicial al equilibrio europeo, y cuales eran los peligros que corria la independencia y la libertad del Piamonte, si el resto de la Italia no se veia libre de las influencias extranjeras.

«Mi magnánimo aliado el emperador Napoleon III comprendió que la causa italiana era digna de la gran nacion que gobierna, y los nuevos destinos de nuestra patria fueron inaugurados por una guerra justa. Los soldados italianos combatieron heróicamente al lado de las legiones invencibles de la Francia. Los voluntarios enviados por todas las provincias y por todas las familias italianas bajo la bandera de

la cruz de Saboya, demostraron que toda la Italia me habia otorgado el derecho de hablar y de combatir en su nombre.

«Razones de Estado pusieron fin á la guerra, pero no á sus efectos, que se explican por la inflexible lógica de los acontecimientos y de los pueblos.

«Si hubiese poseido la ambicion que se atribuye á mi familia, la cual consiste en no hacer mas que lo que aconsejan los tiempos, me hubiese contentado con la adquisicion de la Lombardía; pero no he derramado la sangre preciosa de mis soldados por mí, sino por la Italia.

«Habia llamado á las armas á los italianos, y algunas provincias italianas habian cambiado su gobierno para cooperar á la guerra de la independencia que sus soberanos rechazaban. Desde la paz de Villafranca, estas provincias han pedido mi proteccion contra la restauracion de sus antiguos gobiernos. Si los hechos que han ocurrido en la Italia central eran la consecuencia de la guerra á que invitamos á los pueblos, si el sistema de intervencion extranjera debia ser abandonado para siempre en Italia, correspondíame reconocer á esos pueblos y apoyarles en el derecho de manifestar libre y legalmente sus votos.

«Retiré mi gobierno, y ellos se nombraron uno regular; retiré mis tropas, y ellos organizaron fuerzas que, protegidas por la concordia y por todas las virtudes cívicas, han llegado á tal grado de fuerza y de reputacion que no podrian ser vencidas sino por las armas extranjeras.

«Gracias al buen sentido de la Italia central, la idea monárquica robustecióse de una manera permanente, y la monarquía ha moderado moralmente el movimiento pacífico popular.

«Así es que la Italia ha adquirido mayor estimacion de las naciones civilizadas, y ha demostrado á la Europa que los italianos eran aptos para gobernarse á sí mismos.

«Al aceptar la anexion sabia las dificultades europeas con que iba á tropezar; pero no podia faltar á la palabra dada á los italianos en la proclama de guerra. Los que me acusan de imprudencia en Europa, júzguenme con ánimo tranquilo. ¿Qué hubiera sido, qué seria de la Italia el dia en que la monarquía fuese impotente para satisfacer las necesidades de la reconstitucion nacional?

«Por lo que toca á las anexiones, si el movimiento nacional no ha cambiado en sustancia, ha tomado formas nuevas. Al aceptar estas nobles y bellas provincias el derecho popular, debia por una parte reconocer lealmente la aplicacion de este principio; no me era permitido medirlo en la proporcion de mis afecciones y de mis intereses particulares. En virtud de este principio, he hecho para el bien de Italia el sacrificio mas costoso para mi corazon, renunciando á dos nobles provincias del reino de mis abuelos.

«He dado continuamente á los príncipes italianos que han querido ser enemigos mios consejos sinceros, resuelto si eran vanos á prevenir el peligro que su ceguedad hacia correr á los tronos y á aceptar la voluntad de Italia.

«En vano habia ofrecido la alianza al gran duque antes de la guerra, y habia ofrecido al Soberano Pontífice, en el cual venero al jefe de la religion de mis antepasados y de mis pueblos, asumir despues de firmada la paz el vicariato para la Umbría y las Marcas.

«Era evidente que estas provincias sostenidas por la única cooperacion de mercenarios extranjeros, tarde ó temprano hubieran llegado á la revolucion, no obteniendo la garantía del gobierno civil que proponia. No recordaré los consejos dados durante algunos años al rey Fernando de Nápoles por las potencias. Los fallos que se hicieron en el congreso de París sobre su gobierno, preparaban naturalmente á los pueblos á cambiarlo si llegaban á ser ilusorias las quejas de la opinion pública y los pasos de la diplomacia. Ofrecí la alianza á su sucesor para la guerra de la independencia, y en este punto encontré tambien los ánimos rebeldes á todo afecto italiano y las inteligencias cegadas por la pasion.

«Era muy natural que los acontecimientos de la Italia septentrional y central sublevasen mas ó menos los ánimos en la Italia meridional. En Sicilia estalló esta efervescencia de los ánimos con una rebelion abierta; y se combatia en ese país por la libertad cuando un esforzado guerrero, adicto á la Italia y á mí, el general Garibaldi, acudió en su auxilio. Eran italianos, y no podia ni debia contenerlos. La caida del gobierno de Nápoles confirmó lo que sabia mi corazon, esto es; lo necesario que es á los reyes el amor y á los gobiernos el aprecio de los pueblos. El nuevo régimen se inauguró en las Dos Si-

cilias en mi nombre; pero algunos actos dieron motivo para temer que no fuese bien interpretada esta política representada por mi nombre, y toda la Italia temió que, á la sombra de una gloriosa popularidad y de una probidad antigua intentase resucitar una fraccion pronta á sacrificar el próximo triunfo nacional á las quimeras de su ambicioso fanatismo.

«Todos los italianos se dirigieron á mí para que conjurase este peligro, y era mi deber hacerlo, porque en el estado actual de las cosas no hubiera sido moderacion y prudencia, sino debilidad é imprudencia, no tomar con mano firme la direccion del movimiento nacional, de que soy responsable ante la Europa. He hecho entrar á mis soldados en las Marcas y en la Umbría dispersando esa turba de gentes de todos los países y todas las lenguas que allí se habia reunido, nueva y extraña forma de intervencion extranjera y la peor de todas. Habiendo proclamado la Italia de los italianos, no permitiré jamás que la Italia se convierta en nido de las sectas cosmopolitas que se dan en ella cita para tramar los planes de la reaccion ó de la demagogía universal.

«Pueblos de la Italia meridional: mis tropas avanzan entre vosotros para consolidar el órden; no vengo á imponeros mi voluntad, sino á hacer respetar la vuestra. Podreis en breve manifestarla. La Providencia que proteje las causas justas, os inspirará el voto que depondreis en la urna. Sea cual fuere la gravedad de los acontecimientos, espero con tranquilidad el juicio de la Europa civilizada y el de la historia, porque tengo la conviccion de que cumplo con mis deberes de rey y de italiano. Acaso mi política no será inútil para reconciliar en Europa el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquías. Sé que pongo un término en Italia á la era de las revoluciones.

«Dado en Ancona á 9 de octubre de 1860.

«VICTOR MANUEL.—FARINI.»

La presente historia no es lugar á propósito para poner en evidencia los absurdos principios, las falsedades de hecho, la perversidad del nuevo derecho público y las fatales consecuencias que de lo sentado en este inesplicable documento se derivan. Victor Manuel prestó

un gran servicio á la causa de la justicia declarando de una vez sus pensamientos, sus principios; por fin habló el caballero, el *galantuomo*, y ha podido conocer su respeto á la fé jurada, su lealtad así en la paz como en la guerra. Observaremos únicamente que la razon con que se pretende justificar la usurpacion de los Estados de la Santa Sede, esto es, que el Papa se negó á aceptar el propuesto *Vicariato* de las Marcas y la Umbría, equivale á decir: El Papa no quiso contentarse con que le arrebatase yo sus Estados dejándole un mero nombre y un título ficticio, luego suya es la culpa si se los tomo ahora por fuerza. Quién no se indignará al leer los groseros epitetos con que el rey califica á los héroes del ejército pontificio? Quien ultraja á los vencidos cúbrese á sí mismo de ignominia. Hasta los periódicos italianos mas conocidos por sus ideas unitarias solo tuvieron palabras de reprobacion para aquel monstruoso documento, y el *Diritto*, bien inspirado esta vez, dice: «El lenguage airado y provocador que en el manifiesto se usa no conviene á la dignidad real. Jamás ha de abusarse de cosa alguna ni de las armas diplomáticas, pues los excesos todos acaban por redundar en daño de aquel que los comete.»

Del manifiesto real se infiere que el reino de las Dos Sicilias suspiraba por obtener el honor de convertirse en piamontés bajo el gobieno de Cavour, y esto es completamente inexacto. Los sucesos posteriores, la prensa toda de Europa han ilustrado este punto y en el dia no es posible ya la menor duda. Tres facciones se agitaban en el reino: la primera y la mas insignificante, se componia de los republicanos partidarios de Mazzini, y era tan poco numerosa que el *Diritto*, diario garibaldino, afirmó que sus miembros con dificultad llegaban á diez; sin embargo, pocos ó muchos no querrian de seguro á Cavour y comparsa. Formaban la segunda los liberales que deseaban la autonomía napolitana, y á estos ninguna falta hacia Victor Manuel; la tercera se componia de aquellos que vendieron al Piamonte su persona y sus ideas políticas, y esta era tan escasa que además de contar con el apoyo de los aventureros de todos los países que seguian á Garibaldi, hubo de reclamar el apoyo del ejército regular sardo para no verse esterminada. La inmensa mayoría del verdadero pueblo que como en todas partes no pertenecia á faccion alguna de-

terminada, estaba por el órden y la dinastía legítima, y es positivo que si hubiese podido obrar y hubiese contado con medios para ello, habria entonces y aun ahora limpiado en poco tiempo el reino de tanto ambicioso y malvado como lo infestaba. Es esto tan cierto como que aun estando el país bajo el terrorífico reinado de los soldados garibaldinos, dió el paisanage en mil distintos puntos la señal de la reaccion. En Avellino, en Ariano, en Isernia, en Monteodorisio, en Gissi, en S. Buono, en la provincia de Aquila, en Tagliacozzo, en Rocca di Mezzo, en Civitanova, en Carovilli, en Pietrobbondante, en Pescalociano, en Chianei, y en otras varias ciudades y aldeas lanzáronse los habitantes al campo armados con escopetas, hoces, palos, y al santo grito de patria y rey, atacaron á los invasores. En muchos puntos arrollaron á los extranjeros, mas no se hizo esperar la represion: numerosas columnas de garibaldinos y bersaglieri piamonteses salidos de la capital se derramaron por el país incendiando las poblaciones, talando los campos, y fusilando á cuantos prisioneros caian en sus manos. Por via de muestra véase el siguiente bando publicado en el *Diario oficial*:

«El ciudadano que tome las armas para oponerse de cualquier modo que sea al movimiento italiano, será declarado enemigo de la patria, y como á tal condenado á ser pasado por las armas.

«Una comision militar permanente procederá sin pérdida de momento y por la via sumaria al castigo de los culpables.»

El parte dado por el jefe encargado de sofocar la reaccion en Ariano concluia con estas palabras: «Los traidores presos ascienden á 154; por ahora solo han sido fusilados el cura, el juez y otras quince ó diez y seis personas mas.» En San Antimo fueron arrestadas 60 entre ellas 9 mujeres y fueron todas fusiladas en Nápoles; en Canosa murieron mas de cien personas; en una palabra la justa ira de los pueblos fué anegada en sangre y en ruinas. Las relaciones de los periódicos de Nápoles de aquella época y de las correspondencias no pueden ser leidas sin extremecerse, y los hombres jóvenes y resueltos no tuvieron mas recurso que marchar á las montañas y á los países mas quebrados, donde reunidos en numerosas partidas han hecho y hacen todavía cruda guerra á los invasores de su patria. Ponga ahora Farini en boca de su rey que al usurpar el reino de Nápoles cede á un deber de justicia y al voto de los pueblos!

Entretanto crecia el desórden en la capital. Garibaldi, que carece de todos los dotes necesarios para regir no un Estado, pero sí un pueblo de cien vecinos, no acertaba á introducir ni una sombra de órden en la administracion. Obedeciendo ahora á Mazzini, ahora á Crispi, ahora á Pallavicino, removia empleados, expedia órdenes contradictorias: ya se oponia á la próxima irrupcion de los piamonteses, ya escribia á Cialdini que le enviase socorros. Sin plan fijo, sin ideas propias, obedecia á cuantos impulsos se le comunicaban, y derrotado en el campo, desprestigiado en la ciudad, es seguro que á no haber abandonado en breve la escena, su figura de melodrama habria pasado á serlo de sainete. Juguete hoy de los que como Mazzini no querian la anexion para constituir en las Dos Sicilias un foco permanente de la revolucion, para serlo mañana de los que como el prodictador Pallavicino pertenecian á la faccion piamontesa, no sabia por cuales decidirse. Los primeros pretendian que la anexion en caso de verificarse habia de ser votada por una asamblea, lo cual era solo un medio para dilatarla, al paso que los segundos querian que se hiciese por plebiscito. De ahí mil injurias recíprocas, desenmascararse unos á otros con asqueroso cinismo, poniendo en evidencia la rapacidad, las violencias, los odiosos hechos de que todos se acusaban. Por fin alcanzaron la victoria los segundos ó sea la faccion piamontesa; Crispi fué destituido; Pallavicino, que habia presentado su dimision la retiró, y Garibaldi apartó de su lado á Cattaneo, á Mario y á otros hombres por el estilo. Pallavicino empero no pudo lograr que Mazzini abandonara la capital á pesar de haberle dirigido la siguiente carta:

«La abnegacion ha sido siempre la herencia de los corazones generosos.

«Tal os creo, y os ofrezco hoy una ocasion para que los demostreis á los ojos de nuestros conciudadanos. Representante del principio republicano y propagador ardiente de este principio, despertais permaneciendo entre nosotros la desconfianza para el rey y sus ministros, por cuyo motivo vuestra presencia aquí crea obstáculos al gobierno y peligros á la nacion, comprometiendo la concordia indispensable al progreso y al triunfo de la causa italiana, y sin quererlo vos, nos dividís; dad pues prueba de patriotismo alejándoos.

«Añadireis á los antiguos un nuevo sacrificio que os pide la patria, y ella os quedará agradecida.

«Os repito que sin quererlo nos dividís, y que tenemos necesidad de reunir en una sola haz todas las fuerzas de la nacion. Sé que vuestro lenguaje es de concordia, y no dudo que los hechos corresponderán á las palabras. Pero no todos os creen, y hay muchos que abusan de vuestro nombre para enarbolar con intenciones parricidas otra bandera en Italia. El decoro os exige que pongais término á las sospechas de unos y á los manejos de otros. Mostraos pues grande, y partiendo merecereis los elogios de todos los buenos.»

A ella contestó el tribuno italiano con otra que insertamos, en cuanto se dicen en ella al partido de Cavour muy rudas verdades.

«Creo que tengo generosidad, y por eso contesto con una negativa á vuestra carta del 3 que leo hoy únicamente en la *Opinione nazionale*. Si solo hubiera de ceder al primer impulso y al cansancio del ánimo, partiria de la tierra para la que soy una carga, retirándome á donde se deja á todos los hombres la libertad de las opiniones, donde no se pone en duda la lealtad de la honradez, y donde el que ha trabajado y padecido por el país no cree que debe decir al hermano que tambien ha trabajado y padecido: ¡Parte!

«En apoyo de vuestra proposicion no dais mas razones sino el afirmar que *sin quererlo divido*; pero yo os daré las razones de mi negativa.

«Me niego porque no me creo culpable, ni causa de peligro para el país, ni maquinador de proyectos que puedan serle funestos, y porque al ceder me pareceria que me confesaba culpable; me niego porque, siendo italiano y estando en tierra italiana reconquistada á la vida libre, creo que debo representar y sostener en mi persona el *derecho* que todo italiano tiene á vivir en su propia patria cuando no ataca las leyes, y el *deber* de no ceder á un inmerecido ostracismo, porque despues de haber contribuido á educar en cuanto me era posible al pueblo de Italia para el sacrificio, me parece que es hora de educarle con el ejemplo de la conciencia de la dignidad humana tantas veces violada, y en la máxima olvidada por los que se titulan predicadores de concordia y moderacion; porque nadie consolida su propia libertad sin respetar la agena; porque me pareceria al expatriarme voluntaria-

mente que insultaba á mi país que no puede, sin deshonrarse á los ojos de Europa, declararse culpable de tiranía, al rey que no puede temer á un individuo sin reconocerse débil y mal seguro en el afecto de sus súbditos, y á los hombres de vuestro partido que sin desmentirse no pueden irritarse por la presencia de un hombre declarado por ellos á cada instante solo y abandonado por todo el país; porque el deseo procede, no como creeis del país que piensa, trabaja y combate bajo las banderas de Garibaldi, sino del ministerio turinés, con el cual no tengo deuda alguna, y que creo funesto á la unidad de la patria, de intrigantes y periodistas sin conciencia, sin honor, sin moralidad nacional y sin culto sino es al poder existente cualquiera que sea, y á los cuales por consiguiente desprecio, y del vulgo de los crédulos ociosos que juran sin mas exámen sobre las palabras del Omnipotente, y á quienes por lo tanto compadezco; finalmente, me niego porque tengo una declaracion, que no ha revocado aun el dictador de este país, diciéndome que soy libre en el país de los libres.

«Hice ya el mayor sacrificio que jamás podia hacer cuando, interrumpiendo el apostolado de mi fé por amor á la unidad y á la concordia civil, declaré que aceptaba la monarquía, no por respeto á los ministros ó á los monarcas, sino á la mayoría alucinada, lo que no es poco decir, del pueblo italiano, dispuesto á cooperar con la monarquía, con tal que fundase la unidad; y si algun dia, libre del compromiso de mi conciencia, volviera á enarbolar nuestra antigua bandera, lo anunciaria lealmente desde luego y *públicamente* á mis amigos y enemigos. No puedo obrar de otro modo espontáneamente.

«Si los hombres leales como vos creen en mi palabra, cumple á su deber tratar de convencer no á mí sino á mis adversarios de que la senda de intolerancia que siguen es el único gérmen de anarquía que existe actualmente.

«Si no creen á un hombre que hace treinta años combate como puede por la nacion, que ha enseñado á los acusadores á balbucear el nombre de unidad, y que jamás ha mentido á nadie, la ingratitud de los hombres no es una razon para que deba doblegarme voluntariamente á su injusticia y sancionarla.

«Nápoles 6 de octubre.

«José Mazzini.»

El asunto no tuvo ulteriores consecuencias, y Mazzini pudo continuar en Nápoles predicando el desórden y conspirando contra las mas fundamentales bases de la sociedad.

Prevaleció por fin el partido que queria llamar en 21 de octubre al pueblo de las Dos Sicilias á votar por medio de un plebiscito la anexion al Piamonte, con un *sí* ó con un *no*, imitando el ejemplo dado por el maestro del 2 de diciembre. En Sicilia fué mayor aun el escándalo, y parecian inminentes horribles violencias, vociferando estos por una asamblea y otros por el plebiscito. El prodictador fué destituido, cambióse el ministerio, los mas resistentes fueron fusilados, y de esta manera se obtuvo el admirable y unánime asentimiento del pueblo á ser una mera provincia piamontesa.

CAPÍTULO XI.

Ejemplos de fidelidad.—Protesta contra el bloqueo de Gaeta.—Notas del gobierno del rey relativas á la decretada confiscacion del patrimonio real y á la apoteósis del regicida Milano. —Hechos de armas.—Invasion sarda.—Decreto de Garibaldi.

Tan vergonzosos, tan repugnantes, tan horribles espectáculos están compensados en otros puntos del reino por escenas que llenan el alma de benéfico consuelo. Véanse en los caminos todos del reino aquellos grupos de soldados, que haraposos, extenuados, llevando algunos de ellos el sagrado depósito del regimiento, la bandera, marchan guiados por oficiales, quizás de otros cuerpos; á dónde van? A Gaeta; saben que su rey ha debido refugiarse en un rincon del territorio, saben que la traicion ha minado el suelo bajo sus piés, que hay pocas esperanzas de victoria y muchas de morir allí; pero no importa. Abandonados por sus traidores jefes, dispersos, sin formar divisiones, regimientos ni aun batallones, todos acuden al punto á que la patria y el honor les llaman. Varias veces han de detenerse en su camino para disparar su fusil contra las hordas aventureras que les impiden el paso; muchos quedan tendidos en los caminos y en los campos, pero el grupo de fieles militares se abre paso y llega al fin, proporcionando así cada dia nuevos refuerzos al ejército que combatia en el Volturno y nuevos consuelos al torturado corazon del monarca.

La tropa que quedara en Nápoles cuando la partida del rey, en número de 3500 hombres, salió de la capital con banderas desplegadas y tambor batiente luego que llegaron los primeros cazadores piamonteses, y sin que la turba invasora, á quien á pesar suyo imponia respeto su heróica fidelidad y marcial continente, se atreviese á oponerse á su paso, se dirigió á reunirse con su rey, que como no ignoraban solo podia ofrecerles privaciones y peligros. 360 soldados y subalternos salidos de la ciudadela de Augusta emprendieron el mismo camino, y de todas las provincias, de todas las ciudades, el ejército celoso por lavar la mancha que arrojaran algunos viles sobre el honor de su bandera, corria á dar á la patria y al rey las últimas pruebas de su lealtad.

La marina, que diera el ejemplo de la traicion, negóse á cooperar por mas tiempo á la obra de iniquidad. Arrepentimiento tardío, que si no borraba su afrenta, aumentaba la de los vencedores! Cada dia eran conducidos gran número de oficiales ante los consejos de guerra, por negarse á marchar contra su rey, y condenados á severas penas. De todos los puntos, de todas las clases del reino nacia un clamor general contra los invasores de la patria, y estos solo podian sostener su dominacion por medio de crueles suplicios.

El rey habia nombrado en Gaeta un nuevo ministerio presidido por el general Casella, ministro de la guerra y de negocios extranjeros, y compuesto del caballero Ulloa, del interior, del baron Carbonelli para varios servicios y del almirante Del Re para la marina; y luego que Garibaldi ordenó el bloqueo de Gaeta, el gobierno del rey se apresuró á dirigir á sus representantes cerca de las córtes extranjeras una nota en la que se leian los siguientes párrafos:

«El gobierno de S. M. no tiene noticia de que ningun ministro ni cónsul haya reconocido disposicion tan contraria al derecho de gentes; pero cree de todos modos necesario protestar en la forma mas enérgica y explícita contra este nuevo atentado á los principios que forman la base de la existencia de las naciones. El legítimo soberano del reino de las Dos Sicilias, reducido por la mas escandalosa invasion á defenderse en la línea militar de Cápua y de Gaeta, no solo es atacado por tierra por las fuerzas de la Revolucion, sino que se dirigen á bloquearle los buques de su propia marina. Las potencias

europeas no pueden reconocer un bloqueo decretado por un poder ilegítimo que impone á las naciones el sacrificio de la libertad marítima y la interrupcion de su comercio; es preciso para ello que el gobierno sea pública y oficialmente reconocido por los otros. Garibaldi no es un gobierno y Nápoles en completa revolucion no es tampoco una nacion; la única nacion reconocida por los tratados es el reino de las Dos Sicilias, y el soberano de este reino, reconocido por los demás, se encuentra actualmente en Gaeta. Siendo esto así el bloqueo ordenado por Garibaldi es ilegítimo, y nacion alguna puede aceptar sus consecuencias. Los actos ilegítimos de hostilidad marítima, la interrupcion arbitraria del comercio de los neutrales son, segun el derecho de gentes, actos de manifiesta piratería, y no es creible que la Europa civilizada del siglo décimo nono pueda tolerar la piratería en el Mediterráneo; ni por un momento siquiera puede admitirse que las potencias marítimas vean impasibles unos actos que destruyen los principios de derecho público é internacional afianzados á costa de tan repetidos esfuerzos.»

Las naciones europeas negáronse en efecto á reconocer el bloqueo, y buques de guerra españoles, rusos y franceses fueron á anclar al puerto de Gaeta.

El gobierno del Rey tampoco podia guardar silencio acerca de los actos de la Revolucion que conculcaban los sagrados principios de propiedad el uno, y los mas augustos todavía en que se basa la vida social, el otro. Los dos siguientes documentos se refieren á la confiscacion del patrimonio real, y á la apoteósis del regicida Milano, hechos ambos mandados y llevados á cabo en nombre de Victor Manuel.

El primero dice así:

«Despues de haber despojado de sus Estados al Rey nuestro señor, la revolucion triunfante le despoja tambien de su fortuna particular y legítima. Con ella se han confiscado los mayorazgos de los príncipes, las dotes de las princesas, los frutos de sus economías particulares; en una palabra, todas las propiedades que, constituidas por las leyes civiles, son respetadas en todos los paises civilizados y aun en los mas anárquicos.

«Pero este atentado no mereceria mas que el desprecio de S. M.,

que hubiera creido ceder en menoscabo de su dignidad fijar la atencion en ello, si al despojo no se uniese la calumnia.

«El *Diario* de Nápoles en su número del 20 de setiembre, al dar cuenta de este hecho al público, procura elogiarlo y escusarlo diciendo: «que el ministro de policía de Garibaldi al saber que los príncipes de la casa de Borbon habian acumulado grandes riquezas en detrimento del pueblo, ha procurado que ingresase en el tesoro una parte á lo menos de dichas cantidades.» Al referir luego la transmision violenta de una cantidad de 181,608 ducados, producto anual de los mayorazgos y de las economías particulares de la casa Real, avalúa el capital de estas dos rentas en once millones reivindicados, dice, legítimamente por la Hacienda pública.

«Mientras en los actos incalificables que han ocurrido en la invasion del reino, se invoca solamente el derecho de la revolucion, el gobierno de S. M. deja á la Providencia, á la opinion pública y á la justicia de la Europa la apreciacion de un estado de cosas contrario á todos los principios sociales, y que por lo mismo no puede ser aceptable ni duradero. Pero cuando se habla de ley y de derecho, al propio tiempo que se pisotean todos los derechos y todas las leyes, el gobierno de S. M. no cree conveniente dejar á los invasores y revolucionarios el beneficio de la impunidad de las calumnias.

«Las rentas tomadas á viva fuerza por Conforti y á viva fuerza confiscadas por el gobierno de Garibaldi, se dividen en dos clases marcadas en el *Diario* de Nápoles; pero la primera, la de 181,608 ducados, representa la herencia dejada por el Rey Fernando II á sus diez hijos y á los pobres. Es el fruto de las economías personales de treinta años de reinado; y declarar ilegítima esta sucesion equivaldria á atacar la legitimidad de la lista civil y del patrimonio que han poseido todos los monarcas de las Dos Sicilias. En cuanto á la otra parte, se compone principalmente de los mayorazgos de los príncipes Reales y de las dotes de las princesas Reales, constituidas en virtud de leyes antiguas y hasta ahora respetadas. Agregadas á esta partida están tambien las pequeñas economías hechas en favor de huérfanos durante su infancia, como puede verse en la lista publicada por el diario de la revolucion, pues no habia en él mas que dos partidas pertenecientes al rey, una de 5415 ducados economizados de

su dotacion de príncipe heredero, y otra de 67,509, que representan los intereses compuestos y acumulados por espacio de 23 años, de la dote y de la herencia perteneciente á su ilustre y venerable madre María Cristina de Saboya.

«La dote de esta princesa piamontesa ha sido confiscada por el gobierno de Garibaldi en nombre del Piamonte, y se disputa al hijo el derecho de reivindicar esta santa y legítima herencia de su madre, que se le debe en virtud de un tratado con la Cerdeña.

«Al permitirme despues de reiteradas instancias mias comunicaros estas explicaciones necesarias, el rey me manda tomar por punto de partida la misma publicacion hecha por el gobierno revolucionario que se ha apoderado de sus Estados en nombre del rey de Cerdeña. S. M. no pretende quejarse por la pérdida de toda su fortuna particular. S. M. habia hecho el sacrificio de ella cuando constantemente en los dias mas amenazadores de la lucha y de la invasion, se obstinó en negarse á vender sus rentas de Nápoles para colocarlas con mas seguridad en fondos sobre otros países menos desgraciados. De esta suerte podia deplorar la suerte de sus hermanos y hermanas condenados, sin otro crímen que el de llevar su nombre, á ver confiscados por la revolucion todos sus recursos. Pero sea cual fuere su porvenir y su destino, aunque hayan de vivir en el destierro y hayan de verse en medio de las mayores privaciones, S. M. está cierto de que sabrán sobrellevar la adversidad con una constancia digna de su raza y del rango en que la Providencia los ha hecho nacer, para que den ejemplo á los demás. En medio de estas miserias brilla mas pura y gloriosa la magnanimidad de nuestro augusto soberano. Las palabras, los museos que ha dejado al partir llenos de tesoros pertenecientes á la inestimable herencia de sus abuelos, atestiguan al mundo el completo desinterés y la generosidad de alma de Francisco II.»

La nota referente al escandaloso decreto de Garibaldi relativo á Agesilao Milano, está concebida en estos términos:

«El infrascrito, al poner en conocimiento de Europa este decreto creo estar dispensado de hacer comentario sobre esta disposicion incalificable.

«En ningun país habia llegado la revolucion á este grado de per-

versidad y anarquía: hasta el dia no se habia visto aun honrar el regicidio como cosa santa, recompensar públicamente el asesinato y provocar de este modo el exterminio de los soberanos.

«La dictadura que reina en el reino de las Dos Sicilias ha presentado tan doloroso espectáculo. Este enaltecimiento del asesinato se ha visto en una ciudad ocupada por las tropas piamontesas, por un *condottiere* que gobierna en nombre del rey de Cerdeña, sobre el cual pesa de cuatro meses á esta parte toda especie de responsabilidad porque se miente con su bandera y con su nombre.

«El hombre que intenta asesinar á su semejante, el soldado que sale de las filas para matar á su general, el ciudadano que se arroja armado de una bayoneta sobre su rey, es declarado por el gobierno de Garibaldi mártir digno de elogio, de recompensa y de duelo!

«Esta apoteósis en el diario oficial de Nápoles y estas recompensas del regicidio dadas en nombre del rey Victor Manuel, son mas elocuentes que cualquiera descripcion de la anarquía y del estado deplorable en que gime el país desde la invasion.

«No protesto contra el escándalo de este decreto contrario á todo sentido moral y á todo principio de honor y religion, sino que me limito á denunciarlo á la justicia de la Europa como una de las innumerables pruebas de las tendencias de ciertas gentes que, merced á la fuerza extranjera y á indignas traiciones, han usurpado la autoridad y ocupado la parte mas considerable de la Península.

«CASELLA.»

Despues de la batalla de Caserta ningun hecho de armas importante volvió á ocurrir en la línea del Volturno; escarmentados los garibaldinos limitáronse á tiroteos de guerrillas y á disparar algunos cañonazos contra las obras avanzadas de la plaza, y esto que habian recibido el refuerzo de una legion inglesa, que partiera de los puertos de la Gran Bretaña uniformada y con armas, á pesar del principio de *la no intervencion*.

Sin embargo en los dias 8 y 15 tomaron las escaramuzas mayores proporciones; las tropas reales llevaron en ambos encuentros lo mejor, y los garibaldinos experimentaron numerosas pérdidas. De ahí provino sin duda que el ejército piamontés apresurase su marcha

y corriese á socorrer por mar y tierra á Garibaldi que corria peligro de ser completamente derrotado. Tampoco fueron extraños estos hechos al resultado de la lucha que antes hemos explicado entre el prodictador Pallavicino y los partidarios de Crispi. Garibaldi, desalentado al contemplar su impotencia así en el gobierno para poner fin al sombrío estado en que sumiera al país, como en el campo para vencer á los soldados de Francisco II, no tuvo otro recurso que ceder, que declararse á sí propio inútil para lo uno y para lo otro, y llamar en su auxilio al rey Victor Manuel, y esto que no le pesara sin duda, como lo habia probado su vacilacion y sus terminantes protestas, hacer traicion á su cómplice y quedarse con la presa que se habia comprometido á entregar. En uno de sus instantes de desaliento el dictador escribió al rey de Cerdeña una carta que terminaba con estas palabras: «Señor, tan luego como V. M. se halle á 20 millas de mi campamento, suplícole que me lo participe, para que pueda ir á poner á los piés de V. M. las provincias libertadas y á recibir las órdenes de mi soberano.»

En el primero de los combates mencionados, es decir, en el del dia 8, la artillería real, bajo la direccion de los príncipes, causó gran daño al enemigo el cual tuvo muchos muertos y heridos, mientras el coronel Liguori, con su regimiento y algunos tiradores de la guardia desalojóle de una de sus posiciones y enclavó su artillería. El encuentro del 15 fué motivado por un reconocimiento que practicaron las tropas del rey á fin de conocer las fuerzas enemigas, de destruir algunas casas desde las cuales eran molestadas impunemente las avanzadas, y de saber si se trabajaba en algunas obras en las inmediaciones de la plaza. El coronel Vecchione con dos batallones de cazadores y un destacamento de artillería apoyaba el reconocimiento, y la lucha se empeñó vivísima en las casas mencionadas; tres ó cuatro veces fueron tomadas y perdidas, hasta que destruidas ya, y engrosándose á cada momento las filas enemigas, las tropas reales emprendieron la retirada que se verificó con el órden mas perfecto. Al retirarse los cazadores, los garibaldinos se lanzaron hácia el campamento de San Lázaro inmediato á la plaza, pero la artillería de las murallas les obligó á retroceder mas que de prisa causándoles gravísimas pérdidas. Las de los napolitanos consis-

tieron en un oficial y un sargento muertos y en 40 heridos.

El rey Victor Manuel que habia salido de Turin el dia 30 de setiembre dirigiéndose á Ancona, recibió en dicha ciudad á los diputados del Comité anexionista de Nápoles que le suplicaron ir allí cuanto antes para restablecer el órden, y aceptó tan *honrosa* mision. El dia 15 de octubre, pasada la frontera napolitana, entró en Giulianuova, llegó el 17 á Chieti y el 19 á Popoli, mientras que varias colunas piamontesas invadian los Estados del rey Francisco II, y marchaban al Volturno á reunirse con los garibaldinos, que desde aquel momento se encontraron haber terminado su papel. El rey de Cerdeña que les conocia y sabia de cuan poco eran capaces, dispuso que se colocasen sus tropas á la vanguardia, y en los puestos de mas peligro. Al propio tiempo desembarcaban en la capital otras divisiones que se dirigieron á Isernia sin pérdida de momento, para reunirse con las que se concentraban en Popoli, y caer desde allí todas juntas, validas de su mayor número, contra los últimos restos del ejército que con tanto heroismo como valor mandaba el sobrino de su rey.

Decididamente el Piamonte no ha de ser contado entre las naciones civilizadas. La historia de todos los tiempos, de todos los países, no ofrece página alguna que contenga tanta infamia. Sin declaracion de guerra, sin motivo de hostilidad alguna, las tropas piamontesas invaden un Estado independiente; incendian sus pueblos, acuchillan á los defensores de su independencia, fusilan á cuantos responden con un grito de guerra á la voz de la patria oprimida. ¿Y qué hacia en tanto la ilustrada Europa del siglo décimo nono, la Europa mercantil, industrial, metalizada? Protestar, y nada mas; separar sus embajadores de Turin, pero como importa mucho no indisponerse con nadie, aun cuando se trate de un bandido, de una potencia que se coloca fuera de todo derecho, de toda justicia, conservaron casi todas las naciones el personal de su legacion en la córte del *Rey caballero*, y consintieron en que flotase allí su pabellon. Así obraron la España y la Francia; la Rusia, de quien esta vez habrian debido tomar ejemplo las demás potencias, no quiso que su escudo de armas permaneciese por mas tiempo allí donde la honra no era conocida, y cortó toda relacion con el gobierno de Cerdeña; la Prusia se

limitó á reprobar la invasion; el Austria se quedó como antes, es decir, á la defensiva, y no hay necesidad de expresar lo que hizo la Inglaterra. Desde aquel momento todo era posible en Europa; y así como entre los individuos no hay propiedad ni vida segura cuando las autoridades son débiles, cuando lo permiten todo, cuando la ley no impera, tampoco en los tiempos de civilizacion que hemos alcanzado, pueden las naciones estar seguras de su independencia. Desde hoy no la deben á sus fronteras, á su gloria, á sus tradiciones, á los tratados, á las leyes internacionales, que ya no existen; sino á la merced, al capricho del mas fuerte que consiente en no atacarlas. El imperio del derecho ha concluido en Europa; el de la fuerza brutal en toda su desnudez, sin tomarse la pena de revestir formas de justicia, empieza, y este es el título que presenta nuestra época al reclamar el nombre de siglo de la civilizacion.

En vano en un notable *memorandum*, el gobierno del Rey Francisco II habia manifestado con enérgico lenguaje los peligros que para la Europa toda encerraba la culpable invasion; en vano enumeraba los atropellos, las violencias que por espacio de cuatro meses habian sucedido á la faz del mundo; en vano demostró que los Estados todos independientes habian de sentirse amenazados, que su causa era la de todos los reyes y la de todos los pueblos; la Europa estaba ya acostumbrada á mirar como un espectáculo mas ó menos dramático las revoluciones que derriban tronos, que conculcan las mas santas razones de justicia, y que inmolan á los pueblos á la desenfrenada ambicion de astutos y sanguinarios conspiradores. El Rey de Nápoles hacíase el heraldo de las catástrofes que habia de contemplar el mundo si se permitia que los destructores de todo lo existente continuasen en su bárbara tarea, y quien no insultó su infortunio, como hizo parte de la prensa, creyó hacer ya mucho con prorumpir en expresiones de estéril compasion. La impotencia ó ceguedad de la Europa es lo que ha de compadecerse; el heroismo del que luchó y cayó como bueno defendiendo la independencia y la libertad de su patria, tiene derecho no á la piedad, sino á la admiracion de los hombres.

La entrada de Victor Manuel y de sus tropas en territorio napolitano fué anunciada á los pueblos en los siguientes términos:

« ¡Ciudadanos de Nápoles! Victor Manuel, el Rey de Italia, el

elegido por la nacion, pasará mañana la frontera que nos divide hace tantos siglos del resto de nuestro país, y accediendo al deseo unánime de vuestros esforzados pueblos, vendrá á permanecer entre nosotros.

« Acojamos dignamente al enviado de la Providencia y esparzamos á su paso, como prenda de nuestro rescate y de nuestro afecto, las flores de la concordia que tan gratas le son y que tan necesarias son á la Italia.

« No, no mas colores políticos! no mas partidos! no mas discordia! Que la Italia una, como lo quieren con razon los pueblos de de esta metrópoli, y el Rey caballero sean los símbolos perpétuos de nuestra regeneracion, así como del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria.

« Nápoles 12 de octubre de 1860. — Garibaldi. »

Á esta proclama sigue una circular á los gobernadores de las provincias, firmada por el pro-dictador y todos los ministros, y relativa á las elecciones. Se distingue en ella el pasaje siguiente:

« El Rey magnánimo está á nuestras puertas. Invitado por el dictador, no viene impulsado sino por la ambicion de entregar la Italia á los Italianos; y viene al frente de un ejército poderoso que en pocos dias ha libertado otras dos nobles provincias de las hordas mercenarias.

«El recibimiento mejor que podemos hacerle es el de proclamarle Rey de Italia por un libre y unánime sufragio.

« Así pues, el pueblo de esta parte meridional de la Península tendrá la honra de poner el sello al pacto de amor que une ya con lazo indisoluble á la Italia y á Victor Manuel.»

Al mismo tiempo y como desenlace de las asquerosas rivalidades que con escándalo de la poblacion entera habian dividido á la faccion piamontesa de Mazzini, Crispi y comparsa, Garibaldi publicó el siguiente decreto :

« Para cumplir con un voto indisputablemente grato á la nacion entera,

DECRETO :

«Que las Dos Sicilias, las cuales á la sangre deben su rescate, y

que me eligieron libremente dictador, hacen parte integrante de la Italia una é indivisible, con su Rey constitucional Victor Manuel y sus descendientes.

«Yo depositaré en las manos del Rey, á su llegada, la dictadura que me confirió la nacion.

«Los pro-dictadores están encargados de la ejecucion del presente decreto.

«San Angelo 15 de octubre de 1860.

«J. GARIBALDI.»

Resulta, pues, de esta disposicion que Garibaldi, *amante de consultar á los pueblos,* entrega al Piamonte el reino de las Dos Sicilias; y era esto manifestar tan á las claras que para nada se necesitaba la votacion, que el dictador Pallavicino que está dotado de algo mas de tacto que el *buen marinero* de Niza, puso á este decreto el siguiente apéndice, como diciendo: *No hacerle caso.*

«Este decreto no cambia en nada la situacion. El plebiscito tendrá irrevocablemente su efecto por decidida voluntad del dictador el dia 21 del corriente mes, y todo indica que con una inmensa mayoría saldrá de las urnas el voto de la unificacion italiana. El dictador con el precitado decreto no ha hecho mas que aquello que ha significado tantas veces en todos sus decretos, en los que ha titulado constantemente á Victor Manuel, Rey de Italia. En fin, el dictador explica de esta manera el deseo que fué el pensamiento de toda su vida.»

CAPÍTULO XII.

Garibaldi y Victor Manuel.—Protesta del gobierno legitimo.—Abandono de la línea del Volturno.—Batalla de Isernia. —Reaccion y medidas tomadas por Cialdini para contenerla.—Batalla de Cajazzio.—Nota dirigida por el gobierno de Francisco II á las potencias extranjeras.

Pocos dias despues de haberse puesto fin al *odio inexorable* que con tanta solemnidad jurara Garibaldi á los hombres que vendieron á Niza, marchó á prestar homenaje á Victor Manuel que se encontraba entre Teano y Sessa. Refiérese que el general Cialdini con quien, al decir de los periódicos de Nápoles, habia conservado siempre el dictador excelentes relaciones, envióle á Caserta un autógrafo cordialísimo del Rey, manifestándole grandes deseos de verle. Garibaldi marchó pues á dar cuenta de su mandato al soberano que hasta entonces negara haber tenido en su empresa participacion alguna, y al hallarse en su presencia, descubrióse y dijo: *Salute al Re d'Italia,* á lo cual le contestó el Rey estrechándole la mano : *Salute al mio migliore amico. Grázie ; d' ora innanzi non ci separaremo mai piu.* Escena de homérica magestad que arrancó lágrimas de ternura á todos los periodicuchos de Italia; con ellos convendrémos de buen grado en que Garibaldi y Victor Manuel son dos almas dignas de comprenderse y de amarse. El hijo de Carlos Alberto, del hombre que rechazó la corona de Sicilia que indebidamente se le ofrecia , da las gracias á Garibaldi por la conquista que le entregaba , por los asesinatos , por

las traiciones, por los atropellos cometidos en su nombre. ¡Bien hizo en vender á la Francia los leales montañeses de Saboya; ellos habrian renegado de su príncipe!

Invadido el reino de las Dos Sicilias por las tropas del Piamonte, el Rey por no faltar á lo que el deber le imponia, aunque sin esperanza de obtener el menor resultado, dirigió á sus representantes cerca de las córtes extranjeras la siguiente nota:

«El gobierno de S. M. ha sabido el desembarco en Nápoles de varios batallones piamonteses. No se trata ya de los voluntarios que en número considerable salieron públicamente del Piamonte para revolucionar é invadir el reino de las Dos Sicilias, sino de soldados del ejército real de Cerdeña, pertenecientes á las tropas regulares del Piamonte que con su organizacion y disciplina se presentan á auxiliar á Garibaldi y á sus bandas en las operaciones de Cápua y del Volturno. A pesar de los extraños acontecimientos que desde hace cinco meses se suceden en la isla de Sicilia y en el continente napolitano, el Rey mi augusto señor, no podia creer en semejante atentado contra el derecho de gentes, contra la lealtad de los soberanos y la fe de las naciones. Entre el reino de las Dos Sicilias y los Piamonteses no existe razon alguna de guerra; jamás se ha alterado la buena inteligencia por parte del gobierno del Rey, y el mundo entero sabe hasta que punto ha llevado S. M. Siciliana su deseo de una íntima alianza con el Piamonte. Aun en este momento existen en ambos reinos ministros acreditados de las dos córtes, y no obstante los justos y conocidos motivos que asistian al gobierno del Rey para quejarse de la conducta de la Cerdeña, no ha querido ofrecer pretexto de ninguna clase á un rompimiento de relaciones entre los dos Estados. Así pues, estando en paz ambos gobiernos y sin declaracion de guerra, las tropas regulares del ejército sardo invaden el reino de Nápoles, combaten contra el Rey y prestan auxilio á sus enemigos. El infrascrito ministro, encargado interinamente de la cartera de negocios extranjeros, se vé de nuevo en la triste necesidad de denunciar atentados de esta naturaleza á la justicia de la Europa, y por órden de su augusto soberano, protesta en la forma mas solemne y explícita contra la invasion del ejército sardo, y rogando á V. E. que eleve esta protesta á conocimiento de su gobierno, aprovecha es-

ta circunstancia para renovarle la seguridad de su alta consideracion.»

Luego que se supo en Gaeta por comunicacion del baron Winspeare que el Piamonte enviaba sus tropas en auxilio de la Revolucion, celebróse un consejo de guerra y se decidió en él modificar el plan de campaña. Reconocióse que la línea del Volturno, que tenia 80 kilómetros de longitud, podia ser rota por un ataque de todas las fuerzas enemigas contra el centro, y se resolvió la retirada de las tropas á la línea del Garellano, apoyadas en Gaeta que dista 15 kilómetros del rio.

En tanto Cialdini marchaba por los Abruzzos con esperanza de cortar al ejército real interponiéndose entre Cápua y Gaeta; mas fué destacada de Cápua una fuerte columna para que detuviese al enemigo el mayor tiempo posible y facilitase así la retirada del grueso del ejército, al propio tiempo que otro cuerpo napolitano se dirigia á la ciudad de Sessa para apoyar al que maniobraba en la vanguardia. El primero que era mandado por el general Scotti Douglas encontró el 17 la numerosa vanguardia de Cialdini en Macerone cerca de Isernia, y al momento se empeñó el combate. El choque fué sangriento y la lucha obstinada, hasta que abandonado el general napolitano por gran parte de los suyos que eran auxiliares, esto es, campesinos que se habian unido expontáneamente á las tropas, mal armados y no acostumbrados á la disciplina militar, hubo de abandonar el campo, cayendo prisionero en la retirada junto con 50 oficiales y 100 soldados. Aun así alcanzaron plenamente las fuerzas napolitanas el objeto que se propusieron, puesto que contuvieron por espacio de dos dias á los Piamonteses, y retirándose en perfecto órden y amenazadores todavía, primero á Venafrio y desde allí á Teano, dieron tiempo á que el ejército abandonase tranquilamente y sin ser inquietado la línea del Volturno para ocupar la del Garellano, á donde le seguirémos en breve.

Los campesinos que se desbandaron en Isernia, inspiraron á lo que parece, bastante temor á los invasores y causáronles bastantes pérdidas hostigando sus divisiones, para que Cialdini al dar parte de la batalla al gobernador de Molise, terminase su relato con estas palabras: «Os anuncio que mando fusilar á cuantos paisanos armados

caen en mis manos, y que solo concedo cuartel á la tropa. Hoy han empezado ya las ejecuciones.» Así proceden los libertadores de Italia; los que respetan y acatan el voto de los pueblos, los modernos bárbaros destructores de la libertad y de la independencia de las naciones, los sectarios de la fuerza bruta. En treinta dias asesinaron ellos á mayor número de hombres de los que castigaron en treinta años los llamados déspotas de Italia. «Matad sin piedad á los reaccionarios,» decia en un bando el gobernador de Teramo, y así se practicaba en todo el reino. En Sicilia pasaban de 3000 las víctimas, y solo Nino Bixio firmó setecientas sentencias de muerte. Cuando los fusilamientos no bastaban se entregaba á las llamas un pueblo entero. «La reaccion que se manifestara en el distrito de Avezzano ha sido por fin sofocada. Tagliacozzo ha sido incendiado:» así decia el parte remitido á Nápoles.

A todas partes del reino á donde hubiésemos dirigido nuestras miradas, habríamos presenciado iguales espectáculos. Nosotros, españoles, que tan vivos conservamos los recuerdos de 1808, de tan gloriosa como triste memoria, podemos como nadie admirar y compadecer á un pueblo que así lucha en pro de su independencia; nosotros sabemos por experiencia que los invasores llaman reaccionarios á los que defienden á la patria, rebeldes á los que le son fieles, bandidos á los héroes que por ella luchan.

Alentados los garibaldinos con la proximidad de los Piamonteses atacaron el 15 en número de 10,000 hombres la posicion de Cajazzio, ocupada todavía por las tropas reales, y una vez mas hubieron de convencerse de que si podian vencer á traicion, y habérselas con enemigos que no se defendian, no podian hacer lo mismo con soldados fieles y aguerridos. En aquella accion entró por primera y única vez en fuego la legion inglesa, y aun cuando los hombres que la componian se batieron bien, no bastó su arrojo para dar la victoria á la bandera que defendian. Las tropas reales conservaron sus posiciones y causaron al enemigo gravísimas pérdidas, especialmente á la legion inglesa. La metralla del ejército real diezmó á las compactas masas de los aventureros, y á pesar de haber intentado varias cargas á la bayoneta, hubieron al fin de desbandarse y emprender una precipitada fuga abandonando todos sus heridos.

No estarán aquí fuera de su lugar algunas líneas explicando quienes eran los titulados libertadòres de la Italia, y que conducta observaban en su obra regeneradora. «Singular aspecto presenta nuestro campamento, dícese en una carta que insertó la *Perseveranza* de Milan, periódico liberal; es una verdadera Babel, y no existe lengua europea que en él no se oiga; escúchase aquí una órden dada en inglés, allí una voz de mando en aleman, y al acento breve del magyar, responde el armonioso del español y el ronco del dinamarqués.» De modo que una vez mas repetiremos no ser aquella una guerra entre Italianos emprendida por la independencia de la Italia, sino una lucha sostenida por la revolucion europea que de todas partes suministra auxiliares. El Piamonte aparecerá á los ojos de la historia con la ignominia de haber prestado su bandera para tal empresa, inmolando los verdaderos derechos de la patria al sosten de la mas abominable tiranía. Si otro fruto espera reportar de su desatentada conducta se engaña; el tiempo ha de ser para él bien duro maestro. Respecto á la conducta de los campeones de la Italia basta leer los periódicos italianos y franceses de aquella fecha para convencerse de cuanto preocupaba su ánimo la felicidad de Italia. «Quizás los garibaldinos se apoderen un dia de Cápua, dice el *Diario de los Debates* en una correspondencia de Nápoles del 23 de octubre, pero en tanto hánse apropiado el tesoro, y el país sucumbe bajo una nube de aventureros que á la sombra de Garibaldi, ó valiéndose de un decreto suyo que se adquiere con indecible facilidad, se apoderan de los fondos públicos y no se baten sino en salones ó en cafés.» Garibaldi gastó desde su entrada en Nápoles hasta mediados de octubre la enorme suma de 15 millones de ducados; el erario se hallaba exausto, y todo eran despojos, apropiaciones de fondos sin dar luego cuenta alguna. De este modo hacíase la Italia de los Italianos.

Despues que por el encuentro de Isernia quedó empeñada la lucha entre el ejército napolitano y el piamontés, Francisco II dirigió á la Europa una nueva y vigorosa protesta, digna en un todo, no menos de la justicia de su causa, que de su ánimo verdaderamente régio. Estos documentos, aparte de su importancia histórica, pintan las cosas con colores mucho mas vivos y verdaderos de lo que pudiéramos hacerlo

nosotros, y por esto es que creemos deber insertarlos íntegros. Dice así el que acabamos de mencionar:

«Las notas sucesivas de este real ministerio recibidas en esa legacion, y las publicaciones hechas recientemente en Europa, han debido darle á conocer la política adoptada en vista de los deplorables acontecimientos ocurridos en el Reino, tanto por parte del gobierno de S. M., como por la de las principales potencias europeas.

«Desde el momento en que subió al trono el Rey N. S., empezó la revolucion á conspirar abiertamente contra sus derechos. La paz de Villafranca dejó en el ocio á todos los hombres inquietos, á todos los ánimos ardientes de la Italia, mientras que los aventureros de todos los países que buscaban un objeto para su actividad en la guerra de la Península, se unieron á ellos para elegir como teatro de sus futuras invasiones el reino de las Dos Sicilias. La revolucion preparaba por medio de intrigas, sediciones y vilezas el triunfo que le hacia posible el poderoso, pero entonces oculto, auxilio de una importante nacion de Italia. El Rey N. S. no desconoció nunca la gravedad de los sucesos que ocurrieron en Sicilia; sabia que el desembarque de la poco numerosa banda de Garibaldi, era el preludio de otra invasion mas formidable. El ejército de aquella vanguardia eran los cuerpos francos que habian hecho la guerra en Lombardía, los voluntarios italianos, ingleses y húngaros, antiguos ó modernos soldados de la revolucion, y la reserva habia de hallarse en caso necesario en los alistamientos hechos públicamente en Lombardía.

«S. M. el Rey, que comprendia su situacion bajo su verdadero y amenazador aspecto se apresuró á hacer frente á tan gravísimo peligro: militarmente, reuniendo en Sicilia un ejército de treinta mil hombres; políticamente, dotando al reino de instituciones liberales por medio de la reforma administrativa y del restablecimiento de la constitucion de 1848; diplomáticamente, denunciando á las potencias todas de Europa la inminencia del peligro, manifestando que su causa era la de todas las monarquías y la de todos los gobiernos, y proponiendo al Piamonte, en vez de su alianza con la revolucion, una alianza íntima con el reino de las Dos Sicilias, que, fundada en la similitud de instituciones, podia asegurar la paz y el porvenir de la Italia. La Europa sabe bien como fueron acogidas las previsoras me-

didas del Rey; despues de muchos combates su ejército de Sicilia se retiró para salvar á Palermo de la ruina; las puertas del continente fueron abiertas á Garibaldi; la libertad política que no habia tenido el tiempo necesario para establecerse, sirvió únicamente de escudo y garantía á los conspiradores, y la Europa ha visto con escándalo á un ministro de S. M. envanecerse de haber organizado durante su ministerio la revolucion que habia de arrebatarle la corona. A las gestiones diplomáticas del gobierno del Rey se ha contestado por los gabinetes que S. M. habia de combatir á la revolucion con sus propias fuerzas, haciéndole esperar que los triunfos militares que sus tropas alcanzasen podrian ser un punto de apoyo para el auxilio y la simpatía de la Europa.

«Esto hizo el Rey cuando para evitar á su capital la calamidad de la guerra, renunció voluntariamente á las ventajas y á los recursos de toda clase que proporciona á quien la posee, aquella rica y populosa metrópoli. El mundo ha visto como durante mes y medio las valientes tropas que la traicion ha dejado al legítimo soberano, han bastado en las circunstancias mas desfavorables para defender la plaza de Cápua y la línea del Volturno, para tomar con buen éxito la ofensiva y para desafiar un dia y otro dia los combinados esfuerzos de la revolucion y de Garibaldi. Por los partes publicados por los generales de aquel *condottiero*, ha sabido la Europa que allí se encuentran una legion húngara, soldados de diferentes naciones, y además una legion de voluntarios ingleses desembarcada en Nápoles la semana última. El público sabe que en la batalla del 1.° de octubre acudieron en auxilio de Garibaldi batallones de bersaglieri piamonteses, mas á pesar de todo, el rey estaba preparado para combatir á las tropas de la revolucion y de Garibaldi, y esperaba vencerlas. Sin embargo, una reserva tan imprevista como poderosa ha entrado en accion: el rey de Cerdeña al frente de su ejército ha pasado la frontera napolitana, y recorre y somete á viva fuerza á las provincias fieles del reino, despues de haber enviado por mar á Nápoles infantería y artillería. A pesar de tanto infortunio y de tantas traiciones el Rey estaba dispuesto á combatir á la revolucion interior, al mazzinismo exterior, á las bandas italianas de Garibaldi y á los aventureros de todas las naciones que se han agrupado en torno de

su bandera; mas no estaba dispuesto, ni podia estarlo, para luchar con el ejército regular del Piamonte unido á tantos enemigos. No podia estarlo, no solo por la insuficiencia de sus medios materiales para hacer frente á tantos peligros despues de las pérdidas sufridas y del abandono de la capital, sino porque, y (esta es la razon principal) S. M. vivia como los soberanos todos bajo la proteccion del derecho público, y fiando en la palabra del Rey de Cerdeña, no podia creer que se presentase al frente de su ejército para invadir y apoderarse de sus Estados sin pretexto para las hostilidades, sin declaracion de guerra y cuando existen aun los respectivos ministros acreditados cerca de ambas córtes.

«Ante tan incalificable ataque, quizás serán vencidas las tropas del Rey y sucumbirán la independencia y la soberanía de este país, lo mismo que su antigua y reconocida monarquía; pero á la vez quedarán destruidos todos los derechos, todos los principios, todas las leyes en que descansan la independencia y la seguridad de las naciones. El ejemplo de las Dos Sicilias manifestará al mundo ser lícito atropellar todos los sentimientos de lealtad y de justicia para llevar primero la revolucion al territorio de un soberano amigo y apoderarse despues en plena paz de sus Estados, sin consideracion á derecho, á tratado alguno, despreciando los mas legítimos intereses y desafiando á la opinion pública de Europa. S. M. desea que V. E. esfuerze estas consideraciones cerca de ese gobierno, y que deje copia del presente despacho al ministro de negocios extranjeros.»

CAPÍTULO XIII.

El plebiscito para la anexion.—Absoluta libertad en los votos.—Hechos de armas entre el Volturno y el Garellano.—Rasgo caballeresco de Cialdini.—Bombardeo y rendicion de Cápua.—Cialdini pasa el Volturno.—Eficacia de la proteccion francesa prometida al Rey de Nápoles.—Bendicion de las banderas húngaras.

Llegó por fin el dia 21 de octubre, en que habia de decidirse por medio de lo que se llama sufragio universal, si el reino de las Dos Sicilias formaria parte de la Italia una é indivisible bajo el cetro de Victor Manuel, Rey constitucional.

Si lo que en nuestra época sucede en todas las elecciones, si el reciente ejemplo de la Francia, y los mas recientes aun de la Italia central, y de Saboya y Niza no nos hubiesen hecho decididos adversarios de ese instrumento que la ceguedad y el servilismo de los hombres ha puesto en manos del poder, proporcionándole el medio de convertirse á su capricho en espantosa tiranía, lo sucedido en el reino de Nápoles habria bastado para abrir nuestros ojos.

Fijémoslos en el espectáculo que ofrecia la capital el dia que hemos indicado, y juzguemos.

La guardia nacional y las tropas piamontesas están formadas en las calles y plazas; la ciudad ofrece un aspecto enteramente militar, y los retenes son mas numerosos en los doce comicios en que para las operaciones de la votacion ha sido dividida la ciudad. En cada

uno de ellos habia un presidente y dos secretarios, dos centinelas de la guardia nacional, y en medio una urna entre dos cestas; una de las cuales contenia las papeletas con el *Sí*, y la otra las que llevaban escrito *No*. El elector habia de tomar á la vista de todos la papeleta y depositarla en la urna, segun fuese su voto, y con facilidad se vendrá en conocimiento de cual elegirian los hombres timoratos, los habitantes pacíficos, que son siempre los mas, en vista de la actitud del populacho, de las tropas piamontesas y de la guardia nacional, teniendo que manifestar en público su voto. Si tal es el *sagrado derecho de los pueblos libres*, preciso es confesar que es el mas impotente é irrisorio de los derechos. Y lo peor de todo es que la experiencia dió la razon á los buenos ciudadanos de Nápoles que prefirieron hacer traicion á su conciencia antes que exponerse á las iras de los invasores; algunos hombres resueltos que aisladamente y á intervalos recogian una papeleta con el *No*, y la depositaban en la urna correspondiente, fueron insultados, maltratados, y dos de ellos heridos gravemente de dos puñaladas al salir á la calle, á la vista de los soldados piamonteses y de la guardia nacional.

Del mismo modo se hizo la votacion en todo el reino de Nápoles y en la isla de Sicilia; pero no fué esto todo. Al contar los *sies* se halló que eran en número muy superior á los votantes inscritos, y no sabiendo como explicar tan extraño fenómeno, dijo el gobierno haberse permitido votar á muchos que, si bien tenian derecho para ello, no se encontraban en las listas. Tambien votaron mujeres; eso sí que puede llamarse *derecho nuevo y flamante*.

Así y todo, los votos negativos ascendieron á 10,012, si es que puede darse fé á operaciones llevadas á cabo con tanta legalidad; los afirmativos fueron en todo el reino 1.310,366; ¡admirable y universal sufragio en una nacion de nueve millones de habitantes! En Palermo fué mayor el miedo de los votantes, ó los escrutadores andaron mas listos; así como en la capital del reino hubo algunos centenares de *noes*, no se contaron allí mas que 20.

Los hechos consumados quedaban legitimados; el pueblo habia hecho oir su voz; ante el sufragio universal, mayormente cuando va revestido de las formas que tomó el de las Dos Sicilias, todo enmudece y no hay mas que decir: Esta es la justicia!—Qué escarnio!

A tal prueba no resiste la independencia de pueblo alguno; con las bayonetas, el oro y la mentira, puede hacerse que la Inglaterra se anexione á la Francia, la Polonia á la Rusia, y hasta la España al imperio de Marruecos.

Al mismo tiempo que esto sucedia, la Umbría y las Marcas manifestaban tambien su libérrima voluntad, y quedaban anexionadas de *derecho* á la Cerdeña.

En tanto que así se destruia en las poblaciones la libertad de los habitantes, ocurrieron algunos encuentros entre las tropas reales y los soldados de Cialdini. El dia 26 de octubre mientras continuaban aquellas el ordenado movimiento desde la línea del Volturno á la del Garellano, para no ser cogidas entre los dos ejércitos de la revolucion, una de sus divisiones fué atacada cerca de Cascano, entre Teano y Sessa, por los garibaldinos y varios regimientos regulares. Los soldados reales, á pesar de ser muy inferiores en número, no cedieron ni un palmo de terreno; rechazaron vigorosamente al enemigo, y causáronle gravísimas pérdidas, dando así tiempo al resto del ejército para ocupar las posiciones que se le habian señalado. En otro encuentro ocurrido aquel mismo dia, que terminó, como siempre, con la derrota de los aventureros, Nino Bixio fué desmontado en su fuga, y hubo de ser llevado á Nápoles gravemente lastimado. El dia 27 el almirante Persano se presentó con su escuadra en la desembocadura del Garellano, y empezó á dirigir sus fuegos contra el campamento que cerca de allí tenian las tropas reales. Sin embargo, hubo de suspenderle luego, pues el almirante francés Tinan, que se hallaba en Gaeta, envió un buque al Garellano con órden de impedirlo á todo trance. El almirante sardo acató el mandato, si bien protestó de la violencia que se le hacia, y el francés pidió á su gobierno nuevas instrucciones, que serian del todo opuestas á las primeras, como nos lo demostrarán los sucesos posteriores.

La conducta del gobierno francés en los asuntos de Italia es la mas apropósito para excitar lástima y compasion, si en ella no se ocultara el mas repugnante maquiavelismo. ¿Quién diria que la nacion francesa, la que se ha preciado siempre de leal y caballeresca entre todas, habia de quedar reducida á tan humillante extremo? Hoy protege al mismo á quien abandona mañana, y ni su abandono, ni su proteccion

significan cosa alguna, ó por mejor decir, lo significan todo. Yo soy la salvadora del poder del Papa; mis soldados defienden en Roma su autoridad temporal; mis buques protegieron durante mucho tiempo al Rey de Nápoles, grita á los católicos de Europa, y volviendo luego el rostro dice á los revolucionarios: Yo he despojado al Papa de las Marcas y la Umbría; yo consentí, yo autoricé la matanza de Castelfidardo; yo tomé á Ancona; yo dejé que fuera invadido el reino de Nápoles, yo toleré que se atacara por mar al ejército del rey; yo retiré mi escuadra del único puerto que á Francisco II quedaba; á no ser por mí, el heróico Cialdini asesinaria aun con sus proyectiles á las mujeres, á los heridos, á los enfermos de Gaeta. Sin embargo, Luis Napoleon se cansa en vano; si por un momento la fragilidad humana pudo aplaudir y celebrar su victoria de 1852, si pudo olvidar su pasado y los juramentos que violara, hoy le conocemos ya y con nosotros toda Europa.

El dia 29 numerosas fuerzas piamontesas intentaron forzar el paso del Garellano, pero un vivo fuego de artillería primero, y algunas vigorosas cargas á la bayoneta despues, les obligaron á emprender la fuga, dejando en el campo 1200 prisioneros, y muchos muertos y heridos. Los napolitanos perdieron á uno de sus mas valientes oficiales superiores, al jóven general Negri, cuya muerte fué llorada por el ejército entero.

No se ocultaban á Cialdini las dificultades de la empresa que iba á acometer, y por lo mismo intentó allanar el camino antes de emprenderlo, valiéndose de los medios que tan buen éxito habian dado á su gobierno; el honor parece ser entre ciertos héroes italianos mercancía que se compra y que se vende, y el negocio habia dado en Sicilia y en las Calabrias tan excelentes resultados, que bien valia la pena de que se probara otra vez. Solicitó, pues, una entrevista al general Salzano, quien, creyendo motivada la peticion por las necesidades de la guerra, se apresuró á dirigirse al lugar designado con una escolta de veinte y cuatro ginetes que dejó á cierta distancia. Cialdini prodigóle en un principio repetidas muestras de deferencia y amistad, é insinuóle luego que siendo inútil toda resistencia, era mejor renunciar á una defensa imposible, y evitar así la efusion de sangre; pero el general napolitano que comprendió lo que queria decír-

sele, contestó que la responsabilidad de la sangre vertida caeria sobre el gobierno sardo, injusto invasor de los Estados amigos, y que para él no habia mas Rey que Francisco II. Entonces Cialdini enojado y confuso se despidió de él muy secamente, y el general Salzano se dirigió al punto donde dejára su escolta; esta empero habia sido hecho prisionera, é inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el general para obtener que le fuese restituida.

Y bien probó el ejército napolitano ser digno de tener tal general; la aureola de gloria que desde Nápoles al Garellano conquistára, adquirirá nuevos fulgores con la heróica defensa de Gaeta, y aunque salieron frustradas las esperanzas que el ministro de la guerra le hiciera concebir en la siguiente órden del dia, publicada el dia despues de la batalla del 29, no por ello cedió su valor y lealtad. Si en Nápoles hubo traidores, en el Volturno, en el Garellano, en Gaeta no hubo mas que héroes.

El ministro de la guerra, general Ulloa, dirigió al ejército en 30 de octubre las siguiente palabras:

«Soldados:

«Sin aviso, sin leal declaracion de guerra, el ejército sardo ha invadido el reino y se ha presentado á nuestra retaguardia. Así es que en los combates de Isernia y de Venafro no habeis tenido solo frente de vosotros al ejército de la revolucion, sino á otro mas numeroso, disciplinado y aguerrido, al ejército de un gobierno que conservaba aun las apariencias de la amistad para con nuestro augusto Rey Francisco II.

«La situacion ha cambiado pues, pero es mucho mas honrosa para vosotros, y la resistencia será mas gloriosa. El general en gefe fué invitado anteayer á una entrevista insidiosa y pérfida, y el general piamontés le dijo: «El ejército napolitano circunscrito en adelante á un palmo de terreno puede rendir las armas, pues estando ya el Rey Victor Manuel en Venafro no puede combatir.» El teniente general Salzano, como verdadero soldado, contestó lo siguiente: «El palmo de terreno será defendido pulgada por pulgada, y yo solo reconozco al augusto Rey Francisco II que se encuentra entre Sessa y la fortaleza de Gaeta.»

«Esta respuesta guiará nuestra conducta. La Europa civilizada del

siglo diez y nueve no puede permanecer espectadora pasiva de tan grandes, numerosas é inauditas enormidades. Sin duda que á la noticia del glorioso hecho de armas del 26 y del de ayer en las riberas del Garellano y en los desfiladeros de Cascano, sabrá recompensar vuestra bravura, vuestra constancia, y verá como en medio de dificultades que cada dia van en aumento, se conserva en el ejército napolitano, así por parte de los jefes, como por la de sus subordinados, el mismo espíritu de honor militar.»

El mal éxito de la operacion intentada el dia 29 movió á los Piamonteses á dirigir contra Cápua todos sus esfuerzos, y el dia 1.º de noviembre empezaron sus baterías compuestas de mas de cien piezas, á lanzar contra la plaza bombas y granadas. La artillería napolitana no permaneció tampoco inactiva, y segun confesion de sus propios enemigos, sus tiros eran de una precision maravillosa y redoblados, al paso que los de los Piamonteses y garibaldinos eran muy inciertos y lentos, de lo cual se mostró muy irritado Victor Manuel, dando órden á los suyos de aumentar las piezas y de redoblar el fuego. Los sitiados empero se encontraron en breve sin pólvora para continuar el fuego y sin víveres; y además los *regeneradores* de Italia, los *verdaderos amigos* de los pueblos no se limitaban á dirigir sus proyectiles contra las fortificaciones; tres hospitales, una iglesia y muchas casas particulares habian sido presa de las llamas; varios ciudadanos pacíficos habian sido muertos por las calles ó en sus habitaciones, y así es que era indecible el terror de la poblacion. Estas causas reunidas hicieron que la plaza izara bandera blanca el dia 2 de noviembre, y aceptára las duras condiciones del vencedor. Adviértase tambien que entre los defensores solo cuatro mil eran válidos para empuñar las armas; los demás se hallaban enfermos, heridos ó atacados de oftalmía. La guarnicion salió de la plaza con todos los honores militares y banderas desplegadas; pero luego hubo de entregar las armas, y solo los oficiales conservaron la espada y el caballo. Con ello perdia el rey Francisco II 6 generales, 10,500 soldados y oficiales, 290 cañones de bronce, 160 cureñas, 20,000 fusiles, 10,000 sables, 80 carros, 240 metros de puente, y 500 caballos y mulos.

Entre tanto Cialdini salia de Teano durante la noche del 1.º al 2 de

noviembre, y al frente del grueso del ejército pasó el Volturno en Suio y Mortola, siguió luego por Traetto y desembocó en el llano de Scauri. Las tropas reales sorprendidas por aquel repentino ataque se retiraron hácia Mola por un estrecho sendero abierto entre la montaña y la playa, pero la escuadra sarda que se hallaba á su lado á medio tiro de cañon, dirigió contra ellas repetidas descargas de metralla, haciéndoles experimentar grandes pérdidas. Mola de Gaeta fué atacada por la division del general De Sonnaz, la cual cuatro veces llegó hasta las primeras casas á la bayoneta y otras tantas fué rechazada, cuando sucedió al ejército de Francisco II lo mismo que habia pasado á las tropas pontificias. Los buques sardos dirigieron un fuego horrible contra la poblacion, y los soldados del Rey atacados por donde menos esperaban, en vista de la promesa que el almirante francés hiciera á Francisco II, hubieron de abandonar su posicion y retirarse hácia Gaeta. Una division de quince mil napolitanos pasó la frontera pontificia con armas y bagajes; cogidos entre dos fuegos por las columnas piamontesas y la escuadra, dirigiósele la intimacion de rendirse y aunque se hallaban hambrientos y extenuados de cansancio, pues habian forzado su marcha á través de senderos desconocidos, de precipicios y de montes escarpados, contestaron con energía que, solo de Francisco II recibirian órdenes, que eran todavía en bastante número para rechazar un insulto, y que si se les reducia á la desesperacion, se abririan un camino á la bayoneta. Los Piamonteses no se atrevieron á atacar aquellas tropas en desórden y dejáronlas franco el paso hasta las fronteras pontificias. Llegadas allá depusieron sus armas en manos de los Franceses enviados por el general Goyon á Terracina, conservando los oficiales sus espadas. El gobierno del Papa prodigó á los Napolitanos toda clase de auxilios, y los soldados franceses les dispensaron una fraternal acogida; algunos jefes y oficiales no se portaron con igual nobleza, pues no vacilaron en insultar el infortunio de los vencidos.

Para que se comprenda toda la villanía de que fué víctima el ejército napolitano en Mola, importa saber que el almirante francés habia prometido al Rey Francisco II oponerse á toda agresion que intentase la escuadra sarda, siendo sus palabras tan enérgicas y generosas que dispuso el Rey que se dieran las mas efectuosas gracias á Luis

Napoleon. A lo que parece la palabra dada *pudo* en un principio ser cumplida, y como hemos visto, el almirante Tinan se opuso al primer ataque de los buques sardos contra el campamento establecido en la desembocadura del Garellano. Victor Manuel se quejó por el telégrafo á París, y desde allí se expidieron al almirante nuevas órdenes previniéndole dejar libre á la armada piamontesa en sus operaciones de guerra. M. de Tinan obedeció, y las tropas de Francisco II fueron hostilizadas cuando se consideraban seguras por la parte del mar, pues si bien el almirante se apresuró á notificar al Rey el cambio que habian sufrido las intenciones de su gobierno, el almirante Persano ametrallaba ya á las tropas napolitanas cuando en el cuartel real se recibió su aviso. Francisco II que tanta deferencia mostró siempre hácia el emperador de los franceses, pudo en muchas ocasiones, y entre otras en esta, conocer el afecto que Luis Napoleon profesaba á su persona y á su dinastía.

En aquel entonces ocurria en la capital un hecho escandaloso entre los muchos que presenciaba hacia algun tiempo. Garibaldi, que se fingió ferviente católico cuando para alcanzar la victoria le convenia halagar á las masas, arrojó la máscara, y con una audacia, que no sabemos si llamar horrible ó ridícula, atrevióse á blasfemar contra la religion católica y la potestad espiritual del Pontífice de Roma. Se ha dicho por algunos, al censurar la conducta de Victor Manuel y de Cavour, que el único que se mostrara leal, que habia dicho con franqueza lo que se proponia y deseaba, era Garibaldi. No hay tal, Garibaldi, lo mismo que sus maestros, el rey y el ministro, no ha tenido jamás la franqueza del crímen. Cuando el triunfo era dudoso, cuando no habia logrado aun dominar y aterrorizar al pueblo napolitano por medio de sus bandas de aventureros y de sangrientas ejecuciones, decíase adversario del poder temporal de la Santa Sede, pero fingia acatar su autoridad divina; oigámosle ahora y verémos como se expresa el mismo que al entrar en Nápoles se dirigió ante todo á la catedral, el que mandó cantar un *Te Deum*, el que solo tenia para el clero palabras halagüeñas. Es cierto que sus obras las desmintieron siempre, pero es lo cierto que lo decia. Hipócrita conducta de los revolucionarios! viles y cobardes siempre, no se atreven hasta haber conseguido la victoria á proclamar en alta voz sus fines. Católicos ardientes, han

conducido al Pontificado al borde del abismo, y consumarian su ruina, á ser ella posible; monárquicos decididos, la monarquía les debe sus mas angustiosos momentos; amantes de la libertad, la libertad muere en sus brazos; amigos del pueblo, son sus satélites la tiranía y la degradacion.

El dia 31 de octubre bendijéronse en la plaza de Nápoles las banderas de la infantería húngara; concluida la ceremonia, Garibaldi tomó en la mano una bandera y dijo:

«Estoy orgulloso y feliz al depositar en vuestras manos y al fiar á vuestro valor estas dos banderas, cuyos colores hermanos están acostumbrados á los campos de batalla de la independencia italiana.—Vosotros sabreis defenderlas—vosotros, que habeis ya derramado tanta sangre por la libertad, las guiareis en la lucha contra el Austria hasta la hora de nuestra victoria.—Yo me comprometo, cuando llegue el momento, á hacer enarbolar junto á la vuestra la bandera italiana, porque vuestra causa es la nuestra, y juro que no lo olvidaré jamás.»

Estas palabras fueron acogidas con frenéticos *hurras*, y el dictador dió fin á estos aplausos retirándose al palacio de la Foresteria.

El general Turr habló dos veces, antes y despues del juramento de las citadas banderas, produciendo sus palabras tambien entusiastas aplausos. Estos continuaban cuando el dictador apareció de nuevo en el balcon de dicho palacio; en su semblante se advertia algo de sombrío. La multitud al verle reclamó el silencio, pero como no hablaba, algunos hombres del pueblo gritaron: Dictador, dos palabras.

Garibaldi entonces inclinándose ligeramente, dijo:—«Pueblo generoso, tú no conoces el egoismo; y sin embargo tú has sido hasta ahora el reclamo, aun mas que el reclamo, la víctima del egoísmo; pero como yo veo en tu candidez los sentimientos del justo y del honrado, no quiero que te dejes por mas tiempo dominar por algunos miserables que te han vendido siempre al mercado de su ambicion. —Es necesario no dejarte engañar mas en el porvenir como en el pasado, ya sea que esto proceda de los individuos ó de los pueblos. El egoismo es un delito; pero tú has dado pruebas en este dia de que no era tuyo este delito, porque hoy has admitido por base de todo principio social la fraternidad de los pueblos; hoy has tendido la mano á

esta valiente nacion, que quiere libertarse de la tiranía de sus enemigos, que son igualmente los tuyos. Los Húngaros han derramado su sangre en tus dias de opresion, tú les tiendes la mano en el dia de la libertad; con esta mano ayúdalos á combatir al enemigo comun, porque el dia de la lucha está próximo.

«Pero antes debes aun combatir otros mas poderosos egoistas en el interior de Italia, y yo no te citaré mas que el principal de todos:

«El Papa.»

El dictador continuó su discurso desatándose en invectivas contra el Padre Santo, empleando un lenguaje que una pluma católica se resiste á reproducir. «Es preciso extirpar de Italia el cáncer del Pontificado... Es preciso acabar con esos trajes negros,» dijo, y sus sacrílegas palabras, al resonar en la inmensa plaza cuajada de espectadores, no despertaron ni un aplauso, ni un grito. La multitud permanecia como aterrada, y no bastó á sacarla de su estupor, la obligada frase con que Garibaldi terminó su discurso. «Soy cristiano y verdadero católico», dijo, golpeándose el pecho. Colíjase por ello cual es la fé, cual la franqueza, cual el valor de los hombres de la Revolucion.

CAPÍTULO XIV.

Entrada triunfal de Victor Manuel en Nápoles.—Su manifiesto á los pueblos de Nápoles y Sicilia.—Distribucion de recompensas.—Nota de Francisco II relativa al plebiscito.—Descontento del pueblo y del rey popular.—Proclama de Garibaldiy su partida para la isla de Caprera·—Disolucion del ejército garibaldino.

La retirada de las tropas reales dejó á los invasores, sino en pacífica posesion del usurpado reino de las Dos Sicilias, al menos sin enemigos que pudiesen disputarles su conquista con esperanzas de buen éxito; y resolvióse entonces que Victor Manuel, que habia asistido á la rendicion de Cápua y al paso del Garellano, abandonase el teatro de la lucha y se trasladase á la capital para cojer las palmas y laureles, cuyos gérmenes, plantados por sus ministros y diplomáticos, habian crecido á la sombra de las perfidias y traiciones.

El municipio de Nápoles y el celo del prodictador habian preparado y pagado en un millon de francos un fastuoso aparato triunfal por la calle de Toledo; pero el resultado fué que se hizo muy poca cosa, y que á pesar del tiempo de que se pudo disponer, hallábase todo sin concluir al verificar el Rey su entrada. De ciento y tantas estátuas que habian de simbolizar cien ciudades italianas en el acto de tributar homenage á su nuevo soberano, solo se hallaban colocadas dos ó tres; de las demás solo se veian los pedestales. Del arco de triunfo levantado al extremo de la mencionada calle, no habia mas

que el esqueleto, de modo que así podia tomarse por una horca como por un arco triunfal. Una copiosa lluvia contribuia á dar á la fiesta un carácter mas triste y ridículo.

El rey de Cerdeña verificó su entrada el dia 7 de noviembre por la mañana. En la estacion del ferro-carril se había levantado un pabellon en el que le esperaba el cuerpo municipal con su presidente á la cabeza, y despues de descansar allí algunos momentos, y de dirigir á los que habian de formar el cortejo las palabras que son de rigor en tales casos, subió al coche haciendo colocar á su izquierda á Garibaldi que vestia la camisa encarnada de los voluntarios, y al vidrio á los prodictadores de Nápoles y Palermo, Pallavicino y Mordini. En pos de los carabineros y del coche real corria un grupo de Lazzaroni con ramas de olivo y banderas, que saltaban gritando *Viva el rey*, sin que á sus gritos contestase voz alguna. Desde los balcones y las calles, miraba el pueblo sorprendido, taciturno, el paso del cortejo, y solo en tres ó cuatro puntos de la carrera se arrojaron flores y se oyeron aclamaciones. Así siguieron hasta la catedral, cuyo clero se negó á cantar el *Te Deum* por la inmolacion de la patria, teniendo el rey que valerse para ello de los individuos de su propia capilla. Desde allí se dirigió Victor Manuel al Palacio Real, y despues de recibir á algunos personajes, se retiró á las habitaciones interiores. A creer el programa oficial, hubo aquella noche iluminaciones, pero seguramente que nadie lo hubiera creido al considerar que en toda la ciudad no aparecieron mas luces que unas cuarenta ó cincuenta en la espaciosa calle de Toledo. El rey de Cerdeña al dirigirse al teatro de San Carlos, donde para que todo corriese parejas, se ejecutó una funcion que, segun los periódicos de la capital, ni siquiera mereció los honores de la crítica, hubo de quedar bien sorprendido al considerar la reserva con que sus nuevos súbditos le manifestaban su entrañable cariño.

Luego despues de haber llegado á la capital dirigió á los pueblos de Nápoles y de Sicilia el siguiente manifiesto, por el que se dignó aceptar la corona y el reino que le regalaban Garibaldi, los prodictadores y el plebiscito, y en el cual se declara criatura del sufragio universal, que es tambien la base del imperio francés y de la dinastía napoleónica.

«A los pueblos napolitanos y sicilianos.

«El sufragio universal me da el supremo poder de estas nobles provincias. Acepto este solemne decreto de la voluntad nacional, no por ambicion de reinar, sino por conciencia de italiano.

«Mis deberes se aumentan como los de todos los Italianos, y mas que nunca son necesarios un acuerdo formal y una constante abnegacion.

«Todos los partidos deben inclinarse con adhesion ante la majestad de la Italia que Dios protege.

«Debemos establecer aquí un gobierno que dé las garantías de una vida libre á los pueblos, y de probidad severa á la opinion pública.

«Cuento con la eficaz cooperacion de todos los hombres de bien. En donde quiera que la ley pone un freno al poder y garantiza la libertad, el gobierno puede tanto para el bien público como el pueblo para la virtud.

«Debemos demostrar á la Europa que si la fuerza irresistible de los acontecimientos ha superado los tratados hechos para la desgracia secular de la Italia, sabemos restaurar en la nacion unida el imperio de los dogmas inmutables, sin los cuales toda sociedad está enferma, y toda autoridad combatida é incierta.

«VICTOR MANUEL.»

El dia siguiente presentó Garibaldi al Rey el plebiscito que declaraba anexionado el reino de las Dos Sicilas á la corona de Cerdeña, y el ministro Conforti pronunció las siguientes palabras:

«Señor, el pueblo napolitano, reunido en sus comicios, os proclama su Rey por una inmensa mayoría. Nueve millones de Italianos se unen á las demás provincias que gobernais tan sabiamente, y realizan vuestra solemne promesa de que la Italia ha de ser de los Italianos.»

Si Victor Manuel hubiese querido prestar el oido, habria escuchado que á tan falsas palabras contestaban el estruendo de la artillería en las inmediaciones de Gaeta, y las descargas de los fusilamientos con que eran diezmados los habitantes en todas las provincias de la conquistada monarquía.

Para los reyes que así atropellan al débil é insultan despues á la justicia, á la Providencia, pretendiendo hacerles cómplices de sus desvaríos, reserva Dios muy terribles castigos.

Desde aquel momento cesó la dictadura de Garibaldi y el ministerio presentó su dimision.

Habia llegado el momento de repartir el botin, y sin temor puede decirse que los conquistadores del reino de las Dos Sicilias llenaron su trabajo en conciencia. El médico Farini, tuvo como era justo, la mayor parte, y fué nombrado *lugarteniente del rey* en las provincias continentales del usurpado Reino, y él á su vez nombró consejeros de la lugartenencia al abogado Pisanelli, al comendador Scialoia, al caballero Piria, al marqués de Affolitto, á José Vincenzi, al profesor Mancini, al abogado Ferrigni, á Camilo Carracciolo, y secretario al profesor Bonghi. Como puede suponerse no eran tales cargos gratuitos, sino que gozaban por el contrario de muy pingüe sueldo, lo cual demuestra que Farini es generoso y que reserva únicamente para sí su célebre propósito de querer *morir pobre*. Pallavicino recibió una lisongera carta en la cual se atribuia á su buen celo el feliz resultado del unánime plebiscito, y además algo mas sólido que fué el gran collar de la órden de la Anunciata, que le elevaba al rango de primo del rey. Esta gracia, empero, dió lugar á un nuevo y escandaloso rompimiento entre Pallavicino y Garibaldi, ofendido por no haberse conferido igual honor á su amigo Mordini, prodictador de Sicilia. A Garibaldi no pudo dársele mas que el grado de general de ejército, pero ni aun así quedó contento, é indicadas estas recompensas, que fueron las mas importantes, renunciamos de buen grado á continuar aquí la larga lista de las promociones y nombramientos que cayeron como el maná sobre los generosos hijos de la patria comun. El periódico oficial rebosaba de pensiones, ascensos, indemnizaciones y gratificaciones, y calculóse que en Sicilia los ingresos ordinarios del presupuesto de la isla, habian de ser insuficientes para llenar las pensiones y haberes de los empleados nombrados desde la invasion. A los pueblos corresponde ahora el cuidado de pagarlos.

En vista de ello y de la actitud de las poblaciones, considérese que valor ha de darse por cualquier hombre que no haya abjurado todo sentimiento de honradez y rectitud al famoso plebiscito, que constituye todo el derecho de los usurpadores del reino. Si jamás los hechos se encargaron de descorrer el velo á una impostura, fué sin duda en la ocasion presente, y nadie en Europa puede ya equivocarse acerca

de la *voluntad popular* de entregarse al Piamonte expresada en Nápoles por obra de Pallavicino y de Mordini, auxiliados por los puñales de los garibaldinos y los garrotes de los lazzaroni asalariados. Importaba sin embargo que tambien diplomáticamente fuese aniquilada por medio de una solemne protesta aquella sombra de anexion expontánea, á la cual el código del nuevo derecho público, proclamado y mantenido por la Francia y la Inglaterra, pretende atribuir algun valor. Por ello fué que el ministro de negocios extranjeros del Rey Francisco II, general Casella, dirigió la siguiente nota á los representantes de su soberano cerca de las córtes extranjeras, con fecha 14 de noviembre. Dice así:

«Por los periódicos tendrá V. E. noticia de que al mismo tiempo que tenia lugar la injustificada irrupcion de las tropas sardas en el territorio del Reino, el gobierno revolucionario de Nápoles decretó un plebiscito, segun el cual, el pueblo reunido en comicios, habia de votar por sufragio universal la absorcion de la monarquía, y la deposicion de la dinastía que desde hace un siglo la rige, transfiriendo la corona al soberano de Cerdeña. En Sicilia donde la revolucion convocara un parlamento para decidir esta cuestion, revocóse semejante medida, y conformándose con las instrucciones recibidas de Nápoles, se decretó igual plebiscito con la misma fórmula, á saber: *Quiere el pueblo la Italia una é indivisible con Victor Manuel, rey constitucional y sus legítimos descendientes?* El plebiscito fué votado, y el resultado fué el que habian de producir las circunstancias por necesidad: el pueblo entero pareció aceptar sin discusion, sin obstáculo y sin diferencia de opiniones un cambio tan radical de sus destinos; apenas si para dar á la comedia revolucionaria cierta verosimilitud se hicieron figurar un número insignificante de votos negativos. Y aunque las circunstancias que precedieron y acompañaron á aquel acto singular, no consienten duda alguna acerca de la absoluta falta de sinceridad en esta votacion, es la voluntad de S. M. el Rey N. S. que me dirija á V. E. para encargarle que proteste en su real nombre contra la nueva usurpacion de sus derechos, y explique al gabinete cerca del cual está V. E. acreditado, las razones que á los ojos de todo gobierno hacen ilegítima y nula la mencionada decision.

«Que pueda un pueblo al estar vacante el trono elegir á una nue-

va dinastía; que pueda establecer las condiciones de su futuro gobierno; que se someta la forma que ha de regirlo al sufragio universal, cosas son que pueden practicarse sin menoscabar los derechos de nadie y sin poner en peligro la tranquilidad de Europa; pero cuando se trata de un pueblo minado por la revolucion, subyugado por una nube de aventureros que no reconocen otra ley en su desenfrenada dominacion que la mas desenfrenada dictadura; cuando esta no basta aun y penetra en el territorio con un poderoso ejército el soberano que solicita la corona, y cuando el legítimo Rey ocupa todavía parte de su Reino, son tales actos una violacion manifiesta de todos los derechos reconocidos por las leyes y los tratados, violacion que no puede siquiera justificarse con la voluntad popular, en cuanto es impuesta por la revolucion interior y por la fuerza de las armas extrangeras. Aun admitiendo por un momento en toda su extension la doctrina de la soberanía nacional, y admitiendo tambien que sea lícito á un pueblo cambiar no solo la forma de su gobierno y expulsar á su soberano, sino alterar además por un acto de su voluntad los límites territoriales de Europa, la primera condicion para la legalidad de este acto habria de ser cuando menos la líbera expresion de la voluntad popular. En el reino de las Dos Sicilias no se ha conservado empero ni tampoco una sombra de libertad. Excepto alguna conmocion en Sicilia, producida por estranjeras y siempre crecientes provocaciones, y casi del todo sofocada, segun confesion de los mismos revolucionarios, el reino entero se hallaba del todo tranquilo cuando Garibaldi desembarcó con la bandera de Cerdeña, y las pocas fuerzas que le seguian, engrosadas sin cesar por las expediciones del Piamonte, se convirtieron en breve en un verdadero ejército en el que figuraban aventureros de todas las naciones.

«La forma de gobierno que en Sicilia establecieron no fué la libertad sino la dictadura, esto es, la institucion que confisca sin excepcion los derechos todos de un pueblo para concentrarlos en manos del gobierno; y cuando los infortunios militares, cuyo secreto conocerá algun dia la Europa, permitieron al ejército revolucionario atravesar el Faro, dominar las Calabrias, y ocupar en fin la capital del Reino, el gobierno creado en el continente fué tambien la dictadura, siendo Garibaldi proclamado dictador de las Dos Sicilias. Entonces empezó

á presenciarse un singular espectáculo: no hubo ley que fuese respetada; hacienda, administracion, sentencias judiciales, derechos de la Iglesia y sus relaciones con el Estado, todo fué conculcado para que comprendiesen los pueblos que no existen derechos ni leyes superiores á la dictadura. Todo ello sin embargo no parecia bastante para asegurar el triunfo de la revolucion. La Cerdeña que habia procurado ocultar hasta entonces su poderosa accion resolvió de pronto asumir sobre sí con impudente audacia la direccion del movimiento. El almirante sardo se apoderó de la armada napolitana y desembarcó tropas, artillería y municiones para combatir al ejército del Rey y subyugar mas aun la voluntad de los pueblos. No bastó empero semejante acto para lanzar á los pueblos en brazos del Rey de Cerdeña, y cuando se trató de votar el plebiscito, aquel soberano al frente de sus tropas regulares llegó en persona á reclamar bajo el imperio de las bayonetas, los votos de los pacíficos habitantes del reino y á arrojar su espada en la balanza de la votacion.

«Ante hechos tan públicos y notorios no habrá seguramente nadie que se atreva á decir, no que se haya dejado libertad al pueblo para manifestar su opinion, sino tampoco que el artificio revolucionario haya conservado siquiera las apariencias. Como si todo ello fuese insuficiente aun, y como para abrir los ojos á los mas obcecados sobre el grado de libertad que pensaba el gobierno revolucionario conceder á la votacion, el dictador Garibaldi, en decreto del 15 del mes pasado, esto es seis dias antes de la convocacion de los comicios, anticipándose á la voluntad popular y decidiendo por sí mismo en nombre del pueblo, establecia solemnemente en virtud de su autoridad dictatorial, que *las Dos Sicilias forman parte integrante de la Italia una é indivisible con su rey constitucional Victor Manuel y sus descendientes*. Tales son los términos del decreto de San Angelo que precedió de seis dias á la votacion. Bajo estos auspicios y sin ninguna clase de garantía se convocó el pueblo á votar, y á fin de que nada faltase para demostrar la violencia que con él se ejercitaba, los electores hubieron de depositar su voto públicamente, ante la autoridad revolucionaria y la guardia nacional, en una urna separada, para que se viese claramente quienes eran los que bajo tal cúmulo de fuerza se atrevian á desafiar á un tiempo á la revolucion interior y á

la presion extranjera. De este modo se ha presentado á los ojos del mundo el resultado del plebiscito, y no habrá hombre alguno de buena fe que pueda aceptar ni por un momento que sea esta la sincera expresion de la voluntad nacional. V. E. con su conocida lealtad y talento, hará valér las presentes consideraciones cerca de ese gobierno, y es deber mio añadir que S. M. el Rey no ve en la votacion del 21 de octubre, sino un nuevo acto de violencia cometido contra su pueblo por la fuerza extranjera, entendiendo que semejànte acto no podrá jamás invalidar los derechos de su corona, ni destruir la independencia y la autonomía del reino de las Dos Sicilias. Queda V. E. autorizado para leer y dejar copia de la presente nota á ese ministro de negocios extranjeros.—*Casella.*»

Lo lluvioso del tiempo y la arrogancia de los Piamonteses y garibaldinos habian contribuido á poner de mal humor al populacho napolitano que no pudo gozar de las fiestas ordenadas y pagadas por el municipio, á expensas, se entiende, del pueblo á quien se mandaba celebrar la anexion. Una vez hubo cesado la lluvia quísose ver algo de las maravillas preparadas; pero el resultado no correspondió de modo alguno á las esperanzas concebidas. Llegado el dia de las tan deseadas iluminaciones, quedó demostrado el valor de las escusas antes alegadas; habíase achacado la culpa al mal tiempo, á la lluvia; mas serenado el cielo no se vieron mas luces ni mayor entusiasmo. Las súplicas del síndico para que se iluminaran á lo menos la calle de Toledo y algunas otras inmediatas al palacio real, fueron vanas; el pueblo no hizo casi nada; hubiérase dicho que la alegría por haber sacudido el *ominoso* yugo de su Rey le sofocaba y atontaba.

Y esto que no se habia perdonado medio alguno para regocijar al pueblo napolitano, ya inclinado por naturaleza á las fiestas y algazara. Abundantes dádivas, rebaja momentánea de las contribuciones, abolicion de los derechos de consumo sobre varios artículos, como granos, harina, sémola, pan y bizcocho, pastas elaboradas, arroz etc.; institucion de escuelas gratuitas y de salas de asilo y otros mil medios para halagar al pueblo fueron empleados con gran pompa y ostentacion. Entre otras medidas merece particular mencion la que mandó confiscar las propiedades de la casa real á beneficio

de los conspiradores ó de los hombres que se hallaban ausentes del reino por delito de alta traicion, ó sufriendo condenas legales por crímenes de lesa magestad. Este decreto publicado en nombre de Victor Manuel decia así:

« Art. 1.° Del valor de las rentas inscritas confiscadas á los Borbones y confiadas al Estado en virtud de anteriores disposiciones, se sacará la cantidad efectiva de seis millones de ducados que en conformidad á una estimacion equitativa se repartirán á las víctimas políticas de estas provincias del continente desde el 15 de mayo de 1848.

« Art. 2.° Con este objeto el gobierno nombrará una Junta de ciudadadanos íntegros que repartirán la citada cantidad en favor :

De los que sufrieron el saqueo en 15 de mayo de 1848;

De los que fueron presos ó condenados por causa política;

De los que emigraron á consecuencia de haberse dictado contra ellos auto de prision, sea por la autoridad judicial, sea por la autoridad política ;

De los que fueron expulsados á viva fuerza del Estado por causas políticas ;

De los que por causa política se vieron obligados á permanecer en distinto distrito de aquel en que tenian establecido su domicilio ;

Por último, de los que se vieron obligados á permanecer ocultos á consecuencia de haberse dictado órden de prision contra ellos por causa política.

« Art. 3.° La junta al poner en ejecucion esta medida señalará en su prudencia la compensacion que debe darse á cada uno por los perjuicios sufridos.

« Art. 4.° El derecho de la indemnizacion puede ser tambien aplicable á los ascendientes ó descendientes de los que estén comprendidos en alguna de las categorías expresadas.

« Art. 5.° Las solicitudes correspodientes deben presentarse á la junta dentro el término de cuatro meses, á contar desde el dia en que se publiquen en el *Diario oficial* los nombres de sus individuos. El término de cuatro meses será improrogable.

« Art. 6.° Todos los ministros quedan encargados de la ejecucion de este decreto. »

Sin embargo todo fué en vano ; el pueblo no salia de su mudo es-

tupor, y veia con indignacion su independencia perdida y la nube de extranjeros que invadian los destinos públicos.

No era mayor el contento del nuevo monarca. Si ofendia á los Napolitanos la altivez y el severo rigorismo de los Piamonteses, la llaneza y familiaridad con que aquellos trataban al poder, disgustaron en alto grado al rey Victor Manuel. Acostumbrados los Napolitanos á las patriarcales costumbres de sus antiguos Reyes no podian menos de irritarse al ver cerradas siempre para la multitud las puertas del real palacio, al contemplar la numerosa escolta que precedia y seguia al coche del que se titulaba Rey por la voluntad popular. El *odiado* Fernando II, aun en medio de los sufrimientos que le hizo padecer su postrera enfermedad, jamás suspendió las audiencias públicas, y solo en los dias de gran solemnidad salia á la calle rodeado de soldados.

Garibaldi en tanto se retiró á la isla de Caprera inmediata á Nápoles, cual nuevo Aquiles á su tienda. Lo que quedaba que hacer, así en Gaeta como en la capital, era empresa harto espinosa para su portentoso genio militar y político, y abandonó el campo á otros mas afortunados, si bien lo hizo con todo el sentimiento de su corazon. Despechado al ver que los hombres llegados de Turin eran los favoritos del nuevo soberano, que á ellos se encargaba el gobierno de un país que consideraba como suyo, rechazó los dones de que pretendia colmarle la munificencia real. Rehusó el gran collar de la Anunciata, los palacios que se trataba de regalarle, la dote ofrecida á su hija y la promocion de su hijo á un elevado grado militar; y únicamente aceptó para sí el grado de general de ejército. Su pretension consistia en que se le confiriese por espacio de un año y con plenos poderes la lugartenencia general de las Dos Sicilias, pero Farini que gustaba de la prebenda, no quiso cederla, y Victor Manuel, que deseaba librarse por entonces del marino de Niza, se negó á acceder á las exigencias de Garibaldi por «el profundo respeto que le merecian las instituciones constitucionales de las cuales participaban ya las provincias meridionales.» Y no es estraño que esto sucediera; Garibaldi se habia aficionado á la dictadura, y solo habia renunciado á ella para obtener el auxilio de los Piamonteses y evitar una segura derrota; pero su deseo era que el Rey, cambiando de nombre, le conservase en el goce de aquella suprema autoridad. El Rey, empero, que si es

revolucionario á lo Cavour, es decir falsa y traidoramente, no lo es á lo Mazzini, esto es, con resolucion y franqueza, no consideró prudente dejar en Nápoles á Garibaldi que, por sus tendencias y vacilacion, ofrecia á los mazzinianos seguro medio de elevarse al poder, y se negó á lo que solicitaba de él el *héroe* de Italia. Este se retiró pues del teatro de los acontecimientos como un semi-dios antiguo, llorado por Alejandro Dumas, y desde aquel momento, cual otro Cincinato, el *general invencible*, el *rayo de la guerra*, el dictador omnipotente quedó ridículamente convertido, para las poéticas imaginaciones revolucionarias, en el *Solitario de Caprera.*

Sin embargo él, tan aficionado á proclamas y á declamaciones, no podia partir sin asombrar antes al mundo con algunas palabras, é hízolo en una proclama dirigida á sus compañeros de armas, que en medio de bien traidos recuerdos de la antigüedad respira un lirismo capaz de hacer caer el fusil de las manos mas aguerridas. Las madres, las jóvenes, los Macedonios, los tiranos, los esclavos, la libertad y las cadenas habilmente parafraseados, constituyen este documento de cuya lectura no queremos privar á nuestros lectores por el gusto que de ella han de reportar.—Duélenos ahora mas que nunca no poder dar crédito á los vaticinios del nuevo conquistador; siempre seria para nosotros gran consuelo ver que nos hallamos en mayo y que no ha aparecido todavía ni la mitad del millon.

Dice así aquel original documento:

Á MIS COMPAÑEROS DE ARMAS.

« Los acontecimientos que terminan debemos considerarlos como la penúltima jornada de nuestra emancipacion, y prepararnos para concluir gloriosamente el objeto magnífico proseguido por los elegidos de veinte generaciones, y cuyo cumplimiento ha sido confiado por la Providencia á nuestra afortunada generacion.

« Sí, jóvenes, á vosotros es á quien la Italia debe la obra que ha merecido los aplausos del mundo entero. — Habeis vencido y vencereis, porque estais para lo sucesivo acostumbrados á la táctica que decide de la suerte de las batallas.

« No sois inferiores á los héroes que se precipitaron sobre las falanges macedonias, y hundieron el acero en el pecho de los soberbios dominadores del Asia. A esta brillante página de la historia de nues-

tra patria se añadirá otra mas gloriosa aun; y el esclavo podrá por fin mostrar á su hermano libre un arma acerada, construida de los eslabones de su cadena.

« ¡ Á las armas, todos ! — todos ! y los opresores y los tiranos desaparecerán como el polvo. — Y vosotras, mujeres, rechazad de vuestro lado á los cobardes — no os darian mas fruto que cobardes. Y vosotras, niñas de esta tierra de belleza, aspirad á ser madres de una raza fuerte y generosa.

« Vayan los tímidos doctrinarios á llevar á otra parte su servilismo y sus flaquezas.

«El pueblo es para lo sucesivo dueño de sí mismo. Quiere ser hermano de los demás pueblos, pero quiere tambien llevar alta la frente ante la arrogancia y la amenaza; — no quiere rastrear, ni mendigar su libertad; — no quiere ir á remolque de hombres cuyo corazon es fango, nó! nó! nó!

« La Providencia ha dado á la Italia Victor Manuel. Todo Italiano debe unirse á él, ponerse á su lado. Cerca del Rey caballero, deben apagarse toda clase de celos, disiparse todo rencor. Repito de nuevo mi grito de: ¡á las armas, todos, todos! — Si en el mes de marzo de 1861 no se encuentran sobre las armas un millon de Italianos ¡pobre libertad ! ¡ pobre Italia !... Pero nó ; léjos de mí tan amarga idea. El mes de marzo de 1861, y en caso necesario el mes de febrero, nos encontrará á todos firmes en nuestro puesto.

« Italianos de Calatafini, de Palermo, del Volturno, de Ancona, de Castelfidardo, de Isernia, y todos los hijos de nuestro país que no quieren ser ni cobardes, ni serviles, agrupáos todos, todos, al rededor del glorioso soldado de Palestro, y darémos el último golpe á la tiranía espirante.

« Jóvenes voluntarios, honrosos restos de diez batallas, recibid una palabra de despedida, que os dirijo desde lo mas íntimo de mi alma conmovida. Hoy debo retirarme á la vida privada, pero por poco tiempo. La hora del combate me encontrará de nuevo con vosotros, entre los soldados de la independencia italiana.

« Váyanse á sus casas solo aquellos á quienes les llaman imperiosos deberes de familia, y los gloriosos mutilados que han merecido bien de la patria. La servirán tambien en sus hogares con las exhorta-

26

ciones y con el espectáculo de las nobles cicatrices que iluminan su rostro varonil de veinte años. Á excepcion de estos, sigan todos bajo sus gloriosas banderas.

«Transcurrirá poco tiempo hasta que volvamos á encontrarnos para marchar juntos á emancipar á hermanos nuestros, esclavos aun del extranjero, y para volar á nuevos triunfos.

« Nápoles 8 de noviembre de 1860.

« GARIBALDI. »

Dejémosle, pues, en su retiro entregado cual otro Alejandro á sus sueños de glorias y conquistas, mientras que Cavour y sus cómplices tendrán ya sin duda preparadas las notas diplomáticas para *reprobar la audacia del aventurero*, reservándose recojer el fruto luego que se halle sazonado.

Los unitarios *puros* no tomaron la cosa tan filosóficamente como su caudillo, y empezaron á amotinarse en la capital. Los voluntarios recorrian las calles al grito de : *queremos á Garibaldi*, y fueron precisas muchas exhortaciones apoyadas por algunas cargas á la bayoneta para reducirles á la razon. El mal sin embargo empeoraba cada dia, y se conoció la necesidad de acudir á remedios mas radicales, que consistieron en llenar las cárceles con algunos centenares de garibaldinos. Entonces, por una de aquellas vicisitudes de las cosas humanas, encontráronse en los mismos calabozos los infelices presos por su amor á la independencia de la patria, y los hombres que la habian invadido y subyugado por medio de la traicion, y que fueron antes sus verdugos.

Para quitar combustibles al fuego, y privar de toda esperanza á los revoltosos, tomóse el partido de disolver el ejército garibaldino. Deseosos de parar el golpe los amigos y lugartenientes de Garibaldi, esto es Bixio, Cosenz, Sirtori, Turr y Médici, propusieron trasladarse con sus bandas á la Lombardía y á los Ducados, y convertirse allí en tropas regulares ; pero su plan no fué admitido, y la siguiente órden del dia de Victor Manuel cayó como el rayo sobre los conquistadores de camisa roja.

COMANDANCIA DEL EJÉRCITO.

ÓRDEN DEL DIA.

« El ejército de los voluntarios de la Italia meridional ha merecido bien de la patria y de Nos.

« En tanto que nuestro gobierno procede á su reorganizacion definitiva, segun los reglamentos del Estado,

« Decretamos :

1.° Una comision de generales y oficiales superiores, elegidos por los dos ejércitos, nos hará las proposiciones convenientes conforme á los documentos relativos por lo que respecta á los grados de los oficiales.

2.° La ley sobre las pensiones en vigor en los antiguos Estados, será aplicada á los oficiales, sargentos, cabos y soldados inhabilitados para el servicio militar á consecuencia de heridas recibidas en la guerra.

3.° Se concederá licencia á los sargentos, cabos y soldados que deseen volver al seno de su familia, á quienes se facilitarán los medios de transporte por mar y por los caminos de hierro, al mismo tiempo que la gratificacion de un trimestre de su haber á título de indemnizacion.

Esta licencia no libra á los que, segun los términos de las leyes, tengan que cumplir algun empeño con el Estado y con el ejército.

4.° Los voluntarios que quieran continuar en el servicio deben contraer un empeño de dos años, á contar desde la fecha presente, y serán organizados conforme á los demás cuerpos del ejército.

5.° Se concederá por gastos de viaje una gratificacion equivalente á seis meses de sueldo á los oficiales y milicianos de la Guardia nacional que forman parte del ejército meridional.

« Dado en Nápoles á 12 de noviembre de 1860.

« VICTOR MANUEL. »

El mayor número de voluntarios prefirieron percibir el trimestre de abono que se les concedia y volver á sus hogares, y de la legion inglesa que contaba unos 1,000 hombres y habia costado como 20 mil

libras esterlinas, mas de 900 abandonaron sus banderas. Los oficiales ofendidos por la institucion de una comision de exámen, aceptaron en número de 700 el ofrecimiento que se les hizo de seis meses de sueldo y de los gastos de viaje, y se apartaron de sus filas, presenciando Nápoles aquellos dias una contínua emigracion de camisas encarnadas. Los aventureros no abandonaban sin pesar el reino que pensaron convertir en cuartel general de la democracia europea para lanzarse desde allí á mas atrevidas empresas.

El ejército de la Revolucion quedaba disuelto, pero no hay duda en que á una señal de Garibaldi podria formarse otra vez. En tanto, le sustituye en Italia el ejército del Piamonte.

CAPÍTULO XV.

Concentracion de las tropas reales en las inmediaciones de Gaeta.—Protesta del gobierno legítimo por el bombardeo de Mola.—Situacion de las tropas napolitanas.—Orden de retirarse á Gaeta.—Descripcion de esta plaza.—Nuevas defecciones.—Continuas escaramuzas.

Por mas heróico que fuera hasta entonces el valor desplegado por el ejército del Rey Francisco II en todos los encuentros, no pudo continuar por mas tiempo, á pesar de su obstinada resistencia, en la conservacion de sus posesiones, y vióse al fin precisado á pronunciarse en retirada. Obligado á combatir á la vez á las hordas de aventureros que, como aves de rapiña, se lanzaron sobre su desgraciado país, y al ejército regular de un Rey, que de aliado se habia convertido de repente en su mas implacable enemigo, imposible le era poder por sí solo resistir en campo libre á tantos enemigos ni hacer frente á tantos peligros. En vano su bravura en los anteriores combates habia hecho sufrir al ejército piamontés grandes pérdidas; en vano todos los soldados napolitanos estaban resueltos á morir con gloria en defensa de su patria y de su Rey tan impunemente ultrajados; en vano en distintos puntos del reino se alzaban hombres denodados, dispuestos á defender al gobierno legítimo hasta el último trance; todo lo habia previsto ya de antemano el cobarde invasor, que no asestó su golpe hasta estar seguro de inutilizar tantos es-

fuerzos. ¡Qué podia hacer un puñado de valientes ante un ejército tres veces superior en número, que contaba con el firme apoyo de dos grandes potencias, y sobre todo, que empleó en el ataque los medios mas infames! El resultado no podia ser dudoso.

Recibió el ejército real la órden de retirarse á Mola, como saben ya nuestros lectores, donde no tardó en verse atacado por las fuerzas piamontesas, y hasta por la escuadra de Victor Manuel, mandada por el almirante Persano, á pesar de haber asegurado el almirante francés al gobierno legítimo del Rey de Nápoles, que nada debia temer por la parte de mar, por tener órden expresa de su gobierno de oponerse á todo ataque que intentase la escuadra del Piamonte contra cualquier punto marítimo ocupado por las tropas de Francisco II. Sin embargo, aquella formal promesa hecha en nombre de la Francia por el almirante Barbier de Tinan, fué cumplida con la *misma escrupulosidad* que lo habian sido todas las demás promesas anteriores hechas por Napoleon III á su *protegido* y *aliado* Francisco II. Las tropas napolitanas fueron mucho mas hostilizadas en Mola de Gaeta por la escuadra piamontesa, que por el ejército invasor, recibiendo con ello el Rey de Nápoles una nueva prueba que le demostraba cuan poco podia fiar en la palabra del emperador Napoleon. Hé ahí la nota que dirigió el gobierno napolitano con este motivo á sus representantes cerca de las córtes extranjeras:

« El infrascrito presidente del Consejo de Ministros, encargado interinamente de la cartera de negocios extranjeros, se vé en la precision de comunicar á V. E. que por desgracia continua entregándose cada dia el ejército invasor á nuevos actos de barbarie que confirman mas y mas las justas quejas contenidas en su nota del 26 de octubre último. Para librar á las tropas reales acampadas en las orillas del Garellano del horroroso fuego que dirigió contra ellos la escuadra piamontesa, se les comunicó la órden de emprender la retirada; pero notado por la escuadra enemiga aquel movimiento, se colocó rápidamente á lo largo de la orilla inmediata al camino, rompiendo desde luego un fuego horroroso contra el ejército real, mientras se disponia á cumplir la órden recibida. Toda aquella noche y gran parte del dia siguiente duró el cañoneo, cesando tan solo cuando hubo verificado su retirada aquella tropa indefensa, á la que solo podia acusar-

se de haber creido demasiado en la formal promesa que se le habia hecho de no hostilizársela por la parte del mar. Reducido de aquel modo el ejército del Rey en Mola y en las fronteras del reino, tuvo que sufrir un nuevo bombardeo de seis horas en aquella infortunada ciudad durante la noche del 3 al 4, en la que no cesaron ni un momento las bombas, granadas y otros proyectiles que casi redujeron á escombros los hospitales y una gran parte de la propiedad particular, sepultando entre sus ruinas á un gran número de aquellos inocentes y pacíficos habitantes.

«Si alguna vez el soberano legítimo de las Dos Sicilias se habia visto obligado con todo el dolor de su corazon á apelar á la triste necesidad de la guerra para reducir á la obediencia á alguna ciudad rebelde, nunca faltaron defensores oficiosos de los súbditos sublevados, que trataron de demostrar al poder legítimo con toda clase de ultrages, que era el primer deber de todo gobierno el conservar el órden y la paz entre sus súbditos.

«Ahora, empero, que el ejército y la escuadra de un Gobierno, que se titula regular, invaden, sin declaracion de guerra, un Estado vecino y amigo; que solo combaten con deslealtad, procurando por indignos medios hacer faltar á la fidelidad y al honor á aquellos á quienes no se habrian atrevido nunca á atacar de otro modo; que se muestran incansables en destruir todos los elementos de fuerza y de prosperidad de un pueblo, al que tienen aun la audacia de dar el nombre de hermano; y por último, que bombardean sin piedad las poblaciones indefensas y pacíficas, ninguna voz se levanta en Europa para protestar contra una serie de enormidades que no tienen ejemplo en la historia.

«Hora es ya de que la hipocresía y la astucia de la política piamontesa sean presentadas á la Europa en toda su desnudez; así que, cree de su deber el gobierno del Rey combatir aquella política con las armas de la publicidad, á fin de que nadie ignore cuales son los promovedores del desórden y de la revolucion social. A este objeto me encarga os remita la presente nota, de la que espero dejareis copia á ese gobierno. Aceptad, etc.

«Casella.»

Atacado á la vez por mar y tierra el ejército real, cuyas fuerzas

no excedian á la sazon de quince mil hombres, no podia continuar defendiendo por mas tiempo la línea del Garellano, ni exponerse á los azares de nuevas batallas que no habrian dejado de serle funestas, atendidas las inmensas ventajas del ejército contrario. En tal situacion, dispuso el jóven soberano retirarse á Gaeta con el resto de su valiente ejército, donde al menos le seria posible continuar por mas ó menos tiempo la defensa de su patria, y cumplir noblemente con el triple deber de padre, de ciudadano y de soldado.

No se ocultaban al Rey ni las privaciones de toda clase, ni los inminentes peligros á que iba á verse de continuo expuesto durante el sitio á que se sujetaba voluntariamente; pero dotado de un alma verdaderamente grande, cuanto mayores eran los obstáculos que tenia que vencer, tanto mas ansiaba el momento en que podria demostrar de nuevo á la Europa, en medio de los horrores de un espantoso sitio, como sabe morir un Borbon en defensa de sus sagrados derechos. ¿Qué importaba que la calumnía se hubiese cebado en Francisco II, presentándole como un monarca indigno por su pusilanimidad de regir los destinos de un pueblo, si iba tan en breve el jóven monarca á desmentir con su heroismo á la faz del mundo aquel cargo, tan injusto como todos los demás que dirigieron á la ilustre víctima sus bárbaros enemigos?

Dióse, pues, á las tropas napolitanas la órden de retirarse hácia Gaeta, frente á cuyos muros permanecieron acampadas hasta que las obligó á entrar en la plaza la inmensa artillería del ejército invasor. Como nadie ignora la importancia de esta plaza del reino de las Dos Sicilias, particularmente en la presente guerra, hemos creido complacer á nuestros lectores, ofreciéndoles su descripcion, á fin de que puedan comprender con mas facilidad los tristes acontecimientos de que ha sido teatro en estos últimos tiempos.

Está situada la ciudad de Gaeta en la provincia de la tierra de Labor, á 12 leguas O. N. O. de Caserta y á orillas del mar Tirreno. Debe á su situacion topográfica sus principales medios de defensa, pudiendo casi decirse que si en el caso de un sitio conserva su predominio en el mar, difícilmente podrá verse reducida; mas si por el contrario, las fuerzas marítimas del sitiador son superiores á las suyas, esto es, si puede este privarla con sus buques de toda comunica-

cion exterior, y por consiguiente de recibir municiones y refuerzos, quedará la plaza, á pesar de su sistema de fortificacion, reducida á la defensa y al valor de sus defensores.

Hállase situada Gaeta en la extremidad de una península entre Terracina y Nápoles : cíñela por todas partes el mar, menos en una extension de 800 metros, punto en el cual es por demás decir que se han ido acumulando todos los medios artificiales de defensa, por ser el único punto indicado para el ataque.

Partiendo al Norte de la punta que avanzando forma uno de los costados del puerto militar, se encuentra del E. á O. una prolongacion de costa escarpada, aunque poco alta, protegida por una línea de bastiones irregulares, y líneas cortadas, pero armadas con numerosas baterías que tienen á su retaguardia los principales establecimientos, tales como el arsenal, las oficinas de gobierno y los almacenes de artillería. El extremo occidental de esta línea termina con una sólida ciudadela que se encuentra defendida por rocas inaccesibles. Toda la parte de N. á E. y á O., es una cordillera no interrumpida de escarpadas rocas igualmente inaccesibles, que ocupa una extension de 2000 metros, y en la que se encuentran establecidas baterías de grueso calibre en los puntos que permiten algun acceso, para ahuyentar los buques que quieran bombardear la plaza. En fin, solamente queda por la parte del N. de la línea de tierra, una extension de 350 metros por donde se puede hacer un ataque regular. La forma de esta plaza es tal, que ya de antemano se conoce el punto de ataque; por esto, sin duda, ha sido considerada siempre Gaeta como principal apoyo de la monarquía. Todas sus baterías, en número de mas de cincuenta, son de grueso calibre; los abastecimientos y municiones de guerra, son considerables, los cuarteles y alojamientos para las tropas, con la ciudadela, el castillo, la obra del monte Orlando, los establecimientos públicos del interior y las casamatas de las baterías, permiten alojar una guarnicion de mas de 20,000 hombres.

Los cuatro sitios mas memorables que sostuvo aquella plaza, son los de 1450, 1707, 1734 y 1806.

En 1450 fué atacada por Alfonso V, Rey de Aragon, que reclamaba el reino de Nápoles á título de herencia. El duque de Milan

sostenia á Renato de Anjou, su competidor. Viendo la guarnicion que habiá de carecer de víveres porque el enemigo habia logrado apoderarse del mar, expulsó de la plaza á los ancianos, mujéres y niños. Estos desgraciados, al verse rechazados de la ciudad y de los campamentos de los sitiadores, iban á perecer de hambre; cuando Alfonso, príncipe de buen corazon y humano, dió órden de recibirlos, declarando noblemente que no habia ido á hacer la guerra á seres sin defensa.

Cerca de Gaeta existe una casa que habia pertenecido al gran orador romano, Ciceron, muerto en sus cercanías. Faltaban proyectiles á las baterías de pedreros, y propusieron á Alfonso demoler aquella casa; pero el príncipe no consintió en ello por respeto á la memoria de un hombre tan célebre. Gaeta no fué tomada.

En 1707, atacada vigorosamente por los Austríacos y con no menos energía defendida, sostuvo un sitio de tres meses sin sucumbir.

Vióse así mismo sitiada en 1734 por un ejército franco-español, compuesto de 16,000 hombres; y á pesar de no contar mas que con 1,500 defensores y con 140 cañones, se resistió durante cinco meses; solo sucumbió al fin á consecuencia del desacuerdo que hubo entre las tropas de la guarnicion.

Nada dirémos del sitio de 1799, en cuya época teniendo Gaeta 4,000 soldados en sus muros, 70 cañones, 22 morteros, gran cantidad de pólvora, municiones y víveres lo menos para un año, se rindió cobardemente á la vanguardia de Championnet, mandada por el general Rey, que la intimó la capitulacion, disparando á la plaza algunos obuses.

Siete años mas tarde, en 1806, la plaza de Gaeta, teniendo por gobernador al príncipe de Hesse Philipstad, mostró mucho mas vigor. Desde 13 de febrero hasta 18 de julio resistió todos los ataques del ejército francés. Debe empero tenerse en consideracion que la plaza tenia libre el mar, merced á la marina inglesa, y que por lo mismo podian los sitiados recibir los refuerzos necesarios en hombres y material, sin que los sitiadores pudiesen impedírselo. Con todo, no dejó aquella brillante defensa de dar lugar á merecidas reconvenciones. El gobernador no se cuidó de destruir lo que podia estorbar á los tiros de sus baterias; no fortificó ni trató de defender dos colinas,

situadas á algunos centenares de metros de la línea de tierra, lo que habria hecho prolongar por algunas semanas la resistencia. Por otra parte, tampoco hizo salidas vigorosas y frecuentes, ni supo sacar de su marina todo el partido que podia esperarse.

Tal es la plaza de Gaeta, de cuyo último sitio vamos á ocuparnos en breve.

Grandísima era la animacion que reinaba en aquella ciudad y sus afueras, puesto que en una y otra parte hasta mas de una legua de extension se hacian con igual ardor inmensos preparativos de ataque y de defensa. Las fuerzas napolitanas acampadas en la parte de Itri, tuvieron que resistir durante muchas horas al fuego de numerosos batallones piamonteses que sin cesar las hostilizaban, mientras que la marina sarda se extendia á lo largo de la costa para obrar en el mismo sentido. Con todo, la bravura del ejército legítimo supo resistir constantemente á aquellos esfuerzos combinados, escarmentando mas de una vez á sus importunos enemigos, fuertes tan solo cuando se veian apoyados por la traicion ó por su superioridad numérica.

Al ver los invasores la energía con que fueron rechazados sus primeros ataques, se retiraron á sus posesiones, donde permanecieron algunos dias sin atreverse á empeñar nuevamente el combate; solo de vez en cuando alguna noche hacian desde su campo algunos disparos de artillería, pero casi siempre sin obtener ningun resultado. Las primeras obras de los invasores consistieron en parapetar las colinas que se extienden á lo largo del istmo, como si apesar de tantas fuerzas no se hubiesen aun visto seguros en las inexpugnables posiciones que ocupaban.

Entretanto las tropas realistas se disponian tambien por su parte para recibir dignamente á sus previsores enemigos cuando intentasen otra acometida. Era tal la buena disposicion en que se hallaba el soldado napolitano, que nadie habria dicho al contemplarle ante los muros de Gaeta, que estaba sosteniendo una campaña de dos meses, y que se veia próximo á tener que encerrarse en la última plaza confiada á su valor y á su fidelidad. Bajo todos conceptos, era excelente en un todo el espíritu del soldado, que á no dudarlo, estaba decidido á soportar, como hasta allí, con una constancia verdaderamente heróica, todos los azares y peligros á que iba de nuevo á verse expues-

to; pero no sucedia por desgracia así respecto de algunos jefes.

El general Barbalonga, cuyos servicios tan bien recompensados habian sido por el anterior monarca, y de cuya fidelidad nadie habia llegado á sospechar ni un solo instante, llevó su cobardía hasta el punto de presentar su dimision antes de encerrarse en Gaeta, abadonando en aquellos terribles momentos de prueba al monarca por el que tantas veces habia jurado derramar su sangre, y á cuya generosidad debia el alto puesto que ocupaba. Mucho mas infame aun fué la conducta del general Colonna, pues no se contentó con presentar su dimision al Rey, sino que llevó su impudencia y su deslealtad hasta el punto de hacer presente á su soberano que si no la aceptaba, se veria en la precision de pasarse al enemigo con todas las fuerzas de su mando. Fué tanto mas incomprensible la bajeza de aquel indigno militar, cuanto que habia merecido siempre la confianza de los príncipes, recibiendo de ellos en distintas ocasiones repetidas pruebas de singular afecto.

El triste ejemplo ofrecido por aquellos dos generales sin honor, en una época en que amenazaban al ejército real tantos desastres, fué seguido por cierto número de jefes y oficiales, entes despreciables para quienes ninguna fuerza tenian el cumplimiento del deber y el honor militar. ¡Cuántas veces al ver las dimisiones que le eran presentadas, debia recordar el Rey con tristeza los últimos dias de su permanencia en Nápoles, durante los cuales se vió abandonado por todos aquellos bajos cortesanos que tan adictos se le mostraban poco antes, y que con tanto empeño le aconsejaban las reformas cuando empezó á rugir en su derredor la tormenta revolucionaria!

Á medida que los Piamonteses disponian la colocacion de sus baterías, se repetian con frecuencia los combates entre algunos batallones napolitanos y los *bersaglieri* que descendian al valle, al objeto de que no fuesen aquellos molestados en sus primeras operaciones contra el campo realista. En todos aquellos combates parciales llevaban siempre los batallones napolitanos la ventaja mientras podian batirse con fuerzas iguales, pero como luego de empeñada la accion, empezaban ya los *bersaglieri* á recibir continuos refuerzos, acababan siempre los cazadores de Francisco II por tener que abandonar las posiciones que ántes ganaran. Pocos eran sin embargo los dias en

que volviesen los napolitanos á entrar en su campo sin que llevasen algunos prisioneros.

Nuevas defecciones volvieron á infundir la desconfianza y el desaliento en las filas del ejército real: el coronel Pianelli, hermano del general de este nombre, que mandaba un batallon de cazadores, se pasó con toda su fuerza á los Piamonteses, en el momento de entrar en una de aquellas frecuentes acciones de guerrillas de que hemos antes hablado; solo ocho oficiales y algunos soldados se negaron á seguir al traidor. Inútil nos parece advertir que recibió Gialdini al coronel con los brazos abiertos, y que le colmó de favores, tanto por ser hermano del miserable general Pianelli que, junto con el infame Liborio Romano y comparsa, preparó la caida de la monarquía, como para atraer por medio del oro y los empleos al camino de la deslealtad, á cuantos estuviesen dispuestos á vender á su Rey y á su patria.

El oro, he ahí el arma que esgrimió la Revolucion en Nápoles para vencer á los generales de Francisco II; las promesas, he ahí el medio que empleó para engañar al miserable pueblo que en vano está luchando ahora por sacudir el ominoso yugo que le impuso su ciega credulidad. Nada importa que el oro ofrecido á los generales estuviese tan solo las mas de las veces en las arcas imginarias de los revolucionarios, y que las magníficas promesas hechas al pueblo debiesen en breve convertirse en tristes desengaños: lográbase el fin propuesto, consistente en devastar un reino floreciente y rico; si alguno de los traidores se atrevia á reclamar despues el cumplimiento de lo ofrecido, se le contestaba irónicamente que todos los Italianos tenian obligacion de sacrificarse en bien de la patria comun, cuando no con una estrepitosa carcajada. El desprecio, he ahí lo que se daba en Nápoles á los traidores por toda recompensa.

Continuaban las escaramuzas á la órden del dia entre los dos ejércitos, siendo el invasor el que por lo comun acostumbraba tomar la ofensiva; en una de ellas fueron tantos los refuerzos que ya desde un principio recibieron las guerrillas, que pronto se convirtió aquella en un combate encarnizado. Al ver la plaza que habia llegado ya el ejército piamontés al alcance de sus baterías, rompió contra él un fuego tan certero y vivo, que le obligó á retirarse en desórden á sus posiciones. El Rey, que se habia dirigido á las baterías al empezar el

fuego, ni un momento se separó de ellas, hasta haber visto abandonar el campo al último de sus enemigos: como en todos los anteriores combates, manifestó Francisco II un valor admirable. Su salud, tan quebrantada antes de abandonar la córte, mejoró considerablemente despues en medio de la fatiga y los peligros de la guerra; dotado de un alma grande y generosa, no podia menos de seguir con paso firme y seguro la senda del sacrificio, cualquiera que fuese la suerte que la Providencia le tuviese reservada.

Hízose en Mola un cange de prisioneros, por el cual recobraron su libertad unos dos mil quinientos hombres, puesto que ascendian á mas de mil doscientos los napolitanos que volvieron á agruparse bajo la gloriosa bandera de su Rey, y á igual número los garibaldinos que desde aquel dia pudieron consagrarse nuevamente á la defensa de la Italia *oprimida*. Habia entre estos últimos un hijo del célebre aventurero Turr, que llevó su desprendimiento hasta el punto de defender la independencia italiana durante tres meses por una miserable faja.

Nada faltó á los revolucionarios prisioneros mientras estuvieron en poder de las tropas reales, al paso que carecieron hasta casi de lo mas indispensable los pobres soldados napolitanos que tuvieron la desgracia de ser hechos prisioneros por los rebeldes. ¡Y aun tendrán estos la impudencia de acusar de despótico al gobierno del Rey de Nápoles!

Continuaban entretanto los Piamonteses con incansable afan en la colocacion de sus baterías, aunque adelantando muy poco, por incomodarles de contínuo los fuegos de la plaza; una bomba que cayó en medio de sus batallones, les causó mas de cuarenta bajas; tambien la batería de *Filipstad*, mandada por S. A. R. el conde de Caserta, hermano del Rey, dirigió con tanto acierto tres bombas al campo enemigo, que dieron por resultado hacer evacuar la posicion que ocupaban los Piamonteses, despues de haberles causado una pérdida considerable. Irritados estos al ver el estrago hecho en sus filas, rompieron el fuego con las piezas que habian logrado colocar; pero no obtuvieron sus tiros un gran resultado, á pesar de que no cesó el estampido del cañon en toda la noche siguiente.

Como todo indicaba que se veria obligada la ciudad de Gaeta á sostener un sitio largo y terrible, atendidos los inmensos preparativos que estaba haciendo el ejército invasor; y como por otra parte,

tampoco eran en la plaza muy abundantes los víveres, permitióse la salida á todos los habitantes que no quisiesen exponerse á los horrores del sitio, debiendo antes pasar á inscribir sus nombres en las oficinas del gobierno. Tambien la municipalidad puso á disposicion de los habitantes que quisiesen de noche abandonar la ciudad, todos los buques necesarios, para que pudiesen al menos durante algunas horas entregarse al descanso sin ningun recelo. Todas estas medidas prueban tanto mas la prevision del gobierno del Rey en favor de sus súbditos, cuanto que demuestran claramente el mismo interés con que procuraba su seguridad, aun mucho antes de que fuese en Gaeta inminente el peligro. ¡Qué conducta tan diferente la que observaban en el desgraciado reino de Nápoles los que, para sus fines particulares, se titulan defensores ardientes del pueblo! ¡Pobre pueblo! ¿Cuándo sabrás evitar los lazos que constantemente te tienden el egoismo y la perfidía? Pueblo napolitano, desengáñate de una vez por todas: solo puedes encontrar la dicha que anhelas á la sombra del trono de tus antiguos Reyes.

CAPÍTULO XVI.

Obstáculos de los Piamonteses.—Orden que reinaba en la plaza.—Construccion de nuevas baterías.—Invitacion del Rey á los representantes extranjeros.—Su actitud y sus deseos.—Noble conducta del embajador español.—Embarque de S. M. la Reina viuda de Nápoles.—Heroismo de la joven reina María Sofía.

Ocupados los sitiadores en la ereccion de sus baterías, apenas contestaban á los contínuos fuegos de la plaza; tambien eran menos frecuentes cada dia los ataques de los *bersaglieri*. Y sin embargo, cuantos mas esfuerzos hacian los soldados del *Galantuomo* para concluir sus trabajos contra Gaeta, menos parecian adelantar sus obras; hubiérase dicho que hasta los elementos, menos ciegos que los hombres, trataban de oponerse constantemente á ellos. Llovió en tanta abundancia durante dos noches, que quedaron casi enteramente destruidos todos los trabajos hechos por los revolucionarios á costa de tantos sacrificios; reinó asimismo un fuerte huracan por espacio de algunas horas, que acabó por destruir la única batería que hasta entonces se habia logrado levantar.

La plaza, entretanto, continuaba mortificando en gran manera á los sitiadores con sus fuegos no interrumpidos; las pérdidas que causaba á los invasores debian ser de bastante consideracion, cuando tan solo en la inmediata poblacion de Itri, tenian mas de trescientos heridos, conducidos á ella despues de los últimos combates; lo propio sucedia en los demás pueblos de los alrededores.

Mientras que solo se notaban alarmas, confusion y desórden en el

campo sitiador, reinaban en Gaeta la calma y el órden mas completos : nadie habria dicho por lo que se notaba en el interior de la ciudad, que tuviese esta á sus puertas un ejército enemigo. Dióse la órden de cerrar todos los cafés y demás establecimientos públicos á las dos horas del toque de retreta, á fin de que pudiesen, ó mejor, debiesen entregarse al descanso los jefes y oficiales que no estuviesen de servicio; esta sábia disposicion hacia que al dia siguiente todos los oficiales pudiesen acudir con mas prontitud á donde el honor y el deber les llamaban. Asimismo mandó el gobernador de la plaza, que todos los paisanos debiesen llevar de noche una linterna.

Los jefes y oficiales de la guarnicion se vieron privados de una parte de su sueldo, merced á los grandes apuros del tesoro; pero como el Rey habia sido el primero en dar el ejemplo de sujetarse á todas las privaciones, no hubo jefe ni oficial que gustoso no aceptase aquel nuevo sacrificio que le imponian las circunstancias, para poder atender por mas tiempo á la defensa de su patria.

Para que se convenzan nuestros lectores de los sentimientos religiosos que animan al augusto soberano de las Dos Sicilias, solo diremos que habiendo sabido el Rey que un oficial de artillería estaba resuelto á hacer fuego durante la noche contra una iglesia ocupada por los Piamonteses, se opuso formalmente á ello, diciendo que cualesquiera que fuesen las ventajas que pudiese reportarle, nunca consetiria en que se profanase en lo mas mínimo el templo del Señor. Este sublime rasgo que, á no dudarlo, escitará la risa á todos los incrédulos de los tiempos presentes, demuestra por sí solo cuan digno era Francisco II de regir los destinos de su pueblo, y cuan dichoso habria sido este bajo el gobierno paternal de un Rey que tan ardiente y pura conserva en su corazon la fé de sus antepasados. Compárense los actos todos de Francisco II con los de aquel que no ha parado hasta atraer sobre sí los anatemas de la Iglesia, y hasta el hombre mas obcecado comprenderá desde luego, cual de los dos Reyes es mas digno de gobernar á un pueblo. Y sin embargo, ¡Victor Manuel se titula pomposamente Rey de Italia, al paso que Francisco II se vé obligado á comer el amargo pan del destierro! ¿Tolerará por mucho tiempo la Europa tanta injusticia? ¿No llegará tarde ó temprano el

dia de la reparacion? Por nuestra parte confiamos que llegará cuanto antes, porque nunca acostumbra ser largo el imperio de la iniquidad y la barbarie.

Recibieron los sitiadores nuevas fuerzas y un gran número de piezas de artillería procedentes de Nápoles; así que, se entregaron desde luego con nuevo ardor á los trabajos que se habian visto obligados á interrumpir durante algunos dias, á consecuencia de las lluvias y del fuego incesante de los sitiados. Pero no por ello se mostró la suerte por entonces mas propicia al campo piamontés, puesto que á los primeros disparos de una pieza rayada nuevamente recibida, reventó aquella causándoles mas de cincuenta bajas entre muertos y heridos. En vista de los inmensos preparativos del ejército sitiador, se dispuso tambien la plaza á hacer en sus baterías todas las obras necesarias para que pudiesen montar el mayor número posible de piezas, particularmente en los puntos donde era mas inminente el peligro; con todo, pasaron muchos dias antes no estuvieron ocupadas las troneras nuevamente construidas. Aquellos trabajos, que no dejaron de absorver un tiempo precioso, habrian debido hacerse ya desde un principio; pero como habia falta de brazos, solo pudieron emprenderse despues de la retirada de las tropas.

Las potencias extranjeras que no habian podido menos de reconocer la injusticia del ataque dirigido contra los sagrados derechos del Rey de Nápoles, mandaron á sus representantes que no se separasen ni un momento del lado de Francisco II, cualesquiera que fuesen los acontecimientos futuros; limitándose así á prestar un leve apoyo á la desgracia de aquel hermano suyo que habrian debido defender con la espada, aun cuando no hubiese sido mas que por atender á la defensa de sus propios intereses y á la paz y felicidad de los reinos que les están confiados. Por esto vimos á los representantes europeos seguir á la corte napolitana hasta Gaeta.

Francisco II, empero, que solo pensaba en la seguridad de los demás en medio de los peligros que le rodeaban, no quiso exponer á los representantes extranjeros á los horrores de un bombardeo que todo indicaba estar próximo, á cuyo fin les propuso que podian retiretirarse á Roma, donde serian considerados por él como si continuasen cerca de su real persona, colmándoles al propio tiempo de todos

los honores, en recompensa de la adhesion que habian demostrado por su legítima causa. Así pues, recibieron el gran cordon de la órden de San Javier, á pesar de no conferirse por lo comun mas que á los Reyes, el nuncio apostólico, Monseñor Giannelli, el conde Syecheny, embajador de Austria, el conde de Perponcher, embajador de Prusia y el príncipe Wolkonsky, representante del Czar. El conde de Loss, que lo era de Sajonia, recibió el gran cordon de San Jorge, y el caballero Frescobaldi, encargado de negocios de Toscana, vió recompensados tambien sus servicios con el gran cordon de Francisco I.

Tambien dispuso el Rey que mandara su ministro del interior una nota á los representantes napolitanos cerca de las Cortes extranjeras, en la que se diese á estas las gracias en su nombre, por el apoyo y simpatía que se dignaban dispensarle en su desgracia. Este noble proceder del monarca en medio de los estragos de un sitio, y sobre todo, la tierna solicitud con que velaba por los demás en el momento de verse él expuesto á la muerte, es, á nuestro modo de ver, la prueba mas inequívoca de la nobleza de su corazon.

A pesar de que, en su mayor parte, deseaban los ministros extranjeros salir cuanto antes de Gaeta, conforme lo habian demostrado indirectamente cuantas veces se les presentara ocasion para ello, no creyeron prudente acceder á la primera invitacion del Rey, por temor de que sus soberanos reprobasen su conducta, y de que considerase la Europa su retirada como una cobardía imperdonable. Con efecto, salir de Gaeta cuando mas iba arreciando el peligro, no se ocultaba á aquellos políticos que era una accion poco digna; pero como hombres acostumbrados á conjurar todos los males con solo sentarse en derredor de la mesa del tapete verde, en la que con la mayor tranquilidad se decide la suerte ó la desgracia de las naciones, no debian alarmarse por tan poca cosa. Abandonar pues lo mas pronto posible la ciudad sitiada dejando á cubierto su honor, he ahí el deseo á cuyo logro consagraron todos sus esfuerzos aquellos diplomáticos, mas acostumbrados á las intrigas que á las balas; así que, se dirigieron á las personas mas allegadas al soberano, y les hicieron presente que estaban firmemente resueltos á seguir en un todo su suerte, á pesar de la noble invitacion que les habia sido hecha, por cuanto sus soberanos, y hasta la misma Europa, conside-

rarian como una gran falta el que se separasen del lado del monarca, cerca del cual tenian la órden de permanecer; pero que si Francisco II, atendido el contínuo riesgo á que iban á verse expuestos, y sobre todo, el poco ó ningun interés que debia reportar de su permanencia en Gaeta en el estado á que habian llegado ya las cosas, les invitaba formalmente retirarse á Roma, lo harian entonces con el mayor gusto.

El Rey, que conoció desde luego que no estaban los embajadores en su elemento, y que por lo mismo deseaban que les invitase nuevamente á dirigirse á Roma, no quiso prolongar por mas tiempo su suplicio obligándoles á permanecer dentro de la plaza; y aunque con tristeza, accedió, como siempre, á la peticion que se le hacia. Al objeto pues de complacer á aquellos meticulosos hombres de Estado, hizo pasarles por medio de su ministro de negocios extranjeros una nota, encargándoles que en vista de las circunstancias, podian retirarse á Roma, por no considerar el Rey indispensable el apoyo que podian prestarle continuando á su lado.

Uno solo entre todos los representantes residentes en Gaeta, fué extraño á todas aquellas intrigas inventadas por el miedo; uno solo entre todos los embajadores supo cumplir la palabra empeñada al soberano de las Dos Sicilias, cuya palabra consistia en no abandonarle nunca, cualesquiera que fuesen los percances de la guerra, y en morir, si preciso era, en defensa de su justa causa. Tal fué la conducta generosa que observó y continua observando aun cerca de S. M. el Rey Francisco II, el Exmo. Sr. príncipe de Santa Lucía y marqués de Lema, D. José Bermudez de Castro, digno embajador de la reina Isabel, hijo preclaro de la noble España. No podia nuestro gobierno andar mas acertado en la eleccion que hizo del Sr. Bermudez de Castro para la embajada de Nápoles en las críticas circunstancias que iba á atravesar aquella monarquía; aunque creemos firmemente que cualquiera que hubiese sido nuestro embajador cerca del rey Francisco II, habria sabido, como español, prestarle su apoyo el dia de la adversidad, y mostrarse verdadero intérprete de los sentimientos que animan por todo lo grande y desgraciado á la nacion magnánima que habria estado encargado de representar. Nadie, empero, habria hecho mas de lo que hizo en Nápoles y en Gae-

ta el Sr. Bermudez de Castro por la causa de la justicia : reciba pues en justa recompensa, la admiracion que ha excitado en todas las almas generosas su conducta noble y desinteresada.

Continuaban los sitiadores con ardor sus trabajos, no obstante los esfuerzos que hacia la plaza para impedirlos; diferentes eran las baterías que habian logrado construir, y que se dirigian ya contra Gaeta que, no cesaba de contestar con ventaja á los fuegos enemigos. El general Cialdini, que mandaba el ejército sitiador, pidió una tregua que le fué concedida, la cual solo debia durar algunas horas. Aunque la suspension propuesta por el gefe piamontés parecia tener por objeto permitir que los habitantes pacíficos de los arrabales pudiesen retirarse, solo la pidió Cialdini para que no fuesen interrumpidos los trabajos en la línea piamontesa por los fuegos de la plaza. Así lo demostró al menos claramente la actividad que se notó en el campo de los sitiadores, desde la hora en que por una y otra parte cesó el cañoneo; tanto como á ser cierta la causa que, al decir de Cialdini, le obligaba á pedir la tregua que le fué otorgada, le habria honrado en gran manera por demostrar sus sentimientos humanitarios, le rebajó despues, al verse que habia hecho alarde de una generosidad que estaba muy léjos de tener, solo para realizar planes enteramente opuestos al medio que empleó para llevarlos á cabo. En todas partes han demostrado siempre los revolucionarios la misma generosidad.

Llegó á últimos de Noviembre á Gaeta un personaje importantísimo, que era uno de los defensores mas ardientes de la monarquía, y que habrán extrañado nuestros lectores no haber visto combatir antes al lado de su soberano. El general Bosco, el entendido militar que lograra vencer á Garibaldi y á sus huestes en todos los encuentros, libre ya de su palabra empeñada en Melazzo, acudia presuroso á donde la lealtad y el deber le llamaban para continuar defendiendo el trono de su soberano y la independencia de su patria. Lo que debió sufrir aquel inmortal caudillo al ver la invasion del continente napolitano por no poder desenvainar su espada, lo dejamos á la consideracion de todos los hombres capaces de sacrificarse generosamente por el triunfo de una noble causa.

De seguro que á haberse encontrado el general Bosco en Capua

despues de la gloriosa batalla de Cajazzo, habría sabido reportar de ella todas las ventajas que podia procurar á la causa napolitana, y salvar en un dia la distancia que le habria separado de la capital del reino. No se nos oculta que habria tenido que luchar Bosco con la perplejidad y quizá con la emulacion de los demás jefes para conseguirlo, pero como no habria sido entonces la primera vez que venciera una y otra, y podia contar además con la confianza y el amor del soldado, no titubeamos en afirmar que se hubiera apoderado de la capital, á haber podido tomar parte en la batalla de Cajazzo y Caserta. Recibió el Rey á Bosco, mas bien que como súbdito, como un antiguo compañero de armas.

Llegaron felizmente algunas sumas procedentes de Roma, que si bien, apesar de ser bastante crecidas, no lograron llenar las arcas del tesoro por estar del todo exhaustas, permitieron no obstante hacer acopio de provisiones para continuar la resistencia; no podia ser mas oportuno su arribo, puesto que todo empezaba á escasear ya en la plaza.

Cada dia continuaban los Piamonteses con mas empeño su obra de destruccion contra Gaeta. Cosa rara ! El mismo gobierno que puso el grito en el cielo cuando el general Lanza dispuso el bombardeo de Palermo, y que prorumpió siempre en denuestos contra el bárbaro opresor que en aras de su ambicion sacrificaba la fortuna y las vidas de los habitantes de la capital de Sicilia, era el que revestia despues á sus generales de todas las facultades, no solo para pasar á sangre y fuego la ciudad de Gaeta, sino tambien para entregarse ellos y sus subordinados á todos los actos mas vandálicos! Aquellos mismos hombres que aparentaban reprobar indignados la conducta de un gobierno legítimo, por el mero hecho de defender su propia dignidad y los intereses de sus súbditos, eran los que se entregaban á los mas grandes excesos solo por saciar sus instintos de rapiña y satisfacer la ambicion del mas odioso de todos los tiranos.

Vistos los peligros cada vez mayores á que se veian los sitiados continuamente expuestos, resolvió la Reina viuda de Nápoles retirarse á Roma, por mas sensible que le fuese separarse del resto de su familia, á la que temia no volver á ver. Embarcóse pues la reina María Teresa en el vapor español *Álava*, con sus siete hijos los condes de Girgenti, de Bari, de Castelgirone, y las princesas María Anun-

ciata, María Clementina, María Pia y María Inmaculada Luisa; viéndose aquella augusta familia obligada por la tormenta revolucionaria á salir de su patria y á procurarse un asilo en país extranjero, á fin de poder al menos pasar en paz los dias del destierro á que les condenaba el despotismo y la barbarie de los partidarios de la Revolucion.

No podia haber en verdad suerte mas triste que la que pesaba á la sazon sobre la famila real de Nápoles, parte de la cual se ausentaba, quizá sin la esperanza de volver á pisar un dia las playas de su patria, al paso que la parte restante tenia la inseguridad de poder salir de ellas, por impedírselo tal vez cuando tratase de hacerlo, las numerosas fuerzas enemigas que la circuian. Por un momento al separarse, se entregó la real familia á todo el justo dolor inherente á la flaqueza humana, pero venciéndose luego á sí misma, por considerar aquella debilidad impropia de las grandes almas, se dió el último adios, mostrándose mas tranquila y resignada. Son tantos ya los males que ha esperimentado en Europa esa ilustre familia de Borbon, que no debe admirarnos en lo mas mínimo el que sepa sobrellevar con resignacion heróica todos los contratiempos.

Quedaron con el Rey sus hermanos los condes de Trani y de Caserta, general de brigada el primero, y coronel de artillería el segundo, que contaba tan solo la edad de diez y nueve años; tambien permaneció en la plaza el conde de Trápani, tio del Rey, y teniente general del ejército. Todos estos príncipes estaban firmemente resueltos á morir con gloria entre las ruinas de la ciudad sitiada, combatiendo por el derecho contra la usurpacion, por la independencia contra el despotismo extranjero. Véase como los demagogos que tanto se han empeñado siempre en presentar á los Borbones como príncipes ineptos y de ninguna resolucion, se engañan miserablemente.

Hora es ya que hablemos de la heroina inmortal de Gaeta, de la noble Reina, de la santa y jóven compañera de Francisco II, que hasta tal punto supo excitar la admiracion del mundo con su valor y sus virtudes. Cuantos esfuerzos hicieron el Rey y su córte para inducir á María Sofía á que abandonase el teatro de tantos horrores, se estrellaron ante la heróica resolucion de la jóven Reina, y el amor y el deber de la virtuosa esposa. Todo fué inútil: deseosa de compartir con sus defensores el peligro y la gloria, imposible le era acceder á

lo que se opusiese á su generoso proyecto. Ya tendrémos ocasion de ver en el curso de la presente obra, cuan bien supo la reina de Nápoles cumplir su propósito.

A medida que iba aumentando el fuego de la artillería de los Piamonteses, aumentaba tambien el entusiasmo de los defensores de la ciudad sitiada. Véase la órden del dia que dirigió Francisco II, á sus tropas, para alentarles aun mas en la prosecucion de la gloriosa senda empezada:

«Soldados: Agobiados por el número, no por el valor de los enemigos, y despues de reiterados combates, nos vemos encerrados en esta fortaleza. Europa ha admirado vuestro denuedo en los meses de setiembre y octubre, y espera continuar admirándoos durante este sitio.

«La valiente guarnicion de Messina, émula de la que en 1848 y 49, defendió aquella fortaleza, está resuelta á todo, y sufre toda suerte de privaciones desde cinco meses ha, orgullosa con sostener la causa del derecho y el honor del pabellon napolitano.

«Teneis tambien que rivalizar con otra guarnicion de una época mas antigua, con la que en 1806 resistió en esta plaza á los asaltos de los primeros soldados del mundo, desprovista de los medios de defensa que hoy tiene, con un valor sin igual. Hoy que la fortaleza está perfeccionada con las numerosas obras practicadas en parte por vuestras mismas manos, debeis defenderla con gloria igual y con mejor resultado.

«Despues de tantos gastos y fatigas para lograr que esta plaza pudiese resistir á un largo sitio, y despues de haber conquistado tan alta nombradía en el Volturno y el Garellano, sabreis ciertamente conquistar igual gloria y mayor reputacion con la firme defensa contra un enemigo que viene á robarnos nuestra antigua independencia, hollando todos los principios de la honradez y de la religion.

«Vuestra disciplina se mantendrá: oficiales, sargentos y soldados, compitiendo entre vosotros, todos sabreis obtener el agradecimiento de vuestra patria, que os admira, y la estimacion de Europa que os contempla.

«FRANCISCO.»

Y no se contentaba el Rey con alentar al soldado por medio de enér-

gicas palabras, sino que procuraba además darle ejemplo con sus repetidos actos de valor, presentándose cada dia á todos los puntos en que era mas vivo el fuego, y por lo tanto, mas inminente el riesgo. Muchas eran ya las piezas que habian logrado los invasores poner en batería contra la plaza; así como eran tambien muchas las obras de defensa que iban construyendo los sitiados: todo indicaba pues, que seria el sitio largo y sangriento.

Los Piamonteses, posesionados en un punto importante en la direccion de Mola, hacian desde él un fuego vivísimo contra la ciudad, que no habia podido impedir la colocacion de sus baterías, por haber sido construidas durante las noches anteriores; pero tan pronto como empezaron á funcionar aquellas, dirigieron los sitiados sus tiros contra ellas con tanto acierto, que no solo lograron en breve acallar sus fuegos, sí que tambien hacer abandonar al enemigo la ventajosa posicion que ocupaba.

S. A. R. la condesa de Trápani, salió de Gaeta acompañada de sus tiernos hijos en el vapor español *Vulcano*, yendo á aumentar en la tierra extranjera el número de inocentes víctimas inmoladas en aras del egoismo y de la ambicion de unos cuantos hombres. Como su padre, el gran duque de Toscana, y sus hermanos los príncipes Fernando y Carlos, tan queridos en otro tiempo del pueblo florentino, se veia obligada la condesa de Trápani un año mas tarde á implorar un asilo que la pusiese al abrigo de los horrores de la Revolucion. El príncipe su esposo, del que iba á separarse tal vez para siempre, se quedó al lado del monarca para combatir como bravo hasta el último momento por el derecho y la justicia.

Tambien el cuerpo diplomático, accediendo, mas bien que á la formal invitacion del Rey, á sus propios deseos, se embarcó aquel mismo dia en un vapor prusiano para dirigirse á Civita Vecchia y pasar luego á Roma, donde debia aguardar tranquilo el curso de los acontecimientos. Consignémoslo otra vez, ya que tanto nos complace el repetirlo: solo el digno representante español, señor Bermudez de Castro, no se separó del Rey, sabiendo como caballero cumplir su deber.

Todo el ejército napolitano recibió una cinta para ornar su pecho en conmemoracion de la gloriosa campaña que acababa de sostener

en la línea del Volturno. La medalla, cuya acuñacion se guardó para tiempos mejores, debia llevar en su reverso los nombres de Cápua, Cajazzio, Trifrisco, Santa María y San Angelo. ¡Dichosos los defensores de Gaeta que podian al menos ostentar con orgullo en su pecho aquel signo glorioso que les habia de valer la eterna gratitud de la patria!

Pronto un nuevo azote, peor aun que el de las bombas piamontesas, aumentó en gran manera los apuros de la ciudad sitiada: empezaron á faltar los víveres, de modo que los artículos de primera necesidad se pusieron á un precio fabuloso, sin que ni aun á peso de oro fuese siempre posible procurarse los necesarios. Algunos quisieron atribuir la escasez á la mala administracion napolitana, por no haber dispuesto ya desde un principio que se hiciesen en la plaza todos los acopios que exigian las circunstancias; pero como ante todo es preciso tener en consideracion que, por mas fácil que fuese la importacion de comestibles por estar libre el mar, tropezaba aquella administracion para procurárselos con el mayor de todos los obstáculos, con la falta absoluta de recursos, nadie podrá con justicia hacerla responsable de un mal que no estaba en su mano evitar.

Numerosas eran las familias que se ausentaban de Gaeta despues de haber desafiado el furor de los sitiadores, por no sentirse con fuerzas bastantes para hacer lo propio con el hambre que empezaba á amenazar tan de cerca. Por lo demás, las operaciones del sitio seguian casi del mismo modo; la expresion que se notaba en todos los semblantes era triste y resignada, sin que por ello pudiese decirse que decaia en lo mas mínimo el ánimo del paisanage y del intrépido soldado. Todos estaban decididos á morir en el cumplimiento de su deber, convencidos de que siempre es en tales casos, mayor la gloria para el que sucumbe.

Revistaba el Rey con frecuencia á sus tropas, al objeto, sin duda, de ver mas de cerca las necesidades de sus fieles súbditos para repararlas en lo posible; al través de la frecuente sonrisa que entreabria sus labios, se descubria fácilmente la profunda tristeza que devoraba el corazon del monarca. ¡Cómo no ser así, cuando veía las grandes desgracias que pesaban sobre su pueblo amado!

El ejército invasor estaba sin duda en relaciones con algun traidor

de la plaza: cierta noche que con anticipacion se había dispuesto la salida de algunas fuerzas, debió darse á Cialdini el oportuno aviso, puesto que hizo encerrar en los arrabales cinco ó seis batallones para apoderarse de los soldados del Rey, tan pronto como se dispusiesen á cumplir la órden recibida; pero nadie felizmente salió de la plaza. Como digno general de un monarca usurpador, no reparaba Cialdini en emplear los medios que pudiesen procurarle el triunfo, convencido, sin duda, de que por infames y repugnantes que fuesen, nunca podrian serlo tanto como la causa por que combatia.

Continuaban las frecuentes lluvias incomodando en gran manera á los sitiadores, destruyéndoles una gran parte de sus obras; á cada fuerte aguacero sufrian las obras un retardo considerable en el campo de Cialdini.

Los pocos prisioneros pertenecientes á la guarnicion de Cápua, que habian quedado en poder de los Piamonteses despues del último cange, fueron entregados por los *bersaglieri* que habian sido cogidos frente á Gaeta en los frecuentes combates que hubo durante el mes de noviembre.

Los generales Salzano, Antonelli y Tabacci, que cometieron la cobardía de presentar su dimision estando al frente del enemigo, para atenuar en parte la falta cometida, resolvieron despues quedarse en Gaeta; el primero que se habia embarcado ya, y que tuvo que volver atrás á causa del mal tiempo, siguió al fin el ejemplo de sus compañeros.

Proponíanse los Piamonteses abrir trincheras en una pendiente, cuya operacion despues de serles sumamente difícil, no podia de modo alguno reportarles las ventajas que ellos esperaban, atendida la posicion topográfica que, segun han visto nuestros lectores, ocupa la ciudad de Gaeta. Por lo regular á medida que va extendiéndose por ambos flancos la línea de trincheras, va haciéndose regularmente mas general el ataque contra la plaza que se pretende reducir, pero felizmente en Gaeta sucedia todo lo contrario: cuanto mas extensa se hacia la línea de ataque, tanto mas libre quedaba la ciudad para la defensa, merced á la lengua de tierra en que está construida, pudiendo de aquel modo converger mas fácilmente sus fuegos sobre un mismo punto. De aquí la inmensa dificultad en que se verian los sitiadores

de continuar y sostener el ataque despues de haber logrado abrir sus trincheras.

Asi mismo continuaba el sitiador sus trabajos en la colina de Capuchinos y en las ruinas de Santa Agata, donde logró al fin colocar algunos morteros, que fueron en breve sofocados por los contínuos fuegos de la plaza. El general Cialdini recibió numerosos refuerzos y un gran número de piezas de artillería de grueso calibre, junto con la órden de que estrechare el cerco en lo posible; todo indicaba pues que no tardaria en ser Gaeta vivamente atacada. Por esto, sin duda, dijo el general Cialdini al jóven parlamentario señor Pozzo di Borgo, oficial de estado mayor del ejército napolítano, que en breve harian sus cañones resonar las comarcas vecinas con su imponente armonía. ¡No es estraño, contaba el aventurero con todos los recursos y los cañones de dos reinos para sojuzgar á una sola ciudad que empezaba á carecer de recursos, y podia por lo tanto desplegar fácilmente un inmenso aparato de guerra, y atronarlo todo con el espantoso estruendo de la artillería! ¡Qué hombres los revolucionarios para batirse ciento contra uno!

La resolucion de Francisco II aumentaba con los peligros que le rodeaban; todo el dia estaba recorriendo á caballo ó á pié las baterías y los demás puntos principales de la ciudad, animándolo todo con su ejemplo y su presencia. Con todo, al vérsele fijar con frecuencia sus tristes miradas en los que le rodeaban, cualquiera habria adivinado la melancolía que le devoraba el corazon, causada mas bien por la suerte de los demás, que por sus propios sufrimientos. Si algunas veces dirigia el Rey la vista hácia la parte de Nápoles, tomaba entonces su fisonomía una expresion tal de tristeza, que revelaba cruzar por su mente el recuerdo de su querida capital, que sin duda empezába á echar de menos. Era tan triste la vista de Gaeta, comparada con la de Nápoles, que hasta los soldados pensaban sin cesar, segun la relacion de un gefe que estaba dentro la plaza, en las hermosas campiñas que se estienden hasta el Vesubio, y en las afortunadas riberas de Sorrento. Y si desde el Rey hasta el soldado se sentian conmovidos al dulce recuerdo de la patria, ¿qué abismos de tristeza no debia sondear el delicado corazon de la Reina?

Hacia en Gaeta á primeros de diciembre un tiempo magnífico; á

las casi no interrumpidas lluvias de mediados de noviembre, habian sucedido, por decirlo así, la serenidad y la calma de un cielo sin nubes; léjos de empezar á hacerse sentir el frio, habria dicho cualquiera á juzgar por lo templado de las brisas que se estaba atravesando la estacion primaveral; particularmente las noches eran encantadoras.

Inútil nos parece advertir que no se descuidaban los Piamonteses durante aquellas noches magníficas en adelantar sus trabajos, procurando con afan recuperar los dias que les habian hecho perder los anteriores aguaceros. Tampoco los sitiados por su parte estaban menos ocupados en continuar, donde las juzgaban necesarias, sus obras de defensa: dispúsose una salida que debia verificarse en los primeros dias del mes de diciembre, al objeto de reconocer las líneas avanzadas de los Piamonteses; la fuerza encargada de la exploracion debia constar de unos 500 hombres, mandados por el intrépido general Del Bosco.

El dia y la hora designados, verificó aquella fuerza su salida por una poterna, y formada luego en tres colunas por órden de Del Bosco, se dispuso cada una de ellas á reconocer las colinas y los valles ocupados por los sitiadores, procurando en lo posible evitar el combate. Al mismo tiempo se mandó hacer quedar en el glacis otra fuerza de seiscientos hombres para proteger la retirada de las tres colunas, tan pronto como hubiesen logrado hacer la exploracion deseada.

La primera coluna mandada por un bravo capitan suizo, se lanzó con la mayor intrepidéz hácia las trincheras enemigas, derribando á cuantos Piamonteses intentaban oponerse á su paso. Lo propio á poca diferencia hicieron las dos restantes colunas, puesto que á pesar de haber tomado las armas y aprestádose á la defensa los sitiadores desde los primeros tiros, lograron los Napolitanos recorrer el valle de Calegno, el monte Atratina y llegar hasta mas allá de Capuchinos, sin que bastase á contenerles la resistencia cada vez mas tenaz que se les oponia en toda la línea piamontesa. Los rasgos de valor hechos por aquel puñado de hombres en medio de la oscuridad y de todo un ejército enemigo, rayaron en lo increible; no hubo trinchera que no fuese recorrida, ni fuerza que á ello se opusiera que no fuese rechazada; momentos hubo en que en todo el ejército sitiador reinaron la misma confusion, el mismo espanto.

Despues de haber podido convencerse los napolitanos del verdadero estado de las obras de ataque, que era el principal móvil que les habia obligado á intentar aquella expuesta salida, trataron de retirarse nuevamente á la plaza, operacion difícil que debia costarles mucha mas gente de la que perdieron en el ataque por haber tenido que romper por entre cinco ó seis batallones de *bersaglieri* que les habian cortado el paso. Con todo, protegidos por las fuerzas de reserva que se habia tenido la precaucion de dejar en el glacis, pudieron los Napolitanos verificar su retirada, sin tener que dejar en poder del enemigo ni un solo herido. La principal ventaja de aquel reconocimiento, fué adquirir la seguridad de que estaban las primeras trincheras piamontesas desprovistas de artillería, y que por consiguiente, las obras hechas por los sitiadores, eran mucho menos importantes de lo que se creia.

Perdieron los sitiados en aquella exploracion unos treinta hombres entre muertos y heridos; el bravo teniente coronel Migy, que mandaba la coluna del centro, recibió tambien una bala de la que murió á las pocas horas. Segun todos los cálculos, la pérdida de los Piamonteses no bajaria de doscientos hombres.

Tal fué el primer hecho de armas con que inauguró el intrépido general Bosco en Gaeta su segunda campaña: ¡ojalá hubiese podido desenvainar su espada dos meses antes, que muy distinta fuera tal vez la suerte de su monarca y de su patria!

CAPÍTULO XVII.

La dominacion piamontesa en Nápoles y Sicilia.—Asesinatos en Pizzolí y Viltorino.—El hambre en todas partes.—Progresos de la reaccion.—Descontento general.—Salida de Victor Manuel para Turin.—El príncipe de Carignan, lugarteniente de aquel reino.

Los invasores que conculcando todos los derechos habian logrado su propósito de usurpar el infortunado reino de las Dos Sicilias, acababan de arrojar con desden su máscara hipócrita, para convertirse de fingidos protectores en verdaderos tiranos, y derramar á torrentes la sangre inocente de los pueblos, que tuvieron la debilidad de prestar oido á sus falaces promesas de independencia y libertad. No menos inhumanos los soldados de Victor Manuel que las salvajes hordas de Garibaldi, se entregaban aquellos como estas, á todas las crueldades y á los mas espantosos crímenes. Para que no crean nuestros lectores que exageramos las atrocidades cometidas en Nápoles á nombre de la libertad y de la independencia de Italia, les citarémos aquí algunas de ellas, á fin de que vean cual era la conducta observada por los soldados del Rey *Caballero*, conducta, si cabe, mas infame aun, que la que siguieron los miserables aventureros que capitaneaba el pirata de Niza, y si tenemos razon en decir que unos y otros se entregaron á los mayores excesos.

Entraron los Piamonteses en la poblacion de Pizzolí, y apesar de no haberles opuesto sus habitantes resistencia alguna, llenaron las

cárceles de pacíficos ciudadanos, por creerles desafectos á la causa de la Revolucion. Al ver la soldadesca la injusta disposicion emanada de sus gefes, pensó que de ningun modo podia complacer tanto á estos como entregándose á todas las crueldades, y en efecto así lo hizo. Obligaron los soldados á un hijo de Clemente Giorgi á dar algunos vivas á Francisco II; el jóven, que en un principio se resistia tenazmente, dió al fin los vivas que le exigian sus verdugos, quienes le dieron muerte en el acto, profiriendo en una espantosa gritería que sofocó los últimos lamentos de la víctima.

Crescencio Marola, fué igualmente asesinado porque no quiso dar un viva á Victor Manuel. Creido Antonio Mosaro de que la tolerancia revolucionaria era una verdad, dijo que podia en tiempos de libertad gritarse en cualquier sentido, por lo que él no titubeaba en declarar públicamente que era adicto en cuerpo y alma al Rey de Nápoles. ¡Insensato, no sabia que la libertad solo existe para esclavizar en los tiempos de revueltas: su franqueza le costó la vida!

Fueron presos un gran número de habitantes de Viltorino por habérseles hallado una escarapela borbónica; apesar de haberse justificado que ninguno de ellos habia hecho armas contra el ejército invasor, fueron en su mayor parte fusilados; solo por medio de crecidas sumas, lograron los demás salvar sus vidas.

Asimismo fueron pasados por las armas en nombre de la libertad, Antonio Silveri, Francisco Fabi, Fiore Ciccarella, Desiderio Vittorini, Santo Cicarella, Angelo Cicarella y Pietro Silveri, acusados todos ellos de estar en relaciones con las partidas que se habian sublevado en defensa de su Rey y de la independencia de su patria. Tambien se condenó á la última pena á once paisanos napolitanos de la provincia de Tierra de Labor, por haber cometido, segun sus verdugos, el enorme crímen de pisotear la escarapela sarda.

La provincia de los Abruzzos fué declarada en estado de sitio por órden de Farini, bárbaro dominador de Nápoles, que no contento con arrogarse todas las facultades, quiso trasmitirlas á sus secuaces para que pudiesen, en nombre de la unidad italiana y de Victor Manuel, fusilar á su antojo á cuantos no fuesen partidarios de la tiránica dominacion del Piamonte. Al poco tiempo publicó el sanguinario Pianelli un decreto imponiendo pena de la vida á todo el que llevase

armas sin su autorizacion, al único objeto de privar á los desgraciados realistas, que se veian continuamente amenazados por sus turbas, de apelar hasta á los medios de la propia defensa. Ni entonces ni ahora, puede decirse que haya en Nápoles ningun gobierno; así pues, privar á los pacíficos habitantes de que pudiesen usar armas, cuando veian constantemente amenazados su hacienda, su honor y sus vidas, era decir de un modo claro y terminante á los Ingleses, Húngaros, Piamonteses, Polacos y demás hombres perdidos de todos los países, que presurosos habian acudido á Italia para poderse entregar al robo y al saqueo: *haced de las vuestras, nadie puede ya oponeros resistencia.*

Tal era la situacion del reino de Nápoles, que no titubeamos en afirmar que hubiera sido preferible cayese aquel país en poder del mazzinismo antes que en el de Victor Manuel, porque aunque el desórden que entonces reinase en él hubiese sido el mismo, ó mayor aun si cabe, no habria contado al menos con tantos elementos de fuerza, y hubiera sido por lo tanto mucho mas fácil derrocarle. Así debió de comprenderlo tambien la Revolucion, cuando con tanto empeño la vimos aliarse y combatir por el engrandecimiento de un monarca que todo debia permitírselo con tal que pudiese ensanchar sus dominios y ver realizados un dia sus sueños de ambicion. Entre dos males cuya intensidad es la misma, debe preferirse siempre el mas corto. El mazzinismo, además, habria sido mucho mas franco en el ataque, lo que habria reportado al gobierno legítimo la doble ventaja de saber á qué atenerse ya desde un principio, y de hacer mas iguales las condiciones de la lucha.

¡Quién lo creyera! los hombres libres por excelencia, los filántropos de todos los países, que al grito de unidad é independencia se lanzaron á la Italia meridional para romper las cadenas que sujetaban y oprimian á sus hermanos de las Dos Sicilias, aun antes de haber dado cima á su *empresa generosa*, establecieron ya el odioso sistema de las purificaciones, sistema fatal que autoriza todas las injusticias, que satisface todas las venganzas. Nombráronse al efecto comisiones de oficiales sardos para que examinasen las cualidades de los soldados napolitanos, sin exceptuar hasta á aquellos que se hubiesen pasado al ejército piamontés; y de seguro que cualquiera comprenderá des-

de ahora en qué sentido daban siempre sus fallos los nuevos jueces, enemigos implacables de los que debian *purificar*.

Que hubiese adoptado semejante sistema un gobierno bárbaro y despótico, no habria excitado la admiracion de nadie ; pero que lo siguiese un gobierno *humanitario* y *libre*, era el escarnio mayor con que el despotismo revolucionario podia insultar á los vencidos. Las injusticias cometidas en aquellos juicios, dictados por el odio y por el ciego espíritu de partido, fueron incalculables.

No hay para que decir que todo el reino de Nápoles gemia bajo la misma opresion, y que se hallaba poco menos que entregado enteramente al saqueo : el tesoro, tan pujante en tiempos de Francisco II, se encontraba exhausto; los bienes de un gran número de particulares, habian sido confiscados; por do quiera Piamonteses y garibaldinos se apropiaban lo ageno sin razon ni pretexto: la *libertad* no podia ser mas completa. Casi todos los ricos objetos de arte procedentes de los templos, monasterios y museos, cayeron en poder de los muchos Ingleses que, solo para robarlos habian acudido á aquel desgraciado país. ¡Hé ahí la dicha que procuraba á los Napolitanos el nuevo sistema político, planteado en nombre de la unidad y de la independencia de Italia!

Tantos excesos habian de aumentar necesariamente las fuerzas realistas que habian lanzado el grito de guerra en los diferentes puntos del reino ; así que, ascendieron en breve los sublevados en los Abruzzos á mas de 5000 hombres, perfectamente armados y en disposicion de batirse ; mandábales un coronel del ejército de Francisco II. No nos admira el aumento de las fuerzas leales, sino el que no se levantase como un solo hombre todo el pueblo napolitano contra sus opresores, prefiriendo mil veces morir gloriosamente en los combates, á soportar por mas tiempo el yugo vergonzoso que le convertia en pueblo abyecto y degradado.

El gobierno piamontés quedaba autorizado para contraer un nuevo empréstito ; treinta eran pues ya los empréstitos de 25 millones de francos que con este último habria contraido Cavour para plantear la Revolucion que iba á labrar la desgracia de la pobre Italia.

El 4 de diciembre estallaron en Nápoles grandes desórdenes, con motivo de haberse negado el arzobispo de aquella capital á bendecir

las banderas revolucionarias. Cediendo el arzobispo de Nápoles á las reiteradas instancias y solemnes promesas de que se le dejaria en una completa libertad de accion, se restituyó al seno de su grey amada. Hízole el pueblo á su entrada una ovacion completa, pero aquellas sinceras pruebas de adhesion exasperaron sobremanera á los *camorristi*, quienes se presentaron en gran número al palacio episcopal, en el momento en que iba su Emma. á entregarse al descanso. A su llegada, intimaron al prelado que bendijera sus banderas, y como este se resistiese á ello, se arrojaron furiosos sobre el palacio, amenazando pasarlo todo á sangre y fuego.

El pueblo, que de ningun modo podia permitir semejantes escándalos, tomó, como era natural, la defensa de su pastor, empezando desde luego entre Napolitanos y camorristas una lucha terrible que duró dos horas; pero como el número de los últimos iba siempre en aumento, se vió el pueblo por último obligado á retirarse, y á dejar libre el campo á los garibaldinos y á los Piamonteses. Solo al ver los puñales levantados sobre la cabeza del prelado, izaron sus servidores en palacio la bandera tricolor. Ninguna disposicion dió el gobierno durante el desórden, lo que demuestra claramente, á pesar de todas las protestas que hizo despues Farini, que se hallaba este dispuesto á dar al que hubiese asesinado al cardenal, la misma recompensa que dió al asesino de Anoiti.

El hambre, ese terrible azote que entre los muchos, es el que sigue siempre mas de cerca á la Revolucion, hacia en Nápoles grandes estragos; todos los capitales habian desaparecido desde que se empezaron á cantar himnos patrióticos en las plazas y calles de la capital, y no podian por lo tanto emplearse en obras públicas para desterrar la miseria que reinaba en las clases todas. Difícilmente podia ser mayor el cúmulo de males que pesaban sobre aquel país, que tan venturoso iba á ser, segun decian antes sus reformadores, desde el dia en que se viese libre del gobierno despótico que se oponia á sus legítimas aspiraciones, y á que fuese la Italia toda bajo el glorioso cetro de Victor Manuel, una, grande y poderosa. Sin embargo, habia llegado el pueblo napolitano á aquella época que se le designaba como la de su felicidad, y veia talados sus campos; que se le arrebataban por medio de numerosas quintas los brazos que podian cul-

tivarlos; que las contribuciones iban siempre en aumento; que la miseria, en fin, que le amenazaba con todos sus horrores, era el único resultado que debia á su cambio político.

El príncipe Murat que, como todos los de su raza, une á su ambicion la mas refinada hipocresía, se compadeció en extremo de la triste suerte del reino de Nápoles, y hasta se asegura que remitió á él crecidas sumas para que fuesen repartidas entre los pobres, advirtiendo á los agentes que debian distribuirlas dijeran que solo animaba al príncipe el deseo de socorrer su desgracia, y de hacer por ellos lo que no hacia su Rey, Victor Manuel, que solo procuraba arrancarles hombres y dinero. Nadie extrañará la conducta del nuevo pretendiente al trono de Nápoles.

Como el Rey *Caballero* no podia ver con indiferencia los males que afligian á sus nuevos pueblos, quiso antes de su salida de Nápoles perpetuar el recuerdo de su permanencia en la capital de las Dos Sicilias, por los beneficios que dispensara á sus queridos súbditos con cuatro decretos que disponian lo siguiente: que las provincias napolitanas y sicilianas, las Marcas y la Umbría, iban á formar parte integrante del territorio italiano. Llamábase luego á las armas á los licenciados de 1857 á 1860, para que á fines de febrero contase el ejército napolitano con un efectivo de 180,000 hombres; los licenciados que no se presentasen, serian juzgados por consejos de guerra con arreglo á ordenanza., ó lo que es lo mismo, serian inmediatamente fusilados. ¡Cómo sabe el Rey *Galantuomo* labrar la dicha de sus pueblos!

Ya no eran solo los Abruzzos, sí que tambien la Calabria, la Pulla y la Tierra de Labor, los que apelaban á las armas para sostener el derecho contra la iniquidad, la independencia nacional contra la invasion extranjera, contribuyendo los Piamonteses en todas partes con su brutal furor á engrosar poderosamente las fuerzas de los sublevados. Viendo el gobierno revolucionario que no podian las tropas piamontesas acabar con las partidas realistas de las diferentes provincias napolitanas, dispuso que se movilizase en cada una de estas un batallon de guardia nacional, á fin de que fuese mas incesante la persecucion contra los insurrectos; pero en breve tuvo el gobierno piamontés que arrepentirse de esta medida, por haber con-

tribuido la milicia con sus excesos á hacer la sublevacion mas peligrosa y general.

Tambien la Sicilia, no pudiendo soportar ya mas la anarquía de que era víctima, trató de reparar por medio de un alzamiento la falta que cometió al presentarse Garibaldi en sus playas; muchos de sus pueblos se sometieron á la autoridad del gobernador de Messina, y se dispuso por las personas mas influyentes de la isla que se mandase una comision á Gaeta para prestar homenaje al Rey y pedirle algunas garantías. Con efecto, se presentaron á Francisco II diferentes diputaciones jurándole fidelidad en nombre de todos los Sicilianos, y pidiéndole al propio tiempo ciertas garantías. Despues de haberlas atendido el soberano con su natural benevolencia, les prometió completo olvido, gobierno propio, aunque dependiente de la capital del reino, y lugartenencia, confiada á su hermano, el valiente y esforzado príncipe de Caserta.

Véase, pues, como no podia ser mayor el descontento que se notaba en todo el reino contra el gobierno del usurpador, impuesto por medio del engaño y de la hipocresía. Al ver el *Galantuomo* que solo servia su presencia en Nápoles para excitar mas los ánimos, creyó prudente restituirse á Turin, donde al menos se le recibiria como conquistador, aunque no hubiese debido desenvainar su espada para hacer sus tristes conquistas. Por mas esfuerzos que se hiciesen á su salida para prepararle una ovacion, no pudo lograrse despertar el entusiasmo público: fué tal la indiferencia que mostraron los Napolitanos todos, hasta los mas adictos al Piamonte, á la salida del Rey Victor Manuel, que casi nos atrevemos á afirmar que no volverá á presentarse en la capital de las Dos Sicilias.

Lo propio le sucedió en los demás puntos de su tránsito, lo que no es extraño si se atiende á que los mazzinianos le habian sido siempre enemigos; que los garibaldinos estaban descontentos por haberse desterrado á su *ilustre* caudillo al desierto de Caprera, y disuelto sus cuerpos cuando mas pensaban hacer de las suyas; que el pueblo napolitano no podia menos de odiar mortalmente á un gobierno que, léjos de procurarle la dicha y la paz que tantas veces le habian sido ofrecidas por sus agentes, le habia envuelto en los horrores de una continua guerra, y que en medio del hambre espantosa que afligia á

todas las clases, solo sabia el gobierno arrebatarle los hombres y el escaso dinero que aun le quedaba.

El descontento entre los garibaldinos, excitados en parte por su gefe, que, acostumbrado á las revueltas, se le hacia cada vez mas insoportable su pacífico destierro de Caprera, se demostraba visiblemente en todas partes. En Sicilia se sublevó el batallon Fermaturi, diciendo que se habia formado para apoyar á Garibaldi y no para defender la causa de los tiranos; en otros puntos llevaron su furor hasta el extremo de asesinar á sus mismos jefes, á quienes acusaban de traidores por no haberse opuesto á la disolucion de los cuerpos de su mando. Algunos hubo tambien que fueron á engrosar las partidas sublevadas en defensa de Francisco II, solo por vengar la injusticia que se les habia hecho, despues de haber procurado el triunfo al usurpador, que solo con el desprecio sabia recompensar sus servicios.

Viendo Garibaldi que apesar de todo, no podia lograr su objeto por medio de sus ocultas excitaciones, resolvió lanzarse al campo de la política, por lo que declaró desde Caprera que estaba decidido á tomar parte en las elecciones, y hasta recomendó eficazmente á sus partidarios una candidatura en la que figuraba su nombre; pero como era su incapacidad, para la política, reconocida por todos sus adeptos, tuvo que desistir por entonces de su propósito de armar contiendas en el parlamento, y resignarse á aguardar la primavera para reunir el millon de bayonetas que habian de salvar á la Italia.

Para que se vea la prodigiosa actividad que desplegaron los ministros del pro-dictador Mordini por labrar la dicha en Sicilia, solo diremos que en el poco tiempo que permanecieron al frente del gobierno, dieron nada menos que 45 leyes y 589 decretos, además de los tres mil que expidieron nombrando jefes y oficiales, y señalando pensiones y otras recompensas en favor de todos aquellos que directa ó indirectamente hubiesen contribuido á la sublevacion del país. El ministro del interior refrendó 18 leyes y 248 decretos; el de justicia, 10 leyes y 135 decretos; el de seguridad pública, 7 leyes y 117 decretos; y el de Hacienda, 10 leyes y 89 decretos. ¡Y aun se atreverán á decir algunos que no saben los revolucionarios sacrificarse en bien del país que les está confiado!

Nombró Victor Manuel lugarteniente del reino de Nápoles al príncipe de Carignan, para que fuese en su nombre á regir los destinos de aquel pueblo que tan feliz y contento se mostraba de estar bajo su dominacion. El príncipe, que por sus escasos conocimientos ninguna confianza inspiraba á los demás gobernantes, no tardó en estar con ellos en abierta pugna, por no cumplir estos puntualmente sus órdenes. En su consecuencia se dispuso la destitucion de Farini, pero en la imposibilidad de encontrarle por de pronto un sucesor, tuvo que dejársele en su puesto, por mas que estuviese en oposicion con el príncipe, á causa de no poder este desempeñar por sí solo el alto cargo que le fué confiado.

Entretanto la exasperacion del pueblo iba llegando á su colmo, por ver que iban sus males siempre en aumento, sin que tratasen los gobernantes de adoptar resolucion alguna que pudiese, si no hacerlos cesar enteramente, hacer al menos que no fuesen tan intensos. Así que, se amotinaron las mujeres en Nápoles, y dirigiéndose al palacio de Farini, dijeron á este con ánimo resuelto que, solo á la Revolucion se debia el hambre horrible que sufria el pueblo; que era su gobierno el peor de todos cuantos hasta entonces hubiese habido en Nápoles; y que no podria el reino de las Dos Sicilias recobrar nunca la paz de que antes gozaba, hasta que haciendo un esfuerzo supremo lograse arrojar de sí á los opresores que eran causa de su desgracia. Léjos de rechazar con la fuerza aquella demostracion, por no tener ni aun confianza en la tropa, tal era el desacuerdo que habia entre los prohombres de la Revolucion, procuró Farini calmar los ánimos, prometiendo hacer cuanto estuviese de su parte para aliviar en lo posible la suerte del pueblo. No ha llegado aun la hora de cumplir su promesa.

Como viese Garibaldi lo poco dispuestos que estaban sus amigos de Italia á nombrarle diputado por ninguno de sus distritos, declaró estar formalmente resuelto á no aceptar el cargo de tal, caso de que, *contra su voluntad*, fuese nombrado, queriendo imitar de este modo á los hombres eminentes de la antigua Roma, que solo renunciaban al cargo consular, para poderle alcanzar mas fácilmente. Pero como los Italianos no tenian motivos para creer que pudiese Garibaldi abrigar tanta astucia, creyeron complacer al buen solitario de Caprera, de-

jándolo en paz en su retiro para que pudiese combinar con mas acierto los gigantescos planes que habia anunciado para la próxima primavera.

Luego de verse el Rey *Galantuomo* restituido á su capital, declaró con el mayor énfasis que estaba ya la unidad italiana definitivamente constituida; que constaba su reino de 55 provincias, que no tardarian en enviar á Turin á sus 443 diputados, para que prestasen en su nombre juramento de fidelidad al gobierno, y para que declarasen á la faz de la nacion que veia la Italia entera satisfechas sus aspiraciones. Al ver la fatuidad con que se arrogó Victor Manuel un título que causaba su deshonra y que no podia ser reconocido por la Europa, no sabemos si es de horror ó de compasion el sentimiento que nos inspira su conducta.

Hiciéronse en Nápoles diferentes prisiones, so pretexto de haberse descubierto una conspiracion en favor de Francisco II; pero, como á pesar de todas las diligencias practicadas no pudo sacarse nada en claro acerca de sus autores, ni mucho menos de los medios por ellos empleados para lograr su objeto, todo el mundo creyó ser aquello una pura invencion del gobierno para perseguir á los realistas y poderse apropiar lo poco que aun les quedaba. Hasta los mas ilusos conocen ya en Nápoles las artimañas de que acostumbran valerse los revolucionarios para lograr sus depravados fines.

Era tal el descontento que reinaba en Nápoles contra la política seguida por Cavour, aun entre los mismos Piamonteses, y tales los graves temores de que se alterase el órden, que se vió obligado el gobierno piamontés á reforzar considerablemente la guarnicion de la capital de las Dos Sicilias.

El déspota Farini, que con su sola presencia contaba en un principio calmar en Nápoles la agitacion general que se notaba en todos los ánimos, y que ha ido desde entonces siempre en aumento, se vió obligado al fin á abandonar la ciudad, llevándose por única recompensa el odio de todos los partidos. Los mas sensatos lo aborrecian como inícuo; los revolucionarios lo combatian como hombre funesto á la causa de la libertad; y todos, Napolitanos y Piamonteses, convenian en que era imposible pudiese sucederle en el mando otro alguno que le superase en crueldad y en egoismo. ¡Qué hombres, los encargados de regenerar á la Italia meridional!

El gobierno de Turin, que temia ver escapársele de las manos el nuevo reino que acababa de conquistar por medio de la bajeza, la traicion y la injusticia, envió una órden á Nápoles para que se procediese con rigor contra todos los que conspirasen para derrocar el sistema que, para dicha de los pueblos italianos, habia sido establecido; pero léjos de contener aquella órden á los descontentos, dióles al parecer nuevos brios, puesto que á los pocos dias de haberse recibido, lograron los realistas desarmar á la guardia nacional de Caserta, sin que ni siquiera se atreviesen los nacionales á oponerles resistencia. Por mas que se propongan los Piamonteses ahogar en sangre las legítimas aspiraciones de los pueblos que están bajo su funesta dominacion, no han de lograr intimidarles nunca, al contrario, cuanto mayor rigor desplieguen para sujetarles, mayores serán tambien la constancia y el heroismo con que sabrán los pueblos sacrificarse por su noble causa. Ya no se trataba precisamente de rechazar á un ejército extranjero que sin declaracion de guerra, ni alegar pretexto alguno, se acababa de apoderar de un Estado amigo; ya no era para los Napolitanos tan solo cuestion de honra el defender sus derechos y su independencia nacional tan cobarde y traidoramente hollados, sino que era ya la absoluta necesidad de defender sus intereses y sus vidas, la que les obligaba á lanzarse al campo para hacer frente á los bandidos que lo pasaban todo á sangre y fuego. Los actos de barbarie á que se entregaban sus enemigos para contenerles, habian de ser por lo mismo enteramente inútiles, porque nunca se ha logrado dominar á un pueblo por tan reprobados medios.

Con efecto, apenas fueron conocidas en Nápoles las rigorosas órdenes recibidas de Turin, se presentó la reaccion mas audaz que nunca en todas partes. Ya no es tan solo en los Abruzzos donde logran los valientes defensores de la legitimidad arrollar y vencer á sus enemigos, sino que tambien triunfan las partidas realistas en Pozzoli, Téramo y Aquila, de cuyas poblaciones se apoderan casi sin resistencia, por estar confiada su defensa á la guardia nacional, á causa de haber huido cobardemente los Piamonteses, al saber la aproximacion de las fuerzas leales. En cambio, numerosas columnas sardas recorrian los campos y los pueblos en que no se habian pre-

sentado aun los realistas, fusilando sin piedad á cuantos eran acusados por algun traidor de estar en relaciones con los sublevados. Es imposible que haya habido jamás pueblo alguno tan torpemente engañado ni tan cruelmente oprimido, como lo ha sido y lo es el de las Dos Sicilias por sus implacables enemigos, á pesar de la infame hipocresía con que se atrevieron estos en un principio á apellidarse hermanos.

La inocente sangre vertida en todas partes por el furor piamontés, parecia ser semilla fecunda de nuevos héroes, dispuestos á sacrificarse en aras de la patria comun, por salvar á aquellos de sus hermanos que iban á morir sin defensa, ó para vengar á los que habian sucumbido ya en medio de los insultos de la desenfrenada soldadesca. Los invasores fueron batidos en diferentes encuentros; particularmente en el de Accua Santa fueron completamente derrotados por Vocchio Pecchione, que les hizo mas de cien prisioneros y les llevó en retirada durante seis horas. Mientras las fuerzas leales combatian con tan buen éxito en los Abruzzos, sublevábanse las poblaciones de Torre del Greco, Torre dell'Anunciata, Resina, Portici, San Giovanni y Pedencio, los cuales, no menos afortunadas en sus primeros hechos de armas, lograron tambien dispersar y vencer á cuantas fuerzas enemigas fueron enviadas en su persecucion.

Asi mismo estallaron en Nápoles sérios motines en diferentes barrios, en los que corrió muchas veces confundida la sangre de oprimidos y opresores. Todo indicaba que el pueblo napolitano iba á salir en fin de su letargo, y á castigar á los cobardes asesinos que, sin valor para atacarle en un principio, tuvieron crueldad sobrada para derramar su sangre despues de haberle engañado.

No era tan solo el partido realista el que se mostraba hostil á los Piamonteses; tambien el garibaldino tenia contra ellos sus motivos de queja, y ardia por lo tanto en deseos de vengarse, conforme lo hacia cuantas veces se le presentaba ocasion para ello. El himno de Garibaldi, que puede decirse era el canto de guerra contra Cavour, se entonaba cada dia en los principales puntos de Nápoles, sin que dejáse de seguir siempre á él algun tumulto, que costaba por lo regular la vida á diferentes cavuristas. Era tan detestable, bajo todos conceptos, la política seguida en las Dos Sicilias por el gobierno del

Piamonte, que hasta los mismos garibaldinos, que con tanto ardor defendieron antes su causa, se presentaron despues como sus mas implacables enemigos. Nunca han podido contar la ingratitud y la perfidia ni aun con la constancia de sus mismos adeptos.

Bastante hemos contristado ya el ánimo de nuestros lectores para continuar aquí la relacion de los males que afligian á la nacion napolitana; dejemos, pues, por ahora á sus nobles hijos entregarse á una lucha obstinada y gloriosa que tiene por objeto rechazar á sus verdugos, confiando en que al fin ha de coronar la victoria sus esfuerzos, porque nunca en país alguno ha sido de mucha duracion el imperio de la iniquidad.

CAPÍTULO XVIII.

Construccion de nuevas baterías piamontesas frente á Gaeta.—Actos de Cialdini.—Noble conducta de los Príncipes.—Valor de los sitiados.—Manifiesto del Rey á sus pueblos.—Crueldad de Cialdini.—Agitacion en las provincias.—Ausilia Roma á la ciudad sitiada.

Conforme lo habia dicho Cialdini, no tardó en hacerse oir en Gaeta el estruendo de su artillería. Despues de haber adelantado en gran manera sus obras de ataque, merced á la precaucion de hacerlas durante la noche para que no pudiese mortificarles tanto la plaza, y sobre todo, al magnífico tiempo que hacia, se vieron los Piamonteses con una inmensa línea de baterías que les permitió atacar ventajosamente á la ciudad sitiada. Tenian además rayada toda su artillería, lo que les daba una superioridad incalculable por ser mucho mayor su alcance, al paso que los sitiados no contaban mas que con algunas piezas para contestar á ella.

Sin embargo, los tiros de los Piamonteses no eran muy certeros, por estar colocadas sus piezas á la distancia de mas de tres mil metros; así que, puede decirse que ningun daño hicieron en la ciudad sus proyectiles, á pesar de ser contínuo el fuego que desde entonces se dirigió contra ella.

El gobierno sardo, que conocia lo de que es capaz un Rey que sabe desenvainar su espada y exponerse á morir defendiendo su trono, por

mas que no cuente con grandes recursos, trató de dar cuanto antes á su víctima el golpe de gracia, reuniendo contra ella, no solo todos los medios de destruccion de que podia disponer, sí que tambien dirigiéndose á la Francia para que le procurase todos aquellos que no estuviesen á su alcance. Y entonces pudimos ver á todo un Napoleon III faltar por milésima vez á su palabra de sostener el derecho y la justicia do quiera que se viesen atacados, y convertirse en defensor ardiente de la arbitrariedad y de la injusticia, procurando al Piamonte numerosas piezas rayadas, que habian de contribuir por lo menos á hacer rendir á su aliado, el Rey legítimo de las Dos Sicilias, cuando no á abrirle una tumba en la última ciudad que defendia con tanto heroismo.

Recibió Cialdini un nuevo refuerzo de cinco mil hombres y un gran número de piezas de artillería, cuyo refuerzo, como comprenderán nuestros lectores, le permitió estrechar mas el cerco. Mientras el ejército sitiador veia aumentarse cada dia sus poderosos medios de ataque, iban disminuyendo mas y mas en la plaza los de defensa; las enfermedades, ocasionadas en gran parte por la escasez de víveres, abrian cada vez nuevos claros en las filas de los sitiados; tambien iba haciéndose mas considerable el número de los heridos á medida que iba aumentando el fuego contra la plaza. Con todo, no se crea que por esto desmayase en lo mas mínimo el ejército realista; al contrario, cuanto mas arreciaba el peligro, mayores eran el entusiasmo y bravura con que se presentaba siempre al combate. Y ¿como no ser así, cuando tenian á su frente á sus augustos Reyes, que eran los primeros en darle el ejemplo de todas las virtudes?

El inhumano Cialdini, que como soldado de la Revolucion no podia comprender tanta constancia y denuedo, no supo en su ciego furor respetar ni aun los asilos de la desgracia, puesto que no obstante de ondear en cada hospital una bandera negra, triste emblema de dolor y de muerte, fueron todos ellos el blanco de la artillería piamontesa, y el objeto principal del odio de aquellos que llevan su cínica burla hasta el punto de llamarse celosos defensores de la humanidad. En el hospital de San Francisco un solo proyectil hirió á quince enfermos. ¡Qué rasgos de amor y de desprendimiento los de los revolucionarios para excitar la gratitud de los pueblos!

Veamos ahora cual era la conducta que observaban los *tiranos*, los *opresores de los pueblos*, sitiados en Gaeta. Todo lo disponia el jóven soberano para que nada faltase á los enfermos y heridos, cualquiera que fuese la clase á que perteneciesen. Unicamente se separaba de las baterías para ir á llevar por sí mismo un consuelo á los pobres enfermos sumidos en el lecho del dolor, ó á los infelices que carecian de todo recurso, encerrados en el fondo de sus casas; luego empero de cumplida su mision salvadora, volvia á restituirse al lugar del peligro, para continuar en él exponiendo su vida como el último de sus soldados. Y si esto hacia el Rey teniendo que dictar todas las disposiciones necesarias para atender á la defensa de la plaza, ¿qué era lo que no debia hacer su intrépida compañera María Sofía Amelia, consagrada esclusivamente al alivio de los desgraciados, cuando le valieron sus virtudes el hermoso nombre de angel de Gaeta?

Los príncipes de Trápani y Trani no se separaban ni un momento del puesto á que su honor y su deber los llamaban; tambien S. A. R., el conde de Caserta, participaba de todas las fatigas y privaciones del sitio, puesto que se le veia continuamente en su batería apuntando por sí mismo las piezas, sin que le igualase en disposicion, acierto y denuedo, ninguno de los demás jefes de artillería.

Acababa de recibir Cialdini unas treinta piezas Cavalli, y todo indicaba que no tardaria en recibir algunas otras, puesto que habian llegado ya á Nápoles, donde se esperaban aun muchas mas. Las piezas rayadas de los Piamonteses llegaban hasta mas allá de la torre que habia en el monte *Orlando*, y eran sus proyectiles de treinta kilómetros; felizmente no ocasionaron grandes desgracias.

Cuatro buques piamonteses con el pabellon nacional, con cargamento de carbon y granos para el ejército invasor, se vieron obligados por la tempestad á entrar en el puerto de Gaeta. Los sitiados, como era natural, se apoderaron de ellos, despues de haber sido declarados de buena presa; pero Francisco II, cuyos sentimientos generosos, por mas que digan sus enemigos, nadie podrá poner jamás en duda, mandó, pasada la tempestad, que se dejase seguir su rumbo á los buques, sin echar mano ni de la mas mínima parte de su cargamento, á pesar de la escasez de víveres de la plaza. De se-

guro que si el general Cialdini ó el almirante Persano se hubiesen apoderado de algunos buques napolitanos cargados de víveres para los sitiados, habria sido muy distinta su conducta; pero en algo ha de diferenciarse siempre lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto.

Hicieron los sitiadores una salida en la noche del 5 de diciembre, que dió, como la anterior, los mas brillantes resultados; tambien era esta vez el entendido y valiente general Bosco el que se puso al frente de las fuerzas que la practicaron. Durante aquella arriesgada expedicion nocturna, que tenia por objeto incendiar algunas casas del arrabal, ocupadas por los Piamonteses, permaneció el Rey constantemente en el último puesto avanzado, ó sea, en el mas próximo al campo enemigo. Antes de llegar los cazadores á las puertas de la ciudad oyóse una terrible explosion que hizo estremecer los montes vecinos: las tres casas acababan de desaparecer en medio de un mar de llamas.

Cada dia iba siendo mas terrible el cañoneo, por ir siempre en aumento el número de piezas que lograban los Piamonteses poner en batería; los palacios del Rey y de la Reina madre, parecian ser, sobre todo, el blanco de sus fuegos, puesto que ni de dia ni de noche cesaban de tirar sobre ellos. La batería piamontesa establecida en *Monte Cristo*, era la que mas daño causaba á la ciudad, que apenas podia contestar, por ser muy escaso el número de sus piezas rayadas; con todo, á pesar del contínuo fuego, no habia que lamentar en la plaza grandes desgracias. La torre *Orlando* era la que mas habia sufrido hasta entonces, pero en cambio, era tambien la que mas daño causaba á los Piamonteses.

SS. AA. RR. los condes de Trápani y Trani salieron en un buque español para Roma, encargados de una mision de la mas alta importancia; pero tan pronto como la hubiesen desempeñado, volverian á Gaeta para continuar compartiendo con su augusto sobrino el peligro y la gloria.

El valor y la serenidad de los pacíficos habitantes de Gaeta aumentaban ante el peligro; hasta las mismas mujeres lo miraban todo con la mayor sangre fria. La noche en que el fuego fué mas vivo, el Rey, la Reina y los príncipes estaban cenando en la embajada de España, en el palacio de la Reina madre, y á pesar de caer numero-

sos proyectiles en el jardin, estaban el Rey y la Reina asomados al balcon de este, mientras rebotaban bajo sus piés las balas de los cañones rayados. A los primeros cañonazos se levantaron los principes de la mesa, y se dirigieron desde luego á las baterías. ¡Cuántos hay, entre los muchos que acusan á los Borbones de ineptos, que habrian preferido el olor de los manjares al silbido de las balas!

En una de las nuevas baterías que presentaron los Piamonteses en las ruinas de Santa Agata, reventó al primer ensayo un cañon *Cavalli*, dando muerte á cinco artilleros y dejando muy mal parados á otros quince ó veinte; el fuego no obstante continuó toda la noche, pero sin causar gran daño.

El general Cialdini, que deseaba sin duda continuar con actividad las obras de ataque, se dirigió al gobernador de la plaza diciéndole que habia recibido órden de su gobierno para suspender el fuego durante tres dias. Por mas que no se ocultase al gobernador el plan que se proponia Cialdini al hacerle semejante declaracion, contestó que haria tambien por su parte cesar el fuego, con tal que Cialdini empeñase su palabra de no hacer continuar los trabajos hasta que volviesen á romperse las hostilidades. A pesar de no haber contestado Cialdini á la condicion propuesta por el gobernador de la plaza, dispuso el Rey que cesase el fuego hasta que los Piamonteses volviesen á empezarle. Solo el tercer dia, esto es, cuando iba ya á espirar el plazo, contestó Cialdini que no podia aceptar de modo alguno la condicion impuesta, y que podia por lo tanto la plaza continuar el fuego. Inútil nos parece decir que activaron los Piamonteses en gran manera sus trabajos durante la tregua, por mas que al obrar de aquel modo debiesen dar una nueva prueba de su mala fé. Aun cuando disponen los revolucionarios de todos los elementos de fuerza, es tal la costumbre que tienen de usar armas de mala ley, que, aunque puedan vencer lealmente á sus contrarios, no saben nunca renunciar á ellas.

Ante los peligros cada vez mayores que corria el Soberano, y las grandes desgracias en que se veian envueltos sus súbditos, dirigió á estos el siguiente manifiesto, que, como verán nuestros lectores, es uno de los mas notables que nunca haya podido dirigir Rey alguno á sus amados pueblos:

«Gaeta, 8 de diciembre de 1860.

«Pueblo de las Dos Sicilias.

«Desde esta plaza en que defiendo mas bien que mi corona la independencia de la patria comun, como soberano os dirijo mi voz para consolaros en vuestras miserias y prometeros tiempos mejores. Víctimas de una misma traicion y de un mismo despojo, sabremos sobrellevar y vencer mejor nuestros infortunios, confiados en que no puede la iniquidad ser duradera, y en que nunca las usurpaciones han sido eternas.

«He sabido despreciar las calumnias y mirar con desden las traiciones, mientras contra mí únicamente han sido dirigidas, y si he combatido no es por mí, sino por el nombre que llevamos todos. Pero cuando veo á mis amados súbditos sufrir todos los males de la dominacion extranjera, cuando les veo como pueblos conquistados, llevar su sangre y su oro á otros países, sin excitar mas que el desden de un monarca extranjero, siento latir indignado mi corazon napolitano dentro del pecho, sin tener mas consuelo que el que me procura la lealtad de mi valiente ejército, y las nobles protestas que de todos los puntos del reino se levantan contra el triunfo de la violencia y del engaño.

«Napolitanos: nacido entre vosotros, he respirado el mismo aire; yo no he visto otro país, ni conozco mas suelo que el suelo natal; todos mis afectos son para el reino; vuestra lengua es mi lengua; vuestras ambiciones son tambien las mias. ¡Sucesor de una antigua dinastía que ha reinado durante muchos años en estas bellas regiones, estableciendo en ellas la independencia y la autonomía, no vengo, despues de haber privado á los huérfanos de su patrimonio y á la Iglesia de sus bienes, á apoderarme, apoyado en la fuerza extranjera, de la parte mas bella de Italia! Al contrario, soy un príncipe enteramente vuestro, que todo lo he sacrificado al deseo de conservar entre mis súbditos la paz, la concordia y la tranquilidad.

«Todo el mundo ha visto que por no derramar sangre he preferido exponer mi corona. Muchos eran los traidores que, pagados por el extranjero, ocupaban un puesto en mi consejo al lado de fieles servidores, y sin embargo nunca pude creer que lo fuesen, tanta era la sinceridad de mi corazon. Me era tan sensible el castigar, y era tan

32

cruel para mí dar comienzo á una era de persecucion despues de tantas desgracias, que la deslealtad de algunos y mi clemencia, facilitaron la invasion operada por los aventureros, que paralizó la fidelidad de mis pueblos y el valor de mis soldados.

«Se me ha acusado de príncipe débil por no haber hecho correr ni una sola gota de sangre en medio de las contínuas conspiraciones fraguadas contra mi persona. Si el amor que siento por mis súbditos, si la confianza natural de la juventud en la honradez agena y el horror instintivo al derramamiento de sangre merecen aquel nombre, he sido en verdad un príncipe débil. En el momento en que era segura la derrota de mis enemigos, detuve el brazo de mis generales por no destruir la ciudad de Palermo; así como preferí tambien mas tarde abandonar á Nápoles, mi casa, mi capital querida, sin que vosotros me arrojaseis de ella, antes que exponerla á los horrores de un bombardeo, como los que sufrieron despues Cápua y Ancona. Creí de buena fé que el Rey del Piamonte, que se decia mi hermano y mi amigo, que me aseguraba desaprobar la invasion de Garibaldi y que negociaba con mi gobierno una alianza íntima para los verdaderos intereses de Italia, no habria faltado á todos los tratados y violado todas las leyes para invadir mis Estados en plena paz, sin motivo ni declaracion de guerra. Si estas son mis faltas, prefiero mis infortunios á los triunfos de mis adversarios.

«Concedí una ámplia amnistía, abrí las puertas de la patria á todos los desterrados y procuré á mis pueblos una constitucion, sin que haya faltado á ninguna de todas mis promesas. Dedicábame tambien á asegurar á la Sicilia instituciones libres que habrian fijado, con el auxilio de un parlamento separado, su independencia administrativa y económica, acabando de una vez con todos los motivos de desconfianza y descontento. Habia llamado á mi consejo á los hombres que me parecieron merecer la confianza de la opinion pública en aquellas circunstancias; y tanto como me lo permitió la incesante agresion de que soy víctima, procuré con ardor los progresos, las reformas, la prosperidad de la patria comun.

«No son las discordias civiles las que me arrebatan mi reino; solo he sido vencido por la injustificable invasion de un enemigo extranjero. Las Dos Sicilias, excepto Gaeta y Messina, últimos asilos

de vuestra independencia, están en poder del Piamonte, ¿y qué es lo que ha procurado esta revolucion á los pueblos de Nápoles y Sicilia? Ved la situacion que por do quiera presenta el país: La hacienda, antes tan floreciente, está completamente arruinada; la administracion es un caos; la seguridad pública no existe. Las cárceles están atestadas de presos, solo por meras sospechas; en lugar de la libertad reina el estado de sitio en las provincias; publica un general extranjero la ley marcial, y manda fusilar instantáneamente á todos aquellos de mis súbditos que no se inclinan ante la bandera de Cerdeña. El asesino se ve recompensado, y alcanza un regicida el apoteósis; el respeto al culto santo de nuestros padres es llamado fanatismo; los promovedores de la guerra civil y los traidores á su país reciben pensiones que ha de pagar el pacífico contribuyente. La anarquía reina en todas partes. Los aventureros de otros países no han parado hasta apoderarse de todo, para satisfacer su sórdida codicia ó las pasiones de sus compañeros. Constituyen vuestro gobierno hombres que no habian visto jamás esta hermosa parte de Italia, ú otros que, despues de una larga ausencia, han olvidado sus necesidades; así que, en lugar de las libres instituciones que yo os habia dado y que deseaba desenvolver, teneis la dictadura mas desenfrenada, y se ve la Constitucion actualmente sustituida por la ley marcial.

«Bajo el despotismo de vuestros dominadores, desaparece la antigua monarquía de Roger y de Carlos III, y las Dos Sicilias han sido declaradas provincias de un reino lejano; desde hoy Nápoles y Palermo serán gobernadas por prefectos procedentes de Turin.

«Medios, sin embargo, aun nos quedan para evitar tantos males y vencer las calamidades mayores aun que preveo: la concordia, la resolucion, la fe en el porvenir; así pues, uníos todos en derredor del trono de vuestros mayores. Que el olvido cubra para siempre los errores de todos, que lo pasado no sea jamás objeto de venganza, y sí tan solo una leccion saludable para el porvenir. Tengo la mayor confianza en la justicia de la Providencia; cualquiera que sea mi suerte, permaneceré siempre fiel á mis pueblos y á las instituciones que les he acordado; independencia administrativa y económica entre las Dos Sicilias, con dos parlamentos separados, amnistía com-

pleta para todos los hechos políticos: tal es mi programa. Fuera de estas bases, no espere el país mas que despotismo y anarquía.

«Defensor de la independencia de la patria, permanezco y combato aquí, por no abandonar nunca un depósito tan sagrado y tan querido. Si el poder vuelve á mis manos, protegeré todos los derechos, respetaré las propiedades, y quedarán asegurados las personas y los bienes de mis súbditos contra toda clase de opresion y de pillaje. Si la Providencia permite en sus profundos designios que hasta el último baluarte de la monarquía caiga á los golpes del extranjero, me retiraré con la conciencia tranquila, con una fe inquebrantable, con una inmutable resolucion; y mientras aguarde la hora inevitable de la justicia, haré los mas ardientes votos por la prosperidad de mi patria, por la fidelidad de los pueblos que forman la mayor y mas querida parte de mi familia.

«El Todopoderoso y la Vírgen Inmaculada é Invencible, protectora especial de nuestro país, sostendrán nuestra causa comun.

«FRANCISCO.»

Todos los esfuerzos de los satélites de la Revolucion no bastaron á impedir la circulacion del manifiesto trascrito, así como tampoco que fuese leido y comentado en público por el pueblo napolitano á quien iba dirigido.

Seguian los trabajos con la mayor actividad tanto en la plaza como en el campo sitiador; la primera se ocupaba en blindar los depósitos de municiones situados en la línea de tierra, por estar continuamente expuestos al cañoneo de los Piamonteses; y estos por su parte se dedicaban á la construccion de una via, y establecian nuevas baterías en las casas *Tucci* y *Ocagno*. Cortaron además el camino del arrabal, para impedir las frecuentes salidas de los sitiados. Los fuegos de la plaza mortificaban incesantemente á los invasores, obligándoles no pocas veces á interrumpir sus trabajos.

Inmensos eran los preparativos que estaba haciendo el gobierno piamontés para reducir la ciudad sitiada al último apuro; pocos eran los dias que no llegasen á Nápoles nuevas tropas, cañones y toda clase de pertrechos de guerra para el campo de Cialdini. Cualquiera habria creido al ver tantos aprestos que, mas bien que de la toma de una pequeña ciudad sitiada, debia tratarse de la conquista

de un reino. Nadie como los revolucionarios para hacer vanos alardes de fuerza. Como no pueden apoyarse en el derecho, no les queda mas recurso que apelar á las bayonetas, por mas que cuando no están en el poder clamen siempre contra ellas.

Construyeron los Piamonteses una nueva batería en el monte Tortano á la distancia de dos mil ochocientos metros, y luego abandonaron la del Monte-Cristo, sin duda por no atraer los fuegos de la plaza hácia aquella parte, en la que habia á muy poca distancia un campamento.

A pesar de su excesivo número y de sus grandes recursos, estaban los sitiadores en una contínua alarma: escarmentados por las vigorosas salidas de los sitiados, apenas habia noche en que todo su ejército no se pusiese por dos ó tres veces en movimiento; bastaba un solo tiro ú otro rumor cualquiera para difundir la confusion y el espanto en las filas de los *invictos conquistadores* del reino de Nápoles. Entonces empezaba por lo regular un vivo fuego sin objeto alguno, que duraba algunas veces hasta el amanecer, á menos de que se viniese antes en conocimiento de la alarma causada por el miedo de las avanzadas.

Al dia siguiente de haber sido construida la batería del monte Tortano, rompió ya un vivo fuego contra la plaza que duró veinticuatro horas; á pesar de ser rayados todos sus cañones, no produjeron felizmente grandes estragos, puesto que solo logró malparar dos ó tres casas que habian sido abandonadas; la ciudad contestó á ella con bastante acierto, á juzgar por la dispersion que causaron sus proyectiles entre los Piamonteses ocupados en continuar los trabajos en el mismo monte Tortano.

Tambien trabajaban con ardor los sitiadores en la parte de Capuchinos, al objeto de construir una nueva batería, pero al fin tuvieron que desistir de su propósito, por no permitirles las baterías napolitanas continuar sus obras.

Despues de haber blindado los sitiados todos los almacenes y demás puntos importantes mas expuestos al fuego enemigo, procuraron reparar los parapetos destruidos en parte á consecuencia de las últimas lluvias. Para dar una prueba del afecto que profesan los Piamonteses al pueblo napolitano, basta decir que por lo regular diri-

gian siempre sus piezas contra la ciudad, á fin de que fueran mayores aun las desgracias que pesaban ya sobre aquellos infelices habitantes, á quienes con refinada hipocresía daban antes el nombre de hermanos. Pero aun mas que las casas particulares, eran los hospitales el blanco de sus iras, no obstante la bandera negra que de dia flotaba tristemente sobre ellos, y los faroles que indicaban de noche aquellas mansiones del dolor. Instado vivamente Cialdini para que hiciese cesar tanta barbarie, de resultas de haber estallado una bomba en uno de los hospitales, y dado muerte á diferentes enfermos, contestó el desalmado aventurero que continuaria lanzando bombas sin consideracion alguna, aunque debiese matar á todos los enfermos. Solo el mas despreciable de los hombrcs y el mayor de todos los cobardes podia dar una contestacion semejante.

Los trabajos de los sitiadores adelantaban mas cada dia, á pesar de las contínuas hostilidades de la plaza; el número de sus baterías se aumentó considerablemeute en el monte *Tortano*; todo indicaba que no tardaria en verse la plaza seriamente atacada: por ser siempre mayores los elementos de destruccion y muerte que se acumulaban contra ella. Aunque de dia se viesen los sitiadores mortificados constantemente por las baterías napolitanas, podian entregarse con toda libertad á sus trabajos durante la noche, á la sazon tan larga, y continuar sin interrupcion sus obras. Tambien los sitiados procuraron construir dos nuevas baterías.

Pocas eran las desgracias que habia que lamentar entre los defensores de Gaeta á fines de diciembre, no obstante de haber sido vivísimo el cañoneo de los Piamonteses en los últimos dias; tampoco los edificios y las fortificaciones habian sufrido lo que se temió en un principio.

La jóven reina de Nápoles, cuyo amor por sus fieles súbditos no conocia límites, envió la víspera de Navidad todo el pescado que pudo procurarse á las hermanas de la caridad, para que lo distribuyesen entre los enfermos que estaba bajo su cuidado, á fin de que pudiesen aquellos infelices celebrar la noche buena, y comer la anguila, *capitone*, conforme lo hacian los demás años en semejante dia. Aquella tierna prevision de la Reina en las tristísimas circunstancias que se atravesaban, bastaba para justificar el dulce nom-

bre de madre que le daba aquel pueblo tan reconocido como desgraciado.

El dia de Navidad fué el mas terrible que se experimentó desde que empezó el sitio, por no haber cesado ni un solo instante el bombardeo; habríase dicho que todo el campo piamontés estaba poseido de un vértigo de sangre y de exterminio. Tenian en batería mas de cuarenta piezas rayadas de grueso calibre, que no cesaron ni un momento de arrojar proyectiles contra la ciudad, insiguiendo los Piamonteses su bárbara costumbre de dirigirlos, en lo posible, contra los edificios particulares. Los artilleros napolitanos se cubrieron de gloria. Inmensos eran los preparativos que se hacian por una y otra parte; todas las posiciones piamontesas estaban noche y dia cubiertas de hombres que trabajaban sin descanso para levantar numerosas baterías; tambien la plaza construia una que debia montar seis piezas rayadas para contestar á las cinco ó seis del monte *Tortano* que ni un momento dejaban de tronar contra ella.

Tristísimo era en extremo el aspecto que ofrecia Gaeta; solo se notaba entre sus infelices habitantes desórden, confusion, estrago y muerte; muchas eran ya las casas que habian sido agujereadas por las balas, obligando á aquellos de sus moradores que lograran salvar sus vidas, á ir á buscar un nuevo asilo, en el que volverian á verse expuestos á los mismos peligros. Familias hubo cuyos miembros se vieron separados durante tres dias y que volvieron á reunirse despues de creerse muertos unos á otros; nada mas tierno y desconsolador á la vez que aquella reunion de seres queridos que se creian separados para siempre. Sin embargo, muchos fueron los ancianos, mujeres y niños que no volvieron á aparecer por haber sido víctimas de los proyectiles que con preferencia eran dirigidos contra ellos por los bárbaros que intentaban dominarles, por mas que debiesen asentar su nuevo trono sobre escombros y ruinas ensangrentados.

Los trabajos que algunos dias antes se vieron obligados los Piamonteses á interrumpir en Capuchinos, volvieron á continuarlos despues con una rapidez verdaderamente asombrosa, por ser en gran número los hombres que á ellos destinaron, y sobre todo, por no haber podido los sitiadores dirigir sus fuegos contra ellos, á causa

de tener que atender á muchos puntos á la vez, por ser generales los trabajos en toda la línea piamontesa.

Compadecido el Rey de la triste suerte que pesaba sobre su pueblo y su ejército, señaló un plazo de tres dias á uno y otro por si querian abandonar la ciudad y dejarle con los pocos ó muchos valientes que resolviesen quedarse á su lado, para continuar combatiendo hasta la muerte en defensa de sus derechos y de la independencia de su patria. Todos los militares residentes en Gaeta quedaron libres del juramento prestado, y con el mayor placer lo consignamos aquí, ni uno solo quiso abandonar al Rey bondadoso que, por ahorrar su sangre, les autorizaba para volver á sus casas, en el momento supremo en que mas necesitaba de su valor y de su fidelidad. La noble conducta seguida por la guarnicion de Gaeta habla muy alto en favor del ejército napolitano, cualesquiera que fuesen las defecciones con que se deshonraron antes algunos de sus jefes. La oficialidad de Gaeta, pues, que conoció la alta mision que le estaba confiada, determinó guardar el puesto que el honor la señalara, y dar al Rey una nueva prueba de sus sentimientos por medio de la siguiente exposicion que no podemos menos de insertar.

«Señor,

«En medio de los desgraciados acontecimientos de que somos espectadores afligidos é indignados, acudimos á V. M. los oficiales de la guarnicion de Gaeta firmemente resueltos á renovar el homenaje de nuestra fidelidad ante vuestro trono, que nos es, por su infortunio, mas querido, venerando y glorioso.

«Todos juramos al ceñir la espada que hasta la muerte sabríamos defender la bandera que por V. M. nos fué confiada; y como queremos ser siempre fieles á aquel juramento, cualesquiera que sean las privaciones, sufrimientos y peligros á que nos llame la voz de nuestros jefes, gustosos sacrificaremos nuestra fortuna y nuestra vida por el triunfo ó por las necesidades de la patria comun. Celosos guardadores del honor militar que distingue al soldado del bandido, queremos mostrar á V. M. y á la Europa entera que, si muchos de los nuestros empañaron por su traicion ó cobardía el nombre del ejército napolitano, hubo tambien un gran número que hicieron todos los esfuerzos posibles por trasmitirle á la posteridad puro y sin mancha.

«Tanto si está próximo á cumplirse nuestro destino, como si nos aguarda aun una larga série de sufrimientos y de luchas, sabremos desafiar á la suerte con resignacion y sin miedo, y con la serenidad altiva y digna de verdaderos soldados, marchar lo mismo á la victoria que á la muerte de los valientes, lanzando nuestro antiguo grito de: ¡Viva el Rey!»=Siguen las firmas.

La escasez de víveres empezaba á hacerse sentir de nuevo, lo que no es extraño si se atiende á que solo podia ser la plaza abastecida por la parte del mar; llegaba hasta á carecerse de algunos artículos de primera necesidad, pero, como los sitiados empezaban á acostumbrarse ya á todas las privaciones, y no faltaba además una distraccion contínua, nadie siquiera fijaba, al parecer, su atencion en ello.

En todos los puntos del reino napolitano habia mas ó menos síntomas de agitacion, y en muchos de ellos numerosas partidas sublevadas que no dejaban de inspirar al gobierno de Turin grandes temores; así es que, á pesar de cuanto decian los periódicos revolucionarios de Italia acerca de la pacificacion del país, no cesaba el gobierno sardo en el envio de tropas á Nápoles, abandonando, por decirlo así, á la Italia del Norte, mas ó menos amenazada siempre por la parte del Pó y del Mincio. En los Abruzzos, sobre todo, era donde se presentaba la reaccion mas temible, ya por el indómito valor de sus habitantes, ya por ser el país mas á propósito para la continuacion de la guerra.

Vistos, pues, los esfuerzos hechos en todas las provincias napolitanas por rechazar al tirano extranjero que las oprimia, se dispuso que saliese de Gaeta una expedicion compuesta de cuatro ó cinco batallones, al objeto de recorrer y animar con su presencia á aquellas provincias que estuviesen mas decididas á sublevarse en defensa de su independencia. Nombrados ya los batallones que debian componerla, y dispuestos los buques necesarios para su conduccion, solo faltaba dar ya la órden de embarque, que tuvo que suspenderse ó aplazarse por razon del mal tiempo.

Tan pronto como los sitiadores notaron los trabajos que se hacian en la torre *Orlando* para construir una nueva batería, rompieron contra ella un fuego tan certero y vivo, que obligó á los Napolitanos á interrumpirlos durante algunas horas. Sin embargo, se continuaron

despues con tal actividad, que en breve se vió la nueva batería coronada por los cañones rayados, encargados de contestar por aquella parte á los de los Piamonteses que continuaban hostilizando á la plaza.

El entusiasmo que reinaba entre los sitiados era indescriptible; los soldados, queriendo seguir el noble ejemplo de sus oficiales, presentaron tambien al Rey una protesta de fidelidad; todos, desde Francisco II hasta el último de los habitantes de Gaeta, daban cada dia mayores muestras de bravura y de heroismo.

Tomamos de una correspondencia fechada en Gaeta en el mes de enero, datos curiosísimos y sobre todo exactos, de que no queremos privar á nuestros leetores. Hé ahí la carta á que nos referimos:

«Dias pasados, Francisco II, para contestar á un mensaje de Cialdini, envió un parlamentario al campamento piamontés, eligiendo para aquel cargo á un jóven oficial breton que se halló en Castelfidardo.

«Apenas llegó á las avanzadas piamontesas, cuando, pasadas las formalidades de ordenanza, se vendó los ojos al parlamentario, por tener sin duda los Piamonteses mucho que ocultar, siendo conducido á un punto en que su olfato percibia los olores mas suaves y mas delicados, y donde sus piés se hundian en tapices dobles. Al serle quitada la venda, reconoció que se hallaba en una sala de la *Villa Reale*, espléndidamente alhajada, y en la que, echado en un divan carmesí, bordado de oro, se hallaba el *gran* Cialdini, el héroe de Ancona y Castelfidardo.

«Despues de desempeñada su mision, como el oficial se manifestara un tanto sorprendido del lujo que le rodeaba, Cialdini le dijo, en el tono de un emperador chino:

«—Ya veis que estoy bien alojado.

«—Un poco mejor que Francisco II, y por supuesto, muchísimo mas lujosamente de lo que nunca pudisteis soñar, contestó el parlamentario. Pero, para algo, añadió, han de servir las anexiones.

«—¿De qué país sois? replicó Cialdini, sorprendido de tan ruda franqueza.

«—Dos veces francés, porque soy breton.

«—¡Ah! ¡ah! ¡Breton! ¿Estuvisteis en Castelfidardo y en Ancona?

«—Estuve.

«—¿Y qué os ha parecido el parte de la campaña, redactado por Lamoriciere?

«—Admirable, como todas sus obras.

«—Sí, el parte está bien; pero yo he vencido á ese leon de Africa, porque yo combato por una gran causa.

«—El combatió por un gran principio, y si le vencisteis, fué teniendo que añadir infames traiciones, cobardes y arteras emboscadas á vuestra inmensa superioridad numérica y de organizacion. Lamoriciere ha quedado siendo lo que era, mas de lo que era: vos no sois sino una de tantas figuras como las que aquí han salido para hacernos conocer la figura de la Revolucion.

«—¡Insolente!

—Poco á poco, señor general piamontés: en esta cuestion está detrás de mí todo el ejército francés, que no tolerará un nuevo insulto del asesino de sus compatriotas.

«A estas palabras, Cialdini llamó á sus ayudantes, y mandó encerrar al oficial parlamentario, queriendo nada menos que fusilarle; pero, despues de veinte y cuatro horas de deliberacion, conociendo el mal efecto y las malas consecuencias que eso podria tener, se decidió á enviarle á Gaeta.»

Al dia siguiente Cialdini participó al gobernador de Gaeta que no queria recibir á ningun otro parlamentario. ¡Cuán mal suena á ciertos hombres el lenguaje de la verdad!

Los Piamonteses, que en su ciego furor por destruir todo lo mas santo y mas sagrado, continuaban bombardeando los templos y los hospitales, obligaron á las piadosas hermanas de San Vicente de Paul á presentarse al almirante francés, M. Barbier de Tinan, suplicándole que se dignase interponer su influencia para hacer cesar el contínuo fuego de que habian sido ya víctimas muchos de los enfermos que les estaban confiados. No os lo pedimos por nosotras, dijeron al almirante francés aquellas santas mujeres, con una resignacion verdaderamente cristiana, y sí tan solo por aquellos infelices cuya muerte es segura, si han de continuar entregados por mas tiempo á la terrible inquietud y sobresalto que tanto agravan sus enfermedades.

El almirante M. Barbier de Tinan, que, como buen francés, debe

tener un corazon noble y generoso, se indignó tanto mas al saber el infame proceder de los Piamonteses, cuanto que no se veia capaz de hacer respetar al bárbaro Cialdini, ni los derechos de la humanidad ni las leyes de la guerra. Son unos salvajes, añadió luego M. de Tinan refiriéndose á los Piamonteses, desposeidos de todo sentimiento de humanidad, á los que nadie es capaz de hacer entrar en razon. ¡Y nada lograron las pobres hermanas con sus justas quejas!

Los infelices realistas que en las provincias tenian la desgracia de caer en manos de Pianelli, Fanti ó de cualquier otro de los déspotas que ejercian algun mando, eran pasados inmediatamente por las armas sin formacion de causa, y si tan solo en virtud de los decretos draconianos, dados por aquellos defensores de la libertad de Italia que tanto deseaban la dicha de los pueblos. Semejante estado de cosas hizo que volviese á hablarse en Gaeta de la expedicion proyectada algunos dias antes, al objeto de ir á sublevar aquellas provincias y organizar en ellas algunas fuerzas que las pusiesen en el caso de poder oponer alguna resistencia á sus verdugos; pero cuando faltaban ya pocos momentos para el embarque, se recibió contraórden; y por último se renunció á ella, á fin de no dar al gobierno francés un pretexto para retirar su escuadra.

Se renunció á aquella expedicion que habria podido reportar á la causa del Rey ventajas incalculables; dejó de acudirse al auxilio de las fuerzas realistas sublevadas que se veian en la precision de batirse siempre contra fuerzas centuplicadas; léjos de inflamar mas y mas el entusiasmo de los pueblos en medio de la rivalidad que existia entre los invasores, por pertenecer unos al partido de Mazzini y de Garibaldi, y otros al de Victor Manuel, se creyó prudente abandonarles á su triste suerte en lugar de prestarles el último apoyo. ¿Y todo esto por qué? Por satisfacer las exigencias del hombre cuya funesta política era la principal causa de la desgracia de Italia, por no indisponerse con Napoleon III y darle pretexto para retirar la escuadra, que quince dias mas tarde abandonaba á Gaeta por órden de su emperador.

La escuadra piamontesa continuaba frente de Mola, sin sospechar el triste papel que le estaba reservado para cuando se le presentase el momento de obrar contra la ciudad sitiada, momento de-

cisivo que estaba, al parecer, aguardando con tanta impaciencia.

Llegaron á Gaeta cuatro ó cinco oficiales del ejército pontificio, entre ellos los condes de Coronini y de Anersperg, jóvenes todos de ánimo esforzado que deseaban batirse con los Piamonteses; y en verdad que no podian llegar mas á tiempo, pues todo indicaba que no tardaria en empezarse el bombardeo. El número de enfermos y heridos era considerable; como los hospitales no pudiesen contenerles, muchas casas particulares fueron habilitadas para recibir á los desgraciados que enfermaban cada dia al peso de las privaciones, ó que eran heridos en los muros de la ciudad, combatiendo por la independencia de su patria.

Roma, que siempre atenta á los sufrimientos de sus hijos, no para hasta consolarles cualquiera que sea el rincon de la tierra en que se oculten; Roma, que sin hacer nunca gala de sus altos hechos, ha sido y será siempre la primera en llevar la luz de la fé y de la civilizacion á todos los países, confundiendo en su maternal abrazo á los hombres todos, sean estos creyentes ó incrédulos, civilizados ó salvajes; Roma, que cual madre cariñosa olvida, perdona y ama hasta á aquellos mismos que la han combatido, tan pronto como se vean heridos por el rayo de la adversidad, ó abran los ojos á su luz salvadora; Roma, en fin, que siguiendo fielmente la doctrina de Aquel que murió perdonando, ora hasta por los sicarios que con mas ardor la persiguen en estos malhadados tiempos de indiferentismo y de iniquidad, ¿cómo era posible que dejase en su afliccion á aquellos de sus hijos muy amados que con tanto heroismo combatian por una buena causa en el rincon de un reino vecino? ¿Cómo podia Roma nunca olvidar á la ciudad hospitalaria que doce años antes tuvo la gloria de procurar un asilo al anciano santo y venerable que llamó de noche á sus puertas, para que se le dejase en ella dormir en paz el sueño del destierro?

Nada mas natural: arrojado de su solio el inmortal Pio IX por la hidra de la impiedad y de la revolucion, se dirigió á la ciudad de Gaeta, donde se le recibió con todo el amor y el respeto debidos al Padre comun de los fieles: obligado doce años mas tarde el Rey Francisco II de Nápoles á descender del trono y á encerrarse en Gaeta para hacer frente á la misma Revolucion sacrílega que volvió á levan-

tar la cabeza, podia verse abandonado por todos los soberanos que quisiesen sacrificar los intereses de la justicia á la conservacion de su efímero poder, pero al menos podia Francisco II estar seguro de que nunca le habia de faltar el apoyo del Pontífice, que antes que él apuró hasta las heces la copa del sufrimiento. Gaeta y su Rey fueron socorridos por el Papa. Pio IX supo mostrarse mas agradecido que Napoleon III, á quien la bonanza de los tiempos presentes ha hecho olvidar muy pronto los pasados dias de su adversidad.





MARIA SOFIA AMELIA
reina de las Dos Sicilias.

CAPÍTULO XIX.

Continuacion del sitio.—Heroismo del Rey y de la Reina.—Esfuerzos de los Napolitanos al ver la actitud de su Soberano.—Medidas adoptadas por los Piamonteses.—Terrible bombardeo.—Armisticio.—Carta de Napoleon III á Francisco II, y contestacion de este soberano.—Salida de la escuadra francesa.—Nuevo rompimiento de hostilidades.

El momento fatal que tan anticipadamente anunció el general Cialdini habia al fin llegado. Todas las baterías piamontesas anteriormente citadas estaban funcionando contra la plaza, sin contar las que se acababan de construir en Capuchinos, en el valle de *Calegno* y en los arrabales, dispuestas ya del todo á empezar tambien el fuego así que recibieson órden para ello. Los fuertes de la plaza procuraban contestar sin interrupcion, pero como eran sus piezas de mucho menos calibre y no podian disponer mas que de cinco ó seis cañones rayados, estaban muy léjos de obtener el resultado de antes.

Despues de haber logrado los Piamonteses hacer abandonar al embajador de España el palacio que habitaba, empezaron á dirigir sus tiros contra el que ocupaban los Reyes Francisco II y María Sofía, sin tener consideracion de ninguna clase á tan ilustres personajes; diez fueron las balas de cañon que en menos de media hora agujerearon las paredes del regio alcazar, yendo á parar algunas de ellas en las habitaciones interiores. El Rey y la Reina, sin embargo, continuaban aun en él, desafiando con serenidad imperturbable todos los peligros; nada les importaba que el cobarde invasor que les habia arrebatado el reino y la paz de sus súbditos, acabase por arrebatarles

tambien la vida. Pero como no se ocultase á los ministros y á los generales lo fatal que podia ser á la causa legítima tanto heroismo, resolvieron presentarse por tercera vez á Francisco II, para suplicarle en nombre de todo su pueblo que no continuase por mas tiempo expuesto al fuego enemigo, si no queria aun aumentar los males que tanto afligian á la monarquía; y como persistiese aun el Rey en la idea de permanecer firme en su puesto, arrojáronse á sus piés aquellos súbditos fieles, logrando por último á fuerza de súplicas y lágrimas hacer aceptar al Rey la casamata que le habia sido preparada en frente del mismo palacio, hácia la parte del mar. Sin embargo, cuando SS. MM. abandonaron su palacio, era ya enteramente imposible permanecer por mas tiempo en él. La Reina, digna compañera de su augusto esposo, no manifestó por su parte menos heroismo.

El noble ejemplo que daban á sus pueblos los Soberanos de las Dos Sicilias, debia contribuir poderosamente á sacarles del letargo que era la principal causa de su desgracia, y obligarles á hacer el último esfuerzo contra el bárbaro opresor que hacia morir cada dia en horrorosos suplicios á los mas ilustres de sus hijos. Imposible era que el pueblo napolitano pudiese permanecer por mas tiempo sordo á la voz del deber y de la necesidad que tan imperiosamente le llamaba al cumplimiento de sus destinos. Así que, alentados los Napolitanos por la heroica conducta observada en Gaeta, se sublevaron casi todas las provincias, logrando en algunas de ellas rechazar á los invasores y desarmar á la guardia nacional; pero como por desgracia no pudieron los realistas obrar con la regularidad necesaria, ni mucho menos ponerse de acuerdo entre sí antes ni despues del movimiento, por ser todos ellos objeto de una vigilancia y de una persecucion incesantes, no les fué posible por mas que lucharan con valor y con gloria, alcanzar el triunfo.

Por otra parte, el gobierno piamontés, que no desconocia la verdadera situacion de los ánimos, lo que no es extraño si se atiende á que nadie mejor que él tenia motivos para saber lo muy poco satisfechos que debian estar los Napolitanos de su funesta política, dió todas las providencias que creyó podrian contribuir á asegurar su dominacion, y entre ellas la de hacer incorporar al ejército todos los prisioneros de guerra que habian servido en el de Francisco II á fin de que

no fuesen á engrosar las nuevas partidas realistas que acababan de desplegar su bandera en los Abruzzos, la Calabria, y la Tierra de Labor. Esta última medida fué una de las mas acertadas para contener el movimiento nacional en el reino de Nápoles.

Continuaba el bombardeo en Gaeta con mas furor que nunca, sin que por esto decayese en lo mas mínimo el valor de los sitiados. ¿Pero cómo habia de decaer el valor de estos, cuando tenian á su frente á una Reina hermosa y jóven que era capaz con su heroismo de infundir aliento hasta á los mas cobardes? Para que vean nuestros lectores con cuanta razon se daba á María Sofía el nombre de heroina de Gaeta, citaremos un hecho que tuvo lugar algunos momentos antes de que se viese obligada la real familia á abandonar su palacio. Encontrábase nuestro dignísimo representante, señor Bermudez de Castro, hablando con S. M. en el alfeizar de una ventana, cuando dió contra la pared una bala de cañon rompiendo todos los cristales de aquella.

—Señora, la dijo el representante español, queriais ver hoy de cerca las balas, y á fé que bien pronto ha sido cumplido vuestro deseo.

Á lo que contestó la Reina con dulce sonrisa.

—« Sí, en efecto: ¡ pero habria deseado recibir una pequeña herida ! »

Además de las ochenta piezas rayadas que tenian los sitiadores en batería, se calculaba que no bajaban de veinte los morteros que de contínuo estaban arrojando bombas contra la plaza. ¡Cuánto debia gozar entonces Cialdini en su imponente armonía!

En menos de veinte y cuatro horas arrojaron los sitiadores el dia 9 de enero sobre la ciudad mas de 6130 balas de grueso calibre, entre las que habia unas mil cuatrocientas bombas; los tiros de la plaza ascendian á dos mil quinientos; las pérdidas de los sitiados consistieron en treinta muertos y otros tantos heridos, siendo imposible poder fijar las de los Piamonteses; con todo, segun los informes recibidos, no bajaban de trescientos hombres. Serian como las cinco de la tarde cuando cesó el fuego enteramente, á consecuencia de una proposicion hecha á la plaza por el almirante francés en nombre del general Cialdini. Preciso nos será hacer aquí algunas aclaraciones para poner de manifiesto á nuestros lectores la tenebrosa política se-

guida por el emperador Napoleon, para satisfacer las exigencias de Inglaterra y Cerdeña, y abandonar enteramente al Rey de Nápoles á su triste suerte, cuando iba á verse en los mas grandes apuros. Abandonar á la víctima que se pretendia defender en el momento en que nada podia hacer ya por sí solo, era un acto indigno, es cierto, pero como necesariamente habia de producir el apetecido resultado, no dejó de recurrir á él Napoleon III para dar á su *aliado* el golpe de gracia.

En su ciego afan los gobiernos de Turin y Lóndres, por apoderarse el primero del reino de Italia, y por proteger el segundo en él la revolucion á fin de dirigir al Catolicismo un golpe terrible, no dejaban de instar vivamente á Napoleon III, para que retirase su escuadra de las aguas de Gaeta, á fin de que quedase el Rey de Nápoles sin aquella vana sombra de apoyo, que en su concepto aun le daba alguna influencia moral. Napoleon, que mejor que sus aliados, conocia no haber llegado aun el momento oportuno de hacer lo que con tantas instancias se le reclamaba, debia sin duda alguna decir para sí: ¡Qué necios sois! ¿Qué adelantaria ahora con retirar mi escuadra? Y en efecto, nada habrian adelantado los Piamonteses, conforme lo preveia el César francés, con haber podido bloquear el puerto de Gaeta, antes de que se hubiesen construido las baterías necesarias para atacar á la ciudad por la parte de tierra; al paso que, impidiendo la escuadra francesa el bloqueo, se prestaba al Rey de Nápoles un apoyo que podia contribuir en gran manera á calmar los recelos que empezaba á manifestar la Europa ante la desatentada Revolucion que en Italia y fuera de ella parecia querer absorverlo todo, y hacer que no se tomase ninguna determinacion decisiva para poner coto al desenfreno que habia de acabar en Italia con una de las mas gloriosas y antiguas monarquías.

Cuando vió Napoleon III que, como él lo previera, se limitaban las potencias del Norte á dar al Rey de Nápoles simples consejos, en lugar de auxiliarle con sus bayonetas, y que los Piamonteses habian logrado reunir ya todo el material de guerra necesario para reducir á escombros en pocos dias á la ciudad de Gaeta, hizo que el gobierno sardo propusiese un armisticio de ocho ó diez dias á los sitiados para que durante los cuales se tratase de la rendicion de la plaza, y

amenazó á esta con retirar su escuadra, si, terminado aquel plazo, volvian á empezarse las hostilidades. Por esto vimos á Cialdini proponer una tregua á instancias de su gobierno, despues de haber arrojado seis mil bombas y granadas contra la ciudad en veinte y cuatro horas, solo por poner de manifiesto los inmensos recursos de que disponia para su destruccion.

¡Véase si la política del hombre del dos de diciembre superaba aun de mucho en lo rastrero y bajo á la de los mismos Cavour y Palmerston!

Aceptado el armisticio propuesto por la Francia, el cual debia durar hasta el 19 de enero, quedarian los dos ejércitos en sus posiciones respectivas, sin que les fuese permitido mas que reparar respectivamente los desastres sufridos á consecuencia del último bombardeo. Pero, caso de que los Napolitanos rechazasen la proposicion hecha en nombre de su *aliado*, tenia la escuadra francesa la órden de hacerse inmediatamente á la vela; los Piamonteses, cualesquiera que fuesen sus deseos de destruccion, venganza y esterminio, tuvieron que acatar la voluntad omnímoda de aquel á quien debian todos sus triunfos.

El almirante francés, por mas simpatías que tuviese hácia el Monarca generoso y desgraciado á quien tantas veces habia tenido ocasion de admirar, vióse en la precision de cumplir las órdenes de su gobierno; así que, viósele dirigirse aquel dia repetidas veces á la casamata de Francisco II, para suplicarle que de ningun modo rechazase las proposiciones hechas, en cuyo caso se veria, á su pesar, obligado á abandonarle á su triste suerte, por prevenírselo así las instrucciones que acababa de recibir de su emperador.

Como el almirante francés conocia ya lo bastante el carácter del Rey, se guardó muy bien de hacerle ninguna proposicion que pudiese ni remotamente hacerle entrever que se habia resuelto el armisticio para tratar de la rendicion de la plaza, en cuyo caso habrian sido inútiles todos sus esfuerzos para hacérselo aceptar; sino que procuró demostrarle no tener la tregua propuesta otro objeto que el evitar nuevas desgracias y hacer que se reparasen en lo posible las sufridas hasta allí.

El Rey, empero, que comprendió desde luego el nuevo lazo que

se le tendia, si bien consintió al fin en aceptar el propuesto armisticio, quiso no obstante al hacerlo quitar á sus enemigos toda esperanza de que pudiese seguirse de él la rendicion de Gaeta, y al efecto hizo prevenir á sus habitantes que se procurasen víveres para cinco ó seis meses. Esta resolucion, en el momento en que contaban sus enemigos con todos los recursos, y que iba á faltarle á él todo apoyo, demuestran una vez mas el heroismo del Rey y la injusticia de su destino.

Muchas eran las casas de la ciudad que por el último bombardeo quedaron convertidas en un monton de ruinas, y sin embargo se temia que habria sido aun mayor el estrago causado por la contínua lluvia de proyectiles que cayeron sobre ella. La construccion de los edificios contribuyó en gran manera á que no fuesen tantos los desastres; con todo hubo algunos barrios que sufrieron horrorosamente; oíanse en ellos de vez en cuando desplomarse con estrépito grandes lienzos de pared con grave riesgo de los transeuntes; poco faltó para que uno de ellos sepultase en sus ruinas al conde de Trani, pero afortunadamente solo el caballo recibió alguna herida.

Tambien S. A. R. el conde de Caserta expuso su vida con tanta temeridad durante el bombardeo, que por último se vió el Rey obligado á hacerle retirar de las baterías. ¡Imposible es dar un mentís mas noble á los revolucionarios que pretenden presentarnos á los Borbones como príncipes ineptos!

Como no tenian ya las tropas de la guarnicion que hacer frente al ejército sitiador, á pesar de no haberse firmado aun el armisticio, fueron destinados algunos batallones á nivelar el piso de las calles llenando de tierra los profundos hoyos abiertos por las bombas; tambien el paisanaje trabajaba con incansable afan en reparar los desastres, reinando entre todos una perfecta armonía, una verdadera fraternidad, que no se alteró nunca porque estaba basada en la conformidad de ideas y en el comun peligro.

Para demostrar el entusiasmo que reinaba particularmente en el ejército, solo diremos que los jefes habian renunciado á su sueldo, que solo percibian los oficiales una tercera parte de la paga, por haberse conformado á ello en vista de los apuros del tesoro, y que sin embargo unos y otros soportaban con resignacion y hasta con

gusto aquellas privaciones que hubieran deseado prolongar, por no ocultárseles que tras de ellas debia seguir necesariamente la ruina total de la patria.

Luego de haber sido firmado el armisticio, partieron de Gaeta para Tolon los dos buques franceses *San Luis* é *Imperial*, para anunciar sin duda al gobierno francés que sus proposiciones habian sido aceptadas, á fin de que con mas seguridad pudiese continuar el urdimiento de la trama fatal en que á no tardar habia de verse envuelto el Rey de Nápoles.

Todos los embajadores extranjeros que pasaron á Roma antes de que empezara Cialdini á bombardear la ciudad de Gaeta, regresaron á ella despues del armisticio para felicitar á Francisco II por el heroismo con que habia resistido á los ataques de sus enemigos, heroismo que debian admirar tanto mas aquellos representantes, cuanto que ninguno de ellos habia sido capaz de imitarle.

Las fatigas, la falta de alimento, las contínuas zozobras y las privaciones de toda clase que sufria la poblacion en los dos meses que duraba el sitio, originaron numerosas enfermedades que diezmaban á la guarnicion y á los habitantes mucho mas que las balas de los Piamonteses. Estaban los hospitales de tal modo atestados de enfermos, que se vieron obligadas las autoridades á hacer salir á mas de trescientos de aquellos infelices para Terracina durante el armisticio, sin cuya medida habria sido enteramente imposible asistir á los muchísimos mas que aun quedaban. Asimismo se dispuso hacer salir á todas las mujeres, ancianos y niños, cuya permanencia en la ciudad solo habria contribuido á aumentar las privaciones que experimentaban sus familias, y sobre todo, las desgracias que eran inevitables, así que empezasen de nuevo las hostilidades. A seiscientas ascendian aquellas inocentes víctimas de la Revolucion, que fueron conducidas á la ciudadela de Messina. Al propio tiempo envió el Rey á aquella fortaleza víveres, dinero y municiones, para que pudiese atenderse á la defensa gloriosa que con tanto valor y lealtad habian empezado y estaban resueltos á continuar aquellos valientes soldados que tan bien sentado habian de dejar el honor de su bandera.

Las trece ó catorce hermanas de la Caridad, verdaderos ángeles de amor y de paz, cuyo celo ardiente les procuró en Gaeta el dulce

placer de enjugar tantas lágrimas, se vieron obligadas á dividirse para atender á los cuatro ó cinco nuevos hospitales de sangre creados con algunos dias de anticipacion al en que iban á romperse otra vez las hostilidades.

Como no faltaba ya mas que un dia para espirar la tregua, y continuaba la escuadra francesa aun en el puerto de Gaeta, creíase por algunos que seguiria aquella como hasta allí, evitando el bloqueo, y prestando su apoyo al Rey de Nápoles: únicamente los que mejor informados, sabian las promesas que habia hecho Napoleon III á las córtes de Lóndres, Turin y á todos los revolucionarios, y que no ignoraban los últimos consejos que habia dado á Francisco II, pensaban de distinto modo.

Reducida la plaza á los mayores apuros, merced á los combinados esfuerzos del Piamonte, de la Francia y de la Inglaterra, solo faltaba para hacerla sucumbir asestarla el último golpe, que nadie mejor que Napoleon podia dirigirle, dándole todas las apariencias de un consejo noble y desinteresado. Hé aquí la carta que con este motivo escribió el Emperador de los franceses á Francisco II pocos dias antes de haber sido firmado el armisticio:

«Hace ya algun tiempo que no he escrito á V. M., porque deseaba ver si tomarian los acontecimientos un carácter asaz claro y preciso, á fin de poderos expresar mi opinion con mas conocimiento de causa.

«Cuando la injusta agresion del Piamonte fué á ausiliar á la Revolucion en vuestros Estados, y os obligó á encerraros en Gaeta, determiné impedir el bloqueo para dar á V. M. una prueba de mi simpatía, y evitar á la Europa el doloroso espectáculo de una lucha á muerte entre dos Soberanos, y en la que el derecho y la justicia estaban de parte del que debia sucumbir. Sin embargo, tuve que limitarme á dejar libre el mar á V. M. por medio de mi escuadra, por no permitirme mi política intervenir mas directamente en la lucha.

«Por esto el almirante de Tinan recibió órden de observar la mas extricta neutralidad entre ambos adversarios. Pero ahora los percances de la guerra complican en gran manera la situacion de mi escuadra en Gaeta, puesto que muchas veces ha estado ya á punto de obrar contra los Piamonteses, cuyos ataques amenazaban su seguridad, y se ha visto obligada otras, á fin de mantener su neutrali-

dad, á impedir que los buques de V. M. ejerciesen justas represalias contra los buques piamonteses.

«Pero como esta situacion no puede durar indefinidamente, creo que seria mejor en interés de V. M. retirarse con los honores de la guerra puesto que os vereis precisado á hacerlo, siendo, como es, inevitable esta desgracia. Habeis dado ya pruebas de laudable firmeza. Mientras ha habido para V. M. alguna probabilidad de reconquistar el trono, ha sido un deber el sostener vuestro derecho con las armas, mas hoy, siento decíroslo, la sangre que corre es inútilmente vertida; por lo tanto, debeis como hombre y como Soberano evitar su efusion.

«Ignoro lo que el porvenir reserva á V. M., pero estoy convencido de que la Italia y la Europa considerarán como heróicas la energía que habeis mostrado y la resolucion que vais á tomar á fin de que cesen las grandes desgracias que actualmente pesan sobre vuestro pueblo.

«Creed que mis palabras son dictadas por el mayor desinterés entre ambas partes, y por el pesar que me causaria el no poder, caso de agravarse las circunstancias, conservar mi escuadra en una posicion, en que llegaria á ser imposible la estricta neutralidad.

«Suplico á V. M. etc.

«NAPOLEON.»

Por mas que no se ocultasen al Rey de Nápoles las intenciones del Emperador, y por mas resuelto que estuviese á no seguir los consejos de aquel, que como se desprende de su carta transcrita, sabia anteponer los *intereses* de su política á los verdaderos intereses del derecho y de la justicia, contestó Francisco II á su *aliado* en estos términos:

«La carta que V. M. se ha dignado escribirme, y que me ha sido presentada por el almirante de Tinan, confieso que me coloca en el mayor embarazo. Tenia el firme propósito de resistir y defender mi honor á costa de los mayores sacrificios, si las circunstancias no me permitian salvar mis Estados contra una injusta agresion. Pero los consejos afectuosos que me da V. M. y la perspectiva de la retirada de vuestra escuadra me impresionan y me hacen titubear.

En tal situacion, no sorprenderá ni ofenderá á V. M. que pida tiempo para reflexionar antes de adoptar una resolucion definitiva. Aunque sabia que la escuadra francesa no debia permanecer indefi-

nidamente en este golfo, mis informes oficiales y las seguridades particulares que se me habian dado, me hacian confiar en la prolongacion de su permanencia, ó cuando menos, en la presencia del pabellon francés en un buque de la marina imperial.

«Apreciando debidamente los motivos que guian á V. M. y conociendo vuestra eficaz simpatía, no puedo menos de deplorar el llamamiento de una escuadra que deja el mar libre á mis enemigos y agrava considerablemente mi situacion; por lo tanto, se me hace indispensable examinar con la mayor atencion cuales son mis recursos, para saber si podré sin este apoyo, oponer una larga resistencia. Lo que deseo sinceramente es evitar los dos escollos en que puede zozobrar mi nave, ó empañarse el brillo de mi nombre; á saber: la temeridad y la cobardía.

«Bien sabeis, señor, que los Reyes que abandonan su trono, dificilmente vuelven á él, si los rayos de la gloria no les han guiado en su infortunio y su caida. Sé que despues de la embriaguez de un triunfo, debido mas bien á la pusilanimidad ó á la traicion de mis generales que al poder de los invasores, tropezarán estos con inmensas dificultades para hacer adoptar á mis súbditos ideas contrarias á la vez á sus intereses y á sus tradiciones.

«Soy en esta Rey en principio y general de hecho. No tengo ya Estados: poseo únicamente una fortaleza y un ejército fiel. ¿Puedo abandonar, ante el peligro personal, ni por temor á la efusion de sangre que he procurado evitar á todo trance, á un ejército que puede mantener el honor de su bandera, y una fortaleza para cuya defensa hicieron mis antepasados tantos esfuerzos, considerándola como el último baluarte de la monarquía?

«V. M. que es excelente juez en semejante materia, puede juzgar mejor que nadie si retirándome antes de haber apurado todos mis recursos, cumpliria con mi deber de soldado.

«Puedo morir, puedo quedar prisionero, es cierto; pero es necesario que los príncipes sepan morir cuando lo exige el cumplimiento de sus altos deberes. Tambien Francisco I fué hecho prisionero, aunque no defendió, como defiendo yo, á un reino y á un pueblo; y sin embargo, sus contemporáneos y la historia han explicado cuanto expuso su persona y como sufrió el cautiverio.

«No es una exaltacion fugaz la que me inspira este lenguaje, sino que es el resultado de una reflexion profunda; y V. M., que es hombre de resolucion, inteligencia y valor, comprenderá mejor que nadie los sentimientos que me animan.

«Debo luchar, pues, contra la corriente de mis ideas y de mis sentimientos antes de cambiar de resolucion. Así que, permitid que tome tiempo para reflexionar, y si, á pesar de mis deseos, de mis esperanzas y, me atrevo á decirlo, de mis ruegos, los intereses y la política de V. M. os obligan á retirar vuestra escuadra, lo sentiré en gran manera, pero sabré hacer siempre justicia á los motivos que os guian, y sobre todo, conservaré profundamente grabados en mi corazon la prueba de simpatía que me habeis dado, y el recuerdo del apoyo que me habeis prestado hasta aquí, asegurando por espacio de tanto tiempo la libertad de los mares, en circunstancias en que ninguna potencia de Europa podia auxiliarme.

«Y si he de sucumbir á consecuencia de la partida de vuestra escuadra, rogaré á Dios con sinceridad para que V. M. no experimente por ello ningun pesar, y para que, en vez de un aliado reconocido y fiel, no encuentre una Revolucion hostil y un soberano ingrato.

«Cualquiera que sea mi determinacion en circunstancias tan graves, me haré un deber en comunicarla á V. M. Aprovecho esta ocasion pasa expresaros una vez mas mi reconocimiento por vuestro apoyo, vuestros consejos, y sobre todo, por el interés que habeis tenido á bien manifestarme.

«Ruego encarecidamente á V. M. etc.

«Francisco.»

Nadie podia ya dudar de que estaba resuelto el jóven monarca á defenderse hasta el último apuro, por mas que la escuadra francesa debiese abandonarle, por mas que sus enemigos encubiertos le hiciesen ver que era inminente el peligro é inútil toda resistencia. Interin hubiese soldados fieles y una plaza que sostener, debia el jóven Rey conservar su puesto, cualesquiera que fuesen los males que de ello se le pudiesen seguir, porque ningun mal podia haber para él tan terrible, como el de dejar de cumplir con sus deberes.

Si bien todo indicaba que la escuadra francesa iba á partir cuanto

antes, habia sin embargo muchos de entre los sitiados que se obstinaban en creer lo contrario; no es extraño: nada hace al hombre tan crédulo como la desgracia. Habia recibido el almirante de Tinan la órden de hacerse á la vela, y estaba despidiéndose ya del Rey y de la Reina, cuando todavía aseguraban algunos que era aquella última entrevista una simple visita, y que los buques franceses no abandonarian la ciudad de Gaeta. No tardó en desvanecerse semejante ilusion.

El almirante y gran número de oficiales de la escuadra recibieron al despedirse los retratos de SS. MM., ofrecidos como un testimonio de la gratitud que animaba al Rey y á la Reina por el noble interés y simpatía que les mostraron aquellos jefes en su desgracia. Hasta los mismos oficiales que por sus ideas revolucionarias deseaban que sucumbiese la ciudad sitiada, se sintieron vivamente conmovidos al despedirse de aquellas dos ilustres víctimas que iban á verse de nuevo expuestas á tantos peligros.

Tambien fué el almirante de Tinan á despedirse de las hermanas de la Caridad, á las que hizo algunos donativos para los enfermos, encargándolas que, despues de haber orado por los Reyes de Nápoles, se dignasen orar tambien por la prosperidad de Francia. No era aquella la única vez que durante su permanencia en Gaeta habia procurado el señor de Tinan un consuelo á los desgraciados que á su pesar no volveria ya á socorrer; porque debia, como militar, dar cumplimiento á las órdenes de su gobierno.

Por fin se hizo la escuadra francesa á la vela en la tarde del 19 de enero, despues de haber saludado á la bandera real de Nápoles que ondeaba en la plaza, llevándose la última esperanza de los que poco antes contaban aun con su apoyo. Otro tanto hicieron aquel mismo dia los buques españoles anclados en el golfo, por no haber tenido nuestro gobierno resolucion bastante para atender por sí solo en Gaeta á la defensa del derecho. ¡Con cuánto dolor veria el señor Bermudez de Castro alejarse el hermoso pabellon de Castilla, en el momento en que podia prestar mas apoyo á la causa del Rey de Nápoles! Todo el mundo le abandonaba cuando iba á verse en el mayor apuro.

Como no se ocultaba á Francisco II que en breve iba á verse pri-

vado de toda comunicacion, se dirigió al cuerpo diplomático para que resolviese quedarse á su lado, tanto para auxiliarle con sus consejos, como por poder manifestar despues ante la Europa cual habia sido su conducta durante las críticas circunstancias que no tardarian en presentarse. Los embajadores, empero, que tanto felicitaron al Rey por el valor que desplegó en el anterior bombardeo, y que con tanto empeño le aconsejaron continuase su heróica resistencia, variaron de parecer desde el momento en que fueron invitados á quedarse en Gaeta. Entonces la resistencia era inútil; el Rey habia hecho ya todos los esfuerzos posibles por conservar la independencia de sus pueblos, y no podia continuar por mas tiempo exponiéndose á los peligros que le amenazaban, si no queria que fuese su valor considerado como una ciega temeridad. Con cuanta prontitud habian cambiado las cosas de aspecto y de nombre.

A la invitacion del Rey todos los representantes extranjeros procedentes de Roma quedaron consternados; ni uno solo hubo entre ellos que tuviese serenidad para aceptarla ni para oponerse á ella. Su contestacion fué aplazada. Así que vió el jóven Soberano lo mal recibida que habia sido su proposicion por los representantes extranjeros, determinó reiterarla por escrito, á fin de obligarles á que diesen una contestacion categórica; una bomba que hubiese caido á sus piés no habria producido en ellos un efecto mas terrible que el que les produjo aquella nota. Los embajadores que estaban acreditados á la vez cerca del Rey y de la corte de Roma, se negaron á quedarse; los que únicamente lo estaban cerca de Francisco II, tuvieron que resignarse á permanecer á su lado; únicamente el de Rusia se opuso á ello diciendo que le llamaban á Roma intereses de la mas alta importancia. Quedáronse, pues, en Gaeta los embajadores de Austria, Baviera, Sajonia, el nuncio apostólico, y el representante español, que, como saben nuestros lectores, ya desde el primer dia quiso quedarse al lado del soberano de las Dos Sicilias. Por último, visto el triste papel que desempeñaban á la faz de Europa aquellos hombres de Estado, que por segunda vez se separaban del puesto que les estaba señalado, recibieron de sus respectivos gobiernos la órden de dirigirse nuevamente á Gaeta.

El almirante Persano, que, segun decian á voz en grito todos los

revolucionarios de Europa, solo tenia que presentarse delante de Gaeta para apoderarse de ella, no debia por su parte considerarlo tan fácil, cuando, á pesar de haber trascurrido dos dias desde la desaparicion de la escuadra francesa, no se habia presentado aun en el golfo para empezar el bloqueo. Sin embargo, fué este anunciado por un vapor sardo que al objeto se presentó como parlamentario. La plaza, que no podia comprender el prolongado silencio de sus enemigos, fué la primera en dar el dia 22 de enero la señal de ataque. Apenas acababa de anunciar la batería *Regina* que habia llegado ya el momento de romper las hostilidades, cuando todas las de la plaza empezaron á obrar con espantoso estruendo contra toda a línea piamontesa, que no tardó en contestarles.

Al propio tiempo la escuadra sarda, compuesta de nueve buques y de un gran número de lanchas cañoneras, se adelantaba majestuosamente, dispuesta á empezar el fuego tan pronto como estuviese á la distancia conveniente para obrar contra la plaza. La batería que los sitiadores construyeron junto al antiguo convento de Capuchinos, habia desaparecido ya á las dos horas de haberse empezado el ataque, por no haber podido resistir el fuego certero de los sitiados, que con preferencia se dirigian contra ella, á causa de ser la que mas les hostilizaba por su corta distancia.

Tampoco fué la escuadra sarda mas afortunada, puesto que se vió obligada á retirarse despues de haberle inutilizado los proyectiles una fragata y dos cañoneras, sin haber causado por su parte á los sitiados el menor daño. Solo lograron los marinos sardos en aquel primero y último ataque demostrar su impericia, y acreditar una vez mas la impotencia piamontesa para vencer á los que saben pelear con lealtad en defensa de la independencia de su patria. Véase, pues, como aquella escuadra, que en pocos dias contaba reducir á escombros la ciudad de Gaeta, se vió obligada á huir cobardemente y á ocultar su deshonra tras el monte *Orlando*, sin poder resistir mas que dos horas el fuego de las baterías que tenian los Napolitanos en la parte del mar.

La victoria que alcanzaron los sitiados el dia 22 de enero, al verse por primera vez atacados por mar y tierra, fué señaladísima bajo todos conceptos, pues no solo dió por resultado el desconcertar la

armada piamontesa hasta el punto de hacerla desaparecer sin que tuviese ganas de volverse á presentar de nuevo, sino que les procuró además la gran ventaja de apagar enteramente los fuegos de las dos baterías de Capuchinos que mas les hostilizaban. Las pérdidas que experimentó la plaza en aquel dia memorable, consistieron en unos treinta hombres muertos y en unos doscientos heridos; habia entre los primeros algunos jefes de distincion que la hicieron mucho mas sensible. Se calculó que la pérdida de los Piamonteses no bajaria de mil hombres entre muertos y heridos. Disparáronse por una y otra parte sobre veinte y dos mil cañonazos; los estragos que causó en la ciudad el bombardeo, aunque de bastante consideracion, no fueron tantos como se creia en un principio, por no haber podido la escuadra piamontesa continuar el fuego.

Casi todos los marinos napolitanos, á excepcion de algunos de sus jefes que cometieron la cobardía de pasarse al enemigo, observaron una conducta sumamente digna. De los seis mil marinos que habia al servicio de Francisco II, habian pasado mil á servir las baterías de Gaeta; 800 se habian dirigido á los Abruzzos para fomentar la reaccion que se operaba en favor del gobierno legítimo, pasando mas de tres mil á la marina mercante. Los demás que no pudieron prescindir de pasar al servicio del Rey del Piamonte, declararon noblemente que no querian bombardear á sus hermanos de Gaeta, aunque debiese su resolucion costarles la vida. Con este motivo fueron procesados los oficiales de la marina real napolitana, señores Buchetti, Guillemat, Behore y Boio, que se negaron á partir con el almirante Persano, sin que ni las amenazas ni el castigo bastasen á hacerles desistir de su noble propósito. ¡Ojalá que todos los Napolitanos hubiesen sabido imitar su patriotismo!

CAPÍTULO XX.

Nota del ministro Casella.—Rechaza el Rey la proposicion de Cialdini.—Rompió la plaza las hostilidades.—Abnegacion del Rey y de la Reina.—Experimentan los sitiados un nuevo azote. —Redoblan los sitiadores su furor contra los hospitales.—Causa el tifus en la plaza grandes estragos.—Muerte de algunos generales.

Fué tal la derrota que sufrió la escuadra sarda delante de Gaeta en el bombardeo del dia 22 de enero, que resolvió el almirante Persano dirigirse á Civita-Vecchia y desde allí á Génova para reparar las grandes averías que no le permitian continuar por mas tiempo el bloqueo. Desde entonces volvió á quedar libre el puerto, pudiendo entrar en él nuevamente los buques mercantes encargados de proveer la plaza.

Al recibir el emperador de Austria la noticia de la victoria que habian alcanzado los sitiados el dia 22 de enero sobre sus enemigos, nombró á Francisco II, á su augusto hermano el conde de Caserta, y á sus tios los condes de Trápani y de Trani, caballeros de la órden de María Teresa: ¡cuánto mas habria valido que les hubiese enviado un ejército de cien mil bayonetas! ¿De qué podian servir al ilustre sitiado aquellas pruebas de estéril simpatía que se limitaron á darle en su infortunio las tres grandes potencias del Norte?

A fin de poner de manifiesto á nuestros lectores la conducta seguida por Napoleon III antes de retirar su escuadra, así como tambien la que observó el Rey de Nápoles en tan apuradas circunstancias, nos creemos obligados á trascribir aquí la siguiente nota que antes de espirar el armisticio envió á los representantes napolitanos cerca

de las córtes extranjeras el ministro Casella. Hé ahí tan importante documento:

«Gaeta 18 de enero de 1861.—Señor embajador: El almirante de la escuadra imperial ha propuesto al Rey nuestro augusto señor, un armisticio en nombre del emperador de los franceses. Esa tregua que principiaba el 9, debia durar hasta el 19 del corriente. El almirante declaró á S. M. que si esa proposicion no era aceptada, la escuadra se retiraria ocho dias despues; si lo era, la escuadra permaneceria hasta la puesta del sol del dia anteriormente indicado.

«Las hostilidades interrumpidas volverian á continuar, y la escuadra sarda quedaria en libertad de bloquear el puerto y de principiar por la parte del mar el ataque y el bombardeo de Gaeta.

«En extremo triste era esta alternativa, porque los dos casos envolvian la marcha de la armada y la cesacion de toda clase de relaciones con el resto del mundo. El armisticio, en sí mismo, nos era desfavorable, porque teníamos completados todos nuestros medios de defensa, sin posibilidad de aumentarlos, al paso que los Piamonteses necesitaban de ese tiempo para trasportar municiones y preparar, ya que no terminar, nuevas y mas poderosas baterías.

«Sin embargo, S. M. aceptó, no solo por las consideraciones de humanidad que prescriben retardar, siempre que sea posible, la efusion de sangre, sino principalmente porque ese armisticio era un deseo del emperador de los franceses.

«Por esto el gobernador de Gaeta aceptó todos los artículos propuestos por el almirante, y que hallareis mas abajo. Pero la presencia de un oficial francés para vigilar la suspension de trabajos por ambas partes, condicion que nos hacia fácil nuestra buena fe, no fué aceptada por el general enemigo. Dos dias despues, el general Cialdini declaró al almirante Tinan que una órden del Rey de Cerdeña confirmaba su negativa precedente.

«No obstante, no nos negamos á aceptar la tregua, y, aunque todos nuestros informes nos señalasen de hora en hora el progreso de los trabajos del enemigo, la hemos respetado, y mañana espirará, sin que nadie pueda acusarnos de no haber sido escrupulosamente fieles á ese armisticio indirecto.

Desde mañana el puerto de Gaeta queda bloqueado y abierto el

camino á los ataques marítimos contra la plaza. Desde mañana los buques mismos de S. M., entregados por la mas infame traicion al Rey del Piamonte, vendrán á lanzar sus bombas sobre familias desarmadas refugiadas aquí, sobre el Rey legítimo y sobre la Reina de las Dos Sicilias.

«No puede creerse que la Europa asista por mas tiempo impasible al espectáculo de un Rey reconocido por todas las potencias, despojado de sus Estados por la mas inícua agresion, presa de todos los horrores de un largo bombardeo, sin otro crímen que el valor de defender enérgicamente el último baluarte de la monarquía contra una cobarde agresion. Los soberanos y los pueblos comprenderán al fin que se defiende en Gaeta algo mas que la corona de una antigua dinastía; se defienden los tratados en cuya virtud reinan todos los soberanos, el derecho público en cuya fuerza descansan la tranquilidad y la independencia de los pueblos.

«S. M. el Rey está resuelto á arrostrar hasta el fin todos los peligros de su abandonada posicion. Bloqueado y atacado á la vez por mar y por tierra, podrá caer entre las ruinas de la plaza, podrá ser prisionero de sus enemigos. Cualquiera que sea su suerte, S. M. está dispuesto á soportarla con la grandeza de alma y la firmeza de que cinco meses há está dando pruebas tan numerosas y constantes.

«Contra lo que sucede, contra lo que puede suceder, no hay necesidad de protestar. La ley y la conciencia pública, el sentimiento moral de todas las almas honradas protestarán por el Rey en esta circunstancia decisiva. Y si la Europa abandona á S. M., nunca S. M. se abandonará á sí mismo. El Rey cumplirá hasta el fin su deber de soberano.

«Habeis sabido por todos los periódicos, hasta por los que defienden con mas encarnizamiento la causa de la Revolucion, cual es el verdadero estado del reino de Nápoles y de la desventurada Sicilia: desconfianza, falta de seguridad, ruina. De cada punto de los dominios continentales se levantan espontáneamente las poblaciones para protestar como pueden en medio del trastorno general, en favor de su soberano legítimo contra la dominacion extranjera. Y en efecto, el Piamonte los trata como extranjeros. Al paso que los Piamon-

teses califican de bárbaros é inhumanos los medios de moderacion empleados por S. M. para apaciguar las tentativas de rebelion, y eso hasta el punto de mandar, á la primera noticia, la suspension del bombardeo de Palermo, el Piamonte bombardea todos los dias y sin tregua las ciudades italianas que le resisten, como Ancona, Cápua, Mola y Gaeta. La única pena adoptada por sus generales para comprimir las poblaciones, es fusilar sin piedad.

«En estas circunstancias, el Rey, queriendo no salvar su persona, que hace dos meses expone incesantemente á todos los peligros, sino asegurar contra la humillacion y contra el insulto la dignidad real que representa, tendria derecho á esperar que en la lucha desigual que va á continuar, declarasen las potencias de Europa si reconocen ó no el bloqueo que va á establecerse sin declaracion de guerra, sin notificacion regular por la escuadra que está hoy en posesion del Piamonte. Y si ese bloqueo no es reconocido, S. M. confia en que se hará al menos una intimacion colectiva al Rey de Cerdeña para garantir la libertad de S. M. si los azares de un sitio desesperado respetan su vida, y para asegurar contra todo ultraje la persona de la jóven Reina, que con una magnanimidad digna de su corazon, é insensible á todo riesgo personal, ha resistido á las mas incesantes súplicas por consagrarse en los hospitales al cuidado de los heridos.

«Estais autorizado para dar lectura del presente despacho á... y á dejarle copia del mismo.

«CASELLA.»

El mismo dia en que terminó el armisticio, envió Cialdini á la plaza en clase de parlamentario al general Menabrea, que habia dirigido todas las operaciones del sitio, mas bien para que se enterase de los recursos con que contaban los Napolitanos, que para que propusiese al Rey una rendicion, que ya de antemano sabia Cialdini no seria aceptada. Con todo, fué Menabrea perfectamente acogido, y si bien fué rechazada su proposicion de que se rindiese la plaza, bajo las condiciones de permitir al Rey retirarse y reconecer á los jefes y oficiales napolitanos sus respectivos grados, se permitió al parlamentario visitar todas las obras de defensa, como para indicarle que no infundian á la plaza ningun temor sus investigaciones. El Rey,

á pesar de haber tomado ya desde el primer dia la heróica resolucion de defenderse hasta el último trance, quiso hacer presente á sus tropas la proposicion que con respecto á ellas acababa de hacerle Cialdini, á fin de si querian por su parte aceptarla; pero, léjos de dejarse seducir la guarnicion de Gaeta por las promesas de los revolucionarios, renovó por tercera vez el juramento que antes prestara á su Soberano, de estar dispuesta á dar gustosa por él su sangre y su vida.

Entonces fué, como hemos visto ya, cuando rompió la plaza las hostilidades. Nada importaba á los sitiados el culpable abandono en que les dejaban las grandes potencias de Europa, que por interés y por deber habian de acudir á su socorro; nada el que se viesen cercados por un enemigo numeroso que acumulaba contra ellos todos los recursos del Piamonte; nada, en fin, el que tuviesen que quedar sepultados entre las ruinas de la fortaleza en que ondeaba aun la bandera de la legitimidad y de la patria : para los verdaderos defensores del Rey, es siempre preferible la muerte á la deshonra.

Desde el bombardeo del 22, dia en que alcanzó Gaeta inmensas ventajas sobre sus enemigos, permanecian tan calladas las baterías de los sitiadores, que casi puede decirse habia cesado enteramente el fuego; el desaliento que experimentaban los sitiadores solo era comparable con la decision y la bravura que se notaba en los sitiados. Todo, en efecto, contribuyó á que fuese aquel dia mas glorioso su triunfo; hasta la circunstancia de haber sido los primeros en romper el fuego. Una victoria tan señalada cuando tan fundadamente se temian grandes desastres, probaba hasta la evidencia que, aun cuando las naciones poderosas volviesen la espalda á los defensores de la justicia y del derecho, no habia de faltar á estos nunca el apoyo de la Providencia que les consideraba como hijos predilectos.

Durante aquella segunda tregua debida al estupor de los Piamonteses, se dedicaban el Rey y la Reina, á visitar los hospitales, y á procurar á los enfermos todos los consuelos; la Reina, sobre todo, puede decirse que pasaba en aquellos asilos de la desgracia la mayor parte del dia, porque, aun cuando estuviese segura de que, merced á las provisiones que les procuraba, nada les faltase, no le permitia su caridad ardiente separarse del

lado de los enfermos y heridos hasta haber curado por sí misma á un gran número. ¡Cuán bella debe ser el alma de la heroina inmortal de Gaeta!

Pronto, sin embargo, sucedieron á aquellos dos ó tres dias de calma y de reposo de que gozaba la ciudad sitiada, nuevos dias de afliccion y de amargura; ya no fueron tan solo los horrores de la guerra y todas las demás privaciones que lleva en pos un sitio, los que tuvieron que sufrir la guarnicion y los infelices habitantes de Gaeta, sino que se apareció á ellos un nuevo azote mucho mas cruel aun, si cabe, que los que habian experimentado hasta entonces. Acababa de declararse en la plaza un tifus terrible que en un solo dia atacó á noventa y tres soldados, y del que murieron trece de ellos en el hospital de Santa Catalina, atacando tambien á un número casi igual de paisanos. Semejante calamidad produjo en un principio, como era natural, una consternacion general, pero como aquellos valientes estaban acostumbrados ya hacia tiempo á todos los peligros, fueron calmándose insensiblemente los ánimos.

Los embajadores de España, Austria, Sajonia, Baviera y el Nuncio apostólico, por mas que no hubiesen querido reconocer el bloqueo que les anunció el almirante Persano, y que al obrar de aquel modo manifestasen los verdaderos sentimientos de sus respectivos gobiernos, no dejaron de tener por ello que sujetarse á él, merced á la culpable indiferencia con que todas las naciones toleraron aquel nuevo ultraje, por no romper abiertamente con los poderosos aliados del Piamonte. Mientras impere en Europa esa funesta política de duda ó de vacilacion, ó mas bien, mientras el temor y el egoismo ahoguen en ella el grito de la conciencia pública, no faltarán por desgracia ambiciosos osados que lo emprendan todo para ensanchar sus dominios, arrebatando la dicha y la paz de los pueblos que lograran hacer pasar impunemente bajo su dominacion. Imposible parece que la Europa toda no se levante indignada contra los déspotas que le hacen desempeñar un papel tan humillante y bajo.

En menos de tres dias llegaron á mil los atacados del tifus; todos los hospitales y un gran número de casas particulares volvieron á verse atestados de enfermos, siendo cada dia muchas mas las víctimas que hacia aquella terrible enfermedad.

La emperatriz Eugenia, que como verdadera española, está dotada de un corazon noble y generoso, no pudo ver con indiferencia la posicion de la jóven Reina de Nápoles, á la que escribió una carta afectuosa y tierna al objeto de alentarla en medio de los peligros que la amenazaban tan de cerca. En ella decia la emperatriz con aquella esquisita sensibilidad propia del corazon de la mujer, que ambicionaba la suerte de María Sofía por verla dotado de un heroismo que excitaba el interés del mundo; que la deseaba toda la prosperidad á que la hacian acreedora sus virtudes; y por último, que continuase defendiendo con el ardor que lo habia hecho hasta allí, la causa de la legitimidad y de la independencia de sus pueblos. ¡Cuán diferente era esta carta de la emperatriz á la Reina de Nápoles, de la que dirigió el emperador Napoleon al Rey Francisco II! ¡Cuánta sangre habria dejado de correr en Italia, á haber sido la emperatriz Eugenia la reguladora de los destinos del pueblo francés!

Despues de haber hecho retirar el almirante Persano todos los buques de su escuadra que habian sufrido tan fuertes averías en el primer bombardeo, regresó con los restantes delante de Mola, para continuar desde allí vigilando á la ciudad sitiada que no se atrevia á bloquear mas de cerca. La conducta que observó Persano durante el bloqueo, fué á corta diferencia la misma que han seguido constantemente en las Dos Sicilias todos los jefes Piamonteses encargados de conquistar aquella parte de Italia: un contínuo ataque al derecho de gentes. Apresaron los Piamonteses un buque francés procedente de Messina, despues de haber disparado contra él dos cañonazos; y como se presentase luego su capitan Regnier al almirante sardo para reclamar el buque y quejarse del bárbaro proceder de sus subordinados, contestóle Persano, que en aquella ocasion, como en todas, aprobaria Napoleon III los actos de los Piamonteses. Mucha era la seguridad que habia de tener el almirante para hablar de aquel modo.

Cada dia alcanzaban los sitiados nuevas ventajas sobre sus enemigos; la batería rayada de la torre *Orlando*, dispersó completamente á una partida piamontesa encargada de conducir un convoy de municiones y víveres al monte Tortano, causándole un gran nú-

mero de muertos y heridos. Casi todas las baterías de los sitiadores permanecian calladas, lo que indicaba claramente que no se habia logrado aun reparar sus desastres.

El tifus continuaba diezmando á los sitiados, á pesar de ser la estacion cada vez mas benigna; puede contarse que habia diariamente de ciento á ciento veinte atacados, de los que morian por lo regular unos diez ó doce; creíase deber su orígen aquella horrorosa enfermedad á la gran acumulacion de gente que habia en las casamatas, y sobre todo, á la fetidez del aire que se respiraba en ellas. Y era en verdad aquella suposicion tanto mas probable, cuanto que no se vió ni un solo ataque tifoídeo, mientras pudieron permanecer las tropas en sus cuarteles. De todos modos, aquella calamidad continuaba, y pronto iban á verse reducidos los sitiados á los mas grandes apuros. Nada en verdad mas desconsolador, segun refiere un testigo ocular, que la triste resignacion que se notaba en todos los semblantes; aquellos hombres que en su mayor parte habian desafiado mil veces con serenidad la muerte en los combates, no podian contemplar sin asombro el estrago que hacia diariamente en sus filas el enemigo invisible que les arrebataba sin cesar nuevos camaradas, y contra el que ningun poder tenian ni su valor ni sus armas.

Los marinos encargados de servir las piezas, como hombres acostumbrados á las borrascas del mar, eran los que con mas sangre fria sabian resistir al nuevo azote, su valor y su abnegacion no se desmintieron nunca en todos los demás peligros que les estaban aun reservados.

Por fin los Piamonteses, despues de haber reparado sus dos paralelas, volvieron á empezar sus fuegos contra la plaza en la noche del 28 de enero, lanzando sobre ella unas mil bombas y granadas, que felizmente no causaron muchas desgracias. La batería de Capuchinos estaba situada en el centro de una de las dos paralelas, y á la distancia de mil quinientos metros; tenian los sitiadores unas ciento ochenta piezas en línea, entre las que habia cincuenta morteros, siendo todas las restantes rayadas y de grueso calibre. Tenian además los sitiadores en *Castellone* dos grandes cañones Cavalli, que arrojaban sobre la ciudad balas de sesenta kilógramos; pero como felizmente estaban situados á la enorme distancia de cinco

mil metros, no eran sus tiros muy certeros; con todo, si por desgracia alguna vez daba la bala contra una casa, la convertia en un monton de ruinas.

Fiados los sitiadores en la superioridad de su artillería, se abstuvieron de construir obras que no estuviesen fuera del alcance de la plaza, por no exponerse á verlas destruidas como les sucedió cuantas veces intentaron levantarlas antes de que tuviesen piezas de mayor calibre que les permitiesen atacarla desde mas lèjos. Esta ventaja, que hacia tan desigual la lucha, ó mejor, que facilitaba el ataque y hacia imposible la defensa, alentó mas y mas á los soldados de ese Rey que con tanto descaro se titula defensor ardiente del pueblo italiano, á lanzar sus proyectiles contra los hospitales y las casas de los infelices habitantes de Gaeta. Ni aun la historia del pueblo mas salvaje ofrece el ejemplo de un sitio en el que hayan sido tan brutalmente holladas todas las leyes de la humanidad, como lo han sido para eterno baldon de nuestro siglo en el de Gaeta por los inhumanos corifeos de la Revolucion.

Las pérdidas que sufrieron los sitiados en el bombardeo de la noche del 28 de febrero, ascendieron á unos treinta muertos y heridos, entre los que habia cuatro ó cinco mujeres y diferentes niños.

Por mas que el activo é incansable coronel Afan de Rivera, que dirigia las obras del arsenal, procurase, en vista de la gran falta que hacia á los sitiados la artillería de nueva invencion, rayar algunos cañones lisos, no por esto pudo lograr enteramente que pudiesen competir con los de los Piamonteses, por ser mucho menor su calibre. Sin embargo, es muy probable que si el señor Afan de Ribera hubiese podido disponer de todo lo necesario, habria obtenido grandes resultados, atendido los que obtuvo faltándole todo, á fuerza de inteligencia y de celo.

Casi sin interrupcion iba continuando el cañoneo; los proyectiles Cavalli lanzados desde Mola, dieron muerte el 29 de enero á una mujer que estaba en cinta; tambien alcanzaron el mismo dia á otra pobre madre, en el momento en que estaba peinando á su hija. Al ver tanta sangre inocente derramada por la ambicion de unos cuantos hombres, no podemos menos de clamar indignados contra esos verdugos de la humanidad que, jactándose de libres, pretenden do-

minarla por medio del terror, cuando no les es posible por la traicion y el engaño.

Construyó la plaza una nueva batería junto à la *Rocca-Spaccata*, situada sobre la de *Malpasso*, para poder contestar al fuego de las que tenian los Piamonteses establecidas en el santuario de la Catena; pero no podia montar mas que cinco ó seis piezas rayadas, y aun debian ser estas de las que acababa de preparar el coronel Afan de Ribera.

El tifus, entre tanto, continuaba haciendo en la ciudad los mismos estragos; los enfermos no cabian ya ni aun en los hospitales provisionales que habian sido preparados ó dispuestos para los heridos antes de que terminase el armisticio. Pero tanto la tropa como el paisanaje se habia acostumbrado ya á aquella nueva calamidad que tanta sensacion produjo antes en todos los ánimos; por otra parte, eran tantos los males que pesaban sobre Gaeta, que poco podia ya agravar mas su situacion un nuevo mal, aunque fuese de los mas terribles. Así que, hubiérase visto á los soldados en los dias del Carnaval entregarse al bullicio, mientras estallaban las bombas y granadas á muy pocos pasos de ellos, ó eran conducidos al hospital algunos de sus compañeros, que pocas horas antes habian tomado tambien una parte activa en sus inocentes travesuras. Desde el momento en que el hombre entrevé la muerte como el término de sus desgracias, no solo deja por lo regular de temerla, sino que hasta llega á desearla ardientemente, sobre todo, cuando puede hallarla en el cumplimiento de su deber. Por esto se mostraban los defensores del Rey en Gaeta tan indiferentes á todos los peligros.

¿Y cómo no habian de dar los sitiados gustosos su vida en defensa de la noble causa que les estaba confiada, cuando eran sus soberanos los primeros en darles cada dia el ejemplo de todas las virtudes? ¿Podian nunca olvidar los generosos sacrificios que hacia constantemente la Reina para aliviar en lo posible todas sus desgracias? ¿No era por ventura la jóven María Sofía la que, como verdadera hermana de la Caridad, procuraba con tierna solicitud todos los consuelos á los pobres enfermos y heridos? Faltaríamos á nuestro deber si no consignásemos aquí un noble rasgo que revela cuan intenso es el amor que profesa á sus fieles súbditos la bondadosa soberana de las Dos Sicilias.

Recorria la heroina de Gaeta uno de los últimos dias del mes de enero los fuertes avanzados de la plaza, acompañada de su augusto esposo, cuando el casco de una bomba piamontesa que estalló á muy pocos pasos de los monarcas, hirió mortalmente á un artillero. Sin atender la Reina mas que al deseo de su corazon, se lanza desde luego al lugar de la catástrofe desafiando todos los peligros, y contribuye por sí misma á colocar al herido en su camilla. Como notase el moribundo artillero que caia su sangre sobre el vestido de la Reina, exclama:

—«Ay, señora! mi sangre ha manchado el vestido de V. M.

—«No tengas cuidado, hijo mio, contestó con ternura la augusta soberana, que la sangre de los leales no mancha mis vestidos.

—«¡Ay, señora, cuán buena sois! ¡Si os viera mi madre!...»

—«¡Tu madre soy yo! Yo cuidaré de tu madre, y aun le remitiré el vestido que tengo salpicado con la noble sangre de su hijo.»

Vivamente reconocido, tiende el moribundo su mano y no para hasta estrechar y besar la de la Reina; lanza luego un profundo suspiro, pronuncia el dulcísimo nombre de Jesus, y muere estrechando la mano de su heróica Reina. Véase si es posible que puedan los Napolitanos nunca olvidar á sus legítimos soberanos.

Es tanto el interés que ha excitado en Europa la heroina de Gaeta, que nos creemos obligados á reproducir aquí, lo que respecto de ella y de su augusta familia ha dicho unánimemente la prensa extranjera durante el glorioso sitio de que vamos ocupándonos. Hé ahí, pues, el verdadero retrato de la Reina María Sofía de Baviera:

«Jóven, sin haber cumplido apenas la edad de veinte y tres años, hermosa, buena, de ánimo activo y de esfuerzo varonil, la hija del duque Maximiliano de Baviera está siendo en Gaeta modelo de mujer esforzada, de esposa leal y de Reina valerosa.

El cielo la ha dotado de todas las virtudes y perfecciones que puede prodigar á la criatura mas favorecida. Bella, como pocas princesas de Europa, tuvo la dicha de cautivar con su hermosura y con sus brillantes cualidades morales á un Rey; y así como los príncipes de la casa de Coburgo se han hecho célebres por sus casamientos, así tambien en la familia de Baviera, las dos hijas del duque Maximiliano, cuando apenas salian de la infancia, han enlazado su suer-

te á la del emperador de Austria y á la del Rey de Nápoles, ambos monarcas jóvenes, hermosos é hidalgos. La tercera y última hija de este padre dichoso está prometida al hermano del Rey Francisco, S. A. R. el infante D. Luis, conde de Trani.

«La Reina María Sofía no ha abandonado á su marido, en el instante supremo en que se ve bloqueado y estrechado por mar y tierra: como esposa cristiana, ha querido probar que el cariño, el amor y la virtud se demuestran en el sacrificio, y, sea cualquiera la suerte que á ambos esposos les está reservada, ha preferido la Reina correr al lado de Francisco II los riesgos de una lucha terrible, que contemplar cobardemente sobresaltada desde léjos las peripecias del sitio. ¡Resolucion sublime, digna de una mujer de Sagunto ó de Numancia, que basta por sí sola para probar el temple de un carácter elevado!»

Acababa de celebrarse en Gaeta una fiesta religiosa, tierna, imponente, sublime. Todos los oficiales franceses que peleaban por la sagrada causa de Francisco II, hicieron celebrar en la plaza el 21 de enero solemnes honras por el alma del Rey Luis XVI, sacrificado por el furor revolucionario. ¡Cuán ardiente y pura debia subir al cielo la plegaria de aquellos valientes soldados de la legitimidad, que, despues de haber ofrecido generosamente su espada á un monarca que nada podia procurarles como no fuese la gloria de morir por su causa, iban á ofrecer su corazon á Dios, y á orar á la vez por dos ilustres víctimas, una de ellas inmolada ya hacia sesenta y ocho años, y la otra que estaba tambien próxima á serlo por el mismo vértigo de la demagogía! Bien hacian aquellos nobles Vendeanos y Bretones en combatir y orar por la ilustre familia de Borbon, tan odiada y perseguida en los calamitosos tiempos que hemos alcanzado, porque al menos podian, al obrar de aquel modo; procurar á tan augusta raza un consuelo en su desgracia, y dar á la Europa indiferente un ejemplo de fidelidad y de fé. ¡Qué contraste! La Revolucion batiendo palmas en todas partes por el golpe terrible que acababan de recibir tres ilustres proscritos, y por el inminente peligro de muerte en que tambien se veian el Rey y los príncipes de Nápoles, mientras que un puñado de héroes dirigia al Eterno fervientes preces por los príncipes que fueron, y procuraba defender

con la espada á casi el único Borbon que solo faltaba ya hacer descender del trono. ¡Cuándo cesará la tormenta que ruge sobre aquella augusta familia!

Continuaba cebándose el tifus en los sitiados; seis eran los generales napolitanos que se hallaban mas ó menos gravemente enfermos, á saber: Casella, ministro de la guerra, Ritucci, gobernador de la plaza, Sangro, Sigrist, Orgemont y Ferrari; tambien las hermanas de la Caridad se veian en su mayor parte obligadas á guardar cama, circunstancia terrible que iba casi á dejar sin apoyo á los infelices que estaban confiados á su tierno cuidado. Pocos eran los dias en que no muriesen mas personas del tifus que del bombardeo.

Tres sacerdotes que se hallaban en el palacio del arzobispo fueron mortalmente heridos; asimismo lo fueron monseñor Criseveto, superior del seminario, el cura de la Catedral y un religioso alcantarista. Cayó una bomba en el hospital de Santa Catalina, que todo hacia temer habria causado grandes desgracias, pero felizmente solo hirió á cuatro ó cinco enfermos, no obstante de haber estallado en una gran sala que contenia á mas de ciento cincuenta de aquellos desgraciados.

El convento de los Alcantaristas, situado en la *Rocca-Spaccata* quedó casi enteramente destruido durante la noche por las baterías piamontesas del monte *Tortano;* durante el dia dirigian los sitiadores una gran parte de sus fuegos contra los polvorines; no es extraño, *defensores celosos* de la humanidad, procuraban siempre hacer todo aquello que pudiese producir mas estragos.

Convencidos los Piamonteses de que sus fuegos habrian causado en la plaza desastres mucho mayores, trataron de imponer á los sitiados haciendo correr la voz de que iban á dar muy en breve el asalto y á pasar á cuchilló á cuantos intentasen oponerles resistencia; pero, como los Napolitanos se habian acostumbrado ya tanto á las vanas alharacas de los soldados del *Galantuomo*, recibieron con la sonrisa del desprecio la terrible noticia inventada para intimidarles. Bien sabian que los Piamonteses no debian dar el asalto á Gaeta ni entonces ni nunca.

El conde de Loss, representante de Sajonia cerca de Francisco II, pidió al almirante Persano que le permitiese retirarse á Roma, pero

como no quisiese este último acceder á su demanda, vióse obligado el embajador sajon á conservar el puesto que solo su cobardía podia hacerle abandonar en tan críticos momentos. No debe admirarnos semejante conducta porque, como hemos visto ya, nunca fué el valor la principal cualidad de los hombres políticos.

El general Ferrari, antiguo preceptor del Rey, murió del tifus el dia 3 de febrero, despues de haber dado en su larga carrera constantes pruebas de inteligencia y de celo; la muerte gloriosa con que selló su juramento de fidelidad, y, sobre todo, la circunstancia de haber dirigido los primeros pasos del jóven monarca, demuestran claramente las virtudes de que habia de estar dotado el anciano general.

En la noche del 4 de febrero hubo un misterioso combate entre una fragata piamontesa y un vapor desconocido en frente de las baterías Transilvania y Malpaso; obligado por último el vapor desconocido á refugiarse bajo los cañones de la plaza, hizo algunas señales que indicaban un reconocimiento, pero volvió á desaparecer tan pronto como le dejó la fragata libre el paso. Nada mas volvió á saberse acerca de aquel raro combate.

Las damas de Baviera enviaron una felicitacion á la Reina de Nápoles por las sublimes virtudes que le merecian la admiracion de Europa. Tambien el emperador de Rusia confirió al Rey y á los príncipes las insignias de la gran cruz del Aguila Blanca, y dió órden á su embajador el conde Wolkouski de que se restituyese nuevamente á Gaeta; pero ¿qué eran todas estas demostraciones del autócrata para salvar á la monarquía napolitana, atacada á la vez por tantos enemigos? Absolutamente nada.

A las cinco de la tarde del 4 de febrero se incendió un polvorin, de cuyas resultas murieron seis ú ocho soldados. Ya empezaban los Piamonteses á ver realizados sus bárbaros planes.

CAPÍTULO XXI.

Estado de Nápoles y Sicilia.—Combate del Banco.—Continuos excesos de los Piamonteses.—Prisiones hechas en Nápoles.—Barbarie del general Pinelli.—Asesinatos y fusilamientos en Scurgulo, Avezano y otros puntos.—Derrota de los piamonteses en Orsagona.

Pocos dias se pasaban en Nápoles sin que se repitiesen con mayor violencia las demostraciones populares contra Liborio Romano y el ministro Spaventa, por considerar al primero como principal causa de todos los males que afligian al reino, y al segundo como ejecutor sangriento de las leyes draconianas que regian para sujetar á los Napolitanos al capricho del Piamonte. La libertad solo puede comprarse por medio de la sangre, decian públicamente los invasores, y estaba el pueblo napolitano tan convencido de esta triste verdad, que no es extraño hiciese todos los esfuerzos posibles para librarse de aquel *supremo bien*, que, segun sus enemigos, debia costarle un mar de sangre.

Para que vean nuestros lectores la dicha envidiable de que gozaba el reino de las Dos Sicilias, solo les diremos que ascendia á setenta y dos mil el número de los expatriados, que gemian en las cárceles mas de quince mil personas, y que habian sido fusiladas mas de tres mil por los consejos de guerra, en los pocos meses que de nacion independiente habia pasado á ser Nápoles provincia piamontesa. Hé ahí á que habian venido á reducirse todas las promesas; hé ahí

en qué consistia la grandeza de la Italia meridional desde que habia dejado imponerse el yugo despótico de Victor Manuel.

Y no se crea que fuese mas satisfactoria la situacion de Sicilia, en donde tres consejeros de la Lugartenencia se vieron obligados á presentar su dimision, fundándola en los horribles atentados que impunemente cometian los asesinos asalariados por el gobierno revolucionario. Al verificarse el 27 de enero las elecciones en Mirto, provincia de Messina, penetró en el salon una banda de miserables que asesinó á los gritos de *viva la libertad* al presidente de la mesa, y á dos de sus hijos. A pesar de haber sido cometido aquel horrendo crímen en pleno dia, y ante numerosos testigos, no pudo el llamado gobierno piamontés descubrir á sus autores. Imposible parece que ningun gobierno pueda tolerar tanta barbarie.

En una carta escrita por un oficial piamontés á la *Unitá italiana*, se leia, entre otras mil crueldades, la del incendio y completa destruccion de Mazzacano, ante cuyas llamas, decia, disfrutaban los Piamonteses el placer de una justa venganza. ¡ Qué hombres los revolucionarios para labrar la dicha de los pueblos !

La reaccion, entre tanto, se presentaba cada dia mas amenazadora en los Abruzzos, á pesar de que el telégrafo no cesase de repetir que se habia logrado sofocarla enteramente; todo el furor que desplegaban los Piamonteses para contener á los realistas, solo contribuia á exasperarles, y por lo mismo á aumentar su número. En Scurgulo fusilaron los invasores á sesenta personas de todo sexo y condicion, y asesinaron además bárbaramente al virtuoso prelado Genaro de Orsi.

Sabedores los realistas de que el general Sonnaz perseguia muy de cerca al jefe napolitano Cristen de Casamara, despues de haber talado el país que este recorria, partieron desde luego á Banco, donde Cristen se habia visto obligado á encerrarse y le tenía cercado su enemigo. La circunstancia de haberse detenido los Piamonteses en saquear el convento y la aldea de Casamara, hizo que solo llegasen delante de Banco algunas horas antes que los refuerzos realistas, y que les faltase tiempo para apoderarse del pueblo. Trabóse inmediatamente el combate á la llegada de las fuerzas leales; y, á pesar de ser la division piamontesa mucho mas numerosa, y de contar con el

poderoso ausilio de ocho piezas de artillería, se vió obligado á abandonar el campo , dejando en él mas de doscientos muertos , pudiendo tan solo llevarse á duras penas los quinientos heridos que tuvo aquel solo dia. Hicieron además los realistas trescientos prisioneros , entre los que habia un coronel y ocho oficiales.

Indignado el general Cialdini al recibir la noticia de la derrota que habian sufrido los Piamonteses en Banco , dió á sus tropas órdenes tan terribles , que parecian emanadas de un jefe de bandidos ; todos los insurrectos cogidos, los habitantes que estuviesen en relacion con ellos, y hasta los sospechosos , debian en lo sucesivo ser pasados al filo de la espada ; asimismo debia ser talado todo el país que pisaran. Para que vean nuestros lectores de que modo fueron sus órdenes puntualmente cumplidas, hemos creido deber reproducir la siguiente carta de un oficial piamontés, inserta en el *Independiente* de Nápoles:

«Hemos incendiado y destruido á Mazzano. Tambien Casara y San Vito han sido entregados á las llamas por nuestras columnas. Todas las casas , cabañas y chozas que encontrábamos , eran reducidas á cenizas : era aquello un espectáculo verdaderamente horrible. ¡ El hombre salia á hacer la caza del hombre ! Nadie podia contemplar sin dolor aquel vasto incendio. Por todas partes las llamas se elevaban hasta el cielo. En mi vida pienso ver un cuadro mas desolador.»

Descubrióse en Nápoles una nueva conspiracion borbónica que, al decir de los agresores , tenia por objeto acabar con todos los partidarios del Piamonte ; el resultado de aquel *importante descubrimiento* fué el de siempre , hacer muchas prisiones , ó lo que es lo mismo, sacrificar nuevas víctimas. Es verdaderamente asombroso que aquel gobierno que de tal modo sabia seguir siempre la pista á los conspiradores realistas , no lograse descubrir nunca á los infames asesinos que degollaban públicamente á pacíficos habitantes en las plazas y calles de Nápoles, Palermo y Messina. Seria que el gobierno piamontés, como el Argos antiguo al entregarse al descanso, cerraba sus cien ojos al obrar sus partidarios, ó á lo mas, guardaba abierto uno solo.

La Revolucion , que es en un todo contraria á la naturaleza , iba perdiendo sus esperanzas á medida que recobraba esta sus galas con la procsimidad de la primavera. El *invencible capitan* , el *genio de la guerra*, el *inmortal* Garibaldi , habia anunciado para la primavera la

formacion de un ejército de un millon de soldados y la conquista del Véneto; y, cosa rara, por mas que nunca hubiese cumplido ni una sola de sus muchas promesas, logró hacer tragar la del millon y del Véneto á sus partidarios. Garibaldi, empero, que en su destierro de Caprera empezó á reflexionar con mas calma y á conocer lo arriesgado de su proyectada empresa, procuró disculparse con la oposicion de Francia é Inglaterra, y calmar la impaciencia de sus adeptos por medio de algunas cartas, en las que les hacia patente la necesidad de aplazar por algun tiempo la *regeneracion* de los pueblos. Sin embargo, como los autónomos italianos no podian mirarse la cosa con la misma calma que su caudillo, porque no á todos les habia sido posible vaciar las arcas de Nápoles, empezaron á clamar contra el que les habia tan villanamente engañado, no por lo de la conquista del Véneto, sino por lo del millon que debia lanzarles de nuevo al campo de sus rapiñas. Hé ahí porque desfallecian las esperanzas de los revolucionarios á medida que se iba acercando la primavera. Miserables, manifestaban el deseo de atacar al Véneto, solo por aparentar un valor que nunca han tenido.

En todas partes se presentaban los Piamonteses como mónstruos de inaudita crueldad, pasando á cuchillo á cuantos infelices realistas tenian la desgracia de caer en sus manos; no habia crímen á que no se entregaran, ni ley que dejasen de hollar. Hé ahí nuevos actos vandálicos cometidos por los invasores, segun el *Nómade* y el *Independiente*, periódicos revolucionarios que se están publicando en Nápoles:

«Entramos en una aldea, dice uno de sus corresponsales, y por órden del general fusilamos á todas las personas que habian quedado en ella, porque en aquel país, todos, sin escepcion son ladrones.»

Luego añade el último de aquellos periódicos:

«Despues de haber quemado el último cartucho, dice un oficial piamontés, cayó por casualidad en mis manos un ladron de los de Francisco II, y, en vez de hacerle fusilar, le puse una cuerda en la cabeza, y, con el ausilio de un palo, colocado en forma de manubrio, le apreté las sienes hasta hacerle saltar los sesos.»

Imposible parece que haya hombres que lleven su cinismo hasta el punto de hacer gala de sus mismos crímenes, por mas que deban

estos valerles la recompensa del gobierno que los ordena. Nuestra pluma se resiste á consignar tantos horrores, y solo haciendo un esfuerzo sobre nosotros mismos, por desenmascarar á los verdugos que aun hoy, osan arrogarse el título de defensores de la desventurada Italia, podremos llevar á cabo nuestra tarea triste y penosa. Aunque acostumbrados por desgracia en este siglo de sangrientas luchas á ver frente á frente el derecho y la injusticia, nunca habríamos imaginado que hubiese podido el despotismo revolucionario entregarse tan libremente en Italia al asesinato y al pillaje sin excitar la indignacion de la Europa y del mundo. ¡ Cuán terrible es ese indiferentismo religioso y político que corroe el seno de la sociedad actual !

El bárbaro general Pinelli dirigió el 3 de febrero una órden del dia á sus tropas, en la que, despues de considerar la piedad como un atroz delito, encargaba, ó mejor, ordenaba á sus soldados que pasasen á cuchillo á todos los Napolitanos que cayesen en su poder sin distincion de sexo ni edad, porque todos ellos eran igualmente hostiles al gobierno del Piamonte. Luego presentaba al Pontífice romano, al bondadoso Pio IX, como un mónstruo de iniquidad, y al clero en general como la clase mas degradada de cuantas existen. Renunciamos á trascribir aquí aquel documento inmundo por no escandalizar á nuestros lectores. Luego dirigió el bárbaro Pinelli una carta á la *Armonía* de Turin, copiándole la órden del dia, á fin de que pudiese censurar una vez mas aquel periódico los actos vandálicos del que decia ver con orgullo sus censuras.

No hay para que decir cual fué el comportamiento de la soldadesca feroz de Pinelli, sobre todo, desde que le fué dirigida aquella terrible órden del dia. Llegó á la mañana siguiente á un pueblecito de los Abruzzos, cuyos habitantes huyeron á su aproximacion por no ocultárseles la suerte que les reservaban los mónstruos que habian llegado á considerar la piedad como un crímen. Al ver que no les era posible saciar su hidrópica sed de sangre, resolvieron los soldados de Pinelli pegar fuego á la poblacion por sus cuatro ángulos, é iban á verificar ya su depravado intento, cuando se les presentó una pobre anciana de setenta y ocho años, diciéndoles que le permitiesen salir con su hija y una niña de esta, recien nacida. Despues de haberle preguntado los asesinos cual era su casa, aparentando compadecerse

de su triste suerte, se hicieron conducir á ella por la anciana, á la cual encerraron al llegar, junto con su hija y su nieta, y pocos momentos despues eran todos ya presa de las llamas.

En otra casa de la propia aldea, encontró la soldadesca brutal de Pinelli á un napolitano que no habia podido escaparse al saber la llegada de sus verdugos, por obligarle á guardar cama las cinco gloriosas heridas que recibió pocos dias antes en el campo de batalla. Todos los soldados del mundo habrian sabido respetar la vida de aquel valiente: los asesinos que mandaba Pinelli encendieron una hoguera en derredor de su lecho para hacerle morir en medio de un mar de llamas. ¡Qué conducta la de los *regeneradores* de Italia!

Despues de haberlo reducido todo á escombros se dirigió la division Pinelli á Scurculo, donde asesinó bárbaramente á cincuenta y ocho personas, entre las que habia dos sacerdotes, tres mujeres y dos niños. Pasaron luego los corifeos de la revolucion á la iglesia del pueblo, y derribaron á los santos de sus altares, cometiendo por último la horrible impiedad de fusilar la santa imágen de la Vírgen.

Tambien en Avezzano fueron condenadas por los Piamonteses á la última pena treinta y ocho personas, por suponerse que estaban en relaciones con los sublevados que recorrian el país, para no exponerse á morir sin defensa.

El general Sonnaz, que por lo visto, no era menos bárbaro que los demás mandarines piamonteses, recorrió las poblaciones de Tagliacozo é Isernia, asesinando en la primera á cuarenta y ocho personas, y pasando á cuchillo en la segunda á cuantos infelices habitantes pudieron ser habidos. Los dos solos verdugos Pinelli y Sonnaz, quemaron en pocos dias treinta y seis pueblos de la provincia de Ascoli.

Veamos ahora cual era la conducta de aquellos que peleaban en los Abruzzos por su patria y por su Rey, y á los que daban los Piamonteses el nombre de bandidos. Tenian los realistas en su poder unos doscientos prisioneros piamonteses del 40 de línea, hechos en los diferentes encuentros habidos en las montañas; pues bien, lejos de entregarse los *bandidos* á las sangrientas represalias que les permitian las leyes de la guerra, trataron á sus enemigos indefensos con todos los miramientos que la humanidad exige, dándoles su corres-

pondiente racion de pan y el haber de tres reales diarios para su sustento. Ni una amenaza, ni un insulto, se profirió contra los Piamonteses que por los percances de la guerra habian caido en poder de los realistas. En algo han de diferenciarse siempre los defensores del órden y el derecho, de los partidarios de la arbitrariedad y la injusticia.

Mientras estaba haciendo en Gaeta la Monarquía legítima el último esfuerzo contra la tiranía y la Revolucion, y mientras cometian los Piamonteses en el reino de las Dos Sicilias las mas inauditas crueldades, pronunció el Emperador Napoleon III un discurso en la apertura de las Cámaras francesas, en el que calificaba de noble y grande la idea revolucionaria que estaba causando en Italia tantos trastornos. Es preciso ser todo un Napoleon III para dar el nombre de grande y generosa á la usurpacion infame que despues de haber ocasionado la desgracia de Italia, amenaza destruir impía los intereses mas caros del Catolicismo, para arrebatar á la vez en su ciego furor, la fe y la paz de los pueblos.

Pero no debe admirarnos el lenguaje del Emperador porque nunca podíamos esperar que anatematizase su propia obra. Cuantas veces mostró Napoleon en su discurso algunas simpatías por el noble infortunio del Rey de Nápoles, se vió estrepitosamente aplaudido; siendo aquellos aplausos la reprobacion mas enérgica de su funesta política. Muy poco satisfecho en verdad debia estar el Emperador del triunfo que acababa de obtener en las Cámaras.

A pesar de la culpable indiferencia con que eran mirados por todas las naciones los sufrimientos de Francisco II y del pueblo napolitano, seguian resueltos uno y otro la gloriosa senda del sacrificio, yendo siempre en aumento el número de los valientes Napolitanos que se agrupaban cada dia bajo el lábaro santo de la legitimidad, levantado en las montañas de su patria. Así lo prueba, al menos la siguiente correspondencia inserta en la *Gaceta de Milan*, periódico adicto á Garibaldi. Hé ahí como juzgaba su corresponsal la verdadera situacion del reino de Nápoles:

«Puede creerse que estamos en vísperas de una contra-revolucion, la mas vergonzosa y mas funesta para la *santa causa* que con tanto valor y sacrificios hemos sostenido aquí. Solo hay en las Dos Sicilias

un partido que pueda llamarse dominante, porque puede disponer siempre de todos los medios mas poderosos, y cuenta entre sus partidarios á todo el populacho y á las cuatro quintas partes de las gentes ilustradas.»

Lo que indicaba tambien claramente los progresos de los sublevados, eran las medidas rigurosas que adoptaba el gobierno para impedir que la prensa periódica hablase con imparcialidad de las acciones habidas entre los invasores y las partidas realistas. El *Ecuador* y la *Cruz encarnada*, periódicos que se publicaban en Nápoles, fueron suprimidos por haber dado la noticia de que habian sido batidos los Piamonteses por las fuerzas napolitanas en dos distintos encuentros, perdiendo en el último de ellos mas de ochocientos hombres.

Exasperado el país en vista de las atrocidades cometidas por Sonnaz, se sublevó en su mayor parte, y despues de haber logrado rechazar á sus verdugos en el primer combate, tomó la ofensiva, sin parar hasta arrojarles de las posiciones que ocupaban. Nadie habria dicho que aquella division de diez mil hombres que con tanto furor perseguia á los realistas talándolo todo, se hubiese visto obligada á huir cobardemente en presencia de un enemigo inferior en número y desorganizado.

En Barletta y otros pueblos fué sorprendida la milicia nacional por el paisanaje, y obligada á entregar las armas, para que se pudiese atender con ellas á la defensa de la patria, tan cruelmente ultrajada por sus invasores. Dispúsose al efecto que fuesen entregadas las armas á los sublevados, cuyas filas fueron á aumentar desde luego todos los que habian tomado parte en aquel movimiento.

A pesar del respeto con que los revolucionarios, á su decir, han mirado siempre el hogar doméstico, eran contínuas las visitas domiciliarias practicadas en Nápoles por los satélites de Spaventa, tirano mil veces mas odioso que el mismo Farini. Su solo nombre llegó á inspirar horror hasta á los partidarios mas ardientes de la Revolucion, por saber que bastaba una acusacion cualquiera para perderles irremisiblemente. Mas de doscientos oficiales del antiguo ejército de las Dos Sicilias fueron enviados por Spaventa á las lóbregas cárceles de Génova, por el *delito* de no haber sido apóstatas, ó por el supuesto temor de que pudiesen sublevarse en favor de su Rey. Hasta

el *Popolo*, periódico mazziniano, clamó enérgicamente contra la insoportable tiranía que usaba con los Napolitanos. Véase sino lo que decia en sus columnas:

«Son tales los excesos que comete el ejército sardo en los Abruzzos, y tal la indignacion del país, que en Tagliacozo y otros pueblos hasta los muchachos con piedras y las mujeres con aceite hirviendo, que les arrojaban desde las ventanas, peleaban por expulsar á los agentes de la opresora dominacion del Piamonte.»

Spaventa, como todos los tiranos, tiembla al solo recuerdo de sus víctimas, y por esto se le ve cada vez mas apoyado en las bayonetas; cobarde y desconfiado, llega á dudar hasta de la milicia nacional, y pide incesantemente nuevas tropas piamontesas. Lo propio hacen los demás gobernadores sardos, por considerarse en todas partes rodeados de enemigos, que solo esperan el momento favorable para arrojarse sobre ellos y sacudir de una vez el yugo vergonzoso impuesto á traicion por sus cobardes opresores.

Muchos de los últimos Napolitanos que fueron presos en Nápoles por órden de Spaventa, llegaron hasta el estremo de morir de hambre, merced á la inhumanidad de sus carceleros. Una señora que estaba en cinta sintió en la prision los dolores del parto, y fué tal el abandono en que la dejaron, que á las pocas horas habian muerto de frio ella y la infeliz criatura. Nadie mejor que los Piamonteses podia llevar á cabo semejante obra de iniquidad.

Por mas que el pueblo napolitano se hubiese dejado halagar en un principio por las magníficas promesas de la Revolucion; por mas que, como decian sus enemigos, hubiese sido despótico el gobierno que antes tenia; por mas, en fin, que hubiese estado resuelto á atacar el trono de sus antiguos Reyes, es imposible que dejara de echar de menos la pasada dominacion, tan luego como se vió envuelto en la sangrienta anarquía de sus opresores. Pero era ya tarde: el pueblo napolitano habia dejado de cumplir con su deber cuando se presentaron en sus playas los piratas de Garibaldi, y debia por lo mismo sufrir despues la ley terrible de la expiacion.

Nada importaba que los Napolitanos odiasen despues á sus nuevos dominadores; nada que en todas partes se levantasen partidas contra ellos; inútil era que todos los habitantes de las Dos Sicilias estuvie-

sen decididos á morir en defensa de su Rey y de su independencia; habian dejado arrebatarse esos caros objetos cuando estaba en su mano el conservarlos para siempre, y cuando mas tarde reconocieron su falta imperdonable, les era ya del todo imposible recobrarlos, cualesquiera que fuesen los sacrificios que estuviesen dispuestos á hacer. Solo así puede explicarse lo ineficaz que fué despues su noble esfuerzo.

En Pietraro y otros pueblos fué arrastrado el retrato del Rey Galantuomo en prueba del amor que profesaban los Napolitanos á su nuevo *padre*, segun Garibaldi, y como para demostrar la legalidad y la justicia con que se habia procedido al llamarles al sufragio universal. ¡Qué ejemplo para los necios que aun creen que es el sufragio universal la libre voluntad manifestada por los pueblos, la espresion genuina de los deseos del pais! Vuelvan los ilusos la vista hácia Nápoles, y podrán convencerse de lo que es aquella nueva farsa revolucionaria!

Las fuerzas realistas mandadas por el valiente Mercoli, derrotaron á los Piamonteses en las inmediaciones de Orsagona, causándoles grandes pérdidas y haciéndoles mas de doscientos prisioneros. A esta importante victoria alcanzada por las tropas leales se debió en gran parte al desarme de la milicia nacional de casi todas las poblaciones de aquella provincia. Al ver el gobierno usurpador los progresos de los sublevados, dictó nuevas medidas sanguinarias para tener á raya á los pueblos que se mostraban cada vez mas dispuestos á secundar con su cooperacion á aquellos de sus hermanos que con tanto heroismo sabian combatir en defensa de la independencia nacional, y sobre todo, de la propiedad y la familia. Así que, los fusilamientos, las prisiones, los destierros, los insultos y los asesinatos aumentaban considerablemente, á medida que se iban haciendo mas numerosas las partidas sublevadas.

Aparentando el gobierno despótico haber tenido noticia de que trataban los pueblos de Ascoli y Chieti de levantarse en favor de su Rey, hizo marchar contra ellos una columna de seis mil hombres mandada por el bárbaro Sonnaz, tan tristemente célebre ya por sus crueldades, á las que debió sin duda el ser nombrado jefe de la nueva expedicion que tan dolorosos recuerdos habia de dejar para siempre en aquel

desgraciado país. Su primer cuidado al llegar á Ascoli y Chieti, fué hacer prender á todos los habitantes mas conocidos por sus opiniones realistas, y á pesar de no haberse podido justificar que estuviesen en relaciones con los sublevados, ni mucho menos que intentasen ellos levantarse contra sus opresores, fueron al dia siguiente pasados por las armas. Las personas mas notables de las dos poblaciones se presentaron al jefe revolucionario para interesarse en favor de los ochenta y tres infelices, que iban á sufrir la última pena; hasta los partidarios de la soñada unidad italiana, que tampoco faltaban delirantes en Ascoli y Chieti, fueron á interesarse por los pobres presos, pero todo fué inútil: nada bastó á adormecer la crueldad del bárbaro asesino. Los ochenta y tres detenidos, en su mayor parte padres de familia, fueron fusilados, aumentándose así de ochenta y tres el número de inocentes víctimas sacrificadas en el reino de las Dos Sicilias por el furor y la ambicion del Piamonte.

Nuestra pluma se resiste á consignar mas desgracias: dejemos á los miserables invasores embriagarse en Nápoles en un mar de sangre, que ya sonará para ellos tarde ó temprano la hora tremenda de la expiacion

CAPITULO XXII.

Continuacion del sitio de Gaeta.— Explosion de los polvorines.— La armada sarda vuelve á entrar en campaña.— Tregua concedida por los sitiadores.— Crítica situacion de la plaza.— Rómpese otra vez el fuego —Últimos dias de la heróica defensa.

El dia 5 de febrero fué sin duda el mas fatal para los sitiados. La explosion de la reserva de municiones de la batería *San Giacomo* inauguró la série de desastres, cuando á las tres de la tarde conmovió el aire una detonacion espantosa: el fuego habia prendido en el polvorin de las baterías *Citadella* y *San Antonio*, inmediato á la puerta de tierra y á la union del lienzo de muralla de tierra con el de mar, que contenia mas de siete mil proyectiles huecos. El estrépito fué horroroso; las piedras, las rocas, las bombas y granadas se entrechocaron por el aire durante un minuto, y luego que se hubieron disipado las tinieblas momentáneamente producidas, vióse que la puerta de tierra habia desaparecido, que el cuerpo de guardia habia tenido igual suerte, y que centenares de hombres habian desaparecido tambien. Del baluarte, de la muralla, de las casas contiguas, solo quedaban inmensos escombros, bajo los cuales oíanse quejidos y lamentos capaces de helar de espanto al alma mas intrépida. En el lienzo de muralla que miraba al mar, habíase abierto una brecha de treinta ó cuarenta metros, en el punto en que se encontraba antes la batería *Dente de sega Sant'-Antonio*. Por un momento se creyó que los oficiales franceses que servian la batería *Citadella* habrian muerto,

pero por fortuna no fué así; habian corrido sí grave peligro sintiendo la esplanada temblar bajo sus piés y pasar sobre sus cabezas la nube de piedras que cayó junto á ellos en medio de la mas siniestra oscuridad. Todas las baterías inmediatas quedaron inservibles y la plaza encontrábase imposibilitada de hacer fuego por aquella parte. Ignorábase en los primeros momentos el número de víctimas sepultadas entre las ruinas. Dos compañías que trabajaban en la brecha abierta el dia anterior quedaron enteramente aniquiladas, y el general de ingenieros Traversi habia desaparecido. Muchas familias perecieron, y una compuesta de once personas, hombres, mujeres y niños que se habian refugiado durante el bombardeo bajo la puerta de la plaza, fué materialmente hecha pedazos. Ah! horrible espectáculo era ver agitarse brazos y piernas entre las ruinas, encontrar soldados estropeados, á mujeres cubiertas de sangre que huian ó eran llevadas hácia el interior de la ciudad; y como si los feroces Piamonteses, los redentores de Italia quisiesen aumentar el horror de aquella escena, dirigieron contra aquel punto todos los fuegos de su artillería. Las numerosas tropas que se dirigian, y las que ya se hallaban en el sitio de la catástrofe para socorrer á las víctimas, hubieron de retirarse, no queriendo los jefes sacrificarlas en vano. Imposible es formarse idea del furor con que los sitiadores disparaban desde el momento de la explosion; por la brecha, levantando nubes de polvo entre los humeantes escombros y las inanimadas víctimas, entraba un huracan de hierro que obligó á dejar sin auxilio á los infelices que aun respiraban. Entonces rompió tambien la plaza un vivo fuego desde todas sus baterías útiles, con objeto de diseminar los tiros del enemigo, lo cual consiguió por fin á media noche.

El dia siguiente la armada sarda, compuesta de quince buques, se presentó en la rada para tomar parte en el combate y reparar su derrota del 22 de enero, pero solo logró hacer un segundo *fiasco* tan solemne como el primero. Apenas los cañones napolitanos hubieron introducido algunas balas en los costados de sus naves, cuando adoptando su heróica táctica, se hicieron á la mar hasta hallarse fuera de su alcance; desde allí estuvieron todo el dia lanzando sus andanadas al agua con gran susto de los pescadores de la costa, y sin herir ni á un solo hombre de la plaza.

El tifus eligió aquellos dias tres víctimas ilustres : el teniente general duque de Sangro , primer ayudante de campo de S. M., una hermana francesa de la Caridad, y el confesor de la Reina, sacerdote suizo, dechado de virtudes.

Durante el dia 6 pareció calmarse algun tanto el furor del bombardeo ; desde las cuatro de la tarde anterior habian caido en la plaza mas de quince mil proyectiles. Un casco de bomba penetró en el aposento del Rey , cuando por un acaso providencial S. M. habia salido medio minuto antes.

El mayor Sangro, uno de los pocos heridos que pudieron retirarse de entre las ruinas, espiró aquel mismo dia; una hora antes de morir escribió á su madre algunas líneas muy tiernas, solicitando su bendicion y excitándola á consolarse, por haber dado su vida, decia, por la mas justa de las causas.

Las víctimas de la explosion no habian podido ser socorridas todavía, pues los proyectiles piamonteses no permitian que nadie se acercase al sitio de la catástrofe.

En medio de los horrores y del exterminio de la guerra, cuan bello es y cuan noble, ver en los hombres que pelean la generosidad, el aprecio al valiente infortunado, en vez de la saña, de la infame crueldad que por parte de los sitiadores nos ofrece el sitio de Gaeta. El principio cristiano y civilizador de que en las guerras ha de causarse el menor mal posible, sin perjuicio de procurar cada uno el fin que se propone, fué olvidado por las tropas sardas, y esto que por ciertos hombres son consideradas como los soldados de la justicia y del derecho, que su rey lleva para muchos el título de *Rey caballero*. Las mujeres, los niños, los infelices mutilados que hubieron de espirar entre las ruinas de la muralla y de los edificios, privados de todo auxilio humano por la ira desatentada de Cialdini, serán sin duda allá en el cielo testimonio muy elocuente contra la caballerosidad y el honor del actual rey de Cerdeña.

Por fin, el dia 6, viendo que el fuego no cesaba contra los sangrientos escombros de la brecha, dispuso el Rey solicitar una tregua para socorrer, ó dar á lo menos cristiana sepultura á las numerosas víctimas. Cialdini la concedió aquella noche del 7, y habia de durar cuarenta y ocho horas, con la condicion de que no se repararian las

obras destruidas; negóse, empero, á permitir la salida de la fortaleza á los enfermos y heridos, alegando el singular é inhumano motivo de que así se prolongaria la lucha inútilmente.

Publicada la tregua, el sitio de la horrible catástrofe fué el punto de peregrinacion de todos los militares y paisanos de Gaeta, miéntras que muchas compañías trabajaban en extraer de entre las ruinas los cuerpos humanos. ¡Desolador espectáculo! El aire infectado anunciaba que los cadáveres se hallaban ya en putrefaccion, y solo se encontraron dos personas vivas, si vida puede llamarse el soplo vital que les quedaba. Él número de muertos pasaba de doscientos, y entre ellos pudo por fin distinguirse el cuerpo del general Traversi, veterano de sesenta y ocho años, de actividad infatigable y de un valor á toda prueba. Su tumba no pudo ser mas gloriosa. Por la patria y el Rey murió á los golpes de los enemigos de ambos, sirviéndole de mortaja la muralla que con tanto ardor defendia. El honor militar, tan ultrajado en Sicilia, halló en Gaeta quien lo elevó hasta el heroismo, quien le hizo brillar con deslumbrantes rayos.

Es un misterio todavía la causa de la explosion del polvorin. En Gaeta, como en toda plaza sitiada, se hablaba mucho de traicion, y con mas fundamento en ella, atendiendo á la clase de enemigos con quienes combatia, que habian dado pruebas de no retroceder ante medio alguno por indigno y reprobado que fuese. Decíase haberse encontrado entre las ruinas largas mechas no del todo consumidas; hásе dicho despues que el ingeniero llamado Guarinelli, que construyó los polvorines en tiempo de Fernando II, no contento con haber defraudado enormes sumas al gobierno, no dando á las bóvedas todo el espesor necesario, dirigia entonces contra las obras que sabia ser muy flacas el fuego de los Piamonteses; pero hasta ahora no ha podido descubrirse aun la verdad de un modo incontestable. Es lo cierto, que los sitiadores dirigian numerosos disparos contra los grupos de cazadores que trabajaban en la pequeña brecha abierta el dia 4, matando á nueve en todo aquel dia; y quizás una bala destinada á los trabajadores se desvió de algunos metros y penetró en el polvorin, no debiéndose olvidar que la invencion de los cañones rayados ha modificado mucho las condiciones de la defensa de una plaza; tal muro á prueba de bomba no puede resistir á la bala rayada. Creámoslo

así hasta que lo contrario se diga por conducto autorizado. La humanidad, nuestro propio corazon ganarán en ello.

Imposible era desconocer que la situacion de la plaza se hacia á cada momento mas crítica. La explosion del polvorin fué un desastre que habia de producir la caida de Gaeta dentro de un breve plazo; la provision de pólvora disminuia rápidamente, y habria quedado agotada con cinco ó seis dias del vivo fuego sostenido el 22 de enero. Los víveres escaseaban tambien, y los soldados que no habian comido carne hacia tres meses, estaban materialmente extenuados. ¡Admirable abnegacion! el ejército napolitano mostróse en Gaeta al igual de los mas afamados del mundo.

El gobernador reunió el dia 8 á los generales y á los jefes de cuerpo para saber su opinion acerca de la posibilidad de una mas larga resistencia. El teniente general Ritucci presentó la cuestion en tales términos que se veia claramente el deseo de capitular; el general Del Bosco participaba de esta opinion á lo que se creia, y la del general Polizzi no era dudosa. La reunion se inclinaba hácia estas autoridades, cuando el general Riedmatteu se levantó con energía contra semejante tendencia, é hizo oir enérgicas palabras que apoyaron varios jefes de cuerpo, resolviéndose por fin continuar la defensa.

El gobernador de la plaza hizo una nueva proposicion al general Cialdini para prolongar la tregua, en atencion á que no habian podido retirarse todas las víctimas de entre los escombros, y el sitiador concedió doce horas. La tregua, empero, no impidió que los Piamonteses descubrieran una nueva batería delante de la *Trinità;* para los campeones del *nuevo derecho público* no existen treguas ni armisticios; estos son para ellos escrúpulos de poca monta. La del 9 al 19 de enero habia sido ya violada, y no habia razon para que no lo fuese esta. Y sin embargo, Cialdini se quejó en términos muy indecorosos del general Ritucci, gobernador de la plaza, acusándole de haber hecho reparar la brecha. El hecho, á ser exacto, habria quedado enteramente justificado como represalias, pero es falso. Lo único que se hizo en la precipitacion con que hubieron de practicarse los trabajos, y para sacar cuanto antes á las víctimas, fué arrojar á derecha é izquierda lo mas pronto posible la tierra y las piedras, dando la casualidad de que se amontonaran entre el mar y la brecha. Esta empe-

ro, no quedó cerrada poco ni mucho, ni se hizo trabajo alguno de reparacion; al contrario. Por un momento se tuvo la idea de colocar cañones en la brecha al ver la nueva batería de los sitiadores; pero Francisco II que, sin que nadie haya pensado en darle el pomposo nombre de *rey caballero*, sabe lo que valen el honor y la palabra dada, y se opuso á lo que no habria sido mas que combatir al enemigo con sus mismas armas.

Aquel dia, es decir, el 8, dos buques, salido el uno de Gaeta para Nápoles, el uno y dirigiéndose el otro de Terracina á Gaeta, fueron capturados por la escuadra piamontesa. Otro barco que habia salido de Gaeta para Terracina volvió al puerto para no ser apresado.

El armisticio espiraba el dia 9 á las diez de la mañana, y á las diez y cinco minutos, los sitiadores abrieron otra vez el fuego. La plaza contestó, no con la misma energía de antes, puesto que cinco de sus baterías casi no podian hacer fuego, pero con sostenida firmeza. Las baterías *Regina*, *Sant-Andrea* y *Philisptadt* estaban especialmente encargadas de contrabatir las posiciones enemigas, así que, experimentaron sensibles pérdidas. El fuego duró hasta la noche, y la plaza tuvo cuatro artilleros muertos y unos quince heridos.

Un principio de incendio se declaró en la batería *Sant-Antonio*, y amenazaba hacer volar la reserva de municiones; pero dos valerosos artilleros se lanzaron en medio de las llamas y consiguieron extinguir el fuego.

Al dia siguiente los sitiadores hicieron un fuego horroroso; la plaza, sin embargo, persistia en su resistencia y hasta contestaba con buen éxito á la batería de los Capuchinos. Pero ¿qué podia hacer contra las baterías enemigas mas apartadas? ¿Qué podia todo el valor de sus defensores contra sesenta morteros y mas de cien piezas rayadas de todos calibres? Todos los medios de destruccion inventados por la ciencia moderna eran dirigidos contra Gaeta, y sin embargo, los cañones napolitanos llegaban á veces á imponer silencio á los de las baterías piamontesas mas inmediatas, como sucedió aquel dia con los de Capuchinos. Un asalto podia salvar la plaza; desde hacia cinco dias, las piezas de las baterías avanzadas eran cada noche cargadas con metralla, esperando que los Piamonteses intentarian penetrar por la brecha; mas los soldados de Cialdini eran prudentes y no parecian dis-

puestos á conceder á los sitiados este último favor. Seguros de anonadar á los esforzados Napolitanos manteniéndose á mil quinientos, á dos mil y á tres mil metros, habian de triunfar porque poseian una artillería incontestablemente superior. El coronel Ussani, tan modesto como valiente, decia entre el estrépito de los proyectiles que penetraban en su batería: «Si tuviéramos artillería rayada, no quedaria una sola pieza piamontesa en posicion, pues los artilleros piamonteses no pueden compararse con los napolitanos.»

M. de Pierre, escudero de la Emperatriz Eugenia, se presentó llevando la carta de su Soberana para S. M. El vice-almirante Persano, solo otorgó al enviado imperial el permiso de entrar en Gaeta con la condicion de limitarse rigorosamente á la entrega de la carta. Sin embargo, ¡el bloqueo no habia sido reconocido! Ante tales humillaciones nadie podrá conocer á la pundonorosa nacion francesa; el Piamonte que tanto ha hecho hablar de sí, que se ha engrandecido, si no con verdadera grandeza, con una sombra de poderío al menos, solo porque el pueblo francés ha derramado por él su sangre y sus tesoros, puede mas que la antigua honra francesa. La Francia, como todo el que presta auxilio para que otro cometa una mala accion, ha de verse aun mas desconocida y humillada por su *fiel aliado*. Dígalo sino lo que sucede con Inglaterra: esta potencia no ha perdido un solo hombre ni gastado una sola libra esterlina en pro de lo que se llama la unidad italiana, y es mas bien quista en Turin que la Francia que ha perdido en la campaña de Italia 50,000 hombres, y gastado muchos millones. Esto, empero, nada enseña á Napoleon III; y lo sucedido en Gaeta con el enviado de su augusta esposa es de ello una excelente prueba.

La guarnicion de Gaeta, el público todo, preguntábase en aquellos dias de ansiedad porque los Napolitanos no practicaban salidas contra los sitiadores. Al ver en Gaeta al animoso y experimentado general Del Bosco, habíase creido que á lo menos guiaria algunos batallones á los Capuchinos ó á *Monte-Tortano*, para enclavar los cañones piamonteses. Sin embargo, no sucedió así; despues de la proyectada expedicion á las Calabrias, de la cual no habia vuelto á hablarse, no se pensó mas en aprovechar las numerosas fuerzas encerradas en la plaza. ¿Debe atribuirse esto á carecer los generales de energía y reso-

lucion? Quizás sea así, como supone el testigo ocular cuyo escrito tenemos á la vista al redactar este relato; pero de todos modos no ha de olvidarse que la situacion particular de la plaza de Gaeta, que el cúmulo de fuerzas que puede reunir el sitiador en la estrecha lengua de tierra que la une al continente, hace sumamente difíciles y peligrosas esta clase de operaciones.

Amaneció por fin el dia 11, y el autor del *Diario del sitio*, de quien hemos hecho mencion, da principio á su cuotidiana tarea con estas palabras: Gaeta está perdida. Toda ilusion se ha desvanecido.

Durante la noche del dia anterior, la plaza habia solicitado del general Cialdini una tregua de quince dias para tratar de las condiciones de la rendicion. Los parlamentarios encargados de semejante paso fueron: el general Antonelli, el contra-almirante Pasca y el coronel Delli Franci. Cialdini se manifestó dispuesto á entrar en negociaciones, pero negóse formalmente á conceder un armisticio y á suspender el bombardeo. El fuego continuó, pues, por ambas partes, y durante el dia indicado adquirió una violencia que jamás habia tenido. ¡Horroroso espectáculo! Las ruinas se amontonaban al rededor de las casamatas donde se abrigaba la guarnicion; las casas caian con estrépito ó eran presa de voraz incendio. Llegada la noche, veíanse constantemente diez ó quince bombas cruzando en el aire sus inflamadas parábolas; durante el dia no se veian, pero por lo mismo el peligro era mas grande. La muerte estaba en todas partes, y no existia asilo seguro.

La escuadra, siguiendo su prudente conducta y escarmentada en sus anteriores tentativas, no abandonaba la rada de Mola.

Las baterías napolitanas de la parte de tierra empezaron aquel dia su fuego muy tarde. Los artilleros cumplen todos con su deber hasta el fin, aun cuando no alimenten ya esperanza alguna; mas los sitiadores comprenden sin duda la imposibilidad en que se hallan de contestarles con eficacia, y por esto parecen decididos á lanzar sobre Gaeta toda los proyectiles de sus almacenes. Batería habia de cuatro piezas que acabó por no ser servida sino por un subteniente y dos artilleros.

Durante el dia experimentó la plaza la pérdida de unos sesenta soldados; la batería *Regina*, tuvo ella sola doce hombres fuera de combate.

Sólo tres hermanas de la Caridad pueden ejercer su santo ministerio; las demás se hallan enfermas; los pobres heridos carecen de los auxilios necesarios, y la mayor parte de los amputados mueren. En los hospitales se contaban mas de mil heridos y tifoideos, y fortuna era en medio de tanta desgracia que la Reina María Sofía, ángel de caridad y de amor, parecia reproducirse á la cabecera de los enfermos; ella los cuidaba, ella les dirigia aquellas palabras que, si no dan la vida, dan una tranquila y resignada muerte.

El dia 12 se asemejó en un todo al anterior. Todos los fuegos del cielo parecian caer sobre Gaeta y querer llevar la destruccion y el incendio hasta las entrañas de la tierra. Es preciso, dice el testigo ocular que nos sirve de guia en la presente relacion, haber visto y oido semejante bombardeo para formarse de él una idea aproximada, y dudo que la pluma ni el pincel puedan jamás expresar todos sus horrores. Los edificios se hunden, las casamatas se abren, los polvorines se agrietan, los parapetos de las baterías desaparecen, las troneras se nivelan con la esplanada, los pocos blindajes que se habian construido quedan derribados. El suelo de las baterías y de los caminos que á ellas conducen desaparece bajo las ruinas; los escombros se amontonan en todas partes. La plaza ofrece en realidad la imágen de la desolacion.

Apenas sostienen el fuego la mitad de las baterías napolitanas, y su heroismo es inútil; las demás se hallan imposibilitadas de disparar un tiro. Esto no obstante todos cumplen con su deber; no se combate ya sino para morir, y se muere impávida, oscuramente. Los nombres de las víctimas permanecerán casi todos desconocidos, pero la conciencia queda satisfecha.

Quien habrá de dar á Dios terrible cuenta es el autor de tan salvaje bombardeo, es Cialdini. En nombre de la humanidad ultrajada preguntamos, ¿por qué destruir una ciudad que ofrece rendirse? Por qué encarnizarse contra una guarnicion dispuesta á deponer las armas? ¿por qué tanta sangre sin provecho derramada? por qué tantas ruinas? La capitulacion no estaba firmada aun, es cierto; pero continuaban las negociaciones, y en tanto, Cialdini se gozaba en el infernal poder de su artillería rayada. El sitio de Gaeta terminó sin que se abriese una trinchera, sin que los sitiadores se acercasen á menos de mil qui-

nientos metros! Cuando los Franceses pusieron sitio á Gaeta en 1806, adelantaron las trincheras hasta quinientos metros de las murallas y dejaron intacta la ciudad; varios generales supieron morir como buenos en las obras avanzadas, pero Cialdini, el héroe, el duque, el generalísimo, se desayuna, come, cena y duerme tranquilamente en Castellone, sitio real de Mola, distante de la plaza mas de cinco kilómetros.

Amaneció por fin el dia 13 que habia de ser el postrero de la independencia napolitana, el último de tantos heróicos esfuerzos y de tantos sufrimientos. *Acuérdate, hombre, de que eres polvo y de que te convertirás en polvo*, dijo aquel dia el ministro de Dios al colocar la ceniza en la frente de los principales jefes de la guarnicion de Gaeta. Ah! no necesitaban aquellos valientes semejante ceremonia para recordar la idea de la muerte! Mientras las tropas oian misa desde las casamatas, las piedras que se desprendian de la muralla, los heridos que sin cesar eran llevados á los hospitales, les decian bien claro que la muerte estaba allí. El bombardeo continuaba sin cesar, tan espantoso como en los dos dias anteriores. Entre los que dirigian sus preces al cielo habia heróicos marineros que se disponian á ir á relevar á sus compañeros en la batería *Regina;* habia dignos oficiales que habian abandonado media hora antes el punto del peligro para postrarse ante Dios, por quien muchos habian de ser juzgados aquel mismo dia.

La última hora de Gaeta ha sonado. La independencia de la Italia meridional ha sido condenada, la monarquía va á emprender el camino del destierro. La capitulacion es firmada en Mola y el cañon cesa en su formidable estruendo.

«Hoy, dice un testigo ocular de tantos horrores, es el aniversario del asesinato del duque de Berry. Sombra de Bossuet, levantaos!»

Desde la noche del dia 10 hasta aquel momento los sitiadores lanzaron sesenta mil proyectiles en tres dias, sesenta mil proyectiles entre la demanda de capitulacion y la firma del acto. Las numerosas víctimas que causaron clamarán venganza eterna contra el bárbaro Cialdini.

Aun aquella mañana habian descubierto los Piamonteses dos baterías, una de ellas en el arrabal, á mil metros de la plaza. Lujo inútil!

Dos ó tres baterías napolitanas de la parte de mar contestaron á ellas, mientras que las de tierra intentaban sostener una lucha desesperada. La escuadra sarda no abandonó ni un instante la rada de Mola. En tanto el tifus continuaba sus fatales estragos, y los enfermos carecian de lo mas preciso. Solo quedaba con vida un solo boticario, y este habia de componer los remedios para 1500 hombres tendidos en los hospitales; y esto junto con la humedad de las casamatas, con la falta de reposo, con el hedor que despedian los muchos caballos que, despues de arrojados al mar, habian sido otra vez lanzados á la playa, hacia que la mortandad fuese horrorosa.

El fuego de los sitiadores cubria á la ciudad con igual vehemencia que un huracan de las Antillas; jamás se presentó á humanos ojos tan grandioso y desgarrador espectáculo. A las tres de la tarde voló la reserva de municiones de las baterías *Philipstadt* y *Sant-Andrea;* otras baterías habian ya perdido las suyas por una esplosion semejante, ocasionada por los disparos enemigos. Las baterías *Regina*, *Trinità*, *Transilvania*, *Malpasso* y *Orlando* eran las únicas que podian hacer fuego, y aun tenia la primera muchas piezas desmontadas; á las cuatro experimentóse como un temblor de tierra, al mismo tiempo que conmovia los ecos de la montaña una detonacion capàz de helar de espanto á los ánimos mas esforzados. El gran polvorin situado en las inmediaciones de la batería *Transilvania*, habia sido alcanzado por las balas rayadas de los Piamonteses, y explotó lanzando por los aires las baterías *Transilvania*, *Malpasso* y *Picco di Malpasso*. Oficiales, artilleros, cañones todo desapareció entre montones de sangrientos y humeantes escombros, la muerte hirió á distancias considerables del lugar de la catástrofe, y entre las víctimas se encontraron muchos paisanos y mujeres. El número de muertos fué considerable, y para aumentar el horror de la escena, los Sardos, como hicieron el dia 5, dirigian un fuego infernal contra el lugar en que yacian tantos cadáveres y tantos heridos sepultados entre las ruinas.

Desde aquel momento la defensa era imposible; solo quedaban en posicion algunas piezas de la batería *Regina*, que no habrian tardado en ser desmontadas á su vez; la escuadra sarda habria podido impunemente arrimarse hasta el cuartel de la *Trinità*, y cooperar á la obra destructora, sin que le contestase un solo cañonazo.

Todo habia concluido, y para colmo de infortunio, las bombas penetraban en el hospital de la *Annunziata*, y daban muerte á gran número de heridos.

En situacion semejante, el Rey mandó firmar inmediatamente la capitulacion.



CAPITULO XXIII.

Insensato orgullo de Cialdini. – Capitulacion de Gaeta.—Homenaje á los valientes.—Despido del Rey á las tropas y nota del ministro Casella.—El Rey, su esposa y la real familia se embarcan en la Mouette.—Su llegada á Terracina y á Roma.

Cialdini, envanecido con un triunfo que no le habia costado mas que pólvora y bombas, exigia condiciones, dignas en un todo de la actitud que durante el sitio mostrára. Queria que Gaeta, Messina y Civitella del Tronto se rindiesen á la vez; pretendia además entrar por la brecha, cesando la plaza su fuego y continuando el suyo las baterías piamontesas hasta llegar á las murallas las primeras columnas, condiciones de extravagante orgullo que fueron sin vacilar rechazadas. El general piamontés ni siquiera sabia tributar á los valientes el homenaje de su respeto. Por fin, en virtud de órdenes perentorias llegadas de Turin, consintió en otorgar á la plaza la capitulacion cuyos principales artículos, menos duros de los que podian esperarse del *heróico* guerrero, eran los siguientes:

Los seis primeros expresaban el modo y el tiempo de la rendicion de la fortaleza con todas sus armas y provisiones, y la salida de las tropas con tódos los honores militares.

Art. 7.° Solo permanecerán en la plaza los enfermos, heridos y el personal sanitario de los hospitales; los demás militares ó empleados que se encontrarán en la ciudad sin causa legítima ó sin autorizacion despues de la hora señalada en el artículo anterior, serán considerados como desertores de guerra.

Art. 8.° Las tropas que componen la guarnicion de Gaeta quedarán prisioneras de guerra hasta que se rindan la ciudadela de Messina y la fortaleza de Civitella del Tronto.

Art. 9.° Luego de rendidas ambas fortalezas, las tropas que componen la guarnicion serán puestas en libertad. Sin embargo, los militares extranjeros no podrán permanecer en el reino, y serán trasladados á sus respectivos países, contrayendo además el compromiso de no servir contra el gobierno durante un año, á contar desde la fecha de la presente capitulacion.

Art. 10. Se conceden dos meses de paga, considerados como en tiempo de paz, á todos los oficiales y empleados militares nacionales que hayan tomado parte en la capitulacion. Los mismos oficiales tendrán un plazo de dos meses, á contar desde la fecha en que fuesen puestos en libertad, ó antes si lo desean para declarar si quieren servir en el ejército nacional, obtener su retiro, ó bien quedar libres de todo compromiso militar. A los que quieran continuar sirviendo ú obtener el retiro, les serán aplicadas como á los demás oficiales del disuelto ejército napolitano, las disposiciones del Real decreto dado en Nápoles en 28 de noviembre de 1860.

Art. 11. Luego que haya terminado su prision de guerra, los individuos de tropa obtendrán su licencia absoluta en caso de haber cumplido el tiempo de servicio ó de su empeño. A los que no se hallen en este caso se les concederán dos meses de licencia, pasados los cuales podrán ser llamados de nuevo á las filas. A todos indistintamente se les distribuirá al ser puestos en libertad, la paga de dos meses para volver á su país.

Art. 12. Los sargentos y cabos nacionales que quieran continuar sirviendo en el ejército nacional, serán conservados en sus grados, con tal que tengan para ellos la idoneidad necesaria.

Art. 13. Se concede á los oficiales, subalternos y soldados extranjeros, procedentes de los antiguos cuerpos suizos, todo aquello á que tienen derecho por las antiguas disposiciones y decretos posteriores hasta el 7 de setiembre de 1860. Los oficiales subalternos y soldados extranjeros que hayan entrado despues del mes de agosto de 1859 en nuevos cuerpos, sin haber formado parte de los antiguos, tendrán derecho á cuanto les conceden los decretos de formacion, anteriores siempre al 7 de setiembre de 1860.

Art. 14. Todos los veteranos, los heridos y los mutilados militares, sean cuales fueren, sin tener en cuenta su nacionalidad, serán recibidos en los depósitos de inválidos militares en caso de que no prefieran retirarse á su casa con la paga diaria establecida por los reglamentos del ex-reino de las Dos Sicilias.

Art. 15. A todos los empleados civiles, napolitanos y sicilianos, encerrados en Gaeta y pertenecientes á los ramos administrativos y judiciales, se les confirma el derecho al retiro que les corresponde segun su categoría en 7 de setiembre de 1860.

Art. 16. Serán proveidas de medios de transporte, las familias de militares existentes en Gaeta que quieran abandonar la plaza.

Art. 17. A los oficiales retirados que se encuentren en la plaza, se les conservarán las respectivas pensiones con tal que sean conformes á los reglamentos.

Art. 18. A las viudas y á los huérfanos de los militares de Gaeta, se les conservarán las pensiones que en el acto obtengan, y se les reconoce el derecho de pedirlas para el porvenir segun los términos de la ley.

Art. 19. No se molestará á los habitantes de Gaeta en sus personas ni en sus bienes por sus pasadas opiniones.

Art. 20. Las familias de los militares de Gaeta que se encuentran en la plaza, quedan bajo la proteccion del ejército del rey Victor Manuel.

Art. 21. A los militares nacionales de Gaeta, que salieren del Estado por motivos de alta conveniencia, les serán tambien aplicables las disposiciones contenidas en los artículos anteriores.

Art. 22. Queda convenido que despues de la firma de la presente capitulacion, no ha de quedar en la plaza mina alguna cargada; en caso de encontrarse alguna, esta capitulacion seria nula y la guarnicion considerada como rendida á discrecion. Iguales consecuencias produciria hallar los cañones enclavados ó las armas destruidas á propósito, á no ser que la autoridad de la plaza presentase los culpables de tales hechos, quienes serian inmediatamente fusilados.»

Se preguntará ahora si el honor estaba satisfecho? Ah! desde mucho tiempo lo estaba, desde mucho tiempo, solo por el honor se combatia. Ante los sepulcros de tantos valientes que sufrieron con resig-

nacion inalterable, y que murieron con magnánima abnegacion entre las ruinas de una ciudad que se defendió por espacio de cien dias con recursos tan exiguos, con medios tan desproporcionados, puede afirmarse que el sitio de Gaeta ha de ser una de las mas hermosas páginas de la historia contemporánea. La gloria será, no para los vencedores, sino para los vencidos, y no habrá hombre de corazon que se niegue á inclinar su frente así delante del último soldado de la guarnicion como delante de sus Reales Magestades.

Antes de terminar este relato, antes de que las huellas de los invasores profanen los sangrientos escombros de la plaza, quisiéramos, fiados en relaciones que merecen entero crédito, pagar un tributo de elogios á los que mas se distinguieron. Empresa difícil es, por no decir imposible, y desde ahora pedimos perdon á aquellos á quienes no citamos; la guarnicion de Gaeta toda entera puede levantar con orgullo la frente; todos cumplieron con su deber.

Entre los mas esforzados, y en primer lugar, nombraremos al general Riedmatten, que habria debido morir mil veces á juzgar por su valor intrépido. Los dias de gran bombardeo eran sus dias de fiesta. M. de Lautrec y M. Urbano de Charette, sus ayudantes de campo, excitaron la admiracion universal, y á continuacion damos una lista de nombres que merecen todos ser inscritos en letras de oro:

El coronel Gabriel Ussani; el teniente coronel Nagle; el capitan de Paolis; el capitan Starace; el capitan La Mercese; el mayor Solofra; el capitan Leonardis; el coronel Alfan de Rivera, director del arsenal; el capitan Filippis; el mayor Steiner; el mayor Wieland; el teniente Sutter; Anfora, elevado por sus hazañas al grado de teniente coronel, y esto que no contaba aun veinte y cinco años; el capitan Uhde, oficial del ejército pontificio, y comandante en Gaeta de una batería de la parte de mar; el capitan Tabacchi; el teniente Tarsi, y los dos hermanos Rossi, pertenecientes todos á la artillería. En la imposibilidad de citar á toda la guarnicion, pues toda ella tendria derecho para serlo, no podemos menos de nombrar además á los oficiales de la batería extranjera capitan Sury, cuya sangre fria no se desmintió ni un momento, teniente Fernando de Charette, y subteniente Saint-Bris, y por fin á los señores Huober, Bertholet, Fouet, Vauthier y Harrington de la Chesnaye, pues todos se portaron como buenos.

Con todo, los primeros héroes del sitio, aquellos cuyo valor ha popularizado sus nombres en la Europa entera, fueron el Rey, la Reina, y los condes de Trani y de Caserta. Los príncipes de la raza de Enrique IV y de Carlos III hubieron de estremecerse en sus tumbas, y jamás podrá ser bastante celebrada la grandeza de alma de Sus Magestades y Altezas. Fácil nos habria sido multiplicar las anécdotas en la presente relacion, pero nos hemos abstenido de hacerlo, por no sobrecargar de vanos adornos el pedestal sobre que se levantan hoy los Borbones de Nápoles ante los demás soberanos confusos y amenazados. Sus magestuosas figuras no necesitan del arte para imponer al mundo; su grandeza é infortunio inspiran una veneracion que no siempre logra despertar en el alma el trono del César mas poderoso.

Firmada ya la capitulacion de Gaeta, el Rey Francisco II quiso anunciarlo él mismo á sus fieles y valerosas tropas en una elocuente órden del dia. En ella recuerda el Rey con afectuosas expresiones, los trabajos, los peligros, las calamidades del terrible sitio, sostenido con una intrepidez igual al valor manifestado en la anterior campaña; explica los motivos que hacian inútil una mas prolongada defensa, la que si bien gloriosa, habria producido un derramamiento de sangre harto cruel para su corazon de padre; dice ser llegado el momento de poner fin á tantos heróicos sacrificios, y concluye con estas palabras:

«Generales, oficiales y soldados! á todos os doy gracias; á todos os estrecho la mano con efusion de amor y de gratitud. No os digo *adios*, sino *hasta la vista*. Conservadme en tanto vuestra lealtad, como os conservará siempre su agradecimiento y amor vuestro Rey

«FRANCISCO.»

El caballero Casella, ministro de negocios extranjeros, dirigió tambien una nota á los agentes diplomáticos de las Dos Sicilias cerca de las cortes extranjeras, explicando los motivos que habian obligado al Rey á ceder el último baluarte de sus derechos y de su corona. Dice así aquel documento:

«Señor:

«Las razones que han aconsejado la capitulacion de Gaeta son en parte políticas y en parte militares. Entre las primeras han de colo-

carse la sistemática hostilidad de la Inglaterra, la resolucion altamente manifestada por el Emperador de los Franceses de mantener el principio de no intervencion, y por fin la inaccion de las demás potencias que no dejaba esperanza alguna de pronto socorro. Respecto á la cuestion militar, la plaza habia sufrido de un modo horrible por el prolongado bombardeo; el tifus diezmaba á la guarnicion; la artillería enemiga era superior á la de la plaza; la explosion de los polvorines (á la que no habia sido estraña la traicion) habian abierto dos brechas en el muro, y al mismo tiempo en que los medios de ataque de que los sitiadores disponian aumentaban en proporcion considerable, los de la plaza disminuian cada dia. En semejantes circunstancias, viendo que la resistencia solo podia prolongarse algunos dias mas, y aun esto á costa de los mas grandes sacrificios, ha sido cuando el Rey ha creido deber obrar mas como soberano y padre que como general, librando de los últimos horrores del sitio á las tropas dispuestas á derramar hasta la última gota de su sangre en cumplimiento de sus deberes de súbditos y de soldados. Sin embargo preciso es hacer notar el carácter de los hechos que por parte de los Piamonteses han acompañado á las negociaciones. El general Cialdini se ha negado á suspender durante ellas las hostilidades, y por espacio de tres dias ha cubierto á la plaza de bombas y granadas. Las condiciones todas habian sido ya estipuladas, y para que la capitulacion fuese un hecho positivo solo faltaba la copia del largo documento y la formalidad de las firmas, y esto no obstante las baterías piamontesas lanzaban sin cesar la muerte dentro de Gaeta, y la explosion de otro polvorin sepultaba bajo sus ruinas á muchos oficiales y soldados.

«Servíos tomar en consideracion estos hechos, y estad seguro etc.

«CASELLA.»

Llegó por fin el dia 14 de febrero; dia de luto para la monarquía, de triunfo para la Revolucion. El Rey iba á salir de Gaeta; los Piamonteses iban á tomar posesion de la plaza que conquistara, no su valor, sino su artillería. Dejemos hablar aquí al testigo ocular cuyas noticias nos han servido de guia en la presente parte de esta obra; cuanto nosotros pudiéramos decir habria de ser muy inferior á su re-

lato sencillo, pero impregnado de la ternura y majestad que habia de inspirar á su autor tan grande y desgarrador acontecimiento.

«Aun cuando viviese siglos enteros, dice, jamás este dia llegaria á borrarse de mi memoria.

«A las ocho de la mañana, la vanguardia piamontesa tomaba posesion de las baterías de tierra y subia por la eminencia de la torre Orlando. Conforme á lo convenido entre el gobernador, teniente general Milon, nombrado en reemplazo del teniente general Ritucci, que habia presentado la dimision, y el general en jefe piamontés, la guarnicion se habia replegado hácia la muralla que mira al mar, y á la misma hora, el vapor francés la *Mouette*, enviado de Nápoles, llegaba al puerto de Gaeta. Las tropas napolitanas se hallaban formadas en masa desde la casamata del Rey hasta la puerta de mar, en un espacio de unos trescientos pasos. SS. MM. salieron de la casamata para embarcarse en la *Mouette;* el Rey vestia el uniforme de simple oficial, ceñida la espada y con espuelas; la Reina llevaba un sombrerito con pluma verde. Las músicas rompieron entonces la marcha real, cuya espresion melancólica produjo como una eléctrica conmocion entre la multitud que llenaba la plaza de Armas. Yo, que seguia el cortejo á algunos pasos de distancia, no puedo expresar el carácter de augusta sencillez, de majestad y de tristeza que ofrecia esta escena. Los soldados con los uniformes sucios y haraposos, extenuados de fatiga, presentaban por última vez las armas á su soberano, y abundantes lágrimas corrian por sus mejillas. La expresion del dolor general hacíase mas ruidosa á medida que los Reyes se adelantaban hácia la puerta de mar; hombres y mujeres se precitaban para besarles la mano, y no tardaron los sollozos en llenar las calles. La poblacion, que tan crueles martirios sufriera durante el sitio, la poblacion diezmada, arruinada, olvidaba sus propios infortunios para llorar los de sus príncipes y los de su patria. El Rey, que está ahora muy flaco, aparecia extremadamente pálido, y su rostro revelaba bien claramente la emocion de su alma. No pude ver el semblante de la Reina; sentí que mi corazon se oprimia y volví los ojos. ¿Por qué no he de confesarlo, aun delante de los fisgones de la Revolucion? Sí, yo tambien lloré, lloré como un niño, y apartándome del cortejo, dí la vuelta por una callejuela para enjugar mis ojos, y reponerme de

mi emocion. Al atravesar SS. MM. la puerta de mar, el grito de *Viva el Rey!* proferido por el pueblo y la guarnicion saludó al monarca que habia merecido de sus enemigos el nombre de *horrible tirano*.

«A bordo de la *Mouette* tributáronse á SS. MM. los honores reales; oficiales y marineros vestian de gala, y los últimos se hallaban en las gavias. El pabellon real ondeaba en el palo mayor. Unas cien personas, es decir los embajadores, los ministros, varios generales y oficiales, la servidumbre real y algunos oficiales franceses subieron luego á bordo del vapor; los últimos, considerados como ayudantes de campo del Rey, evitaron así la cólera de Cialdini que habia proferido contra ellos groseras amenazas. El general piamontés solicitó ver la lista de las personas embarcadas, pero no se atrevió á oponer objecion alguna. Tambien yo tuve el honor de ser admitido en el buque que iba á llevarse á la real familia. Los buques de la armada sarda se adelantaron hasta el medio de la rada para gozarse mas en el triunfo y presenciar de mas cerca la marcha de los desterrados. Los Reyes miraron fijamente con el anteojo la escuadra del almirante Persano.

«La *Mouette* permaneció mas de una hora en el puerto; así que hubo recibido á sus huéspedes fué arriado el pabellon real, y la bandera francesa cubrió con sus pliegues á los gloriosos vencidos. Al empezar á moverse las ruedas del vapor, la bateria del puerto saludó al monarca con veinte y un cañonazos; una gran bandera izada en el baluarte se inclinó tres veces con triste lentitud y desapareció de la muralla; la guarnicion, formada en masa en la esplanada de la batería, llenó el aire con frenéticos gritos de *Viva el Rey!* hasta que la *Mouette* se hubo ocultado detrás de las rocas de la *Trinità*. Nosotros en el puente procurábamos ocultar nuestras lágrimas; los Piamonteses miraban este espectáculo desde la montaña Orlando.»

Así se expresa M. Cárlos Garnier, uno de los esforzados defensores de Gaeta. La Revolucion triunfaba, y desde aquel dia habia de agregarse la nacion napolitana en la lista de los pueblos sacrificados en aras de sus inícuas teorías.

El gobierno francés mostróse hasta el fin lo que siempre habia sido respecto á Francisco II. El buque que le envió para que saliera de

Gaeta, el vapor la *Mouette*, era el único que habia hecho salva el dia de la entrada de Victor Manuel en Nápoles. ¿Fué casualidad ó deseo de humillar al vencido?

Durante la corta travesía desde Gaeta hasta Terracina, el Rey y los príncipes sus hermanos mostraron una serenidad admirable, y se dignaron hablar con cada una de las personas de su comitiva. La Reina estuvo mucho tiempo sola en la popa del vapor, contemplando los peñascos de Gaeta.

La guarnicion francesa de Terracina esperaba á SS. MM. en el muelle para tributarles los honores de ordenanza. Los ilustres desterrados tomaron sin detenerse el camino de Roma, donde llegaron durante la noche del 14 al 15 de febrero. El Vicario de Jesucristo era el único digno de ofrecerles un asilo.

En la puerta de San Juan fueron recibidos por Mons. Borromeo Arese, mayordomo, y por Mons. Pasca, Maestro de Cámara, junto con dos camareros secretos, enviados allí por Su Santidad. A la una y media de la madrugada del 15, llegaron SS. MM. y los Príncipes al palacio del Quirinal, puesto á disposicion suya por el Santo Padre; siendo allí recibidos por el cardenal Antonelli, secretario de Estado. Al mediodia del 15, Pio IX visitó privadamente á sus ilustres huéspedes, con quienes habló cerca de una hora; y el dia 19 recibió á su vez su solemne visita, con el ceremonial de estilo, en el palacio del Vaticano.

CAPITULO XXIV.

Atrocidades de los Piamonteses en la provincia de Ascoli. — Nuevo bando del general Pinelli.—Desgracias en el Reino.—Desórden administrativo.—Fidelidad de la fortaleza de Messina.—Bando del general Fanti. —Desenfreno en Nàpoles.—Abolicion de las órdenes religiosas y confiscacion de los bienes eclesiásticos.

En tanto que esto sucedia, las tropas regulares piamontesas se entregaban á toda clase de horrores en la provincia de Ascoli. El dia 31 de enero el general Pinelli se dirigió á los parajes de la sierra en que habian aparecido los llamados reaccionarios, y cuantos pueblos y aldeas se encontraron á su paso fueron entregados á las llamas por la brutal soldadesca, despues de haber sufrido un espantoso saqueo. Los infelices campesinos, aunque mal armados y peor organizados, combatian con una desesperada obstinacion que comunica el desapiadado furor del enemigo, y abandonando sus hogares refugiábanse en la aspereza de los montes. En menos de tres dias fueron devastadas é incendiadas catorce poblaciones, refiriéndose en particular acerca de lo acaecido en la villa de Giustamano, detalles que no pueden leerse sin horror. ¿ Quién no recuerda estremecido los fusilamientos de pobres aldeanos por grupos de cincuenta ? ¿ Quién puede oir sin indignacion los detalles de tantos sacerdotes martirizados por la fé y por la patria ? Y para colmo de escándalo, periódicos hubo, y muchos, que calificaron tales expediciones de *actos de vigor*, hablando con complacencia del botin cogido á los *malhechores* en ganados y

en dinero, de los fusilamientos de los prisioneros, y de al gloria alcanzada por la artillería en sus operaciones contra los rebeldes.

Sin embargo mas que el detallado relato de tal empresa, digna de los Drusos y de los Sarracenos, ha de ser del gusto de nuestros lectores, ya que no excite en ellos horror y asco, la simple lectura de una nueva proclama del general Pinelli á sus soldados. Decia así:

« Oficiales y soldados!

«Vuestra marcha hácia las orillas del Tronto y de Castellana infunde admiracion, y S. E. el ministro de la Guerra comparte nuestro gozo con todos nosotros. Selvas, torrentes, rios y montañas no bastan para contener vuestro ardor, y el enemigo al mirar vuestras plumas desde las altas cumbres de sus montes donde se creia seguro, las tomó por las del águila de Saboya que lleva en sus alas al genio de Italia; las vió, palideció y se entregó á la fuga.

« Oficiales y soldados!

«Mucho habeis hecho, pero nada se logra si no se hace todo. Una manada de ladrones se guarece todavía en la montaña; corred á darles caza, y sed inexorables como el destino. Contra semejantes enemigos la piedad es un crímen; sumisos y postrados cuando os contemplan en gran número, os atacan traidoramente por la espalda cuando os creen débiles y asesinan á los heridos. Indiferentes á todo principio político, codiciosos solo de rapiña y botin, son ahora los asalariados sicarios del Vicario, no de Cristo sino de Satanás, dispuestos siempre á vender su puñal á otros, cuando el oro arrancado á la estúpida credulidad de los fieles no baste ya á satisfacer su deseo. Nosotros aniquilarémos y anonadarémos al sacerdotal Vampiro, que con sus inmundos labios chupa hace siglos enteros la sangre de nuestra Madre; con el hierro y el fuego purificarémos las regiones infestadas con su horrible baba, y de sus cenizas se levantará altiva la libertad para la noble provincia de Ascoli.

« El mayor general, jefe de la columna móvil de los Abruzzos y de Ascoli,

« FERNANDO PINELLI. »

Semejante documento no podia ser sino obra de un loco furioso, y excitó la indignacion general. El gobierno sardo, que si bien guardaba silencio cuando se hacia lo mismo que en él se expresaba, que

dejaba á sus demas generales, que en obras, sino en palabras, imitasen al bárbaro y salvaje Pinelli, creyó deber castigar en este, no los hechos, no los fusilamientos, los incendios y los robos, sino la cruel franqueza de haberlos confesado, y le privó del mando que ejercia. La unidad de Italia intentada por el Piamonte ha dado lugar á sucesos que han de ser el horror de las generaciones venideras.

Infeliz patria! podian exclamar los napolitanos; por todas partes sangre, por todas partes horrores! Francisco II al salir del último baluarte de la independencia de su reino pudo arrojar una mirada de duelo y de orgullo sobre el país que á tal grado de prosperidad habia elevado su raza, y víctima hoy por su ceguedad, de un momento, de la dominacion mas cruel y tiránica que mentará la historia. La tierra napolitana se habia convertido en teatro de todos los horrores, y aun cuando varias veces hemos tenido ocasion de insistir sobre la *unanimidad* de sentimientos con que el pueblo de las Dos Sicilias dobló la frente al yugo de usurpadores que debieron su triunfo á las traidoras maquinaciones de algunos poderosos y á la violencia de feroz soldadesca, no querémos omitir nuevos testimonios que lo acreditan, y que son tanto mas respetables, en cuanto no puede ponerse en duda el ardiente afecto de sus autores en pro de la causa revolucionaria. « En los Abruzzos y en las Calabrias reina tal exasperacion, que para hallar algo que á ello se parezca, hemos de traer á la memoria el estado en que se encontró España desde el año 1808 hasta el 1814; » así dice el *Diario de los Debates* del 14 de enero. *El Monitor toscano*, diario oficial, despues de relatar los varios encuentros habidos entre los soldados piamonteses y las milicias voluntarias del Rey de Nápoles cerca de Scurcola y Avezzano, exclama poseido de gozo por los triunfos allí obtenidos: « la tierra, así dentro como fuera de Scurcola, está cubierta de cadáveres.... En el cuerpo de guardia de Scurcola se habian encerrado 50 ó 60 *rebeldes*.... incendiada la puerta, fueron todos hechos prisioneros y se dice que serán fusilados. » Y así se hizo; todos fueron bárbaramente asesinados.

La *Nacion* de Florencia, diario de opiniones no dudosas, en su número del 6 de febrero, luego de contar una derrota sufrida por las partidas borbónicas, dice: « unos se desbandaron, otros se refu-

giaron en los Estados Romanos, y muchos se rindieron. El coronel Quintini mandó fusilar á unos cincuenta.» Para que se vea quienes son los hombres á quienes el extranjero usurpador da el nombre de bandidos y rebeldes, vamos á referir dos sucesos que á su tiempo contaron todos los periódicos de Nápoles.

Cierto Maiuti di Lugo, médico recien casado, á quien no pudieron vencer las caricias de su esposa ni las lágrimas de sus padres, se unió con Giorgi, jefe de una de las partidas, y muy práctico de aquel terreno, guiaba á los soldados por desconocidos senderos. Hecho prisionero, no le abandonó su fuerza de alma, y cuando el coronel Quintini le preguntó que causa abrazaria en caso de ser devuelto á la libertad, contestó sin vacilar: «La de la patria y del Rey,» nobles palabras que en vez de grangearle la admiracion de los vencedores, le ocasionaron al momento la muerte.

En 28 de enero, el sacerdote Genaro di Orsi fué llevado al lugar del suplicio, cuando cuarenta y siete compañeros suyos yacian ya allí frios é inanimados, habiendo de sufrir en el camino todos los insultos imaginables; él, empero, sin perder su noble actitud no cesaba de repetir á sus enemigos: «No os temo; lejos de inspirarme temor, solo me inspirais piedad.» Y aunque no cesaron de perseguirle los mas viles sarcasmos hasta el momento en que el ministro de Dios cayó bajo la descarga de los Piamonteses herido y ensangrentado, tuvo fuerzas para incorporarse y repetir: «No os temo.» Entonces los soldados se precipitaron sobre él y le acabaron á bayonetazos.

La desolacion y el espanto precedian á las columnas piamontesas; cuando en el pueblo de San Vittorino se supo la proximidad de las tropas y las horribles crueldades cometidas contra los habitantes de Pezzoli, hombres, mujeres y niños, huyeron abandonando sus casas y hogares, y se retiraron á los montes, donde permanecieron dos dias y una noche expuestos á la intemperie y á los rigores de la estacion. Vueltos al pueblo, apenas los Piamonteses salieron de él, encontraron sus casas devastadas, sus cofres y arcas vacíos, el vino derramado por las calles sobrenadando en él la harina y el grano que con sus sudores habian recogido. Siguiendo en su marcha destructora, las tropas piamontesas llegaron á Ariccia; pero advertida la poblacion de la suerte que le estaba preparada, opuso obstinada

resistencia; reunida toda ella en la plaza de la iglesia, y armada con fusiles, hoces y palos, empeñóse la lucha que terminó como era natural con el triunfo de las tropas regulares, quedando prisioneros la mayor parte de los habitantes. Setenta de ellos fueron en el acto fusilados, y entre las víctimas se contaron Agustin Orsi, Luis Corrias, Pedro Bordoni y José Nardi. Referir las desgarradoras escenas que allí sucedieron con las mugeres é hijos de los condenados, es tarea imposible; la esposa de Pedro Bordoni logró atravesar las apretadas filas de los soldados cuando su marido arrodillado junto con otros varios, en las gradas de la iglesia, esperaba la fatal descarga, y precipitándose en sus brazos, detuvo por un momento á los verdugos con sus lamentos é imprecaciones; sin embargo, una órden del jefe arrancó á la desesperada esposa del seno de su consorte, y la detonacion que privó á este de la vida, le arrebató á ella sus facultades mentales.

Fácil es comprender que de semejantes escenas no podia resultar sino opresion tiránica por una parte, odio y furor por la otra. Allí donde las tropas no eran bastante numerosas para contener con el terror la exasperacion de los sojuzgados pueblos, estos se sublevaban, y abandonados á sí mismos los partidos políticos, entregábanse á la guerra civil con todos sus estragos. Las siguientes palabras que tomamos del *Movimiento*, periódico de Génova adicto á la causa de la llamada unidad, dará á conocer á nuestros lectores una parte de aquellas desgracias: « La guerra civil ha estallado en Barleta (Pulla), y hace tres dias que el vecino combate á fusilazos con el vecino, los parientes con los parientes. No pregunteis á las antiguas historias los males de la guerra civil; preguntadlo á los habitantes del pueblo de Carbonara (entre Avellino y Salerno), quienes han visto á cincuenta de sus mas distinguidos vecinos llevados al borde de un barranco y allí decapitados entre las risas de sus verdugos. La pluma se resiste á describir tantos horrores; anunciad, sí, con cuantos medios se hallan á vuestro alcance que las provincias napolitanas están expuestas á los mas graves peligros, y que si el gobierno no se apresura á conjurarlos no ha de quedarle otro medio que retirarse ante barricadas de cadáveres y las olas de un mar de sangre. »

Mientras las provincias del reino eran teatro de la devastacion, del saqueo y del incendio, reinaba en la capital el desgobierno y la confusion en todos los ramos administrativos. La poblacion oprimida y subyugada manifestaba á veces su descontento, pero quienes promovian trastornos á cada momento, eran los revolucionarios que habian visto frustradas sus ilusiones. Y no se crea que el gabinete de Turin hubiese establecido un gobierno recto, severo y justo; muy lejos de eso; una pandilla imperaba en el reino mas poderoso de Italia, pero es claro que no todos podian participar de los frutos de la conquista. Los antiguos conspiradores, los ex-desterrados, los perpetuos adversarios del poder, habian formado una especie de compañía, de terrible secta, para la cual era enemigo quien no se inclinase ante ellos, y rebelde quien se atreviese á contradecirles... «Empleos, honores, recompensas, decia el *Nómada*, diario de Nápoles, todo se da á ellos, á los amigos de sus amigos, á los siervos de sus siervos, á los parientes de sus parientes.» No pudiendo satisfacer á todos, habíase multiplicado el número de empleos, y podíase decir haber caido sobre el reino una plaga de consejeros, de jueces, de consultores, de inspectores, de mil funcionarios nuevos, cuya única ocupacion consistia en contar el crecido sueldo que percibian á fines de mes. «La ilegalidad en los procedimientos crece cada dia, esclamaba el *Diritto* de Turin, hablando de la Italia meridional... La contratacion de un empréstito de 25 millones de liras que habia de distribuirse entre las municipalidades para que diesen trabajo á las clases menesterosas en la estacion rigurosa, no ha podido aun realizarse, y esto que fué publicada en 8 de diciembre, demostrándose así la incapacidad del gobierno, ó el lastimoso estado del tesoro que no ofrece garantía alguna para tan reducida suma. La tierra mas feraz de Europa, el pueblo menos gravado de deudas, no encuentra un óbolo para sustraerse á una pasajera miseria; y cinco millones de Napolitanos han de aceptar la humillante limosna de diez millones de liras que les ofrecen las provincias piamontesas, mucho mas reducidas y colocadas en el último extremo de la Italia septentrional. En tanto aumenta el déficit en las arcas públicas. Los bancos de préstamos sobre prendas, tan útiles para la gente menesterosa, se cierran por falta de dinero; practícanse ilegales prisiones políticas;

el domicilio es violado; los hombres mas criminales son absueltos, y los jueces son casi todos incapaces ó malvados. La plebe armada desobedece á todo el mundo, y en tanto nadan en la abundancia, entregados al ocio y á los placeres, una pandilla de hombres que explotan el infortunio público, siendo bastante su impudencia para hablar siempre de libertad, de patria y de unidad.»

Rendida Gaeta, no por ello quedó derribada en el reino de Nápoles la bandera del legítimo soberano y de la independencia nacional. Messina y Civitella del Tronto continuaban fieles todavía á la causa de la patria, y sus defensores no habian dado al olvido los juramentos que con su Rey les ligaban. Esto no obstante, era evidente que á menos de una intervencion directa de la Providencia, la defensa de ambas fortalezas solo podia servir para poner á cubierto el honor militar; perdida Gaeta, sojuzgado el último baluarte de la monarquía, y desterrado el legítimo Rey á país extranjero, ¿qué podian esperar los heróicos defensores de Messina y de Civitella del Tronto? Morir como buenos, ó lograr una capitulacion digna en un todo de su valor y constancia.

Los Piamonteses, empero, que en sus últimas campañas parecen haber olvidado hasta los mas rudimentales principios del honor militar, no tuvieron en cuenta que el deber ha de ser ciego, que para él no hay comparaciones, ni probabilidades de buen ó mal suceso; y al participar á los gobernadores de ambas ciudadelas la capitulacion de Gaeta, intimáronles la rendicion. Hubo mas; el general piamontés Chiabrera se atrevió á escribir al leal Fergola, que mandaba en Messina en nombre del Rey Francisco II, que «si hasta entonces se habia tolerado su resistencia, la prolongacion de la misma seria en adelante considerada como un crímen.» ¡Qué lenguaje para un militar! Pero nada es esto todavía en comparacion con la escandalosa carta que al mismo Fergola no vaciló despues en dirigir el general Cialdini. El leal gobernador de Messina contestó á Chiabrera que la rendicion de Gaeta no era buena razon militar para que se rindiera una fortaleza intacta todavía, y que él la defenderia hasta el último extremo. Preciso fué pues á los Piamonteses dirigir hácia allí tropas y artillería; pero como los Messinenses temian á las bombas que desde la ciudadela podian caer sobre sus edificios, los compasivos

tranjeros, que miraron insensibles los horrores del ta, se imputaron á la idea de que un solo pre- los defensores del legítimo Rey y de la patria, á algun súbdito rebelde; esto hizo que in- para prohibir á Fergola el bombardeo, s protestaban por su parte pasarlo todo á sa- so de que ofendiese á la ciudad. Fergola, empero, dijo estar pronto á hacerse volar con la plaza confiada á d; y que no él, sino los sitiadores habian de ponerse en dia contra la muerte y el esterminio. ¡Bellos frutos de la nueva civilizacion italiana, del principio de no intervencion y de las espontáneas anexiones, hijas del sufragio universal! Quiera Dios que los pueblos todos de Europa escarmienten en lo sucedido en Italia, y cierren para siempre sus oidos á la vana palabrería de los utopistas y farsantes.

Llegada á Nápoles la noticia de la rendicion de Gaeta, imposible es describir las abominaciones con que fué celebrada, hasta el punto de merecer la reprobacion de los mismos demócratas piamonteses. Para verificar un simulacro de público regocijo ordenáronse iluminaciones generales, acudiendo para lograrlo á los acostumbrados medios, esto es, á la intimidacion y á la violencia; los que no quisieron tomar parte en tal indignidad vieron sus balcones apedreados y sus casas invadidas y devastadas, sin que acudiese la guardia nacional á impedir tales excesos. Para mayores detalles léase *el Católico* de Génova del 20 de febrero que lo explicó todo por relaciones de testigos oculares, sin que nadie se presentase á reclamar contra sus asertos. El escándalo duró varias noches consecutivas, y, como es fácil de suponer, fueron objeto de especiales violencias las casas de los partidarios del legítimo Rey y las habitaciones de los eclesiásticos y del cardenal Arzobispo. Algunas noches despues empezaron á circular patrullas de guardia nacional y tropa, haciendo ademan de querer impedir la reproduccion de los desórdenes; pero semejante medida con tanta *oportunidad* tomada, solo excitó la burla de los unitarios; uno de sus periódicos dijo que «la fuerza pública era ya inútil, puesto que no habia mas cristales que romper.»

La índole de la presente obra no nos permite referir detalladamen-

te los innumerables crímenes perpetrados diaria é impunemente en Nápoles por la turba de malhechores que en los tiempos de revuelta aparecen en la superficie de la sociedad, como las heces en la de un líquido en ebullicion. El *Popolo d'Italia* esclamaba : « el escándalo ha llegado verdaderamente á su colmo!» El *Diritto*, despues de insertar una larga lista de asesinatos, dice: «el corazon y la mano se resisten á continuar. Lo dicho basta y sobra para llenar de tristeza el pecho de todos.» Además, quién desee saber como se respetaban las buenas costumbres, lea lo que insertaba el primero de los citados diarios, muy distante de ser lo que se llama *retrógrado* ó *clerical*. «Hemos visto, decia, la multitud de libros obscenos vendidos públicamente por las calles y los cafés, tales, que ni en Lóndres, la tierra clásica de la libertad de imprenta, se permitiria su venta. Con sentimiento lo decimos: hay en Nápoles impresores que especulan en los depravados instintos de la juventud, y el extranjero que llegue á Nápoles, engañado acerca de nuestras costumbres, exclamará apartándose de nosotros: esta no es tierra de libertad, sino cloaca.» ¡ Obra por cierto civilizadora es la que realiza el Piamonte !

De lo dicho puede colegirse qué hombres ocupaban el gobierno de Nápoles. Del príncipe de Carignano, lugarteniente real, nadie hablaba, y Nigra, ministro secretario de Estado, se reservaba como un mueble de aparato, como un comparsa teatral, apareciendo á la vista del respetable público únicamente en ciertos momentos solemnes. En Nápoles ejercia el poder absoluto Liborio Romano, y este solo nombre basta para calificar al gobierno que le confiara tan altas funciones, para comprender el estado en que habia de encontrarse el reino, y para explicar la libertad de que en él habia de gozarse.

La benignidad y exquisitas atenciones con que eran tratados los asesinos y toda clase de malhechores, contrastaba con la inexorable severidad manifestada respecto de los eclesiásticos y de las órdenes religiosas. De una protesta que á causa de tales hechos publicó el cardenal Riario Sforza, arzobispo de Nápoles, resulta que durante el mes de enero fueron expedidas tres circulares dictando tan vejatorias providencias contra la propiedad, la libertad y las personas de las Monjas y Religiosos, que indigna en verdad ver tanta tiranía unida á tanta vileza. Con la primera del 10 de enero se exige el *estado* de

todos los monasterios, con particularidades que manifiestan la decidida intencion de ingerirse hasta en la cualidad de las personas que se han consagrado á Dios; con la segunda del 30 del mismo mes, se prohibe rigorosamente á los Religiosos *toda comunicacion* con sus superiores y capítulos generales, y con la tercera del 31, el Director del ministerio de negocios eclesiásticos se inmiscuye hasta en los mas minuciosos detalles de la disciplina interna del claustro; pretende que los superiores locales han de darle cuenta cada quince dias de todas las faltas y omisiones en que hayan incurrido sus subordinados, haciéndose sus acusadores cerca de un gobierno que declara ser los claustros *nido de escándalos, conciliábulos de perturbaciones y movimientos políticos, que no resuenan ya con cantos, sino con gritos subversivos de todo órden público*. Véase, pues, como el exceso de la tiranía llegando á lo monstruoso toca á los límites de lo ridículo.

Esto, empero, no eran mas que preludios de una opresion mas completa. El napolitano Mancini no habia aceptado la direccion de los negocios eclesiásticos, sino con la condicion de abolir los conventos, y aunque en Turin causó cierta vacilacion descargar tan gran golpe en un país tan religioso como Nápoles, Mancini logró su empeño y marchó á tomar posesion de su nuevo destino con facultades para poner en ejecucion sus tiránicos proyectos. Aprovechando las buenas disposiciones que animaban al populacho á causa de las fiestas celebradas por la toma de Gaeta, fueron lanzadas algunas turbas contra los conventos, donde tuvieron lugar aquellas escenas que con horror y vergüenza ha presenciado en casi todos los países la generacion actual. Los Monges y las Religiosas fueron expulsados de sus claustros entre los gritos de la amotinada muchedumbre; pero no permanecieron siempre ni en todas partes inactivos los puñales y las antorchas que llevaban los nuevos setembristas: varias víctimas regaron con su sangre su mansion querida, y las llamas consumieron mas de un objeto precioso. Hubo aun mas, y la impudencia se llevó mas lejos: en los conventos que se habian salvado del furor de las turbas, presentáronse partidas de soldados, que para *restablecer el órden*, expulsaron de sus celdas á las monjas y á los frailes. La Revolucion sigue en todas partes el mismo camino. Los medios de que se vale son siempre los mismos, y los mismos tambien los fines que realiza, que no son otros que la desgracia y la humillacion de los pueblos.

CAPITULO XXV.

Apertura del Parlamento llamado italiano.—Fiestas en Turin.—El senado del reino y el rey de Italia.—Discusion sobre este título.—Votacion del reino de Italia.—Dimision del ministerio sardo.

En 18 de febrero inaugurábase el titulado *Parlamento italiano*, y el rey Victor Manuel leia un discurso, preparado, como de costumbre, por los ministros, y expresivo de la política del gabinete. Decíase en él que la *Italia era ya libre y estaba unida casi toda*, frase que excitó algunas sonrisas, recordando aquella de otro discurso de la Corona, en que se decia *hallarse la hacienda casi equilibrada*, cuando poco despues llovieron empréstitos y contribuciones. La Italia, casi libre y unida, confiaba en que *la virtud y sabiduría* de los diputados dotarian á los pueblos de *la mayor libertad administrativa posible*, *sin que pueda sufrir jamás menoscabo la unidad política*. El discurso continuaba diciendo que, *la opinion de las naciones civilizadas era propicia* á la causa del Piamonte, con lo cual vinieron á calificarse de países bárbaros la España, el Austria, la Baviera, la Rusia y hasta la Francia que habian retirado sus embajadores de Turin. *La Italia será una garantía de paz*, decíase luego, como si el desórden pudiese llegar á ser nunca una garantía de órden. Lo que mas sorprende en tan singular discurso es la benignidad verdaderamente heróica con que se hablaba en él del Emperador de los franceses, quien *habia creido conveniente retirar á su enviado*; sin embargo, *este hecho no alteró los sentimientos de nues-*

tra gratitud ni nuestra fe en su afecto por la causa italiana. Dieron lugar á algunos epígramas las palabras de que Francia é Italia *estrecharan un nudo que será indisoluble*, y fué muy comentada la declaracion de que el gobierno de Inglaterra *se habia mostrado pródigo de amistosos procederes.* Incensóse al *leal é ilustre Príncipe que ocupaba el trono de Prusia*, é hízose lo mismo con *la noble nacion germánica*, siguiendo á las lisonjas el anuncio de próximos tributos y de nuevos empréstitos, *para proporcionar al gobierno los medios de atender á los armamentos.* Viene luego la recomendacion de la consabida *prudencia*, y ponen fin al discurso repetidas alabanzas del ejército y de Garibaldi, el cual fué definido «un capitan que ha llenado con su nombre las mas apartadas regiones.»

Los exaltados, es decir, aquellos que deseaban una inmediata guerra contra Venecia, no quedaron muy satisfechos con la recomendacion de *prudencia* que se les dirigia, mas comprendieron que importaba hacer de la necesidad virtud; hasta Garibaldi, que en su imaginacion fantástica y pronta á pregonar sus sueños, queria tener á principios de marzo un millon de soldados, continuaba *solitario* y tranquilo en Caprera, lo cual valióle sin duda el cumplido que le dirigió el Rey. Del aventurero nizardo puede decirse con toda verdad, no ser tan fiero el leon como le pintan, y que del dicho al hecho va gran trecho. Pobres *patriotas*! encadenados siempre á la voluntad agena, obedeciendo sin cesar á planes que no son los suyos, en vano se desesperan y se agitan, y anuncian el próximo dia en que realizarán sus utopias sin el auxilio de nadie, en que abandonarán el pasivo papel de meros instrumentos que de mucho tiempo vienen desempeñando. Su mision en el mundo parece trazada; agitar, trastornar, sumir á los pueblos en todos los horrores de la guerra y del desgobierno, hollar sus mas caros y vitales intereses, y ver luego que se apoderan del sazonado fruto unos cuantos ambiciosos salidos de sus propias filas, no quedándoles otro recurso que retirarse de la escena confusos y avergonzados entre las sonrisas y el desprecio del pueblo harto bueno y sencillo para perdonarles sus maldades; esperando que el interés de sus caudillos los llame otra vez á trastornarlo todo. Para entónces se las prometen mas felices, pero es en vano. Siempre perros de astutos cazadores, no devorarán ellos la caza que levantan.

El mismo dia de la apertura de las cámaras, dispusiéronse en Turin iluminaciones de real órden y fuegos artificiales, buen símbolo de los artificios empleados para constituir la Italia. El pueblo, como es de rigor en semejantes circunstancias, se lanzó á la calle para ver los festejos, pero excepto unos cuantos hombres asalariados que corrian de un punto á otro gritando: *Viva el rey de Italia* ! la masa general de la poblacion permaneció indiferente y muda ante el espectáculo que le proporcionaba el gobierno.

Abierto el Parlamento, los diputados estuvieron durante algunos dias sumidos en la ociosidad á causa de las muchas informalidades de que adolecian los documentos electorales; sin embargo, resueltos á tratar las cosas en familia, dispusieron las cosas de modo que nadie tuviese que abandonar el puesto. El exámen de las actas probó empero un hecho que ya todo el mundo sospechaba, esto es, que los elegidos solo representaban una mínima fraccion de la Italia, y para convencerse de ello no hay mas que tener en cuenta los siguientes datos: en el colegio de Carmagnola se hallaban inscritos 1465 electores, y el señor Tecchio fué nombrado por 514 votos; en el de Rho se contaban 416 y solo votaron 161; en el de Treviglio habia 720 y votaron 194; el de Iesi constaba de 404 y votaron en él 93 ; el de Empoli constaba de 820 y los votantes fueron 261; en el de Recco se hallaban inscritos 1084 electores, y entre ellos apenas votaron 268; Pistoya contaba 934 inscritos y los votos fueron 211; los electores de Rimini eran 621 y los votantes fueron 165. Lo mismo podríamos decir de los demás distritos, y adviértase que los anteriores números están tomados de las actas oficiales. ¡ Admirable unanimidad !

El Senado apresuró mas la obra de su constitucion definitiva; y como el presidente nombrado por el Rey no se presentase á ocupar su puesto, hizo las veces de tal el vice-presidente Federico Sclopis. El primer cuidado del ministerio fué presentar á la alta Cámara un proyecto de ley declarando á Victor Manuel *rey de Italia*, proyecto que habia dado lugar á no pocas discusiones en el seno del gabinete. Discutióse: 1.°, si Victor Manuel habia de llamarse rey de Italia ó de los Italianos; 2.°, si debia ser I ó II; 3.°, si habia de titularse rey por la gracia de Dios, ó simplemente por la voluntad de la Italia ó de los Italianos; hasta que puestos de acuerdo los ministros todos se presen-

tó la ley en estos términos: «El rey Victor Manuel II asume para sí y sus sucesores el título de rey de Italia.» El proyecto ministerial no expresaba por cuanto tiempo llevará semejante título, ni si habia de producir el mismo efecto que los antiguos de Rey de Chipre y de Jerusalen.

Antes de dar principio á la discusion del famoso proyecto de ley, fué leida y aprobada en el Senado la contestacion al discurso de la Corona, en la cual prometian los senadores que la *sangre latina no se mostrará inferior á su orígen*, y convenian con el Rey en la necesidad de la prudencia. «Señor, decian en ella, con reverencia escuchamos hoy los prudentes consejos que salen de vuestros labios. Conocer las necesidades de la época presente es asegurar el porvenir.» Victor Manuel habia hablado en su discurso de la Providencia, y los senadores hicieron de ella caso omiso en su contestacion, é hicieron bien. El dia 26 de febrero empezó en ambas Cámaras la discusion del famoso proyecto de ley que fué aprobado *sub-conditione*, consistiendo esta en que el ministerio presentase una segunda ley, en virtud de la cual se expresase en los actos públicos que Victor Manuel II reinaba en Italia por disposicion de la Providencia y la voluntad del pueblo. El senado quiso que se hiciese mencion de Dios al paso que los diputados exigieron que se prestase homenaje á la voluntad popular, y el ministerio halló modo de contentar á todos presentando un proyecto, segun el cual habian de encabezarse todas las disposiciones oficiales con la siguiente fórmula: «Victor Manuel II por la gracia de Dios y la voluntad de la nacion, rey de Italia.» Los usurpadores comprendian la necesidad de cohonestar las tropelías y los excesos cometidos; conocian que la voluntad nacional no era bastante para justificar tantos despojos, é invocaban la gracia de Dios; pero escrito está en las divinas Escrituras que *Deus non irridetur*, y es una horrible chanza á la divinidad creer que mediante su gracia han podido ser despojados los pueblos de su independencia, los príncipes legítimos de su autoridad y el Vicario de Jesucristo de su patrimonio.

La discusion del proyecto de ley dió lugar á singulares discursos, de los cuales creemos conveniente dar á nuestros lectores una somera idea. El ministro de Gracia y Justicia empezó por

declarar que aquel rey de Italia, por la gracia de Dios, no era de su agrado, y el abogado Cassinis le apoyó con estas palabras : « La Providencia divina, guia de las obras de todos, acompaña visiblemente á la gran aspiracion italiana, pero no hay necesidad de decirlo. » Y en efecto, qué necesidad tienen de hablar de Dios los hombres que conculcan todas las leyes de la justicia, que atropellan todos los grandes sentimientos promulgados é impresos por el mismo Dios en el corazon del hombre? El fuerte que atropella al débil no quiere oir hablar de aquel poder al cual teme, si bien lo desconoce; y su nombre resuena en su corazon como un remordimiento. Bien dijo el abogado Cassinis ; á tantos crímenes, á tantas profanaciones, era innecesario añadir un delito mas, el de la blasfemia.

El senador Pareto dijo que el título de rey de Italia tenia para sus oidos algo de señorío, y le parecia indicar cierta conquista del territorio..,. «Confieso, añadió, que habria preferido que se llamase rey de los italianos en lugar de rey de Italia.» Levantóse en seguida el senador Vacca, y exclamó; « Dia memorable es este! Proclamando á Victor Manuel rey de Italia, habremos consagrado el mas gran acontecimiento de la historia moderna; habremos inaugurado una nueva era de grandeza y de civilizacion italiana; habremos cerrado el pacto fraternal que nos unirá á todos al rededor del glorioso trono de Victor Manuel.»

El conde de Cavour tomó luego la palabra y dijo que el título de rey de Italia no podia ser considerado como una reminiscencia del feudalismo, y citó en apoyo de su dicho los ejemplos de Inglaterra y de los Estados Unidos de América. «Por qué, añadió, excita el título de rey de Italia tan gran entusiasmo entre los pueblos? Porque es la consagracion de un hecho inmenso; porque es la consagracion del hecho de la constitucion de la Italia y de la transformacion de este país, cuya existencia, como cuerpo político, era insolentemente negada por la mayor parte de los hombres políticos de Europa.» Qué impudencia! atreverse á hablar del entusiasmo de los pueblos, mientras se peleaba en las Marcas, en la Umbria, en los Abruzzos, en la Calabria, en Sicilia, en todas las provincias del reino napolitano! Las reflexiones que ante semejantes hechos asaltan al historiador contemporáneo son muy tristes y amargas ; las que asaltarán á

aquellos que en los tiempos venideros escribirán la historia de tales sucesos, han de ser mas severas aun.

Al pasarse á la votacion de la ley ocurrió un hecho muy significativo. La secreta no estuvo conforme con la pública, y mientras en esta los senadores todos habian aprobado la propuesta ley, secretamente votaron dos en contra. La misma escena se repitió en la Cámara de diputados, donde, si bien en apariencia votaron todos en pro, halláronse en la urna dos bolas negras. Esto empero ninguna impresion hizo en los *acérrimos partidarios del derecho y de la libertad*, y el presidente Ratazzi declaró con gran desenfado que se habian puesto por equivocacion dos bolas negras en la urna, de modo que no habia inconveniente en anunciar la unanimidad de la votacion.

En presencia de tales hechos, si senadores y diputados se sienten sobrecogidos de miedo y carecen del valor necesario para manifestar su opinion, ¿qué habrá de decirse de las votaciones verificadas en las poblaciones de Italia entre aparato militar, y empleando todos los medios de intimidacion imaginables? Y pensar que sobre la base de semejantes votaciones quiérese fundar el reino de Italia. Ah! pobre reino! los utopistas, los ambiciosos, los *grandes criminales*, segun espresion de un gran pensador contemporáneo, han hecho imposible por mucho tiempo, y quizás para siempre, tu constitucion, tu libertad y tu ventura.

En 17 de marzo la *Gaceta oficial* publicó la votada ley, y aquel mismo dia el ministerio Cavour presentó su dimision, anunciándolo el conde á la Cámara de diputados en los siguientes términos: « El gabinete ha creido deber suyo poner en manos del Rey sus dimisiones para que la corona fuese libre en la constitucion del primer ministerio italiano, de rodearse de todas las luces y de todos los conocimientos que puede encontrar en los hombres mas ilustres que posee la Italia. Anuncio por lo tanto á la Cámara que, habiendo presentado el ministerio su dimision, no puede ser considerado, sino como encargado interinamente de las varias carteras para la resolucion de los negocios pendientes. » Este acontecimiento, como casi todos los que de algun tiempo á esta parte se han preparado y realizado en Turin, no merece otro nombre que el de comedia. Como en todo, adujéronse pomposas razones, dejáronse oir palabras huecas, y el resultado fué entera-

mente contradictorio á lo alegado. Dimitimos nuestros cargos, dijo el conde de Cavour, para que la corona pueda rodearse de los hombres mas ilustres que posee la Italia, y el resultado fué quedarse el gabinete del mismo modo que estaba. La historia del Piamonte de algunos años acá ha de ser una historia muy curiosa, y seguramente que las generaciones venideras preguntarán con asombro cómo han podido permitirse y tolerarse tales farsas en un siglo que se jacta de ilustrado, de libre y de leal, sin que á ellas contestára la Europa con una carcajada, ó mejor, con la indignacion universal. Lejos de eso, la generalidad de los hombres que rechazan de palabra toda superioridad, que creen tener los ojos muy abiertos y no ser víctimas de las supercherías de nadie, creen de buena fe todas las falsedades y engaños que en esta bendita cuestion italiana se han dicho; y así como creyeron que la guerra de 1859 tenia por objeto la independencia de la Península; que Victor Manuel no era cómplice del aventurero Garibaldi en la expedicion de Sicilia; que Fernando II y Francisco II eran tiranos mas odiados que los de Siracusa; que en Nápoles habia calabozos donde los presos morian víctimas de tormentos horrorosos; que las votaciones por sufragio universal son algo mas que un gran delito ó una gran ridiculez; asimismo quedaron convencidos de que el ministerio sardo hacia dimision, como tambien lo están algunos, y muchos por desgracia, de que la libertad habrá de alegrarse de la caida del Rey-Pontífice. Insensatos! Así en moral como en política escrito está que los hombres han de forjarse sus propias cadenas.

Tenemos ya á la Italia constituida en un solo reino y á Victor Manuel asumiendo para sí y sus herederos el título de rey de Italia por la gracia de Dios y la voluntad de la nacion; así á lo menos lo votaron los padres conscriptos de Turin, pertenecientes todos á la funesta escuela que pretende gobernar el mundo con vanas teorías. Trasladémonos otra vez al reino de Nápoles y al escuchar los cañonazos que resuenan en Messina y en Civitella del Tronto; los fusilazos que despiertan los ecos de todas las montañas; la gritería que se levanta en las poblaciones, no creamos que sean la salva ni los vivas con que celebra el pueblo el fausto acontecimiento. Son muchos miles de hombres, un reino entero que allí donde la fuerza material no basta á oprimirle del todo, lucha aun en campo abierto y en las fortalezas, y

se amotina en las ciudades en legítima defensa de su patria y de su independencia. Vencerá? No parece poder augurarse así por los sucesos que vamos á relatar en el capítulo siguiente; sin embargo, su causa es verdaderamente santa, y Dios, aunque quizás le castigue por pasados excesos, le concederá al fin la victoria. Nosotros, españoles, que tantas veces luchamos y vencimos contra extranjeros, hemos de esperarlo así.



CAPÍTULO XXVI.

Honrosa resistencia del general Férgola.—Carta de Cialdini.—Mediacion de Napoleon III.—Carta de Francisco II al general Férgola.—Bombardeo y capitulacion de la ciudadela de Messina.—Ataque, defensa y rendicion de Civitella del Tronto.—Pintura del estado del reino hecha por la prensa unitaria.—Dimision de Liborio Romano.—Su panegírico.

La ciudadela de Messina estaba provista con abundancia de artillería y de los medios militares de defensa, pero podia contar con escasos víveres. Sin embargo, el honor y la justicia reclamaban que los derechos del rey Francisco II fueran enérgicamente sostenidos, y el general Férgola no vaciló en seguir en este sentido las órdenes de su Soberano, quien al enviarle dinero y circunstanciadas instrucciones, le habia escrito: «Seguro estoy de que esa guarnicion conquistará como la de Gaeta la admiracion de la Europa entera.» Preciso fué pues á los Piamonteses emprender el sitio formal de la ciudadela, y Cialdini marchó á dirigirlo con numerosas y escogidas tropas y con su gruesa y rayada artillería.

Los últimos dias de febrero empleáronse por una y otra parte en preparativos; y viendo el general Férgola que los Sardos habian levantado baterías en la *Mosella* y en *Salvatore dei Greci*, escribió con fecha del 28 una carta á Cialdini diciéndole ser tales hechos una manifiesta violacion del art. 4.° del tratado estipulado entre el mariscal de campo Clary y el general Medici; instábale en consecuencia para que cesasen los trabajos y se alejasen los buques de guerra que amenazaban á la plaza, pues de no suceder así, dicho tratado le facultaba

para emplear todos sus medios de defensa, no solo contra las obras de los Piamonteses, sino tambien contra la ciudad donde se hacian todos los aprestos de guerra. Avisados empero de estas disposiciones los cónsules extranjeros, solicitaron de Férgola y de Cialdini la suspension de las hostilidades, hasta que el primero, despues de enviar alguno de sus oficiales al rey, hubiese recibido sus órdenes soberanas, esperando así evitar grandes desgracias; pero este armisticio no pudo celebrarse, pues aun cuando el general napolitano consintió en él, no sucedió lo propio con el sardo.

No contento aun, y ciego de furor, Cialdini, escribió á Férgola una carta, de la cual hubieron de avergonzarse hasta aquellos que le dirigian desde París y Turin. Decia así:

«General:

«En contestacion á la carta que me habeis dispensado el honor de dirigirme hoy, debo deciros: Que proclamado el rey Victor Manuel rey de Italia por el Parlamento italiano, vuestra conducta ha de ser considerada en adelante como rebelion declarada; que por consiguiente, no concederé ni á vos ni á vuestra guarnicion capitulacion de ninguna clase, sino que habreis de rendiros á discrecion; que si haceis fuego contra la ciudad, mandaré fusilar despues de rendida la fortaleza á tantos oficiales y soldados cuantas hayan sido las víctimas ocasionadas por los disparos contra Messina; que vuestros bienes y los de los oficiales serán confiscados para indemnizar los daños causados á las familias de los ciudadanos; y por último, que os abandonaré á vos y á vuestros subordinados al pueblo de Messina. Tengo por costumbre no faltar á mi palabra, y sin que pueda acusárseme de jactancia, os prometo que vos y los vuestros estareis cuanto antes en mi poder. Dicho esto, haced lo que os parezca conveniente, advirtiéndoos que no reconoceré en vos á un militar, sino á un verdadero asesino, y lo mismo que yo pensará la Europa entera.»

A lo que parece, Cialdini se siente dominado de furor á la sola idea de encontrarse con un militar de conciencia y de honor, quien poco dispuesto á proporcionarle fáciles triunfos vendiéndole las fortalezas y los ejércitos, se muestra animado de la intencion de resistirle. La carta que acabamos de trascribir será un eterno monumento de ver-

güenza para su autor; de ella se ruborizaria hasta un jefe de las hordas asiáticas, y no sabemos comprender como entre los militares sardos no se ha encontrado uno bastante honrado y valiente para arrojarla al rostro de quien así infamaba el uniforme de todos. Las leyes de la guerra prohiben bajo pena de muerte la rendicion de una fortaleza en estado de defenderse, sin que antes sea atacada con los medios convenientes y se halle abierta la brecha; el general Férgola, guiado por el sentimiento del honor y por su lealtad al Rey y á la patria, quiso defender la plaza que se le habia confiado todo el tiempo que lo consintiesen la humanidad y las escasas fuerzas que mandaba; pero Cialdini, incapaz de comprender tan noble conducta, le declara rebelde, le amenaza con confiscaciones y fusilamientos, y termina su programa con prometer en Messina en la persona de aquel venerable y esforzado anciano de 80 años, la segunda representacion del bárbaro espectáculo con que se inició en Parma la regeneracion italiana, entregando á Anviti al furor del populacho. Era tal la monstruosidad de semejante carta que los órganos de la llamada causa liberal en la prensa europea parecieron de acuerdo para negar en un principio su autenticidad, y cuando esta no pudo ya ser puesta en duda dijeron ser evidente que las amenazas que contenia jamás habrian llegado á ser puestas en ejecucion; lamentándose empero mas de la deshonra que ella podia inferir á la causa de la revolucion italiana que de ver así violadas todas las leyes de la guerra entre naciones civilizadas. Todo ello, sin embargo, no impidió que en el Piamonte, donde parecen del todo perdidas las mas sencillas nociones de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo, se votase una corona de oro para el vencedor, y llegase un ministro á proponer como ley que se diese al mismo una pension anual de diez mil liras.

Las viles y groseras amenazas de los sitiadores no produjeron impresion alguna en el ánimo de Férgola, que confiado en la fidelidad y en el valor de la guarnicion, resolvió no cejar en su noble propósito. El dia 3 de marzo el ejército sardo estableció el bloqueo al rededor de la ciudadela, y algunos buques ingleses y americanos que se hallaban en el puerto sirvieron no poco á los Piamonteses para efectuar el desembarco de los soldados y pertrechos. Todo se disponia para una lucha suprema, y el Emperador francés, á quien convenia que

desapareciese cuanto antes del reino de Nápoles la bandera borbónica, interpuso como siempre su mediacion en beneficio de sus amigos de Turin. Escribió, pues, á Francisco II á fin de que, conservando ilesos sus derechos, consintiese en evitar el derramamiento de sangre, mandando á la guarnicion de Messina que entregase la fortaleza, con los mismos honrosos pactos que habian obtenido los defensores de Gaeta, y al mismo tiempo dió órden á su *aliado* Victor Manuel de aceptar esta proposicion. El Rey de Nápoles accedió á ello, y en 10 de marzo dirigió al general Férgola por medio de uno de sus ayudantes de campo, acompañado por un oficial francés, la siguiente carta:

«Al Gobernador de la plaza de Messina.

«Salvado el honor del ejército napolitano por la heróica defensa de Gaeta y por la actitud de la guarnicion de Messina, considero inútil prolongar la resistencia de esa ciudadela, resistencia que podria ocasionar graves daños á la ciudad y costar la vida á la fiel guarnicion que con tanta constancia defiende en esa parte del Faro nuestra real bandera. A vos, general Férgola, que habeis ofrecido tan noble ejemplo de lealtad, de energía y de valor, os confio el encargo de estipular con el enemigo los pactos de la capitulacion; procurad que sean estos honrosos y ventajosos para la guarnicion, pues si bien he de mostrarme avaro de la sangre de mis soldados, quiero tambien poner en salvo su honor y asegurar su porvenir.

«FRANCISCO.»

Sin embargo, el mensaje no llegó á tiempo. Desde el 28 de febrero los sitiados con la escasa artillería de que disponian habian intentado, aunque en vano, oponerse á las obras piamontesas, que se elevaban rápidamente fuera del alcance de sus tiros, y que aparecieron armadas en pocos dias con gruesos cañones rayados. Por espacio de muchos dias tuvo que sufrir la plaza un bombardeo infernal, al cual contestaba, aunque sin resultado alguno, con su artillería; incendiados varios depósitos de municiones, teniendo que luchar al propio tiempo que con las baterias enemigas con un vasto incendio que se habia declarado en la ciudadela, no quedó á la guarnicion mas medio que rendirse. En 13 de marzo la fortaleza cayó en poder

de los Piamonteses, y Cialdini lo anunció á su córte por medio de un parte telegráfico concebido en estos términos:

«La ciudadela se ha rendido á discrecion. Despues de sufrir durante cuatro dias el fuego del enemigo, abrí el de mis baterías, establecidas dos de ellas á 400 metros de la plaza. Nuestra artillería ha estado admirable y su fuego ha sido eficacísimo. Nuestros proyectiles han volado varios depósitos de granadas cargadas y producido un vasto incendio. A las 5 de la tarde de hoy la ciudadela izó bandera blanca. A las 6 negué toda capitulacion concediendo tres horas para reflexionar. A las 9 de la noche la guarnicion se ha rendido á discrecion. La escuadra ha hecho dos horas de fuego. Están en nuestro poder 5 generales, 150 oficiales, 4 ó 5000 mil hombres y 300 cañones. Todo esto aproximadamente.»

Pocas horas despues llegaron la carta de Francisco II y las órdenes de Cavour, en el sentido dictado por Napoleon III, y Cialdini, obligado á deponer su ciego encono, no pudo hacer sino acatarlas. La plaza de Messina obtuvo, pues, las mismas condiciones que Gaeta, si bien hechas algo mas duras y acerbas por los siguientes pactos que á ellas se añadieron:

«La ciudadela se rinde á discrecion y es entregada en el estado en que se encuentra á las tropas de S. M. Victor Manuel, rey de Italia, las cuales tomarán posesion de la misma.

«Los generales y oficiales serán enviados á Nápoles con un mes de paga, y el gobierno escogerá á aquellos que podrán formar parte del ejército.

«Un consejo de guerra examinará si los oficiales arrestados son ó no culpables, y en caso afirmativo decidirá la pena que haya de imponérseles.

«S. M., *siempre inclinado al bien*, y secundando los generosos impulsos de su ánimo, manda que sean todos respetados.

«Los soldados que no hayan cumplido cinco años de servicio continuarán en las filas. Los demás podrán marchar á sus casas con un mes de paga y dos de licencia, debiendo volver á las armas al primer llamamiento.»

Pocos dias despues caia el postrer baluarte del reino de las Dos Sicilias, y la toma de Civitella del Tronto era el último acto de la

conquista iniciada por la traicion y realizada por la violencia. Destituido Pinelli del mando de las fuerzas de los Abruzzos, sucedióle el general Mezzacapo, quien, reuniendo cuantas tropas y artillería le fué dable, dió principio al sitio de Civitella. Establecidas ya las baterías, rompieron los Piamonteses un fuego muy poco eficaz, hasta que en 25 de febrero intentaron apoderarse de la plaza con un atrevido golpe de mano. A favor de las sombras de la noche dos regimientos treparon por entre las rocas, y hallándose al pié de las murallas al romper el alba, arrimaron las escalas y empezaron á subir por ellas animosamente. Algunos llegaron á poner las manos en el coronamiento del muro; mas la guarnicion estaba alerta, y despues de dar muerte á los que iban delante, derribaron las escalas mientras que hacian rodar por la cuesta enormes peñas y que arrojaban al enemigo una lluvia de granadas. Los Piamonteses apelaron entonces á la fuga no sin dejar entre las breñas gran número de muertos y heridos, escarmentados de su tentativa. En vista de este resultado resolvióse atacar la ciudadela solo con artillería y arruinarla á fuerza de bombas, lo cual no impidió sin embargo que se sostuviese aun poco menos de un mes. Finalmente en 20 de marzo, diezmada la guarnicion por el incesante bombardeo de los sitiadores y reducidos al último extremo, puesto que las murallas convertidas en un monton de ruinas no les ofrecian ya asilo ni defensa, hubieron de rendirse á discrecion. Los prisioneros que consistieron en 174 gendarmes napolitanos, en 104 veteranos y en 40 artilleros, fueron conducidos á Ascoli; y para que no se dijera que los Piamonteses habian olvidado en este sitio sus máximas de crueldad y barbarie, fusilaron al entrar en la fortaleza á varios de sus defensores.

El reino de Nápoles quedaba materialmente conquistado; la bandera de su rey no ondeaba ya en parte alguna; su ejército ya no existia, y ante semejantes acaecimientos el pueblo, como dominado por el terror y la sorpresa, parecia acatar en todas partes la ley de los vencedores. Las partidas que hasta entonces habian defendido la causa de la patria se habian disuelto; el pais, presa de indecible estupor, ninguna resistencia oponia á los planes de los conquistadores, y estos imperaban en todas partes como dueños. Qué hicieron de su poder? Qué hicieron del reino que por un momento pudieron envanecerse

de haber subyugado? No seremos nosotros quien lo diga; nuestras palabras podrian ser acusadas de parcialidad, y dejaremos hablar sobre ello á los órganos de la misma prensa revolucionaria, á los mismos partidarios de la unidad bajo el cetro *protector* del ex-soberano de Saboya.

El Popolo d'Italia se expresaba en estos términos: «Lo que el gobierno hace y lo que no hace contrista á los buenos, introduce el desórden en toda clase de intereses y comunica aliento á las mas viles pasiones. Resumamos la situacion general. La anarquía en todas partes; los ministros divididos por la discordia, sin principios, sin fe política, sin conciencia de la mision italiana, sin la confianza pública que les sostenga. La segunda lugartenencia mas ineficaz que la primera; el gobierno en perpétua crísis, el país trabajado por conspiradores, por asesinos, y los tan encarecidos decretos de seguridad no han logrado hasta ahora evitar un robo ni descubrir las huellas de un asesino. En los sitios mas frecuentados de la capital se roba y se mata impunemente, y los ciudadanos honrados solicitan y esperan proteccion en vano.... Las antiguas leyes municipales ya no existen, y las nuevas aun no rigen; la arbitrariedad domina en los pueblos, y así es que no nos maravilla que no se haya encontrado la mas pequeña cantidad á préstamo para remediar la miseria general.»

Peor aconteció en Sicilia, donde, segun la *Opinione* de Turin, la anarquía dominaba como verdadera soberana, y donde los partidos se hacian entre sí una guerra salvaje. El *Reyno d'Italia* insertó una correspondencia de Turin en la que se leia lo siguiente: «Si alguien os pregunta, cuál es el gobierno de Sicilia? contestad sin vacilar: la anarquía. El dia 8 de marzo fueron desembarcados en Trápani seis individuos pertenecientes á la ex-policía borbónica; luego que llegaron el populacho arremetió contra ellos, dió muerte á cinco y arrastró por las calles sus mutilados cadáveres, sin que la tropa ni la guardia nacional hiciesen cosa alguna para impedirlo. En Realmuto los partidos llegan á las manos, se entregan á venganzas particulares, siembran en el país el terror y el desórden, y la fuerza pública llega siempre tarde. Raro es el dia ó la noche en que no hayamos de deplorar robos y asesinatos. De las provincias de Messina, de Catania, de Girgento y de Siracusa llegan iguales noticias;

la campiña está llena de malhechores armados que detienen á las diligencias y roban á los pasajeros, y no se puede viajar ni aun andar por las calles sin el contínuo temor de ser robado ó asesinado.»

La *Nuova Italia* del 21 de marzo, despues de una triste elegía sobre el miserable estado del reino esclama: «La propiedad es desconocida, la seguridad pública es una idea negativa, la justicia un nombre vano.» La *Settimana* dice: «que de la audacia con que son atropelladas en medio del dia las personas y las propiedades no hay ejemplo en el transcurso de los tiempos.» El *Espero* de Turin se lamenta de que nada se haga para dar remedio «al país desventurado que parece correr al precipicio. La justicia es vilipendiada, añade, y la hacienda dilapidada, la seguridad pública está comprometida, mientras ocupan el gobierno los hombres mas ineptos.» Finalmente, segun una correspondencia del *Diario de los Debates* de París, periódico tampoco nada sospechoso, descubrió la policía las huellas de 653 galeotes que por culpable complicidad de sus guardias, habian recobrado la libertad durante la dictadura de Garibaldi, con la particularidad de que á cuantos pudieron ser habidos se les halló el diploma de oficial garibaldino.

«El fin justifica los medios» gritan en su inmoral doctrina los revolucionarios refugiándose en su última y abominable trinchera. Véase pues el fin que han conseguido: han atropellado todas las leyes internacionales; han violado todos los principios del honor, y de la lealtad; han desconocido los sentimientos mas caros al hombre; han mentido á la faz del mundo; se han hecho hasta como individuos despreciables á los ojos de todo corazon honrado, y para qué? Para sumir á un reino en la desgracia, para arrojar sobre él todas las calamidades, para convertir al reino de las Dos Sicilias en el pueblo mas infeliz de Europa. Es verdad que esto no es nuevo, ni ha de sorprender á nadie. Desde mucho tiempo que viene sucediendo así.

Y si se pregunta á quien principal y directamente ha de atribuirse el mérito de la perfecta organizacion que acabamos de explicar, oiremos contestar á los periódicos de todos colores, desde la *Opinione* al *Pungolo*, que la gloria pertenece al inmortal Liborio Romano, «El gobierno de Liborio Romano, dice el último de dichos diarios, consiste en multiplicar sin piedad las cargas del erario, en alentar las

pasiones de los vagos, de los lazzaroni, de todos los elementos mas ínfimos de la sociedad.» Sobre semejante tema podríamos ofrecer á nuestros lectores, recorriendo los periódicos italianos, un admirable concierto de voces que todas entonan iguales himnos de alabanza.

Llegadas las cosas á este extremo, y desesperando de salir con bien su ministerio, el famoso D. Liborio presentó su dimision junto con todos los demás consejeros de la lugartenencia y partió para Turin, deseoso de auxiliar á los prohombres de la patria con el tesoro de sus luces y de su lealtad. Su presencia en aquella capital inspiró á un periódico de la misma un breve panegírico que merece ser reproducido. Dice así:

«Hay un nombre que expresa cuanto ha sucedido en Italia, lo esclarece, lo explica, manifiesta las artes con que se ha conseguido, su moralidad, su elevacion, y hace comprender la mayor parte de hechos que de otro modo serian inconcebibles. Es este nombre el de Liborio Romano, llegado hace poco de Nápoles á Turin. Liborio Romano concentra en sí á Carlos Buoncompagni y los buenos servicios diplomáticos por él prestados en la corte del gran duque de Toscana; concentra á Antonio Migliorati y al conde de la Minerva y sus trabajos en Roma como representantes de la Cerdeña; concentra á Camilo Cavour que auxilia en secreto la expedicion de Garibaldi en Sicilia y la anatematiza en la *Gaceta oficial* y en sus notas diplomáticas.... Todo ello queda dichó y recordado con solo proferir estas dos palabras *Liborio Romano*. Y los electores que así lo comprendieron, y á su vez entendieron que todo el mérito de la revolucion italiana se concentraba en *Liborio Romano*, qué hicieron? Votaron por *Liborio Romano*, quien fué el diputado que obtuvo mayor número de votos.»

De ese hombre, el mas vigilante en la puertas del reino de Nápoles para abrirlas á los heróicos campeones de Garibaldi, poseemos un documento que revela toda su lealtad y grandeza de ánimo; es la carta en que Liborio Romano, desterrado en Paris, daba gracias al rey Fernando II, que le habia concedido facultad para volver á su patria, de donde fuera expulsado por sus anteriores maquinaciones. Dice así:

«El abogado Liborio Romano humildemente manifiesta á V. M. (q. D. g.) su viva gratitud por haberse dignado V. M. acoger bené-

vola sus súplicas y otorgarle la gracia de regresar al reino. El mismo siente además la obligacion en que está de protestar de su adhesion y fidelidad á la persona de V. M., y de añadir que, examinando su conciencia, no cree haber hecho cosa alguna en menoscabo de las leyes de V. M. Pero si contra su intencion hubiese violado algun deber suyo, declárase de ello arrepentido, y promete observar en adelante tan irreprensible conducta que aleje hasta la sombra de la duda acerca de la lealtad de sus acciones. Así, pues, ruega á V. M., y lo espera de su clemencia, se servirá acoger benigna este su homenaje de gratitud y de adhesion con las cuales protesta otra vez ser

«de V. M.

«Fiel y humilde súbdito.

LIBORIO ROMANO.»

«Paris 12 de abril de 1854.»

Para saber quien es Liborio Romano no se necesita mas. La carta anterior y su conducta reciente pintan con toda perfeccion á este admirable tipo de lealtad.



CAPITULO XXVII.

Pago dado á la traicion del general Landi.—Solemne documento que manifiesta la traicion de los generales y jefes napolitanos.—Cuestiones suscitadas entre los garibaldinos y el ministerio de Turin.—Cuentas del Gran Capitan.—Nueva organizacion del gobierno de Nápoles.—Manifiesto del príncipe Luciano Murat.—Cuestion romana.— Garibaldi sale de Caprera.

Quién no recuerda los primeros encuentros de las tropas reales con los garibaldinos en Sicilia? Quién no conserva aun en la memoria los himnos de triunfo con que fueron celebradas las victorias de Garibaldi por haber vencido con un puñado de hombres la resistencia de las tropas en Alcamo y en Calatafimi? Como en su lugar hemos explicado, las tropas eran mandadas por el general Landi, quien mantuvo apartadas del teatro de los acontecimientos el grueso de sus fuerzas y solo opuso á Garibaldi algunas compañías de cazadores. Estos se batieron bien, pero eran dos contra diez y hubieron de retirarse. Realizada esta hazaña en servicio de su patria y de su soberano, Landi desapareció de la escena, y seguramente que jamás se habria hablado de él, si por fin no le hubiese alcanzado la justicia de Dios de un modo casi maravilloso. A últimos de marzo se presentó un criado al Banco de Nápoles exigiendo el pago de billetes por valor de diez y seis mil ducados; por via de precaucion rehusóse el pago de tan crecida suma á un criado, que reconocia no ser aquella propiedad suya, y exigióse que antes se presentase su amo, que era el general Landi. Al verificarlo este, se le preguntó de qué persona habia recibido aquellos valores, y como se negase

á contestar, díjosele que en tal caso se le reduciria á prision, pues los billetes eran *falsos*, oyendo lo cual confesó habérselos dado Garibaldi en remuneracion de sus servicios. Pocos dias despues, oprimido de vergüenza y de pesar, el infeliz murió. Garibaldi habia pagado dignamente su traicion.

Sin embargo mas demostradas y evidentes quedan aun la traicion y la infamia en la *Exposicion dirigida al parlamento italiano con motivo de los decretos emanados del ministerio de la guerra, respecto á la fusion de los ejércitos piamontés y napolitano*. De ella se desprende: 1.° Que al mismo tiempo que el rey del Piamonte trataba de una íntima alianza con Francisco II, valíase de sus embajadores y generales para corromper y seducir con dinero y promesas de grados á los generales y oficiales napolitanos. 2.° Que Nunziante preparaba hacia tiempo una insurreccion militar para lanzar del trono á su Rey y dar la corona á Victor Manuel. 3.° Que tales designios se frustraron por la fidelidad de las tropas. 4.° Que son enormes imposturas la expontánea anexion del pueblo y el entusiasmo del ejército por Garibaldi y el Rey sardo, lo mismo que el famoso plebiscito, único título en que funda sus pretensiones el maquiavelismo de la revolucion. Imposibilitados de insertar íntegro semejante documento á causa de su extension, trasladamos de él los pasajes relativos á la traicion, á la nueva organizacion dada al disuelto ejército napolitano, y á las cuestiones por ello suscitadas entre los partidarios de Garibaldi y los ministros piamonteses.

«En mayo de 1860, en la época del desembarco de Garibaldi en Sicilia formóse en el ejército un partido de oficiales cuyo objeto era favorecer el buen éxito de la empresa. Varios de dichos oficiales formaban parte de los comités establecidos en el reino, y algunos en especial pertenecian al que se reunia secretamente en Nápoles en la casa del embajador sardo, presidido por el general Nunziante, por el almirante Persano y por el general piamontés Ribotti. El fin que este comité se proponia era inducir á las tropas napolitanas, ó á parte de ellas, á que se insurreccionasen, y obligar así á Francisco II á abandonar el reino antes de que Garibaldi hubiese desembarcado en el continente. Frustrado este plan por la fidelidad de la tropa, se recurrió á las promesas de dinero y gracias entre los oficiales, quienes,

45

luego que Garibaldi hubo entrado en la capital, permanecieron fieles al compromiso contraido é impidieron que sus respectivos regimientos ó la parte que de ellos pudieron, siguiesen á su soberano. Así las cosas, una órden del Dictador disolvió aquellos cuerpos, si bien, deseando Garibaldi mostrarse agradecido con los oficiales que tantas fatigas y peligros habian sufrido, dispuso la reorganizacion del ejército regular. El ministerio Cosenz dió principio á esta tarea, y así fué como los oficiales que en cumplimiento de su empeño habian permanecido en Nápoles lograron las promociones prometidas.»

Los ministros piamonteses empero deshicieron todo lo obrado por Garibaldi, y disolvieron los batallones formados con aquel enjambre de traidores. «Sabeis cómo ha sido tratado el elemento militar patriótico? exclamaron estos. ¿Sabeis cuál ha sido el premio de tantas fatigas? Confundidos con los prisioneros borbónicos, y comprendidos todos en una misma clase, unos seremos degradados, y los demás declarados de reemplazo, sin consideracion á la edad ni á los servicios prestados.» La leccion ha sido en efecto dura, pero bien merecida.

Burlados en sus esperanzas aquellos hombres que vendieron á Garibaldi la fé jurada á su rey, insistieron en sus reclamaciones cerca del ministerio de Turin, el cual les contestó lo siguiente:

«1.° Que no existiendo ejército en Nápoles cuando Garibaldi entró en la capital, el Piamonte jamás habia pensado en unir al suyo los resíduos de aquel, y solo en aumentar el primero; de modo que los oficiales napolitanos que pretendiesen el honor de ingresar en él habian de sujetarse á cuantas condiciones les serian impuestas. 2.° Que no teniendo el general Garibaldi poder alguno del rey, y no pudiendo ser reconocidos como válidos los poderes que le confiriera el pueblo, habian de ser considerados como nulos los decretos por él dados durante la Dictadura. 3.° Que el ejército piamontés habia de hecho conquistado el reino de Nápoles, pues á no ser por él, Francisco II volveria á estar en su capital y Garibaldi hubiera sido preso y fusilado, de manera que el plebiscito no habia sido mas que una urgente necesidad. 4.° Finalmente, que habiendo de elegir para el ejército, consideraba mas dignos de alabanza á los oficiales de Capua y de Gaeta que á los que permanecieron en Nápoles, quienes al fin y

al cabo habian faltado á su juramento y habíanse mantenido apartados de los peligros y del teatro de la guerra.»

Semejante respuesta, muy importante para esclarecer los hechos bajo el aspecto histórico, habria debido inducir á los traidores á sepultarse en su oprobio; pero lejos de hacerlo así, creyeron deber refutarla poniendo mas en evidencia su propia infamia y revelando nuevas perfidias de la revolucion y el verdadero carácter de la *union* que reina entre los campeones de la unidad italiana. Su réplica dice así: «De tales palabras se desprende bien claro el carácter municipalista piamontés y el desenfrenado deseo de engrandecerse á costa de los demás; mas aunque no sea sino para que nuestros conciudadanos se formen una idea exacta de la posicion de todos, conviene contestar á tan soberbias observaciones. En primer lugar, es cierto que la mayor parte del ejército napolitano habia seguido al Rey, pero tambien lo es que habia quedado en Nápoles una pequeña parte del mismo, cuyos individuos pertenecian especialmente á los cuerpos de artillería y de ingenieros, de cuyos servicios se aprovechó no solo el ejército de los voluntarios, sino tambien el piamontés en el sitio de Gaeta. Además, con el personal de aquella fraccion se habian ya organizado tres regimientos de infantería, seis batallones de cazadores, un regimiento de caballería y algunos de carabineros, los cuales, si el ministerio, en vez de escoger (derecho que no le competia) hubiese procurado completarlos, estarian ya en disposicion de ingresar en el ejército italiano. 2.° Para negar que Garibaldi hubiese obrado en virtud de amplias facultades á él concedidas por Victor Manuel, hubiera sido preciso que el embajador Villamarina hubiese protestado contra tan enorme abuso, lo cual no solo no sucedió, sino que el mismo marqués *excitaba á los individuos á trabajar*. Desconocer luego la dictadura que á Garibaldi confirió el pueblo de Nápoles, equivale á desconocer el poder con que el mismo pueblo ha elegido á Victor Manuel. 3.° Calificar el plebiscito de una urgente necesidad, es no solo *falso*, sino una *indignidad enorme*. En aquella época los Napolitanos estaban entusiasmados con las victorias de Garibaldi y poco temian á Francisco, siendo únicamente inducidos á apresurar la votacion del plebiscito por la presencia de Mazzini en Nápoles y por las excitaciones de los emisarios piamonteses. La tardanza que experimentó la caida de

Capua solo ha de atribuirse al excesivo amor patrio del general Garibaldi, quien jamás quiso apelar á un bombardeo para no causar víctimas entre los indefensos habitantes. El artículo cuarto ni siquiera merece contestacion, pues bien claro revela el proyecto de la oficialidad piamontesa de excluir á los oficiales napolitanos para ocupar ellos solos las muchas plazas que resultaran al ser organizado el ejército italiano.»

Apartemos ya la vista de tantas traiciones, de tanta ingratitud, de tanto cinismo; cierto es sin embargo que no se acierta en donde fijarla sin que se encuentren desgarradores ó asquerosos espectáculos. Díganlo sino las cuentas que por aquel entonces se publicaron relativas á los 85 millones de francos que dejó Francisco II en el tesoro de su reino, y de los cuales se apoderó Garibaldi. El empleo que á ellos se dió, segun las referidas cuentas, fué el siguiente:

A los voluntarios garibaldinos.	46.066,500
A las tropas regulares piamontesas. . . .	13.700,000
A la marina.	418,500
Al Dictador para comprar armas. . . .	8.568,000
A la policía.	46,350
Al Dictador para gastos urgentes.	8.374,500
Por los festejos reales al entrar en Nápoles Victor Manuel.	8.568,000

Qué vergüenza! A la faz de Europa, con los nombres de libertad y de emancipacion en los labios, atreverse á esquilmar así á un pueblo, á robarlo, á saquearlo! El principio de no intervencion aplicable únicamente á los amigos del reino de Nápoles y proclamado por el emperador francés, habrá creado mas de una fortuna á expensas de los débiles y de los oprimidos. Bien por tan moral principio! Bien por los gobiernos de Europa que, ciegos ó impotentes, lo han aceptado y observado!

Aceptada la dimision de Liborio Romano y de sus colegas, el rey del Piamonte con decreto de 15 de marzo dió nueva organizacion al gobierno central de las provincias napolitanas cerca de la lugartenencia, dividiéndolo en las cuatro secciones siguientes: 1.° Interior y policía; 2.° Gracia y Justicia y negocios eclesiásticos; 3.° Instruccion

pública, agricultura y comercio; 4.º Obras públicas y hacienda. Para cada una de estas secciones nombróse un secretario general dependiente del respectivo ministerio, y los elegidos fueron para la 1.ª Silvio Spaventa; para la 2.ª Estanislao Mancini; para la 3.ª Pablo Emilio Imbriani, y para la 4.ª Victorio Sacchi, napolitanos todos.

El lamentable estado del reino, descrito en los capítulos anteriores, despertó en el corazon de Luciano Murat vivísimos sentimientos de compasion, y se dispuso con heróica grandeza de ánimo á corresponder á los votos que suponia dirigidos hácia él por los napolitanos, ya desengañados de sus nuevos conquistadores. Murat, sin desalentarse por el desgraciado éxito de sus anteriores tentativas, y convencido de los *irrefutables* y *legítimos* títulos de su dinastía elevada al trono napolitano por la fuerza de las armas del primer Bonaparte, dió una especie de manifiesto en 27 de marzo, en el cual declara no ser enemigo de la unidad italiana, pero que esta tal como se intentaba por el Piamonte no podia llegar á realizarse. «Es mas fácil, dice, formar sociedades políticas para que secunden los movimientos ya urdidos; vencer en dos ó tres batallas, tramar conspiraciones, comprar las venales y fáciles conciencias, excitar contra gobiernos merecidamente odiados la indignacion general, que dar muerte al reino de las Dos Sicilias, hacer de Nápoles una capital de provincia, é invadir á Roma sin atender á las razones de Estado y á la fuerza moral que defienden el Pontificado.» Refuta luego á aquellos que no creen posible una guerra entre la Italia sola y el Austria para la conquista de Venecia, y termina su epístola-manifiesto ponderando la felicidad de que gozaria el reino de las Dos Sicilias, en caso de ser él, hijo de Joaquin Murat, elegido por sucesor de Francisco II.

Semejantes proposiciones han tenido el ridículo resultado que habia de esperarse; nadie se ha acordado de ellas, y ni aun la misma corte de las Tullerías, encariñada con Victor Manuel por su probada docilidad, parece haber recibido con agrado las manifestaciones del hijo del ex-general de caballería. Sin dar nosotros á este acontecimiento mas importancia de la que tiene, que creemos no tiene ninguna, hemos creido deber anunciarlo en estas páginas, para que nada falte en ellas de lo ocurrido en los últimos tiempos en el reino de las Dos Sicilias.

La cuestion de Roma, tan unida con el principal objeto de este libro, traia agitados en tanto á los revolucionarios de Turin. La Cámara de diputados hízola objeto de sus discusiones, y entonces como siempre vióse alternar la hipocresía con el cinismo, la astucia con la violencia, las protestas de amor con el escarnio, y las odiosas comparaciones con los lamentos filiales; fingíase tomar la defensa del Papa para mejor herirle, modo de pelear en que era muy diestro el difunto conde de Cavour. En el discurso que con este objeto pronunció en la Cámara el dia 15 de marzo, esforzóse en probar que la ruina de Roma dimana de la union de ambos poderes en un mismo Soberano, usando de reticencias oratorias respecto de la Inglaterra y de la Rusia. Hizo mas; en sus ataques contra el Papa no vaciló en contradecir á su cómplice que, bajo el nombre de la Gueronnière, acusó á Pio IX de *injusta resistencia á prudentes consejos* y de meditada obstinacion en rechazar las oportunas reformas. El difunto Conde se espresó en estos términos : «Señores, los hombres que esto dicen están en un completo error; solicitan del Pontífice lo que el Pontífice no puede conceder, porque en él se confunden dos naturalezas distintas, la de Cabeza de la Iglesia y la de Soberano civil, aunque se confunden de modo que la cualidad de Cabeza de la Iglesia ha de prevalecer sobre la de Soberano civil. En efecto, si el poder temporal ha sido dado al Pontífice para asegurar la independencia de su autoridad espiritual, es claro que el Papa ha de sacrificar las consideraciones relativas al poder temporal á las que hacen referencia á los intereses de la Iglesia. Ahora bien, cuando se pide al Pontífice hacer á la sociedad civil las concesiones exigidas por la naturaleza de los tiempos y el progreso de la civilizacion, pero que *son contrarias á los preceptos positivos de la religion*, de la cual es Sumo Pontífice, se le pide una cosa que no puede, que no debe hacer. Si en ello consintiese faltaria á sus deberes como Pontífice, cesaria de ser respetado como la Cabeza del Catolicismo. El Papa puede tolerar ciertas instituciones como una necesidad, pero no puede promulgarlas, no puede asumir la responsabilidad de las mismas, no puede darlas la autoridad de su nombre. Por ejemplo: el Pontífice puede tolerar en Francia el matrimonio civil, pero no puede como Papa dar al mismo la autoridad de su asenso, no puede proclamarlo como ley del Estado. Lo que digo respecto del matrimonio

civil, puede decirse tambien de otras muchas instituciones que, consideradas bajo el punto de vista meramente católico, se hallan *en contradiccion con algunos preceptos*, pero cuya tolerancia se ha hecho una necesidad. Por ello, pues, no vacilo en decir que, lejos de dirigir un cargo á Pio IX por haber rehusado constantemente las reformas y concesiones que de él se exigian, esta su firmeza, que no obstinacion, es á mi modo de ver, considerándolo como católico, un acto digno de alabanza.»

Cuántas consideraciones pueden deducirse de semejantes palabras! Pedíanse al Papa reformas que se sabia no podian ser por él aceptadas, solo para tener luego el pretesto de acusarle de obstinacion! Un ministro de un Estado que se llama católico abogando por instituciones contrarias á los *preceptos positivos* del catolicismo!

Otras notables revelaciones fueron hechas por el conde y entre ellas la de que no se habia arrebatado aun al Papa la ciudad de Roma porque la Francia no lo habia permitido; que todo depende del emperador, y que si este no quiere será preciso esperar. De esto que está en la conciencia de todo el mundo, conviene sin embargo tomar acta para que se vea la independencia que ha logrado la Italia con su revolucion. Dijo así el conde: «El diputado Audinot ha manifestado ya que seria locura en las actuales condiciones de la Europa, pretender ir á Roma á pesar de la oposicion de la Francia; pero no es esto solo. Aun cuando por acontecimientos que no creo probables ni posibles, se hallase reducida la Francia á no poder oponerse materialmente á nuestra expedicion de Roma, no habríamos tampoco de verificar la union de dicha ciudad al resto de Italia, si esto hubiese de causar grave daño á nuestro aliado. Señores, hemos contraido para con la Francia una gran deuda de gratitud, y aun cuando no pretendo que sean aplicables á las relaciones internacionales las estrictas reglas de moralidad que han de determinar las relaciones de los individuos entre sí, existen ciertos principios de moral, que ni las naciones pueden violar impunemente.... Otro motivo aun mas grave nos asiste para no contradecir á la Francia. Al invocar en 1859 el auxilio francés, al consentir el emperador en venir á Italia al frente de sus belicosas tropas no nos ocultó los compromisos que tenia contraidos respecto á la corte de Roma. Nosotros aceptamos su auxi-

La cuestion de Roma, tan unida con el principal objeto de este libro, traia agitados en tanto á los revolucionarios de Turin. La Cámara de diputados hízola objeto de sus discusiones, y entonces como siempre vióse alternar la hipocresía con el cinismo, la astucia con la violencia, las protestas de amor con el escarnio, y las odiosas comparaciones con los lamentos filiales; fingíase tomar la defensa del Papa para mejor herirle, modo de pelear en que era muy diestro el difunto conde de Cavour. En el discurso que con este objeto pronunció en la Cámara el dia 15 de marzo, esforzóse en probar que la ruina de Roma dimana de la union de ambos poderes en un mismo Soberano, usando de reticencias oratorias respecto de la Inglaterra y de la Rusia. Hizo mas; en sus ataques contra el Papa no vaciló en contradecir á su cómplice que, bajo el nombre de la Gueronnière, acusó á Pio IX de *injusta resistencia á prudentes consejos* y de meditada obstinacion en rechazar las oportunas reformas. El difunto Conde se espresó en estos términos : «Señores, los hombres que esto dicen están en un completo error; solicitan del Pontífice lo que el Pontífice no puede conceder, porque en él se confunden dos naturalezas distintas, la de Cabeza de la Iglesia y la de Soberano civil, aunque se confunden de modo que la cualidad de Cabeza de la Iglesia ha de prevalecer sobre la de Soberano civil. En efecto, si el poder temporal ha sido dado al Pontífice para asegurar la independencia de su autoridad espiritual, es claro que el Papa ha de sacrificar las consideraciones relativas al poder temporal á las que hacen referencia á los intereses de la Iglesia. Ahora bien, cuando se pide al Pontífice hacer á la sociedad civil las concesiones exigidas por la naturaleza de los tiempos y el progreso de la civilizacion, pero que *son contrarias á los preceptos positivos de la religion*, de la cual es Sumo Pontífice, se le pide una cosa que no puede, que no debe hacer. Si en ello consintiese faltaria á sus deberes como Pontífice, cesaria de ser respetado como la Cabeza del Catolicismo. El Papa puede tolerar ciertas instituciones como una necesidad, pero no puede promulgarlas, no puede asumir la responsabilidad de las mismas, no puede darlas la autoridad de su nombre. Por ejemplo: el Pontífice puede tolerar en Francia el matrimonio civil, pero no puede como Papa dar al mismo la autoridad de su asenso, no puede proclamarlo como ley del Estado. Lo que digo respecto del matrimonio

El *Solitario* de Caprera, cansado al fin de su *soledad*, resolvió templar esta con algunas de aquellas ovaciones que tanto se avienen con su carácter melodramático. Para ello marcho á Génova, donde el populacho le recibió como siempre y desde allí á Turin, donde se hizo la segunda edicion de lo de Génova. Las cuestiones relativas al ejército meridional de que hemos ya hablado, y al armamento de la nacion exigian el auxilio de sus luces y de su genio organizador, y no vaciló en sacrificarse otra vez por la patria yendo á ocupar su puesto en la Cámara de diputados. Entonces estalló de nuevo el antagonismo entre él y Cavour, aun cuando no habia que tomarlo por lo sério, pues muy reciente está aun la farsa de la expedicion á Sicilia y de las severas órdenes del ministro contra el hombre que *comprometia el porvenir de la nacion italiana.* En efecto, como luego veremos, una *franca* reconciliacion no tardó en unir otra vez á los dos campeones de Italia.

CAPITULO XXVII.

Pago dado á la traicion del general Landi.—Solemne documento que manifiesta la traicion de los generales y jefes napolitanos.—Cuestiones suscitadas entre los garibaldinos y el ministerio de Turin.—Cuentas del Gran Capitan.—Nueva organizacion del gobierno de Nápoles.—Manifiesto del principe Luciano Murat.—Cuestion romana.— Garibaldi sale de Caprera.

Quién no recuerda los primeros encuentros de las tropas reales con los garibaldinos en Sicilia? Quién no conserva aun en la memoria los himnos de triunfo con que fueron celebradas las victorias de Garibaldi por haber vencido con un puñado de hombres la resistencia de las tropas en Alcamo y en Calatafimi? Como en su lugar hemos explicado, las tropas eran mandadas por el general Landi, quien mantuvo apartadas del teatro de los acontecimientos el grueso de sus fuerzas y solo opuso á Garibaldi algunas compañías de cazadores. Estos se batieron bien, pero eran dos contra diez y hubieron de retirarse. Realizada esta hazaña en servicio de su patria y de su soberano, Landi desapareció de la escena, y seguramente que jamás se habria hablado de él, si por fin no le hubiese alcanzado la justicia de Dios de un modo casi maravilloso. A últimos de marzo se presentó un criado al Banco de Nápoles exigiendo el pago de billetes por valor de diez y seis mil ducados; por via de precaucion rehusóse el pago de tan crecida suma á un criado, que reconocia no ser aquella propiedad suya, y exigióse que antes se presentase su amo, que era el general Landi. Al verificarlo este, se le preguntó de qué persona habia recibido aquellos valores, y como se negase

El *Solitario* de Caprera, cansado al fin de su *soledad*, resolvió templar esta con algunas de aquellas ovaciones que tanto se avienen con su carácter melodramático. Para ello marchó á Génova, donde el populacho le recibió como siempre y desde allí á Turin, donde se hizo la segunda edicion de lo de Génova. Las cuestiones relativas al ejército meridional de que hemos ya hablado, y al armamento de la nacion exigian el auxilio de sus luces y de su genio organizador, y no vaciló en sacrificarse otra vez por la patria yendo á ocupar su puesto en la Cámara de diputados. Entonces estalló de nuevo el antagonismo entre él y Cavour, aun cuando no habia que tomarlo por lo sério, pues muy reciente está aun la farsa de la expedicion á Sicilia y de las severas órdenes del ministro contra el hombre que *comprometia el porvenir de la nacion italiana*. En efecto, como luego veremos, una *franca* reconciliacion no tardó en unir otra vez á los dos campeones de Italia.

CAPITULO XXVIII.

Reconocimiento del reino de Italia por la Inglaterra y otras potencias.— Protestas de la Santa Sede, y de los príncipes de Toscana, Parma y Módena.—Memorandum del Rey de las Dos Sicilias.

La Inglaterra que profesa en política el principio de reconocer todos los gobiernos de hecho, y favorable, como ya hemos dicho, á la unidad italiana, llevada por su antagonismo á la Francia y por su odio al pontificado, fué la primera potencia en reconocer al llamado reino de Italia, y su ejemplo fué seguido por el gobierno portugués, por el rey de Grecia, por el emperador de Marruecos, por el bey de Tunez, por el rey de Suecia y últimamente por Napoleon III, que así dió la última prueba del respeto que le merecian sus solemnes compromisos de Villafranca y de Zurich. Los soberanos de Italia no podian empero permanecer silenciosos ante la usurpacion de Victor Manuel, que trataba de revestir su despojo bajo ciertas formas de aparente derecho, y el gobierno de la Santa Sede, la duquesa de Parma, el gran duque de Toscana y el duque de Módena dejaron oir su voz protestando del nuevo título tomado por el rey de Cerdeña.

Sus palabras, como era natural, fueron acogidas con sarcasmo por la prensa unitaria; los regeneradores de Italia y del mundo han llegado á confundir tanto los sentimientos de lo justo y de lo injusto con los de la utilidad; han sustituido tan abiertamente á la fuerza moral del derecho el derecho de la fuerza material, que les parecen extrañas y

absurdas las reclamaciones contra las usurpaciones y los atropellos consumados. Los periódicos de Turin no volvian de su sorpresa al ver que Pio IX, Francisco V, Roberto I y Fernando se creian aun soberanos de las Marcas y la Umbría, de Módena, de Parma y de Toscana, de cuya soberanía gozan en virtud de los tratados europeos y de la posesion legítima y reconocida; y los hombres de sentido recto habrian de maravillarse á su vez de semejante asombro, si no fuera cosa sabida que á fuerza de conculcar las razones todas de probidad y de derecho, bórranse del entendimiento y del corazon de ciertos hombres hasta las mas simples nociones de justicia. No obstante, sea cual fuere la opinion de estos, tales documentos serán siempre de altísima importancia histórica, y bajo este concepto creemos deber insertarlos aquí, por lo estrechamente unidos que están á nuestro principal asunto.

Protesta de S. A. R. el gran duque de Toscana.

«Desde hace dos años el Piamonte se entrega á su obra devastadora, sin reparar en los medios y empleando ora la astucia, ora la violencia. Despues de haber alejado á los Príncipes legítimos, ó de despojarles de la integridad de su territorio, faltando al respeto debido á la Majestad del Sumo Pontífice y comprometiendo los augustos intereses del Catolicismo, despreciando las mas naturales consideraciones de parentesco, comprando la traicion, llevando la guerra allí donde no habia sido declarada ó sin que hubiesen espirado los términos fijados en las negociaciones diplomáticas que se seguian; puesto en connivencia con los agresores privados, que si eran censurados antes de llevar á cabo su empresa, eran cubiertos de gloria luego que era posible aprovecharse del resultado; despues de haber impuesto sucesivamente á todos los Estados de Italia un sistema de anexion que se ha pretendido derivado de la libre voluntad de los ciudadanos por medio de un sufragio universal, que la falta de ánimo en algunos, la corrupcion empleada en otros y el terrorismo ejercido sobre los mas hicieron ilusorio, y contra el cual ha protestado ya en varios puntos de Italia una resistencia que se trata de vencer con las órdenes mas feroces, con el estado de sitio y con los fusilamientos; despues que bajo pretexto de patriotismo ha sacrificado los intereses y el legítimo amor

patrio de todos los Estados de Italia al egoismo de uno solo y á la ambicion de su dinastía, el gobierno piamontés ha pretendido resumir en una sola palabra los hechos verificados, y el rey Victor Manuel ha tomado el título de rey de Italia.

«La proclamacion del reino de Italia sanciona para los Estados particulares de la Península la destruccion de aquella autonomía sin la cual se esperará en vano el bienestar y la tranquilidad de la Italia, y que hecha tan necesaria por la inveterada costumbre, por la diversidad de caracteres y mas que todo por la deferencia de los intereses locales, como querida por las antiguas y gloriosas tradiciones, podia y debia conciliarse, por medio de una confederacion, con la regeneracion del poder italiano. La proclamacion del reino de Italia, al destruir la organizacion política de la Península, al violar los derechos de las dinastías legítimas y al conculcar unilateralmente los tratados fundamentales en que tomaron parte las Potencias todas de Europa, se opone á las estipulaciones de Villafranca, las que, confirmadas en Zurich con la cooperacion del rey de Cerdeña, habian de ser la base del nuevo derecho público italiano.

«En interés de los imprescriptibles derechos de nuestra dinastía, en interés de la verdadera felicidad de nuestra querida Toscana y de la Italia entera, Nos, refiriéndonos á las protestas con anterioridad emanadas de nuestro amado Padre y de Nos mismo, nos creemos en el deber de protestar, como protestamos de la manera mas solemne, contra el nuevo acto del gobierno del rey Victor Manuel, abrigando la confianza de que las Potencias europeas, muchas de las cuales han manifestado mas de una vez y públicamente al Piamonte su reprobacion, no querrán reconocer un título que es la expresion del ilegítimo órden de cosas que por el momento prevalece en Italia.

«Dresde 26 de marzo de 1861.

«FERNANDO.»

Protesta de S. A. R. el duque de Módena.

«Nos Francisco V, *archiduque de Austria*, *Este*, *Príncipe Real de Hungría y de Bohemia, por la gracia de Dios Duque de Módena, de Reggio, de Mirandola, de Massa, de Carrara, de Guastalla, etc. etc.*

«El rey de Cerdeña, al hacerse conferir el título de rey de Italia por

una asamblea compuesta en gran parte de súbditos rebeldes á sus legítimos soberanos, ha puesto el sello á la dilatada série de usurpaciones, contra las cuales protestamos ya en 14 de mayo y en 22 de junio de 1859 y en 22 de marzo de 1860; y este nuevo ultraje, inferido á la soberanía legítima en Italia y por consiguiente tambien á la nuestra, nos impone el deber de protestar nueva y altamente para la conservacion de los derechos, que acto alguno extraño á nuestra voluntad puede nunca perjudicar, ni debilitar.

«La Europa entera recordará que aquel que conculca tan indignamente y oprime el Estado que heredamos de nuestros mayores, es el mismo soberano que, mantenido en su vacilante trono por el generoso vencedor de Novara, redobló desde entonces las maquinaciones revolucionarias, no solo contra aquel, sino tambien contra los demás gobiernos de Italia, con quienes al mismo tiempo fingia las mas amistosas relaciones. Incapaz en un principio de emprender conquistas, solo con el auxilio de un ejército extranjero, por él llamado á Italia, y al cual se debió enteramente el triunfo, pudo apoderarse de los paises, que desde tanto tiempo codiciaba. Encontrábase entre ellos nuestro Estado, el cual, perdida la propia autonomía, convirtióse desde entonces en una mera provincia contribuyente á las cargas siempre mayores de los tributos y de la deuda pública, no conociendo á sus actuales dominadores sino por las vejaciones, las visitas domiciliarias, las prisiones arbitrarias, las confiscaciones de bienes y las redobladas quintas. Y si todo ello no bastase para calificar al gobierno que se ha entronizado en nuestro Estado, recordaremos ser el mismo que en medio de la general reprobacion de los hombres honrados, procediendo con alevosía á la invasion de las Marcas y la Umbría, asesinó á los pocos, pero valerosos soldados que de todos los paises católicos habian acudido en defensa del Sumo Pontífice; el mismo que, socorriendo á una banda de malhechores de todas las naciones que se hallaba á punto de sucumbir, atacó desleal el Estado del noble y esforzado rey de las Dos Sicilias. Las feroces proclamas, la crueldades inauditas cometidas en aquel reino contra aquellos que, por su fidelidad á su legítimo soberano, se negaron á someterse al usurpador, son hechos de notoriedad incontrastable.

«A tantas iniquidades ha de unirse el pérfido sistema que tiende á

destruir la religion y á corromper la moral pública, bajo el cual, lo mismo que los demás pueblos de Italia, gimen nuestros súbditos que se distinguieron siempre en su gran mayoría por su amor á la fe católica y por su adhesion á su legítimo soberano. Profundamente condolido de semejante estado de cosas, comprendemos el deber en que estamos de levantar de nuevo nuestra voz, en nombre de aquella gran mayoría, contra el acto reciente del rey Victor Manuel, que conculca los principios todos de honradez y los tratados internacionales, incluso el de Zurich; y otra vez dirigimos un llamamiento á las Potencias amigas, las cuales, así queremos creerlo, acabarán por vengar tantos atropellos. Penetrados finalmente de la validez de nuestros derechos sobre el Estado que nos ha sido confiado por la Providencia divina, y que heredamos de nuestros mayores, lo mismo que de los deberes que tenemos para con nuestros sucesores, declaramos estar resueltos á aprovechar la ocasion que se presente propicia para recobrar su posesion, y de nuevo empuñar las riendas de nuestro legítimo gobierno, como lo reclaman el honor y el deber, no menos que el grandísimo afecto que conservamos hácia nuestro país natal y hácia nuestros amados súbditos, muchos de los cuales no cesan de prodigarnos con una constancia verdaderamente admirable, pruebas de amor y de fidelidad.

«Viena 30 de marzo de 1861.

»FRANCISCO *m. p.*»

Protesta de S. A. R. la Duquesa regente de Parma.

«Nos, Luisa María de Borbon, regente de los Estados de Parma por el duque Roberto I.

»Con nuestros manifiestos dados en San Gall en junio de 1859, y en Zurich á 28 de marzo de 1860, protestamos contra la usurpacion de los Estados propios de nuestro querido hijo, el duque Roberto I, usurpacion cometida por el gobierno de S. M. el rey de Cerdeña, y que se pretendia provocada por el libre voto de los pueblos. Extendida esta usurpacion á casi toda la península, el rey de Cerdeña ha tomado el título de *rey de Italia*, y contra este último acto, que confirma todas las usurpaciones realizadas en el breve espacio de dos años con perjuicio de los legítimos príncipes de Italia, y que de nuevo atenta á los

derechos soberanos de nuestro hijo, príncipe italiano, nos incumbe el deber de protestar y solemnemente protestamos, apelando otra vez á los sentimientos de justicia de las potencias amigas, las cuales á decir verdad, no pueden mirar indiferentes tan repetidos ultrajes á la fe de los tratados.

«Castillo de Wartegg, en Suiza, á los 10 de abril de 1861.

«LUISA.»

Protesta de la Santa Sede.

«Un rey católico, conculcando todos los principios religiosos, menospreciando todos los derechos y violando todas las leyes, toma el título de *rey de Italia* despues de haber despojado poco á poco á la augusta Cabeza de la Iglesia católica de la mayor y mas floreciente parte de sus legítimas posesiones. Con ello pretende poner el sello á las sacrílegas usurpaciones ya realizadas, usurpaciones que su gobierno ha manifestado ya el intento de consumar del todo, á expensas del patrimonio de San Pedro. Aunque el Sumo Pontífice haya solemnemente protestado á cada una de las nuevas empresas con que se violaba su soberanía, debe no obstante hacer hoy una nueva protesta contra el acto con el cual se asume el rey de Cerdeña un título con el fin de legitimar la iniquidad de sus actos anteriores. Superfluo seria recordar aquí la santidad de la posesion del patrimonio de la Iglesia y el derecho del Sumo Pontífice á este patrimonio, derecho incontrastable, reconocido en todos tiempos por todos los gobiernos; y por lo mismo Su Santidad no podrá reconocer jamás el título de rey de Italia que se arroga el rey de Cerdeña, en cuanto este título es ofensivo á la justicia y á la sagrada propiedad de la Iglesia; y no solo no puede reconocerlo, sino que protesta del modo mas absoluto y solemne contra esta usurpacion.

»El infrascrito Cardenal secretario de Estado ruega á V. E. se sirva poner en conocimiento de su gobierno el presente acto de Su Santidad, convencido de que reconocerá su pertenencia, y de que, asociándose á tal resolucion, contribuirá con su influencia á hacer cesar el

anormal estado de cosas que aflige hace tanto tiempo á la desgraciada península.

«Roma, 15 de abril de 1861.

«*G. Cardenal* ANTONELLI.»

Tambien el rey de las Dos Sicilias dejó oír su voz en aquellas circunstancias, y como por algunos asalariados de los autores y cómplices de la Revolucion, se intentase propalar que Francisco II pagaba y dirigia la insurreccion de las provincias del reino, explicó en el siguiente notable documento, dirigido á las potencias europeas, la índole verdadera y las causas de los trastornos que afligian al país, índole y causas que nosotros hemos señalado ya y que están al alcance de cualquier persona que no cierre sus ojos á la razon y á la evidencia, y su corazon á los nobles sentimientos del patriotismo.

Dice así el *Memorandum* del Rey de Nápoles.

«Roma 28 de abril de 1861.

«Sr...: Desde que el Rey nuestro Señor se halla retirado en Roma, ha tomado por norma de su conducta no excitar inútiles agitaciones en sus Estados. Bastábale por de pronto haber patentizado al mundo la iniquidad de las agresiones de que ha sido víctima, y haber salvado el honor de su ejército con la defensa de Gaeta. Su conciencia le imponia el deber de evitar á toda costa el derramamiento de sangre generosa; su política le aconsejaba dejar que se produjeran ante el país y ante la Europa las consecuencias de la revolucion y de la conquista,

«Al poner el pié en esta tierra de asilo, S. M. explicó asimismo estas sus leales intenciones á sus representantes por conducto mio, y no ha faltado en manera alguna á su propósito, á pesar de poderosísimas instancias á las que ha resistido con inexorable firmeza. Su ayuda ha sido muchas veces invocada por las diversas clases de la poblacion, y se ha solicitado en último caso su nombre para sacudir un yugo cada vez mas aborrecido y mas pesado, y recobrar la independencia, la seguridad y el reposo perdidos. S. M. empero no ha creido llegado el dia de acometer tan gloriosa empresa: ha pensado por el contrario que habia de ser obra del tiempo y de los desengaños; que en el estado actual de Europa, en la situacion de Italia, casi

enteramente subyugada por el Piamonte; en la desorganizacion en que se ven envueltas todas las provincias del reino, podria suscitarse cruenta guerra contra los opresores, mas no libertarse la monarquía.

«Fundado en estas razones el Rey, no solo se ha abstenido de fomentar, sino que ha hecho lo humanamente posible para prevenir y evitar las insurrecciones parciales que con tanta espontaneidad han estallado en todas las provincias continentales. Á cuantos fieles súbditos directa ó indirectamente le han pedido sus órdenes, les ha dado la misma generosa respuesta.

«El Rey no abandonará villanamente su causa el dia en que el descontento llegue á su colmo, y por un esfuerzo grave y simultáneo se muestren los pueblos decididos á recobrar su independencia; cualquiera que sea entonces el punto en que se encuentre, volverá, sin que le arredren los mayores peligros, á ponerse al frente de los leales para salvar la patria comun; pero hasta que llegue este momento, su deber de soberano, su paternal amor, su conciencia de cristiano, la prevision política, todo le prohibe provocar estériles agitaciones, y aceptar la responsabilidad de la sangre inútilmente derramada, y de prematuros, aunque nobles sacrificios.

«Al contemplar tanta lealtad en las convicciones y tanta firmeza en los propósitos, preguntarán aquellos que no conozcan el reino de Nápoles: ¿cómo han sido posibles esas numerosas tentativas de insurreccion que en nombre, y con la bandera del Rey se han descubierto y se reproducen apenas sofocadas en todas las provincias? Deber es de los representantes de S. M. aclarar y desvanecer esta aparente anomalía, á fin de que los gabinetes, ni la opinion pública de Europa puedan ser inducidos en error en materia tan importante.

«Los esfuerzos del Rey han podido hasta ahora evitar la guerra, pero no podian evitar movimientos aislados que por todas partes se sustraian á su direccion.

«No se gobierna, ni se reprime desde lejos, sin otra fuerza que la persuasion y el respeto, la exasperacion cada vez mayor de una gran parte del pueblo. El descontento de todas las clases, el amor á la independencia y la miseria han producido y avivarán cada dia la insurreccion de los pechos generosos contra la dominacion extranjera.

«Sin entrar á hacer la historia de acaecimientos pasados, historia

que ya empieza la Europa á conocer, basta leer las últimas discusiones del Parlamento de Turin en lo concerniente á los negocios del reino de Nápoles, para formar idea del miserable estado á que se halla reducido aquel territorio, y para comprender los motivos naturales de las últimas insurrecciones.

«Abrase cualquier periódico de Nápoles que no reciba subvencion del gobierno; ábrase cualquiera de ellos que sea, no digo legitimista, porque en esta época de libertad no se permite publicar ninguno, sino revolucionario de cualquier matiz: piamontés, republicano ó garibaldino. Los hechos que diariamente se encuentran conmemorados son otros tantos elocuentes comentarios de la situacion que pintan los discursos pronunciados en la Cámara del Piamonte.

«Los soldados del antiguo ejército reciben el peor trato, y se hallan abandonados á la miseria. Una gran parte del clero se ve perseguida, se han confiscado los bienes de la Iglesia, no existe seguridad individual; el nombre de borbónico aplicado á cualquier individuo pacífico, basta para arrebatarle todas las garantías de la ley, y las correspondencias de los periódicos ingleses mas favorables á la causa de la Cerdeña, revelan curiosísimos pormenores en punto á la anarquía permanente que reina en la capital y en las provincias. La hacienda ha llegado á tal extremo de ruina que no basta para sufragar los gastos mas indispensables. La enorme baja que ha sufrido el valor de los fondos públicos, ha hecho que en pocos meses pierdan las clases interesadas en ellos las dos terceras partes de su caudal; los desórdenes, la general inseguridad y la inquietud por lo porvenir, entorpecen la agricultura, paralizan el comercio; y la miseria, bajo todas sus formas, se muestra á los pueblos como consecuencia inmediata de la conquista.

«Así pues, nada tiene de extraño que se subleven desesperados y que, á despecho de la proverbial docilidad de su carácter, prefieran á su actual suerte los azares de una lucha desigual. Así se ve á campesinos animosos, aunque inermes, levantarse en la Basilicata, en las Pullas, en las Calabrias, en los Abruzzos, resistiendo á los ataques de las tropas enviadas para combatirlos, acercándose á las puertas de la capital, y manteniendo en fin con un esfuerzo de heróico valor la bandera del Rey legítimo en Melfi.

«Fácil era vencer con tropas regulares á masas denodadas, pero sin organizacion y casi desarmadas; los batallones piamonteses las oprimen, pero hacen un uso deplorable de la victoria, fusilando en las provincias del reino sin piedad, sin proceso, ni forma alguna de juicio. Proclámase de nuevo la ley marcial, y vese entonces á generales destituidos por una crueldad que ha escandalizado á la Europa, volver á mandar en las mismas provincias que han asolado.

«La vida de los hombres es mirada como cosa insignificante, en cuanto se opone al esclavizamiento del país. La política dominante hoy es la inaugurada meses atrás en los Abruzzos por el general Pinelli, cuando proclamaba que toda falta de respeto á la bandera de Saboya seria castigada inmediatamente con fusilamiento.

«En tanto la Europa civilizada parece cerrar los ojos ante el espectáculo que se está representando allende el Tronto. Los periódicos revolucionarios que de diez años á esta parte vienen declamando con incesante estrépito contra la crueldad, dicen ellos, de tener presos á unos cuantos reos políticos, no tienen ni una palabra para tanto infeliz fusilado sin formacion de causa en la Basilicata y en los Abruzzos.

»Despues que el gobierno legítimo reprimió el movimiento de 15 de mayo de 1848, cuando mas adelante desbarató la invasion de Sapri en 1857, sometió á todos los prisioneros á la jurisdiccion ordinaria establecida por las leyes para semejantes casos, y conmutó todas las penas de muerte, no queriendo que se derramase mas sangre por causas políticas. No han seguido ciertamente los Piamonteses este ejemplo en el país por ellos conquistado, ni han imitado la clemente conducta del Rey, que, despues de haber dado instituciones representativas á sus pueblos, sin mirar á que se conspiraba al rededor de él, ha tenido siempre suspenso el brazo de la justicia y dividido el pan de sus propios soldados con los prisioneros de las hordas piráticas que han invadido su reino.

«Para juzgar de los verdaderos sentimientos que animan á los Napolitanos, basta un simple cotejo. Ocurrian graves sucesos en Europa; cambiando iban la revolucion y la guerra de Italia todo el estado de la Península, cuando la enfermedad del último monarca, quien, lejos de su capital, padeció una agonía de cuatro meses; pero ni aun en esta grave circunstancia que tanto enflaquecia al poder público,

ni al subir al trono el nuevo Rey, se alteró el órden en la monarquía. Y esto fué porque los pueblos, deseosos de prudente libertad y de pacíficas reformas, no querian la revolucion: la revolucion ha sido establecida en el reino á viva fuerza.

«El dinero, las intrigas, las armas del Piamonte, y la general creencia en el pueblo de que esta política estaba apoyada por dos grandes potencias occidentales, son las verdaderas causas del rápido triunfo de la invasion.

«Consumada la anexion en Sicilia, ocupadas las Calabrias por las fuerzas de Garibaldi, el resto del reino se mantuvo aun fiel y tranquilo. La causa legítima del Rey parecia vencida cuando no le restaba ya sino la fortaleza de Gaeta, cuando estaba su capital en poder de la revolucion, cuando habia entrado en ella el monarca sardo al frente de su ejército; y sin embargo, entonces comenzaron las reacciones de los pueblos inermes contra la fuerza extranjera.

«Desde entonces acá, á despecho de los triunfos de sus armas, á despecho de las insurrecciones todas de Italia, y de la coalicion de los revolucionarios europeos, á despecho de la crueldad de las represiones, los pueblos no han llevado en paciencia un yugo aborrecido; y durante ocho meses no se ha pasado un solo dia sin que se hayan reunido para protestar con su propia sangre contra la iniquidad de la agresion. Si se exceptuan los lamentables sucesos de Palermo, hondamente deplorados por el Rey, ni una sola persona se ha fusilado en las Dos Sicilias desde 1848 hasta 1860, sin que por esto el país haya dejado de gozar de completa tranquilidad. Los Piamonteses fusilan hoy sin misericordia, y no han logrado una hora de paz desde que se apoderaron del reino. Este cotejo basta para dar idea de la popularidad de los invasores.

«No son, pues, excitaciones salidas de Roma la causa de las insurrecciones constantes del reino, ni caben estas excitaciones en la política del Rey, ni, aunque cupieran, tendria medios el monarca para mantener en campaña á sus partidarios, puesto que el Piamonte, como nadie ignora, al despojarle de la corona, le ha despojado tambien de su fortuna privada. El verdadero móvil, lo repito, de lo que acontece en Nápoles, es el amor á la independencia, es el odio á los invasores, es el descontento por un gobierno desordenado, es la mi-

seria, es la noble lealtad á una antigua dinastía, es la comparacion incesante de la situacion presente con la esperanza de reposo, de prosperidad, de libertad que se prometen los pueblos del soberano legítimo que, despues de haberles dado instituciones representativas, vendido hoy, acometido, despojado, no ha faltado ni faltará á su palabra, ni ha querido derramar la sangre de sus enemigos, abandonando su capital por no exponerla á los rigores de la guerra, excitando despues la admiracion del mundo y salvando el honor del ejército napolitano con la heroica defensa de Gaeta.

«Otro cotejo hay que hacer respecto del tiempo pasado, que el reino no olvidará fácilmente. Ha visto á un rey extranjero faltar á su propia palabra, violar todos los derechos, enseñorearse con engaño y violencia de un Estado amigo, ocupar palacios y celebrar fiestas en los aposentos del soberano legítimo á quien en aquellos mismos momentos no se dejaba otro asilo que la casamata de una fortaleza para salvar, en medio de privaciones y enfermedades, á su inocente familia de todos los horrores de un prolongado é implacable bombardeo. La memoria de estos hechos y las desgracias presentes son las verdaderas causas de la perpétua agitacion de las Dos Sicilias.

«Esta agitacion no cesará mientras la Europa no se resuelva á ocuparse en los negocios de Italia, mientras permita á un soberano, aliado con la revolucion, acometer impunemente á los demás monarcas, y entrar á mano armada en naciones libres, cuya independencia está consagrada por el derecho público, única garantía de la paz y de la civilizacion del mundo.

«Por estas razones no ha querido S. M. añadir á las muchas protestas que lleva hechas, una protesta mas contra el nuevo título de rey de Italia que una asamblea revolucionaria ha conferido al rey del Piamonte.

«S. M. entiende que esta vana frase no puede invalidar sus legítimos derechos, ni sancionar atentados contra los cuales ha protestado solemnemente el Rey, y que son contrarios á las nociones mas elementales de moral y de justicia; pero tampoco se cansará nunca de apelar á la equidad, á la rectitud y á los verdaderos intereses de todas las potencias de Europa.

«Sírvase V. E. leer y dejar copia del presente despacho á ese señor ministro de Negocios extranjeros.

«*El vicealmirante, encargado del despacho de Negocios extranjeros de S. M. Siciliana,*

«LEOPOLDO DEL RE.»

CAPITULO XXIX.

Ruinoso estado de la hacienda piamontesa.—Diferentes deudas italianas.—Fusion de todas ellas en una sola.—Nota y protestas del Rey de las Dos Sicilias.—Batalla entre Garibaldi y el Ministerio.—Combate epistolar entre Cialdini y Garibaldi.—Reconciliacion general.—Garibaldi vuelve á Caprera.

El Piamonte tiene mucho que agradecer á los regeneradores de Itali . Perdida la Saboya, perdida Niza en cambio de paises que tarde ó temprano perderá, ha de encontrarse al final de esta jornada mas pobre, mas humillado, mas despreciado que nacion alguna de Europa, llevando sobre sí la vergüenza y el ridículo de su descabellada é infame intentona. Diezmada su juventud y arruinada su hacienda, tales son los primeros beneficios que ha reportado de su innoble sed de conquistas.

El mismo ministerio de Turin descorrió una parte del velo, y aprovechando la ocasion daremos á nuestros lectores algunas noticias respecto á los apuros rentísticos de la pobre Cerdeña.

Son tantos ya los empréstitos contraidos que en 1860 se pagaban por intereses 94.045,000 liras; los gastos en el mismo año ascendieron á 563 millones, y en 1861 llegarán á lo menos á 900. Los ingresos de todo el reino incluso Nápoles y Sicilia no pasarán de 510 millones, y esto suponiendo que Nápoles y Sicilia pagasen sus ordinarias contribuciones lo cual está muy lejos de suceder. Y qué medio hay para salir adelante cuando se gastan 900 millones y se cobran 500? La *Opinione* de Turin se encarga de contestar á la pregunta con los siguientes

términos: «Por este año se negociará un empréstito, pero los empréstitos aumentan la carga de los años sucesivos y son espedientes que con el abuso acaban por agotarse. Nuestra renta está ahora á 75, y un empréstito á semejante precio grava al tesoro enormemente, y demuestra la excasa confianza que en él se tiene. Esto no obstante, es fuerza resignarse á los sacrificios que exigen la situacion del reino y las condiciones del mercado pecuniario, pero si se desea cerrar la série de los empréstitos, si se desea solidar nuestro crédito, importa pensar *en hacer que los pueblos contribuyan segun sus necesidades.*» Casi todas las naciones de Europa saben lo que entiende la escuela llamada liberal por *hacer que los pueblos contribuyan segun sus necesidades.*

En efecto el ministro Bastogi, atendido el mal estado de la hacienda, solicitó en 28 de abril autorizacion de la cámara para enagenar 700 millones de renta á fin de poder disponer de 500 millones efectivos, y este empréstito qué apenas bastará para cubrir las atenciones del año corriente, acabará de hacer insoportable la carga ya muy pesada que sobrellevan los infelices Italianos y sobre todo el Piamonte, que es el único punto donde las contribuciones se cobran con rigor y excrupulosidad.

De una obra recientemente publicada en Turin tomamos la siguiente noticia acerca de las deudas públicas de las varias naciones de Italia, que á no dudar es una página muy importante de la historia contemporánea. El orígen de la deuda pública piamontesa data de 1819, desde cuya fecha hasta el año 1847 se elevó á 135 millones; desde 1848 hasta 1859 ascendió á 910 millones, y en 1.º de enero de 1861 el Piamonte tenia una deuda de 1.159.970,595 y satisfacia por intereses anuales L. 57.561,532. La liquidacion del Monte Lombardo-Veneto señaló á la Cerdeña una suma de L. 145.412,988. La primera deuda del ducado de Parma fué contraida por María Luisa en 1817; luego se realizaron en el ducado otros empréstitos, y la suma total de las deudas de los Estados parmesanos forma un capital de L. 10.558,218. La deuda de Módena es la menor entre todas; antes de 1849 ascendia á L. 9.329,380, y en el dia no pasa mucho de esta cantidad. La Romanía tiene una antigua deuda de L. 16.577,120. Estas deudas han sido aumentadas por Farini y Pepoli, quienes con-

trajeron una de 5 millones en Parma, otra de igual cantidad en Módena, otra de 3 millones en la Romanía, y otra de 10 millones en la Emilia, y todo ello en muy corto espacio de tiempo. La deuda de Toscana asciende á 209 millones, pero en ella van incluidos los empréstitos realizados por Ricasoli, esto es, uno de 50 y otro de 7 millones. La deuda de las Dos Sicilias es de 550 millones, de modo que, segun estos cálculos, la deuda del nuevo reino de Italia es de 2,107 millones de liras, de la cual mas de la mitad corresponde al Piamonte. Uniendo á esta el empréstito del ministro Bastogi, suma un total de 2,800 millones.

Otra de las medidas propuestas á la Cámara por el indicado ministro fué la fusion en una sola de todas las expresadas, y para ello la creacion de un Gran Libro de la deuda del reino de Italia. En él se inscribirá primeramente el empréstito de 500 millones efectivos ó sea de 700 nominales, y luego, añadió el ministro, se proveerán por medio de leyes separadas los medios de incluir en el libro las deudas públicas existentes, pasando luego á enumerar las seguras garantías que se darán al Gran Libro, garantías que no parecerán á buen seguro muy eficaces, despues de haber resonado en el recinto de la Cámara en la sesion del 27 de junio las palabras de que «ojalá hubiese llegado el dia de arrojar á las llamas lo que se titula el Libro de la deuda pública.»

No podia el soberano legítimo mirar tan trascendentales actos sin levantar su voz para protestar de ellos, y en efecto, el gobierno del rey Francisco II publicó desde Roma las protestas que pueden leerse á continuacion. Algun tiempo antes empero habia emanado del mismo gobierno la siguiente nota dirigida á sus representantes cerca de las potencias extranjeras, relativas al lastimoso estado del reino, eterna preocupacion de S. M. Francisco II. Dice así:

«Señor.... De órden de S. M. el Rey nuestro augusto señor estoy ocupándome en un nuevo trabajo acerca del presente estado de cosas en el reino de las Dos Sicilias; en él se explicará además la conducta de S. M. y quedará demostrado que, á pesar de las instancias de gran número de sus súbditos que le han permanecido fieles, se ha abstenido de toda tentativa de restauracion, que S. M. cree ahora inútil é

ineficaz. Entre tanto me limito á manifestarle que en período alguno de la historia de las Dos Sicilias habíase observado semejante descontento, tanta irritacion é igual saña en la represion de los espontáneos movimientos de los pueblos. Bastará decirle que en un solo dia la direccion de policía ha recibido doscientos cincuenta partes telegráficos relativos á insurrecciones en las provincias que el Gobierno ha tenido que desarmar á compañías enteras de la guardia nacional; que sin contar los muertos en distintos encuentros, han sido fusilados por los Piamonteses mas de doscientos prisioneros, y finalmente, que las cárceles y varios conventos de la capital y de las provincias están atestados de sospechosos. He creido deber informarle someramente de estos hechos, á fin de que pueda sobre este punto ilustrar á la opinion pública.

«Roma, 6 de mayo de 1861.

«Del Re.»

Protestas del Rey Francisco II relativas al empréstito sardo, á la venta de los bienes del Estado y de establecimientos públicos y á la fusion de las varias deudas italianas.

«Señor... El gobierno del rey de Cerdeña ha presentado al Parlamento de Turin un proyecto de empréstito de 500 millones de francos. Si se tratase únicamente de una medida financiera del Piamonte, nada tendria que observar sobre ella otro gobierno alguno; pero destinándose gran parte de dicha suma á estrechar el yugo que pesa sobre los pueblos de las Dos Sicilias, y á aumentar con una nueva deuda pública las cargas que el desórden de la usurpacion hace ya insoportables al reino, S. M. cree de su deber para consigo mismo y para con sus pueblos protestar contra tal proyecto de empréstito, declarando anticipadamente, á fin de que no pueda sorprenderse á persona alguna, que no entiende reconocer sus efectos, en cuanto perjudica los intereses de las Dos Sicilias. Espero que dareis á esta disposicion toda la publicidad posible.

«Roma 25 de mayo de 1861.

«Leopoldo del Re.»

«Señor.... El gobierno de S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido noticia de que en la anarquía que devora al reino de Nápoles y en la penuria de medios en que se encuentra el gobierno piamontés, ha decidido este poner en venta los bienes inmuebles pertenecientes al Estado y á los establecimientos públicos civiles y militares, creados con grandes gastos y perseverantes esfuerzos. Para evitar inconvenientes en época futura, aprovechareis cuantas ocasiones se os ofrezcan para declarar que S. M. el Rey N. S. tendrá siempre por nulas é irritas semejantes enagenaciones como hechas por un poder usurpador, en contra de sus legítimos derechos, de las leyes y de los intereses de sus Estados.

«Roma 8 de junio de 1861.

«Leopoldo del Re.»

«Señor.... El gobierno piamontés ha presentado al Parlamento de Turin un proyecto de ley con objeto de reunir la deuda pública de los varios Estados italianos sometidos en el dia á sus armas, en un gran Libro, cuya creacion ha sido ya propuesta por medio de otra ley que será discutida dentro de pocos dias. Si llegasen á ser puestos en ejecucion tales proyectos, constituirian una usurpacion de la soberanía legítima en el reino de las Dos Sicilias, un nuevo atentado contra la fortuna pública y un ataque á la propiedad privada de sus súbditos, y por esto es que el Rey N. S. ha creido que debia anticiparse á protestar por medio de sus representantes en el extranjero contra unas medidas que llevarian la confusion y la ruina á los poseedores de las rentas napolitanas y sicilianas, que contrataron libremente con su gobierno y con el de sus predecesores, teniendo por garantía los recursos del Estado mas floreciente de Italia.

«El Piamonte, no contento con haber, por medio de una invasion inícua y de la anarquía que ha sido su consecuencia, hecho bajar la renta pública de las Dos Sicilias á un punto tal, que los poseedores así nacionales como extranjeros han perdido la tercera parte de su capital, trata ahora de sustituir á la respetada garantía de un Estado rico y legítimo, reconocido por el derecho público de Europa, la ilusoria responsabilidad de la Cerdeña, arruinada por su deuda inmensa y por la hipoteca de los Estados reunidos con violen-

cia bajo su dominacion, cuya conquista es considerada como un atentado por casi todas las potencias europeas.

«Si semejante fusion puede ser beneficiosa al Piamonte para restablecer en cierto modo el espirante crédito de su hacienda, las Dos Sicilias no deben sobrellevar la carga de excesos financieros en que no han tomado parte y de que son víctima infeliz. La deuda pública de las Dos Sicilias con nueve millones de habitantes llega apenas á la tercera parte de la deuda del Piamonte, que no cuenta siquiera ocho millones de almas, inclusa la poblacion de la Lombardía; de modo que los primeros pagan á sus acreedores la tercera parte de lo que pagan los segundos. Asimilarlos equivale á cargar sobre los Napolitanos y Sicilianos los intereses que corresponden á los Piamonteses y Lombardos, y si, además de la poblacion, se tiene en cuenta la riqueza del territorio, es aun mas escandalosa y evidente la injusticia de las medidas propuestas. La operacion propuesta al Parlamento de Turin no tiene el carácter universalmente reconocido de una ley; las leyes no tienen jamás efecto retroactivo, y los proyectos del gabinete sardo tienden á hacer pesar sobre los demás Estados de Italia las deudas contraidas antes por el Piamonte para enriquecerse y subyugarles. Esta verdad no puede ser desconocida por ningun italiano, ni por hombre alguno de los que en el mundo siguen atentamente la marcha de los acontecimientos contemporáneos. La mitad de los empréstitos del Piamonte ha sido empleada en la construccion de las vias férreas piamontesas, y en otros establecimientos y trabajos de utilidad meramente local, destinándose la otra mitad á preparar por medio de conspiraciones, de turbulencias, de expediciones piráticas y de invasiones inícuas, la conquista de los Estados independientes de Italia. Además la confusion que engendraria la ejecucion de estas medidas, la resistencia de los poseedores de títulos cuya hipoteca seria en su perjuicio alterada, la carencia de todo derecho en el deudor para cambiar las prendas de su deuda y la ilegitimidad del poder que se irroga la facultad de tan singular fusion, aumentaria aun mas el miserable estado en que se hallan los poseedores de nuestras rentas.

«Atento siempre S. M. el Rey al bienestar de sus súbditos, está obligado á protestar anticipadamente contra este nuevo proyecto de despojo, y os encarga que declareis formalmente al gabinete cerca

del cual os hallais acreditado, que S. M. no reconocerá, en lo que toca al reino de las Dos Sicilias, las consecuencias de esta pretendida fusion, así como á los poseedores de las rentas napolitana y siciliana que se hallan en el extranjero, segun lo ha recomendado ya el Real gobierno á los que se encuentran en Nápoles y en Sicilia, la necesidad de tomar precauciones para conservar su derecho para el porvenir. Los poseedores de títulos de nuestras rentas de Nápoles y Sicilia han de proveerse, pues, de un duplicado al cual procurarán dar, segun el país en que residan, las convenientes garantías de autenticidad y validez, duplicado que servirá de título cuando lleguen tiempos mejores.

«Servios leer y dejar copia del presente despacho á ese Ministro de Negocios extranjeros, esforzándoos para no dejar sobre tan importante materia duda alguna acerca de las intenciones del gobierno de S. M.

«Roma, 10 de junio de 1861.

«LEOPOLDO DEL RE.»

Pocos dias antes de su salida de Caprera, Garibaldi habia recibido á una diputacion de la Sociedad de operarios de Milan, llegada para exponerle los peligros que corria la Italia, el descontento de Nápoles, la anarquía de Sicilia, la inminente invasion del Austria, la ocupacion francesa en Roma, etc., etc., y para implorar el auxilio de su fuerte brazo para conjurar tantos males. Garibaldi dió una contestacion en la que entre otras cosas, dijo lo siguiente: «La Italia será, á pesar de los tristes efectos de una política rastrera indigna del país, y á pesar de la turba de cobardes que la apoyan... Muchos de los individuos que componen el Parlamento no corresponden á las esperanzas de la nacion... Hemos sido tratados muy mal; se ha querido crear un dualismo entre el ejército regular y los voluntarios; se ha querido introducir la discordia... Victor Manuel está circundado de una atmósfera corrompida, pero esperamos verle otra vez en el buen camino etc.» Fácil es de comprender el efecto que tales palabras producirian entre los gobernantes de Turin, y al saber que Garibaldi habia salido de Caprera, decidido á presentarles batalla, llamaron á toda prisa de París á Nino Bixio á fin de que usara de su influencia sobre el *condottiero* para evitar un escándalo de los suyos,

mientras que Fanti, ministro de la guerra, promulgó un decreto para la ficticia reorganizacion de tres divisiones de voluntarios, que solo debian existir en el papel.

Garibaldi, que parecia llegar á Turin bufando de coraje, se amansó extraordinariamente luego que respiró los aires de la corte, y su primer cuidado fué dirigir una carta al presidente de la Cámara declarando que en nada se habia alterado su afecto y *proverbial amistad* por Victor Manuel, y que jamás faltaria al respeto debido al Parlamento. Lo único que indicó su deseo de oponerse á la marcha del gobierno fué un proyecto de ley para el armamento nacional que mandó junto con la carta expresada.

Esta resolucion suya hizo presentir la tempestad que pocos dias despues se desencadenó en la Cámara, en cuanto manifestaba claramente que Garibaldi habia conocido la significacion de la ley de Fanti para la reorganizacion de los voluntarios. Ambas partes se apresuraron, pues, para el combate que empezó en la sesion del 18 de abril, luego que el *gran capitan*, que se presentó en la Cámara con su traje de melodrama, hubo prestado juramento. Despues de una interpelacion de Ricasoli, favorable al ministerio, se trabó la lucha; Garibaldi acusó amargamente al gabinete de artes insidiosas encaminadas á promover una guerra fratricida, que habria ya estallado á no haber él inmolado su resentimiento en aras del bien comun; Cavour protestó; el tumulto llegó á su colmo y varias veces hubo de interrumpirse la discusion, hasta que despues de tres dias de fiero altercado, Garibaldi se inmoló otra vez *generosamente* por el bien de todos y votóse la órden del dia propuesta por Ricasoli en estos términos: «La Cámara, oidas las declaraciones del ministerio, persuadida de que la franca ejecucion del decreto de 11 de abril, mientras proveerá lo conveniente para asegurar la suerte del valeroso ejército nacional, aumentará y organizará nuestras fuerzas de un modo eficaz; y segura de que el gobierno del Rey atenderá al armamento y á la defensa de la patria, como solo á él corresponde, pasa á la órden del dia.»

Sin embargo lo grande, lo heróico fué el combate que con la pluma sostuvieron Cialdini y Garibaldi, los dos campeones de Italia. Desde hacia algun tiempo este miraba á aquél con malos ojos, pues habia tenido la debilidad de dar fe á las chanzas con que la diplomacia ha

divertido á la Europa referentes á que Napoleon III dió licencia para que fuesen invadidas las Marcas y la Umbría para combatir y vencer en Nápoles á la revolucion personificada en Garibaldi. El *feroz guerrero* que, repetimos, creyó en la realidad del hecho, no podia conservar gran amistad por aquel que de tan buen grado habia tomado sobre sí el cargo de reducirlo con la fuerza; y Cialdini por su parte tampoco gustaba de la aureola con que en la Cámara se trató de rodear á los garibaldinos, él que los vió poco menos que derrotados é incapaces de atravesar la línea del Volturno. Cavour sacó partido de este antagonismo para oponer al elemento garibaldino el elemento cialdini, y bajo su inspiracion escribió el *héroe* de Gaeta al de Calatafimi una carta singular que vale la pena de ser insertada íntegra, así por su estilo original como por las revelaciones que contiene. Dice así:

«Turin 21 de abril de 1861.

«General: Desde que os conocí fuí vuestro amigo sincero y manifiesto, y lo fuí cuando serlo y decirlo era reprobado por muchos. Celebré vuestros triunfos, admiré vuestra poderosa iniciativa militar, y con mis amigos y los vuestros, así pública como privadamente, siempre, en todas partes, dí testimonio del alto afecto que os profesaba, y me reconocí incapaz de intentar lo que con tanta maestría realizasteis vos en Marsala. Era tanta la fe que en vos tenia, que al pronunciar el general Sirtori funestas palabras en el Parlamento, estaba seguro de que comprenderiais la necesidad y hallariais medio de desmentirle. Al saber vuestra partida de Caprera, vuestro desembarco en Génova y vuestra llegada á Turin, creí que para ello veniais, solo para ello; mas vuestra contestacion á los operarios de Milan, vuestras palabras en la Cámara me han causado tan penoso como completo desengaño. No sois el hombre que yo creia, no sois el Garibaldi á quien amé, y al desaparecer el encanto, ha desaparecido tambien el afecto que con vos me unia. No soy ya vuestro amigo, y desde hoy paso á las filas de vuestros adversarios políticos. Os habeis atrevido á hablar del Rey con la afectada familiaridad de un camarada; pretendeis haceros superior á las costumbres recibidas presentándoos en la Cámara con un traje singular; al gobierno, calificando de traidores á los

ministros porque no son de vuestro parecer; al Parlamento, colmando de injurias á los diputados que no piensan como vos; al país, queriéndolo regir como mejor os acomoda. Pues bien, general! Hay hombres dispuestos á no tolerarlo, y yo estoy con ellos. Enemigo de toda tiranía, ya aparezca vestida de negro ó de encarnado, combatiré á todo trance la vuestra.

«Tengo noticia de las órdenes que disteis vos ó los vuestros al coronel Tripoli para que se nos recibiera en los Abruzzos á fusilazos; sé las palabras pronunciadas en el Parlamento por el general Sirtori; no ignoro las que vos pronunciasteis, y siguiendo estas huellas camino seguro y llego hasta el íntimo pensamiento de vuestro partido. Este no es otro que apoderarse del país y del ejército, amenazándonos en caso contrario con una guerra civil; y aunque no puedo saber lo que de esto piensa el país, puedo aseguraros que el ejército no teme vuestras amenazas y solo teme vuestro gobierno.

«General, con vuestros voluntarios realizasteis una maravillosa y grande empresa; razon teneis en envaneceros por ella, pero haceis mal en exagerar sus verdaderos resultados. Al llegar nosotros os hallabais en el Volturno en las mas pésimas condiciones. Capua, Gaeta, Messina y Civitella no cayeron por vuestros esfuerzos, y cincuenta y seis mil borbónicos fueron vencidos, dispersados y hechos prisioneros no por vosotros, sino por nosotros. Así pues, es inexacto decir que el reino de las Dos Sicilias fué libertado enteramente por vuestras armas; y en vuestro legítimo orgullo, no olvideis, general, que nuestro ejército y armada tuvieron en ello alguna parte, destruyendo á mas de la mitad del ejército napolitano y apoderándose de cuatro fortalezas del Estado. Acabaré por deciros que no abrigo la pretension ni el mandato de hablaros en nombre del ejército; pero creo conocerlo bastante para creer que participará del sentimiento de disgusto y de dolor que vuestra conducta y la de vuestro partido han despertado en mi ánimo.

«Soy con la mayor consideracion,

«Vuestro afectísimo servidor,

«Enrique Cialdini.»

Garibaldi contestó en el mismo tono; su carta decia así:

«General: Tambien yo fuí vuestro amigo y admirador de vuestras

hazañas. Hoy seré lo que quereis, pues no pretendo descender hasta justificarme de cuanto en vuestra carta indicais indecoroso por mi parte respecto al Rey y al ejército, tranquila como está mi conciencia de soldado y de ciudadano italiano. Acerca de mi traje, lo usaré hasta que se me diga que no me encuentro ya en un país libre donde cada uno viste como le parece. Las palabras del coronel Tripoli son nuevas para mí, y no tengo noticia de otra órden sino de la que yo mismo dí; á saber: «que los soldados italianos del ejército septentrional fuesen recibidos como hermanos;» al paso que era público *que aquel ejército venia para combatir á la revolucion personificada en Garibaldi* (palabras de Farini á Napoleon III). Como diputado creo haber expuesto á la Cámara una pequeñísima parte de los agravios inferidos por el ministerio al ejército meridional, y para ello creo que me asiste derecho. El ejército italiano hallará en sus filas un soldado de mas siempre que se trate de combatir á los enmigos de Italia, y espero que esto no ha de sorprenderos; si de mí respecto del ejército habeis oido otra cosa, es vil calumnia. Cuando llegasteis al Volturno acabábamos de obtener una gran victoria y distábamos mucho de encontrarnos en pésimas condiciones. Por lo que he sabido, el ejército ha celebrado las libres y moderadas palabras de un militar diputado, para quien ha sido el culto de su vida entera el honor italiano; mas si alguien se encuentra ofendido por mi modo de proceder, yo, que hablo en mi solo nombre y que soy siempre garante de mis palabras, aguardo tranquilo á que se me pida satisfaccion de las mismas.

«J. Garibaldi.»

Las cosas habian ido mas lejos de lo que se queria. Los partidarios de Garibaldi, que en gran número habian acudido á Turin, se agitaban y empezaba á oirse ya el rumor de la enfurecida democracia. De varios puntos se recibieron partes telegráficos anunciando próximos motines para apoyar las razones de Garibaldi, y el ministerio comprendió la necesidad de poner al mal pronto remedio. Garibaldi fué conducido al palacio real donde se hallaba ya Cavour, y despues de mediar entre ambos explicaciones y promesas mas ó menos cordiales, que son todavía un secreto, si bien se asegura que consistieron en asegurarle Cavour marchar contra los *enemigos de Italia*

ministros porque no son de vuestro parecer; al Parlamento, colmando de injurias á los diputados que no piensan como vos; al país, queriéndolo regir como mejor os acomoda. Pues bien, general! Hay hombres dispuestos á no tolerarlo, y yo estoy con ellos. Enemigo de toda tiranía, ya aparezca vestida de negro ó de encarnado, combatiré á todo trance la vuestra.

«Tengo noticia de las órdenes que disteis vos ó los vuestros al coronel Tripoli para que se nos recibiera en los Abruzzos á fusilazos; sé las palabras pronunciadas en el Parlamento por el general Sirtori; no ignoro las que vos pronunciasteis, y siguiendo estas huellas camino seguro y llego hasta el íntimo pensamiento de vuestro partido. Este no es otro que apoderarse del país y del ejército, amenazándonos en caso contrario con una guerra civil; y aunque no puedo saber lo que de esto piensa el país, puedo aseguraros que el ejército no teme vuestras amenazas y solo teme vuestro gobierno.

«General, con vuestros voluntarios realizasteis una maravillosa y grande empresa; razon teneis en envaneceros por ella, pero haceis mal en exagerar sus verdaderos resultados. Al llegar nosotros os hallabais en el Volturno en las mas pésimas condiciones. Capua, Gaeta, Messina y Civitella no cayeron por vuestros esfuerzos, y cincuenta y seis mil borbónicos fueron vencidos, dispersados y hechos prisioneros no por vosotros, sino por nosotros. Así pues, es inexacto decir que el reino de las Dos Sicilias fué libertado enteramente por vuestras armas; y en vuestro legítimo orgullo, no olvideis, general, que nuestro ejército y armada tuvieron en ello alguna parte, destruyendo á mas de la mitad del ejército napolitano y apoderándose de cuatro fortalezas del Estado. Acabaré por deciros que no abrigo la pretension ni el mandato de hablaros en nombre del ejército; pero creo conocerlo bastante para creer que participará del sentimiento de disgusto y de dolor que vuestra conducta y la de vuestro partido han despertado en mi ánimo.

«Soy con la mayor consideracion,

«Vuestro afectísimo servidor,

«Enrique Cialdini.»

Garibaldi contestó en el mismo tono; su carta decia así:

«General: Tambien yo fuí vuestro amigo y admirador de vuestras

hazañas. Hoy seré lo que quereis, pues no pretendo descender hasta justificarme de cuanto en vuestra carta indicais indecoroso por mi parte respecto al Rey y al ejército, tranquila como está mi conciencia de soldado y de ciudadano italiano. Acerca de mi traje, lo usaré hasta que se me diga que no me encuentro ya en un país libre donde cada uno viste como le parece. Las palabras del coronel Tripoli son nuevas para mí, y no tengo noticia de otra órden sino de la que yo mismo dí; á saber: «que los soldados italianos del ejército septentrional fuesen recibidos como hermanos;» al paso que era público *que aquel ejército venia para combatir á la revolucion personificada en Garibaldi* (palabras de Farini á Napoleon III). Como diputado creo haber expuesto á la Cámara una pequeñísima parte de los agravios inferidos por el ministerio al ejército meridional, y para ello creo que me asiste derecho. El ejército italiano hallará en sus filas un soldado de mas siempre que se trate de combatir á los enmigos de Italia, y espero que esto no ha de sorprenderos; si de mí respecto del ejército habeis oido otra cosa, es vil calumnia. Cuando llegasteis al Volturno acabábamos de obtener una gran victoria y distábamos mucho de encontrarnos en pésimas condiciones. Por lo que he sabido, el ejército ha celebrado las libres y moderadas palabras de un militar diputado, para quien ha sido el culto de su vida entera el honor italiano; mas si alguien se encuentra ofendido por mi modo de proceder, yo, que hablo en mi solo nombre y que soy siempre garante de mis palabras, aguardo tranquilo á que se me pida satisfaccion de las mismas.

«J. Garibaldi.»

Las cosas habian ido mas lejos de lo que se queria. Los partidarios de Garibaldi, que en gran número habian acudido á Turin, se agitaban y empezaba á oirse ya el rumor de la enfurecida democracia. De varios puntos se recibieron partes telegráficos anunciando próximos motines para apoyar las razones de Garibaldi, y el ministerio comprendió la necesidad de poner al mal pronto remedio. Garibaldi fué conducido al palacio real donde se hallaba ya Cavour, y despues de mediar entre ambos explicaciones y promesas mas ó menos cordiales, que son todavía un secreto, si bien se asegura que consistieron en asegurarle Cavour marchar contra los *enemigos de Italia*

antes del invierno, el ministro y el aventurero convinieron en una tregua. Acompañado luego Garibaldi al palacio del marqués Pallavicino, avistóse con Cialdini; diéronse ambos la mano, llegaron hasta á abrazarse, y se separaron en apariencia á lo menos tan buenos amigos como antes. Así quedó como por encanto desvanecida la gran tempestad que parecia deber desencadenarse con la llegada de Garibaldi á Turin. Las empresas del célebre aventurero son todas nubes de verano.

Hecho esto, conoció Garibaldi que los aires de Turin eran perjudiciales para su salud, y despues de recorrer algunas ciudades para consolarse con las aclamaciones del populacho del desairado papel que en la corte desempeñara, regresó á Génova, y desde allí volvió á sepultarse en su *soledad* de Caprera.

CAPITULO XXX.

Calumnias de la Revolucion.—La insurreccion se declara otra vez en las provincias del reino de Nápoles.—Spaventa sucesor de Liborio Romano. —Tumulto en la capital.—Tiránico decreto del rey de Cerdeña.—Algunas noticias referentes á Sicilia.—Nuevas cartas de Garibaldi.—Fiesta patriótica.

La táctica de la revolucion italiana consiste en no retroceder ante violencia alguna, en dar lugar con sus atropellos á toda clase de trastornos, y calumniar luego á sus víctimas, atribuyéndoles con increible perfidia toda la culpa de los hechos verificados en su daño. Por el memorandum del Rey de las Dos Sicilias habrán ya visto nuestros lectores refutados los rumores que por toda Europa propalaban los revolucionarios acerca de la parte que tenia Francisco II en el fomento de la insurreccion de que eran teatro las provincias napolitanas; pero, lejos de reconocer que la única causa de la agitacion habia de buscarse en la conducta de los invasores y en la invasion misma, la prensa revolucionaria de Italia y del extranjero, como obedeciendo á una órden comunicada, dió principio con creciente osadía á sus ataques contra el soberano proscrito, y hasta contra el Sumo Pontífice, acusándoles de sacrificar la vida de miles de hombres y hasta la paz de Europa para reconquistar el perdido poder. Cada dia la *Opinione* de Turin, á sueldo del ministerio, entretiene á sus lectores con alguna fábula de fondos y armas expedidos de Roma á los insurrectos napolitanos, de batallones de *bandidos* que salen de Roma para reforzar la reaccion; cada dia el diario de Cavour decla-

ma contra la moderna Coblenza, y grita ser ya tiempo de destruir aquel foco de intrigas reaccionarias, aquella reunion de conspiradores incorregibles, etc. etc. El *Monitor Toscano*, la *Nazione*, la *Perseveranza*, en una palabra, todos los periódicos unitarios hacen coro á tales imposturas, pretendiendo hacer creer á toda Europa que mientras el pueblo de Nápoles se entrega feliz á sus nuevos dominadores, Francisco II, expulsado de su reino por el *universal* y *unánime* voto de sus súbditos no cesa de conspirar y de urdir maquinaciones contra su felicidad. Los que tal línea de conducta han trazado á sus periódicos no ignoran la falsedad de sus dichos, de los cuales jamás han intentado siquiera probar uno solo; pero la experiencia les ha enseñado á ellos mas que á nadie, que á fuerza de calumnias se logra extraviar la opinion pública, que á este sistema deben la conquista de casi toda la Italia, y á él tratan de acudir ahora para conquistar á Roma. En el actual estado de Europa es todo posible; y mucho nos equivocamos, ó esta especie de cruzada predicada por la prensa unitaria es efecto de un plan que no tardará en producir sus resultados.

Hemos dicho que, rendida Civitella del Tronto, perdido el último baluarte de la monarquía, sin un punto que sirviera de reunion á los leales, el país pareció por algunos dias presa de doloroso estupor. Las tropas y los paisanos que habian peleado hasta entónces por la causa de la patria y del rey, se dispersaron, y el país parecia si no vencido, subyugado. No tardó empero en salir de su letargo; la vileza del ataque, la saña de los invasores, la dilapidacion de los caudales públicos, en una palabra, todos los horrores de un país conquistado por una desenfrenada soldadesca y por hombres sedientos de fortuna pusieron otra vez las armas en las manos de los Napolitanos, y durante la segunda quincena de abril era ya la insurreccion bastante poderosa y extendida para que, á pesar de las prevenciones de los Piamonteses, fuese ya sabida en toda Europa. Los Abruzzos, las Pullas, la Capitanata y la Basilicata vieron aparecer otra vez numerosas partidas de leales campesinos que, junto con algunos soldados, restos del antiguo ejército, atacaban á las columnas piamontesas, interceptaban convoyes y, comunicando á todos la llama del patriotismo, pusieron el país en completa insurreccion.

En la provincia de Avellino en la Basilicata tomó esta un aspecto tan grave que hubieron de enviarse á ellas desde Nápoles fuertes columnas de tropas: en Melfi, en Atella, en Venosa fueron abatidas las armas piamontesas, desarmados los pocos guardias nacionales que se opusieron al movimiento, y aclamado Francisco II. En Barile trabóse encarnizada lucha entre el paisanaje y las tropas extranjeras, y despues de siete horas de fuego, acabó el combate con el saqueo y el incendio de la poblacion por los Piamonteses.

Iguales hechos verificábanse en la provincia de Bari. En Oria, en Lavello, en Sant'Angelo, en Maschita, en Ripacandida, en la tierra de Otranto, en Taviano, en todos los puntos de donde desaparecian las bayonetas de las tropas regulares, estalló la insurreccion, con todos los estragos y horrores que forman siempre el cortejo de semejantes sucesos.

Para regir la cosa pública y reorganizar el reino fué nombrado, como ya hemos dicho, Silvio Spaventa, del cual, lo mismo que de su antecesor Liborio Romano, bien podia decirse que reinaba y gobernaba, puesto que del Príncipe lugarteniente ni del secretario general Nigra apenas se oian jamás proferir los nombres. Spaventa no imitó su antecesor; este habia dado libertad á centenares de presidarios confiándoles el cuidado del órden público, y la seguridad de los ciudadanos defendida por los *Camorristas*, triunfaba del modo que nadie ignora. Spaventa no se hizo culpable de semejante infamia; dió caza á los malhechores, á muchos de los cuales halló el diploma de oficial garibaldino, y les mandó á presidio, logrando así intimidar un poco á los ladrones y asesinos; mas para hacerse perdonar tal severidad procuró ofrecer cada quince dias una numerosa hecatombe de realistas borbónicos en sacrificio á la revolucion. Para ello mostrábase fecundo en inventar conspiraciones, y así fué como encarceló al duque de Caianiello, á monseñor Trotta y á mas de seiscientos padres de familia, llegando con semejante sistema á pasar mas de un mes en aparente tranquilidad.

En mal hora para él, mientras tenia lugar en Turin la lucha entre Garibaldi y Cavour, publicó un bando, prohibiendo que los guardias nacionales vistiesen su uniforme á no ser en los actos de servicio, y esto que fué por algunos interpretado como atentatorio á los fueros

de la fuerza ciudadana, dió lugar á una terrible asonada que por poco cuesta la vida al mismo Spaventa. El dia 16 de abril amotináronse algunos guardias nacionales delante del palacio del ministerio, forzaron las puertas, invadieron las habitaciones, y no hallando en ellas al objeto de su furor, saquearon y devastaron la casa del ministro. El pueblo de la capital, tan exasperado como el de las poblaciones rurales, pero oprimido siempre por numerosas tropas, vió entonces una ocasion de manifestar su descontento, y mas de treinta mil hombres se lanzaron á la calle dando mueras á los Piamonteses, y gritos de viva Nápoles! La multitud enfurecida arrancaba de las esquinas el bando dado por el Lugarteniente para restablecer el órden, y el *Popolo d'Italia* afirma que «no eran unos pocos descontentos; era la ciudad entera que decia: basta!» Durante todo aquel dia estuvo la capital entregada al desórden; pero aquella misma noche llegaron nuevas tropas, que ocuparon militarmente la ciudad, y el motin no tuvo consecuencias.

No podemos pasar en silencio un decreto dado en aquel entonces por el rey Victor Manuel, que manfiesta á todas luces la tiranía á que aspira. Refiérese dicha disposicion á las atribuciones administrativas de las lugartenencias reales establecidas en Nápoles y en Sicilia, y en el artículo 3.° se expresa «que corresponde al rey el nombramiento y la revocacion de los obispos y arzobispos.» La historia no ofrece ejemplo de semejante audacia que equipara la divina institucion del episcopado á los empleos civiles *revocables;* nunca gobierno alguno protestante, cismático ó infiel se habia atrevido á tanto; pues si es ya usurpacion arrogarse la facultad de nombrarlos, es impiedad manifiesta la revocacion de los mismos; ni la Santa Sede, á la que corresponde el régimen universal de la Iglesia de Dios, arranca jamás á los obispos de sus sedes á no ser por gravísimas causas; y lo que siempre se ha considerado superior á todo poder terreno, lo que la Iglesia no practica sino raras veces y en excepcionales circunstancias, se hace comun y se decreta por aquel que sin pudor se declara amante de la independencia y libertad de la esposa de Jesucristo. Sirva esto para abrir del todo los ojos á aquellos pocos que creen aun en la buena fe con que protestan los unitarios de Turin de su amor á la religion católica.

No estarán aquí fuera de su lugar algunas noticias referentes á Sicilia que leemos en el *Campanile* de Turin, periódico que, tomándolo de las publicaciones oficiales, compara los gastos de la *tiranía borbónica* en aquella isla con los que le han regalado sus *liberales redentores*. «Bajo la tiranía borbónica, dice el expresado diario, la lugartenencia de Sicilia, inclusos los gastos de representacion, costaba 76,500 francos; bajo el gobierno unitario, cuesta 165,750; aumento, 89,250 francos. El sueldo de los consejeros de la lugartenencia bajo la tiranía borbónica era de 51,000 francos; bajo el gobierno unitario es de 162,052; aumento, 111,052. Bajo la tiranía borbónica los empleados en la lugartenencia costaban 222,513 francos; bajo el gobierno de los amigos de la Italia, cuestan 635,375; aumento, 412,862. Los gastos variables de la lugartenencia tiránica eran de 75,505 francos; los de la lugartenencia amiga del pueblo son de 153,000; aumento, 77,435. Los gastos de las intendencias provinciales bajo la tiranía de los Borbones eran de 258,825 francos; bajo los unitarios han subido á 467,976; aumento, 200,151. De modo que los gastos generales de la administracion de la Sicilia, que bajo el gobierno tiránico de los Borbones ascendian á 684,403 francos, importan bajo el de los salvadores de Italia y amigos del pueblo 1.584,154, lo cual significa un aumento de 900,000 francos.» Estos números están principalmente dedicados á aquellos hombres que plantean siempre con guarismos el problema de la felicidad de los pueblos.

Garibaldi, que no quiere que se pase mucho tiempo sin que se hable de él, y que ahora se manifiesta mucho mas inquieto y agresivo como si desease borrar de la memoria de la plebe italiana el mal éxito de su expedicion á la corte, ha dirigido recientemente la siguiente carta á la *Sociedad de operarios* de Nápoles, que manifiesta con toda evidencia sus ya probados sentimientos religiosos. Dice así:

«Acepto con gratitud el honroso título de presidente honorario perpétuo de la sociedad de operarios napolitanos. Vosotros formais el primer centro de poblacion de la península, y habeis de marchar al frente de la clase vigorosa y trabajadora de todos los pueblos de Italia, debiendo una firme solidaridad entre unos y otros cimentar la indisoluble unidad, base única del bienestar y de la libertad de la patria. En la reconstitucion de la Italia existe una cosa necesaria que

no cesaré de recomendaros y es: «No desviarse ni un momento del programa: Italia y Victor Manuel.» Mucho hemos sufrido y sufriremos todavía por la santa causa de nuestro país, pero cueste lo que costare, jamás hemos de abandonar el áncora de salvacion con cuyo auxilio se ha creado la Italia. Cristo sentó las bases de la igualdad entre los hombres y los pueblos, y nosotros hemos de ser buenos cristianos.

«Sin embargo cometeríamos un sacrilegio si profesásemos la religion de los sacerdotes de Roma, los mas fieros y temibles enemigos de Italia. Sea, pues, expulsada de nuestra tierra esa secta contagiosa y perversa. Nuestros sacerdotes han de ser cristianos, sí, pero no de la religion de nuestros enemigos. Aclamemos siempre al rey *galantuomo*, pero aniquilemos á las víboras de la ciudad eterna, con las cuales es imposible la unidad italiana. Esto es por ahora lo que debo aconsejaros; en adelante, allí donde mi cooperacion pueda ser útil á los hijos del pueblo, allí estaré con vosotros con el alma y con el cuerpo.

«*Vuestro siempre*

«J. GARIBALDI.»

Los propósitos de la revolucion italiana tan cínicamente revelados evitan la molestia de andar en busca de pruebas para demostrar lo que tantas veces hemos dicho en el decurso de este libro, esto es, la hipocresía de las repetidas promesas hechas por sus corifeos de respetar la libertad de la Iglesia y la independencia del Pontífice.

Merece tambien insertarse otra carta dirigida por el mismo Garibaldi al presidente de la sociedad de operarios de Palermo. Desde ahora, no puede ya decirse que la guerra se hace de un modo oculto ó encubierto, sino que por el contrario es solemnemente declarada, siendo Garibaldi el heraldo encargado de sublevar á la plebe contra la Iglesia de Jesucristo. El *gran capitan* convertido en filósofo exprésase en estos términos:

«Señor Presidente. Quedo muy reconocido á la Sociedad italiana unitaria fundada en Palermo por el honor que me ha conferido eligiéndome presidente honorario de la misma. Habiendo leido en los periódicos ingleses que se trata de dar la Cerdeña al Papa, me asaltó la idea de someter á la consideracion de esa sociedad, de la cual tengo

el honor de formar parte, las siguientes resoluciones, á las que va anexa la obligacion de propagar sus principios, no solo entre los miembros de la sociedad, sino tambien entre el pueblo todo. 1.º Considerando que Cristo al consagrar en la tierra la igualdad entre los hombres y entre los pueblos, mereció su gratitud y amor, profesamos la religion de Cristo. 2.º Considerando que el Papa, los Cardenales, los mercenarios todos de Italia, y los espías, reunidos en Roma, son el principal obstáculo á la unificacion de Italia, y el incentivo de sangrientas guerras civiles, no profesamos la religion del Papa. A consecuencia de estos considerandos, resolvemos: Artículo único: el Papa, los Cardenales, etc. etc., cambien inmediatamente de domicilio y vayan lo mas lejos de Italia que sea posible, dejando que se constituya y hermane esta pobre nacion italiana, á la que atormentan hace tantos siglos.

«Soy con afecto y gratitud,

«Vuestro

«J. GARIBALDI.»

Por aquel entonces resolvióse la institucion de una fiesta patriótica en honor de la *Unidad de Italia y del Estatuto*, que habia de celebrarse el primer domingo de junio. En la sesion del 6 de mayo verificóse en la Cámara de diputados la discusion sobre la misma ley, agitándose tres cuestiones, la atmosférica, la religiosa y la política. Ha de saberse que la fiesta del Estatuto estaba antes fijada para el segundo domingo de mayo, dia en que llueve en Turin casi todos los años, cubriéndose de lodo los diputados, los senadores y las banderas. Los italianísimos, irritados contra un tiempo tan *bandido y reaccionario*, presentaron una peticion á la Cámara para que variase la época de su celebracion, demanda que fué satisfecha, fijándose, como ya hemos dicho, el primer domingo de junio. Sin embargo, diputados hubo que presentaron la grave y nueva consideracion de que «si llueve en mayo no hay razon ninguna para que no suceda lo mismo en junio,» reforzando este indestructible argumento añadiendo, «que en junio hace un calor insoportable.» Así, pues, gran parte de la sesion se empleó en sentar los dos siguientes hechos gravísimos y sobre todo ignorados hasta entonces: en mayo llueve, en junio hace calor.

Vinieron luego las cuestiones política y religiosa; un diputado sin duda de mas recto juicio que los demás intentó demostrar la ridiculez de celebrar la fiesta de la Unidad de Italia antes de que estuviese unida; otros expusieron que las fiestas no se crean, y reprobaron que en nombre de la libertad se obligase á hacer fiesta; hasta que por fin fué aprobada y promulgada la ley, en la que nada se dice de funciones religiosas. El ministro del interior Minghetti dijo que, con semejante silencio, el Ministerio intentaba demostrar su firme voluntad de inaugurar el sistema de la *Iglesia libre en un Estado libre.*



CAPITULO XXXI.

Dimision del principe de Carignano.—Sucédele el conde Ponza di San Martino.—Ocupacion militar del reino de Nàpoles.—Muerte del conde de Cavour.—Su sucesor.—Ultimos acontecimientos.—Victimas inmoladas por los Piamonteses.

Al ver las incesantes calamidades que llovian sobre el subyugado reino de Nápoles, el descontento progresivo, la fuerza de la insurreccion cada dia en aumento, la actitud enteramente hostil de la poblacion, y el desórden que en las regiones oficiales reinaba, comprendió el príncipe de Carignano, lugarteniente del rey, la imposibilidad de continuar desempeñando por mas tiempo la tarea que se le habia impuesto. Su salud ya quebrantada por el excesivo peso de la carga que sobre sus hombros sostenia, exigíale reposo, y así fué que acudió al gobierno de Turin solicitando su reemplazo. En vano se suplicó al Príncipe que no abandonara su empleo en aquellas críticas circunstancias, que continuara á lo menos en su puesto durante algunos meses mas, hasta que se hubiese cerrado el Parlamento de Turin; el Príncipe que sin duda estaba mas que nadie convencido de la suma dificultad que habria en imponer el gobierno piamontés á unos hombres que *espontánea* y *unánimemente* habian votado su anexion al Piamonte, no consintió en ser él quien pasase por el ridículo de ser expulsado ú otra cosa peor por el pueblo enfurecido, y se mantuvo inflexible. Conocia que la obra levantada por el Piamonte á costa de tanta sangre y de tanta vileza empezaba á desmoronarse, y no quiso ser cogido entre sus ruinas.

Para sucederle en el cargo que algunos periódicos han calificado de otro de los trabajos de Hércules, fué nombrado el conde Ponza di San Martino, que goza de fama de muy hábil administrador, sin que, á pesar de todo, haya salido mejor librado que su antecesor.

El dia 20 de mayo por la tarde llegó á Nápoles el nuevo lugarteniente, y aquella misma noche el príncipe de Carignano y su secretario Nigra estaban ya en camino para Génova. El conde di San Martino encontró el reino en el pésimo estado que dejamos descrito, y que sintetizó el diputado Ricciardi en la Cámara de Turin con las siguientes palabras: «Confieso que no he reconocido á la ciudad de Nápoles, tan sombría y miserable la he hallado; en ella he observado grandes males, un descontento general y profundo, incesantes quejas, un estado de miseria que estremece, una verdadera ruina. La instruccion no estuvo nunca como ahora en tan pésimo estado, la hacienda es dilapidada; despues de tocar la oracion es imposible salir de casa sin ser robado ó asesinado; en una palabra, es aquel un estado de cosas intolerable; los tribunales puede decirse que no existen, y por todas partes reinan la miseria, la injusticia y la malversacion.» Así se expresaba poco há un diputado unitario, y el mal, lejos de disminuir, ha crecido á medida que ha ido creciendo el desórden, la confusion producida por la mayor resistencia del pueblo á sus dominadores.

Añádase á esto que las partidas armadas que recorrian la campiña, engrosadas cada dia con nuevos descontentos, se presentaban mas y mas amenazadoras. Chiavone, hombre de oscuro orígen, pero en cuyo pecho arde la llama del mas acendrado patriotismo, se habia puesto á su frente, y por las excasas noticias que se tienen en el extranjero de la guerra que en Nápoles se sostiene, parece haber dado á las operaciones de los suyos mas uniformidad y vigor. En los Abruzzos, en las Calabrias, en las Pullas, en la Basilicata pululaban las partidas realistas; ante ellas corrian los habitantes con los brazos abiertos; de cada pueblo llevábanse los insurrectos nuevos reclutas, y aun cuando en un principio no pudiesen sostener el choque con las columnas de tropas regulares, podia decirse sin exageracion que los Piamonteses solo eran dueños del terreno que pisaban.

Para poner remedio á semejante estado de cosas el gobierno de

Turin ha enviado numerosos batallones al reino de Nápoles, y ha dispuesto la ocupacion militar de todo el país. Esta medida se ha llevado ya á efecto, pero no por ello han desaparecido los leales partidarios de Francisco II, al contrario; varias columnas han sido derrotadas y la insurreccion, en el momento en que escribimos estas líneas, se presenta mas terrible que nunca.

Al propio tiempo se ha verificado un hecho que ha llenado de estupor á la Europa, y que otra vez en la cabeza de la revolucion italiana ha demostrado la fragilidad de los humanos sueños : el conde de Cavour ha muerto. Durante las primeras horas de la noche del 29 de mayo, despues de haber comido, el conde cayó de pronto como cadáver, atacado de apoplegía; á fuerza de sangrías pareció experimentar algun alivio, mas el dia 2 de junio, fiesta de la *unidad nacional*, se agravó extraordinariamente y por la mañana del dia 6 cesó de existir, cuando apenas contaba la edad de cincuenta años. Oh Providencia ! Mientras se verificaba la fiesta instituida para celebrar su obra, el conde de Cavour moria, precisamente al cumplir medio año de haber dicho en la Cámara: «Sabeis lo que sucederá dentro de seis meses ?» Con ello entendia prometer la conquista de Roma, y Dios le llamó á su juicio al espirar el plazo que él mismo habia señalado. El dia 6 de junio celebra la iglesia de Turin la fiesta del Santísimo Sacramento en memoria del milagro obrado en la propia ciudad en igual dia del año 1453, y pocos dias antes de su muerte habia mandado Cavour que las autoridades y corporaciones civiles no tomasen parte en la procesion en venganza de negarse el clero á intervenir en la fiesta de la Unidad; el conde no quiso que el dia 6 se honrase al Santísimo Sacramento, y el 5 hubo de recibirlo agonizante; no quiso que el dia 6 se verificase en Turin la procesion tradicional, y el dia 7 verificábase la de sus funerales. Aun resonaban los últimos acentos del *Te-Deum* cantado en celebracion de la *Unidad nacional* y preciso fué entonar el *De profundis* ! Cuan lejos estaba de nuestro pensamiento cuando al empezar esta obra referíamos las inícuas obras del conde, que la terminaríamos dentro de muy pocos meses con la dolorosa sensacion que se experimenta ante el cadáver de un gran enemigo ! El conde de Cavour ha muerto! Ante tan terrible y elocuente decreto de la Providencia no es lícita ni una

palabra á los que le combatimos. Dios ha hablado; paso á la justicia de Dios!

Los revolucionarios todos de Europa quedaron al momento aterrados con la muerte de su jefe, pero ingratos y olvidadizos al fin como hombres, no tardaron primero en negar la grandeza, la inmensidad de la pérdida que su causa habia experimentado y luego en olvidarla enteramente. Nunca hemos dudado de la derrota de la Revolucion, esto es de la tiranía, del materialismo, de la degradacion humana; hoy la vemos mas inminente, mas próxima de lo que creimos.

Acaecida la muerte del conde, hubo de pensarse en elegirle sucesor, é implorado el consejo de la Francia, Napoleon aconsejó recurrir al baron Bettino Ricasoli. Victor Manuel, dócil y obediente como siempre, llamó al baron y le encargó la formacion de un nuevo ministerio el cual quedó constituido al cabo de pocos dias del modo siguiente: Presidente y ministro de la Guerra, el baron Ricasoli, toscano; ministro del Interior, Minghetti, bolonio; de Marina, Menabrea, saboyardo; de Instruccion pública, De-Sanctis, napolitano; de Agricultura, Córdova, siciliano; de Gracia y Justicia, Miglietti, piamontés. El dia 12 de junio presentóse á la Cámara el nuevo gabinete, y el baron Ricasoli manifestó querer continuar la obra del difunto conde, esto es, defender á todo trance el derecho que asiste á la Italia para completarse (*compiersi*). En el acta oficial de la sesion insertóse constituirse (*comporsi*), pero la *Gaceta oficial* lo corrigió en una *Errata importante*. El Ministro añadió querer prepararse para todos los acontecimientos; pidió un empréstito con que hacer frente á las necesidades públicas; dijo que aumentaria las contribuciones (lo de siempre), que procederia rápidamente á la unificacion gubernativa, y que jamás se apartaria de la letra ni del espíritu del Estatuto.

Muy conocidos son por lo recientes los hechos posteriores; la creciente insurreccion de las provincias napolitanas que ha llegado á amenazar á la misma capital; la difícil situacion del lugarteniente conde de Ponza di San Martino, su dimision, el nombramiento de Cialdini con amplios poderes civiles y militares, sus primeras disposiciones, los actos vandálicos cometidos por los Piamonteses, los asesinatos y los incendios de pueblos y de mieses. En tanto, los valientes y leales no desmayan; los defensores de Francisco II y de la patria son cada

dia mas numerosos y aguerridos; hasta en Sicilia se ha levantado otra vez la bandera del legítimo rey, y mediante Dios, el reino de Nápoles vencerá á sus desleales y crueles conquistadores.

El mejor modo de poner fin al presente libro, que quizá continuemos algun dia, si Dios nos permite presenciar el triunfo de la justicia y del legítimo Rey, es insertar el siguiente estado que, tomándolo de los mismos periódicos oficiales, hemos formado de las víctimas inmoladas y de las atrocidades cometidas por los Piamonteses en las provincias napolitanas en el espacio de nueve meses. Los datos, repetimos, están tomados de los periódicos del gobierno.

Fusilados sin formacion de causa en el mismo punto donde fueron presos.	1,841
Fusilados sin formacion de causa pocas horas ó dias despues de su prision.	7,127
Asesinados.	10,604
Sacerdotes fusilados.	54
Frailes fusilados.	22
Casas solares incendiadas.	318
Pueblos incendiados.	5
Familias desterradas.	2,903
Iglesias saqueadas	12
Mujeres asesinadas.	48
Niños asesinados.	60
Individuos de todas clases y sexos encarcelados.	19,741

Ante semejantes cifras que despiden sangre, qué hombre de corazon habrá todavía que no execre esa revolucion que con las mas pomposas palabras en los labios, así encadena, así mata, así destruye? Jamás sus partidarios han sabido lo que es esa libertad que tanto invocan, y solo conocen la de sus instintos brutales. La dignidad del individuo es para ellos objeto de escarnio, y los mas nobles sentimientos, las creencias, los indestructibles afectos, objeto de su saña cuando se oponen á sus planes descabellados. Nápoles es otro ejemplo mas en la larga série de las revoluciones por qué vienen pasando las naciones europeas. Ojalá, aunque no lo esperamos, sea el

último, y baste él para convencer á los pueblos de que no están en las utopias de ciertos embaucadores políticos su bienestar, su libertad y su independencia!

Al poner término al presente libro, tócanos repetir lo que en un principio dijimos : no hemos pretendido escribir una historia propiamente tal de los últimos acontecimientos de que ha sido víctima la monarquía de Nápoles; nuestro objeto ha sido mas modesto. Hemos querido únicamente levantar la voz en defensa de los fueros de la verdad; hemos querido, á ser esto posible, que ella sirviera de antídoto á tantas falsedades y calumnias como se publican acerca de la revolucion italiana; hemos intentado en el mismo terreno que algunos de nuestros adversarios políticos, explicar á las masas el verdadero aspecto, los resultados de esta revolucion; hemos querido pintarles bajo sus verdaderos colores á esos *héroes* á quienes están acostumbradas á ver por las nubes, al propio tiempo que decirles quienes son esos *tiranos* tan detestados. Si además de esto, nuestro libro puede servir solamente como apuntes para aquellos que con mas datos y sobre todo con mas luces que nosotros, nos imiten en la tarea de relatar los acaecimientos ocurridos en Nápoles durante los dos últimos años, quedarán satisfechas cuantas aspiraciones hemos abrigado al escribir esta obra.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.





